

S T E P H E N

KING

APOCALIPSIS

PLAZA & JANES EDITORES, S. A.

## LIBRO SEGUNDO

## EN LA FRONTERA

DEL 5 DE JULIO AL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1990

*Llegamos en el barco que llaman el Mayflower,  
llegamos en el barco que navega en la luna.  
Llegamos en el momento más incierto de la era.  
Y cantamos una melodía americana.  
Pero está bien, está bien.  
No se puede ser bienaventurado por siempre...*

PAUL SIMÓN

*Buscamos con ahínco un restaurante para automovilistas,  
y tratamos de hallar un espacio para aparcar.  
Allí las hamburguesas crepitan noche y día sobre una parrilla  
[al aire libre.  
¡Sí! En Estados Unidos, los jukebox brincan de continuo con  
[discos.  
Caramba, estoy muy contento de vivir en Estados Unidos.  
Todo cuanto deseamos está aquí, en Estados Unidos.*

CHUCK BERRY

## 43

Había un hombre muerto en Main Street de May (Oklahoma).

A Nick no le sorprendió. Desde que abandonó Shoyo había visto infinidad de cadáveres, e intuía que no representaban ni la milésima parte de toda la gente muerta que había ido dejando atrás. En algunos lugares, el olor a muerte era tan denso que uno podía desmayarse. Así que poca diferencia podía haber por un muerto más o menos.

Pero al ver que aquel muerto se sentaba, a Nick le embargó el terror y perdió el dominio de su bici. Empezó a hacer eses, se bamboleó y finalmente cayó, arrojando violentamente a Nick contra el pavimento de la carretera 3 de Oklahoma. Se hizo cortes en las manos y la frente.

–Vaya tortazo que se ha dado, compadre –dijo el cadáver avanzando hacia Nick a un paso que era un suave balanceo –. Acaba de darse un buen trompazo, ¿eh? ¡Caray!

Nick no le oyó. Tenía la mirada clavada en un punto del pavimento sobre el que caían gotas de sangre que resbalaban por sus manos, procedentes del corte que tenía en la frente. De pronto sintió una mano sobre el hombro. Se acordó del cadáver y trató de huir a cuatro patas y con mirada aterrada en el ojo que no llevaba parche.

–No se lo tome así –dijo el cadáver.

En ese momento, Nick se dio cuenta de que no era un cadáver, sino un joven que lo miraba con perplejidad. En la mano llevaba una botella de whisky casi llena. Nick lo comprendió todo. No era un cadáver sino un borracho que había perdido el conocimiento.

Nick hizo un gesto de asentimiento al tiempo que formaba un círculo con el pulgar y el índice. En aquel preciso instante, en el ojo que Ray Booth le había atizado, le cayó una cálida gota de sangre que le produjo escozor. Levantó el parche y se limpió con la manga. Parecía haber recuperado algo más de visión, pero en cuanto cerraba el ojo sano seguía viendo el mundo como una gran mancha borrosa. Volvió a colocarse el parche, anduvo despacio hasta la acera y se sentó en el bordillo junto a un Plymouth con matrícula de Kansas. En la imagen reflejada en el parabrisas, pudo verse la herida de la frente. Tenía feo aspecto pero no parecía profunda. Buscaría una farmacia y se la desinfectaría y se pondría un apósito. Aunque se dijo que tenía en el cuerpo penicilina suficiente para combatir todas las infecciones. No obstante, el rasguño de bala en la pierna le hacía temer una gangrena. Con muecas de dolor, fue quitándose los restos de piedrecillas de las palmas de las manos.

El hombre con la botella de whisky lo había observado todo con expresión vacua. Si Nick hubiera levantado la mirada, se habría dado cuenta al punto de que se trataba de un retrasado. Al volverse Nick hacia el parabrisas para examinar su herida, desapareció toda animación de la cara del hombre, la cual quedó sin expresión, vacua e inane. Vestía un mono limpio y zapatones de trabajo. Su estatura rondaría el metro setenta y cinco y su pelo era tan rubio que casi parecía blanco. Tenía los ojos de un azul brillante e indefinido. Esto, unido al pelo pajizo, revelaba su ascendencia escandinava. No parecía tener más de veintitrés años, aunque Nick descubriera más adelante que rondaba los cuarenta y cinco, ya que podía recordar el final de la guerra coreana y que, un mes después, su padre había regresado a casa con su uniforme. Y no cabía pensar que se lo hubiera inventado: la imaginación no era precisamente el fuerte de Tom Cullen.

Permanecía allí en pie, sin expresión, semejante a un robot al que acabaran de desenchufar. Luego, poco a poco su cara se fue animando. Sus ojos, enrojecidos por el whisky, empezaron a chispear.

---

Sonrió. Había recordado el comentario provocado por aquella situación. «Vaya tortazo que se ha pegado, compadre. Acaba de darse un buen trompazo, ¿eh? Caray.»

Parpadeó al ver aquella sangre en la frente de Nick.

Este llevaba un bloc de papel y un bolígrafo en el bolsillo de la camisa. Y allí seguían pese a la caída. Escribió: «Es que me diste un susto. Pensé que estabas muerto hasta que te sentaste. Estoy bien. ¿Hay alguna farmacia en el pueblo?» Mostró el bloc al hombre del mono, el cual lo cogió, miró lo escrito y se lo devolvió.

—Soy Tom Cullen. Pero no sé leer. Sólo llegué hasta el tercer curso; pero entonces tenía ya dieciséis años y papá hizo que lo dejara. Decía que era demasiado mayor —comentó sonriendo.

Retrasado, se dijo Nick. Yo no puedo hablar y él no puede leer. Por un instante quedó desconcertado.

—Vaya tortazo que se ha pegado, compadre —exclamó Tom Cullen—. ¡Caray! ¡Menudo trompazo!

Nick asintió con la cabeza. Volvió a guardarse el bloc y el bolígrafo. Se llevó de nuevo una mano a la boca y meneó la cabeza. Se tapó ambos oídos con las manos y meneó la cabeza. Se aplicó la mano izquierda a la garganta y meneó la cabeza.

Cullen hizo una mueca desconcertado.

—¿Tiene dolor de muelas? Yo tuve una vez. ¡Vaya si dolía, caramba! Dolía una barbaridad. ¡Caray!

Nick negó con la cabeza y repitió su pantomima. Esta vez Cullen pensó que tenía dolor de oídos. Nick alzó los brazos con gesto desesperado y se acercó a la bici. La pintura tenía rasguños pero, por lo demás, parecía en buen estado. La montó y pedaleó por la calle un corto trecho. Sí, estaba bien. Cullen corrió junto a él sonriendo. Su mirada no se apartaba de Nick. Durante casi toda la semana no había visto alma viviente.

—¿No tiene ganas de hablar? —preguntó.

Pero Nick no se volvió ni dio muestras de haber oído. Tom le tiró de la manga y repitió la pregunta.

El hombre de la bici se llevó la mano a la boca y meneó la cabeza. Tom frunció el entrecejo. Ahora el hombre se había detenido y recorría con la mirada las fachadas de las tiendas. Debió de encontrar lo que buscaba porque se dirigió hacia la acera y luego a la farmacia de Norton. Si lo que quería era entrar, iba a vérselas moradas porque estaba cerrada. Norton se había marchado del pueblo. Daba la impresión de que casi todo el mundo había cerrado y abandonado el pueblo, salvo Mom y su amiga Blakely. Y las dos estaban muertas.

En aquel momento el hombre—que—no—hablaba intentaba abrir la puerta. Tom podía haberle dicho que no le serviría de nada, aunque en la puerta se viese el cartel de ABIERTO. El cartel de ABIERTO mentía. Mala suerte, porque a Tom le apetecía un batido. Era cien veces mejor que el whisky que al principio le hizo sentirse bien, pero luego le produjo sueño y, finalmente, un dolor de cabeza insoportable. Se durmió para quitarse la jaqueca, pero entonces tuvo horribles pesadillas sobre un hombre con un traje negro como el que llevaba el reverendo Deiffenbaker. En su sueño, el hombre del traje negro le perseguía. A Tom le parecía un hombre muy malo. La única razón de que hubiera empezado a beber era porque al parecer no debía hacerlo, así se lo había dicho su padre, y también Mom; pero ¿qué importaba, ahora que todo el mundo se había ido? Lo haría si le venía en gana.

---

¿Pero qué estaba haciendo el hombre—que—no—hablaba? Había cogido el cubo de basura que había en la acera e iba a... ¿a romper el cristal del escaparate de Norton? ¡CRASH! Vaya si lo había hecho. Y ahora estaba metiendo la mano para abrir la puerta.

—¡Eh, compadre, no puede hacer eso! —gritó Tom con una mezcla de ultraje y excitación. — ¡Eso es ilegal! ¿No sabe que...?

Pero el hombre ya estaba dentro y no se volvió.

—¿Es usted sordo? —gritó Tom indignado—. ¡Cáspita! ¿Es usted...?

Dejó sin terminar la frase. De su rostro desaparecieron la excitación y la animación. Volvía a ser el robot desconectado. En May era habitual ver así a Tom *el Tonto*. Solía andar por la calle mirando los escaparates con aquella eterna expresión de contento en su rostro escandinavo ligeramente ancho y, de repente, se detenía con la mirada perdida. Alguien solía gritar « ¡Ya se ha largado Tom!» Y todos reían. Si Tom iba acompañado de su padre, éste fruncía el entrecejo, lo agarraba por el codo y le hacía emprender de nuevo la marcha. A veces le daba palmadas en el hombro o en la espalda hasta que volvía en sí. Pero al padre de Tom cada vez se le había visto menos durante... la primera mitad de 1988, porque salía con una camarera pelirroja de Boomer's Bar & Grill. Se llamaba DeeDee Pasckalotte y vaya si el nombre era motivo de chiste. Hacía más o menos un año que ella y Don Cullen se habían largado juntos. Sólo se les había visto una vez en un motel barato, en Slapout (Oklahoma). A partir de entonces se esfumaron.

Para la mayoría de la gente, aquellas repentinas y momentáneas pérdidas de raciocinio de Tom eran una prueba más de retraso mental; pero en realidad eran pruebas de un entendimiento casi normal. El proceso del pensamiento humano está basado, o al menos eso dicen los psicólogos, en la deducción y la inducción. Y afirman que una persona retrasada mental es incapaz de tener esos impulsos deductivos e inductivos. Hay hilos sueltos en alguna parte, circuitos interrumpidos y conmutadores averiados. Tom Cullen no era un retrasado total y podía establecer relaciones sencillas. De cuando en cuando, durante sus momentos de suspensión de los sentidos, se hallaba en condiciones de establecer relaciones inductivas o deductivas más o menos complejas. Experimentaba entonces la misma sensación que una persona normal cuando dice: «Lo tengo en la punta de la lengua.» Al ocurrir eso, Tom solía abandonar su mundo real, que sólo era una corriente de potencia sensorial, y se sumergía en su mente. Era semejante a un hombre que estuviera en una habitación a oscuras y desconocida, que tuviera en la mano la clavija del enchufe de una lámpara, y avanzara a gatas por el suelo, tropezando con cosas, palpando con la mano libre tratando de encontrar la base del enchufe. Si llegaba a encontrarla, lo que no ocurría siempre, resplandecía la luz y veía con claridad la habitación. O sea, la idea. Tom era una criatura sensorial. En una lista de sus cosas favoritas habría incluido saborear un batido en la tienda de Norton, mirando a una bonita chica de minifalda, que estuviese esperando para cruzar la calle; el aroma de las lilas y el tacto de la seda. Pero, sobre todas esas cosas, le gustaba lo intangible, le encantaba ese instante en que se establecía la conexión una vez había logrado enchufar, y la luz inundaba la habitación a oscuras. No siempre ocurría así, a menudo la conexión se le escapaba. Pero esta vez no. Había dicho: « ¿Acaso es usted sordo?» El hombre se había comportado como si no oyera lo que Tom decía, salvo en los momentos en que le miraba de frente. Y el hombre no le había dicho una sola palabra, ni siquiera hola. A veces la gente no contestaba a Tom cuando hacía preguntas porque algo en su cara les revelaba que andaba mal de la terraza. Pero, cuando esto ocurría, la persona que no contestaba parecía enfadada, triste o avergonzada. Pero ese hombre no se había comportado así; había hecho a Tom la señal de un círculo con el pulgar y el índice y Tom sabía que aquello significaba «bien». Sin embargo seguía sin hablar.

---

Las manos sobre los oídos y un movimiento de negación con la cabeza.

Las manos sobre la boca y lo mismo.

Las manos sobre el cuello y otra vez lo mismo.

La habitación se iluminó. Había establecido la corriente.

—¡Atiza! —exclamó Tom al tiempo que su cara volvía a animarse. Le brillaron los ojos enrojecidos. Entró corriendo en el Norton's Drugstore olvidando que era ilegal. El hombre—que—no—hablaba estaba empapando un algodón con algo que olía como Bactine, y luego se lo pasó por la frente.

—¡Eh, compadre! —gritó Tom precipitándose en la estancia.

El hombre—que—no—hablaba ni siquiera se volvió. Tom quedó por un momento perplejo y luego recordó. Dio una palmada en el hombro a Nick y éste se volvió.

—Usted es sordomudo, ¿verdad? ¡No puede oír! ¡No puede hablar! ¿Verdad?

Nick asintió con la cabeza. Y entonces fue él quien quedó perplejo ante la reacción de Tom, el cual dio una pataleta en el aire aplaudiendo frenético.

—¡Lo he pensado! ¡Hurra por mí! ¡Lo he pensado yo solo! ¡Hurra por Tom Cullen!

Nick no pudo evitar una sonrisa. No recordaba ninguna ocasión en que su incapacidad hubiera despertado en alguien semejante júbilo.

Había una pequeña plaza de pueblo delante del tribunal de justicia, y en esa placita se alzaba la estatua de un marine uniformado con equipo y armamento de la Segunda Guerra Mundial. La placa que había debajo hacía constar que ese monumento estaba dedicado a los muchachos del condado de Harper que hicieron el SACRIFICIO SUPREMO POR SU PAÍS. Nick Andros y Tom Cullen se encontraban sentados a la sombra de aquel monumento comiendo salchichas y pollo enlatados con patatas fritas. Nick llevaba un esparadrapo en la frente, sobre el ojo izquierdo. Estaba leyendo en los labios de Tom, lo que resultaba algo difícil porque éste no paraba de meterse comida en la boca mientras hablaba, al tiempo que, en su fuero interno, se decía que empezaba a estar harto de tomar tanto comistrajo de lata. Lo que de verdad le apetecía era un jugoso bistec con una buena guarnición.

Desde que se sentaron, Tom no había dejado de hablar. Se mostraba en exceso repetitivo, matizando su discurso con muchas exclamaciones como « ¡Atiza!» y « ¿No es así?». A Nick no le importaba. Hasta encontrar a Tom no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos el contacto con otras personas, ni de hasta qué punto le había atormentado la idea de que fuera la única persona viva en toda la tierra. Incluso hubo un momento en que pensó que la enfermedad había matado a toda la gente en el mundo salvo a los sordomudos. Ahora, se dijo sonriendo, podía especular sobre la posibilidad de que hubiera matado a todos en el mundo excepto a los sordomudos y retrasados mentales. Aquella idea, que le pareció regocijante a las dos de una tarde de verano, volvería por la noche para atormentarle, no encontrándola ya divertida.

Se preguntaba a dónde pensaría Tom que se había ido toda la gente. Ya le había oído hablar de su padre, que se había largado hacía un par de años con una camarera, y del trabajo de Tom como factótum en la granja Norbutt, y de la conclusión a la que llegó Norbutt de que Tom se encontraba ya «lo bastante bien» para poder confiarle un hacha, y de cómo Tom había «luchado contra todos hasta dejarlos medio muertos. A uno de ellos lo envié al hospital con *roturas*. Es lo que hizo Tom Cullen». Y también se enteró de que Tom había encontrado a su madre en casa de Blakely; y de

---

que ambas estaban muertas en la sala de estar, por lo que Tom había ahuecado el ala rápidamente. Jesús no acudía a llevarse al cielo a las personas muertas si había alguien observando, explicó Tom. Nick pensó que el Jesús de Tom era una especie de Santa Claus a la inversa, que se llevaba a los muertos por la chimenea en vez de bajar regalos por ella. Pero no había dicho palabra sobre el vacío absoluto de May, ni sobre la carretera que atravesaba el pueblo, en la que nada se movía.

Tocó con suavidad el pecho de Tom a fin de detener el torrente de palabras.

—¿Qué?

Nick trazó con el brazo un amplio círculo, abarcando los edificios del centro del pueblo. Adoptó una expresión cómica de asombro, frunciendo el ceño, ladeando la cabeza y rascándose la coronilla. Luego, con los dedos, simuló el caminar sobre la hierba y terminó dirigiendo a Tom una mirada interrogadora.

Lo que vio fue alarmante. Tom podía estar muerto, allí sentado, ya que en su rostro no había vestigio alguno de animación. Sus ojos, que hasta hacía un instante brillaban por todo cuanto quería decir, eran como vidrio opaco. Tenía la boca entreabierta y Nick podía ver trozos masticados de patatas fritas adheridos a su lengua. Las manos le pendían inertes.

Alarmado, Nick, alargó la mano para tocarlo, pero el cuerpo de Tom dio una sacudida. Aletearon sus párpados y la vida fluyó de nuevo a sus ojos como el agua que llena un balde. No hubiera quedado más claro lo ocurrido si un globo aerostático con la leyenda EUREKA hubiese aparecido sobre su cabeza.

—¡Quieres saber adonde ha ido toda la gente! —exclamó Tom.

Nick hizo un vigoroso gesto de asentimiento con la cabeza.

—Bueno, supongo que se fueron a Kansas City —respondió Tom—. Atiza, eso es. Todo el mundo estaba siempre hablando de lo pequeño que era este pueblo. No ocurría nada. No había diversiones. Hasta la pista de patinaje se vino abajo. Sólo quedaba el restaurante para automovilistas, y no brindaba ningún espectáculo. Mamá siempre decía que la gente se va, y que nadie vuelve. Como hizo papá, que se largó con una camarera del Boomer. Se llamaba DeeDee Pasckalotte. Así que supongo que todos se hartaron y marcharon al mismo tiempo. Deben de haberse ido a Kansas City. ¡Caray! ¿No ha sido eso lo que han hecho? Allí es adonde debieron irse. Excepto la señora Blakely y mamá. Jesús se las va a llevar arriba, al cielo, y las mecerá en la gloria eterna.

Tom interrumpió su monólogo. Se han ido a Kansas City, reflexionó Nick. Por lo que *yo sé*, podría ser así. Todo el mundo abandonaba el planeta pobre y triste elegido por la mano de Dios y, o bien se mecían en su gloria eterna, o se ponían de nuevo en marcha para Kansas City.

Se recostó y parpadeó varias veces. De manera que las palabras de Tom se quebraron convirtiéndose en el equivalente visual de un poema moderno, sin cadencia, como una obra de E.E. Cummings.

Había tenido malos sueños la noche anterior, que pasó en un granero; y ahora, con el estómago lleno, todo cuanto quería era...

Nick se quedó dormido.

Al despertarse en ese estado confuso en que se encuentra quien ha dormido profundamente en pleno día, lo primero que se preguntó fue por qué sudaba de aquella manera. Lo descubrió al sentarse. Eran las cinco menos cuarto de la tarde, había dormido unas dos horas y media, y el sol se había corrido de detrás del monumento en memoria de la guerra. Pero eso no era todo. Tom Cullen, en un alarde de solicitud, lo había tapado bien para que no se resfriara. Con dos mantas y un edredón.

Los apartó, se levantó y se desperezó. No se veía rastro de Tom. Nick anduvo despacio hacia la entrada principal de la plaza, preguntándose qué iba a hacer, si es que hacía algo, respecto a Tom... El muchacho retrasado había estado comiendo en A&P, que se encontraba al otro lado de la plaza del pueblo. No había tenido reparo alguno en entrar allí y coger comida, guiándose por las imágenes que aparecían en las etiquetas de las latas; ya que, a decir de Tom, la puerta del supermercado no estaba cerrada.

Nick se preguntaba perezoso qué habría hecho Tom si lo hubiera estado. Suponía que, llegado el momento en que el hambre le apretara lo suficiente, habría olvidado sus escrúpulos. ¿Pero qué habría sido de él una vez se hubiera acabado la comida?

Sin embargo, no era eso lo que realmente le preocupaba de Tom, sino la patética avidez con que le había saludado. Nick se dijo que, por retrasado que fuera, no lo era tanto como para dejar de sentir la soledad. Su madre y la mujer que fue para él como una tía habían muerto. Su padre se había ido. Su patrón, Norbutt, y todos los demás habitantes de May se habían largado a Kansas City una noche, mientras Tom dormía, dejándole allí para que deambulara por Main Street como un amable fantasma. Y estaba teniendo a su alcance cosas que no debía coger, como el whisky. Si volviera a emborracharse, podía incluso hacerse daño. Y si resultara herido, sin nadie que lo atendiese, probablemente moriría.

Pero... ¿cómo podrían ayudarse mutuamente un sordomudo y un retrasado mental? Un tipo que no puede hablar y otro que no puede pensar. Bueno, en realidad no es justo decir eso. Tom podía pensar al menos un poco, pero no podía leer, y Nick se planteaba cuánto tiempo tardaría en cansarse de jugar a las charadas con Tom Cullen. No se hacía ilusiones. Y no sería porque el propio Tom llegara a aburrirse de ellas. Atiza, nunca.

Se detuvo en la acera frente a la entrada del parque, con las manos en los bolsillos. Tomó su decisión. Bien, puedo pasar la noche aquí con Tom. Una noche más no importa. Al menos podré preparar una comida decente para él.

Algo más animado, se encaminó en busca de Tom.

Aquella noche Nick durmió en el parque. Ignoraba dónde había dormido Tom; pero, al despertarse a la mañana siguiente, algo humedecido por el rocío pero sintiéndose estupendamente, lo primero que vio al atravesar la plaza del pueblo fue a Tom, en cuclillas ante una flota de coches de juguete Corgi y una gran gasolinera Texaco de plástico.

Tom había llegado a la conclusión de que, si estaba bien irrumpir en el *drugstore* de Norman, también lo estaba hacerlo en cualquier otro sitio. Estaba sentado en el escalón de una tienda. A lo largo del bordillo de la acera, se encontraban alineados unos cuarenta modelos de coche. Junto a ellos, el destornillador que Tom había utilizado, para forzar el escaparate donde se hallaban expuestos. Había varios Jaguar, Mercedes Benz, Rolls Royce, un modelo Bentley a escala con una

larga capota verde lima, un Lamborghini, un Tord, un Pontiac Bonneville de diez centímetros de largo, fabricado por encargo, un Corvette, un Masseratti y, que Dios y nos proteja, un Moon 1933. Tom estaba inclinado sobre ellos estudiándolos, metiéndolos y sacándolos del garaje, haciéndolos repostar en la bomba de juguete. Nick vio que uno de los elevadores del taller de reparaciones funcionaba y que, de cuando en cuando, Tom hacía subir alguno de los coches y hurgaba debajo de él. De haber podido oír, habría escuchado, en el silencio casi perfecto, el sonido de la imaginación de Tom Cullen en acción. La vibración de sus labios *brrrrr* mientras conducía los coches por el asfalto Fisher-Price, el *chuc chuc chuc chuc* de la bomba de gasolina, el *sssssss* del elevador. De todos modos, pudo pescar retazos de la conversación entre el propietario de la gasolinera y las figurillas dentro de los cochecitos. « ¿Quiere que le llene el depósito, señor? ¿Normal? ¡Puede apostar! Permítame que le limpie el parabrisas... Humm. Creo que es el carb... Déjeme que lo suba y echaré un vistazo por debajo. ¿Habitación para descansar? ¡Vaya si las hay! Por ahí a la derecha.»

Y sobre aquello, arqueándose en todas direcciones, el cielo que Dios había extendido sobre aquel pequeño trecho de Oklahoma.

No puedo dejarlo. No puedo hacer semejante cosa, se dijo. Y de repente se sintió embargado por una amarga tristeza, totalmente inesperada, un sentimiento tan profundo que por un instante tuvo la sensación de que iba a romper a llorar.

Se han ido a Kansas City, se dijo. Eso es lo que ha pasado. Todos se han ido a Kansas City.

Nick cruzó la calle y dio a Tom una palmada en el brazo. El chico se sobresaltó y miró por encima del hombro. Sus labios se distendieron en una sonrisa amplia y embarazada, y empezó a ruborizarse.

–Sé que esto es para los niños y no para hombres hechos y derechos –declaró –. Lo sé. Caray, sí. Papá me lo dijo.

Nick se encogió de hombros, sonrió e hizo un gesto con las manos. Tom pareció aliviado.

–Ahora son míos. Si quiero son míos. Si tú puedes entrar en la farmacia y coger algo, yo también puedo entrar y coger algo. Atiza, ¿acaso no puedo? No tengo que volver a dejarlos, ¿verdad?

Nick negó con la cabeza.

–¡Son míos! –exclamó Tom contento, al tiempo que se volvía hacia el garaje. Tom le dio otra palmada y Tom se giró de nuevo –. ¿Qué?

Nick le tiró de la manga y Tom se levantó. Nick lo llevó calle abajo hasta donde se encontraba su bici. Se señaló a sí mismo, y luego a la bicicleta. Tom asintió.

–Claro. Esta bici es tuya. Ese garaje Texaco es mío. Yo no cogeré tu bici y tú no cogerás mi garaje. ¡Caray, no!

Nick meneó la cabeza. Volvió a señalarse y luego a la bici. Y luego Main Street abajo. Agitó la mano. Adiós.

Tom se quedó inmóvil.

–¿Vas a irte? –preguntó con tono vacilante.

Nick asintió.

---

–¡No quiero que te vayas! –suplicó Tom, con los ojos azules muy abiertos, llenos de lágrimas –. ¡Me gustas! ¡No quiero que te vayas también a Kansas City!

Nick le pasó el brazo por los hombros. Volvió a señalarse. Luego a Tom. Seguidamente a la bici y fuera de la ciudad.

–No entiendo –dijo Tom.

Nick repitió paciente la pantomima. Esta vez añadió el ademán de adiós y luego cogió la mano de Tom y la agitó en señal de despedida.

–¿Quieres que vaya contigo? –preguntó Tom al tiempo que esbozaba una sonrisa de incrédula alegría.

Nick asintió aliviado.

–¡Pues claro! –gritó Tom –. ¡Tom Cullen va a irse! ¡Tom...! –Se detuvo, su expresión de júbilo desapareció en parte y miró cauteloso a Nick –. ¿Puedo llevarme mi garaje?

Nick lo pensó por un instante y luego hizo un gesto de asentimiento.

–¡Bien! –La sonrisa de Tom reapareció como el sol por detrás de una nube –. ¡Tom Cullen se va!

Nick lo llevó junto a la bici. Señaló a Tom y luego a la bicicleta.

–Nunca he montado una como ésta –dijo Tom dubitativo mirando el engranaje de la máquina y el alto y estrecho sillín –. Más vale que no lo haga. Tom Cullen se caería de una bici tan rara como ésta.

Pese a esto, Nick se alegró. «Nunca he montado una como ésta» quería decir que sí lo había hecho en algún otro tipo de bicicleta. Se trataba de encontrar una que fuera sencilla y adecuada. Tom le retrasaría, eso era inevitable; pero tal vez no demasiado. Además, ¿qué prisas había? Los sueños sólo son sueños. Pero sentía un impulso de apresurarse, algo tan fuerte y al tiempo tan indefinido que parecía tratarse de una orden subconsciente. Llevó de nuevo a Tom junto a su gasolinera. La señaló y luego, sonriendo, hizo un gesto de asentimiento. Tom, anhelante, se puso en cuclillas. De pronto, sus manos se detuvieron en el momento de coger un par de coches. Miró a Nick con expresión conturbada y suspicaz. –No te irás sin Tom Cullen, ¿verdad? Nick negó firmemente con la cabeza.

–Bueno –dijo Tom, volviendo confiado a sus juguetes.

Nick, sin pensarlo, le alborotó el pelo. Tom levantó los ojos y le sonrió con timidez. Nick sonrió a su vez. No, no podía dejarlo. Eso estaba claro.

Era casi mediodía cuando al fin encontró una bici que pudiera servirle a Tom. Nunca se imaginó que fuera a costarle tanto tiempo; pero una sorprendente mayoría de gente había cerrado a machamartillo sus casas, garajes y construcciones anexas. En casi todos los casos se había limitado a atisbar en los garajes en sombras a través de ventanas sucias, llenas de telarañas, con la esperanza de localizar la bici adecuada. Pasó tres horas deambulando de calle en calle, sudando y con el sol implacable sobre la nuca. En un momento dado había regresado a la Western Auto para asegurarse de que no había ninguna. Las dos bicis del escaparate eran tándems de dos, con tres velocidades. El resto estaba todo desmontado.

Al fin halló lo que buscaba en un garaje pequeño y apartado, al sur del pueblo. El garaje estaba cerrado, pero tenía una ventana bastante grande. Nick rompió el vidrio de una pedrada y retiró los

---

trozos de cristal. En el interior del garaje hacía un calor espantoso y había un apestoso hedor a aceite y polvo. La bici era una vieja Schwinn para chico y se encontraba junto a una camioneta 4Merc de unos diez años de antigüedad, con las ruedas sin neumáticos y las portezuelas descolgadas.

Con la suerte que estoy teniendo, se dijo Nick, la condenada bici estará fuera de combate. Le faltará la cadena, tendrá los neumáticos reventados o algo por el estilo. Pero esta vez la suerte le había sido propicia. La bicicleta rodaba bien. Los neumáticos se encontraban en perfecto estado. Todos los cerrojos y los pedales parecían bien ajustados. La bici no llevaba cesto. Tendría que remediarlo. Había un guardacadenas y, cuidadosamente colgada en la pared, una bomba de mano Briggs casi nueva.

Siguió husmeando y en un estante encontró un bote de aceite 3 en 1. Se sentó en el agrietado suelo de cemento, olvidando por un momento el calor, y se dedicó a engrasar con minuciosidad la cadena y los pedales. Una vez hubo terminado, tapó el 3 en 1 y se lo metió con precaución en el bolsillo de los pantalones.

Con un trozo de cuerda ató la bomba de la bici en la trasera de la Schwinn. Luego abrió la puerta del garaje y la sacó. Nunca le había parecido tan maravilloso el aire fresco. Cerró los ojos, hizo una profunda aspiración, llevó la bici hasta la calle, montó y pedaleó despacio Main Street abajo. La bici rodaba de maravilla. Sería perfecta para Tom; siempre que supiera montarla, naturalmente.

La dejó aparcada junto a su Raleigh y luego se encaminó hacia la tienda de artículos de deporte. Encontró un cesto de alambre de buen tamaño para bicicleta. Se disponía ya a irse con ella debajo del brazo, cuando algo atrajo su atención. Una bocina Klaxon, con una campana cromada y un gran bulbo de cuero rojo. Sonriente, metió la bocina en la cesta metálica y a continuación se dirigió a la sección de herramientas en busca de un destornillador y una llave inglesa. Luego salió a la calle. Tom se encontraba tumbado dormitando, a la sombra del viejo monumento a los marines de la Segunda Guerra Mundial que se alzaba en la plaza del pueblo.

Nick colgó la cesta del manillar de la Schwinn y puso junto a ella la bocina. Entró de nuevo en la tienda, y regresó con una mochila de buen tamaño.

Se dirigió al almacén A&P y la llenó de latas de carne, fruta y vegetales. Se había detenido ante unas judías con chile enlatadas, cuando vio una sombra pasar por el pasillo de enfrente. Si hubiera podido oír, ya se habría dado cuenta de que Tom había descubierto su bici. El sonido bronco y ahogado de la bocina se propagaba arriba y abajo de la calle acompañado por las risas de Tom Cullen.

Nick se dirigió a la puerta del supermercado y vio a Tom pedaleando majestuoso Main Street abajo, con su pelo rubio y los faldones de la camisa ondeando y apretando sin cesar la Klaxon. En el final del sector comercial, giró rápido y volvió a toda prisa. Podía verse el garaje Fisher-Price en el cesto de la bicicleta. Los bolsillos de sus pantalones y los de su camisa caqui desbordaban de coches Corgi. El sol brillaba con fuerza, trazando círculos en los radios de las ruedas. Con cierta tristeza, Nick lamentó no poder oír el sonido de la bocina, sólo para saber si le gustaría tanto como a Tom, el cual lo saludó con la mano y siguió subiendo por la calle. Al alcanzar el extremo más alejado del sector comercial, dio de nuevo la vuelta y volvió, sin dejar de oprimir la bocina. Nick alzó la mano con el gesto de un policía para que se detuviera. Tom fue deslizándose hasta quedar parado delante de él. Le caían grandes gotas de sudor por la cara. El tubo de goma de la bomba oscilaba de un lado a otro. Tom jadeaba y sonreía.

Nick señaló hacia las afueras de la ciudad e hizo el ademán de despedida.

–¿Verdad que puedo llevarme mi garaje?

Nick asintió al tiempo que pasaba la correa de la mochila por el grueso cuello de Tom.

–¿Nos vamos ya?

Nick volvió a asentir e hizo un círculo con el pulgar y el índice.

–¿A Kansas City?

Nick meneó la cabeza.

–¿A donde nos dé la gana?

Nick asintió. Sí. A donde nos dé la gana, se dijo. Pero lo más probable es que ese lugar esté en alguna parte de Nebraska.

–¡Ufff! –exclamó Tom con júbilo –. ¡Bien, bien! ¡Eso es! ¡Uufff!

Habían alcanzado la carretera 283 en dirección norte y, cuando llevaban sólo dos horas y media de viaje, empezaron a aparecer grandes y oscuros nubarrones por el oeste. La tormenta les sorprendió rápidamente descargando lluvia a raudales. Nick no podía oír los truenos, aunque sí ver los relámpagos en forma de tridentes que despedían las nubes. Eran lo bastante brillantes para producir deslumbramiento, dejando luego imágenes de un azul púrpúreo. Mientras se acercaban a los alrededores de Roston, donde Nick pensaba virar en dirección este, hacia la carretera 64, la lluvia cesó y el cielo adquirió un tono amarillento extraño y sobrecogedor. El refrescante viento que le había azotado la mejilla izquierda dejó de soplar. Nick empezó a sentirse nervioso sin saber por qué, y desmañado en forma inexplicable. Nadie le había dicho jamás que una de las escasas reacciones que el hombre todavía comparte con los animales más primitivos, es la que se produce ante una baja repentina de la presión atmosférica.

Tom le estaba tirando de la manga con movimientos frenéticos. Se sobresaltó al verlo completamente lívido.

Sus ojos eran como platos.

–¡Tornado! –chilló –. ¡Se acerca un tornado!

Nick escudriñó buscando un embudo pero no vio ninguno. Se volvió de nuevo hacia Tom intentando encontrar una forma de tranquilizarlo. Pero Tom había desaparecido. Se había metido pedaleando por el campo a la derecha de la carretera, por un sendero llano que seguía en zigzag a través de la hierba alta.

¡Maldito loco!, se dijo Nick. Vas a romper el jodido eje.

Tom se dirigía hacia un granero con un silo contiguo que se veía al final de un camino polvoriento, el cual se prolongaba unos cuatrocientos metros. Nick, que seguía nervioso, subió pedaleando por la carretera, pasó luego la bici por encima de la valla del corral del ganado y continuó pedaleando por el polvoriento sendero que conducía al granero. La bicicleta de Tom estaba caída en el suelo. Se halla todo lo aterrado que le permite su reducida mente, se dijo Nick.

Su propia inquietud le hizo echar una última ojeada por encima del hombro, y lo que vio lo dejó paralizado de horror.

Por el oeste se acercaba una oscuridad terrible. No era una nube sino más bien una ausencia total de luz. Presentaba forma de un embudo que parecía tener más de trescientos metros de altura. Era más ancho por arriba que por abajo. El extremo inferior no llegaba a tocar la tierra. Y de la parte alta fluían nubarrones.

Mientras Nick miraba, el gigantesco embudo tocó tierra, a más de un kilómetro de distancia. Y un largo edificio azul con el tejado de metal acanalado, tal vez un depósito de suministros de coche o un cobertizo de almacenaje de madera, explotó con un potente estruendo. Claro que él no pudo oírlo pero la vibración le hizo tambalearse hacia atrás. Y el edificio pareció explotar *hacia dentro*, como si el embudo hubiera aspirado todo el aire que contenía. Acto seguido, el tejado de metal se partió en dos. Las dos secciones se elevaron, girando y girando como un copete que se hubiera vuelto loco. Nick, fascinado, torcía el cuello para seguir su trayectoria.

Estoy viendo eso que aparece en mis peores sueños, se dijo, y no es un hombre, aunque es posible que a veces lo parezca. Se trata de un tornado. Una grande y poderosa tromba negra irrumpiendo desde el oeste, engullendo todo cuanto tenga el infortunio de encontrarse en su camino. Es...

En ese momento se sintió levantado literalmente en vilo y empujado al granero. Miró en derredor buscando a Tom y por un momento quedó sorprendido al verlo. Estaba tan fascinado por la tormenta que había olvidado la existencia de Tom Cullen.

–¡Abajo! –dijo Tom jadeando –. ¡Aprisa! ¡Aprisa! Eso es, caray. ¡Tornado! ¡¡Tornado!!

Nick salió al fin de su trance, se dio cuenta de dónde se encontraba y con quién, y sintió miedo. Mientras bajaba las escaleras y seguía a Tom hacia el sótano del granero, que servía de refugio contra las tormentas, percibió una vibración extraña y palpitante. Era lo más parecido a un sonido que jamás había experimentado, como un molesto dolor en el centro del cerebro. Luego vio algo que jamás olvidaría: cómo, una tras otra, eran arrancadas las tablas de la pared del granero y ascendían vertiginosas en el polvoriento aire, como si se tratara de dientes cariados arrancados por unas tenazas invisibles. La paja que cubría el suelo empezó a subir al tiempo que giraba formando alocados tornados en miniatura. Aquella vibración sorda se hacía por momentos más intensa.

Tom empujó y abrió una pesada puerta de madera, y le hizo cruzarla de un empujón. Nick sintió olor a moho y podredumbre. Con el último resto de luz descubrió que estaban compartiendo el sótano refugio con una familia de cadáveres roídos por las ratas. Tom cerró la puerta de golpe y quedaron sumidos en la oscuridad. Disminuyó la vibración; pero no del todo.

El pánico le envolvió. La oscuridad reducía sus sentidos al tacto y el olfato. De ninguno de ellos recibía mensajes reconfortantes y bajo sus pies sentía la vibración constante de las tablas y el olor a muerte.

Tom le agarró a ciegas la mano, y Nick atrajo hasta su lado al retrasado mental, que temblaba. Se preguntó si estaría llorando o si intentaba hablar con él. Aquella idea le alivió algo de su propio miedo y pasó el brazo por los hombros de Tom, el cual le correspondió. Allí permanecieron los dos, en pie, muy erguidos y agarrados el uno al otro.

Nick sintió aumentar la vibración bajo sus pies.

Incluso el aire parecía temblar ligeramente sobre su rostro. Tom se agarró a él con más fuerza todavía. Sordo, ciego y mudo, se mantenía a la espera de lo que pudiera suceder a continuación, y

reflexionaba que, si Ray Booth le hubiera machacado su otro ojo, toda su vida sería como en esos momentos. De haber ocurrido así se habría pegado un tiro en la cabeza para acabar de una vez.

Más tarde, le sería casi imposible creer a su reloj, según el cual sólo habían pasado quince minutos en la oscuridad del sótano refugio. Jamás en su vida había comprendido cuan subjetivo y maleable es el tiempo. Parecía como si hubieran estado allí dos o tres horas. A medida que pasaba el tiempo, llegó a creer que no se hallaban solos en aquel sótano refugio. Sí, claro, estaban los cadáveres. Algún pobre infeliz habría llevado allí a su familia cerca ya del fin, acaso con la febril suposición de que, si allí habían capeado otros desastres naturales, acaso también podrían salvarse de ése. Pero no se refería a los cadáveres. A juicio de Nick, un cadáver era algo que no se diferenciaba mucho de una silla, una máquina de escribir o una alfombra. Un cadáver era una cosa inanimada que ocupaba espacio. Lo que él sentía era la presencia de otro ser humano, y cada vez se hallaba más convencido de quién o qué era.

Era el hombre oscuro, el hombre que cobraba vida en sus sueños, la criatura cuyo espíritu había percibido en el negro corazón del ciclón.

En alguna parte –allí en el rincón, o tal vez incluso detrás de ellos – él los observaba. Y esperaba. En el momento preciso los tocaría y entonces los dos... ¿qué? Pues enloquecerían de terror. Él podía verlos. Nick estaba seguro de que los veía. Tenía ojos capaces de ver en la oscuridad como los de un gato o los de una misteriosa criatura, quizá como la de la película *Depredador*. Eso... algo así. El hombre oscuro podía ver tonos del espectro que el ojo humano no alcanzaría jamás y a él todo le parecería lento y rojo, como si todo el mundo se hubiera teñido de sangre.

En un principio, Nick era capaz de separar esa fantasía de la realidad. Pero a medida que pasaba el tiempo tenía cada vez mayor certeza de que la fantasía *era* realidad. Imaginaba sentir en la nuca el aliento del hombre moreno.

Estaba a punto de lanzarse hacia la puerta, abrirla y salir corriendo sin importarle lo que hubiera fuera, cuando Tom lo hizo por él. De repente desapareció el brazo que Nick tenía sobre los hombros. Un instante después, la puerta del sótano refugio se abrió de golpe dejando penetrar un derroche de deslumbrante luz blanca que obligó a Nick a protegerse con la mano el ojo sano. Apenas pudo obtener una fugaz imagen de Tom Cullen subiendo las escaleras tambaleantes. Lo siguió, tanteando el camino entre aquel deslumbramiento. Cuando llegó arriba, el ojo ya se le había acostumbrado.

Pensó que la luz no era tan fuerte cuando bajaron al sótano y descubrió de inmediato el motivo: el tejado del granero había sido arrancado. Casi parecía una operación quirúrgica. El trabajo había sido tan limpio que no había nada astillado, y apenas restos en el suelo. Tres focos del tejado colgaban de las paredes del almacén, y casi todas las tablas habían sido arrancadas. Encontrarse allí era como estar en el interior de la puntiaguda osamenta de un monstruo prehistórico.

Tom no se detuvo a evaluar los daños. Huía del granero como si le estuviera persiguiendo el mismísimo diablo. Sólo una vez miró hacia atrás, con los ojos desorbitados y expresión de terror infinito. Nick no pudo evitar observar por encima del hombro en dirección al sótano refugio. Las escaleras iban difuminándose entre las sombras a medida que bajaban, madera vieja, astillada y hundida en el centro de cada escalón. Vio paja extendida sobre el suelo y dos pares de manos saliendo de entre las sombras. De los dedos, roídos por las ratas, sólo quedaban los huesos.

Si allí dentro había alguien más, Nick no lo vio.

Y tampoco quería verlo.

De manera que siguió a Tom hasta el exterior.

Tom se encontraba en pie, junto a su bicicleta, temblando. Nick se sintió desconcertado ante la caprichosa selectividad del tornado, que había destruido casi todo el granero sin causar el menor daño a sus bicicletas. De repente se dio cuenta de que Tom estaba llorando. Nick se acercó a él y le pasó el brazo por los hombros. Tom seguía con los ojos desorbitados, fijos en la puerta doble arrancada del granero. Nick hizo el consabido círculo con el pulgar y el índice. La mirada de Tom se detuvo por un instante en él; pero en su rostro no apareció la sonrisa que Nick esperaba. Se limitó a dirigir la vista otra vez al granero. Sus ojos tenían aquella expresión vacua y fija que a Nick no le gustaba nada.

—Allí había alguien —dijo Tom con sequedad.

La sonrisa de Nick se le heló en los labios. Señaló a Tom, luego se señaló a sí mismo y, por último, hizo un gesto breve y cortante en el aire con el canto de la mano.

—Alguien salió de la tromba —dijo Tom.

Nick se encogió de hombros.

—¿Podemos irnos ya? ¡Por favor!

Nick asintió con la cabeza.

Condujeron de nuevo sus bicicletas a la carretera, a través del sendero de hierba destrozada por el tornado. Había tocado abajo, en la parte occidental de Rosston, cortando a través de la 283, en un recorrido de oeste a este, arrasando pretiles y cables; había bordeado el granero a la izquierda de ellos, y se había hundido a través de la casa que se alzaba, o más bien se había alzado, frente al granero. Cuatrocientos metros delante cesaba bruscamente su rastro a través del campo. Las nubes empezaban ya a abrirse, aunque todavía seguía cayendo una llovizna ligera y refrescante, y los pájaros cantaban como si tal cosa.

Nick observó los vigorosos músculos de Tom debajo de la camisa, al levantar éste su bicicleta por encima del enredo de cables que había al borde de la carretera. Este hombre me ha salvado la vida, se dijo. Jamás había visto una tromba en toda mi existencia. Si le hubiera dejado en May, como en principio pensé, a estas horas habría muerto.

Pasó la bici por encima de aquel lío de cables y dio a Tom una palmada en la espalda al tiempo que le sonreía.

Tenemos que encontrar a alguien más, pensó Nick. Hemos de encontrarlo sólo para que yo pueda dar las gracias a Tom. Y también decirle mi nombre. Ni siquiera conoce mi nombre, porque no sabe leer.

Permaneció un instante aturdido por aquella idea. Luego montaron en sus bicicletas y se pusieron en marcha.

Aquella noche acamparon cerca del campo de fútbol de la Jaycee's Little League de Rosston. El cielo nocturno estaba limpio de nubes y aparecía estrellado. Nick se quedó de inmediato dormido y no tuvo sueños. Despertó a la mañana siguiente, pensando en lo formidable que era estar de nuevo con alguien, cuan diferente resultaba.

Se hallaban en Polk County, Nebraska, cuyo nombre le sonaba de algo; durante los últimos años había viajado mucho y quizá alguien le había mencionado Polk County. Había también una carretera 30. Pero no podía creer, y mucho menos en las primeras horas de la mañana de un día hermoso, que fueran a encontrarse con una negra vieja, sentada en su porche en medio de un maizal, cantando himnos acompañándose con una guitarra. Pero consideraba importante ir a algún sitio, buscar gente. En cierto modo compartía la urgencia de Fran Goldsmith y Stu Redman de reagruparse. Hasta que eso fuera un hecho, todo seguiría siendo ajeno y disgregado. Había peligro en todas partes. Uno no podía verlo pero lo sentía, de la misma manera que tuvo conciencia de la presencia del hombre oscuro ayer en aquel sótano. Se tenía la sensación de que el peligro acechaba en todos los lugares, dentro de las casas, al tomar la próxima curva de la carretera, acaso oculto debajo de los coches y camiones abandonados a lo largo del camino. Y, si no estaba allí, estaría en el calendario, escondido debajo de las dos o tres hojas siguientes. Peligro. Cada partícula de su ser parecía musitarlo.

PUENTE FUERA DE SERVICIO. SESENTA KILÓMETROS DE CARRETERA EN MALAS CONDICIONES. NO NOS HACEMOS RESPONSABLES DE LAS PERSONAS QUE SIGAN ADELANTE.

Parte de ello se debía al estremecedor sobresalto psicológico del campo vacío. Mientras permaneció en Shoyo, se había sentido protegido. Poco importaba, o al menos no demasiado, que Shoyo estuviera vacío, al tratarse de un lugar tan pequeño. Pero cuando uno se encontraba en movimiento era como si... Bueno, le hacía recordar una película de Walt Disney que había visto de niño, algo relacionado con la naturaleza: aparecía un tulipán que llenaba la pantalla, un único tulipán, tan bello que te hacía contener el aliento. Luego la cámara retrocedía con rapidez y veías todo un campo cubierto de tulipanes. Te dejaba fuera de combate. Producía una total sobrecarga sensorial. Era demasiado. Y eso estaba pasando durante aquel viaje. Shoyo estaba vacío y Nick pudo asimilarlo. Pero también McNab estaba vacío, y Texarkana, y Spencerville. Ardmore había ardidado hasta los cimientos. Fue hacia el norte, hasta la carretera 81 y no encontró más que venados. Por dos veces había descubierto lo que probablemente eran indicios de personas vivas. Las cenizas todavía tibias de una hoguera y un venado cazado por alguien que lo había troceado limpiamente. Pero ninguna persona. Era para volverse loco ir adquiriendo conciencia de la enormidad de todo ello. No se trataba solo de Shoyo, de McNab o de Texarkana. Era América la que yacía allí, semejante a una inmensa lata vacía, con unos cuantos guisantes olvidados en el fondo. Y más allá de América se encontraba *todo el mundo*. De sólo pensarlo Nick se sintió mareado y enfermo.

Si seguían rodando, tal vez fueran como una bola de nieve haciéndose cada vez más grande a medida que caía por la pendiente. De allí a Nebraska, con un poco de suerte, podrían tropezar con algunas personas y recogerlas. O que los recogieran a ellos si hallaba un grupo más numeroso. Suponía que desde Nebraska irían a alguna otra parte. Era como una búsqueda sin nada que encontrar. Ningún Grial ni tampoco espada alguna hundida en un yunque.

Cortaremos en dirección noreste, se dijo, hacia Kansas. La carretera 35 los conduciría a una nueva versión de la carretera 81, y ésta los llevaría directamente a Swedeholm, en Nebraska, donde

cruzaba la 92, formando un ángulo recto perfecto. Otra ruta, la 30, conectaba con ambas, formando la hipotenusa de un triángulo. Y en alguna parte de ese triángulo se encontraba el país de su sueño.

Al pensar en ello sintió una extraña excitación premonitoria.

Cierto movimiento le hizo levantar la vista. Tom se encontraba sentado, frotándose los ojos con los puños. Un bostezo fenomenal hacía desaparecer casi toda la parte inferior de su cara. Nick sonrió y Tom le devolvió la sonrisa.

—¿Seguiremos camino también hoy? —preguntó Tom.

Nick hizo un gesto de asentimiento.

—Caramba, esto es estupendo. Me gusta montar mi bici. ¡Caray, sí! Espero que no paremos nunca.

Quién sabe, se dijo Nick. Tal vez se cumpla su deseo.

Aquella mañana viraron hacia el este y almorzaron en una encrucijada no lejos de la frontera entre Oklahoma y Kansas. Era 7 de julio y hacía calor.

Poco antes de detenerse a comer, Tom hizo su habitual parada deslizante con la bici. Miraba fijamente un cartel clavado en un mojón medio hundido en el blanco reborde del arcén de la carretera. Nick lo miró. El cartel rezaba: ESTÁN SALIENDO DE HARPER COUNTY, OKLAHOMA. ESTÁN ENTRANDO EN WOODS COUNTY, OKLAHOMA.

—Yo puedo leer eso —dijo Tom.

Si Nick hubiera estado en condiciones de oír, podría haberse sentido divertido y conmovido al descubrir cómo la voz de Tom iba adquiriendo un registro agudo y declamatorio.

—¿Sabes lo que te digo?

Nick negó con la cabeza.

—Jamás he estado fuera de Harper County en toda mi vida, caray, no; Tom Cullen no. Pero una vez mi papá me trajo aquí y me enseñó este cartel. Dijo que si alguna vez llegaba a pescarme al otro lado de él, me molería a palos. Espero que no nos pesque en Woods County. ¿Crees que lo hará?

Nick negó enfático.

—¿Está Kansas City en Woods County?

Nick negó de nuevo.

—Pero vamos a ir a Woods County antes que a otro sitio, ¿verdad?

Nick asintió.

A Tom le brillaron los ojos.

—¿Es el mundo?

Nick no le entendió. Frunció el ceño... Enarcó las cejas... Se encogió de hombros.

–El *mundo* es el lugar al que me refiero –explicó Tom –. ¿Vamos a ir al *mundo*, colega? –Vaciló un momento y luego preguntó con gravedad balbuceante: –Has dicho Woods, ¿verdad? ¿Iremos al mundo?<sup>1</sup>

Nick asintió con un movimiento lento de *cabeza*.

–De acuerdo –dijo Tom.

Se quedó un instante mirando el cartel; luego se limpió el ojo derecho del que le caía una lágrima, y a continuación subió a su bici.

–Bien. Allá vamos.

Entraron en Kansas poco antes de que oscureciera demasiado. Después de la cena, Tom se mostró malhumorado y cansado. Quería jugar con su garaje. Quería ver la televisión. No le apetecía seguir pedaleando porque le dolía el trasero de estar tanto tiempo encima del sillín. No tenía la menor idea de los límites entre estados, por lo que no compartió el júbilo de Nick al pasar junto a otro cartel en el que se leía: ESTÁN ENTRANDO EN KANSAS. Para entonces era tal la oscuridad que las letras blancas parecían flotar unos centímetros por encima del cartel marrón, semejantes a espíritus.

Acamparon a casi medio kilómetro de la frontera, debajo de un molino de agua que se erguía sobre unas altas patas de acero semejante a un marciano de H.G. Wells. Tom se quedó dormido en cuanto se metió en su saco. Nick permaneció un rato sentado, contemplando las estrellas. La Tierra se hallaba sumida en la más absoluta oscuridad y, para él, también en el más completo silencio. Poco antes de meterse en el saco de dormir vio un cuervo posarse en una empalizada cercana, y tuvo la impresión de que le estaba observando. Sus ojillos negros parecían bordeados por semicírculos de sangre, reflejo sin duda de una borrosa luna estival, anaranjada, que apareció sin que se diera cuenta. Había algo en el cuervo que a Nick le hizo sentirse inquieto. Cogió un gran terrón y se lo arrojó. El pajarraco aleteó, pareció clavar en él una mirada funesta y furiosa y desapareció en la oscuridad.

Nick soñó esa noche con el hombre sin rostro, en pie sobre el alto tejado, con los brazos extendidos hacia el este, y luego con el alto maizal y el sonido de la música. Sólo que esta vez *sabía* que era música y esta vez *sabía* que era una guitarra. Se despertó cerca del amanecer, con la vejiga a punto de reventar y las palabras de ella sonando en sus oídos. «Madre Abigail es como me llaman... ven a verme cuando quieras.»

Aquella tarde, a última hora, mientras se dirigían hacia el este a través de Comanche County en la carretera 160, se quedaron boquiabiertos al ver un pequeño rebaño de bisontes, acaso no más de una docena, atravesando con calma la carretera en busca de buenos pastos. En la parte norte, hubo en tiempos una alambrada, pero al parecer los bisontes la habían derribado.

–¿Qué son? –preguntó Tom asustado –. ¡No son vacas!

Y como Nick no podía hablar ni Tom podía leer, le fue imposible contestar a su pregunta. Era el 8 de julio de 1990. Aquella noche durmieron a campo abierto, en las llanas tierras de labranza, sesenta kilómetros al oeste de Deerhead.

---

<sup>1</sup> *Woods* (bosques) y *World* (mundo) tienen una fonética semejante. (N. de los T.)

---

Era 9 de julio y estaban almorzando a la sombra de un viejo y gallardo olmo en el patio delantero de una granja que había ardido en parte. Tom comía salchichas de una lata mientras hacía entrar y salir los coches de la gasolinera. Al mismo tiempo, tarareaba una y otra vez el estribillo de una canción popular. Nick se sabía de memoria las formas que iban adoptando los labios de Tom:

*Pequeña, ¿puedes contentar a tu hombre?*

*Es un tipo honrado.*

*Pequeña, ¿puedes contentar a tu hombre?*

Nick se sentía algo deprimido y un poco impresionado por las dimensiones del país. Jamás se había dado cuenta antes de lo fácil que resultaba levantar el pulgar sabiendo que tarde o temprano te recogerían. Un coche se disponía a parar, por lo general conducido por un hombre, a menudo con una lata de cerveza entre las piernas. Quería saber a dónde te dirigías y tú alargabas un trozo de papel que llevabas en el bolsillo de la camisa, un trozo de papel en el que se leía: «Hola, me llamo Nick Andros. Soy sordomudo. Lo siento. Voy a... Muchas gracias por llevarme. Puedo leer los labios.» Y eso solía ser todo. A menos que al tipo que conducía no le cayeran bien los sordomudos. Les ocurría a algunos, aunque eran muy pocos. Subías al coche y te llevaba hasta donde querías ir, o al menos un buen trecho del camino. El coche devoraba la carretera y los kilómetros. El coche era una forma de teletransporte. El coche dominaba los mapas. Pero ahora *no* había coche, aunque en muchas de aquellas carreteras habría resultado un sistema práctico de locomoción durante cien kilómetros, si se iba con cuidado. Y cuando acabara quedando bloqueado, bastaba con abandonar el vehículo, caminar distancias más o menos largas y luego coger otro. Pero sin automóvil eran semejantes a hormigas arrastrándose sobre el pecho de un gigante abatido, hormigas yendo infatigables de un pezón al otro. Por todo eso, Nick deseaba, sin atreverse apenas a soñarlo, que cuando finalmente se encontraran con alguna persona, siempre que tal cosa pudiera ocurrir, fuera como en aquellos días despreocupados del autostop. Se vería aquel familiar centelleo del cromo al aparecer sobre la cima de la siguiente colina, aquellos destellos del sol que a un tiempo deslumbraban y alegraban la vista. Sería un coche americano de lo más corriente, un Chevy Biscayne o un Pontiac Tempest, el estupendo acero rodante del viejo Detroit. En sus sueños nunca veía un Honda, una Mazda o un Yugo. Aparecería esa belleza americana y vería a un hombre al volante, un hombre con un codo atezado apoyado en la ventanilla. Ese hombre sonreiría y diría: « ¡Por Job, muchachos! ¡Cuánto me alegro de veros! ¡Arriba! ¡Subid y veamos a dónde nos dirigimos!»

Pero aquel día no vieron a nadie. Y al décimo día tropezaron con Julie Lawry.

Fue otra jornada tórrida. Habían pasado casi toda la tarde pedaleando con las camisas anudadas a la cintura, y los dos se estaban poniendo tan morenos como indios. Ese día no había sido bueno a causa de las manzanas. De las manzanas verdes.

Las encontraron en un viejo manzano en el huerto de una granja, verdes, pequeñas y acidas. Pero llevaban tanto tiempo privados de fruta fresca que les parecieron pura ambrosía. Nick se limitó a comerse dos; pero Tom, voraz, se zampó seis, una tras otra. Hizo caso omiso de los ademanes de Nick para que dejara de comer. Cuando a Tom Cullen se le metía una cosa en la cabeza podía resultar tan tozudo como un niño de cuatro años.

Así que, a partir de las once de la mañana y durante el resto de la tarde, Tom sufrió retortijones. Le caían hilos de sudor. Gemía. Tenía que bajarse de la bici y refugiarse entre colinas bajas. Nick, pese a su irritación por lo mucho que se estaban retrasando, no pudo evitar que le hiciera cierta gracia.

Al llegar a la ciudad de Pratt, alrededor de las cuatro de la tarde, Nick decidió que ya tenían suficiente por ese día. Tom se desplomó agradecido sobre el banco de la parada de autobús, que estaba a la sombra, y al punto se quedó dormido. Nick lo dejó allí y se dirigió al barrio comercial en busca de una farmacia. Trataría de hallar algo de Pepto-Bismol y, cuando Tom despertara, le obligaría a tomarlo, le gustara o no. Si hacía falta todo un frasco para frenar la diarrea de Tom se la haría tomar por mucho que se resistiera. Nick quería recuperar tiempo al día siguiente.

Encontró una farmacia entre el Pratt Theater y el Norge local. Entró por la puerta abierta y permaneció allí un instante olfateando el rancio olor, ya familiar, de un local caluroso y sin ventilar. Se mezclaban otros olores, fuertes y empalagosos. El más fuerte era de perfume. Tal vez algún frasco se hubiera roto con el calor.

Miró en derredor buscando las medicinas para el estómago, al tiempo que intentaba recordar si el Pepto-Bismol soportaba bien el calor. Bueno, ya lo pondría en la etiqueta. Sus ojos pasaron sin detenerse por el maniquí. Un par de filas a la derecha, vio lo que buscaba. Dio dos pasos y de repente se dio de cuenta que nunca había visto un maniquí en un *drugstore*.

Volvió la *cabeza* y lo que vio fue a Julie Lawry.

Se encontraba en pie, absolutamente inmóvil, con un frasco de perfume en una mano. Tenía los ojos azul porcelana muy abiertos, como embargada por la sorpresa, incrédula. Llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás y recogido con una brillante banda de seda que le colgaba hasta la cintura. Vestía un ajustado suéter rosa y unos *shorts* téjanos tan reducidos que casi podían confundirse con bragas. Tenía un sarpullido de acné en la frente y un grano en el mismo centro de la barbilla.

Nick y ella permanecieron mirándose a través de la desierta farmacia, ambos paralizados. Luego, la botella de perfume se escurrió entre los dedos de la chica y estalló contra el suelo como una bomba, convirtiendo la tienda en una especie de invernadero. Por el olor, aquello parecía un funeral.

—¡Dios mío! ¿Eres de carne y hueso? —preguntó Julie con voz temblorosa.

A Nick le pareció que el corazón se le saldría del pecho y sintió el fuerte latido de la sangre en las sienes. Incluso aparecieron unos puntos luminosos invadiendo su campo de visión.

Asintió con la cabeza.

—¿No eres un fantasma?

Negó con la cabeza.

—Entonces di algo. Si no eres un fantasma, di algo.

Nick se llevó una mano a la boca y luego a la garganta.

—¿Qué significa eso?

La voz de la muchacha había adquirido un ligero matiz de nerviosismo. Nick no podía oírlo, aunque sí percibirlo, pues se notaba en su cara. Temía avanzar en dirección a ella porque tal vez echara a correr. Nick no temía que ella tuviera miedo de ver a otra persona. Lo que le asustaba era la

---

posibilidad de estar sufriendo una alucinación. De nuevo experimentó aquel sentimiento de frustración. Si al menos pudiera hablar... Lo intentó de nuevo con la pantomima. Después de todo, era lo único que podía hacer. Esta vez logró hacerse entender.

–¿No puedes hablar? ¿Eres mudo?

Nick asintió.

Ella soltó una aguda risa de angustiosa contrariedad.

–¿Quieres decir que cuando por fin aparece alguien, resulta que es un mudo?

Nick se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa forzada.

–Bien –dijo ella avanzando hacia él –. Eres bastante atractivo. Algo es algo.

Le puso una mano en el brazo y sus senos casi le rozaron.

Nick pudo oler al menos tres clases diferentes de perfume y, por debajo de ellos, el desagradable olor a sudor de la mujer.

–Me llamo Julie. Julie Lawry. ¿Y tú? –Lanzó una risita tonta –. No puedes decírmelo, ¿verdad? Pobrecillo.

Se acercó más a él y sus senos le rozaron. Nick empezó a sentirse acalorado. Qué diablos, se dijo incómodo, no es más que una chiquilla.

Se apartó de ella, sacó el bloc del bolsillo y empezó a escribir. Ella se apoyó sobre su hombro para ver lo que ponía. No llevaba sostén. Desde luego pronto había superado su temor. Los trazos de su escritura empezaron a ser irregulares.

–Bueno, adelante –dijo ella mientras Nick escribía.

Nick tenía la mirada fija en su bloc y no podía «leer» sus palabras, aunque sí sentir el cálido cosquilleo de su aliento.

«Me llamo Nick Andros. Soy sordomudo. Viajo con Tom Cullen, que es un poco retrasado. No puede leer ni comprender muchas cosas, a menos que sean muy sencillas. Vamos camino de Nebraska porque creo que allí puede haber gente. Ven con nosotros si quieres.»

–Desde luego –contestó ella. Y luego, recordando que era sordo le preguntó formando las palabras con todo cuidado: – ¿Pues leer los labios?

Nick asintió.

–Muy bien. Estaba tan ansiosa de ver gente que poco importa que sean un sordomudo y un retrasado. Esto es fantasmal. Apenas puedo dormir desde que se fue la corriente. –Su rostro adquirió una expresión de dolor más propia de la heroína de un folletín que de una persona real –. Hace dos semanas que papá y mamá murieron, ¿sabes? Todos murieron menos yo. Y he estado tan sola...

Con un sollozo, se arrojó en brazos de Nick y empezó a frotarse contra él con una parodia de dolor.

Cuando por fin se apartó, tenía los ojos secos y brillantes.

–Oye, vamos a hacerlo –le propuso –. No estás demasiado mal.

Nick se quedó mirándola boquiabierto. No podía creerlo.

Pero la cosa iba en serio. Ella estaba intentando quitarle el cinturón.

–Vamos. Tomo la píldora. No temas... –Reflexionó un instante –. Puedes hacerlo, ¿verdad? Quiero decir que el hecho de que no puedas hablar no significa que no puedas...

Nick alargó las manos con la intención de cogerla por los hombros; pero se encontró con sus senos. Aquél fue el fin de toda resistencia. Y también dejó de pensar de manera coherente. La tumbó en el suelo y la poseyó.

Más tarde, se dirigió a la puerta y miró hacia fuera mientras se abrochaba el cinturón, para averiguar qué estaba haciendo Tom. Seguía sentado en el banco del parque, dormido como un tronco. Julie se acercó; manoseaba otro frasco de perfume.

–¿Es ése el retrasado? –preguntó.

Nick asintió aunque no le gustó la palabra; sonaba cruel.

Julie empezó a hablar de sí misma, y Nick descubrió que tenía diecisiete años y no era mucho más joven que él. Su madre y sus amigos la llamaban Cara de Ángel o sólo Ángel, porque parecía una adolescente. Durante una hora estuvo contándole cosas, y a Nick le resultó prácticamente imposible separar la verdad de las mentiras y la fantasía. Debía de haber estado esperando durante toda su vida a alguien como él, que jamás podría interrumpir su incesante monólogo. Nick llegó a sentir fatiga sólo de observar cómo los carnosos labios de ella formaban las palabras. Pero si apartaba la mirada para comprobar dónde estaba Tom, o para observar el destrozado escaparate de la tienda de modas que había al otro lado de la calle, la mano de ella le rozaba la mejilla para obligarle a volver los ojos hacia su boca. Quería que lo «escuchara» todo. Al principio Nick se sintió irritado y luego aburrido. Pero lo realmente increíble fue que, al cabo de una hora, descubrió que lo que deseaba era, en primer lugar, no haberla encontrado, y ahora que ya no tenía remedio, que cambiara de idea y no les acompañara.

Frecuentaba el ambiente de la música rock y la marihuana. Había tenido un amigo que el abril pasado se había ido para alistarse en los marines. Desde entonces no lo había visto; pero le escribía todas las semanas. Ella y sus dos amigas, Ruth Honinger y Mary Beth Gooch, fueron a todos los conciertos rock en Wichita y, en septiembre, hicieron autostop hasta Kansas City para ver el concierto de Van Halen y los Monsters of Heavy Metal. Aseguraba haberlo hecho con el bajista Dokken y decía que había sido «la experiencia más a tope que he tenido en toda mi vida». Había «llorado y llorado» después de la muerte de sus padres, con una diferencia de veinticuatro horas; a pesar de que su madre era una «zorra mojigata» y de que, para su padre, su amigo Ronnie, el que se marchó para alistarse en los marines, fuera «como un forúnculo en el culo». Había pensado hacerse esteticista en Wichita o «largarme a Hollywood y encontrar trabajo en una de esas compañías que hacen las casas de las estrellas. En decoración de interiores soy cojonuda a tope y Mary Beth dijo que vendría conmigo».

Al llegar a ese punto, recordó que Mary Beth Gooch había muerto y que su oportunidad de convertirse en una esteticista o en decoradora de interiores para las estrellas se había desvanecido... al igual que todo lo demás y que todo el mundo.

Cuando aquel torrente de palabras empezó a perder fuerza, al menos de momento, quiso volver a hacerlo, como le dijo con mimo. Nick negó con la cabeza y ella, por un momento, puso morritos.

–Después de todo, es posible que no quiera ir con vosotros –dijo.

Nick se encogió de hombros.

–¡Mudo, mudo, mudo! –exclamó ella con auténtica saña, y sus ojos brillaban por el despecho; luego, sonrió –. Sólo era una broma.

Nick la contempló con expresión impávida. Le habían llamado peores cosas; sin embargo había algo en ella que no le gustaba nada. Cierta inquieta inestabilidad. Las mujeres, cuando se enfadan con uno, pueden gritarte o abofetearte. Pero ésta no. Ésta intentaría arañarte. De repente tuvo la absoluta seguridad de que le había mentado respecto a su edad. No tenía diecisiete años, ni catorce, ni veintiuno. Tendría la edad que ella quisiera, siempre que tú la necesitaras más que ella a ti, la desearas más de lo que ella te deseara a ti. Se había presentado como una criatura sexual. Pero Nick se dijo que su sexualidad era sólo una manifestación de otra faceta de su personalidad... un síntoma. *Síntoma* era una palabra que se utilizaba para referirse a alguien que estaba enfermo. Y ella en cierto modo lo estaba; y de repente se asustó ante la influencia que aquella mujer pudiera ejercer en Tom.

–¡Eh! Tu amigo se está despertando –dijo Julie.

Nick volvió la cabeza. En ese momento Tom estaba ya sentado en el banco, rascándose la coronilla, que se asemejaba al nido de un cuervo, y mirando en derredor desorientado. Nick se acordó de repente del Pepto-Bismol.

–¡Hola, tú! –canturreó Julie al tiempo que echaba a correr calle abajo en dirección a Tom, agitando sus senos bajo el ceñido suéter.

A Tom se le desorbitaron más los ojos.

–¿Hola? –preguntó Tom más que dijo. Miró a Nick en busca de una explicación.

Nick se encogió de hombros y asintió.

–Soy Julie –dijo ella –. ¿Qué tal te va, encanto?

Sumido en su pensamiento y también en su inquietud, Nick entró de nuevo en la farmacia en busca de lo que Tom necesitaba.

–Aj–aj –dijo Tom meneando la cabeza al tiempo que retrocedía –. Aj–aj. No lo hago. A Tom Cullen no le gusta la medicina, cáspita, no. Sabe mal.

Nick lo miró irritado, sosteniendo en la mano el frasco triangular de Pepto-Bismol. Miró a Julie, que le devolvió la mirada; pero Nick pudo ver en ella la misma enojosa expresión que cuando le llamó mudo. No era cordial sino dura como el pedernal. Era la expresión que una persona sin sentido del humor adopta cuando se dispone a fastidiar.

–Tienes razón, Tom –le dijo ella –. No lo bebas, es veneno.

Nick la miró fijamente. Ella le sonrió, en jarras, desafiándole a que convenciera a Tom de lo contrario. Tal vez ésa fuera su mezquina venganza por el rechazo a su segunda oferta de follar.

---

Miró de nuevo a Tom y él mismo tomó un sorbo de Pepto-Bismol. Empezaba a sentir en las sienes la sorda presión del enfado. Tendió la botella a Tom; pero éste distaba mucho de mostrarse convencido.

–No, aj–aj. Tom Cullen no bebe veneno –dijo, y Nick advirtió, sintiendo aumentar su enfado hacia la joven, que Tom estaba aterrado –. Papá dijo que no lo hiciera. Papá dijo que si podía matar a las ratas en el granero, mataría a Tom. ¡No quiero veneno!

Nick se volvió hacia Julie, incapaz de soportar su sarcástica sonrisa, y le descargó una fuerte bofetada. Tom miraba asustado, con los ojos muy abiertos.

–Maldito... –balbuceó ella, y por un momento no encontró las palabras; había enrojecido intensamente y de súbito pareció más vieja y malvada –. ¡Bastardo mudo de mierda! ¡Sólo era una broma, so imbécil! ¡Tú no puedes pegarme! ¡No puedes pegarme, maldito seas!

Se precipitó hacia Nick, el cual la repelió de un empujón. Cayó sobre su trasero y se quedó mirándolo enseñando los dientes.

–Te arrancaré las pelotas, –jadeó; – no puedes hacerme esto.

Nick, con mano temblorosa y sintiendo fuertes latidos en la cabeza, sacó su bolígrafo y garrapateó con letras grandes y nerviosas. Arrancó la hoja y se la alargó a Julie. Ésta la apartó de un manotazo con los ojos bailándole de furia. Nick la recogió y agarrando a la joven por el cogote le puso la nota delante de la cara. Tom había retrocedido gimoteando.

–¡Está bien! –chilló Julie –. ¡La leeré! ¡Leeré tu asquerosa nota!

Sólo eran tres palabras: «No te necesitamos.»

–¡Jódete! –le gritó ella al tiempo que se soltaba.

Julie retrocedió varios pasos por la acera. Tenía los azules ojos muy abiertos, como cuando topó prácticamente con ella en la farmacia; pero ahora rebosaban odio. Nick sintió contrariedad. Entre todas las personas del mundo, ¿por qué precisamente ella?

–No me quedaré aquí –siguió diciendo Julie Lawry –. Voy con vosotros. Y no puedes impedírmelo. Pero sí podía. ¿Acaso ella no se había dado cuenta? No, se dijo Nick, no se había dado cuenta. Para ella todo aquello era una especie de escenificación de Hollywood, una película sobre un desastre en la tierra protagonizada por ella. Una película en la que Julie Lawry, conocida también como Cara de Ángel, siempre se salía con la suya. Sacó el revólver de la funda y apuntó a los pies de la joven. Julie palideció y se quedó inmóvil. Sus ojos habían cambiado y por primera vez daba la impresión de ser real. En su mundo había aparecido algo que *no podía manejar a su antojo*: un arma. De repente, Nick se sintió fatigado además de contrariado.

–No quise decirlo... –alegó ella presurosa –. Haré lo que quieras. Te lo juro por Dios.

Nick le indicó con el arma que se fuera. Julie echó a andar, mirando hacia atrás por encima del hombro. Andaba cada vez más deprisa y finalmente echó a correr. Nick enfundó el arma. Estaba temblando. Se sentía sucio y deprimido, como si Julie Lawry hubiera sido algo inhumano, más semejante a los escarabajos que uno se encuentra debajo de los árboles muertos que a un ser humano.

Se volvió hacia Tom; pero éste había desaparecido. Corrió por la calle, bajo un sol implacable, latiéndole la cabeza de forma espantosa, palpitándole el ojo herido. Necesitó casi veinte minutos para encontrar a Tom escondido en un patio trasero, dos calles más abajo del barrio comercial. Estaba sentado en un herrumbroso columpio, abrazado a su garaje Fisher-Price. Al ver a Nick empezó a llorar.

–No me lo hagas beber, por favor; no hagas beber a Tom Cullen veneno, cáspita, no, papá decía que si podía matar ratas también podía matarme a mí... ¡por faaaavor!

Nick se dio cuenta de que todavía llevaba en la mano el frasco de Pepto-Bismol. Lo tiró y mostró a Tom las manos vacías. La diarrea habría de seguir su curso. Muchas gracias, Julie.

Tom bajó los escalones farfullando.

–Lo siento –repetía –. Lo siento. Tom Cullen lo siente.

Regresaron juntos a Main Street... y de repente se pararon en seco. Las dos bicis estaban tiradas con las ruedas pinchadas. El contenido de sus mochilas se hallaba desperdigado por la calle.

En ese momento algo pasó a gran velocidad junto a la cara de Nick, que lo sintió. Y Tom, dando un chillido, echó a correr. Nick permaneció allí por un instante, desconcertado, mirando en derredor, y vio el destello de un segundo disparo. Procedía de una ventana del segundo piso del hotel Pratt. Algo semejante a una aguja de zurcir zumbó junto a su cuello.

Dio media vuelta y corrió detrás de Tom. No podía saber si Julie volvería a disparar. De lo que sí estuvo seguro cuando alcanzó a Tom, era que ninguno de los dos había resultado herido. Nos hemos librado, se dijo. Pero resultó una verdad a medias.

Aquella noche durmieron en un granero a cuatro kilómetros al norte de Pratt. Tom pasó la noche despertándose a causa de las pesadillas, y despertando luego a Nick para que lo tranquilizara. A la mañana siguiente, alrededor de las once, llegaron a Iuka, y encontraron dos excelentes bicicletas en una tienda llamada Sport & Cycle World. Nick, que empezaba a recuperarse de su encuentro con Julie, pensó que podrían completar sus suministros en Great Bend, adonde deberían llegar el día 14.

Pero precisamente alrededor de las tres menos cuarto de la tarde del 12 de julio, vio un destello en el retrovisor del manillar. Se detuvo. Tom, que iba pedaleando detrás de él y remoloneaba, le arrolló un pie, pero Nick apenas lo notó. Miraba hacia atrás por encima del hombro. El centelleo aparecido en la colina, justo detrás de ellos, semejante a una estrella del alba, le satisfizo y deslumbró su ojo. Apenas podía creer lo que estaba viendo. Era una vieja furgoneta de reparto Chevy, el viejo y excelente acero rodante de Detroit, que avanzaba despacio, pasando de un carril a otro de la 281, con el fin de sortear un montón de vehículos abandonados. Pasó junto a ellos. Tom agitó frenético los brazos en tanto que Nick seguía allí en pie, paralizado, con las piernas a horcajadas sobre su bici. Lo primero que se le ocurrió a Nick antes de que apareciera la cabeza del conductor, fue que se trataría de Julie Lawry, con su sonrisa triunfal y retorcida. Llevaría el arma con la que antes intentó matarlos, y desde tan cerca no habría posibilidad de que fallara. No hay en el infierno furia peor que la de una mujer despechada.

Pero el rostro que apareció pertenecía a un hombre de unos cuarenta años, tocado con un sombrero de paja frívolamente ladeado con una pluma en la cinta de terciopelo azul. Al sonreír, su cara se convirtió en una malla de simpáticas arrugas debidas al sol.

---

–¡Por las barbas de Belcebú! ¡Me alegro de veros, muchachos! Subid y veamos a dónde nos dirigimos.

Así fue como Nick y Tom se encontraron con Ralph Bretner.

#### 44

Se estaba desmoronando, pequeña, ¿no lo sabías? Pensándolo bien, ése era un verso de Huey Piano Smith. Hacía ya mucho tiempo. Una ráfaga del pasado. Huey Piano Smith. ¿Recuerdas cómo era aquello? *Ah-ah-ah-ah, daaaay-o... gooba-gooba-gooba-gooba... ah-ah-ah*. El ingenio, la agudeza y la crítica social de Huey Piano Smith.

–A la mierda con la crítica social –dijo –. Huey Piano Smith fue anterior a mi época.

Años más tarde, Johnny Rivers había grabado una de las canciones de Huey, *Rocking Pneumonia and the Boogie-Woogie Flu*. Larry Underwood la recordaba con toda claridad y se dijo que era adecuada para la ocasión. El bueno y viejo de Johnny Rivers. El bueno y viejo de Huey Piano Smith.

–A la mierda –repitió Larry; tenía un aspecto horrible, era un fantasma pálido y frágil dando traspiés por una carretera de Nueva Inglaterra –. A mí que me den los sesenta.

Claro, los sesenta. Aquéllos sí fueron buenos tiempos. Mediados y finales de los sesenta. El Flower Power, Andy Warhol con sus gafas de montura rosa y sus jodidas pinturas. Velvet Underground. Norman Spinrad, Norman Mailer, Norman Thomas, Norman Rockwell, el bueno y viejo de Norman Bates de los Bates Motel, heh-keh-heh. Dylan se rompió el cuello. Barry McGuire graznó *The Eye of Destruction*. Joan Báez despertó la conciencia de los chicos blancos de América. Todos aquellos maravillosos grupos, se dijo Larry mareado, te dieron los sesenta y empastaron los ochenta en tu trasero. En lo que a rock and roll se refería, los sesenta fueron de los Last Hurrah of the Golden Horde, Cream, Rascáis, Speenful, Airplane (Grace Slick a la voz, Norman Mailer a la guitarra y el bueno y viejo de Norman Bates a la batería), Beatles... quién... muerto...

Cayó de bruces golpeándose la cabeza.

El mundo se deshizo entre tinieblas y luego volvió en brillantes fragmentos. Ni siquiera importaba. Hay que joderse, como solían decir en los gloriosos y alegres sesenta. Qué podía importar que se cayera y se diera un golpe en la cabeza cuando durante toda la última semana no había podido dormir sin despertarse con horribles pesadillas, y consideraba una buena noche aquella en la que el grito no llegaba a salir de la garganta, puesto que, si lo hacía, su propio alarido lo despertaba, se sentía aún más aterrado.

Soñaba que se encontraba de nuevo en el túnel Lincoln. Había alguien detrás de él; sólo que en los sueños no era Rita, sino el demonio que acechaba a Larry con una siniestra sonrisa en su rostro. El hombre negro no era como los muertos vivientes, era *peor* que ellos. Larry corría con el pánico lento y fangoso de los malos sueños, tropezando con cadáveres invisibles, sabedor de que le estaban mirando, con aquellos vidriosos ojos de animales disecados, desde las criptas de sus coches, que se habían introducido en la circulación paralizada, aunque tenían algún otro lugar donde estar. Corría pero... ¿de qué le servía correr si el hombre demonio negro, el hombre negro mágico, podría ver en la oscuridad con ojos semejantes a periscopios? Y al cabo de un rato, el hombre oscuro empezaría a susurrarle con voz insinuante: *Ven, Larry, ven, lo obtendreeemos juuuntos... Laaarry*

Sentiría el aliento del hombre negro sobre su hombro y ése era el momento en que empezaba a luchar por despertarse, por escapar del sueño; y el grito se le atragantaba como un hueso caliente. O bien acababa saliendo de sus labios con fuerza suficiente para despertar a un muerto.

La visión del hombre oscuro solía retroceder durante las horas diurnas. Era evidente que el hombre oscuro hacía turno de noche. Por el día, era el Gran Solitario el que le atormentaba, royendo para abrirse camino hasta su cerebro como una rata infatigable, o acaso una comadreja. De día, sus pensamientos volvían siempre a Rita. La chica del aparcamiento, la deliciosa Rita. La veía una y otra vez; en su mente contemplaba aquellos ojos rasgados semejantes a los de un animal al que hubieran sorprendido el dolor y la muerte; aquella boca que había besado, expulsando un vómito rancio y verdoso. Había muerto durante la noche, *en el mismo jodido saco de dormir*, y ahora él estaba...

Bien, derrumbándose. Así era, ¿no? Eso era lo que le ocurría. Se estaba derrumbando.

–Derrumbándome –dijo con voz apesadumbrada –. Caray me estoy volviendo majara.

Una parte de él que todavía conservaba cierto grado de raciocinio le aseguraba que podía ser verdad; pero lo que estaba sufriendo en ese momento era postración a causa del calor. A raíz de lo ocurrido a Rita, se sintió incapaz de volver a utilizar la motocicleta. No podía. Era como un bloqueo mental. Se veía sin cesar estampado por toda la carretera. Así que, al final, la desechó. Desde entonces estaba caminando... ¿Cuántos días? ¿Cuatro? ¿Ocho? ¿Nueve? No lo sabía. Había estado hablando solo desde las diez de la mañana; en ese momento eran casi las cuatro, el sol estaba exactamente detrás de él, y no llevaba sombrero.

No recordaba cuántos días hacía que se había desprendido de la motocicleta. No fue ayer y probablemente tampoco anteayer (tal vez, pero no era probable). Y, a fin de cuentas, ¿qué importaba? Se bajó, metió un cambio, hizo girar el acelerador y soltó el embrague. La propia máquina se arrancó de sus manos, enfermas y temblorosas, semejante a un derviche, y atravesó, dando saltos y corcovos, el terraplén de la carretera 9 en alguna parte al este de Concord. Se dijo que era posible que el nombre de la ciudad donde había asesinado a su motocicleta fuera Gossville; aunque tampoco importaba demasiado. La realidad era que ya no le servía para nada. No se había atrevido a conducirla a más de veinticinco kilómetros por hora, y, así y todo, tenía imágenes de pesadillas en las que salía lanzado por encima del manillar y se partía el cráneo, o se encontraba, con un callejón sin salida para ir a estrellarse contra un camión volcado y quedar convertido en una gran bola de fuego. Y al cabo de un rato había aparecido la jodida luz achicharrante. Claro que había aparecido, y casi podía leer la palabra *COBARDE* sobre el envoltorio de plástico de la pequeña bombilla roja. Inicialmente no sólo había considerado normal el uso de la moto sino que incluso *disfrutaba* con ella, con la sensación de velocidad mientras el viento le silbaba en los oídos y el pavimento desapareciendo a veinticinco centímetros de sus pies. Sí. Eso era cuando Rita estaba todavía con él, antes de que ella se convirtiera en una bocanada de vómito verdoso y un par de ojos entornados. Sí, también disfrutó con ella. Así que había arrojado la motocicleta por encima del terraplén hacia un barranco desbordante de maleza, y luego se había asomado a él con una especie de terror cauteloso, como si aquello fuera capaz de levantarse y atacarle. Vamos, se había dicho, vamos y termina de una vez, so idiota. Pero aquella moto resistió durante un buen rato. Se revolcó y aulló en el barranco, con la rueda trasera girando en el vacío, la cadena removiendo furiosa las hojas secas, y levantando nubes de polvo marrón que despedía un olor acre. El tubo de escape cromado eructaba humo azul. E incluso entonces estuvo lo bastante loco como para creer que en todo aquello había algo sobrenatural, que la moto se arreglaría por sí sola, saldría de su tumba y lo

*trituraría...* O bien que una tarde cualquiera miraría hacia atrás y vería su moto, esa condenada moto que se negaba a permanecer allá abajo y morir decentemente, rugiendo por la carretera en línea recta hacia él. Encorvado sobre el manillar se encontraría aquel hombre oscuro, aquella pesadilla, y a la grupa, detrás de él, con sus pantalones de seda blanca agitados por la brisa, iría Rita Blakemoore, con su cara blanca como la tiza, sus ojos hinchados y su pelo tan seco y muerto como un maizal en invierno. Por último, la moto empezó a petardear y sacudirse. Cuando al fin se detuvo, él miró hacia abajo y se sintió triste, como si hubiera matado a una parte de sí mismo. Sin la motocicleta no había manera de organizar un ataque serio contra el silencio y, en cierto modo, éste era peor que sus temores a morir o a resultar malherido por accidente. Desde entonces había estado andando. A lo largo de la carretera 9, atravesó varias ciudades pequeñas que tenían tiendas de bicicletas, pero si las hubiera mirado por mucho tiempo, habrían surgido ante él imágenes de sí mismo caído en la cuneta, en un enfermizo charco de sangre en tinte color, algo semejante a una de esas espantosas aunque fascinantes películas de horror, en las que la gente se pasa todo el tiempo muriendo bajo las ruedas de grandes camiones o a consecuencia de enormes e indefinibles criaturas que han nacido y crecido en sus entrañas y que se liberaban con una explosión del vientre, hecho jirones de carne, y entonces moriría soportando el pálido y tembloroso silencio. Moriría con unas exquisitas gotitas de sudor perlándole el labio superior y las sienes.

Había perdido peso. Andaba durante todo el día, desde el alba hasta la puesta de sol. No dormía bien. Las pesadillas solían despertarle a las cuatro de la madrugada. Entonces encendía su farol Coleman, se acurrucaba y esperaba a que el sol iluminara lo suficiente para atreverse a emprender el camino. Y andaba sin parar, hasta que oscurecía tanto que apenas se podía ver y tenía que instalar su campamento. Lo hacía con la furtiva y urgente rapidez de un presidiario fugitivo. Una vez preparado el campamento, solía yacer despierto hasta tarde, sintiéndose como si dos gramos de cocaína pura se hubieran infiltrado en su organismo. Vamos, muchacho, muévete. Al igual que un recalcitrante consumidor de coca, no comía demasiado. Jamás tenía hambre. La cocaína no despierta el apetito, y tampoco lo hace el terror. Larry no había vuelto a tocar la coca desde aquella lejana fiesta en California, pero pasaba todo el tiempo aterrado. El graznido de un ave en el bosque le hacía estremecerse. El chillido de agonía de un animalillo al echarle la zarpa otro más grande, le proporcionó el susto de su vida. Había pasado de la delgadez a hallarse flaco y a atravesar luego por todos los grados de lo esquelético. En aquellos momentos se encontraba en la linde, metafórica o metabólicamente hablando, entre la escualidez y la emaciación. Le había crecido la barba, una barba rubia rojiza, más clara que su pelo. Tenía los ojos completamente hundidos. Brillaban en sus cuencas semejantes a animales pequeños y desesperados que hubieran quedado atrapados en sendos nidos de culebras.

–Estoy perdido –gimió.

Le horrorizó la trémula desesperación de aquel quebrado lamento. ¿Tan grave era la cosa? Hubo una vez un Larry Underwood con moderado éxito, que tenía la ambición de convertirse en el Elton John de su época... Caramba, cómo se hubiera reído de eso Jerry García... Y ahora, aquel tipo se había convertido en esta cosa descoyuntada, arrastrándose por el negro asfalto de la carretera 9 en alguna parte del sureste de New Hampshire, reptando... El rey de los reptantes. Ése era él. Con toda seguridad el otro Larry Underwood no tendría nada que ver con semejante ser rastrero...

Intentó levantarse, pero no lo consiguió.

–Esto es ridículo –dijo sollozando y medio riendo.

Al otro lado de la carretera, sobre una colina a unos doscientos metros de allí, centelleando como un deslumbrante milagro se alzaba una encantadora y blanca granja de Nueva Inglaterra. Tenía costaneras verdes, setos verdes y un tejado de ripias verdes. Delante de ella se extendía una pradera que empezaba a amarillear. Al pie de la pradera corría un pequeño arroyo. Podía oírlo gorgotear y chapotear, un sonido fascinante. Un muro de piedra se prolongaba a lo largo de su curso, probablemente limitando la propiedad y, junto al muro, a intervalos, podían verse grandes olmos umbrosos. Así que haría su numerito reptante mundialmente famoso y llegaría hasta ellos para descansar un rato a su sombra. Eso era exactamente lo que iba a hacer. Y cuando se sintiera algo mejor respecto a... respecto a las cosas en general, se esforzaría por ponerse en pie e iría hasta el arroyo para beber y lavarse. Probablemente olería a diablos. Pero ¿a quién le importaba? ¿Quién habría de olerle ahora que Rita había muerto?

¿Seguiría tumbada en aquella tienda?, se preguntó morbosamente. ¿Hinchándose? ¿Atrayendo moscas? ¿Pareciéndose cada vez más al dulce pastelón negro en aquel retrete de Central Park? ¿Dónde sino podría estar? ¿Jugando a golf en Palm Springs con Bob Hope? –Esto es horrible, Dios mío. Empezó a cruzar la carretera arrastrándose. Estaba seguro de que, una vez a la sombra, podría ponerse en pie; aunque el esfuerzo se le antojaba excesivo. Sin embargo, hizo acopio de energía y halló la suficiente para mirar hacia atrás y cerciorarse de que su moto no le había seguido.

A la sombra, la temperatura era al menos quince grados más baja, y Larry exhaló un largo suspiro de alivio. Se llevó la mano a la nuca, que era donde había recibido con más fuerza el sol la mayor parte del día, y apretó. Sintió un leve dolor. ¿Alguna quemadura? Vamos. Xilocaína. Y todas esas otras porquerías. Haga que esos hombres se protejan del sol. Arde, encanto, arde. Watts. ¿Te acuerdas de Watts? Otro fognazo del pasado. Toda la raza humana no era más que un inmenso fognazo del pasado, una enorme gasificación dorada.

–Estás enfermo, muchacho –dijo apoyando la cabeza contra el rugoso tronco y cerrando los ojos.

El sol, tamizado por las ramas, creaba dibujos cambiantes en rojo y negro a través de sus párpados. El murmullo del agua resultaba agradable y tranquilizador. Dentro de un momento iría hasta allí para beber y lavarse. Sólo un momento.

Dormitó.

Pasaban los minutos y se fue sumergiendo en su primer sueño apacible y sin pesadillas durante días. Sus manos descansaban inertes sobre las piernas. El delgado pecho subía y bajaba, y la barba hacía parecer todavía más flaca su cara inquieta, de refugiado solitario que hubiera escapado de una matanza terrible. Poco a poco, empezaron a suavizarse las arrugas en su rostro atezado. Se hundió en espiral hasta los niveles más profundos de la inconsciencia y quedó allí, semejante a una pequeña criatura del río que se protegiese del verano adormilada entre los frescos lodos. El sol iba descendiendo en el cielo.

Cerca de la orilla del arroyo, el exuberante seto de arbustos se agitó levemente al avanzar alguien sigiloso entre ellos, detenerse y ponerse de nuevo en movimiento. Al cabo de un momento apareció un muchacho. Tal vez tuviera trece años, o acaso diez y fuese alto para su edad. Vestía sólo unos shorts Fruit of the Loom. Su cuerpo bronceado parecía de caoba salvo en la parte, asombrosamente blanca, que asomaba por la cintura de sus shorts. En su piel podían verse picaduras de mosquitos y de ácaros, algunas recientes. En la mano derecha sostenía un cuchillo de carnicero. La hoja tenía treinta centímetros de largo y era aserrada. Brillaba agresiva al sol.

Sigiloso, un poco agachado, fue acercándose al olmo y a la cerca de piedra hasta encontrarse justo detrás de Larry. Tenía ojos azul verdoso, parecidos al agua del mar, con los extremos levantados, lo que le daba cierto aspecto chino. Eran ojos sin expresión, blandamente salvajes. Levantó el cuchillo.

–No –le ordenó una voz de mujer, suave aunque firme.

El muchacho se volvió hacia ella, con la cabeza ladeada y escuchando. Seguía con el cuchillo en alto. Su actitud era a un tiempo interrogante y decepcionada.

–Esperemos y veamos qué pasa –dijo la voz de mujer.

El muchacho se detuvo y sus ojos fueron del cuchillo a Larry y luego de nuevo al cuchillo con expresión de ansia. Finalmente se retiró por donde había llegado.

Larry seguía durmiendo.

Cuando Larry al fin se despertó, se dio cuenta de que se sentía bien, y de que estaba hambriento y se sentía capaz de orinar como un caballo.

Al ponerse en pie y escuchar el maravilloso crujido de sus huesos al desperezarse, se percató de que no había simplemente dormitado. Había dormido durante toda la noche. Miró su reloj y se asombró: eran las nueve y veinte de la mañana. Estaba hambriento. Seguramente habría comida en la casa. Conservas de sopa y tal vez de carne. El estómago le crujía.

Antes de ponerse en marcha, se quitó la ropa y se remojó en el arroyo. Notó lo escuálido que se estaba quedando. Se levantó, se secó con la camisa y se puso de nuevo los pantalones. Un par de piedras sobresalían de la superficie del agua, y Larry las utilizó para cruzar el arroyo. De repente se quedó inmóvil y miró hacia los espesos arbustos. El miedo que había permanecido latente desde que se había despertado, surgió de repente como un haz de teas que se encienden, para apagarse con igual rapidez. Probablemente se trataba de una ardilla o una marmota. Tal vez incluso de un zorro. Nada más. Se volvió y empezó a atravesar la pradera en dirección a la casa blanca.

A mitad de camino, un pensamiento emergió en su mente como una burbuja y explotó. Ocurrió de forma casual, pero sus implicaciones le hicieron pararse en seco.

La idea era ésta: ¿Por qué no viajo en bicicleta?

Se detuvo en medio de la pradera, a la misma distancia de la casa que del arroyo, y lo evidente de la pregunta lo dejó aturdido. Había caminado desde que arrojó la Harley al barranco. Había caminado hasta agotarse a causa de una insolación o de algo muy parecido. Sin embargo, había podido ir pedaleando todo el tiempo. De haberlo hecho, ya se encontraría en la costa, escogiendo su casa de verano y avituallándola.

Rompió a reír, en principio levemente, un poco asombrado por el sonido de su propia risa entre aquel silencio. Reír cuando no hay nadie cerca es una señal más de que estás emprendiendo un viaje sin retorno a las tierras de la locura. Pero la risa parecía real y sincera, condenadamente sana y tan semejante a la del viejo Larry Underwood. Permaneció allí, con los brazos en jarras, la cabeza vuelta hacia el cielo, y desgañitándose ante su asombrosa simpleza.

Detrás de él, en el lugar donde los arbustos junto al arroyo eran más espesos, unos ojos azul verdoso observaban todo aquello, y vieron cómo Larry reanudaba su camino en dirección a la casa, sin dejar de reír y mover la cabeza. El muchacho se abrió camino entre los arbustos, medio desnudo y blandiendo el cuchillo de carnicero.

Surgió otra mano que le acarició el hombro. El muchacho se detuvo. Apareció la mujer. Era alta y corpulenta; pero no pareció agitar una sola ramita de los arbustos. Tenía abundante pelo negro, con gruesas mechas blancas. Lo llevaba recogido en una trenza que le caía sobre un hombro y le llegaba al nacimiento del seno. Al mirar a aquella mujer, lo primero que impresionaba era su estatura; luego, la mirada se sentía atraída hacia aquel pelo, y lo contemplaba pensando en cómo podía palpase con los propios ojos su textura fuerte y a un tiempo sedosa. Si el que la miraba era un hombre, se encontraría pensando en el aspecto que tendría ella con aquel cabello suelto, desparramado sobre una almohada bajo un rayo de luna. Y también se preguntaría cómo sería ella en la cama. Pero a aquella mujer aún no la había penetrado hombre alguno. Era pura. Esperaba. Hubo sueños. En cierta ocasión había acudido a la tabla Ouija. Y ahora se preguntó una vez más si sería ese hombre.

–Espera –le dijo el muchacho.

Le hizo volver el turbado rostro hacia el suyo en calma. Sabía lo que le perturbaba.

–A la casa no le pasará nada. ¿Por qué habría de hacerle daño a la casa, Joe?

El muchacho se volvió de nuevo y dirigió una preocupada mirada hacia la vivienda.

–Cuando entre le seguiremos.

El chico meneó la cabeza contrariado.

–Sí. Tenemos que hacerlo. Yo tengo que hacerlo.

Lo decía con absoluta convicción. Tal vez no fuera él; pero podía ser un eslabón de la cadena que durante tantos años estaba siguiendo, una cadena que ahora ya tocaba a su fin.

Joe, aunque ése no era su verdadero nombre, levantó bruscamente el cuchillo como dispuesto a clavárselo a la mujer. Ella no intentó protegerse ni huir, y el muchacho bajó el cuchillo lentamente. Se volvió hacia la casa y asestó varias cuchilladas en esa dirección.

–No, no lo harás –le advirtió ella –. Es un ser humano y nos conducirá hasta... –Iba a añadir «hasta otros seres humanos. Es un ser humano y nos llevará hasta otros seres humanos». Pero no sabía muy bien si era eso lo que quería decir. Empezaba ya a sentirse empujada hacia dos caminos a la vez, y pensó que le hubiera gustado no haber visto a Larry. Intentó acariciar de nuevo al muchacho; pero él se apartó y miró hacia la casa blanca con expresión ardiente y recelosa. Al cabo de un rato, se deslizó de nuevo entre los arbustos y miró a la mujer con gesto de reproche. Ella lo siguió para asegurarse de que estaba bien. Se había acurrucado en posición fetal apretando el cuchillo contra su pecho. Se metió el pulgar en la boca y cerró los ojos.

Nadine regresó junto al arroyo, donde se había formado un pequeño remanso, y se arrodilló. Bebió con las manos y luego se instaló para vigilar la casa. Su mirada era tranquila; su rostro, como el de una virgen de Rafael.

A última hora de aquella tarde, mientras Larry pedaleaba a lo largo de los árboles de la carretera 9, vio un cartel verde iluminado y se detuvo a leerlo un tanto asombrado. En él se decía que estaba entrando en maine, tierra de vacaciones. Apenas podía creerlo. En su medio inconsciencia, asustado, debió de haber cubierto andando una distancia increíble. O, de no ser así, había extraviado un par de días en alguna parte. Se disponía a reanudar su pedaleo cuando algo, un ruido en el bosque o acaso sólo en su cabeza, le hizo mirar rápidamente hacia atrás por encima del hombro. No había nada, sólo la carretera por la que venía desde New Hampshire, completamente desierta.

Desde que estuvo en la gran casa blanca, donde desayunó cereales con queso de un bote aerosol extendido sobre unas galletas Ritz un poco rancias, había tenido varias veces la sensación de que lo observaban y lo seguían. Oía cosas, incluso tal vez las veía por el rabillo del ojo. Su capacidad de observación que ya casi había recuperado del todo en tan extraña situación, seguía avivando estímulos, todavía tan débiles que eran subliminales, y excitaba sus nervios con cosas tan nimias que, incluso reunidas, formaban sólo una vaga impresión, una sensación de «ser vigilado». Esa sensación no le asustaba como las otras. No tenía la impresión de sufrir alucinación o delirio. Si alguien estaba vigilándolo e intentado ocultar su presencia era porque le tenía miedo. Y si tenía miedo del infeliz y esquelético Larry Underwood, que se había acobardado hasta el punto de dejar de montar una motocicleta a treinta kilómetros por hora, no debía preocuparle.

En aquellos momentos, cabalgando en la bici que había cogido de una tienda de artículos de deporte, unos seis kilómetros al este de la casa blanca, gritó con claridad:

–Si hay alguien ahí, ¿por qué no sale? No le haré daño.

No hubo respuesta. Permaneció en la carretera junto al cartel que señalaba la frontera, vigilando y esperando. Trinó un pájaro y luego levantó el vuelo. Nada más se movió. Al cabo de un rato reanudó la marcha.

Hacia las seis de aquella tarde llegó al pequeño pueblo de North Berwick, en la intersección de las carreteras 9 y 4. Decidió acampar allí y, a la mañana siguiente, seguir camino hacia la costa.

Había una tienda pequeña en el cruce de North Berwick. Entró y cogió del frigorífico un paquete de seis cervezas Black Label, una marca que no conocía, seguramente una cerveza regional. También se llevó una bolsa de patatas fritas y dos latas de carne. Metió todo en su mochila y se dirigió de nuevo a la puerta.

Al otro lado de la calle había un restaurante y, por un instante, le pareció ver pasar dos largas sombras y desaparecer. Tal vez sus ojos le engañaron, pero no lo creía. Se le ocurrió cruzar corriendo la carretera y sorprender en su escondite a quienes estuvieran allí: «Vamos, vamos, salid ya. El juego ha terminado, niños.» Decidió no hacerlo. Sabía lo que era el miedo.

En vez de eso, caminó un corto trecho carretera abajo, empujando la bici en cuyo manillar había colgado la mochila. Vio una escuela de ladrillo con un bosquecito en la parte trasera. En el pinar, recogió leña suficiente para hacer fuego, la puso en el centro del suelo de asfalto del patio de recreo y la encendió. Cerca había un arroyo que fluía junto a una fábrica textil, por debajo de la carretera. Puso a enfriar la cerveza en el agua y calentó una lata de carne. Comió con su cubierto de boy scout, sentado en uno de los columpios que había en el patio, meciéndose lentamente; su larga sombra se proyectaba a través de las borrosas líneas de la cancha de baloncesto.

---

Se preguntó por qué no sentía miedo de la gente que le estaba siguiendo; porque ahora estaba seguro de que había gente que le seguía, al menos dos personas. Y también se preguntó por qué durante todo ese día se sentía tan bien, como si su cuerpo hubiera expulsado algún espantoso veneno durante su largo sueño de la tarde anterior. Tal vez se debiera a que necesitaba descanso. ¿Eso y nada más? Parecía demasiado sencillo.

Desde el punto de vista de la lógica, si sus seguidores quisieran hacerle algún daño ya lo habrían intentado. Hubieran disparado contra él desde la maleza o al menos le hubieran detenido con sus armas. Habrían cogido lo que les viniera en gana. Y de nuevo intervenía la lógica (también era bueno poder pensar con lógica, ya que durante los últimos días lo había hecho sumergido en el corrosivo ácido del terror). ¿Qué podía tener él que alguien deseara? En lo que se refería a cosas materiales, había suficiente para los pocos que quedaban para disfrutarlas. ¿Para que molestarse en robar a una persona, matar y arriesgar la vida cuando todo cuanto uno pudo haber soñado tener, sentado en el retrete con el catálogo de Sears sobre las rodillas, se encontraba ahora al alcance en cualquier escaparate de América? Bastaba con romper el cristal, entrar y cogerlo.

Todo salvo, naturalmente, la compañía de alguien. Y como Larry bien sabía, eso andaba escaso. Y precisamente por eso no se sentía asustado, pues creía que era eso lo que aquella gente quería. Tarde o temprano, su deseo superaría al miedo. Y él esperaba hasta que tal cosa ocurriese. No pensaba ahuyentarlos como a una bandada de codornices. Eso empeoraría las cosas. Hacía dos días él mismo se habría esfumado de haber visto a alguien. Así que podía esperar. Desde luego tenía necesidad de volver a ver a alguna persona. Vaya si la tenía.

Se dirigió de nuevo al arroyo para lavar su cubierto. Sacó del agua las latas de cerveza y regresó a su columpio. Abrió una lata y la alzó en dirección al restaurante donde había visto las sombras.

—¡A vuestra salud! —dijo y bebió de un trago la mitad de la lata.

Iba a tomárselo con calma.

Eran las siete cuando vació la última cerveza. El sol se estaba poniendo. Dio un puntapié a las brasas que quedaban y recogió las cosas. Luego, achispado y sintiéndose a gusto, subió pedaleando por la carretera 9 durante casi medio kilómetro y encontró una casa con un porche cubierto. Dejó la bici en el césped, cogió su saco de dormir y se dirigió al porche.

Una vez más, recorrió con la mirada los alrededores esperando descubrir a quienquiera estuvieran siguiéndole, ya que tenía la seguridad de que no habían abandonado. Pero la calle se hallaba silenciosa y desierta. Se encogió de hombros y entró en el porche.

Era todavía temprano, y esperaba mantenerse un rato despierto. No obstante, debía de estar falto de sueño, pues a los quince minutos, se quedó dormido como una marmota, con la respiración rítmica y pausada. Y el rifle junto a su mano derecha.

Nadine estaba cansada. Aquél le parecía el día más largo de su vida. Por dos veces estuvo segura de que los había descubierto; una de ellas fue cerca de Strafford, y otra en la línea divisoria entre los estados de Maine y New Hampshire, cuando el hombre miró por encima del hombro llamando a quienquiera lo estuviese siguiendo. Por su parte, poco le importaba que los descubriera o no. Aquel hombre no estaba loco como el que había pasado diez días atrás por la casa blanca, un

soldado armado hasta los dientes. Reía, gritaba y amenazaba con volarle los sesos a un tal teniente Morton. A Joe también le había asustado el soldado, lo que en su caso era buena cosa.

–¿Joe? –Miró en derredor.

Joe había desaparecido.

Y ella había estado a punto de dormirse. Apartó la manta y se puso en pie, haciendo una mueca ante la infinidad de dolores que sentía. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hizo un recorrido tan largo en bicicleta?

Probablemente nunca lo había hecho. Y luego estaba ese esfuerzo por guardar las distancias, que acababa con sus nervios. Si se acercaban demasiado podían ser vistos y ello trastornaría a Joe. Si se mantenían en exceso alejados, existía el riesgo de que el hombre cambiara de carretera y lo perdieran, y eso la trastornaría a ella. No se le había ocurrido que Larry pudiera pedalear en círculo y situarse detrás de ellos. Por suerte, al menos para Joe, tampoco se le había ocurrido a Larry. Seguía diciéndose que Joe se acostumbraría a la idea de que necesitaban a aquel hombre... y no sólo a él. No podían estar solos. Si seguían solos morirían solos. Joe habría de acostumbrarse a la idea. Su vida anterior no la había pasado en una burbuja, y tampoco ella. Tenían que haber estado acostumbrados al contacto con otras personas.

–Joe –llamó de nuevo con voz queda. Aquel chico podía ser tan sigiloso como un guerrillero vietcong deslizándose por la maleza, pero en las tres últimas semanas los oídos de Nadine se habían sensibilizado ante los movimientos de él. Y además esa noche había luna. Oyó crujir la grava y supo a dónde se dirigía. Lo siguió pese a sus dolores. Eran las diez y cuarto.

Habían instalado su campamento, si así podía llamarse a dos mantas sobre la hierba, detrás del North Berwick Grille, enfrente del almacén general. Dejaron las bicis en un cobertizo detrás del restaurante. El hombre al que seguían había comido en el patio de la escuela. «Si nos acercáramos allí, apuesto a que nos daría algo de su cena, Joe –le había sugerido con tacto –. Está caliente... y huele bien, ¿verdad? Seguro que es mucho más sabrosa que este bodrio.» A Joe se le habían desorbitado los ojos, al tiempo que movía el cuchillo de forma amenazadora en dirección a Larry. Luego, el hombre había subido por la calle hasta una casa con el porche cubierto. Por la forma que conducía su bici, a Nadine le pareció que estaba medio borracho. En aquel momento dormía en el porche de la casa.

Aceleró el paso y algunos guijarros se le clavaron en las plantas de los pies. A la izquierda había casas. Nadine cruzó las praderas, que empezaban a convertirse en campos cubiertos de vegetación. La hierba, cubierta de fresco rocío, le llegaba por encima de los tobillos. Le hizo recordar una ocasión en que corrió por hierba como ésa con un muchacho; pero entonces había luna llena, no en cuarto menguante como ahora. Había notado en el vientre una dulce y ardiente oleada de excitación, y sintió sus senos como algo sexual, llenos y erectos. La luna la había embriagado, y también la hierba, humedeciéndole las piernas con el rocío de la noche. Sabía que si el muchacho la alcanzaba le entregaría su virginidad. Corrió como un poseso a través del maizal. ¿La había alcanzado? ¿Qué importaba ya?

Corrió más deprisa, saltando un sendero de cemento que brillaba como hielo en la oscuridad.

Y allí estaba Joe, en pie a la entrada del porche cubierto donde dormía el hombre. Sus calzoncillos blancos resaltaban en la oscuridad. Su piel era tan oscura que podía pensarse que aquellos calzoncillos estaban suspendidos en el aire, o que pertenecían al Hombre Invisible.

---

Joe era de Epsom. Eso lo sabía Nadine porque fue donde lo encontró. Ella era de South Barnstead, un pueblo veinte kilómetros al noreste de Epsom. Había estado buscando de manera meticulosa a otras gentes adineradas, sintiéndose reacia a abandonar su propia casa en la ciudad en que había nacido. Procedía en círculos que ampliaba cada vez más. Y sólo encontró a Joe, presa del delirio y la fiebre a causa de la mordedura de algún animal, tal vez una rata o una ardilla. Lo encontró sentado en el césped de una casa de Epsom, desnudo salvo por los calzoncillos, aferrado a un cuchillo de carnicero, semejante a un salvaje primitivo o a un pigmeo moribundo aunque todavía violento. Nadine ya tenía experiencia con infecciones. Lo llevó a la casa. ¿Era la del chico? Le pareció lo más probable, pero nunca estaría segura a menos que él se lo dijera. En la casa encontró muchas personas muertas. Muchas. Madre, padre, tres niños, el mayor de unos quince años. Descubrió la clínica de un médico en la que halló desinfectantes, antibióticos y vendas. No estaba segura de cuál sería el antibiótico adecuado, y sabía que si se equivocaba podía llegar a matarlo; pero de cualquier manera moriría si ella no hacía algo. Tenía la mordedura en el tobillo, que se le había inflamado. La suerte la acompañó. Al cabo de tres días se había reducido la hinchazón, el tobillo adquirió su tamaño normal y la fiebre desapareció. El muchacho confiaba en Nadine, sólo en Nadine. Se despertaba por la mañana y lo encontraba agarrado a ella. Habían ido a la casa blanca. Le llamaba Joe. No era su nombre; pero durante el tiempo en que trabajó como maestra llamaba Jane a todas las niñas cuyo nombre desconocía y Joe a los chiquillos. Llegó aquel soldado, riendo, gritando y maldiciendo al teniente Morton. Joe intentó precipitarse sobre él y matarlo con el cuchillo. Y ahora quería hacer otro tanto con este hombre. Ella temía quitarle el cuchillo porque era el talismán de Joe. Si intentaba arrebatarárselo, quizá la atacaría. Dormía empuñándolo con fuerza; y la única noche que ella intentó quitárselo, más por ver si podría hacerlo que para arrebatarárselo de verdad, se había despertado al instante sin el menor movimiento. Estaba profundamente dormido y un segundo después sintió clavados en ella, con blando salvajismo, aquellos inquietantes ojos de un azul grisáceo y oblicuos como los de un chino. Apartó el cuchillo con un gruñido sordo. No hablaba.

En aquel momento lanzaba cuchillazos al aire, quizá preparándose para atacar al hombre.

Nadine se colocó detrás de él sin preocuparse de hacer ruido, pero el muchacho no la oyó. Joe se encontraba sumido en su propio mundo. Al punto, sin darse cuenta de lo que iba hacer, Nadine sujetó la muñeca del chico y se la retorció con fuerza.

Joe emitió un jadeo sibilante y Larry Underwood se agitó algo en su sueño, se volvió y siguió durmiendo.

El cuchillo cayó entre ellos sobre la hierba, con su hoja dentada lanzando quebrados reflejos de luz de luna.

El muchacho la miró enfurecido. Nadine lo miró a su vez y luego señaló el camino por donde habían llegado. Joe sacudió la cabeza y señaló hacia el porche y el hombre en el saco de dormir.

Hizo un horrible gesto, pasándose el pulgar a través de la garganta a la altura de la nuez. Luego sonrió. Nadine nunca le había visto sonreír, y se quedó helada. No hubiera resultado más brutal si aquellos dientes blancos y relucientes acabaran en puntas afiladas.

–No lo hagas –dijo con voz queda –. O lo despierto.

Joe pareció alarmarse. Movi6 la cabeza repetidas veces.

–Entonces vuelve conmigo. A dormir.

El chico miró el cuchillo y luego otra vez a ella. La violencia había desaparecido. Era sólo un chiquillo perdido que quería su osito o la raída manta que le había acompañado desde la cuna. Nadine pensó que ése podía ser el momento de hacerle dejar el cuchillo. Pero ¿y luego qué? ¿Se pondría a gritar? Había gritado cuando aquel soldado lunático se marchó, lanzando sonidos terribles e inarticulados de terror y furia. ¿Haría lo mismo ahora?

–¿Volverás conmigo?

Joe asintió.

–Muy bien –musitó Nadine.

El muchacho se agachó y recogió el cuchillo.

Volvieron juntos, y cuando se acostaron el chico se acurrucó confiado junto a ella, olvidándose del intruso. La rodeó con sus brazos y se quedó dormido. Nadine sintió en el vientre aquel dolor ya familiar, mucho más profundo y persistente que los producidos por el esfuerzo físico. Era un dolor de mujer y nada podía hacer al respecto. Se quedó dormida.

Nadine despertó de madrugada. No sabía la hora exacta porque no tenía reloj. Se hallaba helada y entumecida. Temió que Joe hubiera esperado astutamente a que se quedara dormida, hubiese vuelto sigiloso a la casa y le hubiera cortado el cuello al hombre. Ya no la rodeaban los brazos del muchacho. Se sentía responsable por Joe, como siempre se había sentido por los niños desamparados; pero si Joe hubiera hecho eso, lo abandonaría. Quitar una vida cuando se habían perdido tantas era un pecado imperdonable. Y no podía permanecer mucho más tiempo sola con Joe sin que nadie la ayudara. Estar con él era como encontrarse en una jaula con un león excitable. Al igual que un león, Joe no podía o no quería hablar, sólo era capaz de rugir con su cascada voz infantil.

Se incorporó y vio que el muchacho seguía con ella. Se había apartado un poco mientras dormía; pero eso era todo. Estaba acurrucado como un feto, con el pulgar en la boca y la mano aferrada al cuchillo.

Nadine se dirigió al césped, orinó y volvió a su manta. A la mañana siguiente no sabía si por la noche se había despertado o sólo lo había soñado.

Si he soñado, se dijo Larry, deben de haber sido sueños gratos. No recordaba ninguno. Volvía a ser él mismo y se dijo que aquél sería un buen día. Llegaría al océano. Recogió su saco de dormir y lo ató al portaequipajes de la bici, se volvió para coger su mochila... y se paró en seco.

Un sendero pavimentado conducía a los escalones del porche. A ambos lados, la hierba crecía alta y de un verde intenso. A la derecha, cerca ya del porche estaba aplastada y húmeda por el rocío. Una vez éste se hubiera evaporado, la hierba se enderezaría de nuevo; pero de momento tenía la forma de una huella de pie. El era un tipo urbano y no un leñador, prefería las novelas de Hunter Thompson antes que las de James Fenimore Cooper; pero había que estar ciego, se dijo, para no ver que allí había dos clases de huellas. Unas grandes y las otras pequeñas. En algún momento de la noche habían entrado en el porche y le habían observado. Aquello le produjo un escalofrío.

Si no se dan a conocer pronto, se dijo, seré yo quien los pondrá al descubierto. La idea de que podía hacerlo le devolvió la confianza. Se endosó la mochila y se puso en marcha.

A mediodía había llegado a la carretera 1 en Wells. Lanzó una moneda y salió cruz. Giró hacia el sur y dejó la moneda centelleando sobre el polvo. Joe la encontró veinte minutos después y se quedó mirándola como si fuera el cristal de un hipnotizador. Se la metió en la boca y Nadine lo obligó a esculpirla.

Tres kilómetros carretera abajo, Larry vio por primera vez el inmenso mar, perezoso y tranquilo aquel día. Era diferente del Pacífico, y del Atlántico por la zona de Long Island. Aquella parte del océano parecía complaciente, casi domado. Las aguas eran de un azul más oscuro, casi cobalto, y llegaba en olas sucesivas que rompían contra las rocas. Una espuma casi tan densa como clara de huevo batida saltaba al aire desplomándose luego. Las olas producían en la playa un constante rumor sordo.

Larry dejó la bicicleta y caminó hacia el océano presa de una profunda excitación. Estaba allí, había llegado al mar. Aquello era el final del este. El final de la tierra.

Cruzó un charco, chapoteando entre cañizales. Aspiró el olor vigoroso y fragante de la mar. A medida que se acercaba al farallón, iba desapareciendo la fina capa de tierra, y surgiendo a través de ella el hueso descarnado del granito. El granito, la auténtica realidad de Maine. Las blancas gaviotas levantaron el vuelo, chillando y graznando. En toda su vida no había visto tantas aves juntas. Se le ocurrió que, no obstante su belleza, las gaviotas eran aves carroñeras. Y lo que le vino a la cabeza a continuación era algo casi indecible; pero le había acudido a la mente antes siquiera de poder rechazarlo: últimamente debían de estar dándose un buen banquete.

Echó a andar de nuevo, con los zapatos repiqueteando y rascando la roca reseca por el sol, aunque siempre mojada en muchas grietas a causa de las rociadas. Entre esas hendeduras crecían lapas. Desperdigadas por todas partes, podían verse, semejantes a esquirlas de hueso, las conchas que las gaviotas habían soltado después de comerse los blandos moluscos.

Un instante después se encontraba en pie sobre el desnudo farallón. Allí recibió el azote de viento con toda su fuerza. Levantó la cara para recibir de lleno el olor salobre del mar azul. Las olas encrestadas, de un azul verdoso y cristalino, avanzaban lentamente haciéndose cada vez más pronunciadas, se formaba un hueco debajo de ellas, al tiempo que, en lo alto, aparecía un rizo blanco, y de inmediato la cresta se convertía en espuma. Luego se estrellaban con impulso suicida contra las rocas, como venían haciendo desde el principio de los tiempos, destruyéndose ellas y destruyendo a la vez un trocito infinitesimal de tierra. Hubo un estruendo, sordo y hueco, al penetrar el agua forzosamente en algún túnel medio sumergido tallado en la roca a lo largo de milenios.

Se volvió a derecha e izquierda y vio que, hasta donde alcanzaba la vista, ocurría lo mismo en ambas direcciones: rompientes, olas, rociadas, en una inmensidad multicolor que le dejó sin aliento.

Estaba en el fin de la tierra.

Se sentó con los pies colgando por el borde. Se hallaba deslumbrado. Permaneció así durante media hora hasta que la brisa marina le abrió el apetito. Hurgó en su mochila en busca de algo para almorzar. Comió con gusto. Las rociadas habían oscurecido las perneras de sus téjanos. Se sentía limpio y fresco.

---

Atravesó de nuevo en dirección contraria el charco y tan sumido se encontraba en sus pensamientos que en un principio le pareció que aquel chillido creciente era el de las gaviotas. Incluso levantaba ya la mirada hacia el cielo cuando se dio cuenta, con un sobresalto, de que se trataba de un grito humano. Un grito de guerra. Al bajar los ojos divisó a un muchacho que corría hacia él, sus musculosas piernas moviéndose frenéticamente. En una mano empuñaba un largo cuchillo de carnicero. Iba desnudo salvo por unos calzoncillos y tenía las piernas cubiertas de arañazos de zarzas. Detrás de él, saliendo entre los arbustos y matorrales del otro lado de la carretera, apareció una mujer. Estaba muy pálida y tenía profundas ojeras de fatiga.

—¡Joe! —gritó.

Y empezó a correr como si le produjera dolor el hacerlo.

Joe siguió corriendo sin detenerse, chapoteando con los pies descalzos por los charcos de agua estancada. Tenía el rostro contraído en una mueca tensa y cruel. Llevaba el cuchillo alzado sobre la cabeza, reflejando la luz del sol.

Quiere matarme, se dijo Larry, perplejo. Pero ¿qué le he hecho yo a ese muchacho?

—¡Joe! —chilló la mujer, esta vez con un tono agudo, conminatorio y desesperado.

Joe siguió acortando distancias. Larry tuvo tiempo de recordar que había dejado el rifle junto a la bicicleta. Y el vociferante muchacho ya se lanzaba sobre él.

Larry logró superar su parálisis, se hizo a un lado y lanzó una patada al estómago del muchacho, que se desplomó como un peso inerte. —Joe! —chilló de nuevo Nadine. Tropezó y cayó de rodillas. Su blusa blanca quedó salpicada de barro.

—¡No le haga daño! —suplicó—. ¡No es más que un niño! ¡No le haga daño, por favor!

Joe había caído de espaldas, formando una equis. Los brazos eran una uve y las piernas otra uve invertida. Larry le cogió la mano y le hizo soltar el cuchillo. — ¡Suéltalo!

El chico jadeó sibilante y luego emitió un gruñido. Contrajo el labio superior y enseñó los dientes. Sus ojos achinados miraron furiosos a Larry. Mantener el pie sobre la muñeca del muchacho era como estar pisando a una serpiente herida pero aun así peligrosa. Sentía el esfuerzo del muchacho por liberar de un tirón su mano sin importarle que pudiera resultar herido. Logró sentarse a medias e intentó morder a Larry en las piernas a través del grueso y húmedo tejano. Larry presionó más con el pie sobre la delgada muñeca, y Joe dio un grito, pero no de dolor sino de desafío. —Suéltalo, muchacho.

Joe seguía forcejeando, y habría proseguido hasta que Larry le rompiera la muñeca, de no haber llegado por fin Nadine, llena de barro y sin aliento.

Sin mirar siquiera a Larry se dejó caer de rodillas. —Suéltelo —dijo con voz tranquila aunque firme. Tenía la cara sudorosa pero su expresión era de calma. Acercó el rostro a unos centímetros de los rasgos contraídos de Joe. Éste hizo ademán de morderle como un perro y siguió forcejeando.

Larry, ceñudo, se esforzó por mantener el equilibrio. Si en ese momento soltaba al muchacho, atacaría a la mujer.

—¡Suéltelo! —repitió Nadine.

El chico gruñó. En la mejilla derecha tenía una mancha de barro con la forma de un signo de interrogación.

–Vamos a soltarte, Joe. Yo voy a soltarte. Y me iré con este hombre a menos que seas un buen chico.

Larry sintió que el brazo se tensaba más aún bajo su pie. Luego se aflojó. Pero el chico la miraba a ella con expresión ofendida y acusadora. Cuando desvió la mirada hacia Larry éste pudo leer en sus ojos unos ardientes celos. Incluso sudando como estaba, Larry se quedó helado ante aquella mirada.

La mujer le dijo que nadie iba a hacerle daño, que no lo abandonarían. Si soltaba el cuchillo todos podían ser amigos.

Poco a poco, la mano que se encontraba debajo del pie de Larry se fue abriendo hasta soltar el cuchillo. El muchacho yacía inmóvil, con la mirada clavada en el cielo. Había renunciado. Larry apartó el pie, se inclinó rápidamente y cogió el cuchillo. Se volvió y lo lanzó con fuerza en dirección al farallón. La hoja destelló bajo los rayos del sol. Los extraños ojos de Joe siguieron su trayectoria hasta que finalmente emitió un largo y atormentado aullido. El cuchillo rebotó contra las rocas y cayó por el borde.

Larry se volvió y se quedó mirándolos. La mujer estaba examinando el antebrazo de Joe donde había quedado la marca de las suelas estriadas de Larry. Luego miró al hombre con sus ojos oscuros; desbordaban tristeza.

Larry sintió que le venían a la boca las sempiternas palabras de justificación: «Tenía que hacerlo, no fue culpa mía. Oiga, señora, quería matarme.» Creyó leer el juicio condenatorio en aquellos ojos tristes: «No es usted una buena persona.»

Sin embargo, no dijo nada. Las cosas eran como eran y el muchacho le había forzado a obrar así. Al mirarlo en aquel momento, acurrucado con expresión desolada y chupándose el pulgar, Larry dudaba que hubiera sido el mismo chico que dio lugar a la situación. Podía haber terminado mucho peor, con heridas o incluso muerto.

Así que se quedó callado y cruzó su mirada con la de la mujer. Se dio cuenta de que estaba pensando en algo que Barry Grieg dijo en cierta ocasión acerca de un guitarrista llamado Jory Baker, que siempre llegaba puntual, jamás faltaba a un ensayo ni fastidiaba una audición. No era la clase de guitarrista capaz de destacar, en modo alguno un virtuoso como Angus Young o Eddie Van Halen, pero sí competente. Hubo un tiempo, había dicho Barry, en que Jory Baker fue el alma de un grupo llamado Sparx, un grupo del que todo el mundo pensaba que aquel año sería el que cosecharía más éxitos. Sonaba algo así como Credence en los primeros tiempos: rock and roll duro de guitarra. Jory Baker había escrito casi todas las letras y partituras. Luego sufrió un accidente de coche y salió del hospital, como dice la canción de John Prinne, con una placa de acero en la cabeza y un mono a cuestas. Fue progresando de los sedantes prescritos por los médicos a la heroína. Lo detuvieron un par de veces. Al cabo de cierto tiempo se había convertido en un yonqui callejero de dedos temblorosos. Luego, como quiera que fuese, al cabo de dieciocho meses, se había liberado y así permaneció. Una gran parte de él había desaparecido. Ya no era el alma de grupo alguno, con probabilidades de éxito o sin ellas. Pero siempre llegaba puntual, jamás faltaba a los ensayos ni arruinaba una audición. No hablaba mucho pero la ruta de pinchazos en su brazo izquierdo había desaparecido. Y Barry Grieg dijo: «Ha salido por el otro lado.» Y eso fue todo.

---

Nadie puede decir lo que ocurre entre la persona que fuiste y la persona en que te has convertido. Nadie puede navegar por ese sector azul y solitario del infierno. No existen mapas para el cambio. Uno, sencillamente, sale por el otro lado.

O no sale.

En cierto modo he cambiado, pensó Larry, yo también he salido por el otro lado.

–Soy Nadine Cross. Y éste es Joe. Me alegra haberle encontrado.

–Larry Underwood.

Se estrecharon la mano, ambos con una leve sonrisa ante lo absurdo de la situación.

–Volvamos a la carretera –dijo Nadine.

Comenzaron a andar juntos. Al poco, Larry miró por encima del hombro. Joe seguía de rodillas, sentado sobre las pantorrillas y chupándose el pulgar, sin darse cuenta de que se alejaban.

–Vendrá –dijo ella con voz queda.

–¿Está segura?

–Por completo.

Al llegar al desnivel de grava de la carretera, ella tropezó y Larry la cogió por el brazo.

–¿Podemos sentarnos? –preguntó ella.

–Claro.

Se sentaron en el suelo, uno frente a otro. Al cabo de un rato, Joe se levantó y se dirigió anadeando hacia ellos, mirándose los pies descalzos. Se sentó algo alejado. Larry lo miró cauteloso y luego volvió los ojos a Nadine Cross.

–Vosotros erais quienes me seguiais.

–¿Lo sabías? Sí. Pensé que te darías cuenta.

–¿Por cuánto tiempo?

–Hoy hace dos días –contestó Nadine –. Estábamos en la casa de Epsom. –Al ver la expresión desconcertada de él, añadió: – Junto al arroyo. Te quedaste dormido junto a la cerca de piedra.

Larry asintió.

–Y anoche vinisteis a echar una ojeada mientras dormía en aquel porche. Tal vez para comprobar si tenía cuernos o un rabo rojo.

–Fue Joe –dijo ella –. Y al darme cuenta de que se había ido, salí en su busca. ¿Cómo lo sabes? —

–Dejasteis vuestras huellas en la hierba.

–Ah.

Nadine lo miró con más atención. Larry no apartó los ojos, a pesar de que deseaba hacerlo.

---

–No quisiera que te enfadaras con nosotros –prosiguió ella –. Supongo que parecerá ridículo después de que Joe haya intentado matarte; pero él no es responsable.

–¿Es ése su nombre?

–No. Así es como yo le llamo.

–Parece un salvaje de la *National Geographic*.

–Sí, algo por estilo. Lo encontré en el patio de una casa, tal vez la suya. Se encontraba enfermo a causa de una mordedura, que podía ser de rata. No habla. Gruñe y rezonga. Hasta esta mañana he sido capaz de controlarlo. Pero... verás, estoy... estoy cansada y...

Se encogió de hombros. El barro se estaba secando en la blusa, formando lo que parecía una serie de ideogramas chinos.

–Al principio lo vestí –explicó – Pero se despojaba de todo, excepto de los calzoncillos. Hasta que me cansé de intentarlo. Ni siquiera le molestan los mosquitos. –Hizo una pausa –. ¿Podemos ir contigo? Dadas las circunstancias, no veo la necesidad de andarse por las ramas.

Larry se preguntó qué pensaría si le hablaba de la última mujer que le había acompañado. Pero no lo haría. Ese episodio había quedado profundamente enterrado, aunque no así la mujer. Se mostraba tan recio a mencionar a Rita como lo estaría un asesino por sacar a relucir el nombre de su víctima durante una conversación en la sala de estar.

–No sé a dónde voy –dijo –. Vengo de Nueva York, supongo que a través del más largo recorrido. Mi proyecto era buscar una casa acogedora en la costa y quedarme hasta octubre. Pero, cuanto más avanzo, más grande es mi necesidad de hallar gente. Cuanto más lejos voy, más preocupado me siento.

Se estaba expresando con torpeza y no parecía capaz de mejorarlo sin referirse a Rita o a sus pesadillas sobre el hombre oscuro.

–Todo el tiempo me sentía aterrado de estar solo –dijo –. En realidad estaba paranoico. Es como si esperara que me sorprendieran los indios y me arrancaran la cabellera.

–En otras palabras, has dejado de buscar casas para buscar personas.

–Sí. Tal vez.

–Nos has encontrado a nosotros. Ya es un comienzo.

–Creo que sois vosotros los que me habéis encontrado a mí. Y el muchacho me preocupa, Nadine. He de ser franco al respecto. Ya no tiene su cuchillo; pero el mundo está lleno de cuchillos esperando que alguien los coja.

–Ya.

–No quiero parecer brutal...

Dejó sin terminar la frase esperando que Nadine lo hiciera por él; pero ella no dijo nada y se limitó a mirarlo con aquellos ojos oscuros.

–¿Has pensado en abandonarlo?

Ya estaba, lo había escupido como una piedra; pero seguía dando la impresión de no ser un buen hombre. Mas ¿era justo empeorar una situación ya de por sí desastrosa cargando con un psicópata de diez años? Había dicho a Nadine que parecería brutal y suponía que así era. Pero estaban viviendo en un mundo brutal.

Entretanto, Joe tenía clavados en él sus extraños ojos color de mar.

–No podría hacerlo –repuso Nadine con calma –. Me doy cuenta del peligro y comprendo que ese peligro te acecharía sobre todo a ti. Está celoso. Tiene miedo de que conquistes mi afecto. Es posible que vuelva a intentar atacarte, a menos que hagas amistad con él o de que lo convenzas de que no tienes intención de... Si lo abandonara, sería como cometer asesinato. Y no quiero tener parte en ello. Ya ha muerto demasiada gente.

–Si me rebana el pescuezo a medianoche, tendrías parte en ello.

Nadine bajó la cabeza.

–Probablemente lo hubiera hecho anoche de no haber intervenido tú. ¿No es verdad? –le dijo Larry en voz tan baja que sólo ella podía oírlo, ya que no sabía si Joe entendía o no lo que estaban hablando.

–Son cosas que pueden ocurrir –contestó ella con suavidad.

Larry rió.

Nadine levantó los ojos.

–Quiero ir contigo, Larry, pero no puedo dejar a Joe. Tú decides.

–No me lo pones fácil.

–No son tiempos fáciles.

Reflexionó sobre ello. Joe estaba sentado sobre un pequeño promontorio junto a la carretera, mirándolos. Detrás, las olas rompían incesantes contra las rocas, resonando en las cuevas secretas que habían horadado en la tierra.

–Muy bien –dijo –. Creo que te muestras peligrosamente bondadosa; pero... está bien.

–Gracias –respondió Nadine –. Desde este momento me hago responsable de sus acciones.

–Sería un gran consuelo si llegara a matarme.

–Sería una carga en mi corazón para el resto de mi vida –afirmó ella.

De repente, se estremeció por la súbita certeza de que algún día no muy lejano sus palabras sobre el carácter sagrado de la vida se burlarían de ella. No, se dijo, no mataré. Eso nunca. Jamás lo haré.

Aquella noche acamparon en la arena de la playa de Wells. Larry hizo una hoguera, y Joe se sentó al otro lado, lejos de él y Nadine, arrojando ramitas al fuego. De vez en cuando acercaba la punta de una más grande a las llamas hasta que se prendía como una antorcha, y entonces la contemplaba como si se tratase de una vela de cumpleaños. Luego echó a correr por la arena y se alejó de la zona iluminada por la hoguera. Se había levantado algo de brisa marina, más fresca de lo habitual. Larry recordó vagamente el aguacero caído la tarde en que encontró a su madre agonizando, poco antes de que la aniquiladora epidemia de gripe se abatiera sobre Nueva York. Recordaba los truenos y las cortinas blancas agitándose violentamente en el apartamento. Se estremeció y el viento hizo danzar una espiral de fuego fuera de la hoguera ascendiendo hacia el cielo oscuro y sin estrellas. Pensó en el otoño, todavía lejano pero no tanto como aquel día de junio en que encontró a su madre delirando en el suelo. Volvió a sentir un leve estremecimiento.

–¿Tocas?

La voz de Nadine le produjo un ligero sobresalto, y miró hacia la guitarra que yacía en la arena entre ellos.

La había encontrado apoyada contra un piano Steinway en la sala de música de una casa en la que irrumpió para buscar su cena. Larry llenó su mochila con latas suficientes para sustituir las que consumieran durante aquel día; y cogió la guitarra siguiendo un impulso, sin mirar siquiera lo que había dentro del estuche. No había tocado desde aquella locada fiesta en Malibú y de eso hacía ya seis semanas. En otra vida.

–Sí –dijo, y sintió que necesitaba tocar. No por ella, sino porque tocar aligeraba la mente y distendía el espíritu. Y cuando se estaba ante un fuego en la playa, era inevitable que alguien tocara la guitarra.

–Veamos qué tenemos aquí –dijo al tiempo que abría el estuche.

Esperaba algo bueno; pero lo que había dentro del estuche era una maravillosa sorpresa. Se trataba de una Gibson de doce cuerdas, un hermoso instrumento, con toda probabilidad hecho de encargo. Las incrustaciones de nácar despedían destellos rojizos al reflejar el fuego, y los transformaban en prismas de luz.

–Es preciosa –comentó Nadine.

–Vaya si lo es.

Tocó unos acordes y le gustó el sonido, incluso estando medio desafinada. Era más intenso y vibrante que el que se obtenía de una guitarra de seis cuerdas. Un sonido armónico y vigoroso. Eso era lo bueno de una guitarra con cuerdas de acero, que se obtenía un sonido vigoroso pero agradable. Las cuerdas eran Black Diamonds, un poco usadas, pero producían un sonido magnífico. Sonrió ligeramente al recordar el desprecio de Berry Grieg por las plácidas cuerdas de la guitarra normal. El bueno de Barry, que de mayor quería ser Steve Miller.

–¿Por qué sonríes? –le preguntó Nadine.

–Me acuerdo de los viejos tiempos –contestó él y sintió cierta melancolía.

La afinó mientras seguía pensando en Barry, Johnny McCall y Wayne Stukey. Cuando ya estaba terminando, Nadine le tocó ligeramente en el hombro y Larry levantó la vista.

---

Joe se hallaba en pie junto al fuego. Aquellos ojos extraños lo miraban fascinados. El chico tenía la boca abierta.

–La música tiene hechizo... –musitó Nadine.

Larry empezó a ensayar en la guitarra un viejo blues aprendido cuando era un adolescente. Creía recordar que se trataba de un tema de Koerner, Ray y Glover. Cuando pensó que había captado la melodía empezó a cantar:

*Me verás llegar, pequeña por caminos muy lejanos.*

*Ay, madre mía, convertiré la noche en día.*

*Ya estoy aquí,*

*recordando mi hogar feliz.*

*Y tú, pequeña, me oyes llegar*

*y conoces el golpear sobre mi hueso de gato negro...*

Ahora el muchacho sonreía francamente. Era la sonrisa asombrada de quien ha descubierto un secreto divertido. A Larry le pareció que tenía todo el aspecto de haber estado sufriendo una inalcanzable picazón entre los omóplatos durante mucho tiempo y que por fin había encontrado a alguien que sabía dónde rascarle. Rebuscó en su memoria, durante tanto tiempo en desuso, en busca de una segunda estrofa, hasta que por fin la encontró.

*Puedo hacer cosas, madre mía,*

*que otros hombres no pueden hacer.*

*No pueden encontrar los números, pequeña,*

*no pueden sacar la raíz del Conquistador.*

*Pero yo puedo porque estoy*

*muy lejos de mi hogar.*

*Y tú sabes que me oirás llegar,*

*por el traqueteo sobre mi hueso de gato negro.*

La franca sonrisa de deleite del muchacho le iluminó sus extraños ojos y los convirtió en algo capaz de enardecer a cualquier jovencita, según le pareció a Larry, que ejecutó una digresión instrumental, arrancando a la guitarra los sonidos adecuados: vigorosos, llamativos, algo charros, semejantes a viejas joyas, probablemente robadas, que se sacan de una bolsa de papel para venderlas en cualquier esquina. Luego volvió a la melodía, antes de echarlo todo a perder. No podía recordar la última estrofa completa, algo referente a las vías de un ferrocarril, así que repitió la primera estrofa y lo dejó.

Cuando se hizo el silencio, Nadine rompió a reír y aplaudió. Joe empezó a dar saltos por la arena, emitiendo gritos de júbilo. Larry no podía creer el cambio experimentado por el muchacho, y se dijo que habría de andar con cautela y no darle excesiva importancia. De lo contrario se arriesgaba a sufrir una amarga decepción.

Alguien le había dicho que la música tiene hechizos que calman a los animales salvajes. Se preguntó si la cosa podría ser tan sencilla. Joe le hacía gestos.

–Quiere que toques algo más –dijo Nadine –. Ha sido maravilloso. Me hace sentir mejor. Mucho mejor.

De manera que tocó *Goin Down Town* y su propio *Sally's Fresno Blues*. Luego interpretó *The Springhill Mine Disaster* y *That's All Right, Mamma*. Cambió al rock and roll primitivo: *Jim Dandy* y *Twenty Flight Rock*, haciendo el ritmo *boogie woogie* del coro lo mejor que pudo, aunque para entonces empezaba a sentir los dedos, entumecidos y doloridos. Como final, ofreció una canción que siempre le había gustado: *Endless Sleep*, original de Jody Reynolds.

–Ya no puedo tocar más –dijo a Joe, que había permanecido inmóvil durante todo el recital –. Los dedos, ya sabes.

Se los mostró para que viera las huellas profundas que las cuerdas le habían producido y también las uñas astilladas.

El muchacho alargó las manos.

Larry vaciló un instante y luego se encogió de hombros en su fuero interno. Tendió la guitarra al muchacho.

–Se necesita mucha práctica –dijo.

Pero lo que ocurrió a continuación fue lo más asombroso que había presenciado en su vida: el muchacho interpretó *Jim Dandy* de manera casi impecable, ululando las palabras más que cantándolas, como si tuviera la lengua pegada al paladar. Al propio tiempo, era evidente que jamás había tocado la guitarra. Podía rasguear con la suficiente fuerza las cuerdas para hacerlas sonar de manera adecuada y sus cambios de acorde eran confusos y fuera de tiempo. El sonido que emitía era en sordina y fantasmal, como si estuviera tocando una guitarra rellena de algodón. Por lo demás era un calco perfecto de cómo Larry había tocado la canción.

Una vez hubo terminado, Joe se miró los dedos, como intentando comprender por qué podía repetir la armonía de la música que Larry había tocado, pero no la melodía.

–No tocas con fuerza suficiente. Eso es todo. Tienes que hacerte callos en las yemas de los dedos, endurecerlas. Y también los músculos de tu mano izquierda.

–Larry se oyó decir esto como si su voz estuviera muy lejana.

Joe lo miraba con atención, pero Larry no sabía si el muchacho le entendía o no.

–¿Sabes si puede hacerlo? –preguntó volviéndose hacia Nadine.

–No. Estoy tan sorprendida como tú. Parece un prodigio o algo parecido, ¿no?

Larry asintió. El chico interpretó *That's All Right, Mamma*, captando casi todos los matices de la interpretación de Larry. Pero a veces las cuerdas resonaban como madera, al bloquear Joe con los dedos sus vibraciones.

–Déjame que te enseñe –dijo Larry.

Joe entornó los ojos en actitud desconfiada. Larry pensó que tal vez se acordaba del cuchillo que voló por los aires en el acantilado. Empezó a retroceder apretando con fuerza la guitarra.

---

–Muy bien –dijo Larry –. Cuando quieras una lección ven a buscarme.

El muchacho emitió una especie de relincho y se alejó corriendo por la playa, enarbolando la guitarra sobre su cabeza, a la manera de un objeto ritual.

–La va a estropear –vaticinó Larry.

–No –dijo Nadine –. No lo creo.

Larry se despertó durante la noche. Se incorporó apoyado en un codo. Nadine era una silueta vagamente femenina envuelta en tres mantas, a corta distancia de la hoguera ya apagada. Joe estaba enfrente de Larry. También lo cubrían varias mantas, pero tenía la cabeza fuera. Tenía el pulgar en la boca. Sus piernas estaban encogidas y, entre ellas, se hallaba la Gibson de doce cuerdas. La mano libre descansaba sobre el mástil. Larry lo miró fascinado. Le había quitado el cuchillo y lo había arrojado al mar, y ahora él adoptaba la guitarra. Estupendo. Podía quedársela. No se da a nadie una puñalada mortal con una guitarra. Aunque también podía ser un estupendo instrumento de ataque, se dijo Larry. Y volvió a dormirse.

Al despertarse a la mañana siguiente, vio a Joe sentado sobre una roca con la guitarra y los pies desnudos mojados por las olas. Tocaba *Sally's Fresno Blues*. Ya lo hacía mejor. Nadine despertó veinte minutos después y le sonrió radiante. Larry pensó que era una mujer encantadora y le vino a la mente un fragmento de canción, algo de Chuck Berry: «Nadine, dulzura, ¿eres tú?»

–Veamos qué tenemos de desayuno –dijo.

Encendió un fuego y los tres se sentaron en derredor. Nadine preparó cereales con leche en polvo, y bebieron té fuerte preparado en una lata, al estilo de los vagabundos. Joe comía con la Gibson sobre las piernas. Por dos veces, Larry se encontró sonriendo al muchacho y pensando que no se podía sentir antipatía por alguien a quien le gustara la guitarra.

Pedalearon hacia el sur por la carretera 1. Joe llevaba su bici en línea recta sobre la raya blanca, a veces manteniéndose así durante más de un kilómetro. En una ocasión descubrieron que, mientras conducía plácidamente su bicicleta a lo largo del arcén, iba comiendo moras de manera divertida. Las lanzaba al aire y las atrapaba con la boca al caer, sin fallar ni una. Una hora después, lo encontraron sentado sobre una piedra histórica de la guerra de la Independencia y tocando *Jim Dandy* en la guitarra.

A las once llegaron a un extraño bloqueo en la linde de una ciudad llamada Ogunquit. Atravesados en la carretera y bloqueándola de lado a lado, había tres camiones de un vivo color naranja. En la trasera de uno se encontraba el cuerpo despatarrado, picoteado por los cuervos, de lo que alguna vez fue un hombre. Los diez últimos días de calor abrasador habían hecho su efecto. Allí donde el cuerpo no estaba cubierto por la ropa, se agitaba una nube de insectos.

Nadine, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

–¿Dónde está Joe? –preguntó.

–No lo sé. Por ahí delante, en alguna parte. –Quisiera que no hubiera visto esto. ¿Crees que lo ha visto?

–Es probable –contestó Larry. Había estado pensando que, para tratarse de una arteria principal, la carretera 1 había estado terriblemente desierta desde que salieron de Wells, pues no encontraron por el camino más de dos docenas de coches abandonados. Ahora comprendía el motivo: habían bloqueado la carretera. Al otro lado de aquel pueblo debía de haber probablemente centenares, acaso miles de coches abandonados. Y se daba cuenta de cómo se sentía Nadine respecto a Joe. Lo mejor hubiera sido evitar aquello al muchacho.

–¿Por qué bloquearían la carretera? –le preguntó Nadine –. ¿Por qué habrían de hacerlo?

–Debieron tratar de poner en cuarentena a su ciudad. Imagino que encontraremos un nuevo bloqueo en el otro lado.

–¿Hay más cuerpos? Larry detuvo la bicicleta y miró. –Tres –dijo.

–Muy bien. No voy a mirarlos. Larry asintió. Atravesaron el bloqueo de los camiones y siguieron su camino. La carretera bordeaba de nuevo el mar y se sentía más fresco. Había largas y sórdidas hileras de chalets de veraneo, apretados unos junto a otros. Larry se preguntó si la gente pasaba de veras sus vacaciones en aquellas viviendas. ¿Por qué no irse a Harlem y dejar que tus hijos jueguen debajo del chorro de la boca de incendio?

–No es bonito, ¿verdad? –comentó Nadine. Aquello era la esencia de un vulgar lugar de veraneo junto al mar. La gasolinera, puestos de freiduría, de alejas, heladerías, moteles pintados con toda suerte de colores pastel, minigolf...

Larry experimentó dos reacciones distintas. Parte de su ser clamaba contra aquella triste y vocinglera fealdad y contra la fealdad de las mentes que habían convertido aquel trecho de costa, magnífico y bravío, en un largo parque de atracciones de carretera para familias viajando en camionetas. Pero otra parte, más profunda y sutil, le susurraba sobre la gente que ocupaba aquellos lugares y aquella carretera durante otros veranos. Damas con sombreros para el sol y shorts demasiado ceñidos para sus orondos traseros. Estudiantes de secundaria con camisetas de rugby a rayas rojas y negras. Muchachas con indumentaria de playa y sandalias. Chiquillos chillones con la cara churretosa de helado. Eran ciudadanos americanos y había una especie de romance indecente y apremiante siempre que se encontraban en grupos, poco importaba que estuvieran en un refugio de esquí, en Aspen o cumpliendo con sus prosaicos ritos estivales a lo largo de la carretera 1 en Maine. Y ahora todos esos americanos se habían ido. Una tormenta había arrancado una rama de un árbol, la cual a su vez había derribado el gigantesco letrero de plástico Dairy Treet sobre el puesto de helados del aparcamiento, donde permanecía tumbado de costado semejante a una pálida coraza. En el campo de minigolf la hierba empezaba a crecer. Hubo un tiempo en que aquel trecho de carretera entre Portland y Portsmouth había sido un parque de atracciones de cien kilómetros, y ya no era más que un lugar poblado de fantasmas donde todas las agujas del reloj se habían descolgado.

–No, no es muy bonito –respondió él –. Pero una vez fue nuestro, Nadine. Una vez fue nuestro aunque jamás hubiéramos estado aquí. Y ahora ha desaparecido.

---

–Pero no para siempre –dijo ella.

Larry la miró, contempló su rostro límpido y resplandeciente. Su frente, en la que nacía aquel mechón asombrosamente blanco, brillaba como una lámpara.

–No soy una persona religiosa –continuó –. Si lo fuese, diría que lo ocurrido es un castigo de Dios. Dentro de cien años, quizá doscientos, volverá a ser nuestro.

–Esos camiones no habrán desaparecido dentro de doscientos años.

–No, pero la carretera sí. Los camiones permanecerán en medio de un campo o de un bosque, y donde solían estar sus neumáticos habrán crecido albarraz y plantas orquídeas. Ya no serán camiones, sino un montón de chatarra.

–Creo que estás equivocada.

–¿Por qué?

–Porque estamos buscando a otras personas –repuso Larry –. Dime, ¿por qué crees que estamos haciendo esto?

Nadine lo miró.

–Bueno... porque es lo que debemos hacer –contestó –. La gente *necesita* de otra gente. ¿Acaso no lo sientes cuando estás solo?

–Sí –respondió Larry –. Si no nos tuviéramos los unos a los otros, la soledad nos volvería locos. Y cuando lo estamos, la propia cercanía nos saca también de quicio. Si nos hallamos juntos, construimos kilómetros de chalets veraniegos y los hombres se matan entre sí en los bares los sábados por la noche. –Se echó a reír con una risa en la que no había ni una pizca de humor –. No hay respuesta –concluyó –. Es como encontrarse atascado dentro de un huevo. Vamos... Joe debe llevarnos mucha delantera.

Permaneció parada con su bicicleta un momento más, con la inquieta mirada clavada en la espalda de Larry mientras se alejaba. Por último, empezó a pedalear detrás de él. No podía estar en lo cierto. No podía ser. Si llegara a ocurrir una cosa tan monstruosa como aquella, ¿qué sentido tendría nada? ¿Por qué estarían siquiera vivos?

Después de todo, Joe no les llevaba demasiada delantera. Lo encontraron sentado en el parachoques trasero de un Ford azul aparcado en un camino. Estaba mirando una revista erótica que acababa de encontrar; y Larry observó incómodo que el muchacho tenía una erección. Contempló de soslayo a Nadine; pero ésta miraba hacia otro lado, quizá a propósito.

–¿Vamos? –dijo Larry cuando llegaron junto a él.

Joe dejó la revista y, en lugar de ponerse en pie, hizo un sonido gutural e interrogante señalando hacia arriba, al aire. Larry levantó los ojos pensando que el muchacho había visto un aeroplano.

–¡El cielo no, el granero! –gritó entonces Nadine, y su voz se oyó muy cerca y excitada –. ¡En el granero! ¡Gracias a ti, Joe! ¡Nosotros jamás lo habríamos visto!

Se acercó al chico y lo estrechó. Larry se volvió hacia el granero, donde se destacaban claramente unas letras blancas sobre el descolorido tejado de ripias: NOS HEMOS IDO A STOVINGTON, VT. CENTRO CONTROL EPIDEMIA.

Debajo había una serie de direcciones de carreteras. Y al final: ABANDONAMOS OGUNQUIT 2 JULIO 1990. HAROLD EMERY LAUDER Y FRANCÉS GOLDSMITH.

–¡Santo cielo! Debió de estar echando el hígado cuando escribió la última línea – dijo Larry.

–¡El centro de control de epidemias! –exclamó Nadine –. ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Hace menos de tres meses leí un artículo en el suplemento dominical! ¡Se encuentran allí!

–Si aún están vivos.

–¡Pues claro que lo están! Para el dos de julio había *terminado* la epidemia. Y si pudieron subir hasta el tejado de ese granero es evidente que no estaban enfermos.

–Desde luego uno de ellos se sentía muy saludable –asintió Larry, sintiendo una excitación creciente –. Y pensar que he atravesado Vermont.

–Stovington se encuentra al norte de la carretera 9 desde varios puntos –reflexionó Nadine con tono ausente, sin apartar la mirada del granero –. Aun así ya deben de estar allí, ¿no te parece? –le brillaban los ojos –. El dos de julio fue hace hoy dos semanas. ¿Crees que puede haber otras personas en el centro de control de epidemias, Larry? Debe de haberlas, ¿verdad? Si estaban al corriente de las cuarentenas y la esterilización de ropas... Sin duda llevaron a cabo una cura, ¿verdad?

–No lo sé –respondió Larry cauteloso.

–Pues claro que sí –dijo ella con tono impaciente y un tanto fastidiado.

Larry nunca la había visto tan excitada, ni siquiera cuando Joe hizo su hazaña de imitación con la guitarra.

–Apostaría a que Harold y Frances han encontrado *docenas* de personas, tal vez incluso *centenares* –continuó –. Nos iremos ahora mismo. El camino más rápido...

–Espera un momento –la interrumpió Larry cogiéndola por el hombro.

–¿Qué ocurre? ¿No comprendes...?

–Comprendo que este letrero nos ha estado esperando dos semanas y que puede seguir esperando algo más. Entretanto, vamos a almorzar. Además, Joe el *loco por la guitarra* se está cayendo de sueño.

Nadine lo observó. Joe estaba mirando de nuevo la revista, pero empezaba a cabecear y esforzarse por mantener los ojos abiertos. Tenía unas profundas ojeras.

–Dijiste que acababa de reponerse de una infección –añadió Larry –. Y tú también has tenido un duro viaje...

–Tienes razón...

–Todo cuanto necesita Joe es una buena comida y una larga siesta.

Joe emitió un gruñido soñoliento de desinterés por todo.

Larry sintió los últimos vestigios del miedo que no hacía mucho le había atenazado ante lo que tenía que decir a continuación. Pero había de hacerlo. De lo contrario, lo haría Nadine tan pronto tuviera posibilidad de reflexionar... y además tal vez fuera ya el momento de averiguar si había cambiado todo lo que él creía.

–¿Sabes conducir, Nadine?

–¿Conducir? ¿Quieres decir si tengo carné? Sí, pero un coche no resultaría nada práctico con tantos vehículos abandonados por las carreteras, ¿no crees? Quiero decir...

–No pensaba en un coche –dijo Larry.

La imagen de Rita montando a la grupa detrás del misterioso hombre negro (suponía que se trataba de la representación simbólica de la muerte en su mente) surgió de repente ante sus ojos. Los dos derribándole a él mientras cabalgaban en un monstruoso cerdo, semejantes a los tenebrosos jinetes del Apocalipsis. Sintió la boca seca ante aquella imagen. Le latían las sienes. Pero su voz sonó firme. Si se le quebró en algún momento Nadine no pareció darse cuenta. Y lo más extraño fue que Joe la miró medio adormilado, y le pareció notar algún cambio.

–Estaba pensando en algún tipo de motocicleta. Podríamos ir más rápido con menos esfuerzo y evitar cualquier... bueno, cualquier cosa que encontremos en la carretera. Igual que hicimos con las bicis ante aquellos camiones.

Los ojos de Nadine reflejaron una creciente excitación.

–Sí, podríamos hacerlo. Nunca he conducido una moto; pero podrías enseñarme, ¿no?

Al oír aquellas palabras el temor de Larry se intensificó.

–Sí –dijo –. Puedo enseñarte a conducir despacio hasta que te habitúes. Muy despacio. Una motocicleta, incluso un pequeño ciclomotor no perdona el error humano. Y no podría llevarte a un médico si tuvieses un accidente.

–De acuerdo. Iremos... ¿Ibas en moto antes de que te encontráramos, Larry? Tuvo que ser así para que recorrieras con tanta rapidez el camino desde Nueva York.

–La dejé –contestó sin inmutarse –. Empecé a ponerme nervioso de viajar solo.

–Bien, ahora ya no estarás solo –dijo Nadine casi con alegría, y se apresuró a volverse hacia Joe –. ¡Nos vamos a Vermont, Joe! ¡Vamos a reunimos con otras personas! Es estupendo, ¿verdad?

Joe bostezó.

Nadine dijo que estaba demasiado excitada para dormir, pero que se tumbaría junto a Joe hasta que él se durmiera. Larry se fue a Ogunquit en busca de una tienda de motos. No había ninguna; pero recordó haber visto una de ciclomotores cuando salían de Wells. Volvió para decírselo a Nadine, y se los encontró a los dos dormidos a la sombra del Ford azul donde Joe había estado ojeando *Gallery*.

Se tumbó a cierta distancia de ellos, pero le fue imposible conciliar el sueño. Finalmente, cruzó la carretera y se dirigió a través del campo de alfalfa, la cual le llegaba hasta la rodilla, al granero donde estaba pintado el cartel. A medida que avanzaba, los saltamontes brincaban alocados para apartarse de su camino. Y Larry se dijo: Yo soy su epidemia. Yo soy su hombre oscuro.

Cerca del portalón doble del granero, vio dos latas de Pepsi vacías y los restos de un emparedado. En épocas normales, las gaviotas habrían dado buena cuenta de ello; pero los tiempos habían cambiado y sin duda esas aves disponían de mejor comida. Le dio un puntapié, y luego otro a una de las latas.

Llévatelo al laboratorio, sargento Briggs. Creo que nuestro asesino ha cometido finalmente un error.

De acuerdo, inspector Underwood. El día en que Scotland Yard decidió enviarle a usted, fue afortunado para Squinchly-on-the-Green.

No lo mencione siquiera, sargento. Es parte del trabajo.

Larry entró en el granero... Estaba oscuro, hacía calor y palpitaba con el suave aleteo de las golondrinas. Resultaba agradable el olor a heno. No había animales en los pesebres. El propietario debió haberlos dejado en libertad para vivir o morir por la epidemia antes de que perecieran de hambre.

Tome nota de eso para el forense, sargento.

Muy bien, inspector Underwood.

Miró al suelo y vio la envoltura de un dulce. La cogió. Hubo un tiempo en que guardó en su interior una barra de chocolate Payday. Era posible que el pintor de carteles tuviera arrestos. Pero lo que no tenía era buen gusto. Si a alguien le gustaba el chocolate Payday, era indudable que había estado demasiado tiempo expuesto a los tórridos rayos de sol.

Había una escala clavada a una de las vigas de apoyo del desván. Empapado en sudor, sin saber por qué estaba allí, Larry subió por ella. Anduvo despacio y se mantenía vigilante por las ratas... En el centro del desván, un tramo de escaleras corrientes conducían a la parte superior, y los peldaños aparecían salpicados de pintura blanca.

Creo que hemos hecho otro hallazgo, sargento.

Estoy sorprendido, inspector... Su capacidad deductiva sólo se ve superada por su apostura y por la extraordinaria longitud de su miembro.

Gracias, sargento.

Subió hasta lo alto. Todavía hacía más calor, un calor inaguantable. Larry pensó que si Frances y Harold hubieran dejado allí su pintura después de acabada la faena, el granero habría ardido hasta los cimientos.

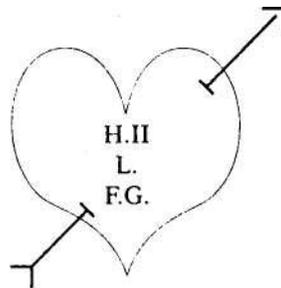
Las ventanas estaban polvorientas y festoneadas de telarañas que sin duda databan de cuando era presidente Gerald Ford. Una de las ventanas había sido forzada y, al asomarse por ella, Larry contempló un panorama espléndido de aquella región.

Aquel lado del granero daba al este, y se encontraba a altura suficiente para que los puestos de carretera, tan monstruosamente feos a nivel del suelo, dieran la impresión de algo de escasa importancia, como unos pocos escombros al borde de la carretera. Más allá de ésta se hallaba el océano, magnífico con sus constantes olas, partidas limpiamente en dos por el rompeolas que se prolongaba desde la parte norte del muelle. El campo era igual un óleo que representara el pleno verano, todo verde y oro, envuelto en la quieta calina de la tarde. Podía aspirar el olor salobre y a yodo. Mirando hacia abajo, por la vertiente del tejado se podía leer, del revés, el cartel de Harold.

Sólo de pensar en andar a gatas por aquel tejado a semejante altura del suelo, hizo que Larry sintiera un nudo en el estómago. Sin duda el chico tuvo que dejar las piernas colgando sobre el canalón para poder poner el nombre de la muchacha.

¿Por qué se tomó tantas molestias, sargento? Creo que éste es uno de los interrogantes que debemos hacernos.

Lo que usted diga, inspector Underwood. Bajó de nuevo las escaleras, despacio y vigilando dónde ponía los pies. No era el momento más adecuado para romperse una pierna. Al llegar abajo, algo llamó su atención, algo grabado en una de las vigas de apoyo, asombrosamente blanco y reciente, en franco contraste con la oscuridad vieja y polvorienta del granero. Se acercó a la viga y examinó lo que allí habían dibujado. Luego, pasó la yema del pulgar por encima, en parte por diversión y también maravillado de que otro ser humano hubiera hecho aquello el día que él y Rita estuvieron viajando por el norte. Recorrió de nuevo con la uña las letras escritas.



Creo, sargento, que ese pobre diablo estaba enamorado.

–Bravo, Harold –dijo Larry saliendo del granero.

La tienda de motos de Wells era una concesionaria de Honda y por la forma en que las máquinas estaban alineadas en la sala de exposición, Larry dedujo que faltaban dos de ellas. Todavía se sintió más orgulloso de su otro descubrimiento: una envoltura arrugada cerca de una de las papeleras, de una barra de chocolate Payday. Parecía como si alguien, probablemente el enamorado Harold Lauder, hubiera comido su barra de chocolate mientras él y su enamorada decidían con qué moto se sentirían más felices. Hizo una bola con la envoltura y la lanzó a la papelera. Falló.

Nadine creía que sus deducciones eran acertadas, pero no estaba tan interesada por ellas como Larry. Examinaba las restantes máquinas, ansiosa por ponerse en marcha. Joe se encontraba

sentado en el escalón de entrada de la sala de exposición, tocando la Gibson de doce cuerdas y cantando contento.

–Escucha, Nadine. Ahora son las cinco de la tarde –dijo Larry –. Es imposible que salgamos hasta mañana.

–¡Pero si todavía quedan tres horas de luz diurna! ¡No debemos quedarnos aquí sentados! Podríamos no encontrarlos.

–Si no los encontramos, mala suerte –opinó él –. Además, Harold Lauder dejó una vez instrucciones sobre las carreteras que pensaban tomar. Si se ponen de nuevo en camino, probablemente volverán a hacerlo.

–Pero...

–Sé que estás impaciente –dijo Larry apoyándole las manos en los hombros; se daba cuenta de que empezaba a resurgir la antigua ansiedad y se obligó a dominarla –, pero nunca has montado antes un ciclomotor.

–Sé andar en bicicleta. Y también cómo utilizar un embrague. *Por favor*, Larry. Si no perdemos tiempo acamparemos esta noche en New Hampshire y mañana por la noche estaremos a medio camino. Podemos...

–¡No es igual que una bicicleta! –explotó Larry.

La guitarra paró de repente con una nota discordante y Joe los miró por encima del hombro con los ojos entornados y gesto de desconfianza. Caramba, tengo un tacto maravilloso con la gente, se dijo Larry. Y esto le hizo ponerse todavía más furioso.

–Me estás haciendo daño –dijo Nadine con suavidad.

Bajó los ojos y vio que tenía los dedos engarfiados en los suaves hombros de ella. Su ira se convirtió en bochorno.

–Lo lamento –dijo.

Joe seguía mirándolo, y Larry hubo de admitir que había perdido parte de los puntos ganados ante el muchacho. Tal vez todos. Nadine había dicho algo.

–¿Qué?

–Te he pedido que me indiques en qué se diferencia de la bicicleta.

Su primer impulso fue el de gritarle: «Si sabes tanto, ve e inténtalo. Ve y descubre cómo es el mundo visto boca abajo.» Se contuvo, pensando que no sólo había perdido puntos ante el muchacho, sino también control sobre sí mismo. Tal vez hubiera logrado pasarse al otro lado; pero algunas de las tretas infantiles del viejo Larry habían estado pisándole los talones, semejante a una sombra atenuada con el sol de mediodía pero no desaparecida del todo.

–Es más pesada –contestó –. Si pierdes el equilibrio, no puedes recuperarlo con la misma facilidad que con la bicicleta. Una de esas trescientos sesenta pesa más de cien kilos. Uno se acostumbra a controlar ese peso extra, pero se necesita algún tiempo para ello. En un coche, accionas el cambio con la mano y el acelerador con el pie, en un ciclomotor es al revés, el cambio se acciona con el

---

pie y el acelerador con la mano, y acostumbrarse a eso cuesta. Lleva dos frenos en lugar de uno. Con el pie derecho frenas la rueda trasera y con la mano derecha la delantera. Si te olvidas y sólo utilizas el freno de mano, lo más probable es que salgas volando por encima del manillar. Y además habrás de acostumbrarte a tu pasajero.

–¿Joe? Pensé que iría contigo...

–Me gustaría llevarlo; pero, por ahora, no creo que quiera venir conmigo. ¿A ti qué te parece?

Nadine miró a Joe.

–Es posible que ni siquiera conmigo se avenga a viajar. Tal vez le dé miedo.

–En caso de que decida hacerlo, serás responsable de él. Y yo seré responsable de vosotros. No quiero ver cómo te estrellas.

–¿Te ha ocurrido eso, Larry? ¿Ibas con alguien?

–Sí. Tuve un accidente. Pero para entonces la mujer con la que iba ya estaba muerta.

–¿Se estrelló con su moto?

–No. Yo diría que lo que ocurrió fue un setenta por ciento accidente y un treinta por ciento suicidio. Cualquier cosa que necesitase de mí... amistad, comprensión, ayuda, no sé... no estaba recibiendo suficiente.

–En ese momento se sentía mal, las sienas le latían, tenía la garganta seca y se hallaba al borde de las lágrimas –. Se llamaba. Rita. Rita Blakemoore. Me gustaría hacerlo mejor con vosotros.

–¿Por qué no me lo habías contado, Larry?

–Porque me produce dolor hablar de ello –dijo sencillamente –. Mucho dolor.

Aquella era la verdad pero no toda. Además estaban los sueños. De repente se preguntó si Nadine tendría pesadillas... La noche anterior se despertó un momento y la oyó agitarse inquieta farfullando en sueños. Pero por la mañana no había dicho nada. ¿Y Joe? ¿Tendría Joe pesadillas? Bien, no sabía nada acerca de ellos, pero al intrépido inspector Underwood de Scotland Yard le daban miedo las pesadillas... Y si Nadine se estrellaba con el ciclomotor, era posible que volviesen.

–Entonces nos iremos mañana –decidió ella –. Enséñame esta noche a manejar la moto.

Ante todo, estaba el problema de poner gasolina a las dos motos que Larry eligió. En el taller había una bomba. Pero, sin electricidad, no funcionaría. Encontró otra envoltura de chocolate junto a la plancha que cubría el depósito subterráneo. Y dedujo que había sido utilizado recientemente por Harold Lauder, el hombre de los grandes recursos. Enamorado o no, adicto o no al Payday, Harold se había ganado todo el respeto de Larry, hasta le caía simpático por adelantado. Su mente ya había creado una imagen de Harold. Estaría en la treintena, tal vez fuera granjero, alto y atezado por el sol, flaco, acaso no demasiado inteligente, aunque sí muy sagaz. Hizo una mueca. Crear una

---

imagen de alguien a quien jamás se ha visto es un juego inútil, porque nunca resulta como uno se lo ha imaginado. Todo el mundo sabía aquello del *discjockey* que pesaba ciento veinte kilos y tenía la voz tan fina como el trallazo de un látigo.

Mientras Nadine preparaba una cena fría, Larry husmeaba por la trastienda. Encontró un gran bidón, una pala de hierro y, enrollado sobre la tapa del depósito subterráneo, un tubo de goma.

¡Otra vez te encuentro, Harold! Mire esto, sargento Briggs. Nuestro hombre sacó gasolina del depósito subterráneo para seguir marchando. Me sorprende que no se llevara la manguera.

Tal vez cortara un trozo y esto que vemos sea lo que quedó, inspector Underwood... teniendo en cuenta que está con los desperdicios, si me permite la observación.

Por Júpiter que tiene razón, sargento. Voy a proponerle para un ascenso.

–¿Puedes ayudarme, Joe?

El muchacho levantó los ojos del queso y las galletas que estaba comiendo y miró a Larry con desconfianza.

–Anda, ve. No pasa nada –le animó Nadine.

Joe se acercó arrastrando un poco los pies.

Larry introdujo la pala en la ranura de la tapa.

–Apoya todo tu peso sobre esto y a ver si podemos levantarla –le dijo.

Por un instante pensó que el muchacho no le había comprendido, o que sencillamente no quería hacerlo. Pero luego agarró el extremo de la pala e hizo fuerza sobre él. Tenía los brazos delgados pero con músculos como cuerdas, el tipo de músculos que solían poseer los trabajadores de las familias pobres. La tapa se movió un poco aunque no lo suficiente para que Larry pudiera meter los dedos.

–Apóyate sobre la pala –le indicó. Por un instante, aquellos ojos achinados, medio salvajes, lo miraron con frialdad. Luego, Joe descargó todo su peso, quedando con los pies levantados del suelo.

La tapa se levantó algo más que la vez anterior, lo suficiente para que Larry pudiese introducir los dedos por debajo. Mientras se esforzaba por mover la tapa, se le ocurrió que si seguía sin caerle bien al muchacho, aquélla era su gran oportunidad para demostrarlo. Si Joe llegaba a retirar su peso de la pala, la tapa caería de golpe y él perdería todos los dedos de la mano salvo los pulgares. Nadine también se estaba dando cuenta de ello. Había estado examinando una de las motos, pero se volvió a mirar con el cuerpo tenso. Sus ojos oscuros fueron de Larry, con una rodilla hincada en tierra, a Joe que vigilaba a Larry mientras mantenía su peso sobre la pala. Aquellos ojos color de mar eran inescrutables. Y Larry seguía sin conseguir levantar la tapa.

–¿Necesitáis ayuda? –preguntó Nadine con su habitual voz tranquila aunque un punto más aguda.

Le cayó sudor sobre un ojo y parpadeó para quitárselo. Seguía sin lograrlo, aunque olía la gasolina.

–Creo que podemos arreglárnoslas –contestó Larry mirándola de frente.

Un momento después, sus dedos tropezaron con una corta hendidura en la parte interior de la tapa. Dio impulso con los hombros y por fin la tapa se alzó estrellándose sobre el suelo con un estruendo sordo. Oyó suspirar a Nadine y caer al suelo la pala. Se limpió el sudor de la frente y miró al muchacho.

–Buen trabajo, Joe –dijo –. Si llegas a soltar esa cosa habría tenido que pasar el resto de mi vida subiéndome la cremallera con los dientes. Gracias.

No esperaba una respuesta, a lo sumo un gritito incomprensible antes de que Joe volviera a ensimismarse. Pero el chico dijo con voz ahogada y torpe:

–No ahii porr-qüe.

Larry y Nadine se miraron, y luego a Joe. Su expresión era de sorpresa y júbilo, a pesar de que en cierto modo parecía haberlo estado esperando. Era una expresión que él ya había visto; no se acordaba cuándo.

–Has dicho «no hay por qué», Joe.

El muchacho asintió enérgicamente.

–No ahii porr-qüe. No ahii porr-qüe.

Nadine le tendió los brazos sonriendo.

–Es estupendo, Joe. Realmente estupendo.

Joe se acercó trotando a ella y dejó que lo abrazara por un momento. Luego se dedicó a examinar las motos emitiendo pequeños gritos y riendo para sí.

–Puede hablar –comentó Larry.

–Sabía que no era mudo –aseguró Nadine –. Pero es maravilloso saber que puede recuperarse. Creo que nos necesitaba a los dos. Dos mitades. El... Bueno, no sé.

Larry vio que se había ruborizado y pensó que sabía por qué. Empezó a deslizar el tubo de goma por el agujero que había en el cemento, y de repente se dio cuenta de que aquello podría ser interpretado como una pantomima bastante grosera. Le dirigió una rápida mirada. Nadine se giró, aunque no antes de que Larry viera la atención con que había seguido sus operaciones y el color arrebatado de sus mejillas.

Se sintió asaltado por el miedo y gritó:

–¡Por Dios santo, Nadine! ¡Cuidado, Nadine, por favor!

Ella se concentraba en los controles manuales sin mirar a dónde se dirigía. Y la Honda se dirigía directamente al tronco de un pino a unos galopantes ocho kilómetros por hora.

Nadine levantó la cabeza y emitió un grito. Dio la vuelta con demasiado impulso y cayó de la máquina. La Honda siguió vacilante.

Larry corrió junto a ella.

–¿Estás bien? ¡Nadine! ¿Estás...?

---

La vio levantarse, temblorosa, mirándose las manos llenas de rasguños.

–Sí, estoy perfectamente. Soy una estúpida por no mirar por dónde voy. ¿Le ha pasado algo a la moto?

–No te preocupes por la condenada moto. Déjame ver tus manos.

Ella se las mostró. Larry sacó del bolsillo del pantalón un bote de plástico de Bactine y se las roció con el desinfectante.

–Estás temblando –observó Nadine.

–No tiene importancia –contestó Larry con involuntaria brusquedad –. Escucha, tal vez será mejor que sigamos con las bicicletas. Esto es peligroso...

–Y también el suspirar –repuso ella –. Creo que Joe deberá ir contigo, al menos al principio.

–No querrá...

–A mí me parece que sí –dijo mirándole a los ojos –. Y tú piensas lo mismo, ¿verdad?

–Bien, dejémoslo por esta noche. Está demasiado oscuro y se ve mal.

–Sólo otra vez. Creo haber leído en alguna parte que si tu caballo te tira debes volver a montarlo de inmediato.

Joe apareció comiendo moras que llevaba en un casco de motorista. Había encontrado varias zarzas silvestres detrás de la tienda y se dedicó a coger su fruto mientras Nadine recibía la primera clase de motorismo.

–Creo que así es –contestó Larry sin más argumentos –. Pero controla el camino que sigues, por favor.

–Sí, señor. Así lo haré, señor.

Nadine hizo el saludo militar y sonrió. Tenía una lenta y hermosa sonrisa que le iluminaba el rostro. Larry sonrió a su vez, no podía hacer otra cosa. Cuando Nadine sonreía, hasta Joe le devolvía la sonrisa.

En esta ocasión recorrió por dos veces la parcela y salió luego a la carretera tomando una curva demasiado cerrada, que hizo temblar a Larry. Pero Nadine bajó el pie como él le había enseñado, siguió colina arriba y desapareció de la vista. La vio cambiar con cuidado a segunda, y oyó cuando lo hizo a tercera mientras quedaba oculta detrás de la primera ondulación. Luego el ruido de motor comenzó a alejarse y pronto se convirtió en un ronroneo que se fue apagando. Larry siguió allí en pie, inquieto, sacudiéndose con aire ausente algún que otro mosquito.

Joe apareció de nuevo con toda la boca azul.

–No ahii porr-qüe –dijo y sonrió.

Larry logró forzar a su vez otra sonrisa. Si Nadine no volvía pronto, iría en su busca. Le atormentaba la idea de encontrarla tirada en la cuneta con el cuello roto.

Se dirigía ya hacia la otra moto, preguntándose si llevar o no a Joe con él, cuando volvió a oírse el sordo ronroneo que fue en aumento hasta convertirse en el ruido del motor de la Honda resonando uniforme en cuarta. Se tranquilizó un poco. Pero comprendió con tristeza que nunca sería capaz de tranquilizarse del todo mientras Nadine montara aquella cosa.

La mujer reapareció, esta vez con el faro del ciclomotor encendido, y se detuvo al lado de él.

–Bastante bien, ¿verdad?

Paró la máquina.

–Ya me disponía a ir en tu busca. Pensé que habías tenido un accidente.

–Bueno, algo parecido. –Nadine, al ver que se quedaba rígido, se apresuró a añadir: –Giré demasiado despacio y olvidé darle al embrague. Me paré.

–¡Ah! Por esta noche ya es suficiente.

–Sí –admitió ella –. Me duele la rabadilla.

Aquella noche Larry se encontraba tumbado entre sus mantas, preguntándose si Nadine iría a él cuando Joe se durmiese o si sería él quien debiera ir. La deseaba. Al final, se quedó dormido.

Soñó que se encontraba perdido en un maizal. Pero se escuchaba música de guitarra. Joe tocando la guitarra. Si encontraba a Joe todo iría bien. Así que siguió el sonido atravesando las hileras de cañas, hasta alcanzar un mísero calvero. Allí se alzaba una casa pequeña, en realidad un cobertizo, cuyo porche lo aguantaban unos viejos y herrumbrosos postes. No era Joe quien tocaba la guitarra. ¿Cómo podría hacerlo? Joe le sujetaba la mano izquierda y Nadine la derecha. Iban con él. La vieja era quien la tocaba, una especie de espiritual con ritmo de jazz que hacía sonreír a Joe. La vieja era negra y estaba sentada en el porche. Larry se dijo que era la mujer más vieja que había visto en su vida. Pero había algo en ella que le hacía sentirse bien... de la misma manera que su madre le hacía sentirse bien cuando de repente lo abrazaba y le decía: «Aquí tenemos al preferido; éste será siempre el preferido de Alice Underwood.»

La vieja dejó de tocar y les miró.

*Vaya, vaya, tengo compañía. Vení acá, vení acá que puea veros mis ohos ya no son lo que eran.*

Así que se acercaron, cogidos los tres de la mano. Joe, al pasar, dio un empujoncito a un columpio que era un viejo neumático. La sombra en forma de buñuelo del neumático iba y venía sobre el herboso suelo. Se encontraban en un pequeño calvero, una isla en un mar de maíz. Un polvoriento camino se prolongaba en dirección norte hacia un punto indeterminado.

*¿Quieres sacar swing de esta vieja caja mía?, preguntó a Joe.*

El chico se adelantó anhelante y cogió la vieja guitarra de sus nudosas manos. Empezó a tocar la melodía que escucharon mientras atravesaban el campo de maíz; pero la interpretaba mejor y con más viveza.

*Dios lo bendiga, toca bien. Yo soy mu vieja. Ahora ya no puedo hace que mis dedos vayan tan aprisa. Tengo ruma. Pero en mil noveciento dos toqué en el County Hall. Fui la primera negra que tocó allí. La muy primera.*

Nadine le preguntó quién era. Se encontraban en una especie de lugar infinito donde el sol parecía inmóvil, y la sombra del columpio que Joe puso en movimiento seguía yendo de atrás adelante a través del herboso patio. Larry deseaba quedarse allí para siempre, él y su familia. Aquél era un *buen lugar*. Allí jamás le alcanzaría el hombre sin rostro y tampoco a Nadine ni a Joe.

*Madre Abigail es como ellos me llaman. Me hago cuenta de que soy la mujer más vieja al este de Nebraska y todavía hago mis bollos. Venir a verme tan pronto como podáis. Hemos de irnos antes de que nos gane por la mano.*

Una nube cubrió el sol. El arco del columpio fue disminuyendo hasta detenerse. Joe dejó de tocar y Larry sintió que se le erizaba el vello de la nuca. La vieja pareció no darse cuenta.

*¿Quién nos puede ganar por la mano?*, preguntó Nadine.

Larry deseó poder hablar, gritar a Nadine que recogiera la pregunta antes de que les hiciera daño.

*Ese hombre negro. Ese servidor del demonio. Tenemos las Rocosas entre él y nosotros, alabado sea Dios, pero no lo detendrán. Ése es el motivo de que tengamos que cerrar filas. En Colorado, Dios se me apareció durante un sueño y me mostró dónde. Pero hemos de ser rápidos, todo lo rápidos que podamos. Así que habéis venido a verme. Hay otros que también vienen.*

No, dijo Nadine con voz fría y temerosa. *Nosotros vamos a Vermont. Eso es todo. Sólo a Vermont... un viaje corto.*

*Vuestro viaje será más largo que el nuestro si no lucháis contra su poder*, replicó la vieja en el sueño de Larry. Miraba a Nadine con una gran tristeza. *Ese que tienes ahí puede ser un buen hombre, mujer. Quiere hacer algo de sí mismo. ¿Por qué no le ayudas en lugar de utilizarlo?*

*¡No! ¡Nos vamos a Vermont!*

La vieja miró con lástima a Nadine. *A donde iréis será directamente al infierno si no andas con cuidado, hija de Eva. Y cuando lleguéis allí, encontraréis que ese infierno es frío.*

Llegado a aquel punto se rompió el sueño, partiéndose en grietas de oscuridad que lo engulleron. Pero en aquella oscuridad algo le acechaba. Era frío e inmisericorde y pronto vería la mueca de sus dientes.

Se despertó antes de que eso ocurriera. Hacía media hora que apuntaba el alba, y el mundo estaba sumergido en una niebla, densa y blanca que desaparecería tan pronto el sol subiera algo más. En aquel momento, la tienda de motos parecía un extraño mascarón de proa construido con cenizas volcánicas en lugar de madera.

Alguien había cerca de él. Y comprobó que no era precisamente Nadine quien había acudido a su lado, sino Joe. El muchacho se encontraba tumbado allí con el pulgar metido en la boca, temblando en sueños, como presa de su propia pesadilla. Larry se preguntó si los sueños de Joe serían diferentes de los suyos propios. Y volvió a tumbarse, con la mirada perdida en la blanca niebla y pensando en ello hasta que los otros dos se despertaron una hora después.

Cuando terminaron de desayunar y colocar sus cosas en las motos, la bruma se había despejado lo suficiente para permitirles viajar. Tal como predijo Nadine, Joe no se mostró reacio a subirse en la moto de Larry. Por el contrario, lo hizo antes de que se lo hubieran dicho siquiera.

---

–Despacio –recomendó Larry por cuarta vez –. No vayamos con prisas, pues podríamos tener un accidente.

–Estupendo –dijo Nadine –. Me siento muy excitada. Es como ir en busca de algo.

Le sonrió pero esta vez Larry no le devolvió la sonrisa. Rita Blakemoore había dicho algo muy parecido cuando salían de Nueva York. Dos días antes de morir.

Se detuvieron a almorzar en Epsom. Comieron jamón frito de una lata y bebieron refresco de naranja debajo del árbol donde Larry había dormido cuando Joe permaneció en pie junto a él con aquel cuchillo. Larry se sintió aliviado al descubrir que viajar en las motos no era tan malo como en principio supuso. En general podían hacer un tiempo bastante bueno e incluso cuando atravesaban los pueblos bastaba con circular junto a las aceras como si fueran caminando. Nadine se mostraba muy atenta a la conducción, reducía la velocidad al tomar las curvas y ni en plena carretera apremiaba a Larry para que acelerase por encima de la velocidad promedio de cincuenta kilómetros por hora que había marcado. Larry se dijo que, de no intervenir el mal tiempo, podrían estar en Stovington para el día 19.

Se detuvieron para cenar al oeste de Concord, donde Nadine dijo que ahorrarían tiempo en la ruta Lauder y Goldsmith, yendo directamente hacia el noroeste por el atajo de la I-89.

–Habrá un montón de coches abandonados –objetó Larry dubitativo.

–Podemos ir sorteándolos –respondió Nadine confiada – y utilizar la senda de los camiones grúa cuando nos veamos obligados a hacerlo. Lo peor que puede ocurrir es que tengamos que retroceder para salir y tomar una carretera secundaria.

Lo intentaron durante dos horas después de la cena; y desde luego se encontraron con un bloqueo. A poco de dejar atrás Warner, hallaron volcado un coche con caravana. El conductor y su mujer, muertos desde hacía semanas, yacían como sacos de grano en los asientos delanteros de su Electra.

Mediante los esfuerzos de los tres lograron levantar las motos y pasarlas a través del enganche del coche con la caravana. Una vez lo hubieron logrado, se sintieron demasiado agotados para proseguir. Aquella noche Larry no se preguntó si iría o no junto a Nadine, la cual había extendido sus mantas a unos tres metros de las suyas, con el muchacho entre ambos. Aquella noche estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que dormir.

Al día siguiente por la tarde llegaron a un bloqueo que les fue imposible atravesar. Había volcado un camión tráiler y detrás se habían estrellado media docena de coches. Por fortuna, sólo habían recorrido dos millas desde la salida de Enfield. Regresaron, enfilaron la rampa de salida y luego, como se sentían demasiado fatigados, hicieron un alto en el parque del pueblo de Enfield.

–¿A qué te dedicabas, Nadine? –le preguntó Larry.

Había estado pensado en la expresión de sus ojos al ver que Joe por fin hablaba. El muchacho había incorporado a su vocabulario «Larry, Nadine, gracias» y «Voii cuurto ban-no». Había basado en eso sus especulaciones.

–¿Eras maestra?

Nadine lo miró sorprendida.

–Has acertado.

–¿Niños pequeños?

–Exacto. Primero y segundo curso.

Ello explicaba en cierto modo su decisión de no abandonar a Joe. El muchacho había sufrido una regresión hasta un nivel de siete años.

–¿Qué te indujo a suponerlo?

–Hace mucho tiempo salí con una logopeda de Long Island –explicó Larry –. Sé que parece el principio de uno de esos retorcidos chistes de Nueva York, pero es la verdad. Trabajaba para los colegios de Ocean View. En los primeros cursos. Niños con dificultades de habla, paladar bífido, labio leporino, sordos. Solía decir que, corrigiendo los defectos de habla de los niños, se les mostraba un camino alternativo de captar los sonidos exactos. Muéstraselo, di la palabra. Muéstraselo, di la palabra. Una y otra vez hasta que algo en la cabeza del niño hacía clic. Y cuando hablaba sobre ese clic, tenía la misma expresión que tú cuando Joe dijo: «No hay de qué.»

–¿De veras? –sonrió con cierta tristeza –. Quería a aquellos pequeños. Algunos sufrían de anomalías; pero a esa edad ninguno está perdido del todo. Los pequeños son los únicos seres humanos buenos.

–Una idea bastante romántica, ¿no?

Nadine se encogió de hombros.

–Los niños son buenos y, si te dedicas a trabajar con ellos, tienes que acabar siendo romántica. Lo cual no es tan malo. ¿Acaso tu amiga logopeda no era feliz con su trabajo?

–Sí, le gustaba –contestó Larry –. ¿Estuviste casada? ¿Antes?

Allí estaba otra vez esa palabra sencilla y omnipresente: *antes*. Eran sólo dos sílabas; pero parecían imprescindibles.

–¿Casada? No, nunca he estado casada. –Parecía de nuevo nerviosa –. Soy la típica maestra solterona; más joven de lo que parezco pero más vieja de lo que me siento. Treinta y siete.

Larry le miró el pelo, y Nadine asintió como si hubiera hablado en voz alta:

–Es prematuro –dijo con sencillez –. Mi abuela tenía el pelo completamente blanco a los cuarenta. Yo creo que el mío resistirá al menos cinco años más.

–¿Dónde enseñabas?

–En un colegio particular de Pittsfield. Muy selecto. Con los muros cubiertos de hiedra, el equipo de juegos más moderno. La flota de automóviles estaba formada por dos Thunderbird, tres Mercedes Benz, un par de Lincoln y un Chrysler Imperial.

–Debes de haber sido muy buena.

–Sí, creo que lo era –repuso con candidez –. Ahora ya poco importa.

Larry la rodeó con un brazo, y ella se puso rígida. Tenía la mano y el hombro calientes.

–Preferiría que no lo hicieras –dijo incómoda.

–¿No quieres que lo haga?

–No, no quiero.

Larry, confundido, apartó el brazo. La cuestión era que Nadine sí quería que lo hiciera. La sentía excitarse en suaves y perceptibles oleadas. Ahora ya tenía la cara arrebolada y se miraba las manos que tenía nerviosamente entrelazadas sobre el regazo.

–Nadine...

*(¿eres tú, cariño?)*

Nadine levantó los ojos y Larry vio que estaba a punto de prorrumpir en llanto. Se disponía a decirle algo cuando Joe se acercó arrastrando el estuche de la guitarra. Lo miraron con expresión culpable, como si los hubiera sorprendido haciendo algo más que hablar.

–Señora –dijo Joe como quien no quiere la cosa.

–¿Qué? –preguntó Larry sobresaltado y sin comprenderlo muy bien.

–¡Señora! –repitió Joe al tiempo que señalaba con el pulgar por encima del hombro.

Larry y Nadine se miraron.

De repente se oyó una cuarta voz aguda y estrangulada por la emoción, tan sobrecogedora como la voz de Dios.

–¡Gracias sean dadas al cielo! ¡Ah! Gracias sean dadas al cielo.

Se pusieron en pie y se quedaron mirando a la mujer que ya estaba cruzando la calle en dirección a ellos. Sonreía y lloraba a un tiempo.

–Estoy muy contenta –exclamó –. Me alegra tanto verles, gracias a Dios...

Se tambaleó y tal vez se hubiera desmayado de no haber sido por Larry que la sostuvo hasta que le pasó el mareo. Tendría unos veinticinco años. Vestía téjanos y una sencilla blusa blanca de algodón. Su rostro estaba pálido y en sus ojos azules había una extraña mirada fija. Los tenía clavados en Larry como intentando convencerse de que no se trataba de una alucinación, que aquellas tres personas que veía se encontraban en realidad allí.

–Soy Larry Underwood –dijo él –. Esta señora es Nadine Cross. Y el muchacho es Joe. Nos alegra mucho haberla encontrado.

---

La mujer siguió mirándolo sin decir palabra. Luego se acercó lentamente a Nadine.

–Estoy tan contenta... –empezó a decir – tan contenta de haberles encontrado. – Se tambaleó ligeramente –. ¡Dios mío! ¿Son personas de verdad? –Sí –respondió Nadine –. Lo somos.

La mujer la abrazó sollozando. Nadine la estrechó a su vez con fuerza. Joe seguía en pie, en la calle, junto a una furgoneta volcada, sosteniendo el estuche de la guitarra y el pulgar metido en la boca. Finalmente se acercó a Larry y se quedó mirándolo. Larry le cogió la mano. Los dos permanecieron allí contemplando con expresión solemne a las mujeres. Y así fue como conocieron a Lucy Swann.

Cuando le dijeron adonde se dirigían, se mostró ansiosa por acompañarles. Sobre todo al añadir que tenían motivos para creer que allí se encontraban al menos otras dos personas y era posible que más. Larry halló en el Enfield Sporting Goods una mochila adecuada para ella y Nadine la acompañó hasta su casa, en los alrededores de la ciudad, para ayudarle a hacer el equipaje: dos trajes, algo de ropa interior, otro par de zapatos y un impermeable. Y fotografías de su marido y de su hija, muertos.

Aquella noche acamparon en un pueblo llamado Quechee, ya fuera de la línea divisoria estatal, y en Vermont. La historia que les contó Lucy Swann fue breve y sencilla; no muy distinta de las otras que oírían. Revelaba el dolor y la conmoción que la llevaron al borde de la locura.

Su marido había caído enfermo el 24 de junio y su hija al día siguiente. Los cuidó lo mejor que pudo, temiendo ser ella la próxima en contraer estertores, como habían dado en llamar a la enfermedad en aquel rincón de Nueva Inglaterra. El día 27, cuando su marido cayó en coma, Enfield se encontraba prácticamente aislado del mundo. La televisión se recibía sólo alguna que otra vez y de una manera extraña. Las personas morían como moscas. Habían visto movimientos de tropas alrededor de la barrera del peaje, pero nadie se preocupó por un lugar tan pequeño como Enfield, en New Hampshire. Su marido murió en las primeras horas de la mañana del 28 de junio. Su hija pareció mejorar lentamente hasta el 29; pero al atardecer de ese día empezó a empeorar. Murió alrededor de las once de la noche. Para el 3 de julio todo el mundo había muerto salvo ella y un viejo llamado Bill Ladds, el cual, si bien estuvo enfermo, aparentaba haberse recuperado por completo, según explicó Lucy. No obstante, en la mañana del día de la Independencia, lo encontró muerto en Main Street, hinchado y negro como todos los demás.

Se encontraban sentados alrededor de un fuego crepitante.

–De manera que enterré a mis seres queridos y también a Bill –dijo Lucy –. Necesité todo un día, pero logré dejarlos para que descansaran. Y entonces pensé que lo mejor sería que me fuera a Concord donde viven mis padres. Sólo que nunca llegué a hacerlo. –Los miró suplicante –. ¿He hecho mal? ¿Creéis que tal vez estaban vivos?

–No –contestó Larry –. La inmunidad no es hereditaria de forma directa. Mi madre... –Se quedó mirando al fuego.

–Wes y yo tuvimos que casarnos –explicó Lucy –. Fue durante el verano en que me gradué en secundaria... en 1984. Mis padres no querían que me casara con

él. Se empeñaban en que me fuera de casa para tener al bebé y que luego lo diera en adopción. Pero no quise. Mamá vaticinó que terminaría en divorcio. Papá insistía en que Wes era un inútil y que siempre lo sería. Yo me limité a contestarles: «Es posible. Pero ya veremos lo que pasa.» Quería probar suerte. ¿Comprendéis?

–Sí –respondió Nadine.

Estaba sentada junto a Lucy y la miraba con compasión.

–Teníamos una casa pequeña y bonita, y desde luego jamás pensé que íbamos a acabar así –comentó Lucy con un suspiro que era casi un sollozo –. Y formábamos una estupenda familia. Era Marcy, más que yo, quien tenía encandilado a Wes. Pensaba que el sol se levantaba y se ponía con esa niña. Pensaba...

–No sigas –le pidió Nadine –. Todo eso era antes. De nuevo esa palabra, se dijo Larry. Esa breve palabra de dos sílabas.

–Sí, ahora ya ha pasado. Y supongo que hubiera podido seguir adelante. En realidad lo hice hasta que empecé a tener pesadillas. Larry dio un respingo. – ¿Pesadillas?

Nadine miraba a Joe. Un momento antes el muchacho había estado moviendo afirmativamente la cabeza delante del fuego. Ahora contemplaba a Lucy con ojos brillantes.

–Malos sueños, pesadillas –dijo Lucy –. No son siempre las mismas. Por lo general, me persigue un hombre al que no logro verle la cara porque va envuelto en una... ¿cómo le llamáis vosotros? En una capa. Y siempre está en las sombras, en los callejones. –Se estremeció –. Llegué a tal punto que tenía miedo de dormirme. Pero ahora tal vez podré...

–¡Hombre nejrroo! –exclamó Joe de repente y todos se sobresaltaron. Se levantó y alargó los brazos como una reproducción en miniatura de Bela Lugosi con los dedos engarfiados como garras. – ¡Hombre nejrroo! ¡Sueños malos! ¡Perrsigue! ¡Persigue a mii!

Se encogió apretándose contra Nadine y mirando con temor las sombras.

Se hizo un breve silencio.

–Es una locura –sentenció Larry, y luego calló. Todos lo miraron. De repente, las sombras parecieron mucho más oscuras, y Lucy se mostró de nuevo atemorizada.

Larry hizo un esfuerzo para seguir hablando. – ¿Alguna vez has soñado sobre... bueno, con un lugar en Nebraska, Lucy?

–Una vez tuve un sueño en el que aparecía una vieja y negra –respondió ella; – pero no duró mucho. Dijo algo así como «Vienes a verme». Luego de nuevo me encontré en Enfield y aquel... aquel tipo horrible me perseguía. Entonces me desperté.

Larry se quedó tanto tiempo mirándola que al final se ruborizó y bajó los ojos. Entonces Larry miró a Joe.

---

–¿Alguna vez sueñas con... con un maizal, Joe? ¿Una vieja? ¿Una guitarra?

Joe se limitó a mirarlo por encima de los brazos de Nadine, que seguían rodeándole.

–Déjalo en paz. Vas a trastornarlo más todavía –rogó Nadine; pero era ella quien parecía trastornada. Larry reflexionó.

–¿Con una casa, Joe? ¿Una casa pequeña con un porche sostenido con vigas?

Creyó ver un destello en los ojos de Joe. – ¡Ya está bien, Larry! –se impacientó Nadine. – ¿Y un columpio, Joe? ¿Un columpio hecho con un neumático?

Joe se apartó bruscamente de los brazos de Nadine y se sacó el pulgar de la boca.

–¡El columpio! –exclamó Joe exultante. – ¡El columpio! –Se alejó de todos y señaló primero a Nadine y luego a Larry -. ¡Ella! ¡Tú! ¡Muchos!

–¿Muchos? –preguntó Larry.

Pero Joe había vuelto a su estado habitual.

Lucy Swann parecía estupefacta.

–El columpio –dijo -. Yo también recuerdo eso. –Miró a Larry -. ¿Por qué todos tenemos los mismos sueños? ¿Está alguien manejando un rayo sobre nosotros?

–No lo sé. –Dirigió la mirada a Nadine -. ¿También los has tenido tú?

–Yo no sueño –declaró ella tajante y de inmediato bajó la mirada.

Estás mintiendo, pensó Larry, pero ¿por qué?

–Nadine, si tú...

–¡Te he dicho que yo no sueño! –gritó Nadine casi histérica -. ¿Es que no puedes dejarme en paz? ¿Tienes que atormentarme?

Se puso en pie y se alejó de la hoguera casi corriendo.

Lucy la siguió con la vista por un momento, dubitativa. Luego se levantó.

–Iré con ella.

–Sí, es preferible. Quédate conmigo, Joe. ¿De acuerdo?

–... uerdo –contestó Joe, y se dispuso a abrir el estuche de la guitarra.

Diez minutos después, Lucy regresaba con Nadine. Las dos habían estado llorando, según pudo ver Larry, pero parecían haber recuperado el dominio de sí.

–Lo siento –se disculpó Nadine ante Larry -. Siempre estoy inquieta y me comporto de forma extraña.

–No te preocupes.

El tema no volvió a plantearse. Permanecieron allí escuchando el repertorio de Joe. Ya empezaba a ser muy bueno y junto con los sonidos ululantes y los gruñidos se escuchaban fragmentos de palabras.

Por fin se durmieron. Larry en un extremo, Nadine en el otro y entre ambos Joe y Lucy.

Larry soñó con el hombre negro en aquel lugar alto, y luego con la vieja negra sentada en su porche. Sólo que en ese sueño supo que el hombre negro estaba llegando a grandes zancadas a través del maizal, agitando su sábana retorcida entre las altas cañas y acercándose cada vez más a ellos.

Larry se despertó en plena noche, sin aliento, el pecho oprimido por el terror. Los demás dormían como lirones. De alguna forma, con ese sueño lo había sabido. El hombre negro no llegaba con las manos vacías. En los brazos traía a modo de ofrenda el cuerpo putrefacto de Rita Blackemoore, ahora ya rígido e hinchado, con la carne arrancada a jirones por las alimañas. Una acusación muda para ser arrojada a sus pies, para desvelar su culpabilidad ante los demás, para proclamar en silencio que no era un tipo bueno, que le faltaba algo, que era un perdedor, un aprovechado.

Por último volvió a dormirse y despertó a las siete de la mañana siguiente, entumecido, helado, hambriento y con ganas de orinar. No había tenido sueños.

—¡Dios mío! —exclamó Nadine desolada. La miró, y vio una decepción demasiado profunda para llorar siquiera. Tenía el rostro pálido y, en sus extraordinarios ojos, había una expresión sombría y embotada.

Eran las siete y cuarto del 19 de julio. Las sombras empezaban a alargarse. Habían viajado durante todo el día, con períodos de descanso de sólo cinco minutos y el rato que dedicaron al almuerzo. Lo habían tomado en Randolph media hora antes. Ninguno de ellos se quejó en ningún momento; aunque al cabo de seis horas de estar sobre una moto Larry sentía el cuerpo entumecido, dolorido y acribillado por las agujetas.

En aquel momento se encontraban todos juntos, en hilera, delante de una verja de hierro forjado. Debajo y detrás de ellos se extendía al pueblo de Stovington, muy semejante a como Stu Redman lo vio durante su último par de días en aquella institución. Al otro lado de la verja y más allá de un césped que un día estuvo sin duda bien cuidado pero que ahora se encontraba reseco y cubierto de palitroques y hojas arrancadas durante las tormentas, se alzaba la propia institución.

Tenía tres pisos; pero Larry supuso que habría más plantas subterráneas.

Aquel lugar estaba desierto y silencioso.

En el centro había un letrero:

CENTRO DE CONTROL DE EPIDEMIAS DE STOVINGTON  
*INSTITUCIÓN GUBERNAMENTAL*  
LOS VISITANTES HABRÁN DE PRESENTARSE  
EN LA OFICINA CENTRAL.

Junto a él había otro letrero, y ése era precisamente el que estaban leyendo:

CARRETERA 7 A RUTLAND  
CARRETERA 4 A SCHUYLERVILLE  
CARRETERA 29 HACIA I-87  
SUR I-87 HACIA I-90  
I-90 OESTE

AQUÍ ESTÁN TODOS MUERTOS

NOS DIRIGIMOS HACIA

EL OESTE DE NEBRASKA

SEGUIMOS NUESTRA RUTA

ATENCIÓN A LOS SERIALES

HAROLD EMERY LANDER

FRANCES GOLDSMITH

STUART REDMAN

GLENDON PEQUOD BATEMAN

8 DE JULIO DE 1990

–Harold, amigo mío –musitó Larry –. Estoy deseando estrecharte la mano e invitarte a una cerveza... o a un Payday.

–¡Larry! –gritó Lucy con voz aguda.

45

A las once menos veinte de la mañana del 11 de julio salió vacilante al porche llevando su café y su tostada, como hacía todos los días que el termómetro coca-cola, colgado en el exterior de la ventana que había sobre el fregadero, subía a más de cincuenta grados. El verano batía su marca, el más hermoso verano que Abigail podía recordar desde 1955, el año en que murió su madre, a la bendita edad de noventa y tres años. Lo malo era que no había bastante gente por allí para disfrutarlo, se dijo mientras tomaba asiento en su mecedora sin brazos. Pero ¿acaso disfrutaban? Algunos sí, desde luego. Los jóvenes enamorados sí lo disfrutaban, y también los ancianos cuyos huesos recordaban muy bien las garras mortales del invierno. Ahora ya habían muerto la mayoría de jóvenes y ancianos y la mayoría de edad mediana. Dios había condenado a un duro castigo a la raza humana...

Algunos pondrían en tela de juicio una pena tan dura; pero la madre Abigail no se encontraba entre ellos. Una vez Él lo hizo con agua y en un momento dado lo haría con fuego. No le tocaba a ella juzgar a Dios, aunque habría preferido que Él no hubiera considerado oportuno poner aquel cáliz ante sus labios. Pero en lo referente a sentencias estaba satisfecha con la respuesta que Dios había

dado a Moisés junto a la zarza ardiente, cuando éste se permitió dudar. «Pero si me preguntan el nombre del *Dios* de nuestros padres, ¿qué puedo responderles?» Y Dios salió de detrás de aquel arbusto sin que el fuego le hubiese afectado: YO SOY EL QUE SOY. En otras palabras: Moisés, deja de andarte por las ramas de esta zarza y mueve tu viejo trasero.

Emitió una risita temblorosa al tiempo que asentía con la cabeza. Introdujo la tostada en la taza de café hasta que se hubo reblandecido para poder masticarla. Hacía dieciséis años que había dicho adiós a su último diente. Desdentada había llegado del vientre de su madre y desdentada iría a la tumba. Molly, su biznieta, y su marido le habían regalado una dentadura postiza por el día de la Madre, exactamente un año antes, aquel en que cumplió noventa y tres; pero le hacía daño en las encías, y sólo se la ponía cuando Molly y Jim iban a visitarla. Entonces la sacaba de la caja guardada en el cajón, la limpiaba bien y se la ponía. Solía hacer muecas ante el espejo picado de la cocina y gruñir a través de aquellos grandes y relucientes dientes falsos, riendo hasta desternillarse.

Estaba vieja y débil, pero la cabeza le funcionaba bastante bien. Su nombre era Abigail Freemantle, y había nacido en 1882. Tenía el certificado de nacimiento para demostrarlo. Había visto lo indecible en su larga estancia en la tierra, pero nada parecido a lo ocurrido durante el último mes. No, jamás había pasado nada semejante y ahora, le estaba llegando la hora de convertirse en parte de ello. Lo aborrecía. Era vieja. Quería descansar y disfrutar del ciclo de las estaciones, mientras Dios no se cansara de verla hacer su ronda diaria y decidiera llevarla a morar en la Gloria. Pero ¿qué ocurría cuando interrogabas a Dios? La única respuesta que recibías era YO SOY EL QUE SOY. Cuando su propio Hijo le rogó que apartara de sus labios el cáliz, Dios ni siquiera respondió. Y ella no era de esa madera, ni por asomo. Tan sólo una pecadora corriente, eso era ella; y por la noche, cuando el viento soplabla a través de los maizales, la aterrizzaba pensar que Dios hubiera mirado a aquella chiquitina que aparecía entre las piernas de su madre allá a principios de 1882 y se hubiera dicho a sí misma: «Tengo que mantenerla en activo una buena temporada. Tiene trabajo en 1990, al otro lado de un montón de hojas del calendario.»

Sus días allí, en Hemingford Home, estaban llegando a su fin, y tenía ante sí su temporada final de trabajo en el Oeste, cerca de las montañas Rocosas. Él había enviado a Moisés a ascender montañas y a Noé a construir barcas. Él había visto a su Hijo clavado en una cruz. ¿Qué podía importarle el terrible miedo que sentía Abby Freemantle ante el hombre sin cara, aquel que invadía sus sueños?

Jamás lo había visto, no tenía que verlo. Era una sombra que pasaba al mediodía a través de los maizales, una fría bolsa de aire, un cuervo cruel que te acechaba desde los postes telefónicos. La voz del hombre la llamaba con todos los sonidos que más temor le habían inspirado... En voz baja era la naria del «reloj de la muerte»<sup>2</sup> debajo de las escaleras, anunciando que pronto morirá alguien amado. Con voz estentórea eran los truenos crepusculares retumbando entre las nubes que se precipitaban desde el oeste semejantes a un furioso Armagedón. Y a veces no se oía ruido alguno, sólo el solitario susurro del viento nocturno agitando el maíz. Pero ella sabía que estaba allí, y eso era lo peor, porque entonces el hombre sin rostro parecía apenas un poco inferior al propio Dios. En aquellos momentos tenía la sensación de hallarse a muy escasa distancia del ángel oscuro que voló en silencio sobre Egipto matando a los recién nacidos en las casas cuyas puertas no estuvieran marcadas con sangre. Aquello era lo que más la aterraba. El miedo la hacía volver a ser niña, y supo que mientras otros lo conocían y estaban atemorizados por él, sólo a ella se le había concedido una clara visión de su terrible poder.

---

<sup>2</sup> Especie de insectos cuya picadura produce la muerte.

–¡Ay de mí! –exclamó. Y se metió en la boca el último trozo de tostada.

Se balanceaba en su mecedora mientras bebía el café. El día era claro y hermoso y no le dolía en especial ninguna parte del cuerpo. Ofreció una breve oración de gracias por lo que había recibido. Dios es grande, Dios es bueno. Cualquier niño, por pequeño que fuera, podía aprender esas palabras, que acompañaban al mundo entero, y todo lo que contenía, bueno y perverso.

–Dios es grande –dijo madre Abigail –. Dios es bueno. Os doy gracias por la luz del sol. Por el café. Por la deposición que hice anoche. Tenías razón, esos dátiles hicieron el efecto deseado; Dios mío, me saben malísimos. Dios es grande...

Dejó la taza de café y se meció, con la cara vuelta hacia el sol, semejante a una extraña roca viviente surcada por venas de carbón. Dormitó; luego, se durmió. Su corazón, cuyas paredes eran ya casi tan delgadas como papel de seda, seguía latiendo como llevaba haciéndolo durante los últimos 39.630 días. Igual que con un bebé en la cuna, había que poner la mano sobre su pecho para asegurarse de que respiraba.

Pero la sonrisa permanecía.

Desde luego las cosas habían cambiado durante todos los años transcurridos desde que ella era una muchacha. Los Freemantle habían llegado de Nebraska como esclavos libres. Molly, la biznieta de Abigail, se reía de forma cínica y desagradable, sugiriendo que el dinero que el padre de Abby había invertido para comprar la casa, dinero que le pagaba Sam Freemantle, de Lewis, Carolina del Sur, por los salarios ganados durante los ocho años que su padre y sus hermanos trabajaron una vez la guerra civil hubo terminado, había sido «dinero de conciencia». Abigail se había mordido la lengua cuando Molly dijo aquello. Molly, Jim y todos los demás eran jóvenes, y para ellos sólo había lo absolutamente bueno y lo absolutamente malo. Para sus adentros, hizo girar los ojos preguntándose: ¿Dinero de conciencia? Bien, ¿hay algún dinero más limpio que éste?

De manera que los Freemantle se instalaron en Hemingford Home. Abby, la última de sus hermanos nació precisamente allí, en ese mismo lugar. Su padre se había adelantado a quienes no querían comprar a los negros y a quienes no querían venderles. Había ido adquiriendo tierra, una parcela cada vez, para no alarmar a los que se preocupaban por «esos bastardos negros que llegan de Columbus». Fue el primero en Polk County en intentar la rotación de cultivos, el primero en utilizar los fertilizantes químicos. Y, en marzo de 1902, Gary Sites se presentó en la casa para decir a John Freemantle que había sido elegido por votación para pertenecer a la Asociación de Granjeros. Fue el primer negro de todo el estado de Nebraska que perteneció a la Asociación de Granjeros. Todo un acontecimiento. Pensaba que quien mirara atrás podría elegir a lo largo de su vida un año y afirmar: «Este fue el mejor.» Al parecer, siempre había para cualquiera, épocas en las que todo salía a pedir de boca, épocas tranquilas, gloriosas y desbordantes de maravillas. Sólo mucho después cabía preguntarse por qué sucedía de aquel modo. Era como mezclar diez ingredientes que asimilaban un poco del sabor de los otros. Los champiñones sabían a jamón, y éste a champiñones. El venado tenía un ligerísimo sabor silvestre a perdiz, y la perdiz un leve regusto a pepino. A lo largo de la vida es posible que se desee que aquellas cosas buenas que cayeron todas juntas en ese año especial, se hubieran repartido un poco, haber tenido la posibilidad de coger alguna de esas cosas doradas y trasplantarla a aquel período de tres años del que no se puede recordar nada bueno. Ni malo siquiera. Y entonces se sabía que las cosas habían ocurrido así, como se supone que tuvieron lugar en el mundo que Dios creó y que Adán y Eva destruyeron a

---

medias. Se hizo la colada, se fregaron los suelos, se cuidó de los bebés, fueron remendadas las ropas... Tres años en los que nada rompió el tranquilo y gris paso del tiempo, salvo Pascua Florida, Acción de Gracias, el Cuatro de Julio y Navidad. Pero nadie es capaz de decir qué caminos sigue Dios para hacer sus maravillas y, tanto para Abby Freemantle como para su padre, el año dos fue el mejor.

Abby pensaba que era la única en la familia, aparte de su padre, que comprendía la gran cosa, casi sin precedentes, de que se le hubiera invitado a pertenecer a la Asociación de Granjeros. Sería el primer negro de Nebraska con esa distinción, y, casi con seguridad, el primer negro de todo Estados Unidos. Sabía muy bien el precio que habrían de pagar él y su familia en forma de chistes groseros y epítetos raciales por parte de aquellos hombres que, con Ben Conveigh a la cabeza, eran contrarios a esa idea. Pero también se dio cuenta de que Gary Sites le estaba ofreciendo algo más que una oportunidad de supervivencia. Gary le brindaba la ocasión de prosperar con el resto de los que pertenecían al cinturón del maíz.

Como miembro de la Asociación de Granjeros, vería resuelto su problema para la adquisición de semilla buena. Y no tendría necesidad de llevar sus cosechas a Omaha para encontrar comprador. También sería posible que se pusiera fin a la reyerta por los derechos del agua que había mantenido con Ben Conveigh, a quien las cuestiones sobre negros como John Freemantle o sus defensores como Gary Sites volvían loco furioso. Podría incluso significar que el recaudador de impuestos del condado suspendiera su continuo acoso. De manera que John Freemantle aceptó la invitación. La votación siguió adelante, y además con un cómodo margen. Claro que hubo imprecaciones y chistes desagradables de cómo se había capturado a un mapache en el almacén de la Asociación de Granjeros y también que cuando uno de sus bebés iba al cielo y recibía sus alitas negras, se le llamaba murciélago en lugar de ángel. Ben Conveigh fue diciendo por todas partes que la única razón de que en la asociación hubieran votado el ingreso de John Freemantle era porque estaba cerca de la feria de los niños y precisaban que un negro hiciera el papel de orangután. John Freemantle fingía no oír nada de aquello, y en casa solía citar la Biblia: «Una respuesta mansa acaba con la ira» y «Hermanos, cosecharéis lo que habéis sembrado». Y su favorita, que no decía con humildad sino con esperanza inflexible: «Los mansos heredarán la tierra.»

Poco a poco fue atrayendo a sus vecinos en derredor. No a todos ellos, pues no había que pensar en los fanáticos rabiosos como Ben Conveigh y su medio hermano George, como tampoco en los Arnold y los Deacons. Pero sí a todos los demás. En 1903 habían comido con Gary Sites y su familia en la propia sala comedor, como si fueran blancos.

En 1902, Abigail había tocado la guitarra en el local de la asociación, y no durante un acto religioso sino en el acto de presentación de talentos que celebraban los blancos al terminar el año. Su madre se había mostrado contraria a ello. Fue una de las pocas veces a lo largo de su vida en que manifestó delante de los hijos su oposición a una idea de su marido. Sólo que para entonces los muchachos se acercaban ya a la mediana edad y el propio John había acumulado bastantes canas en su cabeza.

—Ya sé cómo ha sido —dijo lloriqueando—. Tú y Sites y ese Frank Fenner lo arreglasteis todo. Eso está muy bien por parte de ellos, John Freemantle, pero tú ¿qué tienes en la cabeza? ¡Ellos son blancos! Te reúnes con ellos en el patio de atrás y habláis de la siembra. Incluso puedes ir a tomar con ellos una cerveza, eso si Nate Jackson te deja entrar en su local. ¡Estupendo! Sé bien por todo lo que has pasado durante estos años. Sé que has seguido sonriendo cuando estabas destrozado.

¡Pero esto es diferente! ¡Se trata de tu propia hija! ¿Qué dirás si llega allí con su bonito traje blanco y se ríen de ella? ¿Qué harás si le tiran tomates como hicieron con Brick Sullivan cuando intentó cantar en el espectáculo *minstrel*?<sup>3</sup> ¿Y qué vas a decir? si viene a ti con todo su vestido sucio de tomates y te pregunta « ¿Por qué, papá? ¿Por qué lo han hecho y por qué *dejaste* que lo hicieran?»

–Muy bien, Rebecca –le había contestado John –. Supongo que lo mejor será que lo decidan ella y David.

David había sido su primer marido. En 1902, Abigail Freemantle se había convertido en Abigail Trotts.

Trotts era un bracero negro que recorría casi cuarenta kilómetros para cortejarla. En cierta ocasión, John Freemantle le dijo a Rebecca que al viejo David le había cogido fuerte y que había estado «trotando» un rato. Fueron muchos los que se habían reído de su primer marido, diciendo cosas como «Creo que sé quién lleva los pantalones en *esa* familia».

Pero David no fue un ser débil, tan sólo callado y reflexivo. Cuando dijo a John y Rebecca Freemantle: «Si Abigail cree que está bien, supongo que es lo que habrá que hacer, caramba», ella le había bendecido mil veces y respondió a sus padres que pensaba seguir adelante.

Así que el 27 de diciembre de 1902, encinta ya de tres meses de su primer hijo, subió al escenario del local de la asociación en medio del silencio mortal que se hizo cuando el maestro de ceremonias pronunció su nombre. Antes de ella había actuado Gretchen Tilyons bailando una picante danza francesa, enseñando a placer los tobillos y las enaguas entre los broncos silbidos, vítores y pateos de los hombres de la audiencia.

Permaneció en pie en medio del silencio, sabedora de lo negros que debían resultar su cara y su cuello en contraste con su nuevo traje blanco. El corazón le brincaba en el pecho. Pensaba: He olvidado todas las palabras, hasta la última. Prometí a papá que no lloraría, pasara lo que pasase. Y no lloraré. Pero Ben Conveigh está ahí y cuando Ben Conveigh chille NIGGER supongo que me echaré a llorar. ¿Por qué me metí en esto? Mamá tenía razón. Me he salido de mi sitio y tendré que pagarlo...

El salón estaba lleno de caras blancas que la miraban. Todos los asientos se hallaban ocupados, y al fondo había dos hileras de gente de pie. Las lámparas de petróleo centelleaban y oscilaban. Retiraron el telón de terciopelo rojo y lo sujetaron con cordones dorados.

Entonces pensó: Soy Abigail Freemantle Trotts, toco bien y canto bien. Y eso no me lo ha dado nadie.

De manera que empezó a cantar *The Old Rugged Cross* en medio del silencio, pulsando las cuerdas con delicadeza. Luego, subiendo de tono, interpretó una melodía más vigorosa, la de *How I Love My Jesús*. Y siguió con otra más fuerte *Camp Meeting in Georgia*. Ahora la gente se balanceaba siguiendo el compás, casi contra su voluntad. Algunos sonreían y se daban palmadas en las rodillas.

Cantó un popurrí de canciones de la guerra civil: *When Johnny Comes Marching Home*, *Marching Through Georgia* y *Goober Peanuts*. Con esta última aumentaron las sonrisas. Muchos de

<sup>3</sup> Cantantes cómicos que se tiznan la cara e imitan a los negros. (N. de los T.)

aquellos hombres, veteranos del ejército habían comido poco más que «cacahuets» (*peanuts*) durante la guerra. Terminó con *Tenting Tonight on the Old Campground*. Al extinguirse el último acorde en un silencio que ya era melancólico y triste, Abigail se dijo: Ahora ya podéis arrojar vuestros tomates o lo que queráis. Venga, hacedlo. He tocado y he cantado lo mejor que sé y ha estado muy bien.

Cuando se apagó la última nota, el silencio se prolongó durante un instante, como si se hubiera producido un encantamiento y tanto los que se hallaban sentados como quienes estaban de pie al fondo del salón hubieran sido llevados muy lejos y no encontraran el camino de regreso. De súbito, estallaron los aplausos, que fueron aumentando semejantes a una ola, largos y constantes. Abigail se sonrojó y se sintió confusa, ardiente y temblorosa. Vio a su madre llorando abiertamente y a su padre y David mirándola con expresión radiante.

Intentó abandonar el escenario, pero se oían numerosos gritos de « ¡Otra! ¡Otra!», así que, sonriente, empezó a tocar *Digging My Potatoes*. Aquella canción era algo atrevida, pero Abby pensó que si Gretchen Tilyons podía enseñar en público los tobillos, ella también podía cantar una canción un poquitín indecente. Al fin y al cabo era una mujer casada.

*Alguien ha estado plantando patatas.*

*Las ha dejado en mi recipiente.*

*Ahora ese alguien se ha ido,*

*y mira en qué lío me he metido.*

Había seis estrofas más como aquélla, algunas incluso peores, y con el último verso de cada una aumentaban las exclamaciones de aprobación. Más adelante se diría que, si algo había hecho mal aquella noche, fue introducir aquella canción, que era exactamente el tipo de canción que esperaban oír cantar a una negra.

Terminó con otra ovación y nuevos gritos de « ¡Otra!».

Subió de nuevo al escenario.

–Muchas gracias –dijo una vez el público se hubo calmado –. Voy a interpretar una canción que jamás hubiese esperado cantar aquí. Pero es la mejor que conozco, teniendo en cuenta lo que el presidente Lincoln y este país hicieron por mí y por los míos.

Todos permanecían quietos y escuchando con atención. Su familia estaba sentada cerca del pasillo de la izquierda, semejante a una mancha de mermelada de zarzamora sobre un pañuelo blanco.

–A causa de lo ocurrido por aquel entonces, en plena guerra civil –prosiguió con voz firme –, mi familia pudo venir aquí y vivir con estos estupendos vecinos.

A renglón seguido tocó y cantó *Spangled Banner*. Todo el mundo se puso en pie y escuchó. Algunos pañuelos volvieron a salir. Cuando terminó, aplaudieron a rabiar.

Aquél fue el día más maravilloso de su vida.

Despertó pasado el mediodía. Se sentó, parpadeando a la luz del sol. Una mujer anciana de ciento ocho años. Había dormido en mala postura, y sintió dolor de espalda. Lo tendría durante todo el día, de eso no le cabía duda.

–Pobre de mí –se lamentó.

Se puso en pie con cuidado y empezó a bajar los escalones del porche sujetándose a la desvencijada barandilla, haciendo muecas a causa del dolor de espalda y las agujetas de las piernas. Su circulación no era la de antes; ¿cómo habría de serlo? Una y otra vez se había puesto en guardia sobre las consecuencias de quedarse dormida en aquella mecedora. Solía dormitar y entonces retornaban los viejos tiempos, lo cual era maravilloso, vaya si lo era, mejor que ver una comedia en televisión. Pero lo pagaba caro al despertar. Podía sermonearse a sí misma cuanto quisiera; era como un perro viejo que se tumba delante de la chimenea. Ella se sentaba al sol, se quedaba dormida y eso era todo.

Al llegar al final de los escalones se detuvo para recuperar el aliento. Luego logró arrancar una condenada flema y la escupió al polvo. Cuando se sintió mejor, salvo por el dolor de la espalda, caminó despacio hacia el excusado que su nieto Víctor había construido detrás de la casa en 1931. Entró, cerró la puerta, y cegó la mirilla, como si fuera hubiera mirones, y se sentó. Un instante después empezó a orinar y suspiró satisfecha. Ésa era otra cosa que te pasaba cuando llegabas a vieja y sobre la que nadie te advertía. ¿O sería acaso que una nunca escuchaba? Dejabas de darte cuenta de cuándo tenías que orinar. Parecía como si hubieras dejado de percibir sensaciones en la vejiga y, si no andabas con cuidado, te lo hacías encima. Y no era de las que les gustaba ir sucias. De manera que acudía allí para ponerse en cuclillas seis o siete veces al día, y por la noche ponía la bacinilla junto a la cama. En una ocasión el Jim de Molly le había dicho que era como un perro que no podía pasar junto a un árbol sin levantar la pata. Aquello le hizo reír hasta saltársele las lágrimas. El Jim de Molly era un ejecutivo publicitario de Chicago con un gran porvenir... Bueno, lo había sido. Suponía que habría muerto con todos los demás. Molly también. Benditos sean, estarían ya en el cielo.

El año anterior, Molly y Jim fueron casi los únicos que acudieron allí a verla. El resto de la familia parecía haberse olvidado de ella; pero lo comprendía. Había vivido más tiempo del que le correspondía. Era una especie de dinosaurio, un ser cuyo verdadero lugar estaba en un museo o una tumba. Entendía que no quisieran ir a verla a *ella*; pero le costaba entender que no quisiesen volver para ver la *tierra*. La verdad era que ya no quedaba mucha. Sólo unas hectáreas de la enorme propiedad original. Pero a la gente negra ya no parecía importarle demasiado la tierra. En realidad, se sentían avergonzados de ella. Se habían ido para abrirse camino en las ciudades, y la mayoría de ellos, como Jim, había triunfado... ¡Pero a ella se le partía el corazón al pensar en todos aquellos negros que habían repudiado la tierra!

Hacía dos años, Molly y Jim habían querido ponerle un retrete con sifón, y no les agradó que ella rechazara la idea. Intentó explicarlo; pero Molly sólo sabía repetir: «Tienes ciento seis años, madre Abigail. ¿Cómo crees que me sentiré sabiendo que vas ahí a ponerte en cuclillas los días en que la temperatura baja? ¿Acaso no sabes lo que el frío puede hacer a tu corazón?»

–Cuando el Señor me quiera, el Señor me llevará –había contestado Abigail. Y como estaba haciendo calceta pensaron que miraba la labor y no pudieron darse cuenta de la expresión de sus ojos.

Había algunas cosas de las que uno podía privarse. Al parecer eso era algo que tampoco sabían los jóvenes. Pues bien, allá por el año ochenta y dos, Cathy y David le habían ofrecido un televisor y ella les tomó la palabra. El televisor es una máquina maravillosa para pasar el tiempo cuando uno está solo. Pero cuando Christopher y Susy fueron a verla y quisieron instalarle agua corriente, lo rechazó igual que hizo con el amable ofrecimiento de Molly y Jim de un retrete con sifón. Alegaron que su pozo era poco profundo y que corría el peligro de secarse con otro verano como el de 1988, cuando hubo aquella sequía. Era verdad, pero ella siguió diciendo que no. Naturalmente, pensaron que estaba lela, que estaba acumulando una capa tras otra de senilidad de la misma manera que un suelo las recibe de barniz. Pero ella estaba convencida de que la cabeza le funcionaba como siempre.

Se levantó del asiento del excusado, echó un poco de cal por el agujero y salió de nuevo a la luz del sol. Mantenía su excusado limpio, pero era un lugar apestoso y viejo por mucho que lo limpiara. Parecía que Dios le hubiera estado susurrando el oído cuando Chris y Susy le ofrecieron instalarle agua corriente. Y también estuvo presente cuando, mucho antes, Molly y Jim quisieron instalarle aquel trono chino con el sifón a un lado. Dios *sí* hablaba a las personas. ¿Acaso no había hablado Él con Noé en lo atinente al arca, diciéndole cuántos palmos de longitud, y cuántos de profundidad y cuántos de ancho? Sí. Y ella creía que Él también le había hablado, no desde una zarza ardiente o de una columna de fuego sino con una voz leve que dijo: *Vas a necesitar tu bomba de mano, Abby. Disfruta cuanto quieras con tu electricidad, pero conserva llenas tus lámparas de petróleo y mantén las mechas bien recortadas. Conserva tu fresquera igual que la conservó tu madre. Y cuídate de no dejar que ningún joven te convenza de algo que tú sabes va contra mi voluntad. Ellos son tus descendientes, pero yo soy tu Padre.*

Se detuvo en medio del patio contemplando aquel mar de maíz, interrumpido sólo por la polvorienta carretera que se dirigía al norte, hacia Duncan y Columbus. A unos cuatro o cinco kilómetros de su casa estaba asfaltada. Ese año el maíz iba a ser muy hermoso y era una lástima que no hubiera nadie para cosecharlo. Era triste que en septiembre las grandes cosechadoras rojas permanecieran inmóviles en sus cobertizos. Y muy triste pensar que no habría reuniones de vecinos para desgranar el maíz, ni bailes en el granero. Tristísimo pensar que, por primera vez en los últimos ciento ocho años, ella no estaría allí, en Hemingford Home, para ver el momento del cambio cuando el verano daba paso al pagano otoño. Amaría aquel verano de un modo especial, porque iba a ser el último para ella... Y no la enterrarían allí para su descanso, sino mucho más lejos, hacia el oeste, en una tierra extraña. Era amargo.

Se acercó arrastrando los pies al columpio del neumático y lo puso en movimiento. Era un viejo neumático de tractor que su hermano Lucas había colocado en 1922. Desde entonces la cuerda había sido cambiada infinidad de veces, pero no así el neumático. Ahora tenía muchas grietas, y en el borde interior había una profunda depresión donde se sentaron generaciones de posaderas juveniles. Debajo del neumático había una polvorienta depresión en la tierra donde hacía ya tiempo que la hierba había renunciado a crecer, y de la rama a la que estaba atada la cuerda había desaparecido la corteza desvelando el corazón blanco. La cuerda crujió y esta vez Abigail habló en voz alta.

—Por favor, Señor. A menos que haya de ser así, aparta de mí ese cáliz, si es que puedes. Soy vieja y estoy asustada y quisiera descansar aquí mismo, en mi hogar. Estoy dispuesta a partir ahora mismo si así lo quieres. Se hará tu voluntad, Señor, pero Abby es una mujer negra, vieja y cansada. Se hará tu voluntad, Señor.

No se escuchaba sonido alguno salvo el crujir de la cuerda contra la rama y los cuervos en el maíz. Abigail descansó su vieja y arrugada frente sobre la rugosa corteza del viejo manzano que su padre había plantado hacía mucho tiempo, y lloró amargamente.

Aquella noche soñó con que de nuevo subía los escalones del escenario del local de la Asociación de Granjeros, una Abigail joven y bonita, encinta de tres meses, una atezada joya etíope con su vestido blanco y la guitarra colgándole del cuello, subiendo en medio de aquella quietud, en su cabeza una zarabanda de pensamientos, de los cuales uno destacaba: Soy Abigail Freemantle Trotts y toco bien y canto bien. Y eso no me lo ha dado nadie.

En su sueño, se volvía despacio hasta enfrentarse a aquellas caras blancas que miraban, semejantes a lunas, contemplando el iluminado salón, con sus lámparas y el suave centelleo devuelto por las ventanas oscurecidas, ligeramente empañadas, y los cortinajes de terciopelo rojo con sus cordones dorados.

Se aferró a una idea y empezó a tocar *Rock of Ages*.

Tocaba y su voz se elevó; no estaba nerviosa o contenida, sino igual a cuando había estado practicando, generosa y suave, como la propia luz amarilla de la lámpara y se dijo: Voy a conquistarlos. Con la ayuda de Dios voy a conquistarlos a todos ellos. ¡Ah, pueblo mío! Si estás sediento, ¿no sacaré para ti agua de la roca? Los conquistaré a todos y haré que David se sienta orgulloso de mí y que papá y mamá estén orgullosos de mí. Lograré sentirme orgullosa de mí misma. Sacaré música del aire y agua de la roca...

Y entonces fue cuando lo vio por primera vez. Estaba en pie al fondo, en un rincón, detrás de los asientos, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vestía téjanos y una chaqueta con botones en los bolsillos. Calzaba unas polvorientas botas negras, con los tacones desgastados, unas botas que daban la impresión de haber recorrido muchos kilómetros. Su frente era blanca como la luz de gas, las mejillas de un rojo bullicioso, sus ojos semejaban esquirlas centelleantes de diamante azul, brillando con infernal alegría como si el trago de Lucifer hubiera tomado a su cargo el trabajo de Kris Kringle. Una mueca burlona contraía sus labios descubriendo los dientes y dando la impresión de que gruñía. Los dientes eran blancos, afilados y limpios como los de una comadreja.

Alzó las manos, con los puños apretados con fuerza, tan duros como los nudos de un manzano. Mantenía su mueca divertida y odiosa. De aquellos puños empezaron a caer gotas de sangre.

Las palabras se atascaron en su mente. Sus dedos olvidaron cómo tocar. Hubo un desacorde final y luego se hizo el silencio.

*¡Dios mío!*, pensó. *¡Dios mío!* Pero Dios había apartado su rostro.

Y entonces Ben Conveigh se puso en pie, con la cara roja y abotagada, centelleando sus ojillos porcinos.

« ¡Zorra negra! –gritó–. ¿Qué está haciendo esa zorra negra en nuestro escenario? ¡Ninguna zorra negra ha sacado música del aire! ¡Ninguna zorra negra ha sacado jamás agua de la roca!»

Se escucharon gritos de asentimiento. La gente avanzaba hacia ella. Vio a su marido levantarse e intentar subir al escenario. Recibió un puñetazo en la boca que lo derribó de espaldas.

« ¡Llevad a estos puercos mapaches al fondo del salón!», aullaba Bill Arnold. Alguien empujó a Rebecca Freemantle contra la pared. Chet Deacon la envolvió con el telón de terciopelo rojo y la ató con el cordón rojo, y chilló hasta desgañitarse: « ¡Mirad esto! ¡Una mapache vestida! ¡Una mapache vestida!»

Otros se precipitaron y empezaron a golpear y zarandear a la mujer que forcejeaba debajo de la cortina de terciopelo.

« ¡Mamá!», gritó Abby.

Le arrancaron la guitarra y la estrellaron contra el borde del escenario.

Buscó con mirada espantada al hombre oscuro en el fondo del salón, pero él ya había puesto su máquina en marcha y funcionaba a todo gas. Se había ido a algún otro lugar.

« ¡Mamá!», volvió a gritar. Entonces, unas manos brutales la sacaron del escenario, manoseándola y pellizcándole el trasero por debajo de su vestido. Alguien tiró violentamente de su mano, descoyuntándole la muñeca. Se la pusieron contra algo duro y ardiente. Escuchó la voz de Ben Conveigh en su oído.

« ¿Qué te parece mi *Rock of Ages*, furcia negra?» La habitación giraba como un torbellino. Vio a su padre luchando por llegar junto al cuerpo inerte de su madre y vio aparecer una mano blanca sujetando una botella por detrás de un asiento plegable. Se oyó un golpe y un chasquido y luego el dentado cuello de la botella, lanzando destellos bajo la cálida luz de todas aquellas lámparas, impulsado hacia la cara de su padre. Vio la mirada fija en aquellos ojos saltones.

Chilló, y la fuerza de su grito pareció hacer estallar la habitación, sumiéndola en la oscuridad. Y allí estaba de nuevo madre Abigail con sus ciento ocho años, demasiado vieja, Señor, demasiado vieja; pero hágase Tu voluntad. Y estaba caminando entre el maíz, el maíz místico de raíces superficiales, pero que abarcaba grandes extensiones, perdida entre aquel maíz que era plateado a la luz de la luna y negro con las sombras. Oía la nocturna brisa estival susurrando suavemente a través de él; percibía su aroma vivo, siempre creciente a lo largo de su larguísima vida. Muchas veces había pensado que el maíz era la planta más próxima a toda vida; y su olor, el olor de la propia vida, el comienzo de la vida. ¡Ah!, se había casado y había enterrado a tres maridos, David Trotts, Henry Hardesty y Nate Brooks. Había tenido tres hombres en el fecho. Los recibió como toda mujer debe recibir a un hombre, abriéndoles camino, y luego siempre hubo el anhelante placer, el pensamiento: Oh, Dios mío, cómo me gusta el sexo con mi hombre y cómo me gusta que a él le guste conmigo. Y a veces, en el instante de su clímax solía pensar en el maíz, en el suave maíz de raíces poco profundas aunque muy extendidas; pensaba en la carne y luego en el maíz. Cuando todo había terminado y su marido yacía junto a ella, el olor del sexo permanecía en la habitación, el olor al semen que el hombre había plantado en ella, el olor a los jugos que ella había segregado para allanarle el camino, y era un olor como el del maíz en su panocha, suave y dulce, un olor celestial.

Sin embargo estaba asustada, avergonzada de su intimidad con la tierra, el verano y las cosas que crecen, porque no se hallaba sola. *El* estaba allí con ella, dos hileras a la derecha o a la izquierda; dos pasos atrás o delante. El hombre oscuro se encontraba allí, hundiendo sus botas polvorientas en la carne de la tierra y desperdigándola en terrones, riendo en la noche semejante a un fanal.

Entonces habló, por primera vez habló en voz alta, y a la luz de la luna pudo ver su sombra, alta, encorvada y grotesca, situándose en la misma hilera por la que ella caminaba. Su voz era igual a la del viento nocturno que gime a través de los viejos y descarnados tallos de maíz en octubre,

---

exactamente igual a la matraca de esos mismos viejos tallos de maíz, blancos y estériles, cuando parecen hablar de su fin. Era una voz suave. Era la voz de la predestinación.

Decía: «Tengo tu sangre en mis puños, vieja madre. Si rezas a Dios, pídele que te lleve antes de que oigas siquiera mis pies subiendo tus escalones. No fuiste tú quien sacó música del aire, no fuiste tú quien sacó agua de la roca, y tu sangre está en mis puños.»

Y entonces despertó, una hora antes del alba, y por un momento creyó que se había hecho pis. Pero sólo era sudor, denso como el rocío de mayo. Unos fuertes temblores sacudían su delgado cuerpo y toda ella clamaba por un tranquilo descanso.

Dios mío, pensó, aparta de mí este cáliz.

No hubo respuesta de su Dios. Sólo se escuchaba la brisa que, con las primeras luces del amanecer, zarandeaba los cristales de las ventanas, flojos y traqueteantes, necesitados de masilla fresca. Finalmente se levantó y atizó el fuego en su vieja estufa de leña. Luego puso a calentar el café.

Había mucho que hacer durante los próximos días, porque iba a tener compañía. Con sueños o sin ellos, cansada o no, nunca había desdeñado la compañía y no tenía intención de desdeñarla ahora. Pero tenía que hacerlo todo muy despacio o empezaría a olvidar cosas, pues se había vuelto muy olvidadiza. O a ponerlas mal. Y llegaría un momento en que acabaría buscándose su propia cola.

Lo primero que tenía que hacer era ir al gallinero de Addie Richardson. Y no estaba ahí, a la vuelta de la esquina, sino a cinco o seis kilómetros por lo menos. Se preguntó si el Señor le enviaría un águila que se los hiciera recorrer volando. O a Elías con su carro de fuego para que la llevara.

–Blasfemia –se dijo –. El Señor da fortaleza, no taxis. Una vez hubo limpiado sus escasos platos, se puso los zapatos fuertes de caminar y cogió su bastón. Rara vez lo utilizaba; pero quizá ese día le hiciera falta. Seis kilómetros de ida y seis de regreso. A los dieciséis años los hubiera hecho corriendo, pero esos dieciséis habían quedado muy atrás.

Se puso en marcha a las ocho de la mañana con la esperanza de llegar al mediodía a la granja Richardson y echar una siesta durante el rato de más calor del día. A última hora de la tarde mataría sus gallinas y luego volvería a casa con el anochecer. No llegaría hasta después de que hubiera oscurecido. Eso le hizo pensar en su sueño de la noche anterior, pero aquel hombre todavía estaba muy lejos. En cambio sus invitados se hallaban mucho más cerca.

Caminaba muy despacio, más aún de lo que creía conveniente, porque incluso a las ocho y media de la mañana el sol brillaba orondo y con fuerza. No sudaba mucho, ya que no tenía suficiente carne sobre los huesos para sacarle sudor; pero cuando llegó junto al buzón de los Goodell, hubo de descansar un poco. Se sentó a la sombra de su árbol de la pimienta y comió un trozo de pan de higos. No se veía rastro alguno de águila o taxi. La idea le hizo emitir una risita cascada. Se levantó, se sacudió las migas de la falda y reanudó su camino. Nada, ni un solo taxi. El Señor ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. Como quiera que fuese, podía oír cómo le crujían las articulaciones. Esa noche sería un auténtico concierto.

A medida que avanzaba iba encorvándose sobre su bastón, aunque las muñecas le producían un verdadero martirio. Arrastraba por el polvo sus zapatones con cordones amarillos de cuero. El sol caía sobre ella implacable, y su sombra se iba haciendo cada vez más pequeña. Aquella mañana vio más animales salvajes de los que había visto en los últimos cincuenta años. Zorros, mapaches, puercoespines, martas. Los cuervos trazaban círculos en el cielo, graznando y chillando. Si ella hubiera andado por allí y escuchado a Stu Redman y Glen Bateman discutiendo la caprichosa manera en que la supergripe había atacado a algunos animales dejando en paz a otros, se habría partido de risa. Atacó a los animales domésticos y se libraron los salvajes, así de sencillo. También habían sobrevivido algunas especies de animales domésticos; pero, por regla general, la epidemia acabó con el hombre y con sus mejores amigos. Se llevó a los perros y dejó a los lobos, porque éstos eran salvajes.

Sintió un intenso dolor, una especie de descarga eléctrica en las caderas, en las corvas, en los tobillos, en las muñecas. Caminaba y hablaba con su Dios; unas veces en silencio, otras en voz alta, sin notar la diferencia. Y se encontró de nuevo pensando en su propio pasado. De acuerdo, 1902 había sido el mejor año. A partir de entonces pareció como si el tiempo transcurriera con mayor rapidez, pasando sin pausa una y otra vez las hojas de un voluminoso calendario. La vida de una persona pasa tan deprisa... ¿Cómo es posible entonces que un cuerpo se canse tanto de vivirla?

Había tenido cinco hijos con Davy Trotts, de los cuales, Maybelle había muerto asfixiada por un trozo de manzana en el patio trasero de la Old Place. Abby se hallaba tendiendo la ropa y, al volverse, vio a la niña, caída de espaldas, con las manos agarrándose la garganta y poniéndose morada. Consiguió al fin sacarle el trozo de manzana; pero para entonces la pequeña Maybelle se había quedado inerte. Fue la única niña que tuvo, y también la única de sus muchos hijos que murió a causa de un accidente.

Se sentó a la sombra de un olmo, junto a la cerca de los Naugler. Vio cómo, a doscientos metros, el polvo daba paso al asfalto en la carretera... Ése era el punto en que Freemantle Road se convertía en Polk County Road. El intenso calor reblandecía el asfalto y en el horizonte parecía mercurio, brillando como agua en una ensoñación. En un día caluroso siempre se podía ver ese mercurio hasta donde alcanzaba la vista; pero nunca se llegaba del todo hasta él. Al menos ella jamás lo había logrado.

David había muerto en 1913 de una gripe no muy diferente de la que ahora había acabado con tanta gente. En 1916, cumplidos ya los treinta y cuatro, Abby se casó con Henry Hardesty, un granjero negro de Wheeler County, allá en el Norte. Había acudido a cortejarla de manera especial. Henry era viudo con siete hijos, cinco de los cuales eran ya mayores y habían seguido su propio camino. Tenía siete años más que Abigail. Le dio dos hijos antes de que su tractor volcara y lo matase a finales del verano de 1925.

Un año después se casó con Nate Brooks y la gente había murmurado... ¡Ah, sí, la gente murmura! ¡Cómo le gusta murmurar a la gente! A veces parecía que era lo único que sabían hacer. Nate había sido jornalero de Henry Hardesty, y fue un buen marido. Tal vez no tan cariñoso como David y desde luego no tan tenaz como Henry; pero sí un buen hombre que siempre hacía lo que ella le decía. Cuando una mujer empieza a entrar un poco en años, es una tranquilidad saber quién lleva la vara alta.

Sus seis hijos le habían dado una cosecha de treinta y dos nietos, los cuales habían traído al mundo noventa y un biznietos, que ella supiera; y en la época de la supergripe tenía ya tres tataranietos.

---

Hubieran sido más de no existir las píldoras que ahora tomaban las jóvenes para no tener hijos. Para ellas la sexualidad parecía sólo otro campo de juego en el que practicar. A Abigail le daban lástima con sus modernas formas de vida pero nunca habló de ello. A Dios correspondía juzgar si pecaban o no tomando aquellas píldoras, no a ese cabeza hueca de Roma... Madre Abigail había sido toda su vida metodista y se sentía muy orgullosa de no tener nada que ver con aquellos aborregados católicos. Pero ella sabía bien lo que se estaban perdiendo: el éxtasis que sientes cuando te encuentras al borde del Valle de la Sombra, la maravillosa sensación que se experimenta cuando te das a tu hombre y a tu Dios, cuando dices tu voluntad sea hecha y Tu voluntad sea hecha, el éxtasis final del sexo ante la mirada del Señor, cuando un hombre y una mujer reviven el viejo pecado de Adán y Eva, aunque ya purificado y santificado con la Sangre del Cordero.

Pobre de mí...

Le apetecía un sorbo de agua, deseaba estar en casa en su mecedora, quería que la dejaran en paz. Ahora ya podía ver el sol brillando sobre el tejado del gallinero, delante de ella, a su izquierda. Poco más de un kilómetro. Eran las diez y cuarto y no lo había hecho tan mal para ser tan vieja. Entraría y dormiría hasta la tarde. No había mal en ello. Al menos no a su edad. Avanzó arrastrando los pies a lo largo del montículo con sus pesados zapatos cubiertos ya por el polvo de la carretera.

Bueno, había tenido un montón de familiares para bendecirla en su vejez, y eso ya era algo. Algunos, como Linda y ese mamarracho de vendedor con el que se había casado, nunca iban a verla; pero estaban los buenos como Molly y Joe y David y Cathy, suficientes para compensarla por un millón como Linda y el mamarracho de su vendedor, que iba de puerta en puerta vendiendo cacharros para cocinar sin agua. El último de sus hermanos, Luke, había muerto en 1949 a la edad de ochenta y algo; y el último de sus propios hijos, Samuel, en 1974, a los cincuenta y cuatro años. Había sobrevivido a todos sus hijos. Eso no era natural; pero parecía como si el Señor tuviera planes especiales para ella.

En 1982, al cumplir los cien años, su foto apareció en el periódico de Omaha y habían enviado a un reportero de televisión para que hiciera un documental sobre ella. «¿A qué atribuye el haber llegado a tan avanzada edad?», le había preguntado el joven, y pareció decepcionado ante su lacónica respuesta: «A Dios.» Querían oírle decir que tomaba jalea real, o que no probaba el cerdo frito, o cómo colocaba las piernas cuando dormía. Pero ella no hacía nada de eso. ¿Y por qué iba a mentir? Dios da la vida y Él te la quita cuando quiere.

Cathy y David le habían regalado un televisor para que pudiera verse en las noticias; y recibió una carta del presidente Reagan, que tampoco podía decirse que estuviera en la flor de la juventud, felicitándola por su «avanzada edad» y por el hecho de que hubiera votado siempre a los republicanos. Bueno..., ¿a quién otro podría votar? Roosevelt y los suyos eran todos comunistas. Y cuando hubo pasado el límite del siglo, el pueblo de Hemingford Home la había eximido del pago de sus impuestos «a perpetuidad» debido a esa misma edad avanzada por la que la felicitó Ronald Reagan. Le entregaron un documento certificando que era la persona más vieja de Nebraska, como si eso fuera algo que hubiera que poner de ejemplo a los niños para que crecieran tratando de emularlo. Sin embargo, lo de los impuestos había estado muy bien, aunque todo lo demás fuera pura memez. De no haber sido por ello, habría perdido el poco terreno que todavía conservaba. Como quiera que fuese, hacía tiempo que había perdido casi todo. Las propiedades de los Freemantle y el poder de la Asociación de Granjeros habían alcanzado su punto culminante en aquel mágico año de 1902, y a partir de entonces fue declinando irremisiblemente. Dos hectáreas era lo único que quedaba. El resto se lo llevaron los impuestos o hubo que venderlo a lo largo de los años... Y tenía que admitir, avergonzada, que la mayoría de las ventas las habían hecho sus propios hijos.

---

El año anterior le había enviado un papel una institución de Nueva York que decía llamarse American Geriatrics Society, en que le decían que era el sexto ser humano más viejo de Estados Unidos y la tercera mujer más vieja. El más viejo era un hombre de Santa Rosa, California: tenía ciento veintidós años. Pidió a Jim que enmarcara aquella carta y la colgó junto a la del presidente. Jim no lo había hecho hasta este febrero. Pensándolo bien, aquélla fue la última vez que vio a Molly y a Jim.

Había llegado a la granja Richardson. Exhausta, se apoyó un momento en la empalizada más próxima al granero, mirando anhelante hacia la casa. Dentro estaría fresco y agradable. Tenía la sensación de que podría dormir todo un año. Sin embargo antes había de hacer algo más. Con aquella enfermedad habían muerto muchos animales –caballos, perros, ratas– y quería averiguar si entre ellos estaban las gallinas. Sería una broma realmente pesada si descubriera que, después de haber hecho todo aquel camino, sólo iba a encontrar gallinas muertas.

Arrastrando los pies, se encaminó hacia el gallinero, que estaba adosado al granero, y se detuvo al oír el cacareo en el interior. Un instante después un gallo graznó irritado.

–Muy bien –musitó–. La cosa aún funciona.

Se volvía cuando vio un cuerpo caído sobre un montón de leña, con una mano sobre la cara. Era Bill Richardson, el cuñado de Addie. Los animales habían dado buena cuenta de él.

–Pobre hombre –exclamó Abigail–. Pobre hombre. Legiones de ángeles te cantan en tu reposo, Billy Richardson.

Se encaminó hacia la casa fresca y acogedora. Parecía encontrarse a kilómetros de distancia, aunque sólo estuviera al otro lado del patio. No estaba segura de poder llegar hasta allí. Se encontraba extenuada.

–Hágase la voluntad del Señor –dijo y apretó el paso.

El sol brillaba a través de la ventana del dormitorio de invitados, donde Abby se había tumbado, quedándose dormida tan pronto se hubo quitado los zapatos. Durante largo rato no consiguió comprender por qué la luz era tan brillante. Fue una sensación muy semejante a la de Larry Underwood al despertarse junto al muro de roca en New Hampshire.

Se sentó, con un agudo dolor en cada uno de sus entumecidos músculos y frágiles huesos.

–¡Dios Todopoderoso! Me he pasado durmiendo la tarde y toda la noche.

Muy cansada debía de estar para que le hubiera sucedido eso. Se hallaba tan derrengada que necesitó casi diez minutos para salir de la cama y bajar al salón para ir al cuarto de baño. Y otros diez para meter los pies en sus zapatos. Andar era pura agonía; pero sabía que, de no hacerlo, la rigidez perduraría para siempre. Cojeando y trastabillando se dirigió al gallinero y entró; se sobresaltó ante el calor agobiante, el olor a aves de corral y el inevitable hedor de la descomposición. El suministro de agua era automático, obtenida del pozo artesiano de los Richardson mediante una bomba; pero el pienso estaba casi agotado y muchas gallinas habían muerto por el calor. Las más débiles hacía tiempo que habían perecido de hambre, o picoteadas, y yacían en el suelo sucio de pienso y excrementos, semejantes a sucios montoncitos de una nieve que se derretía tristemente.

Las gallinas restantes huyeron a su llegada, con gran aleteo; pero las cluecas continuaron sentadas, con sus estúpidos ojos parpadeando al verla acercarse lenta y trabajosamente. Las gallinas podían morir de tantas enfermedades que había temido que la gripe se las hubiera llevado; sin embargo ésas parecían estar bien. Dios aprieta pero no ahoga.

Cogió tres de las más gordas y les metió la cabeza debajo del ala, con lo que se quedaron inmediatamente dormidas. Luego las introdujo en un saco al que no tuvo fuerzas para levantar; hubo de arrastrarlo por el suelo.

Las otras gallinas, desde sus altas perchas, observaban cautelosas a la vieja hasta que se marchó. Luego volvieron a su encarnizada disputa por el escaso pienso.

Ya eran cerca de las nueve de la mañana. Se sentó en el banco circular que rodeaba el roble que había en el patio de los Richardson, y se puso a pensar. Consideró que su intención original de volver a casa con el fresco del anochecer seguía siendo la mejor. Había perdido un día; pero la compañía que esperaba estaba todavía por llegar. Podía dedicar ese día a ocuparse de las gallinas y a descansar.

Empezaba a sentir más flexibles los músculos y debajo del esternón notaba una extraña sensación. Pasaron unos momentos antes de que se diera cuenta de lo que era: ¡tenía hambre! Aquella mañana tenía realmente hambre. ¡Alabado sea Dios! ¿Cuánto tiempo hacía que estaba comiendo sólo por la fuerza de la costumbre? Había sido como el fogonero de una locomotora echando carbón. Cuando se hubiera despedido de aquellas tres gallinas, iría a ver lo que Addie había dejado en su alacena y se daría un festín con lo que encontrara. Alabado sea Dios. ¿Lo ves?, se dijo. El Señor sabe lo que hace. Bendita seguridad, Abigail, bendita seguridad.

Resoplando, arrastró el saco hasta el matadero que se encontraba entre el granero y el cobertizo de la leña. Precisamente en la cara interior de la puerta del cobertizo encontró la Son House de Billy Richardson colgando de un par de escarpias, con la funda de caucho colocado cuidadosamente sobre la hoja. Lo cogió todo y volvió a salir.

–Señor –dijo en pie junto a su saco con sus zapatones polvorientos y mirando al cielo estival limpio de nubes –, me has dado la fuerza para caminar hasta aquí y creo que me darás también la fuerza para regresar. Tu profeta Isaías dice que si un hombre o una mujer cree en el Señor Dios de los Ejércitos, ascenderá con alas igual que las águilas. Yo no sé mucho de águilas, Señor, sólo que por lo general son aves perversas con una vista muy aguda; pero en este saco tengo tres gallinas para asar y me gustaría cortar su cabeza y no mi mano. Hágase tu voluntad. Amén.

Abrió el saco y atisbo en su interior. Una de las gallinas todavía seguía dormida con la cabeza debajo del ala. Las otras se mantenían apretadas una junto a la otra, sin moverse. Dentro del saco estaba oscuro y las muy tontas creían que era de noche. Sólo había alguien más estúpido que una gallina, y era un demócrata de Nueva York.

Abigail sacó una de las gallinas y la colocó sobre el tajo. Descargó el hacha con fuerza, respingando como siempre lo hacía ante el golpe mortal de la hoja clavándose en la madera. La gallina descabezada empezó a aletear por el patio de los Richardson lanzando salpicaduras de sangre por todas partes. Al cabo de un instante descubrió que estaba muerta y tuvo la decencia de quedar inerte en el suelo. Gallinas y demócratas de Nueva York. ¡Oh, Señor!

Una vez terminado el trabajo comprendió lo inútil de su preocupación: Dios había escuchado su plegaria. Tres buenas gallinas. Lo único que le quedaba por hacer era regresar con ellas a casa.

---

Volvió a meter las aves en el saco y luego colgó de nuevo el hacha Son House de Billy Richardson. A continuación, entró de nuevo en la casa para buscar comida.

Durmió la siesta durante las primeras horas de la tarde y soñó que sus visitantes ya estaban acercándose. Procedían del sur de York y llegaban en una vieja furgoneta de reparto. Eran seis, uno de ellos un muchacho sordomudo pero fuerte. Sería uno de aquellos con los que tendría que hablar. Se despertó alrededor de las tres y media, algo entumecida pero sintiéndose descansada y fresca. Las dos horas y media siguientes las pasó desplumando las gallinas. De cuando en cuando dejaba descansar sus doloridos dedos y luego, continuaba su tarea. Mientras trabajaba cantaba himnos *Seven Gates to the City (My Lord Allelu)*, *Trust and Obey* y su favorito *In the Garden*.

Cuando terminó con la última gallina, cada uno de sus dedos tenía jaqueca y la luz diurna empezó a adquirir ese matiz dorado y plácido que anunciaba la llegada del crepúsculo. Ya era finales de julio y los días se empezaban a acortar de nuevo.

Entró en la casa y tomó otro bocado. El pan estaba rancio aunque no enmohecido. En la cocina de Addie Richardson jamás se atrevería el moho a asomar su verde cara. Encontró un tarro medio lleno de mantequilla de cacahuete. Se preparó un emparedado e hizo otro que se guardó en el bolsillo para más tarde.

Salió de nuevo, recogió su saco y bajó con tiento los escalones del porche. Había desplumado a las gallinas con todo cuidado en otro saco pero algunas plumas habían escapado y revoloteaban sobre el seto de los Richardson que se estaba secando por falta de agua. Abigail suspiró hondo.

—De nuevo en marcha, Señor —dijo—. De camino hacia casa. Iré despacio, no creo que llegue allí hasta medianoche más o menos; pero el Libro dice que no hay que temer a la noche. Voy de camino para hacer Tu voluntad lo mejor que pueda. Camina conmigo, por favor. Por el amor de Jesús, amén.

Cuando llegó al punto donde terminaba el asfalto y la carretera volvía a ser de tierra, había oscurecido por completo. Los grillos cantaban y las ranas croaban en algún lugar húmedo, probablemente en el abrevadero de las vacas de Cal Goodell. Habría luna, una gran luna roja hasta que subiera bien alta en el cielo.

Se sentó para descansar y comer la mitad de su emparedado de mantequilla de cacahuete. Hubiera dado cualquier cosa por un poco de agradable jalea de grosella negra para disimular ese sabor tan pastoso; pero Addie guardaba sus conservas en el sótano y la escalera era demasiado larga. Tenía el saco junto a ella. Se sentía de nuevo dolorida, y le pareció haber perdido ya las fuerzas. Y aún le quedaban por delante cuatro kilómetros... Pero se sentía extrañamente jubilosa. ¿Cuánto tiempo hacía que no había estado fuera, bajo el manto de las estrellas? Brillaban lo mismo que siempre y, si tenía suerte, tal vez pudiera ver una estrella errante y tener un deseo. Una noche cálida como aquélla, las estrellas, la luna de verano asomando su rostro de amante por el horizonte... Todo ello le hacía recordar su juventud, con sus extraños arrebatos y sobresaltos, sus ardores, su esplendorosa vulnerabilidad mientras permanecía al borde del misterio. Sí, claro, un día había sido joven. Había quienes no podían creerlo, como tampoco que la gigantesca secoya había sido una vez un verde vástago. Pero había sido una joven y por aquellos tiempos los nocturnos temores infantiles se habían calmado algo. Y los miedos adultos que acudían durante la noche, cuando todo está en silencio y puedes oír la voz de tu alma eterna, esos miedos estaban todavía abajo, en el camino. En

ese breve período de tiempo la noche había sido un rompecabezas fragante, un momento en el que, mirando al cielo tachonado de estrellas y oyendo la brisa que llevaba olores tan embriagadores, te sentías cerca del palpito del universo, del amor y la vida. Parecía como si fueras a ser por siempre joven y que...

*Tu sangre está en mis puños.*

Su saco recibió de repente un tirón que la sobresaltó.

—¡Eh! —chilló con su voz cascada y amedrentada de vieja.

Agarró con fuerza el saco, que tenía un pequeño desgarrón en el fondo.

Se oyó un largo gruñido. Agazapada en la linde de la carretera, entre el reborde de grava y el maizal, se encontraba una gran comadreja marrón. La miraba moviendo los ojos en los que había destellos rojos por la luz de la luna que se reflejaba en ellos. A aquella comadreja se le unió otra... y otra... y una más.

Abigail miró hacia el otro lado de la carretera y las vio allí también, alineadas, con sus ojillos ruines y calculadores. Olían a las gallinas que tenía en el saco. ¿Cómo podían haberse reunido tantas en derredor suyo?, se preguntó con temor creciente.

En una ocasión le había mordido una comadreja. Metió el brazo por debajo del porche de la Big House para coger una pelota de goma que había caído y sintió aferrarse a su brazo como un montón de agujas. La inesperada malignidad de aquello, la agonía estallando en el sosegado orden, le hizo chillar tanto como el dolor real. Había sacado el brazo pero la comadreja seguía colgada de él, con la suave piel marrón salpicada con la sangre de Abigail, retorciendo el cuerpo como una serpiente. Ella continuó chillando y sacudiendo el brazo; pero la comadreja seguía allí como convertida en parte de ella.

Sus hermanos Micah y Matthew estaban en el patio, su padre en el porche hojeando un catálogo de ventas por correo. Todos llegaron corriendo y se quedaron paralizados al ver a Abigail, que entonces tenía doce años, corriendo por el calvero donde poco después se alzaría el granero, con la comadreja colgándole del brazo como una estola y moviendo las patas traseras en busca del apoyo en el aire. Tenía el traje, las piernas y los zapatos ensangrentados.

Su padre fue el primero en reaccionar. John Freemantle cogió un leño del montón que se hallaba junto al tajo y le gritó: « ¡Detente, Abby!» Su voz, que había sido la voz de mando indiscutible desde su infancia, cortó por lo sano la oleada de pánico que invadía su mente al ver que no podía hacer nada por librarse del animal. Su padre descargó el leño y Abigail sintió un dolor insoportable que le corrió hasta el hombro. Pensó que tenía el brazo roto. Luego, aquella cosa marrón que tanto sufrimiento y sorpresa le había causado, pues en el terrible acaloramiento de esos breves momentos ambos sentimientos resultaban inseparables, aquella cosa yacía en el suelo, con todo el pelaje manchado por la sangre de Abigail. Entonces Micah dio un salto, dejándose caer con los pies y se oyó un espantoso crujido final como el que te retumba en la cabeza cuando masticas caramelos duros. Si no había muerto antes, ya lo estaba definitivamente. Abigail no se había desmayado, pero tuvo un ataque de histeria y no dejaba de sollozar y de chillar.

Para entonces también se había reunido con ellos Richard, el hermano mayor, con el semblante pálido y asustado. Cambió con su padre una mirada insegura y aterrada.

–Nunca en mi vida he visto a una comadreja hacer algo semejante –dijo John Freemantle sujetando por los hombros a su hija, que seguía llorando –. Gracias a Dios tu madre estaba arriba, en el camino con los guisantes.

–Tal vez estuviera... –empezaba a decir Richard.

–Tú cierra la boca –le interrumpió su padre.

El tono de su voz era a un tiempo frío, furioso y asustado. Y vaya si Richard cerró la boca, la cerró tan deprisa y con tal fuerza que Abby pudo oír el chasquido. Luego su padre le dijo a ella:

–Vayamos a la bomba, Abigail, cariño, y te limpiaremos esto.

Pasó un año antes de que Luke le dijera lo que su padre no quiso que Richard expresara en voz alta. Que casi con toda seguridad aquella comadreja debía de estar rabiosa, y que, de ser así, ella habría sufrido una de las muertes más horribles que los hombres conocían. Pero la comadreja no estaba rabiosa. La herida cicatrizó perfectamente. De todas maneras, desde entonces siempre la habían aterrado aquellos animales, de la misma manera que a algunas personas sienten pánico ante las ratas y las arañas. ¡Si al menos la epidemia se las hubiera llevado en vez de llevarse a los perros! Pero no había sido así y ella era...

*Tu sangre está en mis puños.*

Una de las alimañas se abalanzó rápidamente y rasgó el tosco tejido del saco.

–¡Eh! –chilló Abigail –. ¡Fuera de aquí!

La comadreja retrocedió como un rayo. Parecía reír y un jirón de tela le colgaba de la boca.

Las había enviado *él*, el hombre oscuro.

La embargó el terror. Ahora ya había decenas. Grises, marrones, negras... todas olfateando a las gallinas. Se alineaban a ambos lados de la carretera, ávidas por alcanzar algo de lo que husmeaban.

Tendré que dárselas, pensó. Todo ha sido para nada. Si no se las doy, me harán trizas. Todo para nada.

En las sombras de su mente podía ver la mueca del hombre oscuro, sus puños alargados goteando sangre.

Otro tirón al saco. Y otro.

Las comadrejas que se encontraban al otro lado de la carretera se estaban deslizado ya en dirección a Abigail, agazapadas, arrastrando los vientres por el polvo. Sus ojillos salvajes brillaban como punzones de hielo a la luz de la luna.

*Pero, escuchad, quien crea en mí no perecerá... porque yo he puesto en él mi signo y nada le tocará... es mío, dijo el Señor.*

Se puso en pie todavía aterrada, pero segura ya de lo que tenía que hacer.

–¡Largo de aquí! –les gritó –. Sí, son gallinas; pero son para mis invitados. Y ahora, ¡largaos!

Retrocedieron. Sus ojillos parecían inquietos. Y de repente se habían esfumado. *Un milagro*, se dijo y se sintió rebosar de regocijo y alabanzas hacia el Señor. Y entonces, de súbito, se quedó helada.

En alguna parte, lejos hacia el oeste, más allá de las Rocosas que ni siquiera aparecían visibles en el horizonte, sintió abrirse un ojo, un ojo que centelleaba y se volvía hacia ella vigilante. Con la misma claridad que si hubieran dicho las palabras en voz alta, le oyó preguntar: *¿Quién está ahí? ¿Eres tú, anciana?*

–Sabe que estoy aquí –musitó ella en la noche. –

¡Ayúdame, Señor! ¡Ayúdame ahora! ¡Ayúdanos a todos nosotros!

Echó a caminar de nuevo hacia la casa con el saco a rastras.

Aparecieron dos días después, el 24 de julio. Abigail todavía no había hecho todos los preparativos que quería. Volvía a estar coja y casi imposibilitada de levantarse; iba renqueando de un sitio a otro con la ayuda del bastón y apenas era capaz de bombear el agua del pozo. Al día siguiente de la matanza de las gallinas y de haber plantado cara a las comadreas, se había quedado dormida largo rato por la tarde, completamente agotada. Soñó que se encontraba en un alto y frío desfiladero en medio de las Rocosas, al oeste de la línea de división continental. La carretera 6 se prolongaba zigzagueante entre altas paredes de roca que daban sombra a aquella quebrada durante todo el día, salvo desde las doce menos cuarto de la mañana hasta la una de la tarde. En su sueño no era de día sino noche cerrada, sin luna. De alguna parte, llegaban los aullidos de los lobos. Y de repente un ojo se abrió en toda aquella oscuridad, rodando horriblemente de uno a otro lado mientras el viento se movía solitario a través de los pinos y los abetos azules de montaña. Era él y la estaba buscando. Se despertó de aquella larga e intensa siesta sin haber experimentado el menor descanso, más bien al contrario. De nuevo suplicó a Dios que no la abandonara o que, al menos, cambiara la dirección en la que Él quería que fuese.

Norte, sur, este... Señor, y abandonaré Hemingford Home cantando vuestras alabanzas. Pero hacia el oeste no, hacia el hombre oscuro no. Las Rocosas no son obstáculo suficiente entre él y nosotros. Ni los Andes lo serían.

Pero no importaba. Tarde o temprano, cuando aquel hombre se sintiera lo bastante fuerte, iría en busca de quienes le oponían resistencia. Si no ese año, al siguiente. Los perros habían sido exterminados por la epidemia, pero quedaban los lobos en las tierras altas de las montañas, dispuestos a servir al trago de Lucifer.

Y no sólo le servirían los lobos.

En la mañana del día en que finalmente llegaron sus invitados, Abigail empezó a las siete de la mañana a recoger leña, dos troncos cada vez, hasta que la estufa quedó encendida y la leñera llena. Dios la había favorecido con un día frío y nublado, el primero en muchas semanas. Probablemente habría lluvia al caer la noche. Al menos así lo decía la cadera que se le había roto en 1958.

Lo primero que hizo fue hornear sus tartas utilizando el relleno en conserva que tenía en las estanterías de su alacena, y el ruibarbo y las fresas del jardín. La cosecha de fresas acababa de empezar, gracias a Dios, y era bueno saber que no iban a desperdiciarse. Cocinar le hacía sentirse mejor, porque cocinar era vida. Una tarta de arándanos, dos de fresas y ruibarbo y una de manzana. Aquella mañana se percibía intensamente su aroma en la cocina. Las colocó en los alféizares para que se enfriaran, según la costumbre de toda la vida.

---

Había hecho la mejor pasta que le fue posible, aunque resultara difícil sin huevos frescos... claro que habría podido cogerlos en el gallinero, así que la culpa era sólo suya. Pero con huevos o sin ellos, la pequeña cocina con su accidentado suelo y su linóleo raído, olía aquella mañana a pollo frito. Como ya hacía mucho calor dentro, salió renqueando al porche para leer su lección diaria, y utilizó su último ejemplar de *The Upper Room* para abanicarse la cara.

Los pollos resultaron de lo más apetitosos. Uno de aquellos visitantes podría salir a coger dos docenas de mazorcas de maíz, tiernas y dulces, y podrían disfrutar de un excelente refrigerio al aire libre.

Una vez hubo colocado el pollo en servilletas de papel, salió al porche trasero con su guitarra, se sentó y empezó a tocar. Cantó todos sus himnos favoritos. Su aguda y temblorosa voz se fundió con el aire inmóvil.

*¿Sufrimos pruebas y tentaciones?*

*¿Nos abrumba una carga de preocupaciones?*

*Jamás debemos desalentarnos,*

*Sino ofrecérselos en plegaria al Señor.*

La música le sonaba muy bien, aun cuando el oído le fallara hasta el punto de no estar nunca segura de tener afinada la guitarra. Así que tocó otro himno y luego otro y otro.

Se preparaba a atacar *We Are Marching to Zion*, cuando oyó el ruido de un motor, acercándose por County Road. Dejó de cantar; pero sus dedos siguieron pulsando las cuerdas en actitud ausente al tiempo que ladeaba la cabeza y escuchaba. Ya llegan, sí Señor, encontraron bien su camino. En aquel momento ya podía ver la polvareda que levantaba la furgoneta al abandonar el asfalto y entrar en el polvoriento sendero que acababa delante de su patio. La embargó una excitación que despertó su espíritu hospitalario. Se sintió contenta por haberse puesto lo mejor que tenía. Puso la guitarra entre sus rodillas y se protegió los ojos con la mano, aunque seguía sin haber sol.

Sí, ya podía verla, una vieja camioneta de granja, una Chevrolet, que avanzaba con lentitud. El vehículo iba lleno, cuatro personas al parecer apretujadas (de lejos veía muy bien a pesar de sus ciento ocho años), y tres más en la caja, en pie y mirando por encima de la cabina. Pudo ver a un delgado hombre de pelo rubio, a una joven pelirroja y, en el centro... sí, ése era él, un muchacho que estaba aprendiendo a ser un hombre. Pelo oscuro, rostro enjuto, frente despejada. La había visto sentada en su porche y empezó a agitar frenéticamente la mano. Un instante después el hombre rubio hizo lo mismo. La muchacha pelirroja se limitó a mirar. Madre Abigail levantó la mano y los saludó a su vez.

—Alabado sea Dios por traérmelos —murmuró con voz ronca, y las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. Te lo agradezco mucho, Señor.

La renqueante camioneta entró en el patio sonando como una matraca. El hombre que iba al volante llevaba un sombrero de paja con una banda de terciopelo azul y una gran pluma en ella.

—¡Yeeeeee... jau! —gritó al tiempo que saludaba con la mano—. ¡Hola, madre! Nick creía que tal vez estuvieras aquí y aquí estás. ¡Yeeeeee... jau!

Hizo sonar la bocina. En la cabina había un hombre de unos cincuenta años, una mujer de la misma edad y una niña con un mono de pana roja. La chiquilla saludó tímidamente con una mano, mientras se chupaba el pulgar de la otra.

El joven con el parche en el ojo y el pelo oscuro, Nick, saltó por el costado de la camioneta antes siquiera de que se hubiera parado. En cuanto recuperó el equilibrio se dirigió hacia la mujer negra. Su expresión era solemne pero sus ojos brillaban de alegría. Se detuvo ante los escalones que conducían al porche y luego miró en derredor asombrado... El patio, la casa, el viejo árbol con su columpio neumático. Y sobre todo a ella.

–Hola, Nick. Me alegro de verte. Dios te bendiga –le saludó Abigail.

Él sonrió, también con lágrimas en los ojos. Subió los escalones y le cogió las manos. La mujer le ofreció la arrugada mejilla, y él le dio un suave beso. Todos bajaron. El hombre que había conducido llevaba en brazos a la niña vestida de rojo, que tenía la pierna derecha escayolada, y mantenía los bracitos enlazados alrededor del atezado cuello del conductor. Junto a él se encontraba una mujer en la cincuentena y, a su lado, la pelirroja y el muchacho rubio de la barba. No, el muchacho no; se dijo madre Abigail, es débil. El último de la fila era el otro hombre que viajaba en la cabina del vehículo. Se limpiaba los cristales de sus gafas con montura de acero.

Nick la miraba apremiante y ella asintió. –Habéis hecho lo justo –le dijo –. El Señor os ha traído y madre Abigail va a alimentaros. Sed bienvenidos –añadió levantando la voz –. No podemos quedarnos por mucho tiempo; pero antes de marcharnos, descansaremos y compartiremos el pan, y empezaremos a conocernos los unos a los otros.

–¿Eres la mujer más vieja del mundo? –preguntó la niña con su vocecilla desde el refugio de los brazos del conductor.

–¡Chissst, Gina! –le reconvino la mujer madura.

Pero madre Abigail se limitó a llevarse una mano a la cadera y reír.

–Quizá lo sea, pequeña, quizá lo sea.

Les hizo extender su mantel a cuadros rojos junto al manzano. Las dos mujeres, Olivia y June, prepararon el almuerzo al aire libre mientras los hombres fueron a recoger maíz. Requería poco trabajo hervirlo; y aunque no había mantequilla, Abigail tenía aceite y sal en cantidad.

Durante la comida se habló poco, lo que más se oía era el movimiento de las mandíbulas y los leves murmullos de satisfacción. Abigail se sentía complacida cuando la gente comía con buen apetito, y aquellas personas estaban haciendo justicia a sus platos. Había valido la pena su caminata hasta la casa de los Richardson y su escaramuza con las comadrejas. No es que estuvieran lo que se dice hambrientos; pero cuando uno se pasa un mes sin probar otra cosa que comida enlatada, se siente un gran apetito por algo fresco y guisado de manera especial. Ella misma había dado buena cuenta de tres trozos de pollo, una mazorca de maíz y un trozo de aquella tarta de fresas y ruibarbo.

–Ha sido una comida estupenda. No recuerdo nada que me haya sabido tan bien. Gracias –le dijo el hombre de cara agradable y franca, llamado Ralph Bretner, una vez hubieron terminado y mientras tomaban café.

Los demás coincidieron. Nick sonrió al tiempo que asentía.

–¿Puedo sentarme contigo? –preguntó la niña.

–Creo que pesas demasiado, cariño –le advirtió Olivia Walker, la mujer madura.

–Tonterías –replicó Abigail –. El día que no pueda sentar en mi regazo a una chiquilla durante un rato, me envolverán en mi sudario. Ven aquí, Gina.

El propio Ralph la llevó y la instaló.

–Cuando se canse del peso, no tiene más que decírmelo.

Hizo cosquillas a Gina en la cara con la pluma de su sombrero. La niña alzó las manos riendo.

–¡No me hagas cosquillas, Ralph! ¡No te atrevas a hacerme cosquillas!

–No te preocupes –dijo Ralph –. Estoy demasiado ahído para hacer cosquillas a nadie.

Se sentó de nuevo.

–¿Qué te ha pasado en la pierna, Gina? –le preguntó Abigail.

–Me la rompí al caerme del granero –repuso la pequeña –. Dick me la curó. Ralph dice que Dick me salvó la vida.

Envió un beso por el aire al hombre de las gafas de montura metálica, quien enrojeció un poco, carraspeó y sonrió.

Nick, Tom Cullen y Ralph se habían encontrado con Dick Ellis a mitad de camino cuando atravesaban Kansas. Iba andando por el arcén de la carretera con una mochila a la espalda y un bastón de caminante en una mano. Era veterinario. Al día siguiente, cuando pasaban por el pequeño pueblo de Lindsborg se detuvieron para almorzar y escucharon unos gritos débiles que llegaban desde el sur del pueblo. Si el viento hubiera soplado del otro lado nunca los habrían oído.

–Por la gracia de Dios –dijo satisfecha Abigail, acariciando el pelo de la chiquilla.

Gina se encontraba sola desde hacía tres semanas. Había estado jugando en el henil del granero de su tío un día o dos antes, cuando la madera podrida del suelo cedió dejándola caer desde trece metros al almacén inferior. En él había heno suficiente para amortiguar su caída; a pesar de ello, el golpe fue fuerte y se rompió la pierna. En principio Dick Ellis se mostró pesimista en cuanto a sus posibilidades. Le administró anestesia local para entablillarle la pierna. Las palabras clave de aquella conversación fueron pronunciadas mientras Gina McCone jugaba, despreocupada, con los botones del vestido de madre Abigail.

Gina saltó de nuevo al suelo con una rapidez que sorprendió a todos. Desde el primer momento se había encariñado con Ralph y su airoso sombrero. Ellis dijo en voz baja que, a su juicio, gran parte del problema de la niña era debido a su abrumadora soledad.

–Claro que sí –afirmó Abigail –. Si no os hubierais dado cuenta de su presencia habría sido su fin.

Gina bostezó. Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos.

–Ahora la acostaré –dijo Olivia Walker.

–Ponla en el cuarto pequeño que hay al fondo del vestíbulo –le indicó Abigail –. Si quieres, puedes dormir con ella. Esta otra joven..., ¿cómo has dicho que te llamas, cariño?

–June Brinkmeyer –respondió la pelirroja.

–Bien, puedes dormir conmigo, June, a menos que tengas otra idea. La cama no es lo bastante grande para dos y aunque lo fuera no creo que quieras dormir con un viejo saco de huesos como yo; pero arriba hay un colchón que puede servirte si no lo han invadido las chinches. Supongo que uno de estos hombretones podrá bajártelo.

–Claro –asintió Ralph.

Olivia se llevó a Gina a la cama. La niña ya se había quedado dormida. La cocina, más frecuentada en aquellos momentos que en muchos años, estaba empezando a quedar en sombras. Abigail se puso en pie y encendió tres lámparas de petróleo, una para la mesa, otra que colocó sobre la estufa, ya que la Blackwood de hierro se estaba enfriando, y la tercera encima del alféizar de la ventana del porche.

–Tal vez las viejas costumbres fueran mejores –dijo Dick.

Todos se quedaron mirándolo. El hombre enrojeció y volvió a carraspear, pero Abigail se limitó a reír entre dientes.

–Quiero decir –se explicó Dick un poco a la defensiva – que ésta es la primera comida casera que he tomado desde... Bueno, supongo que desde el trece de julio. El día que se fue la corriente eléctrica. Y la guisé yo mismo. Lo que hice apenas puede considerarse una preparación culinaria en regla. Sin embargo mi mujer... era una cocinera condenadamente buena. Ella... –Dejó la frase en suspenso.

Volvió Olivia.

–Se ha quedado como un tronco –informó –. Estaba exhausta.

–¿Horneas tu pan? –preguntó Dick a madre Abigail.

–Claro que sí. Siempre lo he hecho. Por supuesto que no es pan de levadura, pero hay de otras clases.

–Yo me muero por el pan –reconoció él con sencillez –. Helen, mi mujer, solía hacer pan dos veces por semana. Además, últimamente parece ser lo único que me apetece. Dadme tres rebanadas de pan y un poco de jalea de fresas y creo que puedo morir feliz.

–Tom Cullen está cansado –dijo bruscamente Tom –. Y eso quiere decir cansado. –Bostezó hasta casi desencajarse las mandíbulas.

–Podéis dormir en el cobertizo –sugirió Abigail –. Huele a moho, pero está seco.

Por un momento escucharon el rumor de la lluvia que estaba cayendo hacía casi una hora. A solas, hubiera resultado un sonido desolador. Reunidos allí todos, era un murmullo agradable e íntimo que parecía estrechar más los lazos entre ellos. Gorgoteaba desde las cañerías de estaño galvanizado y tamborileaba en el tonel para recoger agua que Abby tenía al fondo de la casa. Se escuchaban truenos lejanos, hacia Iowa.

–Supongo que llevaréis vuestro equipo de acampada –dijo Abigail.

–Traemos de todo –le respondió Ralph –. Estaremos muy bien. Vamos, Tom. Se puso en pie. –Me pregunto si Nick y tú podréis quedaros un rato, Ralph.

---

Nick había permanecido sentado a la mesa todo el rato, al otro extremo de donde se encontraba la mecedora de Abigail. Parece un hombre incapaz de hablar, pensó ésta. Debe sentirse perdido en una habitación llena de gente y sin duda tratará de desaparecer de la vista. Pero algo en Nick evitaba que eso pasara. Permanecía sentado, muy quieto, siguiendo la conversación, y su rostro reaccionaba a cuanto se decía. Tenía una cara franca e inteligente; pero con excesivas huellas de preocupaciones para una persona tan joven. Mientras hablaban, Abigail se dio cuenta de que, en varias ocasiones, todas las miradas convergían en Nick como si él pudiera confirmar lo que se decía en ese momento. Todos tenían muy en cuenta su presencia. Y varias veces le había visto mirar hacia la oscuridad, a través de la ventana, con expresión turbada.

–¿Podréis traerme ese colchón? –preguntó June con tono amable.

–Nick y yo lo traeremos –repuso Ralph poniéndose en pie.

–No quiero ir a ese cobertizo de atrás yo solo –clamó Tom.

–Yo iré contigo, miedica –se ofreció Dick –. Encenderemos la lámpara Coleman y nos acostaremos. –Se levantó –. Y gracias de nuevo, madre Abigail. No puedo expresarle lo maravilloso que ha sido todo esto.

Los demás repitieron su agradecimiento. Nick y Ralph bajaron el colchón, que estaba libre de chinches. Tom y Dick fueron al cobertizo donde pronto se encendió la lámpara Coleman. Poco después se encontraron solos en la cocina Nick, Ralph y la anciana.

–¿Le importa que fume, madre Abigail? –preguntó Ralph.

–No, siempre que no tires las cenizas al suelo. Hay un cenicero en el aparador detrás de ti.

Ralph se levantó para cogerlo y Abby se quedó mirando a Nick. Vestía una camisa caqui, vaqueros y una descolorida chaqueta de algodón. Había algo en él que le daba la impresión de conocerlo de antes, o de que estuviese predestinado que tenía que encontrarlo. Al mirarlo notaba una tranquila impresión de conocimiento y consumación, como si ese conocimiento fuera debido al destino. Parecía que, en un extremo de su vida, estuviera su padre, John Freemantle, alto, negro y orgulloso, y en el otro, ese hombre joven, blanco y mudo, con aquellos ojos brillantes y expresivos que la miraban desde el rostro envejecido por las preocupaciones.

Miró por la ventana y vio el resplandor de la lámpara de batería Coleman que salía por la ventana del cobertizo e iluminaba una pequeña parte de su patio. Se preguntaba si en el cobertizo quedaría aún olor a vaca. Hacía casi tres años que no había entrado en él. Resultaba innecesario. Había vendido su última vaca, *Daisy*, en 1975; pero en 1987 el cobertizo seguía oliendo a vaca. Y era probable que oliera todavía. Poco importaba, había peores olores.

–¿Mamá Abby?

Volvió la mirada. Ralph se encontraba sentado junto a Nick, sosteniendo una hoja de papel y tratando de leerla a la luz de la lámpara. Nick tenía sobre las piernas un bloc de papel y un bolígrafo. Seguía mirándola con fijeza.

–Nick dice...

Ralph se aclaró incómodo la garganta.

–Adelante.

–En su nota dice que le resulta muy difícil leer en sus labios porque...

–Creo que sé el motivo –dijo ella –. No os preocupéis.

Se levantó y se acercó al buró arrastrando los pies. En la segunda estantería superior había un recipiente de plástico en el que flotaban dos dentaduras postizas en un líquido lechoso.

Abigail las sacó y las enjuagó con agua.

–¡Cómo las he sufrido, Señor! –exclamó tristemente al encajarse la dentadura –. Tenemos que hablar –dijo –. Vosotros dos sois los dirigentes y hemos de poner algunas cosas en claro.

–Bueno, yo no lo soy –aclaró Ralph –. Nunca he sido otra cosa que un obrero de fábrica a jornada completa y un granjero a media jornada. En mi época me han crecido más callos que ideas. Supongo que es Nick quien está a cargo.

–¿Es así? –le preguntó ella.

Nick escribió brevemente y Ralph lo leyó en voz alta:

«En efecto, fue idea mía venir aquí. En cuanto a lo de estar a cargo, no lo sé.»

–Encontramos a June y Olivia a unos ciento cuarenta kilómetros al Sur –informó Ralph –. Anteayer, ¿verdad, Nick?

Nick asintió.

–Incluso entonces veníamos ya de camino hacia aquí, madre. Las mujeres también se dirigían hacia el norte, y lo mismo Dick. Sencillamente nos reunimos.

–¿Habéis visto otras gentes? –preguntó Abigail.

«No –escribió Nick –; pero he tenido la sensación y también Ralph, de que hay otras personas que se ocultan, que nos vigilan. Supongo que tendrán miedo. Que todavía no han superado la conmoción sufrida por lo sucedido.»

Abigail asintió.

–Dick ha dicho que el día antes de reunirse con nosotros oyó una motocicleta por alguna parte hacia el sur. Así que hay otras personas por ahí. Creo que lo que les asusta es el grupo tan numeroso que formamos.

–¿Por qué habéis venido aquí?

Sus ojillos, atrapados en aquella red de arrugas, le miraron penetrantes.

«He soñado contigo. Y Dick Ellis dice que él también, una vez. Y Gina, la niña, te llamaba "mamá Abigail" mucho antes de que llegáramos aquí. Y describió este lugar. El columpio del neumático», escribió Nick.

–Dios bendiga a la niña –comentó Abigail, y miró a Ralph –. ¿Y tú?

–Una o dos veces, mamá Abigail –comentó Ralph; se humedeció los labios –. Sobre todo soñaba con... con ese tipo.

–¿Qué tipo?

Nick escribió. Y encerró en un círculo lo que había escrito. Luego se lo dio a ella directamente. La vista de Abigail dejaba mucho que desear sin sus gafas para leer. A veces, recurría también a la lupa con luz que compró el año anterior en Hemmingford Center. Pero eso podía leerlo. Estaba escrito con grandes letras como las que Dios puso sobre el muro del palacio de Baltasar. Se sintió embargada por un frío glacial sólo con mirarlo dentro del círculo. Pensó en las comadreas arrastrándose por la carretera sobre sus vientres, pegando mordiscos a su saco con aquellos afilados dientes asesinos. Pensó en un ojo único, rojo, abriéndose, descubriéndose a sí mismo entre las tinieblas, mirando, buscando, ahora ya no solamente a una mujer vieja sino a todo un grupo de hombres y mujeres... y a una niña.

«Hombre oscuro» eran las dos palabras que había dentro del círculo.

–Se me ha dicho que tenemos que ir hacia el oeste –dijo Abigail, y dobló el papel, lo alisó y volvió a doblarlo, para olvidar por un momento el sufrimiento que le producía la artritis –. El Señor me lo dijo en un sueño. Yo no quería escuchar. Soy una mujer vieja y mi único deseo es morir en esta pequeña parcela de tierra. Ha sido propiedad de mi familia durante ciento doce años.

Pero no estaba destinada a morir allí más de lo que Moisés estaba destinado a ir a Canaán con los hijos de Israel.

Hizo una pausa. Los dos hombres la observaban atentos, a la luz de la lámpara. Fuera, la lluvia seguía cayendo lenta e incesante. Ya no se oía. Oh, Señor, se dijo Abigail, cómo me duele la boca con esta dentadura. Lo único que quiero es quitármela e irme a la cama.

–Empecé a tener sueños dos años antes de que se presentara la epidemia, y a veces mis sueños se han hecho realidad: La profecía es un don de Dios, y todos tenemos una pizca. Mi abuela solía llamarle la lámpara resplandeciente de Dios, y a veces sólo el resplandor. En mis sueños me veía yendo al oeste. Al principio con unas cuantas personas; luego, con algunas más y después con otras pocas. Hacia el oeste, siempre hacia el oeste hasta que pude ver las montañas Rocosas. El grupo fue creciendo y al final formábamos una auténtica caravana que quizá superaba las doscientas personas. Y había señales... No, no eran señales de Dios, sino habituales carteles de carretera como BOULDER, COLORADO. 609 KM.

Hizo una pausa.

–Esos sueños me asustaban. Jamás se los conté a nadie, tan asustada estaba. Me sentía como supongo se sintió Job cuando Dios le habló. Traté de convencerme de que sólo eran sueños, una vieja estúpida huyendo de Dios como había hecho Jonás. Pero, de todas maneras, el gran pez nos ha tragado, ¿os dais cuenta? Y si Dios le dice a Abby *Tienes que decirlo*, entonces tengo que decirlo. Y siempre sentí como si alguien viniera a mí, alguien especial, y así es como empecé a saber que había llegado el momento.

Miró a Nick que, sentado a la mesa, la contemplaba solemne con su ojo a través del humo del cigarrillo de Ralph.

–Y lo supe cuando te vi –prosiguió –. Eres tú, Nick. Dios ha puesto su dedo en tu corazón. Pero El tiene más de un dedo y hay más gente por ahí, todavía en camino, alabado sea Dios, y Él también ha puesto un dedo en ellos. Sueño cómo cuida de nosotros incluso ahora y, que Dios perdone mi doliente espíritu, le maldigo en el fondo de mi corazón.

Rompió a llorar y se levantó para tomar un sorbo de agua y refrescarse la cara. Las lágrimas eran su parte humana, débil y vacilante.

Cuando se volvió hacia ellos, Nick estaba escribiendo. Arrancó la hoja del bloc y se la alargó a Ralph.

«Nada sé sobre la intervención de Dios; pero no me cabe duda de que algo está ocurriendo aquí. Todos aquellos con quienes nos hemos encontrado se dirigen hacia el norte. Como si tú tuvieras la respuesta. ¿Soñaste con alguno de los otros? ¿Con June o con Olivia? ¿Acaso con la niña?»

—No, con ninguno de los demás. Un hombre que no habla mucho. Una mujer encinta. Un hombre, de tu edad más o menos, que viene a mí con su guitarra. Y tú, Nick.

« ¿Y crees que lo acertado es ir a Boulder?»

—Es lo que estamos *destinados* a hacer.

Por un instante, Nick garrapateó al azar sobre su bloc y finalmente escribió en él.

« ¿Qué sabes del hombre oscuro? ¿Tienes idea de quién es?»

—Sé lo que trata de hacer pero ignoro quién es. Es la esencia de la maldad que queda en el mundo. El resto de la maldad es poca cosa. Atracadores, maníacos sexuales y personas a quienes gusta utilizar los puños. Pero él los convocará. Ya ha empezado. Los está reuniendo mucho más deprisa de lo que nos reunimos nosotros. Supongo que tendrá muchos más antes de estar preparado para hacer el primer movimiento. No sólo a los malvados que son como él, sino también a los débiles... a los solitarios... y a quienes han apartado a Dios de sus corazones.

«Tal vez no sea real —escribió Nick—. Quizá sea sólo... —Reflexionó mordisqueando el extremo del bolígrafo. Agregó: — la parte aterrada, la parte mala de todos nosotros. Acaso estemos soñando con las cosas que tememos poder hacer.»

Mientras leía aquello en voz alta, Ralph frunció el entrecejo, pero Abby captó al punto lo que Nick quería decir. No se diferenciaba demasiado de la forma de hablar de los nuevos predicadores que habían aparecido durante los últimos veinte años. Su evangelio decía que, en realidad, Satanás no existía. Había maldad que procedía del pecado original, pero ello formaba parte de todos nosotros, y sacarlo de nuestro sistema era tan imposible como sacar un huevo de su cáscara sin romperlo. Tal como lo veían esos nuevos predicadores, Satanás era como un rompecabezas; y cada mujer, hombre y niño de la tierra eran pequeñas piezas que componían el todo. Sí, eso tenía un estupendo tono moderno; pero el fallo consistía en que no reflejaba la verdad. Si se permitía que Nick siguiera pensando de esa manera, el hombre oscuro lo devoraría para la cena.

—Soñaste conmigo. ¿Acaso no soy real? —le preguntó Abigail.

Nick asintió.

—Y yo soñé contigo. ¿Es que no eres real? Alabado sea Dios, estás sentado ahí enfrente, con un bloc sobre las rodillas. Es otro hombre, Nick, es tan real como tú.

Sí, era real. Se acordó de las comadreja y del ojo encarnado abriéndose en la oscuridad. Cuando habló de nuevo lo hizo con voz ronca:

—No es Satanás —dijo—. Pero Satanás y él se conocen bien y hace mucho tiempo que se reúnen.

---

«En la Biblia no se dice qué les ocurrió a Noé y su familia después de que descendieran las aguas. Pero no me sorprendería que hubiera habido alguna espantosa pelea por las almas de esas pocas gentes... Por sus almas, por sus cuerpos, por *sus formas de pensar*. Y no me sorprendería que fuera eso mismo lo que nos esperara.»

–Ahora se encuentra al oeste de las Rocosas. Tarde o temprano vendrá al este. Tal vez no ocurra este año, no; sino cuando esté preparado. Y a nosotros nos corresponde vérnoslas con él.

Nick meneaba la cabeza preocupado.

–Sí –dijo Abigail con calma –. Ya lo verás. Nos esperan días muy amargos. Muerte y terror, traición y lágrimas. Y no todos seguiremos vivos para ver cómo termina.

–Eso no me gusta nada –farfulló Ralph –. ¿Acaso no están las cosas bastante mal sin ese tipo del que habláis Nick y tú? ¿Es que no tenemos suficientes problemas sin médicos y sin electricidad, casi sin nada? ¿Por qué habríamos de tener que bregar con ese maldito extraño?

–No lo sé. Es el designio de Dios. Y El no da explicaciones a personas como Abby Freemantle.

–Si ése es su designio, quisiera que se retirara y diera paso a alguien más joven –manifestó Ralph.

«Si el hombre oscuro está en el Oeste, tal vez debiéramos cambiar de dirección y encaminarnos hacia el este.»

Abigail negó paciente con la cabeza.

–Todas las cosas están al servicio del Señor, Nick. ¿No crees que ese hombre negro le sirve también? Lo hace, no importa cuál pueda ser su misterioso propósito. El hombre negro te seguirá doquiera que vayas, porque está siguiendo el propósito de Dios. Y Dios quiere que trates con él. De nada sirve intentar eludir la voluntad del Señor. El hombre o la mujer que lo intente acabará en el vientre de la bestia.

Nick escribió algo breve. Ralph lo leyó, y se frotó la nariz. Le hubiera gustado no leerlo. Las viejas damas como aquella no aguantan impertinencias como la que Nick acababa de escribir. Probablemente la llamaría blasfemia, y además lo pregonaría a gritos, despertando a todo el mundo.

–¿Qué dice? –preguntó Abigail.

–Dice...

Ralph se aclaró la garganta. Se agitó la pluma que llevaba en la banda del sombrero y por fin se decidió:

–Dice que no cree en Dios. –Luego se miró los zapatos esperando la explosión.

Pero Abigail se limitó a reír entre dientes. A continuación se levantó y se dirigió hacia Nick.

–Bendito seas, Nick. Pero eso no importa. *Él* cree en ti –dijo dándole unas palmaditas en la mano.

La jornada siguiente la pasaron en casa de Abby Freemantle y fue el mejor día desde que la supergripe empezó a disminuir como las aguas descendiendo del monte Ararat. La lluvia había parado durante las primeras horas de la mañana y, a las nueve, el cielo ofrecía una plácida imagen del Medio Oeste con el sol asomando entre las nubes. Hacía más fresco del que había hecho durante semanas.

Tom Cullen se pasó la mañana corriendo arriba y abajo entre las hileras del maizal, los brazos extendidos, espantando a los cuervos. Gina McCone se encontraba sentada en el suelo, junto al columpio del neumático jugando contenta con un montón de muñecas de papel que Abigail había encontrado en el fondo de un baúl que guardaba en su dormitorio. Poco antes Tom y ella habían practicado un divertido juego de coches y camiones corriendo alrededor del garaje Fisher-Prize que Tom se había llevado de la tienda de May, Oklahoma. Tom hacía gustoso lo que Gina quería.

Dick Ellis, el veterinario, se acercó con timidez a madre Abigail y le preguntó si alguien en aquella zona había criado cerdos.

–Caramba, los Stoner siempre tuvieron cerdos –contestó ella.

Se encontraba sentada en el porche rasgueando su guitarra y viendo a Gina jugar en el patio, con su pierna rota entablillada.

–¿Cree que todavía puede haber alguno vivo?

–Tendrás que ir a verlo. A lo mejor. Es posible que hayan roto sus cochiqueras y se hayan vuelto salvajes.

–Le brillaron los ojos –. Y *también* es posible que yo conozca a alguien que anoche haya soñado con chuletas de cerdo.

–Sí, es muy posible que lo conozca –asintió Dick.

–¿Has matado alguna vez un cerdo?

–No –repuso él sonriendo abiertamente –. Les he quitado lombrices a unos cuantos, pero matarlos nunca. Siempre he sido lo que llamarías no violento.

–¿Crees que Ralph y tú podréis soportar a una mujer capataz?

–¿Por qué no? –respondió Ellis.

Al cabo de veinte minutos, los tres se pusieron en marcha. Abigail iba sentada entre los dos hombres en la cabina del Chevy. Llevaba el bastón majestuosamente colocado entre las rodillas. En casa de los Stoner, encontraron dos cerdos en la pocilga trasera, saludables y llenos de brío. Al parecer, cuando se les terminó el pienso la emprendieron con sus compañeros de pocilga, más débiles y menos afortunados.

Ralph instaló la cadena de Reg Stoner en el granero. Dick, siguiendo las indicaciones de Abigail, logró al fin amarrar fuerte con una cuerda la pata trasera de uno de los añojos. Lo introdujeron en el granero, chillando y retorciéndose, y lo colgaron cabeza abajo de la cadena.

Ralph salió de la casa con un cuchillo de carnicero de casi un metro de largo. Alabado sea Dios, eso no es un cuchillo, es una auténtica bayoneta, se dijo Abigail.

–Verás, no sé si podré hacerlo –advirtió el hombre.

–Bien, entonces dámelo a mí –le contestó Abigail al tiempo que alargaba la mano.

Ralph miró dubitativo a Dick, pero éste se encogió de hombros. Entregó el cuchillo.

–Te damos gracias, Señor, por el regalo que estamos a punto de recibir de tu generosidad. Bendice a este cerdo que podrá alimentarnos. Amén. Apartaos, muchachos, porque va a salpicar.

---

Lo degolló con un experto tajo, ya que hay cosas que nunca se olvidan por muy vieja que se sea, y luego se apartó con presteza.

–¿Tenéis el fuego encendido y el caldero puesto en él? –preguntó a Nick –. ¿Un buen fuego en el zaguán?

–Sí –contestó Dick con tono respetuoso; incapaz de apartar la vista del cerdo.

–¿Y también los cepillos? –preguntó a Ralph.

Éste le mostró dos grandes cepillos de fregar con rígidas cerdas amarillas.

–Bien. Entonces tenéis que llevarlo junto al caldero y arrojarlo dentro. Después de que haya hervido un rato, esas cerdas saldrán con un sencillo frotado. Y entonces podréis pelar al viejo Mr. Porky como si fuera un plátano.

Aquella perspectiva no pareció agradar a los dos hombres, cuya tez tenía un tono ligeramente verdoso.

–Aprisa, vamos –apremió Abigail –. No podéis coméroslo con la chaqueta puesta. Hay que desnudarlo antes.

Ralph y Dick se miraron, tragaron saliva y empezaron a bajar al cerdo de la cadena. A las tres de la tarde habían terminado, y a las cuatro llegaban a casa de Abigail con un cargamento de carne. Aquella noche cenaron chuletas de cerdo. Ninguno de los dos comió demasiado a gusto. Sin embargo, Abigail dio buena cuenta de dos chuletones, disfrutando al sentir cómo crujía entre su dentadura postiza la grasa bien tostada. Nada como la carne fresca que tú misma has preparado.

Hacia poco que habían dado las nueve. Gina estaba dormida y Tom Cullen se había quedado adormecido en la mecedora de madre Abigail, en el porche. Hacia el oeste, podían verse en el horizonte lejanos relámpagos. Salvo Nick, que había ido a dar un paseo, todos los demás se encontraban reunidos en la cocina. Abigail sabía contra lo que estaba luchando aquel muchacho, y su corazón le acompañaba.

–En serio. No tienes ciento ocho años, ¿verdad? –preguntó Ralph recordando algo que la anciana había dicho aquella mañana cuando salieron a la caza del cerdo.

–Espera aquí –le contestó Abigail –. Tengo algo que enseñarte.

Entró en su alcoba y sacó del cajón superior de su escritorio la carta enmarcada del presidente Reagan. Volvió junto a Ralph y la dejó sobre sus piernas. –Lee *esto*, hijito –dijo con orgullo. Ralph lo hizo.

–«... con ocasión de su centenario... uno de los setenta y dos ciudadanos centenarios de Estados Unidos... la quinta persona más anciana de filiación republicana en Estados Unidos... con la felicitación y el saludo del presidente Ronald Reagan, 14 de enero de 1982». –Se quedó mirándola con ojos muy abiertos –. Que me aspen...

–Cuántas cosas tienes que haber visto –exclamó Olivia.

–Nada comparable a lo que he visto durante el último mes –suspiró –. Y a lo que me queda por ver.

La puerta se abrió y entró Nick. La conversación se interrumpió, como si todos hubieran estado haciendo tiempo mientras le esperaban. Abigail supo, por su rostro, que había tomado su decisión, y se dijo que sabía cuál era. Nick le alargó una nota, escrita en el porche, en pie junto a Tom. Abigail la alejó de sus ojos para leerla.

«Más vale que mañana emprendamos la marcha hacia Boulder», había escrito Nick.

Levantó los ojos de la nota de Nick, y se quedó mirándolo mientras asentía lentamente. Pasó la nota a June Brinkmeyer, la cual a su vez se la dio a Olivia.

–Creo que debemos hacerlo –dijo Abigail –. Tengo tan pocas ganas como vosotros, pero considero que es lo mejor. ¿Qué te ha impulsado a decidirte?

Nick se encogió de hombros casi enfadado y la señaló a ella.

–Que así sea –dijo Abigail –. Mi fe está en el Señor.

Desearía que la mía también, se dijo Nick.

En la mañana del día siguiente, 26 de julio, Dick y Ralph partieron hacia Columbus en la camioneta de este último.

–Me fastidia cambiarla –había dicho Ralph –; pero si tú lo dices, Nick, de acuerdo.

«Volved tan pronto como podáis», escribió Nick.

Ralph emitió una breve risa y recorrió el patio con la mirada. June y Olivia estaban lavando ropa en una gran artesa con una tabla de frotar fija por un extremo. Tom se hallaba en el maizal espantando cuervos, ocupación que al parecer le divertía. Gina jugaba con sus coches Corgi y el garaje. La anciana dormitaba, sentada en su mecedora. Y roncaba.

–Parece que tienes prisa por meter la cabeza en la boca del lobo, Nick.

« ¿Acaso podemos ir a algún lugar mejor?», escribió Nick.

–Eso es verdad. De nada sirve ir vagando por ahí. Hace que te sientas más bien inútil. ¿Has reparado en que una persona rara vez se siente bien, a menos que mire hacia el porvenir?

Nick asintió.

–Bueno –dijo Ralph dando una palmada a Nick en el hombro –. ¿Estás preparado para hacer una excursión, Dick?

Seguidamente se alejó. Tom salió corriendo del maizal, con la camisa, los pantalones y hasta el largo pelo rubio cubierto de briznas.

–¡Yo también! ¡Tom Cullen también quiere ir de excursión! ¡Vaya que sí, atiza!

–En marcha pues –dijo Ralph –. Oye, espera, estás cubierto de hebras de maíz. Me extraña que todavía no se te haya acercado un cuervo. Más vale que te las quites.

Con sonrisa vacua, Tom dejó que Ralph le sacudiera la camisa y los pantalones. Mientras tanto, Nick se decía que aquellas dos últimas semanas seguramente habían sido las más felices de la vida de Tom. Estaba con personas que lo aceptaban y querían tenerlo junto a ellas. ¿Por qué no habrían

de hacerlo? Podía ser retrasado, pero seguía siendo un elemento valioso en este mundo nuevo, era un ser humano vivo.

–Hasta la vista, Nick –dijo Ralph instalándose al volante del Chevy.

–Hasta la vista, Nicky –repitió Tom Cullen como un eco sin dejar de sonreír.

Nick se quedó mirando la camioneta hasta que desapareció de la vista. Luego entró en el cobertizo y cogió un cajón viejo y un bote de pintura. Desprendió uno de los laterales del cajón y lo clavó en una larga estaca. A continuación sacó el cartel y la pintura al patio y se dedicó a escribir sobre él con esmero mientras Gina, por encima de su hombro, miraba lo que hacía.

–¿Qué dice ahí? –le preguntó.

–Dice: «Nos hemos ido a Boulder, Colorado. Viajamos por carreteras secundarias para evitar atascos de tráfico. Banda Ciudadana Canal 14» –le leyó Olivia.

–¿Qué significa eso? –preguntó a su vez June uniéndose al grupo.

Cogió a Gina en brazos y las dos se quedaron mirando cómo Nick plantaba el letrero, de cara a la zona donde la carretera polvorienta desembocaba en el camino que conducía a casa de Abigail. Clavó la estaca de la cerca hasta una profundidad de casi un metro. Ya nada la derribaría salvo un huracán. Claro que, en aquella parte del mundo, *había* huracanes. Recordó el que casi arrastró a Tom y a él y lo aterrados que se sintieron en el sótano.

Escribió una nota y se la tendió a June.

–«Una de las cosas que esperamos que Dick y Ralph traigan de Columbus es una radio CB. Alguien habrá de controlar el canal 14 durante todo el tiempo.»

–¡Caramba! Eso sí es inteligente –exclamó Olivia.

Nick, con gesto grave, se dio una palmada en la frente y luego sonrió.

Las dos mujeres volvieron a su tarea de tender la ropa. Gina concentró de nuevo su atención en los cochecitos de juguete, saltando ágil sobre una pierna. Nick atravesó el patio, subió los escalones del porche y se sentó cerca de la anciana que dormitaba. Miró hacia el maizal preguntándose qué iba a ser de ellos.

*Así será si tú lo dices, Nick.*

Se había convertido en un líder. Era lo que los demás habían hecho de él y todavía no alcanzaba a comprender por qué. No se pueden recibir órdenes de un sordomudo. El líder debería haber sido Dick. Su verdadero lugar debería ser el de lancero, tercero por la izquierda, sin nada que decir y al que sólo reconocería su madre. Pero desde el momento en que se encontraron con Ralph Bretner salvando los baches de la carretera con su camioneta, sin ir en realidad a parte alguna, empezó ese juego de decir algo y luego mirar a Nick en busca de aprobación. Una niebla de nostalgia había empezado a envolver aquellos breves días entre Shoyo y May, antes de que encontrara a Tom y se responsabilizara de él. Era fácil olvidar cuan solo se había sentido, y el miedo que tuvo de que aquellas constantes pesadillas significaran que se estaba volviendo loco. Fácil de recordar, cuando sólo tenía que ocuparse de sí mismo, un lancero, tercero por la izquierda, un comparsa en esa terrible representación.

*Lo supe en cuanto te vi. Eres tú, Nick. Dios ha puesto su dedo en tu corazón...*

---

No, no lo acepto. Y si vamos a eso, tampoco acepto a Dios. Que la anciana se quede con su Dios. Las mujeres viejas lo necesitan tanto como los enemas y las bolsitas de té Lipton. Él se concentraría a su tiempo en cada cosa, afirmando un paso antes de dar el siguiente. Esperemos a llegar a Boulder y ya veremos qué hacer a continuación. La anciana dijo que el hombre oscuro era real, no un símbolo psicológico. No quería creerlo... aunque en el fondo de su corazón estuviera seguro. En el fondo de su corazón creía cuanto ella le había dicho.

Y eso le daba miedo. Él no quería ser líder.

*Eres tú, Nick.*

Sintió una mano sobre el hombro que le hizo dar un respingo de sorpresa. Se volvió. Si la anciana había estado dormitando, ya se había espabilado. Le sonreía desde su mecedora sin brazos.

–Mientras me hallaba sentada aquí, recordaba la Gran Depresión –le dijo –. ¿Sabías que mi padre poseyó un día todas estas tierras por millas a la redonda? Es verdad. No estuvo mal el truco para un hombre negro.

Y en el diecinueve y el veinte toqué la guitarra y canté en el local de la Asociación de Granjeros. Hace mucho tiempo, Nick. Mucho, muchísimo tiempo.

Nick hizo un gesto de asentimiento.

–Aquellos sí fueron buenos tiempos, Nick... Bueno, al menos la mayoría de ellos. Pero supongo que nada es eterno. Tan sólo el amor del Señor. Padre murió y la tierra quedó dividida entre sus hijos, con una parte para mi primer marido, no muy grande, unas treinta hectáreas. Esta casa se encuentra dentro de ese terreno, ¿sabes? Dos hectáreas, eso es cuanto queda. Bueno, supongo que ahora podría reclamarlo todo; pero ya no sería lo mismo.

Nick le dio unas palmaditas en la huesuda mano y Abigail lanzó un profundo suspiro.

–Los hermanos no siempre trabajan bien juntos. Por lo general acaban riñendo. ¡No tienes más que ver a Caín y Abel! ¡Todos querían ser capataces y ninguno jornalero! Llegó el treinta y uno y el banco reclamó su dinero. Así que entonces se unieron como una piña pero ya era demasiado tarde. Para mil novecientos cuarenta y cinco, todo había desaparecido menos mis treinta hectáreas, y unas veinte o veinticinco más donde está ahora la casa Coodell.

Hurgó en el bolsillo del vestido en busca de su pañuelo, lo sacó y se limpió los ojos con ademán lento y pensativo.

–Por último sólo quedé yo, sin dinero ni nada. Y cada año, cuando llegaba el momento del pago de contribuciones, te quitaban un poco más de tierra. Vine aquí para ocuparme de la parte que ya ni siquiera era mía y lloré por ella como estoy llorando ahora. Un poco más cada año por los impuestos, así es como ocurrió. Un pellizco aquí, un pellizco allá. Arrendé lo que quedaba, pero nada bastaba para cubrir sus condenados impuestos. Y entonces, cuando cumplí los cien años, me condonaron los impuestos a perpetuidad. Me lo dieron después de que se lo hubieran llevado todo menos esta pequeña parcela. Un detalle por su parte, ¿no crees?

Nick la miró y le apretó la mano con suavidad.

–Verás, Nick –prosiguió madre Abigail –, en el fondo de mi corazón he alimentado odio hacia el Señor. Todo hombre o mujer que lo ama también lo aborrece.

Es un Dios duro, un Dios celoso, Él es lo que *Es*, y en este mundo es posible que pague el servicio con dolor mientras quienes sólo hacen maldades recorren las carreteras en lujosos Cadillac. Incluso el gozo de servirlo es un gozo amargo. Yo hago su voluntad; pero la parte humana que hay en mí lo maldice en el fondo de mi corazón. «Abby –me dice el Señor –, hay trabajo para ti por mucho tiempo. Así que te dejaré vivir hasta que sientas cruelmente el pellejo sobre los huesos. Te dejaré ver cómo mueren tus hijos antes que tú, y aún habrás de seguir caminando por la tierra. Dejaré que veas cómo se llevan trozo a trozo la tierra de tu padre. Y al final tu recompensa será tener que alejarte, con unos desconocidos, de todas las cosas que amas, y morirás en tierra extraña sin que el trabajo haya quedado terminado. Ésa es mi voluntad, Abby.» Y yo digo «Sí, Señor, hágase tu voluntad.» Pero en el fondo de mi corazón, le maldigo y pregunto: «¿Por qué? ¿Por qué?» Y la única respuesta que obtengo es: «¿Dónde estabas tú cuando yo hice el mundo?»

Ahora las lágrimas resbalaban amargas por sus mejillas. Nick se asombró de que una anciana que parecía tan escurrida y flaca como una rama seca pudiera tener tantas lágrimas.

–Ayúdame, Nick –dijo madre Abigail –. Sólo quiero hacer lo que es justo.

Nick le apretó las manos. Detrás de ellos, Gina reía feliz manteniendo en alto uno de los cochecitos para que el sol lo hiciera brillar y lanzara destellos.

Dick y Ralph regresaron a mediodía. Dick al volante de un furgón Dodge nuevo y Ralph conduciendo un camión grúa rojo con una plancha metálica en la parte delantera y la cabria y el gancho detrás. Tom se encontraba en pie en la parte trasera, agitando los brazos con ampuliosidad. Se detuvieron delante del porche y Dick bajó del furgón.

–En ese camión grúa hay una CB formidable –informó a Nick –. Un modelo con cuarenta canales. Ralph está loco con ella.

Nick hizo una sonriente mueca. Las mujeres habían acudido para ver los vehículos. Abigail observó cómo Ralph se llevaba a June hacia el camión grúa para que viera el equipo de radio, e hizo un gesto de aprobación. La mujer tenía buenas caderas y podría tener tantos bebés como quisiera.

–Así pues, ¿cuándo nos vamos? –preguntó Ralph.

Nick garrapateó:

«En cuanto hayamos comido. ¿Probaste la CB?»

–Sí –dijo Ralph –, durante todo el camino de regreso. Una estática fatal. Hay un botón de ajuste, aunque no parece funcionar muy bien. Pero, con estática o sin ella, juraría que he oído algo. Muy lejos. Es posible que ni siquiera hayan sido voces. Pero, a decir verdad, Nick, no me ha gustado un pelo. Igual que esos sueños.

Se hizo el silencio entre ellos.

–Bueno –dijo Olivia al cabo –. Voy a hacer algo de manduca. Espero que a nadie le importe comer cerdo dos días seguidos.

A nadie le importó. Y para la una de la tarde los equipos de acampada, incluidas la mecedora y la guitarra de Abigail, habían sido trasladados al furgón. Se pusieron en marcha. El camión grúa iba en cabeza con el fin de ir apartando todo aquello que pudiera bloquear la carretera. Abigail iba sentada en el asiento delantero del furgón, mientras se dirigían hacia el oeste por la carretera 30. No lloraba. Llevaba el bastón firme entre las piernas. Se le había terminado el llanto. Estaba en el vértice de la voluntad del Señor. Y su voluntad sería hecha. Se haría la voluntad de Dios pero recordó aquel Ojo encarnado abriéndose en el oscuro corazón de la noche, y sintió miedo.

## 46

Era ya avanzada la noche del 27 de julio. Habían acampado en lo que el cartel, ya casi destruido por las tormentas estivales, señalaba como Parque de Atracciones Kunkle. El propio Kunkle, Ohio, se encontraba más al sur. Al parecer hubo un incendio y casi todo el pueblo había desaparecido. Stu decía que probablemente lo había provocado un rayo. Como cabía esperar, Harold receló de esa teoría. Últimamente, si Stu Redman decía que un coche de bomberos era rojo, Harold Lauder se afanaría por presentar, con todo lujo de detalles, la demostración de que los coches de bomberos eran verdes.

Fran suspiró y se dio la vuelta. No conseguía dormir. Tenía miedo a aquel sueño.

A su izquierda se alineaban las cinco motocicletas. La luna centelleaba sobre los tubos de escape y las carrocerías. Era como si una banda de Ángeles del Infierno hubiera elegido ese lugar para pernoctar. Aunque, en verdad, los Angeles nunca habían cabalgado en motos tan ridículas como esas Honda y Yamaha, se dijo. En realidad conducían Harley-Davidson... ¿O era sólo algo que había visto en las epopeyas cinematográficas de motos? *The Wild Angels*, *The Devils Angels*, *Hell's Angels on Wheels*. Las películas de motos habían estado de moda cuando ella iba al instituto. Wells Drive-In, Sanford Drive-In, South Portland Twin. Ven con tu coche y tu chica al cine. Y ahora ya no existían. Todos los cines al aire libre habían desaparecido, por no hablar de los Ángeles del Infierno y de la vieja American International Pictures, los estudios que producían esa clase de películas.

Ponlo en tu Diario, Frannie, se dijo al tiempo que se volvía de nuevo. Pero no esta noche. Esa noche iba a dormir, con sueños o sin ellos.

Podía ver a los demás, a unos veinte pasos de donde se encontraba tumbada, embutidos en sacos de dormir, aletargados como los Ángeles del Infierno, después de una bacanal de cerveza, una de esas fiestas en las que todo el mundo en la película se acostaba, salvo Peter Fonda y Nancy Sinatra. Harold, Stu, Glen Bateman, Mark Braddock, Perion McCarthy. Toma Sominex y duérmete.

No era Sominex lo que habían tomado, sino medio comprimido de Veronal cada uno. Fue idea de Stu cuando los sueños llegaron a ser insoportables y todos empezaron a mostrarse de malhumor y a dificultar la convivencia. Antes de mencionárselo a nadie, se había llevado a Harold aparte, porque la manera de halagarle era pidiéndole su opinión; y porque Harold *sabía* cosas. Valió la pena que lo hiciera; aunque también resultó algo insólito, como si con ellos viajara un dios de vía estrecha, más o menos omnisciente aunque emocionalmente inestable y propenso a derrumbarse en cualquier momento. En Albany, donde se encontraron con Mark y Perion, Harold había conseguido otro revólver, y ahora llevaba los dos atravesados en el cinturón, semejante a un Johnny Ringo moderno. Harold le daba lástima, pero también había empezado a asustarla. Comenzó a

preguntarse si Harold no se volvería loco alguna noche y se pondría a disparar con aquel par de revólveres. A menudo recordaba el día en que se encontró con Harold, en el patio trasero de la casa de él, hundidas todas sus defensas emocionales, segando el césped en traje de baño y llorando a lágrima viva.

Sabía de qué modo se lo habría planteado Stu, con mucha calma, con un tono casi de conspiración: «Esos sueños son un problema, Harold. Se me ha ocurrido una idea, aunque no sé exactamente cómo ponerla en práctica... un sedante suave... Pero habrá de ser la dosis exacta. Si tomamos demasiado, nadie se despertará en caso de que nos encontremos en dificultades. ¿Qué me sugieres?»

Harold había sugerido que probaran con un Veronal entero, que podrían conseguir en cualquier farmacia. Si interrumpía el ciclo de los sueños, podrían reducirla a tres cuartas partes y, de seguir dando resultado, a la mitad. Stu había hablado también en privado con Glen con el fin de conocer otra opinión, y habían ensayado el experimento. Con un cuarto de comprimido, los sueños volvían a atormentarles. De modo que siguieron con la dosis de medio comprimido.

Al menos para los demás.

Frannie aceptaba todas las noches su dosis, pero se la guardaba. No sabía si el Veronal podía perjudicar al bebé, y no quería arriesgarse. Decían que incluso la aspirina podía romper la cadena cromosómica. Así que sufría los sueños. *Sufrir* era la palabra exacta. Uno de ellos era el que predominaba; los otros, tarde o temprano, acababan fundiéndose con él. Estaba en su casa de Ogunquit y el hombre oscuro la perseguía por corredores en sombras, a través de la sala de su madre, donde el reloj seguía marcando las estaciones en una era estéril. Sabía que podría escapar de él si se libraba de aquel cuerpo. Era el cuerpo de su padre envuelto en una sábana. Y si lo soltaba, el hombre oscuro haría algo con él, cometería con él alguna espantosa profanación. Así que corría, sabedora de que cada vez se le acercaba más y de que no tardaría en aferrarla aquella mano caliente y repulsiva. Entonces ella se sentiría exhausta y débil, y el cuerpo de su padre, envuelto en el sudario, se deslizaría de sus brazos, y ella se volvería hacia el hombre dispuesta a decirle: Llévatelo, haz lo que quieras, no me importa, pero deja de perseguirme.

Y allí estaría aquel hombre, vestido con algo oscuro, como el hábito con capucha de un monje, invisibles todos sus rasgos, salvo una ávida y siniestra sonrisa.

Entonces fue cuando el horror se descargó sobre ella como un puño almohadillado y luchó por salir del sueño, con la piel pegajosa de sudor, el corazón palpitándole y ansiando no volver a dormir jamás.

Porque lo que quería el hombre oscuro no era el cadáver de su padre, sino al niño vivo que ella llevaba en su vientre.

Se volvió otra vez. Si no se dormía pronto, sacaría su diario y se pondría a escribir. Había empezado a llevar el diario el 5 de julio. En cierto modo lo estaba haciendo por el niño. Era un acto de fe... Fe en que la criatura viviría. Quería que supiera lo que había ocurrido. Cómo llegó la epidemia a un lugar llamado Ogunquit, cómo habían escapado ella y Harold, lo que habían hecho. Deseaba que el niño conociera cómo habían sido las cosas.

La luna brillaba lo suficiente para poder escribir. Dos o tres páginas del diario serían suficientes para sentirse adormilada. Quería dar una nueva oportunidad al sueño.

Cerró los ojos.

Y siguió pensando en Harold.

La situación pudo haberse normalizado con la llegada de Mark y Perion, si ellos no estuvieran ya comprometidos. Perion tenía treinta y tres años, once más que Mark. Pero, en el mundo actual esas cosas carecían de importancia. Se habían encontrado mutuamente, se habían estado buscando y se sentían contentos de seguir juntos. Perion había confesado a Frannie que estaban intentando tener un hijo. Gracias a Dios, como tomaba la píldora, no llevaba diafragma, le había dicho Peri, pues en ese caso, ¿cómo habría podido quitárselo?

Frannie estuvo a punto de hablarle del hijo que esperaba (ahora ya había recorrido una tercera parte del camino); pero algo la hizo contenerse. Temió que las cosas empeoraran aún más.

De manera que ya eran seis en lugar de cuatro. Glen se había negado a conducir una moto y siempre iba a la grupa de Stu o de Harold, pero la situación no había cambiado con la presencia de otra mujer.

¿Qué me dices de ti, Frannie? ¿Qué querías?

Se respondió a sí misma que si tenía que vivir en un mundo como ése, con un reloj biológico en su interior preparado para detenerse dentro de seis meses, quería que su hombre fuera alguien como Stu Redman. No, alguien como él no. Lo quería a él. Ya estaba, lo había dicho con toda crudeza.

Desaparecida la civilización, habían sido arrancados el cromo y los aderezos del motor de la sociedad humana. Glen Bateman volvía a menudo sobre el tema, y a Harold siempre parecía agradecerle de manera excesiva.

Frannie llegó a la conclusión, pensando que si debía quedarse calva más valía que lo fuera del todo, de que la libido de la mujer no era ni más ni menos que una excrescencia de la sociedad tecnológica. La mujer se hallaba a merced de su cuerpo. Era más pequeña. Solía ser más débil. Un hombre no podía quedar embarazado, una mujer sí. Y una mujer encinta es un ser humano vulnerable. La civilización había facilitado una sombrilla de cordura para que ambos sexos se refugiaran debajo de ella. *Liberación...* esa palabra lo decía todo. Antes de la civilización y su prudente y humano sistema de protecciones, las mujeres habían sido esclavas. Dejémos de rodeos, se dijo Fran: éramos esclavas. Luego, acabaron aquellos días aborrecibles. Y el credo de la mujer que debía colgarse en las paredes de las oficinas de la revista *Ms*, a ser posible en punto de cruz, era sencillamente éste: «Gracias, Hombre, por el ferrocarril. Gracias, Hombre, por inventar el automóvil y matar a los pieles rojas, quienes creyeron que resultaría agradable seguir todavía por un tiempo en América, ya que ellos estaban allí primero. Gracias, Hombre, por los hospitales, la policía, las escuelas. Ahora, por favor, me gustaría tener derecho a seguir mi propio camino y decidir mi propio destino. Hubo un tiempo en el que formé parte de los bienes muebles; pero eso es historia. Debe ponerse fin a mis días de esclavitud. Me niego a ser una esclava, lo mismo que me niego a cruzar el océano Atlántico en un pequeño velero. Los aviones jet son más seguros y rápidos que los veleros y la libertad es más racional que la esclavitud. No tengo miedo a volar. Gracias, Hombre.»

¿Y qué quedaba por decir? Nada. Los obreros podrían gruñir contra el oropel, los reaccionarios podían practicar pequeños juegos intelectuales; pero la verdad se limitaba a sonreír. Y ahora todo había cambiado en cuestión de semanas. Sólo el tiempo podría decir hasta qué punto. Pero, tumbada allí, en la noche, supo que necesitaba a un hombre. ¡Cuánto lo necesitaba, Dios mío!

---

No sólo era cuestión de hallar protección para ella y para su bebé. Stu la atraía, sobre todo después de haber conocido a Jess Rider. Stu era tranquilo, capaz y, sobre todo, no era lo que su padre hubiera llamado «veinte kilos de macho en un saco de diez kilos».

Y también Stu se sentía atraído por ella. Lo sabía muy bien, lo supo desde aquel primer almuerzo juntos el 14 de julio en el restaurante desierto. Por un instante, sólo por un instante, sus ojos se encontraron y se produjo ese chispazo, semejante a una sobrecarga eléctrica cuando todas las agujas llegan al límite. Suponía que Stu sabía también cómo estaban las cosas, pero la estaba esperando, dejando que ella tomara la decisión a su debido tiempo. Había estado primero con Harold y por lo tanto le pertenecía a él. Una apestosa idea machista, pero mucho se temía que el mundo iba a volver a ser apestosamente machista, al menos durante un tiempo.

Si hubiera otra mujer, alguien para Harold... Pero no había nadie. Y Fran se temía que no le sería posible esperar demasiado. Recordó el día en que Harold, con su estilo desmañado había intentado hacerle el amor, convertir en irrevocable la posesión de ella. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Dos semanas? Daba la impresión de que hubiese transcurrido más tiempo. Ahora todo el pasado parecía más lejano. Se había estirado como un chicle caliente. Entre su preocupación por lo que iba a hacer respecto a Harold, su temor de lo que pudiera suceder si ella se decidía por Stuart, y su miedo a las pesadillas, jamás llegaría a conciliar el sueño.

Mientras pensaba eso, se quedó dormida.

Cuando despertó, todavía estaba oscuro. Alguien la sacudía.

Farfulló una protesta, ya que su sueño había sido reposado por primera vez en una semana. Lo abandonó reacia creyendo que ya era de mañana y que habían de reemprender la marcha. ¿Pero por qué querían salir siendo todavía de noche? Al sentarse, se dio cuenta de que incluso la luna estaba baja.

Era Harold quien la sacudía. Parecía asustado.

–¿Qué pasa, Harold? ¿Algo va mal?

Entonces vio que Stu también estaba levantado. Y Glen Bateman. Perion se encontraba arrodillada más allá, donde habían encendido su pequeño fuego de campamento.

–Se trata de Mark –dijo Harold –. Está enfermo.

–¿Enfermo? –repitió Fran.

Entonces le llegó un sordo gemido desde el otro lado del rescoldo de la hoguera, donde Perion se hallaba de rodillas y los otros dos hombres en pie. Frannie sintió un miedo sólido como una columna negra. La enfermedad era lo que más temían todos.

–No será... la gripe, ¿verdad, Harold?

Porque si Mark caía enfermo con un caso tardío de *Capitán Trotamundos*, eso significaba que cualquiera de ellos podría enfermar. Tal vez los gérmenes siguieran en suspensión por todas partes. Incluso podían haber sufrido mutaciones. Para comerte mejor, querida.

–No, no es la gripe. No es nada parecido a la gripe. ¿Comiste anoche algunas de esas ostras en lata, Fran? ¿O tal vez cuando nos detuvimos a almorzar?

---

Fran intentó recordar, ya que todavía tenía la mente embotada por el sueño.

–Sí, tomé algunas en ambas ocasiones –dijo al fin –. Estaban muy buenas. Me encantan las ostras. ¿Se trata acaso de una intoxicación por alimentos en mal estado? ¿Es eso?

–Sólo te estoy preguntando, Fran. No sabemos qué es. Aquí no hay médico. ¿Cómo te sientes? ¿Te encuentras bien?

–Estupendamente. Sólo algo somnolienta.

En realidad ya no lo estaba. Un nuevo gemido le llegó flotando desde el otro lado del campamento, como si Mark la estuviera acusando por sentirse bien cuando él no lo estaba.

–Glen cree que pueda tratarse de apendicitis –dijo Harold.

–¿Qué?

Harold se limitó a esbozar una sonrisa desvaída al tiempo que asentía.

Fran se levantó.

–Tenemos que ayudarle –dijo Perion mecánicamente, como si ya lo hubiera repetido muchas veces. Su mirada pasaba inquieta de uno a otro, y en sus ojos había tal expresión de terror e impotencia que Frannie volvió a sentirse acusada. Sus pensamientos volvían, egoístas, a la criatura que llevaba en las entrañas, e intentó rechazarlos. Inadecuado o no, le resultaba imposible eludirlos. Apártate de él, gritaba parte de ella al resto de su ser. Apártate de él ahora mismo, puede ser contagioso. Miró a Glen, que parecía pálido y envejecido a la luz de la lámpara Coleman.

–Dice Harold que crees que se trata del apéndice –le preguntó.

–No lo sé –contestó Glen, que parecía trastornado y asustado –. Desde luego presenta los síntomas. Tiene fiebre, el vientre duro e hinchado, y le duele al tocarle.

–Tenemos que ayudarle –repitió una vez más Perion. Y rompió a llorar.

Glen palpó el vientre de Mark y éste, que tenía los ojos entornados y con mirada vacua, los abrió como platos. Gritó. Glen apartó la mano como si hubiera tocado una estufa encendida. Miró a Stu, luego a Harold y de nuevo a Stu, con pánico apenas disimulado.

–¿Qué sugerís vosotros dos? Harold permanecía de pie, tragando saliva de manera convulsiva, como si se hubiera atragantado. –Démosle aspirina –dijo finalmente. Perion, que tenía los ojos llenos de lágrimas y miraba a Mark, se volvió al oír a Harold.

–¿Aspirina? –repitió con asombro furioso –. ¿Aspirina? –Esta vez lo dijo con un chillido –. ¿Es eso lo más que puedes hacer con todos tus aires de sapiencia? ¡Aspirina!

Harold se metió las manos en los bolsillos y la miró con aspecto desolado, aceptando su reproche.

–Sin embargo, Harold tiene razón, Perion –dijo Stu con calma –. Por el momento, lo más que podemos hacer es darle aspirina. ¿Qué hora es?

–¡No sabéis qué hacer! –chilló Perion –. ¿Por qué no lo admitís de una puta vez?

–Son las tres y cuarto –contestó Frannie.

---

–¿Y si se muere?

Peri se apartó de la cara un mechón de pelo. Tenía el rostro abotagado por el llanto.

–Déjalos en paz, Peri –le pidió Mark con voz cansada y sorda; y todos se sobresaltaron –. Harán lo que puedan. Como quiera que sea, si sigue doliéndome así, preferiría morir. Dadme aspirina, cualquier cosa.

–La traeré –se ofreció Harold, ansioso por alejarse de allí –. Tengo en mi mochila. Excedrin extrafuerte –añadió como esperando recibir la aprobación de los demás.

Con la prisa dio un tropezón y estuvo a punto de caer.

–Tenemos que ayudarle –repitió Perion.

Stu se llevó aparte a Glen y Frannie.

–¿Se os ocurre algo? –les preguntó en voz queda –. Puedo aseguraros que a mí nada. Se ha puesto furiosa con Harold, pero su idea de la aspirina es mejor que cualquiera que yo pueda haber tenido.

–Está trastornada, eso es todo –la disculpó Fran.

Glen suspiró.

–Tal vez sólo sea algo intestinal. Demasiada comida indigesta. Quizá se le mueva el vientre y todo quede resuelto.

Frannie negó con la cabeza.

–Si fuera un simple trastorno intestinal no tendría fiebre. Y tampoco el vientre se le hubiera hinchado de esa forma.

A ella le daba la impresión de que fuese un tumor que le hubiera crecido durante la noche. Se sentía enferma sólo de pensarlo. No podía recordar haberse sentido nunca tan terriblemente asustada como en ese momento, salvo cuando tenía aquellas pesadillas. Harold había dicho que no había médico. ¡Y cuan verdad era! Una horrible verdad. Dios, todo se le venía encima de una vez, derrumbándose en derredor suyo. ¡Qué espantosamente estaban! ¡Cuan lejos de un teléfono! Y además, alguien había olvidado la red de seguridad. Miró el rostro tenso de Glen y luego a Stu. Observó en ambos una preocupación profunda; pero ninguno de los dos parecía tener respuestas.

Detrás de ellos, Mark gritó de nuevo y Perion gritó a su vez como si ella misma sintiera su dolor. Frannie supuso que, en cierto modo, así era.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó con tono de impotencia.

Estaba pensando en el bebé y a su mente volvía una y otra vez la pregunta: ¿Qué pasaría si necesitara que le hiciesen una cesárea? ¿Qué pasaría si necesitara que le hiciesen una cesárea? ¿Qué pasaría...?

Mark volvió a gritar detrás de ella, semejante a un horrible profeta. En aquel momento, lo aborreció con toda su alma.

Se miraron en la trémula oscuridad.

*Del diario de Fran Goldsmith 6 de julio de 1990*

Tras haber ejercido cierta persuasión, el señor Bateman consintió en venir con nosotros. Después de todos sus artículos («Los escribo con palabras altisonantes para que nadie se dé cuenta de lo sencillos que son») y de los veinte años mortalmente aburridos con estudiantes, por no hablar de la Sociología del Comportamiento Desviado y de la Sociología del Comportamiento Rural, había llegado a la conclusión de que no podía permitirse perder esta oportunidad.

Stu quiso saber de qué oportunidad hablaba.

–Yo diría que está bien claro –respondió Harold con esa manera suya insufriblemente irritable. A veces, Harold puede ser un encanto pero también puede convertirse en un auténtico *boogersnot*, lo que precisamente era esta noche.

–Señor Bateman... –dijo.

–Llámame Glen, por favor –pidió él con tono tranquilo; pero por la forma en que Harold se quedó mirándolo podía pensarse que le había acusado de alguna enfermedad social.

–Como sociólogo, Glen piensa en la oportunidad que se le presenta de estudiar de primera mano la formación de una sociedad. Al menos eso creo. Quiere comprobar cómo se corresponden los hechos con las teorías.

Bien, para no hacer esto prolijo, diré que Glen, a quien desde ahora llamaré de ese modo porque es lo que le gusta, reconoció que era así en líneas generales; pero añadió:

–Tengo también algunas teorías que espero ratificar o desechar. No creo que el hombre que emerja de las cenizas de la civilización vaya a ser semejante al hombre que surgió de la cuna del Nilo, con un hueso en la nariz y tirando a una mujer por el pelo. Ésa es una de las teorías.

–Porque todo se encuentra tirado en derredor nuestro esperando a que vuelva a recogerse –dijo Stu, con esa actitud tranquila que le caracteriza.

Me sorprendió verle tan ceñudo al decir aquello, e incluso Harold lo miró con extrañeza.

Pero Glen se limitó a asentir.

–Así es –dijo Glen –. La sociedad tecnológica se ha colapsado, pero ha dejado tras de ella todos sus éxitos. Llegará alguien que los recuerde y los enseñe de nuevo a los otros. Es bastante razonable, ¿no? Habré de ponerlo por escrito.

(Yo lo he puesto ya por si acaso lo olvida. ¿Quién sabe? La sombra hace ji ji.)

–Parece como si creyese que todo va a empezar de nuevo –dijo Harold –. La carrera de armamentos, la contaminación y todo lo demás. ¿Es otra de sus teorías? ¿O se trata de un corolario de la primera?

–No exactamente –contestó Glen.

Pero, antes de que pudiera continuar, Harold irrumpió con sus hipótesis particulares. No puedo transcribirlo palabra por palabra porque cuando Harold se excita habla muy deprisa. En resumen, vino a decir que, aun cuando tenía una pobre opinión de la gente en general, no creía que pudiera ser estúpida hasta ese punto. Dijo que a su juicio esta vez deberían establecerse ciertas leyes. Nadie podría andar por ahí jugueteando con cosas peligrosas como la fisión nuclear o *sprays* de

fleurocarbón (tal vez haya escrito esto mal pero no importa) y materiales y semejantes. Pero, en cambio, recuerdo muy bien algo que dijo, porque fue una imagen en extremo vívida.

—Sólo porque el nudo gordiano haya sido cortado por nosotros, no existe motivo para que emprendamos la tarea de anudarlo de nuevo.

Me di cuenta de que se moría de ganas de iniciar una discusión. Una de las cosas que hace difícil que Harold caiga simpático es lo ansioso que se muestra siempre de alardear sobre lo que sabe. Y desde luego sabe mucho. Harold tiene una inteligencia superior.

—El tiempo lo dirá, ¿no? —se limitó a decir Glen.

Todo esto terminó hará una hora más o menos y en este momento me encuentro en uno de los dormitorios de arriba, con Kojak tumbado en el suelo junto a mí. Buen perro. Todo esto resulta un tanto acogedor, me recuerda mi casa; pero estoy intentando no pensar en ella demasiado porque enseguida me echo a llorar. Sé que suena espantoso, pero necesito de veras a alguien que me ayude a calentar esta cama. Incluso tengo ya en mente a un candidato.

¡Olvídate de eso, Frannie!

Así que mañana nos pondremos en camino hacia Stovington y sé que a Stu la idea no le gusta demasiado. Ese lugar le asusta. Stu me gusta mucho, quisiera que a Harold le resultara más simpático. Harold lo está poniendo todo muy difícil; pero supongo que no puede evitarlo, es su manera de ser.

Glen ha decidido que no llevemos a *Kojak*. Siente mucho tener que hacerlo, a pesar de que el perro no tendrá dificultades para encontrar comida. Y desde luego no hay otra solución a menos que encontrásemos una motocicleta con sidecar. Así y todo, el pobre *Kojak* podría asustarse y saltar de ella en marcha, en cuyo caso sería posible que se hiriera o se matara.

En todo caso, mañana nos vamos.

*Cosas para el recuerdo:* Los Texas Rangers, el equipo de béisbol, tenía un lanzador llamado Nolan Ryan que efectuaba todo tipo de lanzamientos con su famosa bola rápida, y un nobatazo es muy bueno. Luego estaban las comedias de televisión, con risas enlatadas, o sea grabando risas en bandas sonoras para intercalarlas en las escenas que se consideraban divertidas. Se suponía que así te animarías más a reírte. En el supermercado podíamos encontrar bizcochos y tartas congeladas. No tenías más que descongelarlos y comértelos. Mi favorita era la tarta de queso y fresas de Sara Lee.

*7 de julio de 1990*

No puedo escribir mucho. He pedaleado todo el día. Tengo el trasero como una hamburguesa, y la espalda como si tuviera una piedra encima. Anoche volví a tener esa pesadilla. Harold ha estado soñando también con ese... ¿hombre? Eso lo saca de quicio porque no puede explicarse cómo es posible que los dos tengamos la misma pesadilla.

Stu dice que todavía sigue soñando con Nebraska y la anciana negra que hay allí. Continúa diciendo que en cualquier momento irá a verla. Stu cree que vive en un pueblo llamado Holland Home, o Hometown o algo parecido. Supone que podrá encontrarlo. Harold se burló de él y le soltó una larga perorata sobre que los sueños son manifestaciones psicofreudianas de cosas en las que no nos atrevemos a pensar cuando estamos despiertos. Tengo la impresión de que Stu se enfadó

---

mucho, pero mantuvo la calma. Siento mucho miedo de que finalmente estalle ese resentimiento que existe entre ambos. ¡Desearía que no fuese así!

–¿Entonces por qué Frannie y tú tenéis el mismo sueño? –le preguntó Stu.

Harold farfulló algo sobre las coincidencias y se alejó.

Stu nos dijo a Glen y a mí que le gustaría que fuéramos a Nebraska después de Stovington. Glen contestó encogiéndose de hombros:

–¿Por qué no? A algún sitio habremos de ir.

Claro que Harold pondrá objeciones por definición. ¡Maldita sea, Harold! ¡Ya es hora de que crezcas!

*Cosas para el recuerdo:* A principios de los ochenta había escasez de gasolina porque en América todo el mundo conducía algo, por lo que habíamos agotado la mayor parte de nuestras reservas de petróleo y los árabes nos tenían a su merced. Los árabes poseían tantísimo dinero que, literalmente, no podían gastarlo. Había un grupo de rock llamado The Who que a veces solían terminar sus actuaciones, destrozando sus guitarras y amplificadores. Era conocido como *consumición conspicua*.

*8 de julio de 1990*

Es tarde y de nuevo estoy cansada; pero trataré de anotar todo cuando sea capaz de recordar antes de que mis párpados se cierren de golpe. Harold terminó su cartel hará más o menos una hora, debo decir que a regañadientes, y lo colocó en el césped de la instalación de Stovington. Stu le ayudó a clavarlo en el suelo y mantuvo la paz y tranquilidad a pesar de todas las pequeñas pullas mezquinas de Harold.

Intenté estar preparada para la decepción. Nunca creí que Stu mintiera, y en realidad no creo que Harold tampoco lo creyera. De manera que me hallaba segura de que todo el mundo habría muerto, pero aun así resultó una experiencia demoledora y lloré. No pude evitarlo.

No fui la única en sentirse trastornada. Cuando Stu vio el lugar, se quedó lívido. Llevaba una camisa de manga corta y vi cómo se le erizaba el vello de los brazos. Sus ojos, siempre tan azules, tenían el color de la pizarra, como el océano en un día nublado.

–Bien, echemos un vistazo alrededor –dijo Harold al cabo de un momento.

–¿Para qué? –le contestó Stu.

Parecía casi histérico, pero mantenía las riendas. Me asustó todavía más debido a que, por lo general, es frío como un témpano. La prueba es que a Harold le resulta casi imposible sacarlo de sus casillas...

–Stuart... –empezó Glen, pero Stu le interrumpió.

–¿Para qué? ¿Acaso no veis que es un lugar muerto? Nada de bandas ni de soldados, nada de nada. Creedme. Si estuvieran aquí, ya se habrían lanzado sobre nosotros. Nos encontraríamos ya en esas habitaciones blancas como un montón de jodidos conejillos de Indias. –Luego me miró y dijo: – Lo siento, Fran... no quería hablar así. Supongo que estoy trastornado.

–Muy bien, yo iré a echar un vistazo –dijo Harold –. ¿Quién viene conmigo?

---

A pesar de que Harold intentaba mostrarse valentón y audaz, en realidad también estaba asustado.

Glen se ofreció a acompañarlo y Stu dijo:

–Ve tú también, Fran. Echa un vistazo. Date ese gusto.

Me hubiera gustado contestar que prefería quedarme allí, en las afueras con él, porque parecía muy inquieto y, a decir verdad, tampoco tenía ganas de ir, pero ello habría creado mayores dificultades con Harold, así que dije que sí.

Si nosotros, Glen y yo, hubiéramos puesto en tela de juicio la historia de Stu, habríamos cambiado de parecer tan pronto abrimos la puerta. Era el hedor, el mismo de cualquiera de los pueblos relativamente grandes que habíamos atravesado. Un olor como a tomates podridos. Dios mío, ya estoy llorando otra vez, pero no es justo que la gente no sólo muera sino que luego apeste así.

*(más tarde)*

Bien, ya me he desahogado llorando a rienda suelta por segunda vez en el día de hoy. No sé qué le está pasando a Fran, nuestra chica dura, que solía masticar clavos y escupir tachuelas de alfombra, ja ja. Bueno, no más lágrimas por esta noche.

Pese a todo, entramos, supongo que por curiosidad morbosa. No sé qué pensarían los otros, pero yo sentía deseos de ver la habitación en que mantuvieron prisionero a Stu. Veamos, no era sólo el hedor, sino lo *frío* que estaba aquel lugar llegando de fuera. Muros de granito y mármol y, posiblemente, también un aislamiento fantástico. Había un ambiente más cálido en los dos pisos superiores; pero allí abajo estaban el olor... y el frío... Era como una tumba.

Era también fantasmagórico, como una casa frecuentada por espíritus. Los tres caminábamos muy juntos, como ovejas, y me alegraba de llevar el rifle, aunque sólo sea un 22. Nuestras pisadas resonaban como si alguien nos estuviera siguiendo con sigilo. Empecé a pensar de nuevo en aquella pesadilla, esa en la que aparece el hombre de la túnica negra. No era de extrañar que Stu no hubiera querido acompañarnos.

Finalmente nos dirigimos a los ascensores y subimos al segundo piso. Allí sólo había oficinas, y varios cuerpos. El tercer piso era semejante a un hospital pero todas las habitaciones tenían puertas herméticas, al menos eso fue lo que dijeron tanto Harold como Glen, y unas ventanillas especiales para observar el interior. Allí había *montones* de cuerpos. Tanto en las habitaciones como en todos los pasillos que desembocaban en el vestíbulo. Había muy pocas mujeres. Me pregunto si al final habían decidido evacuarlas. Hay tantas cosas que jamás sabremos... Aunque, por otra parte, ¿qué falta nos hace saberlas?

Como quiera que sea, al otro extremo del vestíbulo, al que se llegaba desde el pasillo principal donde se encontraban los ascensores, hallamos una habitación con la hermética puerta abierta. En ella había un cadáver, pero no se trataba de un paciente, ya que éstos llevaban la bata blanca del hospital. Y desde luego no había sido víctima de la gripe. Yacía en un gran charco de sangre seca y parecía haber intentado salir a rastras de la habitación donde al fin murió. Había una silla rota y todo estaba patas arriba, como si hubiera habido lucha. Glen miró en derredor y luego dijo:

–Será mejor que no mencionemos a Stu esta habitación. Creo que debió de estar a punto de morir aquí.

Miré el cuerpo descoyuntado y sentí escalofríos.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Harold. Incluso él parecía desasosegado. Fue una de las pocas veces en que oí hablar a Harold sin arrogancia y afectación.

–Creo que este caballero vino aquí para matar a Stuart –dijo Glen –, y que éste le ganó por la mano.

–Pero ¿por qué? –pregunté -. ¿Por qué habría de querer matar a Stu si era inmune? No tiene sentido.

Glen me miró con ojos vacuos, como los de un arenque.

–Eso no importa, Fran –dijo -. No da la impresión de que el sentido tenga mucho que ver con este sitio. Existe cierta mentalidad que cree que lo bueno es echar tierra sobre las cosas. Creen en ello con la misma sinceridad y fanatismo que los miembros de muchas sectas religiosas creen en divinidades ocultas. Porque, para alguna gente, la necesidad de seguir disimulando, incluso después de sufrido el daño, es lo más importante. Me pregunto cuántas personas inmunes habrán matado en Atlanta, en San Francisco o en el Centro Epidemiológico de Topeka, antes de que la epidemia los matara finalmente a *ellos* y pusiera fin a su carnicería. ¿Y este pobre? Me alegro de que esté muerto. Sólo lo siento por Stu, que probablemente tendrá pesadillas durante el resto de su vida por culpa de este tipo.

¿Y a que nadie se imagina lo que hizo acto seguido Glen Bateman, ese hombre amable que describe imágenes horribles? Se acercó al muerto y le pegó un puntapié en la cara. Harold ahogó una especie de gruñido sordo como si le hubieran golpeado a él. Glen se dispuso a golpear de nuevo.

–¡No! –le gritó Harold.

Sin embargo, Glen atizó un nuevo puntapié al hombre. Luego se volvió al tiempo que se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Sus ojos habían perdido aquella espantosa mirada de pez en salazón.

–Vamos –dijo –, salgamos de aquí. Stu tenía razón. Es un lugar muerto.

Salimos y encontramos a Stu sentado en el alto muro que rodeaba el lugar, con la espalda contra la malla metálica. Y hubiera querido... Vamos, adelante Frannie. Si no puedes decírselo a tu diario, ¿a quién entonces? Hubiera querido correr junto a él, besarle y decirle lo avergonzada que me sentía de que ninguno de nosotros le hubiera creído. Avergonzada de cómo habíamos hablado sin cesar de *nuestros* duros sufrimientos durante el período de la epidemia, y él sin decir apenas nada, cuando aquel hombre casi le había matado. ¡Vaya por *Dios!* Me estoy enamorando de él ¡De no ser por Harold, pondría a prueba mi condenada suerte!

Pero (siempre hay un pero, aunque ahora tengo los dedos demasiado entumecidos) entonces fue cuando Stu nos dijo, por primera vez, que quería ir a Nebraska, que deseaba comprobar su sueño. Lo hizo con expresión decidida, aunque incómoda, como si supiera que Harold iba a obsequiarle con varias estupideces arrogantes. Pero éste se hallaba demasiado nervioso después de nuestro paseo por las instalaciones Stovington para mostrar otra cosa que una débil resistencia. Incluso ésta cedió cuando Glen dijo con tono reticente que la noche anterior también él había soñado con la anciana.

–Claro que es posible que sólo se deba a lo que nos contó Stu sobre *su* sueño –alegó con el rostro bastante enrojecido –, pero presentaba una similitud notable.

---

Harold afirmó que seguramente había sido eso, pero Stu dijo:

–Espera, Harold. Se me ha ocurrido una idea.

La idea consistía en que todos cogiéramos una hoja de papel y escribiéramos lo que recordásemos de los sueños tenidos durante la última semana y luego comparar nuestras notas. Era un enfoque bastante serio, por lo que Harold no pudo protestar demasiado.

Bien, el único sueño que yo había tenido era el que ya he anotado y que no voy a repetir. Me limité a transcribirlo, incluida la parte referida a mi padre; pero sin decir nada sobre el bebé.

Una vez hubimos comparado nuestras notas, los resultados fueron asombrosos.

Los tres, Harold, Stu y yo, habíamos soñado con *el hombre oscuro*, como yo le llamo. Tanto Stu como yo lo veíamos como un hombre con hábito de monje y sin facciones visibles; siempre tenía la cara en sombras. Harold decía que el hombre permanecía de pie en una puerta a oscuras, haciéndole señas como un alcahuete. A veces podía entrever sus pies y el brillo de sus ojos. Unos ojos como los de una comadreja, había especificado.

Los sueños de Stu y Glen sobre la anciana eran muy similares. La similitud era tal que resultaba ocioso analizarla (lo que es mi forma literaria de decir que mis dedos se están quedando insensibles). Como quiera que sea, ambos coinciden en que se encuentra en Polky County, Nebraska, aun cuando no hayan podido ponerse de acuerdo acerca del nombre del pueblo. Stu dice Hollingford Home y Glen afirma que es Hemingway Home. Bastante semejantes. Y los dos parecían seguros de que podrían encontrarlo. (Toma buena nota, diario: yo apuesto por Hemingford Home.) Glen dijo:

–Esto es increíble. Parece que todos estamos compartiendo una auténtica experiencia psíquica.

Como era de esperar, Harold se mostró desdeñoso; no obstante parecía más dispuesto a la reflexión. Estuvo de acuerdo en ir allí; pero argumentando que a alguna parte habíamos de ir.

Emprenderemos la marcha por la mañana. Me siento asustada, pero sobre todo contenta de abandonar Stovington, que es un lugar de muerte. Y desde luego mis preferencias irán siempre hacia esa anciana que se enfrenta al hombre oscuro.

*Cosas para el recuerdo:* «Frena ya» quería decir no te pongas nerviosa; «chupi» y «fetén» significaba que era algo bueno. «Nada de sudores» se decía para indicar que no se estaba preocupado. «Adelante con el *boogie*» era pasarlo bien, y muchísima gente llevaba camisetas con la leyenda «Sucesos de Mierda», que ciertamente se producían y... se siguen produciendo. «Estoy engrasado» era una expresión muy corriente, que yo oí este año por primera vez y que quería decir que todo iba viento en popa.

Eran las doce del mediodía.

Perion se había dormido, extenuada, junto a Mark, a quien dos horas antes habían trasladado a la sombra. Recobraba la consciencia de manera intermitente, y para todos resultaba más fácil cuando se encontraba inconsciente. Había resistido al dolor durante el resto de la noche; pero al alba se dio por vencido y, cuando estaba consciente, sus gritos helaban la sangre. Se miraban impotentes unos a otros. Nadie había querido almorzar.

–Es el apéndice –dijo Glen –. Creo que no existe duda al respecto.

---

–Tal vez deberíamos intentar... bueno, operarle –sugirió Harold mirando a Glen –. Supongo que tú no...

–Lo mataríamos –afirmó Glen sin rodeos –. Lo sabes bien, Harold. Si lográramos abrirle sin que se desangrara hasta morir, cosa que no conseguiríamos, no sabríamos distinguir el apéndice del páncreas. Ahí dentro no encontrarás etiquetas, ¿sabes?

–Si no lo hacemos morirá –sentenció Harold.

–¿Quieres intentarlo *tú*? –replicó Glen –. A veces me asombras, Harold.

–No veo que *tú* seas de gran ayuda en estos momentos difíciles –dijo Harold enrojeciendo.

–Acabad ya con esto. Vamos –intervino Stu –. ¿Qué sacáis con esta discusión? A menos que uno de vosotros esté dispuesto a abrirlo con un cuchillo, no hay nada que discutir.

–¡Stu! –exclamó Frannie sobresaltada.

–¿Qué? –Se encogió de hombros y a continuación dijo: – El hospital más cercano lo hemos dejado atrás, en Maumee. Nunca lograríamos que llegara hasta allí. Ni siquiera creo que podamos llevarle de nuevo junto a la barrera del peaje.

–Desde luego tienes razón –farfulló Glen pasándose la mano por una rasposa mejilla –. Discúlpame, Harold. Me siento muy trastornado. Sabía que podía pasar algo semejante; pero supongo que se trataba de un conocimiento académico. Esto es algo muy diferente a encontrarse sentado en el viejo estudio imaginando fantasías. Harold aceptó las disculpas con un murmullo y se alejó con las manos en los bolsillos. Parecía un malhumorado chico de diez años, muy desarrollado para su edad.

–¿Por qué no podemos moverlo? –preguntó desesperada Fran, mirando de Stu a Glen.

–Porque debe de tener el apéndice muy inflamado –contestó Glen –. Si revienta inundará su organismo con una cantidad de toxinas capaz de matar a diez hombres. Stu asintió. –Peritonitis.

Frannie sentía un torbellino en la cabeza. ¿Apendicitis? Eso hoy en día no era nada. *Nada*. Pero si a veces ibas al hospital para operarte de arenilla en la vesícula o algo por el estilo y te quitaban el apéndice como rutina. Recordaba a uno de sus amigos del colegio, Charley Biggers, a quien todo el mundo llamaba Biggy. Le extirparon el apéndice durante el verano entre el quinto y sexto curso. Y sólo permaneció en el hospital dos o tres días. Desde el punto de vista médico, extirpar el apéndice carecía de importancia.

Como tampoco tenía importancia desde el punto de vista médico dar a luz a un hijo.

–Pero si no hacéis nada también le reventará, ¿no? –les preguntó ella.

Stu y Glen se miraron incómodos y no contestaron.

–¡Entonces sois unos ineptos! –explotó Fran –. ¡Tenéis que hacer algo! ¡Aunque sea con un cuchillo! ¡Tenéis que hacerlo!

–¿Y por qué nosotros? –repuso Glen –. ¿Por qué no lo haces tú? Por Dios, si ni siquiera tenemos un libro de medicina.

–Pero tú... él... ¡No puede ser! ¡Hoy en día la extirpación del apéndice es algo muy sencillo!

–Bien, tal vez fuera así en los viejos tiempos, pero no hoy en día –aseguró Glen.

---

Fran había echado a correr llorando con desconsuelo.

Regresó alrededor de las tres de la tarde, avergonzada de sí misma y dispuesta a disculparse. Pero ni Glen ni Stu se hallaban en el campamento. Harold se encontraba sentado en el tronco de un árbol caído, en actitud abatida. Perion seguía sentada junto a Mark con las piernas cruzadas, limpiándole la cara con un pañuelo. Estaba pálida pero sosegada.

–¡Frannie! –exclamó Harold con alegría al levantar la vista.

–Hola, Harold. –Fran se acercó a Peri –. ¿Cómo está?

–Duerme –dijo Perion.

Pero Fran advirtió que no dormía. Estaba inconsciente.

–¿Adonde han ido los otros, Peri?

Fue Harold quien contestó. Se había acercado por detrás de ella y Fran intuyó que ansiaba tocarle el pelo o ponerle una mano en el hombro. Y ella no quería que lo hiciera. Harold empezaba a lograr que se sintiera incómoda.

–Se han ido a Kunkle. En busca de un consultorio médico.

–Pensaron que podrían encontrar algunos libros –agregó Peri –. Y algún... algún instrumental.

Tragó saliva audiblemente. Siguió refrescándole la cara a Mark con un paño que introducía en agua de vez en cuando y luego lo escurría.

–Todos estamos muy apenados –afirmó Harold –. Supongo que decirlo parece estúpido, pero de veras lo estamos.

Peri levantó el rostro y sonrió a Harold, una sonrisa forzada y dulce.

–Lo sé –dijo –. Y os doy las gracias. No es culpa de nadie. A menos, claro, que exista Dios. Si hay Dios entonces la culpa es suya. Y cuando lo vea pienso atizarle un puntapié en el trasero.

Tenía un rostro de rasgos angulosos y un cuerpo de campesina. Fran, que solía fijarse en lo bueno de cada uno antes que en lo malo (Harold, por ejemplo, tenía unas manos muy bonitas para un chico), se había dado cuenta de que el pelo de Peri, de un suave tono caoba, era casi esplendoroso, y de que tenía ojos hermosos e inteligentes, de color índigo oscuro. Ella les había dicho que enseñaba antropología en la Universidad de Nueva York y que había militado en diversos movimientos, entre los que figuraban los derechos de la mujer e igualdad para las víctimas del sida. Nunca se había casado. En cierta ocasión le dijo a Frannie que Mark había sido mejor para ella de lo que jamás había esperado que lo fuera un hombre. Todos los que había conocido antes, o la habían ignorado o la habían fastidiado. Admitía que, en circunstancias normales, Mark hubiera entrado seguramente en la categoría de los que la ignoraban. Pero las circunstancias no eran las normales. Se habían conocido en Albany, donde Perion veraneaba con sus padres, el último día de junio. Después de charlar un rato, decidieron irse de la ciudad antes de que los gérmenes que se estaban incubando en los cuerpos en descomposición pudieran cebarse en ellos.

De modo que se marcharon y, a la noche siguiente, se convirtieron en amantes, más a causa de su desesperada soledad que por una atracción auténtica. Como se trataba de una charla entre jóvenes,

---

Frannie no lo escribió en su diario. Mark había sido bueno con ella, dijo Peri a Fran con ese tono suave y ligeramente asombrado de todas las mujeres corrientes al descubrir a un hombre cariñoso en un mundo cruel. Empezó a amarle. Y lo amó cada día un poco más.

Y ahora esto.

–Es extraño –dijo ella –. Aquí todos somos graduados de secundaria, salvo Stu y Harold. Y tú, Harold, lo serías si las cosas hubieran seguido su curso normal.

–Sí, supongo que así habría sido –convino Harold.

Peri volvió de nuevo su atención a Mark y siguió refrescándole la frente, con suavidad y amor. Frannie recordaba unas ilustraciones en color de su Biblia familiar, un cuadro en el que aparecían tres mujeres preparando el cuerpo de Jesús para la sepultura, ungiéndole con aceites y aromas.

–Frannie estudiaba literatura inglesa. Glen era profesor de sociología, Mark preparaba su doctorado de historia de América. Tú, Harold, también estudiabas literatura inglesa porque querías ser escritor. Podíamos sentarnos juntos y acometer sesudas discusiones y elucubraciones. De hecho lo hicimos, ¿no?

–Sí –asintió Harold. Su voz, que siempre había sido penetrante, resultó casi inaudible.

–Una educación humanística te enseña a pensar... Las duras realidades con las que vas tropezando son secundarias. Lo más importante que llevas contigo al término de tus estudios es haber aprendido a manejar la inducción y la deducción de manera constructiva.

–Eso es muy bueno –dijo Harold –. Me gusta.

Ahora *sí* apoyó la mano en el hombro de Frannie. Ella no lo evitó, pero no dejaba de sentirse incómoda.

–Sin embargo, no es bueno –exclamó Peri.

Harold quedó tan sorprendido que apartó la mano del hombro de Fran, para alivio de ella.

–¿No? –inquirió casi con timidez.

–¡Se está *muriendo!* –dijo Peri sin levantar la voz, pero con tono colérico e impotente –. Se está muriendo porque todos nosotros nos hemos pasado el tiempo intentando deslumbrarnos los unos a los otros en campos y apartamentos baratos en ciudades universitarias. Sí, claro, yo puedo hablar de los melanesios de Nueva Guinea, y Harold puede explicar la técnica literaria de los últimos poetas ingleses. ¿Y de qué le sirve todo eso a mi Mark?

–Si tuviéramos a alguien de la facultad de medicina... –empezó Fran.

–Eso es, si lo tuviéramos. Pero no lo tenemos. Ni siquiera tenemos a alguien que hubiera asistido a una escuela agrícola y pudiera haber *visto* al menos a un veterinario atender a una vaca o un caballo. – Los miró sombríamente –. Pese a la enorme simpatía que siento por todos vosotros, creo que, llegados a este punto, os cambiaría a todos juntos por un buen cirujano. Tenéis todos un miedo cerval a tocarlo, a pesar de saber lo que va a ocurrir si no lo hacéis. Y eso va también por mí. No me excluyo en modo alguno.

–Al menos los dos... –Frannie se interrumpió a tiempo. Iba a decir «Al menos los dos hombres han ido»; pero pensó que sería una manera desafortunada de exponerlo, considerando que Harold

seguía allí -. Al menos Stu y Glen –rectificó – han ido a ver qué podían hacer. Eso ya es algo, ¿no? Peri suspiró.

–Sí... es algo. Pero fue Stu quien tomó la decisión de ir, ¿no? El único entre nosotros que decidió al fin que era preferible intentar cualquier cosa a limitarnos a seguir aquí contemplándolo y retorciéndonos las manos. –Miró a Frannie -. ¿Te ha dicho lo que hacía para ganarse la vida?

–Trabajaba en una fábrica –se apresuró a decir Fran, sin darse cuenta del ceño de Harold al ver la rapidez con que ofrecía la información -. Colocaba circuitos en calculadoras electrónicas. Supongo que era un técnico especialista en computadoras.

–¡Aja! –exclamó Harold sonriendo mordaz.

–Es el único entre nosotros que sabe cómo separar cosas –dijo Peri -. Lo que él y Bateman hagan matará a Mark, de eso estoy casi segura; pero es preferible morir mientras alguien intenta salvarte a que te dejen morir viendo cómo todos permanecen quietos mirando... igual que si fueras un perro atropellado en la calle.

Ni Harold ni Fran supieron qué contestar. Se limitaron a seguir allí en pie, detrás de ella, observando el rostro pálido e inmóvil de Mark. Al cabo de un rato, Harold volvió a poner la mano sudorosa sobre el hombro de Fran, y ella sintió deseos de gritar.

Stu y Glen regresaron a las cuatro menos cuarto. Habían cogido una bicicleta. Atado detrás, llevaban un maletín negro de médico con instrumental y un par de libros de cirugía.

–Vamos a intentarlo –fue cuanto dijo Stu.

Peri levantó la mirada. Tenía la cara muy pálida y tensa; pero su voz era tranquila:

–¿Lo haréis? Por favor. Los dos queremos que lo hagáis.

–Stu –dijo Peri on.

Eran las cuatro y diez. Stu se encontraba arrodillado sobre una sábana de goma que habían extendido debajo de un árbol. El sudor le resbalaba por la cara. Le brillaban los ojos, atormentados y frenéticos. Frannie sujetaba delante de él un libro abierto, mostrándole alternativamente dos láminas en color cada vez que Stu levantaba los ojos y le hacía un gesto de asentimiento. Glen Bateman estaba junto a ellos, pálido, sujetando un carrete de hilo blanco quirúrgico. Entre ellos había un estuche con instrumental también quirúrgico. En aquel momento estaba todo salpicado de sangre.

–¡Aquí está! –gritó Stu con el tono estridente, vibrante por el triunfo, y sus ojos eran dos puntos brillantes -. ¡Aquí está el condenado bastardo! ¡Aquí! ¡Justo aquí!

–Stu –repitió Peri on.

–¡Enséñame de nuevo esa otra lámina, Fran! ¡Deprisa! – ¿Puedes extirpárselo? –preguntó Glen -. ¡Dios mío! ¿Crees que podrás hacerlo?

Harold se había ido. Se había alejado pronto del grupo tapándose la boca con una mano. Durante los últimos quince minutos, permaneció de pie en un bosquecillo, de espalda a ellos. En ese momento se volvió con expresión esperanzada en su rostro ancho y redondo.

–No lo sé –repuso Stu –. Pero es posible. Es posible que pueda.

Estudió atentamente la lámina que Fran le mostraba. Tenía sangre hasta los codos y semejaba llevar unos guantes escarlata.

–Se halla situado de manera independiente arriba y abajo –musitó Stu, y los ojos le brillaban –. El apéndice. Es una pequeña unidad independiente. Es... sécame la frente, Frannie. Jesús, estoy sudando como un maldito cerdo... Gracias. Santo Dios, no quiero cortarle más de lo necesario... Aquí están los condenados intestinos... Pero, Dios, he de hacerlo.

–Stu –volvió a decir Perion.

–Dame las tijeras, Glen. No, esas no. Las pequeñas.

–*Stu.*

Por fin la miró.

–Ya no tienes que hacerlo. –Su tono de voz era suave, tranquilo –. Ha muerto.

Stu siguió mirándola.

Perion asintió.

–Hace casi dos minutos. Pero gracias de todas formas. Gracias por intentarlo.

Stu siguió mirándola.

–¿Estás segura? –musitó al fin.

Perion asintió de nuevo. Las lágrimas le caían por las mejillas.

Stu se alejó de ellos, dejando caer el pequeño escalpelo que había estado manejando, y se llevó la mano a los ojos con gesto de absoluta desesperanza. Glen se había puesto ya en pie y empezó a caminar sin mirar atrás, los hombros encorvados como si hubiera recibido un golpe.

Frannie abrazó a Stu y lo estrechó.

–Y eso es todo –dijo Stu.

Lo repetía una y otra vez con una voz lenta y sin matices que asustó a Fran.

–Eso es todo. Ya ha terminado. Eso es todo.

–Has hecho todo lo que has podido –le dijo Fran abrazándolo con más fuerza, como si él fuera a escaparse.

–Eso es todo –repitió una vez más con voz sorda.

Frannie volvió a abrazarlo con fuerza. Pese a todos sus pensamientos durante las últimas tres semanas y media, pese al enamoramiento que sentía por él, no lo había demostrado abiertamente. Había evitado, con cuidado casi penoso, demostrar lo que sentía. Ya era demasiado difícil la situación con Harold. Y ni siquiera en esos momentos estaba revelando sus sentimientos hacia Stu. En

realidad no era un abrazo de amantes, sólo el de un superviviente que se aferraba a otro. Stu pareció entenderlo. La estrechó con fuerza, dejando huellas ensangrentadas en su camisa caqui, marcándola de tal forma que parecían partícipes en algún desafortunado crimen. En alguna parte, un pájaro chilló ásperamente. Más cerca, Perion rompió a llorar.

Harold Lauder, que no sabía distinguir entre los abrazos de supervivientes y los de amantes, se quedó mirando a Frannie y a Stu con suspicacia y temor crecientes. Al cabo de un largo rato, se adentró furioso en los matorrales y no regresó hasta bien pasada la hora de la cena.

A la mañana siguiente, Fran despertó temprano. Alguien la sacudía. Abriré los ojos y me encontraré con Glen o con Harold, se dijo somnolienta. Volveremos una vez más sobre lo mismo y *seguiremos* haciéndolo hasta que lo logremos. Quienes no aprenden de la historia...

Pero era Stu. Y ya era casi de día. El amanecer se deslizaba envuelto en una bruma temprana, como oro recién sacado envuelto en leve algodón. Los demás dormían profundamente.

–¿Qué pasa? –le preguntó al tiempo que se sentaba –. ¿Algo anda mal?

–Estaba soñando otra vez –le contestó él –. Pero no con la anciana, sino con él... con el hombre oscuro. Estaba tan aterrado que...

–Está bien –dijo ella asustada por su expresión –. Di lo que sea, por favor.

–Es Perion. Cogió todo el Veronal de la mochila de Glen.

Ella lanzó una exclamación entrecortada.

–¡Dios mío! –dijo Stu con voz quebrada –. Está muerta, Frannie. Señor, qué horrible situación.

Fran intentó hablar pero no le salían las palabras.

–Supongo que habré de despertar a los demás para que se levanten –dijo Stu.

Se frotó la mejilla, áspera por la barba incipiente. Fran todavía recordaba cómo la había sentido contra la suya el día anterior cuando lo abrazaba. Se volvió hacia ella aturdido:

–¿Cuándo acabará esto?

–No creo que acabe jamás –musitó ella.

Sus ojos se encontraron con las primeras luces del amanecer.

*Del diario de Fran Goldsmith 12 de julio de 1990*

Esta noche estamos acampados justo al oeste de Guildlerlan (NY). Por fin hemos tomado la carretera 80/90. Ya se ha calmado un poco nuestra excitación por el encuentro de ayer por la tarde con Mark y Perion. Creo que es un bonito nombre. Han aceptado unirse a nosotros. De hecho fueron ellos quienes lo sugirieron.

Estoy segura de que Harold nunca se lo hubiera ofrecido. Ya sabemos cómo es. Se mostró algo asombrado, y me parece que Glen también, ante el armamento que llevaban, incluidos dos rifles semiautomáticos. Harold tuvo que hacer su numerito, ya sabéis, dejar bien sentada su presencia.

Supongo que he llenado páginas y más páginas con la psicología de Harold, de manera que si a estas alturas no lo conocéis, nunca llegaréis a conocerlo. Debajo de su fanfarronería y sus pomposas declaraciones, se oculta un muchacho muy inseguro. En realidad se resiste a creer que las cosas hayan cambiado. Una parte de él, y creo que una parte muy grande, ha de seguir creyendo que todos sus atormentadores de la facultad se levantarán un buen día de sus tumbas y empezarán a arrojarle bolitas de papel mascado o tal vez a ponerle motes desagradables, como Amy decía que solían hacer. Muchas veces pienso que hubiera sido mejor para él, y acaso también para mí, si no hubiéramos unido fuerzas allá en Ogunquit. Yo formo parte de su antigua vida, hubo un tiempo en que me unió una gran amistad con su hermana y todas esas cosas. Lo que viene a resumir mi extraña relación con Harold es que, a pesar de lo raro que pueda parecer, sabiendo lo que ahora sé, probablemente preferiría mil veces ser amiga de Harold que de Amy, que se sentía sobre todo deslumbrada por chicos con coches despampanantes y trajes de Sweetie's, y que además era una auténtica esnob de Ogunquit, de la única manera que puede serlo una *townie*<sup>4</sup> durante todo el año. Y que Dios me perdone por decir cosas desagradables de los muertos, pero es la verdad. Harold es, a su extraña manera, más bien sensato. Cuando no dedica todas sus energías mentales a comportarse como un gilipollas, claro está. Pero, de cualquier manera, Harold jamás podrá creer que alguien piense que es indiferente. Una parte de su ser se ha concentrado en mantenerse ecuánime. Está decidido a llevar consigo todos sus problemas a este mundo nuevo. Es como si se los hubiera metido en la mochila junto con esas barras de chocolate Payday que tanto le gustan. No sé si es valiente.

Caramba, Harold, la verdad es que no sé.

*Cosas para el recuerdo:* El loro *Gillette*. «Por favor no aprieten el Charmin.» El lanzador andante *Kool-Aid* que solía decir «Oh... yeaahhh!». Los Tampones O.B. creados por una ginecóloga. La película *La noche de los muertos vivientes*. ¡Brrrrr! Esto último presenta demasiadas similitudes. Abandono.

*14 de julio de 1990*

Hoy, durante el almuerzo, hemos tenido una charla muy extensa y seria sobre esos sueños, y nos hemos detenido con ello quizá demasiado tiempo. Y a propósito, nos encontramos exactamente al norte de Batavia, Nueva York.

Ayer Harold sugirió, con mucha cortedad para tratarse de él, que empezáramos a almacenar Veronal y todos tomásemos dosis ligeras, para ver si así podíamos «interrumpir el ciclo de sueños», como lo llamó. Acepté la idea para que nadie creyera que algo no me funciona bien; pero pienso guardarme mi dosis porque no sé el efecto que puede causar al Llanero Solitario. Espero que sea solitario. No estoy segura de poder enfrentarme a gemelos.

Una vez aprobada la propuesta del Veronal, Mark hizo un comentario.

–Veréis –dijo –, estas cosas no son demasiado coherentes. Pronto empezaremos a creer que somos Moisés o José, recibiendo llamadas telefónicas de Dios.

–El hombre oscuro no llama desde el cielo –observó Stu –. Si se trata de conferencia creo que llega desde un sitio mucho más bajo.

<sup>4</sup> Habitante de una ciudad universitaria que no es miembro de la universidad.

–Ésa es la forma que tiene Stu de decir que la Parca viene por nosotros –dije con un susurro.

–Es una explicación tan buena como cualquier otra –declaró Glen, y todos lo miramos –. Bien –prosiguió, creo que algo a la defensiva –. Si lo consideramos desde un punto de vista teológico parece como si fuéramos el nudo gordiano de una lucha entre el cielo y el infierno, ¿no? Si hay jesuitas supervivientes de la supergripe deben de estar desquiciados.

Aquello hizo que Mark se desternillara de risa. Yo no lo entendí, pero mantuve la boca cerrada.

–Bueno, creo que todo esto es ridículo –intervino Harold –. Antes de que nos demos cuenta estaréis enredados con Edgar Cayce y la transmigración de las almas. Cayce lo pronunció Case y, cuando le corregí indicándole que hay que decirlo como las iniciales de Cansas City, me miró con el ESPANTOSO CEÑO HAROLD. No es precisamente el tipo de hombre que te abrumba con su agradecimiento cuando le haces observar un pequeño fallo. ¡No, señor!

–Siempre que se produce un claro fenómeno paranormal –alegó Glen –, la única explicación que encaja y perpetúa su lógica interior es la teológica. Esa es la razón de que lo psíquico y la religión hayan avanzado siempre codo con codo, incluso hasta nuestros modernos sanadores por la fe.

Harold farfullaba, pero Glen proseguía impertérrito.

–Por mi parte, creo que todo el mundo tiene ciertos poderes psíquicos y que una parte de nosotros se halla impregnada hasta tal punto que muy rara vez nos damos cuenta. El talento puede ser un gran impedimento y ello hace también que nos demos cuenta de su existencia.

–¿Por qué? –pregunté.

–Porque es un factor negativo, Fran. ¿Alguno de vosotros ha leído el estudio de 1958 de James D.L. Staunton sobre accidentes de trenes y aviones? En su origen fue publicado por una revista de sociología que consideraba el ocultismo una especie de *hobby*. Escribió muchos artículos sobre esos temas, pero los periódicos se ocupan muy poco de ellos. Todos meneamos la cabeza.

–Tenéis que recordarlo –siguió diciendo –. James Staunton era lo que mis alumnos de hace veinte años llamaban una cabeza realmente privilegiada, un sociólogo que estudiaba el ocultismo.

Harold bufó, pero Stu y Mark sonreían. Y mucho me temo que yo también.

–Bien, hablemos de los aviones y los trenes –pidió Peri.

–Bueno. Staunton revisó las estadísticas de unos cincuenta accidentes de avión desde 1925 y unos doscientos de trenes desde 1900. Introdujo toda la información en un ordenador. Estableció una correlación básica entre tres factores: los habituales en cualquier transporte que acababa en desastre, las personas que murieron en el accidente y la *capacidad* del vehículo.

–No alcanzo a comprenderlo –dijo Stu.

–Has de saber que introdujo una segunda serie de datos en el ordenador, esta vez relativos a un número igual de aviones y trenes que *no* sufrieron accidentes.

Mark asintió.

–Un grupo de control y otro experimental. Parece tener bastante solidez.

–Lo que encontró fue muy simple pero demoledor por sus implicaciones. Es una vergüenza que uno haya de ir tanteando a través de dieciséis tablas la realidad estadística básica.

---

–¿*Qué* realidad? –quise saber.

–Los trenes y aviones al completo rara vez se estrellan –dijo Glen.

–¡Menuda estupidez! –chilló Harold.

–En modo alguno –replicó Glen con calma –. Ésa era precisamente la teoría de Staunton, y el ordenador la corroboró. En las ocasiones en que aviones y trenes se estrellan, los vehículos viajan con el sesenta y uno por ciento de su capacidad en cuanto a pasajeros. Cuando hacen el recorrido sin novedad, el porcentaje es del setenta y seis. Hay una diferencia del quince por ciento en gran número de casos computadorizados, y esa especie de desviación es *significativa*. Staunton señala que, desde un punto de vista de las estadísticas, una desviación de un tres por ciento daría ya que pensar, y tiene razón. Es una anomalía del tamaño de Texas. Staunton llegó a la conclusión de que la gente *sabe* qué aviones y trenes van a estrellarse... y que, de manera inconsciente, están prediciendo el futuro.

–Tu tía Sally sufrió un terrible dolor de estómago minutos antes de que el vuelo sesenta y uno despegara de Chicago con destino a San Diego. Y al estrellarse el avión en el desierto de Nevada todo el mundo clamó: «Ese dolor de estómago fue en verdad una bendición de Dios, tía Sally.» Pero hasta que apareció James Staunton con sus conclusiones, nadie se dio cuenta de que, en realidad, hubo treinta personas con dolores de estómago o de cabeza. O sencillamente esa extraña sensación que se siente en las piernas cuando el cuerpo intenta decir a la cabeza que algo va a salir mal.

–Pues no puedo creer semejante cosa –dijo Harold moviendo la cabeza...

–Verás –prosiguió Glen –. Al cabo de una semana más o menos, desde que leí el artículo de Staunton, un jet de la Majestic Airlines se estrelló en el aeropuerto Logan. Murieron todos los que iban a bordo. Pues bien, llamé a las oficinas de la Majestic en Logan una vez las cosas se hubieron tranquilizado. Les dije que era reportero del *Union Leader*, de Manchester (una pequeña mentira por una buena causa), que estaba reuniendo datos para un suplemento sobre accidentes aéreos y pregunté si podría decirme cuántas personas no subieron a ese vuelo a última hora. El hombre pareció un tanto sorprendido porque, según dijo, el personal de la compañía había estado hablando acerca de ello. Fueron dieciséis. Dieciséis personas no subieron a bordo. Le pregunté cuál era el promedio sobre setecientos cuarenta y siete vuelos de Denver a Boston, y dijo que tres.

–¡Tres! –exclamó Perion, al parecer maravillada.

–Exacto. Pero aquel tipo fue aún más lejos. Afirmó que también hubo quince *cancelaciones*, y que el promedio era de ocho. De manera que, aun cuando los titulares del accidente pregonaban MUEREN NOVENTA Y CUATRO PERSONAS EN EL ACCIDENTE AÉREO DE LOGAN, pudieron igualmente haber dicho TREINTA Y UNA PERSONAS EVITAN LA MUERTE EN EL DESASTRE DEL AEROPUERTO LOGAN.

Seguimos hablando de cuestiones psíquicas y todo eso, pero fuimos apartándonos del tema de *nuestros* sueños y de si procedían o no del Altísimo, allá en el cielo. Algo sí que se planteó después de que Harold se alejara francamente irritado.

–Si todos poseemos ese don psíquico –preguntó Stu a Glen –, ¿cómo es que no sabemos que una persona amada acaba de morir, o que nuestra casa ha sido arrasada por un tornado?

–Hay casos de este tipo –contestó Glen –. Pero he de admitir que distan mucho de ser habituales, o tan fáciles de demostrar con la ayuda de un ordenador. Es un punto interesante. Tengo una teoría – ¿acaso no la tiene siempre, querido diario?– relacionada con la evolución. Veréis, hubo

un tiempo en que el hombre, o su progenitor, tenía cola, y el vello le cubría todo el cuerpo; además, poseía unos sentidos mucho más agudos que los que tiene en la actualidad. ¿Por qué hoy en día no los tenemos? Rápido, Stu. Es tu oportunidad para colocarte en cabeza de la clase, con birrete y todo.

–Supongo que por la misma razón que los automovilistas ya no llevan anteojos de carretera y guardapolvo. Hay cosas que a veces se superan. Se llega a un punto en el que ya no son necesarias.

–Exacto. ¿Y de qué sirve tener un sentido psíquico que resulta inútil desde un punto de vista práctico? ¿Qué tiene de beneficioso que te encuentres trabajando tranquilamente en tu despacho y de repente sepas que tu mujer ha muerto en un accidente de coche cuando regresaba del mercado? Alguien te llamará por teléfono y te lo comunicará, ¿no? Ese sentido ha debido de quedar atrofiado hace muchísimo tiempo, si es que alguna vez lo tuvimos. Debió desaparecer junto con la cola y la piel peluda.

»Lo que me interesa de esos sueños –prosiguió – es que parecen presagiar una especie de lucha. Estamos recibiendo imágenes nebulosas de una protagonista y un antagonista. De un adversario, si lo preferís. De ser así, podría parecer que estamos mirando un avión en el que está programado que volemos... y que de repente nos sintamos aquejados de dolor de estómago. Tal vez se nos estén dando los medios para moldear nuestro propio futuro. Una especie de voluntad libre cuatridimensional. La posibilidad de elegir de antemano los acontecimientos.

–Pero no sabemos lo que los sueños *significan* –intervine yo.

–En efecto, no lo sabemos. Pero podemos saberlo. No sé si un pequeño don psíquico significa que nuestro origen es divino. Son muchos los que aceptan el milagro de la vida sin creer que eso demuestre la existencia de Dios, y yo soy uno de ellos. Pero sí creo que esos sueños son una fuerza constructiva, pese a su capacidad para atemorizarnos.

*Cosas para el recuerdo:* Recesos. Déficits. El prototipo Ford Growler capaz de recorrer cien kilómetros de carretera con un galón de gasolina. Una auténtica maravilla de coche. Y eso es todo. Abandono. Si no hago más breves mis anotaciones, este diario resultará tan largo como *Lo que el viento se llevó*, antes incluso de que llegue el Llanero Solitario. Y, por favor, que no sea un caballo blanco llamado *Silver*. Ah, sí. Una cosa más para el recuerdo: Edgar Cayce. No puedo olvidarlo. Al parecer veía el futuro en sus sueños.

*16 de julio de 1990*

Sólo dos notas más, ambas relacionadas con los sueños. (Consultar la anotación hecha hace días.) En primer lugar hacer constar el hecho de que Glen Bateman ha estado muy pálido y silencioso durante los dos últimos días, y esta noche he visto que tomaba una gran dosis de Veronal. Supongo que no tomó las dos últimas y el resultado fueron unas pesadillas horripilantes. Es algo que me preocupa. Quisiera saber cómo abordarle respecto al asunto, pero no se me ocurre nada.

La segunda cosa son mis propios sueños. Anteanoche, nada. Fue la noche después de nuestra discusión. Dormí como un bebé y no recuerdo nada en absoluto. Anoche soñé por primera vez con la anciana. Nada tengo que añadir a lo que ya se ha dicho. Sólo que ella parece envuelta en un aura de GENTILEZA, de BONDAD. Creo que puedo entender el motivo de que Stu se halle tan decidido a ir a

Nebraska, a pesar de los sarcasmos de Harold. Esta mañana me he despertado completamente descansada, pensando que si logramos llegar hasta esa anciana todo IRÁ BIEN. Espero que realmente se encuentre allí. Y, a propósito, estoy convencida de que el nombre del pueblo es Hemingford Home.

*Cosas para el recuerdo: ¡Madre Abigail!*

## 47

Cuando ocurrió, ocurrió rápido.

Eran las diez y cuarto del 30 de julio y hacía sólo una hora que estaban en la carretera. Iban despacio, porque la noche anterior había llovido y la calzada estaba resbaladiza. Hablaron poco desde el día anterior por la mañana, cuando Stu despertó, primero a Frannie y luego a Harold y Glen, para comunicarles el suicidio de Perion. Fran pensaba tristemente que se culpaba a sí mismo. Se reprochaba algo de lo que tenía tanta culpa como de que hubiera tormenta.

Le habría gustado decírselo, en parte porque necesitaba que le reprendieran por su absurdo sentido de culpabilidad; pero también porque lo amaba. No podía seguir ocultárselo a sí misma. Creía poder convencerlo de que él no tenía nada que ver con la muerte de Peri, pero hacerlo acarrearía la revelación de sus propios sentimientos hacia él. Se dijo que tal vez tendría que prenderse el corazón en la manga para que Stu fuera capaz de verlo. Por desgracia, también lo vería Harold. De manera que eso quedaba descartado... Pero tendría que hacerlo pronto, lo aceptara Harold o no. Mucho se temía que Harold se decidiera por la segunda postura. Semejante decisión podría conducir a algo horrible. Después de todo, llevaban muchas armas.

Fran estaba cavilando esas ideas cuando, al salir de una curva, vieron una gran caravana volcada en medio de la carretera, bloqueando el paso. Aquello resultaba sorprendente; pero todavía había más. Tres camionetas y una grúa se encontraban aparcadas en el arcén. Y también había personas por allí. Al menos una docena.

Fran quedó tan sorprendida que se detuvo bruscamente. La Honda derrapó en la carretera mojada y casi la derribó antes de lograr dominarla. Los cuatro se detuvieron a la misma altura más o menos, asombrados de ver que todavía quedaba tanta gente con vida.

–Está bien, baja –dijo uno de los hombres.

Era alto, con barba pajiza, y llevaba gafas oscuras. Por un instante Fran sintió que se remontaba al Maine Turnpike y que la interpelaba un policía de tráfico por exceso de velocidad.

Luego nos pedirá los permisos de conducir, pensó Fran. Pero aquel hombre distaba mucho de ser un policía de tráfico. Allí había cuatro hombres, tres de ellos detrás del de la barba pajiza, más o menos en fila. El resto eran mujeres. Había al menos ocho. Estaban pálidas y asustadas, formando pequeños grupos alrededor de las camionetas.

El de la barba pajiza llevaba un revólver. Y los que estaban detrás de él iban provistos de fusiles. Dos de ellos llevaban equipamiento militar.

–Baja, maldita sea –repitió el barbudo.

Uno de sus compañeros levantó el rifle y disparó al aire. Fue un ruido tajante e imperativo en la brumosa atmósfera matinal.

Glen y Harold parecían desconcertados y recelosos. Sólo eso. Eran un blanco perfecto, se dijo Frannie, y empezó a sentir pánico. Ella misma no alcanzaba a comprender todavía la situación, pero sabía que la ecuación estaba equivocada. Cuatro hombres, ocho mujeres, le decía su cerebro, repitiendo luego más fuerte y en tono alarmado: ¡Cuatro hombres! ¡Ocho mujeres!

–Harold –dijo Stu con voz serena, y sus ojos tenían cierta expresión, como si se hubiera dado cuenta de algo –. Harold, no...

Y entonces fue cuando ocurrió todo.

Stu llevaba el fusil colgado a la espalda. Dejó caer el hombro de forma que la correa se deslizó por su brazo y al punto tenía el fusil en las manos.

–¡No lo hagas! –gritó con furia el hombre barbudo –. ¡Garvey! ¡Virge! ¡Ronnie! ¡Cogedles! ¡No le deis a la mujer!

Harold echó mano a sus revólveres, sin reparar en que todavía seguían en sus fundas.

Glen Bateman continuaba sentado detrás de Harold, estupefacto.

–¡Harold! –volvió a gritar Stu.

Frannie cogió su propio fusil. Tenía la sensación de que el aire estaba impregnado de algo pegajoso que no podría atravesar a tiempo. Pensó que probablemente morirían allí.

–¡Ahora! –chilló una de las chicas.

Frannie la miró al tiempo que seguía bregando con su fusil. No era realmente una chica, tendría al menos veinticinco años. Llevaba el pelo rubio ceniza recogido sobre la cabeza a la manera de un casco, como si acabara de trasquilarlo con unas tijeras de podar.

No todas las mujeres se movieron. Algunas parecían paralizadas a causa del miedo. Pero la rubia y otras tres sí lo hicieron.

Todo ocurrió en siete segundos.

El barbudo había estado apuntando a Stu con su revólver. Al gritar la rubia « ¡Ahora!» lo había vuelto hacia ella semejante a la varilla de un zahorí buscando agua. Se disparó, haciendo un fuerte ruido como el de un trozo de acero al horadar un cartón. Stu resbaló de la moto y Frannie gritó.

De repente, Stu estaba disparando incorporado sobre los codos llenos de rasguños. La Honda había caído sobre una de sus piernas. El barbudo pareció retroceder bailando, semejante a un comparsa de vodevil retirándose del escenario. El descolorido abrigo que vestía se hinchaba al agitarse. Su revólver automático apuntó hacia el cielo, y se repitió cuatro veces más el sonido del acero perforando cartón. Finalmente cayó de espaldas.

Dos de los tres hombres que se encontraban detrás de él se habían vuelto sobresaltados al oír el grito de la rubia. Uno de ellos apretó los dos gatillos de su arma que tenía en la mano, una vieja escopeta Rémington del calibre 12. El arma no tenía apoyo alguno, ya que la sostenía sobre la cadera derecha y, cuando se disparó, con un ruido como un trueno dentro de una habitación pequeña, se escapó de su mano despellejándole los dedos. Cayó en la carretera. La cara de una de

las mujeres que no había reaccionado al grito de la rubia desapareció tras un borbotón de sangre, y por un instante Frannie pudo oírla caer sobre el pavimento, como si de repente una nube hubiera descargado un chaparrón. Un ojo atisbaba indemne a través de la sangrienta máscara facial de aquella mujer. Su mirada era vacua y turbia. Luego, la mujer cayó de bruces en la carretera. La County Squire que tenía a sus espaldas quedó acribillada a balazos. Una de las ventanillas se convirtió en una catarata de cristales.

La rubia luchaba a brazo partido con el segundo hombre, que se había vuelto hacia ella y cuyo rifle cayó entre sus cuerpos. Una de las jóvenes se precipitó hacia el arma que yacía en el suelo.

El tercer hombre que no se había vuelto hacia la rubia, empezó a disparar a Fran, la cual se encontraba sentada a horcajadas en su moto, con el rifle en las manos y mirándolo estúpidamente. Era un tipo de tez cetrina que parecía italiano.

Oyó zumbear una bala junto a la sien izquierda.

Harold había logrado al fin sacar uno de sus revólveres. Disparó contra el hombre de tez cetrina. La distancia era de unos cinco metros. Falló. Un orificio de bala apareció en el revestimiento rosa de la caravana, a la izquierda de la cabeza del hombre de tez cetrina. Éste miró a Harold.

–Voy a matarte, hijoputa.

–¡No lo hagas! –chilló Harold.

Dejó caer el revólver y levantó las manos.

El hombre de la tez cetrina disparó tres veces contra Harold y falló las tres. La tercera fue la que estuvo más cerca de dar en el blanco y perforó el tubo de escape de la Yamaha de Harold. La moto cayó con éste y Glen.

Habían transcurrido veinte segundos. Harold y Stu yacían de bruces en el suelo. Glen se encontraba sentado en la carretera con las piernas cruzadas, con la misma actitud de no saber dónde estaba ni qué sucedía. Frannie intentaba desesperadamente disparar contra el hombre de tez cetrina, pero su arma no respondía, ni siquiera podía hacer funcionar el gatillo, porque había olvidado quitar el seguro. La rubia seguía luchando con el segundo hombre. La mujer que se abalanzó a coger el arma caída disputaba su posesión a otra mujer.

Maldiciendo en italiano, el hombre de la tez cetrina apuntó de nuevo a Harold. Y entonces fue cuando Stu disparó: apareció un orificio en la frente del hombre, el cual se desplomó instantáneamente.

Otra mujer se había unido al forcejeo por el arma. El hombre al que se le había caído intentó escurrirse. La mujer le cogió la entrepierna y apretó con fuerza al tiempo que retorció. Fran vio tensarse los tendones de la mujer hasta el codo. El hombre lanzó un alarido, abandonó el arma y se alejó encorvado, agarrándose sus partes íntimas.

Harold se arrastró hacia donde había arrojado el revólver, lo recogió, lo alzó y disparó contra el hombre que se sujetaba los genitales. Hizo tres disparos y los falló todos.

Es como en *Bonnie y Clyde*, se dijo Frannie. ¡Dios mío, hay sangre por todas partes!

La mujer rubia con el pelo a trasquilones había perdido en su forcejeo por la posesión del rifle del segundo hombre. Él se lo arrancó de un tirón propinándole un puntapié en la cadera.

Ahora disparará contra ella, se dijo Frannie, pero el hombre giró en redondo como un soldado y empezó a disparar rápidamente hacia las tres mujeres, agazapadas al costado de la Country Squire."

—¡Siiii! ¡*Sorras!*—chillaba el individuo—. ¡Siiii! ¡*Sorras!*

Una de las mujeres cayó y empezó a retorcerse en el suelo entre la camioneta y la caravana volcada, semejante a un pez ensartado. Las otras dos mujeres echaron a correr. Stu disparó contra el hombre y falló. El hombre apuntó a una de las mujeres que corrían, y no falló. La otra sentenciada echó a correr y se ocultó tras la caravana.

El tercer hombre, el que perdió el arma sin lograr recuperarla, seguía tambaleándose y sujetándose la entepierna. Una de las mujeres le apuntó con la escopeta y apretó los dos gatillos, con los ojos cerrados y un rictus en los labios, preparándose para la detonación. Pero no se produjo: el arma no tenía munición. Entonces la mujer la agarró por los cañones y la descargó formando un amplio arco. No le alcanzó en la cabeza pero sí entre el cuello y el hombro derecho. El hombre cayó de rodillas e intentó alejarse a gatas. La mujer, que vestía una camiseta azul en la que se leía UNIVERSIDAD ESTATAL DE KENT y unos raídos vaqueros, siguió andando detrás de él, golpeándole con la culata del arma. El hombre seguía arrastrándose, ahora ensangrentado. La mujer de la camiseta no cesaba de atizarle.

—¡Siiii, sois unas *sorras!*—chillaba el segundo hombre al tiempo que disparaba contra una mujer de mediana edad que farfullaba aturdida. La distancia entre el cañón y la mujer era de un metro, pero el hombre falló. Apretó de nuevo el gatillo. En vano. Se había quedado sin munición.

Ahora Harold sujetaba su revólver con ambas manos como vio hacer tantas veces en las películas. Apretó el gatillo y el disparo dio en el codo del segundo hombre. Este dejó caer su rifle y empezó a dar saltos, emitiendo ruidos extraños y estridentes. A Frannie le sonaba a *P-P-Pleeeze!* de Roger Rabbit.

—¡Le he dado!—gritó Harold extasiado—. ¡Le he dado! ¡Por Dios que le he dado!

Frannie recordó al fin el seguro de su rifle. Lo quitó al tiempo que Stu volvía a disparar. El segundo hombre se desplomó agarrándose el estómago en lugar del codo.

—¡Dios mío!—dijo Glen con voz queda. Luego, cubriéndose la cara con las manos, rompió a llorar.

Harold volvió a disparar. El cuerpo del segundo hombre se sacudió. Y dejó de gritar.

La mujer de la camiseta de la Universidad Estatal de Kent descargó de nuevo la culata de su arma, y esta vez dio de lleno en la cabeza del hombre que se arrastraba, rompiendo a un tiempo la cache del arma y el cráneo del hombre.

Por un momento, reinó el silencio absoluto. Luego, un pájaro pió.

La joven de la camiseta se puso en pie sobre el cuerpo del tercer hombre y lanzó un prolongado y visceral grito de triunfo que atormentaría a Fran Goldsmith por el resto de su vida.

La joven rubia era Dayna Jurgens, de Xenia, Ohio. La de la camiseta era Susan Setern. Patty Kroger era la tercera muchacha, la que estrujara la entepierna de uno de los hombres. Las otras dos eran bastante mayores. Shirley Hammet era la de más edad, había dicho Dayna. No conocían

el nombre de la otra mujer, que debía estar en la treintena. Cuando Al, Garvey, Virge y Ronnie la cogieron dos días antes en el pueblo de Archbold, vagaba sin rumbo en estado de *shock*.

Los nueve salieron de la carretera y acamparon en una granja en alguna parte al oeste de Columbia, tras dejar atrás la línea fronteriza de Indiana. Todos estaban conmocionados y, más adelante, Fran se diría que su caminata campo través desde la caravana volcada hasta la granja habría parecido a cualquier observador una excursión campestre patrocinada por el manicomio local. La hierba, tan alta que les llegaba a la cadera y todavía húmeda por el aguacero de la noche anterior, pronto les empapó los pantalones. Mariposas blancas, volando perezosas con las alas pesadas por la humedad, se acercaban y alejaban de ellos formando círculos y ochos en el aire. El sol luchaba por salir, pero no lo lograba. Era un brillante brochazo que iluminaba débilmente una nebulosa blanca que se extendía de un horizonte al otro. Pero, con nebulosa o no, el día ya se presentaba caluroso, rezumando humedad, y por todas partes revoloteaban bandadas de cuervos con sus graznidos broncos. Fran se dijo, mareada, que ya había más cuervos que personas. Si no nos andamos con cuidado nos picotearán hasta acabar con nosotros. La venganza de los cuervos. ¿Comían carne los cuervos? Mucho se temía que sí.

Por debajo de aquel constante desgranar de bobadas, vaga como el sol detrás de la nube que empezaba a desvanecerse, pero potente como ese mismo sol en aquella horrible y húmeda mañana del 13 de julio de 1990, volvía a su mente una y otra vez el enfrentamiento a balazos que había tenido lugar: la cara de la mujer desintegrándose por el disparo, Stu cayendo al suelo, el instante de horror al estar segura de que había muerto, un hombre gritando «¡Siiii, *sorrás!*» y luego imitando a Roger Rabbit al alcanzarle un disparo de Harold, estrépito del arma del barbudo, el visceral grito de victoria de Susan Stern en pie junto al cuerpo derribado de su enemigo.

Glen caminaba junto a ella, con expresión turbada. Su pelo gris se agitaba alborotado. Le cogió la mano y le dio palmaditas.

–No debes permitir que esto te afecte –le dijo –. Horrores como ése suelen ocurrir. La mejor protección está en el número. Ya sabes, en la sociedad. La sociedad es la dovela del arco que llamamos civilización y el único antídoto real para el bandolerismo. Debes tomarlo con tranquilidad. Ha sido un hecho aislado. Piensa en ellos como enanos. ¡Eso! Enanos, engendros, monstruos de una especie genérica. Lo acepto. Afirmo que es una verdad evidente por sí sola, podría decirse que una ética socioconstitucional. ¡Ja! ¡Ja!

Su risa era en parte lamento. Fran contestaba a cada una de sus frases elípticas con un «Sí, Glen». Pero él parecía no oírla. Glen olía ligeramente a vómito. Las mariposas revoloteaban alrededor de ellos y luego se alejaban para cumplir con sus encargos de mariposas. Casi habían llegado a la granja. La escaramuza había durado menos de un minuto, pero Fran sospechaba que en su cabeza iba a proseguir por mucho tiempo. Glen continuaba dándole palmaditas en la mano. Deseó decirle que la dejara en paz, pero temía que Glen se echara a llorar. Todavía podía soportarlas. Lo que no estaba segura de soportar era a Glen Bateman sollozando.

Stu caminaba con Harold a un lado y al otro la joven rubia Dayna Jurgens. Susan Stern y Patty Kroger flanqueaban a la mujer catatónica que habían recogido en Archbold. Shirley Hammet, la mujer que se salvó por un pelo del disparo casi a quemarropa que le hizo el hombre que imitó a Roger Rabbit antes de morir, iba a la izquierda, algo retrasada, farfullando e intentando de vez en cuando cazar una mariposa. El grupo caminaba despacio, pero Shirley Hammet lo hacía con mayor

lentitud. El desaliñado pelo gris le caía por la cara, y sus ojos confusos atisbaban el mundo como dos asustados ratones desde un refugio provisional.

Harold miró a Stu inquieto.

–Hemos acabado con ellos, ¿verdad, Stu? Los dejamos secos.

–Supongo que así es, Harold.

–*Teníamos* que hacerlo –dijo con seriedad Harold, como si Stu hubiera sugerido que podían haber hecho otra cosa –. ¡Eran ellos o nosotros!

–Os hubieran volado la cabeza –dijo Dayna Jurgens con voz serena –. Yo iba con dos chicos cuando tropezamos con ellos. Mataron a Rich y Damon en una emboscada. Y después los remataron con un tiro en la cabeza para asegurarse. Claro que teníais que hacerlo. Según el cálculo de probabilidades sois vosotros los que tendríais que estar muertos.

–¡Dices que, según el cálculo de probabilidades, tendríamos que estar muertos! –repitió Harold, escandalizado.

–Poco importa ya –respondió Stu –. No te lo tomes al pie de la letra.

–¡Claro! ¡Sudor negativo! –exclamó Harold.

Rebuscó nervioso en su mochila y sacó una barra de chocolate Payday. Casi la dejó caer mientras le quitaba la envoltura. Maldijo y luego empezó a devorarla, sujetándola con ambas manos.

Habían llegado a la granja. Mientras comía su chocolate, Harold no podía evitar palparse de manera furtiva, para asegurarse de que no le habían herido. Sentía miedo de mirarse los pantalones. Estaba seguro de haberse orinado cuando la refriega alcanzó su punto culminante.

Dayna y Susan fueron las que más hablaron durante un perturbado desayuno-almuerzo, en el que todos picaron pero en el que nadie comió demasiado. Patty Kroger, que tenía diecisiete años y era realmente preciosa, intervenía de vez en cuando. La mujer sin nombre se agazapó en un rincón de la polvorienta cocina de la granja. Shirley Hammet se encontraba sentada a una mesa, comiendo galletas rancias y farfullando.

Dayna había abandonado Xenia en compañía de Richard Darliss y Damon Bracknell. En Xenia sobrevivieron a la supergripe sólo tres personas: un hombre muy viejo, una mujer y una niña pequeña. Cuando Dayna y sus amigos les dijeron que se unieran a ellos, rehusaron diciendo que tenían algo que hacer «en el desierto».

Hacia el 8 de julio, Dayna, Richard y Damon empezaron a tener pesadillas sobre un hombre funesto. Eran pesadillas horribles. Rich se empeñó en que ese hombre funesto era real, afirmó Dayna, y que vivía en California. Creía que ese hombre, si en realidad se trataba de un hombre, era el motivo por el que aquellas personas que habían encontrado tenían que ir al desierto. Tanto ella como Duncan empezaron a temer por la cordura de Rich. Al hombre de la pesadilla le llamaba «el perverso» y aseguraba que estaba reuniendo un *ejército* de perversos. Decía que ese ejército pronto barrería el Oeste y esclavizaría a todo ser viviente. Primero en América y luego en el resto del mundo. Dayna y Damon habían empezado a discutir en privado la posibilidad de poner tierra por

medio alguna noche, con Rich, y también a pensar que sus propias pesadillas fueran el resultado de las intensas imaginaciones de Rich Darliss.

En Williamstown, al llegar a una curva de la carretera descubrieron un camión de basuras volcado en medio de la calzada. Aparcados cerca había también una camioneta y una grúa.

–Pensábamos que se trataba sólo de otro accidente –dijo Dayna, desmigando nerviosa una galleta –, que era lo lógico que pensáramos.

Bajaron de sus bicicletas para hacerlas pasar alrededor del camión de basura, y entonces fue cuando los cuatro perversos, por utilizar la expresión de Rich, abrieron fuego desde la zanja. Asesinaron a Rich y a Damon e hicieron prisionera a Dayna. Era la cuarta incorporación a lo que ellos llamaban unas veces «el zoo» y otras «el harén». Uno de los otros había estado recriminando cosas a Shirley Hammet, que por entonces casi era normal, a pesar de haber sido repetidamente violada, sodomizada y obligada a practicar felaciones al mismo tiempo.

–Y en una ocasión –les aseguró Dayna –, cuando ya no pudo soportar que otro de ellos se la llevara entre los arbustos, Ronnie le limpió el trasero con un alambre de espino. Estuvo sangrando por el recto durante tres días.

–¡Santo cielo! –exclamó Stu –. ¿Cuál de ellos fue?

–El de la escopeta –respondió Susan Stern –. Al que yo rompí la crisma. Quisiera que estuviera aquí, caído en el suelo, para volver a hacerlo.

Al hombre de la barba pajiza y las gafas oscuras sólo le conocían por Doc. El y Virge habían formado parte de un destacamento del ejército enviado a Akron al desencadenarse la epidemia. Su tarea consistía en «relaciones con los medios de comunicación», un eufemismo del ejército por «supresión de los medios de comunicación». Una vez bien encauzado el trabajo, se dedicaron al «mantenimiento del orden público», otro eufemismo que significaba disparar a los saqueadores que huían y colgar a los que se entregaban. Doc les había dicho que, para el 27 de junio, la cadena de mando tenía más agujeros que eslabones. La mayoría de sus propios hombres se encontraba enferma, aunque para entonces poco importaba que no pudiesen patrullar, ya que los ciudadanos de Akron estaban demasiado débiles para atracar bancos o joyerías.

El 30 de junio, la unidad había desaparecido. Sus miembros se encontraban muertos, moribundos o desperdigados por todas partes, Doc y Virge eran, de hecho, los únicos desperdigados. Y entonces fue cuando empezaron su nueva vida de cuidadores de zoo. Garvey se les había unido el 1 de julio, y Ronnie el día 3. Llegados a ese punto cerraron su pequeño y peculiar club a nuevos asociados.

–Pero, al cabo de un tiempo, vosotras los superasteis en número –objetó Glen.

Sin que nadie lo esperase, fue Shirley Hammet quien contestó.

–Píldoras –dijo mirándolos con sus ojos temerosos –. Píldoras cada mañana al levantarse, píldoras cada noche al acostarse. Arriba y abajo, arriba y abajo. –Sus últimas palabras apenas fueron audibles. Hizo una pausa y luego empezó a farfullar de nuevo.

Susan Stern retomó el hilo de la historia. A ella y a Rachel Carmody, una de las mujeres muertas, las habían capturado el 17 de julio en las afueras de Columbus. Para entonces el grupo viajaba en una caravana formada por las dos camionetas y la grúa. Los hombres utilizaban esta última para despejar el camino de vehículos volcados o para bloquear la carretera, según las circunstancias.

---

Doc llevaba la farmacia sujeta a su cinturón en un grueso bolso. Fuertes somníferos para dormir, tranquilizantes para el viaje, sedantes para el descanso.

–Hacían levantarme por la mañana, me violaban dos o tres veces y luego tenía que esperar a que Doc me diera las píldoras –dijo Susan –. Al tercer día tenía irritada la vagina, y follar era en extremo doloroso. Solía confiar en que fuera Ronnie, porque todo lo que él quería era una mamada. Pero después de las píldoras te quedabas completamente tranquila. No somnolienta, sino tranquila. Las cosas parecían carecer de importancia una vez tomadas esas píldoras azules. Todo cuanto deseabas era sentarte con las manos cruzadas sobre el regazo y ver desfilar el paisaje, o ver cómo ellos quitaban algo del camino con la grúa. Un día, Garvey se volvió loco porque aquella muchacha, no tendría más de doce años, no quería hacerlo... Bueno, no voy a describírtelo. Fue horrendo. Y Garvey le voló la cabeza. Ni siquiera me importó, hasta tal punto estaba tranquila. Al cabo de un tiempo, casi dejabas de pensar en escaparte. Lo que ansiabas eran aquellas píldoras azules.

Dayna y Patty Kroger asentían con la cabeza.

Pero parecieron darse cuenta de que ocho mujeres era el límite conveniente, dijo Patty. El 22 de julio la capturaron a ella, después de asesinar al hombre de unos cincuenta años con el que viajaba, y mataron a una anciana que había formado parte del zoo durante una semana. Cuando, cerca de Archbold, capturaron a la joven sin nombre que se sentaba en el rincón, dispararon contra una adolescente estrábica de dieciséis años y la abandonaron en la zanja.

–Doc solía bromear sobre todo ello –dijo Patty –. Yo no paso por debajo de escaleras, decía, no cruzo por delante de gatos negros y tampoco voy a permitir que viajen conmigo trece personas.

El 29 avistaron por primera vez a Stu y los demás. El zoo había acampado en una zona de picnic, junto a la línea divisoria, cuando pasaron los cuatro.

–A Garvey lo atrajiste tú –dijo Susan señalando con la cabeza a Frannie.

Esta se estremeció.

Dayna se acercó a ella y habló en voz queda.

–Y habían dejado muy claro el lugar que ocuparías.

Señaló con un gesto casi imperceptible a Shirley Hammet, que seguía farfullando y comiendo galletas.

–Pobre mujer –dijo Frannie.

–Fue Dayna la que nos convenció de que vosotros erais nuestra gran oportunidad –dijo Patty –. O acaso la última. Había tres hombres en vuestro grupo... Tanto ella como Helen Roget lo habían comprobado. Tres hombres *armados*. Y Doc confiaba demasiado en la caravana volcada en la carretera, Doc se presentaba como alguien con un cargo oficial, y los hombres con que nos encontrábamos, cuando *había* hombres, caían en la trampa. Y entonces disparaban contra ellos. Estaba dando excelentes resultados.

–Dayna nos pidió que intentáramos no tragar las píldoras esa mañana –prosiguió Susan –. Sabíamos que esa mañana estarían ocupados en llevar aquella gran caravana a la carretera y volcarla. No se lo dijimos a todas. Las únicas en saberlo éramos Dayna, Patty y Helen Roget... una de las jóvenes contra las que disparó Ronnie. Y yo, naturalmente. Helen dijo: «Si nos pescan

intentando escupir las píldoras, nos matarán.» Dayna respondió que, tarde o temprano, lo harían, y temprano si teníamos suerte. Sabíamos que era verdad. De manera que lo hicimos.

–Hube de retener la mía en la boca un rato –explicó Patty –. Empezaba a disolverse cuando tuve la oportunidad de escupirla –miró a Dayna –. Me parece que Helen tuvo que tragarse la suya. Creo que por eso fue tan lenta.

Dayna asintió. Miraba a Stu con una simpatía que inquietó a Frannie.

–Aun así, se hubieran salido con la suya si no os hubierais dado cuenta a tiempo, muchacho.

–Parece que no me di cuenta lo bastante pronto –dijo Stu –. La próxima vez lo haré. –Se puso en pie, se acercó a la ventana y miró hacia fuera –. Eso es lo que me asusta en parte. Lo listos que todos nos estamos volviendo.

A Fran le gustaba aún menos la manera cariñosa en que Dayna le miraba a él. No tenía derecho a mostrarse cariñosa después de lo que había pasado. Y a pesar de todo, es más bonita que yo, se dijo Fran. Además, dudo mucho que esté encinta.

–Este es un mundo de listos, muchacho –corroboró Dayna –. Espabilate o muere.

Stu se volvió hacia ella, viéndola en realidad por primera vez, y Fran sintió una punzada de celos. He esperado demasiado tiempo, se dijo. Dios mío, lo hice. Dejé escapar mi oportunidad.

En ese momento su mirada tropezó con Harold y vio que sonreía solapadamente, con una mano en la boca para disimular. Parecía una sonrisa de alivio. De repente, Fran hubiera querido ponerse en pie, acercarse a Harold y sacarle los ojos con sus uñas.

¡Jamás, Harold!, le gritaría. ¡Jamás!

¿Jamás?

*Del diario de Fran Goldsmith 19 de julio de 1990*

¡Oh, Dios! Ha ocurrido lo peor. En los libros al menos ocurre y termina. Algo cambia. Pero en la vida real todo continúa, como en esos culebrones a los que nunca se les ve el fin. Tal vez debería actuar para poner las cosas en claro, pero temo que algo pueda ocurrir entre ellos y. Ya sé que no se puede terminar una frase con «y», pero tengo miedo de escribir lo que podría venir a continuación.

Deja que te lo cuente todo, querido diario, aun cuando me resulte penoso escribirlo e incluso pensar en ello.

Al atardecer, Glen y Stu se fueron al pueblo, que esta noche resulta ser Girard (Ohio), en busca de algo de comida, sobre todo concentrados y artículos congelados o deshidratados. Son fáciles de transportar y algunos de los concentrados son realmente sabrosos. Pero a mí toda la comida congelada y deshidratada me sabe a excremento seco de pavo. ¿Y cuándo has probado tú los excrementos secos de pavo para poder comparar? Poco importa, diario, hay cosas que no se dirán nunca, ja ja.

Nos preguntaron a Harold y a mí si queríamos acompañarles; pero yo dije que tenía más que suficiente de moto por un día. Harold también se excusó alegando que tenía que recoger agua y

hervirla. Probablemente estaría ya maquinando sus planes. Siento describirlo como una persona intrigante pero la verdad es que es así.

[Nota: estamos asqueados del agua hervida que es de lo más insípida y carece totalmente de oxígeno, pero tanto Mark como Glen dicen que las fábricas y demás no han estado paradas lo suficiente para que los arroyos y ríos se pudieran purificar por sí solos, en especial en el noreste industrial, al que llaman el Cinturón Herrumbroso, así que para mayor seguridad lo hervimos todo. Seguimos esperando encontrar, tarde o temprano, grandes existencias de agua mineral embotellada, y ya deberíamos haberlas encontrado, según Harold. Pero parecen haber desaparecido de forma misteriosa. Stu supone que mucha gente debió de creer que lo que les ponía enfermos era el agua del grifo y decidieron consumir agua mineral antes de morir.]

Bien, Mark y Perion se habían ido a alguna parte, según ellos en busca de moras silvestres, aunque probablemente para hacer otra cosa. Se muestran muy discretos al respecto. Por mi parte, recogí leña para el fuego y luego lo encendí para la marmita de agua de Harold. Y pronto llegó con ella. Era evidente que había estado en el arroyo y se había bañado y lavado el pelo. Puso el agua a calentar sobre el fuego. Luego, se acercó y se sentó a mi lado en un tronco.

Estábamos hablando de esto y aquello, cuando de repente me abrazó e intentó besarme. Digo que intentó pero en realidad lo logró, porque me cogió por sorpresa. Finalmente logré escabullirme. Pensándolo bien, resultó más bien cómico aun cuando todavía estoy enfadada, pues caímos de espaldas al otro lado del tronco. Mi blusa se desgarró y con ella un buen trozo de mi piel. Di un grito y por aquello de que la historia se repite: la situación se asemejaba demasiado a aquella vez en el rompeolas con Jess, cuando me mordí la lengua... Realmente demasiado para mi tranquilidad.

En un segundo, Harold hincó una rodilla junto a mí preguntándome si me encontraba bien, ruborizado hasta la raíz del cabello. Harold trata a veces de mostrarse frío y sofisticado, siempre me recuerda a un joven escritor desalentado en busca de algún café de intelectuales donde pasar el día charlando sobre Sartre y bebiendo mejunjes baratos. Pero en el fondo, bien disimulado, es un adolescente con una serie de fantasías infantiles. O al menos eso me parece. En su mayor parte fantasías cinematográficas. Tyrone Power en *Captain from Castile*, Humphrey Bogart en *La senda tenebrosa*, Steve McQueen en *Bullit*. En situaciones de tensión es esa parte suya la que se revela, tal vez por haber sido un niño reprimido. No lo sé. De cualquier manera, cuando intenta emular a Bogart, sólo consigue asemejarse al personaje de Woody Allen en *Sueños de seductor*.

Así que, cuando se arrodilló junto a mí y me dijo: «¿Te encuentras bien, pequeña?», me eché a reír. ¡Y decimos que la historia se repite! Pero lo que me hizo reír era algo más que lo cómico de la situación. Si sólo hubiera sido eso, habría podido calmarme. Era una risa histérica provocada por las pesadillas, la preocupación por el bebé, mis sentimientos hacia Stu, el viajar día tras día, los dolores, la pérdida de mis padres...

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Harold poniéndose en pie.

Supongo que debí de haberle soltado una reprimenda con voz severa, pero para entonces había dejado de pensar en Harold y sólo veía la imagen del Pato Donald anadeando a través de las ruinas de la civilización occidental, parpadeando furioso: *¿Qué es tan divertido, ja?*

*¿Qué es tan divertido? ¿Qué es tan jodidamente divertido?* Me llevé las manos a la cara sin dejar de reír, llorar, reír, llorar, reír, hasta que Harold debió de pensar que me había vuelto completamente loca.

Al cabo de un rato logré calmarme, me limpié las lágrimas y estuve a punto de pedir a Harold que me mirara la espalda para ver lo que me había hecho. Pero lo pensé mejor, ya que tal vez lo tomara como una sugerencia.

–Me resulta muy difícil decir esto, Fran –empezó Harold.

–Entonces lo mejor será que no lo digas.

–Tengo que hacerlo.

Entonces comprendí que no aceptaría un no por respuesta a menos que se lo dijera a gritos.

–Te amo, Frannie –me espetó.

Supongo que siempre supe que iba a ser así. Habría resultado más fácil si sólo hubiera querido acostarse conmigo. El amor es más peligroso que sólo follar, y yo me encontraba en una situación difícil. ¿Cómo decirle no a Harold? Supongo que sólo hay una manera, se lo digas a quien se lo digas.

–Pues yo no, Harold –contesté.

El rostro se le desencajó.

–Es por él, ¿verdad? –dijo, y su cara se contrajo con una expresión malévola –. Es por Stu Redman, ¿no?

–No lo sé –dije. Tengo un genio que no siempre consigo dominar, creo que me viene por parte de madre. Pero en lo que se refiere a Harold siempre lo he mantenido a raya. Sin embargo en ese momento sentía tensarse el arco.

–Lo sé. –Su voz sonó estridente y autocompasiva –. Lo sé muy bien. Lo supe el día que lo encontramos. No quería que viniera con nosotros porque *lo sabía*. Y él dijo...

–¿Qué dijo?

–¡Que no quería! ¡Que podías ser mía!

–Igual que si te regalara un par de zapatos, ¿eh, Harold?

No contestó, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos. Me esforcé por recordar aquel día en Fabyan. La reacción inmediata de Harold frente a Stu había sido la de un perro cuando, un perro extraño entra en su patio. Casi podía ver el vello erizado en su nuca. Me pareció que Stu dijo aquello para hacernos abandonar el mundo de los perros y reinsertarnos en el de las personas. Y en realidad, ¿no es de lo que se trata? Me refiero a esta condenada discusión en que nos encontramos. Si no lo es, ¿para qué nos molestamos en intentar ser honestos?

–Yo no soy propiedad de nadie, Harold.

Masculló algo entre dientes.

–¿Qué has dicho?

–Digo que tal vez tengas que cambiar de idea.

Me vino a los labios una réplica cortante, pero me contuve. Harold tenía una expresión serena.

–Conozco a los tipos como él –dijo –. Más vale que me creas, Frannie. Es uno de esos aleros del equipo de rugby que en clase se limita a permanecer sentado, disparando bolas de papel o flechas a sus compañeros, porque sabe que en cualquier caso el profesor le aprobará, aunque sea con la nota mínima, para que pueda seguir jugando. Uno de esos que salen con la animadora más bonita y se creen semidioses. Los que se burlan cuando el profesor de inglés te pide que leas tu composición porque es la mejor de la clase... Sí, conozco bien a esos jodidos tipejos. Buena suerte, Fran.

Dicho lo cual dio media vuelta y se alejó. Estoy segura de que no era la retirada pomposa y arrogante que pretendía hacer. Era como si yo le hubiera destruido su sueño secreto. El sueño de que las cosas habían cambiado, mientras en la realidad todo seguía igual. La verdad es que lo sentí muchísimo por él, ya que cuando se alejó no estaba simulando un abatido cinismo, sino que sentía cinismo auténtico, en modo alguno abatido, sino cortante y agresivo como la hoja de una navaja. Se sentía humillado. Pero lo que Harold jamás llegará a comprender es que primero ha de cambiar *su* mentalidad. Tiene que darse cuenta de que el mundo seguirá siendo el mismo mientras *él* lo siga siendo. Atesora resentimiento con la misma avidez con que los piratas atesoran botines.

Bien. Ahora ya todo el mundo está de regreso, se ha cenado, se ha fumado, se ha repartido el Veronal. A mi comprimido lo llevo en el bolsillo en lugar de en el estómago. Todos nos disponemos a descansar. Harold y yo hemos tenido una penosa confrontación que me ha dejado con la sensación de que nada ha quedado resuelto, y que ahora nos vigila a Stu y a mí para ver qué ocurre. Me fastidia, y me siento furiosa de tener que escribir esto. ¿Qué derecho tiene a vigilarnos? ¿Qué derecho tiene a hacer más complicada la espantosa situación en que nos encontramos?

*Cosas para el recuerdo:* Lo lamento, diario. Debe ser por mi estado de ánimo, pero no consigo recordar nada interesante.

Frannie se acercó a Stu, que se encontraba sentado sobre una roca fumando un cigarro. Había hecho un pequeño círculo en la tierra con el tacón de la bota y lo utilizaba como cenicero. Se hallaba de cara al sol poniente. Las nubes se habían abierto para dejar que el disco rojo asomara entre ellas. Parecía haber pasado una eternidad, aunque sólo había sido el día anterior, desde el enfrentamiento a balazos. Habían sacado de la zanja una camioneta y ahora, junto con las motos, formaban toda una caravana que se dirigía hacia el oeste.

El aroma del cigarro hizo que Frannie recordara a su padre con su pipa. Y con el recuerdo le volvió la pena mezclada de nostalgia. Estoy empezando a superar tu pérdida, papá. No creo que te importe, ¿verdad?

Stu levantó la vista.

–Frannie –exclamó complacido –. ¿Cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

–Bien.

–¿Quieres compartir mi roca y ver ocultarse el sol?

Fran se apresuró a hacerlo, mientras el corazón le latía con fuerza. Después de todo, había ido allí por ese motivo. Sabía qué camino había seguido Stu al abandonar el campamento, y también que Harold y Glen, con dos de las jóvenes, habían ido a Brighton en busca de una radio CB. Para variar,

fue idea de Glen y no de Harold. Patty Kroger había vuelto al campamento para cuidar de sus dos pacientes aquejadas de fatiga. Shirley Hammet mostraba síntomas de salir de su estado catatónico, pero aquella mañana los había despertado a todos chillando en sueños y agitando las manos como si intentase impedir algo. La otra mujer, la sin nombre, parecía seguir el camino opuesto: permanecía sentada, comía si se lo daban, hacía sus necesidades. No contestaba a preguntas. Sólo recuperaba su vitalidad durante el sueño e incluso con dosis altas de Veronal se quejaba con frecuencia y en ocasiones chillaba. Frannie creía conocer los sueños de aquella pobre mujer.

–Aún nos queda un largo camino por recorrer, ¿verdad? –dijo ella.

Stu dejó pasar un momento antes de contestar.

–Está más lejos de lo que pensábamos. Esa anciana ya no se encuentra en Nebraska.

–Sé que... –empezó a decir, pero se mordió la lengua.

El la miró con una leve sonrisa.

–No has estado – cumpliendo con la medicación.

–Me has pillado –dijo con una sonrisa.

–No somos los únicos –le aseguró Stu –. Esta tarde he hablado con Dayna y dijo que ni ella ni Susan querían tomarlas.

Fran volvió a sentir el alfilerazo de los celos al escuchar la familiaridad con que pronunciaba el nombre.

–¿Por qué dejaste de tomarla tú? –preguntó –. ¿Acaso te drogaron en... aquel lugar?

Él sacudió las cenizas en el cenicero ingeniado en la tierra.

–Sedantes suaves por la noche, eso era todo. No necesitaban drogarme. Estaba a buen recaudo. No; dejé de tomarlas hace tres noches porque tenía la sensación de que... perdía contacto. –Reflexionó para luego añadir –: Fue una idea genial que Glen y Harold fueran a buscar esa radio CB. Sirve precisamente para ponerse en contacto. Aquel amigo mío de Arnette, Tony Leominster, llevaba una en su Scout. Un trasto estupendo. Puedes hablar con la gente o pedir ayuda si te encuentras en un aprieto. Esos sueños son casi como tener una CB en la cabeza, sólo que la transmisión parece haberse cortado.

–Tal vez *estemos* transmitiendo –sugirió Fran.

Stu la miró desconcertado.

Permanecieron un rato en silencio. El sol aparecía entre las nubes, como queriendo despedirse antes de hundirse en el horizonte. Fran comprendía muy bien la adoración que los pueblos primitivos sentían por el astro rey. Mientras que en ella iba acumulándose día a día la inquietante quietud de un país casi vacío, el sol, y también la luna, le parecían cada vez más grandes e importantes. Más cercanos a ella. Aquellas esferas luminosas que recorrían el cielo se asemejaban cada día más a como las veía de pequeña.

–En definitiva he dejado de tomarlas –declaró Stu –. Anoche soñé de nuevo con el hombre oscuro. Fue terrible. Se está instalando en alguna parte del desierto.

Creo que en Las Vegas... Y creo que está crucificando a las personas que le crean dificultades.

---

–¿Que está haciendo *qué*?

–Eso es lo que soñé. Hileras de cruces a lo largo de la carretera 15, construidas con tablonces de cercas y postes de teléfono. Gente colgando de ellas.

–No es más que un sueño –dijo ella, inquieta.

–Quizá. –Siguió fumando y dirigió la mirada a las nubes teñidas de rojo –. Pero las dos noches anteriores, justo antes de nuestro encuentro con esos maníacos que retenían a las mujeres, soñé con ella, con la mujer que se llama a sí misma madre Abigail. Estaba sentada en la cabina de un viejo camión aparcado en el arcén de la carretera 76. Yo me hallaba de pie, con el codo apoyado en la ventanilla, hablando con ella con la misma naturalidad con que lo estoy haciendo contigo. Y ella dijo: «Tienes que hacerles avanzar más deprisa, Stuart. Si una vieja dama como yo puede hacerlo, tanto más un tipo grande y fuerte de Texas como tú.» –Rió, tiró el pitillo y lo aplastó con el tacón. Con aire ausente, pasó el brazo por los hombros de Frannie.

–Van a ir a Colorado –dijo ella.

–Sí. Creo que allí es adonde van.

–¿Han... han soñado con ella Dayna o Susan?

–Las dos. Y anoche Susan soñó con las cruces. Igual que yo.

–Ahora ya hay bastante gente con esa anciana.

Stu asintió.

–Veinte. Tal vez más. Verás, casi todos los días nos cruzamos con personas. Se esconden y esperan a que pasemos. Nos tienen miedo. Pero ella... supongo que a ella sí acudirán. A su debido tiempo.

–O tal vez al otro –dijo Frannie.

Stu asintió.

–Sí, o tal vez a él. ¿Por qué dejaste de tomar el Veronal, Fran?

Ella suspiró preguntándose si debería decírselo. Quería hacerlo pero temía su reacción.

–Nunca se sabe lo que una mujer hará –dijo por último.

–Ya –asintió él –. Pero quizá haya maneras de averiguar lo que piensa.

–¿Qué...? –repuso ella.

Pero Stu le cubrió la boca con un beso.

Permanecieron tumbados en la hierba hasta las últimas luces del crepúsculo. Mientras hacían el amor, el deslumbrante rojo había dado paso a un púrpura más frío, y ahora Frannie podía ver las estrellas brillando entre las últimas nubes. Al día siguiente haría buen tiempo para viajar. Con suerte, podrían hacer la mayor parte del camino a través de Indiana.

Stu espantó un mosquito que revoloteaba sobre su pecho. Su camisa colgaba en un arbusto cercano. Fran tenía la blusa puesta aunque desabrochada. Sus senos tensaban el tejido y se dijo: Estoy engordando, no demasiado, pero se nota... al menos lo noto yo.

---

–Hace mucho tiempo que te deseaba –dijo Stu sin mirarla.

–Y yo quería evitar problemas con Harold. Y hay algo más que...

–Harold tiene una extraña manera de ser –comentó él –; pero posee cualidades capaces de convertirlo en todo un hombre si madura. Te cae simpático, ¿no?

–Ésa no es la palabra exacta. No hay palabras para explicar lo que siento por Harold.

–¿Y qué sientes por mí? –preguntó Stu.

Lo miró y se dio cuenta de que no podía decir que lo amaba, no podía decirlo así, de pronto, a pesar de que ansiaba hacerlo.

–De acuerdo –dijo él como si ella le hubiera contradicho –. Sólo quiero dejar las cosas claras. Supongo que preferirás que Harold no sepa por el momento lo nuestro. ¿Correcto?

–Sí –asintió ella, agradecida.

–Más vale así. Si lo dejamos como está se solucionará de forma natural. He visto cómo mira a Patty. Es más o menos de su edad.

–No sé...

–Crees tener una deuda de gratitud con él, ¿verdad?

–Supongo que sí. Fuimos los únicos supervivientes de Ogunquit y...

–Fue el azar. Sólo eso, Frannie. No vas a permitir que alguien te retenga y ponga un cabezal por algo que fue puro azar.

–Creo que tienes razón.

–Y yo creo que te quiero –declaró él –. No me resulta fácil decirlo.

–También yo creo que te quiero. Pero hay algo más...

–Lo sabía.

–Me preguntas por qué dejé de tomar las píldoras... –Empezó a abrocharse la blusa, sin atreverse a mirarlo; tenía los labios resecos –. Temí que pudieran perjudicar al bebé –musitó.

–Al be... –La cogió con fuerza y la obligó a mirarlo –. ¿Estás encinta?

Ella asintió.

–¿Y no se lo has dicho a nadie?

–No.

–¿Ya Harold? ¿Lo sabe Harold?

–No. Sólo tú.

–Dios todopoderoso –exclamó él, escrutando su rostro con atención.

Ella había imaginado dos reacciones: que la dejara de inmediato, como sin duda habría hecho Jess de haber descubierto que estaba embarazada de otro hombre, o que la abrazara diciéndole

---

que no se preocupase, que él se ocuparía de todo. Pero no había esperado que la estudiase de aquel modo. Le hizo recordar la noche en que se lo dijo a su padre en el jardín. Su actitud había sido muy parecida a la de Stu. Habría preferido decir a Stu cuál era su situación antes de haber hecho el amor. Tal vez entonces no lo hubieran hecho, pero al menos él no habría tenido la sensación de que ella se había aprovechado, de que ella era... mercancía usada. ¿Era eso lo que Stu estaba pensando? – ¿Stu? – musitó.

–No se lo has dicho a nadie –repitió él.

–No sabía cómo hacerlo. –Se hallaba a punto de echarse a llorar.

–¿Para cuándo lo esperas?

–Para enero. –Rompió a llorar al fin.

El la abrazó y, sin pronunciar palabra, le hizo saber que todo estaba bien. No le dijo que no se preocupara ni que él se ocuparía de todo, pero le hizo otra vez el amor.

Fran nunca se había sentido tan feliz.

Ninguno de los dos vio a Harold oculto entre los matorrales, observándolos en silencio. Ninguno supo que sus ojos se convirtieron en pequeños triángulos letales cuando, al final, ella gimió de placer al alcanzar un maravilloso orgasmo.

Cuando terminaron, había oscurecido del todo.

Harold se alejó sigiloso.

### *Del diario de Fran Goldsmith 1 de agosto 1990*

Anoche no hubo anotación. Demasiado excitada, demasiado feliz. Stu y yo estamos juntos. Está de acuerdo en que mantenga en secreto lo más posible lo de mi Llanero Solitario. A ser posible hasta que estemos instalados. Para mí está bien que sea Colorado. Tal como me siento hoy, igual me daría en las montañas de la luna. ¿Que parezco una colegiala deslumbrada? Bueno, si una dama no puede parecer una colegiala deslumbrada en su diario, ¿dónde podría parecerlo?

Pero todavía he de decir algo más antes de dar por cerrado el tema Llanero Solitario. Tiene que ver con mi instinto maternal. ¿Acaso existe eso? Yo creo que sí. Debe de ser cuestión de hormonas. Hace semanas que no me siento yo misma; pero me resulta muy difícil aislar los cambios resultantes de mi embarazo de los causados por el terrible desastre que ha caído sobre el mundo. ¿Existe un sentimiento de autoprotección? Bueno, no es la palabra exacta, pero es la que más se aproxima al sentimiento de que te has acercado un poco más al centro del universo y tienes que proteger tu nueva posición. Ése es el motivo de que el Veronal parezca un riesgo mayor que las pesadillas, aun cuando mi raciocinio me haga ver que el Veronal no puede perjudicar al bebé, al menos no a los bajos niveles que lo estamos consumiendo. Y supongo que ese sentimiento de autoprotección forma parte también del amor que siento por Stu Redman. Tengo la sensación de que estoy amando, como también comiendo, por dos.

He de ser razonable. Necesito dormir, cualesquiera sean las pesadillas que deba afrontar. Nuestro viaje a través de Indiana no ha sido tan rápido como esperábamos. Nos retrasó un horrible amontonamiento de vehículos cerca de Elkhart. Muchos de ellos eran del ejército. Había soldados muertos. Glen, Susan Stern, Dayna y Stu cogieron todas las armas que encontraron: alrededor de veinte rifles, varias granadas y, sí, querido diario, un lanzacohetes. Mientras escribo, Harold y Stu intentan descubrir cómo se maneja. Han reunido diecisiete o dieciocho cohetes. Quiera Dios que no sean ellos los que vuelen.

Y hablando de Harold, he de decirte, querido diario, que no sospecha nada. Parece una frase sacada de una vieja película de Bette Davis, ¿verdad? Supongo que cuando alcancemos al grupo de madre Abigail habrá que decírselo. Pase lo que pase, no sería justo seguir ocultándoselo. Pero hoy estuvo más ingenioso y alegre de lo que nunca le había visto. Reía a mandíbula batiente. Sugirió que Stu le ayudara con ese peligroso lanzacohetes y...

Pero ya vuelven. Terminaré luego.

Frannie durmió profundamente y sin pesadillas. A todos les pasó igual, excepto a Harold Lauder. Poco después de la medianoche se levantó, y se dirigió silencioso hasta donde dormía Frannie. Se quedó contemplándola. Ya no sonreía, a pesar de haberlo hecho durante el día entero. A veces había tenido la sensación de que la sonrisa iba a hacerle estallar la cara, arrojando fuera su cerebro, que era un torbellino. Tal vez hubiera sido un alivio.

Permaneció en pie observándola y oyendo el chirrido de los grillos. Estamos en plena canícula, se dijo. Según la enciclopedia Webster, la canícula iba desde el 25 de julio al 28 de agosto. Llamada así porque se suponía que por esas fechas abundaban los perros rabiosos. Miró a Fran, que dormía plácidamente con el suéter como almohada. Tenía su mochila junto a ella.

Se arrodilló y quedó un instante paralizado al crujirle las rodillas en el silencio de la noche, pero nadie se movió. Soltó las hebillas de la mochila, desató los tirantes y metió la mano. Paseó una pequeña linterna lapicero por el contenido de la bolsa. Frannie murmuró algo entre sueños y Harold contuvo el aliento. Encontró lo que buscaba en el fondo, debajo de tres blusas limpias y un mapa de carreteras de bolsillo enrollado. Un cuaderno de notas Spiral. Lo sacó, lo abrió por la primera página y enfocó la linterna a la escritura, apretada pero legible, de Frannie.

«6 de julio de 1990. Tras haber ejercido cierta persuasión, el señor Bateman ha aceptado venir con nosotros...»

Harold cerró el cuaderno y se deslizó de nuevo hasta su saco de dormir, llevándolo consigo. Se sentía como el chiquillo que fue un día, aquel chiquillo con pocos amigos y muchos enemigos. Hasta los tres años había disfrutado de un breve período de encanto infantil, pero a partir de entonces solía ser el hazmerreír, gordo y feo. El chiquillo que despertó escaso interés en sus padres, acostumbrados a Amy desde que ésta comenzó su largo camino hacia la meta de su vida, Miss América/Atlantic City; el muchacho que se dedicó a los libros en busca de solaz, el muchacho que evitó siempre ser elegido para el equipo de béisbol y que por la noche se convertía en héroe de leyenda, entre las sábanas, con una linterna enfocada hacia el libro. Ese mismo muchacho se deslizaba ahora en su saco de dormir con el diario de Frannie y la linterna.

Mientras enfocaba la cubierta del Spiral, tuvo un instante de lucidez. Tan sólo por un momento, parte de su mente le gritó « ¡Detente, Harold!», y se estremeció de pies a cabeza. Y a punto estuvo

---

de detenerse. Sólo por un momento pareció *posible* no seguir adelante, dejar de nuevo el diario en su sitio, renunciar a Frannie, dejar que siguiera su propio camino antes de que ocurriera algo terrible e irremediable. Por un momento, pareció poder apartar aquella amarga bebida, derramarla de la copa y volver a llenarla con lo que le estuviera destinado en el mundo. «Déjalo, Harold», le suplicaba esa voz lúcida. Pero ya era demasiado tarde.

A los dieciséis años había abandonado a Burroughs, Stevenson y Robert Howard por otras fantasías, las cuales adoraba y aborrecía a un tiempo... Nada de viajes espaciales o piratas, sino mocitas con pijamas de seda transparente, arrodilladas delante de él sobre almohadas de satén, mientras Harold el Grande se recostaba desnudo en su trono dispuesto a castigarlas con látigos de cuero y con bastones con puño de plata. Hubo fantasías duras por las que habían pasado todas las muchachas bonitas del instituto de Ogunquit. Aquellas ensoñaciones siempre acababan con una hinchazón explosiva en sus testículos, con una explosión de fluido seminal que era más un castigo que un goce. Y luego se dormía con el semen secándosele sobre el vientre.

Y en esos momentos eran aquellas duras fantasías, aquellas viejas heridas lo que acumulaba, semejantes a páginas amarillentas, a viejos amigos cuyo mortal afecto jamás se desvanecía.

Abrió por la primera página, enfocó la linterna y empezó a leer.

Una hora antes de que amaneciera, volvió a colocar el diario en la mochila de Fran y aseguró los tirantes. No se molestó en tomar precauciones especiales. Se dijo con frialdad que, si ella llegaba a despertarse, la mataría y luego huiría. Huir... ¿adonde? Al Oeste. Pero no se detendría en Nebraska, ni siquiera en Colorado. Nada de eso.

Fran no se despertó.

Harold volvió a su saco de dormir. Se masturbó con furia. Cuando se durmió soñó algo extraño: que se estaba muriendo a mitad de camino de un escarpado declive de rocas desprendidas y cantos lunares. Arriba, en las alturas, revoloteaban buitres, esperando darse un banquete con él. No había luna, y tampoco estrellas...

Y entonces, en la oscuridad, se abrió un horrendo ojo encarnado. Le aterraba al tiempo que le atraía. El Ojo le hizo señas de que avanzara. Hacia el oeste, donde las sombras todavía seguían acumulándose con su danza de la muerte crepuscular.

Cuando acamparon aquel atardecer, a la caída del sol, se encontraban al oeste de Joliet, Illinois. Todo fue cerveza, charlas y risas. Creían haber dejado atrás la lluvia, en Indiana. A todo el mundo le llamó la atención Harold, que jamás se había mostrado tan alegre y animado.

–¿Sabes lo que te digo, Harold? –le dijo Frannie cuando todos se disponían a retirarse –. No creo haberte visto nunca tan contento. ¿A qué se debe?

Harold le hizo un guiño malicioso.

–A todo puerco le llega su hora, Fran –le contestó.

Ella le devolvió la sonrisa algo desconcertada. Pero pensó que mostrarse enigmático era el estilo de Harold. Poco importaba. Lo importante era que, al parecer, las cosas se estaban arreglando por fin.

Esa misma noche Harold empezó su propio diario.

## 48

Tambaleante y abatido, ascendió por una larga cuesta. El sol le hizo hervir el estómago y le coció el cerebro. La señalización entre estados relució, y su reflejo irradió más calor. El había sido otrora Donald Merwin Elbert, y ahora era para siempre *Trashcan* (Cubo de Basura) y estaba contemplando aquella ciudad fabulosa.

¿Durante cuánto tiempo estuvo viajando hacia el oeste? ¡Sólo Dios podía saberlo! *Trashcan* no. Habían transcurrido días. Noches. ¡Ah, él recordaba bien las noches!

Se detuvo, tambaleándose en sus harapos, y miró a sus pies la ciudad prometida, la ciudad de los sueños. La muñeca que se había roto al saltar por la barandilla de la escalera hacia el depósito *Cheery Oil*, no se había curado bien, y era una masa grotesca envuelta en un sucio vendaje. Todos los huesos de los dedos se habían torcido hacia arriba sin motivo aparente, transformando la mano en una garra de *Quasimodo*. Su brazo izquierdo era otra masa de tejido socarrado desde el codo hasta el hombro, que cicatrizaba muy despacio. Ya no olía mal ni supuraba, pero la nueva carne no tenía vello y era sonrosada como la piel de una muñeca barata. Su rostro gesticulante, enloquecido y barbudo se hallaba quemado por el sol, se pelaba y se cubría de costras, resultado del cabezazo que se dio cuando la parte delantera de su bici se separó del cuadro. Vestía una descolorida camisa azul de trabajo *J.C. Penney* empapada con manchas crecientes de sudor, y unos mugrientos pantalones de pana. La mochila, nueva no hacía mucho, había adquirido el estilo de su propietario. *Trash* había anudado una correa rota. Ahora colgaba de su espalda cual una desvencijada persiana. Sus pies iban calzados con *Keds*, sujetos ya con trozos de cordel, y de ellos surgían sus tobillos, excoriados por la arena y la ausencia de calcetines.

Miró pasmado la ciudad que se extendía allá abajo, muy lejos. Volvió la cara hacia el cielo de un hiriente gris metálico. El sol le bombardeaba con un calor de horno. Soltó un visceral grito de triunfo, similar al lanzado por *Susan Stern* cuando le partió el cráneo a *Roger Rabbit* con la culata de su propia escopeta.

Empezó a bailar una danza victoriosa, arrastrando los pies sobre la superficie candente y deslumbrante de la interestatal 15, mientras el viento desértico arremolinaba la arena sobre la autopista y las cumbres azuladas del *Pahrana* y el *Spotted* mostraban sus dientes, con indiferencia, al resplandeciente cielo, como hacían desde milenios. Al otro lado de la autopista, un *Lincoln Continental* y un *T-Bird* estaban casi enterrados en la arena, y sus ocupantes momificados detrás de los cristales. Más arriba, en el lado de *Trashcan*, había una furgoneta volcada medio cubierta de arena.

*Trash* siguió danzando. Sus pies, calzados con los voluminosos y remendados *Keds*, brincaron frenéticos en una especie de baile de marinero borracho. Los galones desgarrados de su camisa ondearon al viento. La cantimplora chocó contra su mochila. Los extremos deshilachados de su vendaje revolotearon con el candente viento. El tejido sonrosado y quemado relució como carne cruda. Las venas se marcaron en sus sienes. Llevaba una semana friéndose en la sartén de Dios, sin dejar de avanzar hacia el suroeste a través de *Utah*, la punta de *Arizona*, y luego adentrándose en *Nevada*. Tan loco como una cabra.

Mientras bailaba, entonó un canto monótono, repitiendo una vez y otra las mismas palabras, una tonadilla que se había popularizado cuando él estaba en la institución de Terre Haute, una canción titulada *Down to the Nightclub*, compuesta por Tower and Power. Pero las palabras fueron suyas. Y cantó:

–Cí–bo–la, Cí–bo–la, pumba, pumba ¡pum! Cí–bo–la, Cí–bo–la, pumba, pumba ¡pum!

*Cada, pum* final era seguido de un pequeño brinco, hasta que el calor lo mareó. El cielo áspero se tornó de un gris crepuscular. Y él se derrumbó en el suelo, medio desvanecido. Su sobrecargado corazón latía descompasado en su árido pecho. Con sus últimas energías, gimoteador y gesticulante, se arrastró hasta la furgoneta volcada y se tendió en su sombra decreciente, temblando y jadeando por el calor.

–¡Cíbola! –graznó –. Pumba, pumba, ¡pum!

Con la mano agarrotada, se descolgó del hombro la cantimplora y la agitó. Estaba casi vacía. No le importó. Bebería hasta la última gota y seguiría tendido allí hasta que el sol se pusiera, y entonces caminaría por la autopista hasta Cíbola, la ciudad fabulosa. Esa noche bebería de las fuentes inagotables revestidas de oro. Pero no antes de que el sol asesino se pusiera. Dios era el mayor incendiario de todos. Hacía mucho tiempo, un muchacho llamado Donald Merwin Elbert había quemado el cheque de la pensión de la anciana señora Semple. Ese mismo muchacho incendió la iglesia metodista de Powtanville y, si hubiese quedado algo de Donald Mervin Elbert en ese esqueleto, habría sido incinerado con los depósitos de petróleo de Gary, Indiana. Nueve docenas de ellos o más. Todos habían volado por los aires como una exhibición de fuegos artificiales. Y además justo a tiempo para el Cuatro de Julio. Y en la estela de semejante conflagración había quedado sólo Trashcan con el brazo izquierdo como un estofado hirviente, y un fuego dentro de su cuerpo que no iba a apagarse nunca, al menos hasta que su cuerpo quedara reducido a un ennegrecido trozo de carbón.

Y esta noche él bebería el agua de Cíbola, sí, y le sabría a vino.

Empinó la cantimplora. Su garganta tragó hasta la última gota que, caliente como orín, descendió gorgoteando hasta el estómago. Cuando se terminó, arrojó la cantimplora a la arena. El sudor le perló la frente igual que el rocío. Se tendió y sintió estremecimientos deliciosos con los calambres del agua.

–¡Cíbola! –farfulló –. ¡Cíbola! ¡Aquí estoy! ¡Haré lo que quieras! ¡Daré mi vida por ti! ¡Pumba, pumba, pum!

La somnolencia empezó a vencerlo, ahora que había calmado un poco su sed. Cuando se hallaba casi dormido, un pensamiento cruzó por su mente cual una fría hoja de estilete: ¿Qué pasará si Cíbola ha sido un espejismo?

–No –gruñó –. No, no.

Pero la simple negativa no ahuyentó el pensamiento. La hoja tentó y hurgó, manteniendo a raya el sueño. ¿Qué pasaría si él había bebido el resto de agua para celebrar un espejismo? A su estilo, reconoció la locura, y eso era precisamente lo que hacía la gente loca. Si hubiese sido un espejismo, él moriría allí, en el desierto, y los buitres cenarían su cuerpo.

Al fin, incapaz de soportar aquella aborrecible posibilidad, se levantó tambaleante y se dirigió hacia la carretera combatiendo las oleadas de desmayo y náuseas que intentaban abrumarle. En el

---

repecho de la colina, miró ansioso la larga llanura que se extendía allá abajo, salpicada de yucas, plantas rastreras y mantillas del diablo. El aliento se le cortó y luego suspiró.

¡Allí estaba!

Cíbola, fabulosa ciudad antigua buscada por muchos... ¡y encontrada por Trashcan!

Allá abajo, en el desierto, rodeada de montañas azuladas, azul ella misma en las brumas de la distancia, sus torres y avenidas resplandecían. Había palmeras, movimiento y... ¡agua!

–¡Ah, Cíbola! –canturreó mientras regresaba trabajosamente a la sombra de la furgoneta.

Estaba más lejos de lo que parecía, lo reconoció. Por la noche, cuando la antorcha de Dios hubiese abandonado el cielo, él caminaría como jamás lo había hecho. Llegaría a Cíbola y su primer acto sería lanzarse de cabeza a la primera fuente que encontrara. Luego buscaría al hombre que le había inducido a ir allí. Al hombre que le hizo cruzar llanos y montañas y, por último, el desierto, todo en un mes, a pesar de su brazo horriblemente quemado.

El hombre oscuro. Él esperaba a Trashcan en Cíbola, suyos eran los ejércitos de la noche, los pálidos jinetes de la muerte que surgirían por el oeste en la misma cara del sol naciente. Ellos llegarían delirantes y apestando a sudor y pólvora. Habría alaridos, cosa que a Trashcan le gustaba muy poco, habría violación y sojuzgamiento, que le gustaban menos todavía; habría crimen, que era una cuestión insustancial.

Y habría un gran incendio.

Eso sí le importaba mucho. En sus sueños, el hombre oscuro venía a él, extendía los brazos desde un lugar alto y mostraba a Trashcan un país en llamas. Ciudades explotando como bombas. Campos cultivados formando líneas de fuego. Los propios ríos de Chicago y Pittsburgh, Detroit y Birmingham, con una flotante capa de petróleo ardiendo. Y el hombre oscuro le había dicho una cosa muy simple en sus sueños, una cosa que le había hecho correr a su encuentro: «Te daré un puesto importante en mi artillería. Eres el hombre que necesito.»

Se colocó de costado, las mejillas y los párpados excoriados e irritados por la arena. Había ido perdiendo toda esperanza... Sí, desde que se cayó la rueda de su bicicleta había comenzado a perder toda esperanza. Al parecer, Dios, el dios de los sheriffs matadores de padres, el dios de Carley Yates, era más fuerte que el hombre oscuro. Sin embargo, él había mantenido su fe y había seguido adelante. Y al fin, cuando parecía que iba a abrasarse en aquel desierto antes de alcanzar Cíbola, donde lo esperaba el hombre oscuro, la había visto ante sus propios ojos.

–Cíbola –murmuró.

Y se durmió.

El primer sueño le había asaltado en Gary, hacía un mes más o menos, después de quemarse el brazo. Aquella noche se había echado a dormir con la seguridad de que iba a morir. Nadie podía vivir después de sufrir quemaduras tan graves. Un estribillo se había abierto paso dentro de su cabeza: *Vivir por la antorcha, morir por la antorcha. Vivir por ella, morir por ella.*

Las piernas le flaquearon en el parque de una pequeña ciudad y cayó al suelo con el brazo extendido como una cosa muerta, y toda la manga chamuscada. El dolor era monstruoso. Jamás

había pensado que pudiera experimentarse semejante dolor. Había estado corriendo alegremente de un grupo de tanques de petróleo al siguiente, instalando toscos dispositivos de detonación, cada uno compuesto por un tubo de acero y una mezcla inflamable de parafina separada de una pequeña cantidad de ácido por una lengüeta de acero. Los había colocado junto a los tubos de salida en la parte superior de los tanques.

Cuando el ácido corroyese la lengüeta de acero, la parafina se inflamaría y esto provocaría la explosión de los tanques. Había planeado ir a la parte oeste de Gary, cerca de la maraña de carreteras que llevaban a Chicago y Milwaukee, antes de que sobreviniera la explosión, pues quería contemplar el espectáculo cuando aquella cochina ciudad volara por los aires en una tormenta de fuego.

Pero se confió demasiado con el último dispositivo o lo instaló mal, y se activó mientras él intentaba aflojar con una llave inglesa la tuerca de salida. Hubo un fogonazo blanco y cegador cuando la parafina ardiendo salió disparada del tubo y le cubrió de fuego el brazo izquierdo. Aquello no fue una llamita de fluido de encendedor que se agita en el aire y se apaga. Aquello fue pura agonía, como si tuviera el brazo dentro de un volcán.

Dando alaridos, corrió alrededor de la parte superior del tanque, rebotando contra la barandilla como una bola de billar humana. Si la barandilla no hubiese estado allí, él se habría precipitado por el borde semejante a una antorcha que hubieran tirado a un pozo. Sólo el azar le salvó la vida; los pies se le enredaron haciéndole caer sobre el brazo izquierdo, lo cual sofocó las llamas.

Se sentó, todavía medio loco de dolor. Más tarde se dijo que sólo la suerte ciega, o el designio del hombre oscuro, le había salvado de morir abrasado. Casi todo el chorro de parafina apenas le había rozado. Así que se sintió agradecido... Pero su agradecimiento llegaría más tarde. De momento sólo pudo llorar y mecerse apartando su brazo crispado del cuerpo mientras la piel humeaba, crepitaba y se contraía.

Mientras la luz se extinguía en el cielo, recordó vagamente que había instalado una docena de detonadores que podrían activarse en cualquier momento. Morir y verse fuera de su exquisita miseria sería maravilloso. Pero morir envuelto en llamas sería un verdadero horror.

Sin saber cómo, descendió del tanque y se alejó vacilante sorteando el tráfico y manteniendo apartado del cuerpo su brazo izquierdo achicharrado.

Cuando alcanzó un pequeño parque, próximo al centro de la ciudad, llegó el ocaso. Se sentó en la hierba, intentando pensar qué se hacía para las quemaduras. Aplicarles mantequilla, le habría dicho la madre de Donald Merwin Elbert. Pero eso era para una escaldadura, o para cuando la grasa del beicon te llenaba de salpicaduras. Le fue imposible imaginar siquiera que pudiese cubrir de mantequilla su agrietado y ennegrecido brazo. No podía ni pensar en tocárselo.

*Suicidarse.* Eso era lo acertado, ahí estaba el quid. Así acabaría con todas sus miserias como un perro viejo...

Entonces se oyó una explosión súbita y gigantesca en la parte este de la ciudad, como si la trama de la existencia hubiese sido partida en dos. Una columna de fuego líquido se elevó contra el índigo del crepúsculo. Trash tuvo que entrecerrar los ojos hasta que éstos fueron dos rendijas acuosas.

Incluso en su agonía el fuego le causó complacencia... Más todavía, le encantó, le satisfizo plenamente. Aquel fuego fue la mejor medicina, incluso mejor que la morfina que encontró al día

---

siguiente. Como presidiario fiable había trabajado en la enfermería así como en la biblioteca y la sala de motores, y sabía mucho acerca de la morfina, el Elavil y el complejo Darvon. No relacionó su agonía actual con la columna de fuego. Sólo supo que el fuego era bueno y hermoso, algo que él necesitaba y necesitaría siempre. ¡Maravilloso fuego!

Momentos después, explotó el segundo depósito de petróleo, e incluso allí, a más de cuatro kilómetros, se percibió la onda cálida del aire en expansión. Otro tanque estalló, y luego otro. Una breve pausa y, acto seguido, seis de ellos saltaron por los aires. El resplandor fue demasiado vivo para mirar hacia allá; pero aun así él lo hizo, gesticulando, sus ojos refulgiendo llamas amarillas, olvidando por completo su brazo herido, olvidando las ideas de suicidio.

Fueron necesarias más de dos horas para que todos hicieran explosión. Para entonces, la noche había caído, pero no estaba oscuro: las llamas la habían tornado amarilla y anaranjada. Todo el arco oriental del horizonte danzaba con el fuego. Aquello le recordó una curiosa obra clásica que había leído de niño, una adaptación de *La guerra de los mundos* de H.G. Wells. Ahora, años después, el niño que leyó aquel libro tan curioso había desaparecido, pero el hombre Trashcan estaba allí, y poseía el terrible y maravilloso secreto del rayo letal de los marcianos.

Se hizo hora de dejar el parque. La temperatura había ascendido ya diez grados. Debería marchar hacia el oeste, mantenerse por delante del fuego, como hizo en Powtanville, alejarse corriendo del arco creciente de destrucción. Pero no se encontraba en condiciones de correr. Así que se quedó dormido sobre la hierba, y las luces del fuego jugaron sobre la cara de aquel niño maltratado y fatigado.

En su sueño, el hombre oscuro llegó con su vestidura y su capucha, el rostro invisible... Sin embargo, Trashcan creyó haber visto antes a ese individuo. Cuando los holgazanes y parados ante la confitería y la cervecería, allá en Powtanville, le silbaban al pasar, parecía como si ese individuo hubiese estado entre ellos, silencioso y pensativo. Cuando trabajaba en el Scrubba-Dubba (enjabonando faros, limpiando las escobillas del parabrisas, lavando los balancines... ¡Eh, señor! ¿Quiere que le revise el aceite?), llevando el guante esponja en la mano derecha hasta que ésta semejava un blancuzco pez muerto, y las uñas tan blancas como el marfil, le parecía haber visto el rostro de ese hombre, acalorado y gesticulando grotescamente detrás de la película de agua que resbalaba por el parabrisas. Cuando el sheriff lo mandó al manicomio de Terre Haute, él había sido el gesticulante conejillo de indias del psiquiatra en la habitación donde te daban los electrochoques («Voy a freírte la sesera, muchacho, te ayudaré a transformarte de Donald Merwin Elbert en Trashcan; ¿quieres que te revise el aceite?»), dispuesto a enviarle mil voltios zigzagueantes al cerebro. Él conocía muy bien a ese hombre oscuro, suyo era el rostro que nunca podía ver con claridad, suyas las manos que repartían sólo espadas de una baraja trucada, suyos los ojos que miraban a través de las llamas, suya la mueca de más allá de la tumba del mundo.

«Haré lo que quieras –dijo agradecido en el sueño –. ¡Daré mi vida por ti!»

El hombre oscuro alzó los brazos dentro de su túnica dando a ésta la forma de una cometa negra. Ambos estaban en un lugar alto y, a sus pies, América en llamas. «Te daré un puesto importante en mi artillería. Eres el hombre que necesito.»

Entonces vio un ejército de diez mil hombres y mujeres, desahuciados y harapientos marchando hacia el Este, atravesando desiertos y montañas, un ejército cuya hora había sonado al fin; todos descargaban camiones y jeeps; caravanas y tanques; cada hombre y cada mujer llevaba una piedra oscura colgada del cuello y, en lo más profundo de esas piedras, había una forma roja que podría

---

haber sido un ojo o una llave. Subido en su camión, sobre un tanque gigantesco con llantas almohadilladas, se vio a sí mismo, y supo que el camión iba cargado con napalm gelatinoso. Detrás de él, en columna, muchos camiones con bombas, minas Teller y explosivos plásticos; lanzallamas y misiles; granadas, ametralladoras y lanzacohetes. La danza de la muerte se hallaba a punto de comenzar, y humeaban ya las cuerdas de violines y guitarras. El hedor de azufre y cordita saturaba el aire.

El hombre oscuro alzó otra vez los brazos y, cuando los dejó caer, todo quedó frío y silencioso, los fuegos se apagaron, incluso se enfriaron las cenizas. Por un momento fue otra vez un Donald Merwin Elber pequeño, asustado y confuso. Por un momento, sospechó que era sólo otro peón en la inmensa partida de ajedrez del hombre oscuro, que lo había engañado.

Entonces vio que el rostro del hombre oscuro no estaba escondido por completo: dos brasas refulgían en sus cuencas hundidas, donde deberían haber estado los ojos, e iluminaban una nariz tan afilada como una hoja.

«Haré lo que quieras –dijo Trash agradecido, en su sueño –. ¡Daré mi vida por ti! ¡Mi alma por ti!»

«Te emplearé para incendiar –dijo con voz grave el hombre oscuro –. Debes venir a mi ciudad y allí te será explicado todo.»

« ¿Adonde? ¿Adonde debo ir?»

Fue una verdadera agonía de esperanza y expectación.

«Hacia el Oeste –contestó el hombre oscuro mientras empezaba a desvanecerse –. Hacia el Oeste. Más allá de las montañas.»

Entonces Trash despertó. Todavía era de noche, una noche aún resplandeciente. Las llamas iban acercándose y el calor era sofocante. Las casas estallaban. Las estrellas desaparecieron tras una densa capa de humo de petróleo. Una fina lluvia de hollín comenzó a caer como nieve negra.

Descubrió que ahora que tenía una meta podía andar. Marchó renqueando hacia el Oeste. Esporádicamente veía a otros que abandonaban Gary y miraban por encima del hombro el gran incendio. Insensatos, pensó Trash casi con afecto. Os quemaréis, a su debido tiempo os quemaréis. Aquella gente no le hizo el menor caso; para ellos Trashcan era sólo otro superviviente. Todos desaparecieron en el humo. Poco después del alba, Trashcan atravesó cojeando la demarcación de Illinois. Chicago se hallaba al norte, Joliet al sudoeste, el fuego quedó atrás en su propio horizonte borroso de humo. Eso había ocurrido al amanecer del 2 de julio.

Entretanto, había olvidado sus sueños de incendiar Chicago hasta los cimientos, sus sueños acerca de más depósitos de petróleo y vagones-cisternas llenos de gas a baja presión en apartaderos ferroviarios y las viviendas secas como yesca. No le importó Chicago. Aquella tarde, Trash irrumpió en el consultorio de un médico de Chicago Heights y robó una caja de inyectables de morfina. Le alivió un poco el dolor pero tuvo un efecto secundario más importante: le hizo preocuparse menos de su sufrimiento.

Aquella noche, Trash fue a una farmacia, cogió un bote de vaselina y embadurnó la parte quemada de su brazo con una gruesa capa. Sintió mucha sed; al parecer necesitaba estar bebiendo todo el tiempo. Las fantasías sobre el hombre oscuro le rondaron por la cabeza como moscardas. Cuando se desplomó, hacia el crepúsculo, había comenzado a pensar ya que la ciudad a la que le dirigía el hombre oscuro debía de ser Cíbola, la ciudad prometida.

---

Aquella noche el hombre oscuro acudió otra vez a sus sueños, y con una risa sardónica confirmó que así era.

Trashcan despertó. Había estado tiritando por el frío del desierto. En el desierto todo era siempre hielo o fuego; no había términos medios.

Gimiendo un poco, se levantó y se mantuvo tan cerca de sí mismo como pudo. Sobre su cabeza relucían un trillón de estrellas, que daban la impresión de hallarse tan cercanas como para tocarlas, bañando el desierto en su fría luz embrujada.

Caminó de vuelta a la carretera, con su piel irritada, y sus muchos dolores y achaques. Ahora éstos eran poca cosa para él. Se detuvo un momento y contempló la ciudad a sus pies, soñando en la noche (hubo pequeñas chispas de luz acá y acullá, como fuegos de campamento). Luego echó a andar.

Al cabo de varias horas, cuando la aurora empezó a colorear el cielo, Cíbola pareció casi tan distante como cuando había subido a la elevación para verla. Y se había bebido estúpidamente toda su agua, olvidando cuan magnificadas parecían las cosas desde allí. No se atrevió a caminar demasiado después del amanecer para evitar la deshidratación. Tendría que tenderse otra vez antes de que el sol se alzara con todo su poder.

Al cabo de una hora llegó a un Mercedes Benz situado fuera de la carretera, con el costado derecho hundido en la arena hasta las puertas. Abrió una del costado izquierdo y arrastró fuera a los dos ocupantes, arrugados como monos: una mujer anciana, que llevaba un montón de bisutería, y un anciano de cabello completamente blanco. Trash cogió las llaves del contacto, rodeó el coche y abrió el portaequipajes. Las maletas no estaban cerradas. Colgó diversas prendas sobre las ventanillas del Mercedes asegurándolas con piedras. Ahora disponía de una cueva fresca y oscura. Reptó al interior e intentó conciliar el sueño. Unos kilómetros hacia el oeste, la ciudad de Las Vegas resplandeció a la luz del sol estival.

No sabía conducir, jamás le habían enseñado eso en la cárcel, pero sí sabía andar en bicicleta. El 4 de julio, el día en que Larry Underwood descubrió que Rita Blakemoor había muerto de una sobredosis mientras dormía, Trashcan cogió una bici de diez velocidades y se echó a la carretera. Al principio su avance fue lento, porque el brazo izquierdo no le servía de mucho. Aquel primer día se cayó dos veces, una de ellas sobre su quemadura, lo cual le causó un dolor terrible. Por entonces la quemadura supuraba en abundancia a través de la vaselina y el olor era espantoso. Se preguntaba si le sobrevendría gangrena; pero no se permitió preguntárselo durante mucho tiempo. Empezó a mezclar la vaselina con un ungüento antiséptico sin saber si sería eficaz, pero se dijo que en todo caso no podría perjudicarle. Aquello parecía un engrudo viscoso como el semen. Poco a poco aprendió a manejar la bici con una sola mano y constató que podía ir a buena marcha. El terreno se hizo más llano y entonces pudo imprimir a la bicicleta una buena marcha. La condujo con firmeza, no obstante la quemadura y el ligero mareo causado por las dosis casi constantes de morfina. Bebió mucha agua y comió con avidez. Caviló sobre las palabras del hombre oscuro: «Te daré un puesto importante en mi artillería. Eres el hombre que necesito.» ¡Bonitas palabras! Era la primera vez que alguien le necesitaba. La frase le venía a la mente una y otra vez mientras pedaleaba bajo el ardiente

sol del Medio Oeste. Y entonces empezó a tararear la melodía *Down to the Nightclub*. El estribillo « ¡Cíbola! ¡Pumba, pumba pum!» llegó a su debido tiempo.

El 8 de julio, el día en que Nick Andros y Tom Cullen vieron bisontes pastando en el país comanche, Kansas, Trashcan cruzó el Misisipí en las cuatro ciudades de Davenport, Rock Island, Bettendorf y Moline. Él estaba en Iowa.

El 14, el día en que Larry Underwood despertó cerca de la casa blanca en la parte este de New Hampshire, Trash cruzó el Missouri al norte de Council Bluffs y entró en Nebraska. Entretanto, había recuperado bastante el uso de la mano izquierda y los músculos de la pierna se le habían entonado. Por tanto aceleró la marcha, pues sentía la necesidad apremiante de apresurarse.

Fue en la orilla occidental del Missouri donde Trashcan sospechó por primera vez que el propio Dios podría intervenir en su destino. Hubo algo erróneo acerca de Nebraska, algo terriblemente erróneo y algo que le infundió miedo. Todo parecía igual que en Iowa... pero no lo fue. El hombre oscuro había acudido cada noche a sus sueños. Sin embargo, cuando Trashcan pasó a Nebraska no se le apareció más.

En su lugar, empezó a soñar con una anciana. En esos sueños él solía encontrarse tendido boca abajo en un maizal, casi paralizado por el odio y el miedo. Era una mañana radiante. Oía bandadas de cuervos graznando. Frente a *él había*, una pantalla de anchas hojas de maíz, semejantes a espadas. Contra su voluntad pero incapaz de contenerse, separaba las hojas con mano temblorosa y atisbaba entre ellas. Veía una casa vieja en medio de un claro. La casa se alzaba sobre bloques o gatos o algo parecido. Había un manzano con un neumático colgando de una rama. Y, sentada en el porche, una vieja negra tocando una guitarra y cantando un espiritual. La canción variaba de un sueño a otro. Trashcan las sabía casi todas, porque él había conocido antaño a la mujer, madre de un muchacho llamado Donald Merwin Elbert, quien cantaba muchas de esas mismas canciones mientras hacía las faenas domésticas.

Ese sueño fue una pesadilla, pero no sólo porque al final ocurriera algo horrible. A primera vista se diría que no había ningún elemento inquietante en ninguna parte del sueño. ¿Un maizal? ¿Un cielo azul? ¿Una anciana? ¿Un neumático balanceándose? ¿Qué tenían de inquietante esas cosas? Las viejas no tiraban piedras ni reían burlonas, y menos las viejas que cantaban canciones sobre el antiguo hogar y sobre Cristo. Los Carley Yates de este mundo eran los que tiraban piedras.

Pero mucho antes de que el sueño terminara le paralizó el miedo, como si no fuera una vieja lo que estaba atisbando sino algo secreto, una luz apenas oculta que parecía a punto de estallar alrededor de ella y expandirse con una brillantez tan tremenda que haría parecer los llameantes tanques de petróleo de Gary simples candiles al viento. Una luz tan deslumbrante que le reduciría a cenizas los ojos. Durante esa parte del sueño, lo único que pensó fue: ¡Oh, por favor, líbrame de ella, no quiero saber nada de esa vieja arpía, sácame de Nebraska!

Y entonces, cualquiera fuese la canción que la mujer estuviera tocando, llegaba a un fin súbito y discordante. Ella miraba hacia el lugar donde él atisbaba por un agujero minúsculo en el grueso entramado de hojas.

Su rostro estaba surcado de arrugas, su pelo era ralo y dejaba ver su cráneo pardusco, pero sus ojos tenían el brillo de los diamantes, estaban llenos de esa luz que él temía.

Con voz quebrada y vieja pero energética ella gritaba: « ¡Comadreja en el maizal!» Él notaba el cambio en su ser y se miraba de arriba abajo para ver si se había transformado en una comadreja,

---

en una cosa peluda, pardusca y escurridiza, si su nariz había crecido convirtiéndose en hocico, si sus ojos se habían reducido a dos cuentas negras, si sus dedos se habían tornado garras. Él era una comadreja, una alimaña nocturna y cobarde acechando a los débiles y los indefensos.

Entonces empezaba a gritar. Se despertaba dando gritos, sudando y con ojos desorbitados. Recorría su cuerpo con las manos para cerciorarse de que todo seguía en su sitio. Al final de esa inspección, se cogía la cabeza y comprobaba que continuaba siendo una cabeza de persona y no una cabeza de comadreja.

Recorrió seiscientos kilómetros de Nebraska en tres días, impulsado por un terror supercarburante. Pasó a Colorado cerca de Julesburg, y el sueño empezó a desvanecerse y hacerse de un tono sepia.

(Respecto al papel de madre Abigail, ella despertó en la noche del 15 de julio, poco después de que Trashcan pasara por el norte del Hemingford Home, con unos escalofríos terribles producidos por el miedo y la piedad. Ignoraba por quién y por qué era la piedad. Pensó que podría haber estado soñando con su nieto Anders, el cual resultó muerto de una forma tonta en un accidente de caza cuando sólo tenía seis años.)

El 18 de julio, entonces al suroeste de Sterling, Colorado, y todavía a varios kilómetros de Brush, encontró al muchacho.

Trash despertó cuando llegaba el crepúsculo. A pesar de las ropas que había tendido sobre las ventanillas, el Mercedes se había recalentado. Tenía la garganta como un pozo seco forrado con papel de lija. Las sienas le zumbaron y le saltaron. Sacó la lengua y cuando la tocó con el dedo fue como si tocara una rama seca. Se sentó y puso la mano sobre el volante del Mercedes. La retiró al instante con un silbido de dolor. Tuvo que envolver la manilla de la puerta con los faldones de su camisa para poder salir. Pensó que se apearía sin más, pero sobrevaloró su energía e infravaloró el gran avance de la deshidratación en aquella tarde bochornosa. Las piernas le flaquearon y cayó en la carretera, que estaba también ardiente. Gimiendo, reptó hasta la sombra del Mercedes. Se sentó allí, con los brazos y la cabeza colgando entre las rodillas dobladas, jadeante. Lanzó una mirada mórbida a los cuerpos que había sacado del coche, ella con sus brazaletes en los marchitos brazos, él con su afectado pelo blanco sobre la cara de mono momificado.

Necesitaba llegar a Cíbola antes de que el sol asomara por la mañana. Si no lo conseguía, moriría... ¡a la vista de su meta! El hombre oscuro no podía ser tan cruel. ¡No podía serlo!

–Daré mi vida por ti –susurró Trashcan.

Al esconderse el sol tras la línea de montañas, se puso en pie y empezó a caminar hacia las torres, los alminares y las avenidas de Cíbola.

Cuando el calor del día dio paso al frescor de la noche del desierto, se sintió más capaz de caminar. Sus zapatos de lona atados con cuerdas batieron y golpearon la superficie de la interestatal 15. Avanzó a duras penas, la cabeza le colgaba como la corola de un girasol medio marchito. Ni siquiera vio el letrero que decía LAS VEGAS 30 KM cuando pasó por su lado

Pensó en Boy. A decir verdad, Boy debería haber estado ahora con él. Los dos deberían estar marchando juntos hacia Cíbola con el escape libre del cupé de Boy levantando ecos en el desierto. Pero Boy había resultado indigno de confianza, y Trashcan fue enviado solo al desierto.

Sus pies se alzaron y cayeron una vez y otra en el pavimento.

–¡Cí-bo-la! –graznó –. ¡Pumba, pumba, pum!

Hacia la medianoche se dejó caer en el arcén y se sumió en un sueño ligero e intranquilo. Ahora la ciudad se encontraba más cerca.

Lo conseguiría.

Estaba seguro de conseguirlo.

Oyó a Boy antes de verlo. Fue el poderoso rugido del escape libre avanzando tronante hacia él desde el este, marcando con hierro candente el día. El sonido provino de la autopista 34, de la dirección de Yuma, Colorado. Su primer impulso fue esconderse, al igual que se había escondido de los escasos supervivientes que había visto desde Gary. Pero esta vez algo le hizo permanecer donde estaba, montado en su bici a un lado de la carretera, mirando con aprensión por encima del hombro.

El trueno fue cada vez más intenso. De pronto el sol se reflejó en cromo y

(¿¿FUEGO??)

en algo brillante de color naranja.

El conductor lo vio. Redujo de marcha con una serie de petardeos ametrallantes. Los neumáticos Goodyear chirriaron contra el asfalto. Finalmente, el coche se detuvo a su lado, jadeando como un animal peligroso que puede estar domesticado o no, y el conductor se dispuso a apearse. Trashcan sólo tuvo ojos para el automóvil. Él sabía mucho de coches, le gustaban; aunque nunca hubiese obtenido el carné de principiante. Éste era una belleza, un coche en el que alguien había trabajado durante años e invertido miles de dólares, del tipo de los que sólo se ven en las exposiciones de coches antiguos, una obra hecha con primor.

Era un cupé Ford 1932, pero su dueño no había escatimado nada ni se había limitado a introducir las innovaciones acostumbradas en un cupé. Había ido mucho más lejos convirtiéndolo en una parodia de todos los coches americanos, un vehículo resplandeciente de ciencia ficción, con llamas pintadas a mano surgiendo de múltiples tubos. La pintura era de escamas doradas. Las tuberías cromadas, que se extendían casi en toda la longitud del coche, reflejaban hirientemente el sol. El parabrisas era una pompa convexa. Los neumáticos traseros eran unos grandes Goodyear Wide Ováls, y los ejes de las ruedas estaban a una altura exagerada. Surgiendo del capó, cual un extraño conducto calorífico, había un compresor. Y del techo salía una acerada aleta de tiburón negra pero salpicada de manchas rojas como brasas. A ambos lados había dos palabras escritas con letras que sugerían velocidad: THE BOY (el muchacho).

–¡Eh, tíos: sois demasiado quejicas y patosos! –exclamó el conductor de aquella bala rodante.

Trash trasladó su atención desde las llamas pintadas al conductor. Mediría un metro sesenta. Su pelo estaba ahuecado y cubierto de pomada y brillantina. Sólo el pelo le proporcionaba otros siete centímetros de estatura. Todos los rizos se reunían por encima del cuello en lo que era no una simple cola de pato, sino el compendio de todos los peinados en cola de pato lucidos por los mocosos y rufianes de este mundo. Llevaba botas negras de puntera. Los tacones le proporcionaban seis centímetros más dándole una estatura –muy respetable –de metro setenta y cinco. Sus decolorados

---

pantalones estaban tan ajustados que se hubiera podido leer las fechas de las monedas en sus bolsillos. Delineaban cada preciosa y prieta nalga como una especie de escultura azul y hacía que su entrepierna pareciese contener una bolsa de pelotas de golf. Lucía una camisa de seda de un color borgoña desvaído. Los gemelos de los puños parecían de hueso pulido y, según descubrió Trash más adelante, de eso precisamente estaban hechos. El muchacho tenía dos juegos: uno hecho con un par de molares humanos y el otro con los incisivos de un doberman. Sobre esa maravilla de camisa, y no obstante el calor del día, el hombre llevaba una cazadora de motorista de cuero negro con un águila en la espalda y cruzada por numerosas cremalleras que relucían como diamantes. De las hombreras y del cinturón colgaban tres patas de conejo: una blanca, otra parda y la tercera verde chillón. Esa cazadora, todavía más maravillosa que la camisa, había sido lustrada hasta la saciedad. Sobre el águila se leía *THE BOY*, bordado con hilo de seda blanco. El rostro que ahora miró Trashcan entre la masa de pelo reluciente y el cuello levantado de la no menos reluciente cazadora de motorista, fue una cara de muñeca, minúscula y pálida, con labios fruncidos y gruesos pero esculpidos sin tacha, ojos grises mortecinos, una frente ancha sin ninguna señal ni arruga, y unos extraños carrillos llenos. Parecía un pequeño Elvis.

Dos cintos se cruzaban sobre su vientre liso, y un revólver del 45 sobresalía de cada una de las pistoleras adosadas a sus caderas.

—¡Eh, tío! ¿Qué me dices? —preguntó arrastrando las palabras.

A Trashcan sólo se le ocurrió contestar:

—Me gusta tu coche.

Fue lo más acertado. Quizá lo único acertado. Cinco minutos después iba sentado en el asiento del pasajero y el cupé aceleraba hasta alcanzar la velocidad media de Boy, que era de ciento cuarenta kilómetros por hora. La bici que Trash había montado durante todo el camino desde Illinois se convirtió enseguida en una simple mota.

Trashcan indicó con timidez que, a semejante velocidad, Boy no podría ver a tiempo un objeto abandonado en la carretera, si se encontraban con alguno. De hecho habían encontrado varios y Boy los había sorteado haciendo chirriar los Goodyear.

—Eh, tío —dijo Boy—. Yo tengo reflejos. Sé cuándo maniobrar. En tres quintas partes de segundo. ¿Puedes creer eso?

—Sí, claro —murmuró Trash, que se sintió como si acabara de remover un nido de serpientes con un palo.

—Me caes bien, tío —declaró Boy con su extraña y retumbante voz.

Sus ojos de muñeca miraron fijamente la carretera por encima del volante fluorescente color naranja. Grandes dados Styrofoam con calaveras como puntos se balancearon y danzaron colgados del espejo retrovisor.

—Anda —dijo—, coge una cerveza del asiento trasero.

Eran latas Coors y estaban calientes. Además el hombre Trashcan aborrecía la cerveza. Pero la bebió aprisa y dijo que estaba muy buena.

—Eh, tío —dijo Boy—. La cerveza Coors es la *única* cerveza. Yo mearía Coors si pudiera. ¿Te lo puedes creer? ¿Puedes creértelo?

---

Trashcan dijo que podía creérselo, ciertamente.

–A mí me llaman Boy. De Shreveport, Looseyanna. ¿Conoces ese lugar? Esta bestia que ves aquí ha ganado todos los galardones importantes de las exposiciones de coches en el Sur. ¿Te puedes creer esa majadería? ¿Puedes creértelo?

Trashcan aseguró que la creía y cogió otra cerveza caliente. Pareció la mejor opción dadas las circunstancias.

–¿Cómo te llaman a ti, tío?

–Trashcan.

–¿Qué coño...? –Por un momento, los ojos mortecinos de muñeca se clavaron en su rostro –. ¿Te burlas de mí, tío? Nadie se burla de Boy. Y más te vale creértelo.

–Me lo creo –contestó muy serio Trashcan –. Pero así es como me llaman. Porque yo solía incendiar cubos de basura, buzones y cosas así. Yo incendié la pensión de la vieja Semple. Y fui enviado al reformatorio por eso. También prendí fuego a la iglesia metodista de Powtanville, Indiana.

–¿Hiciste eso? –inquirió encantado Boy –. Tío, estás como un cencerro. Trashcan, ¿eh? Me gusta. Menuda pareja formamos. El jodido Boy y el jodido Trashcan. ¡Chócala, Trash!

Le tendió la mano y Trash se la estrechó con la mayor rapidez posible para que volviera a poner las dos manos sobre el volante. Tomaron chirriando una curva y al salir de ella se les apareció un Bekins bloqueando la calzada. Trashcan se llevó ambas manos a la cara preparándose para una transición inmediata al plano astral. Boy no se alteró. El cupé se desvió por la izquierda de la carretera deslizándose como un pez junto a la cabina del camión, de la que apenas le separó una capa de pintura.

–Por poco –dijo Trashcan cuando pudo hablar sin que la voz le temblara.

–Eh, chico –se limitó a decir Boy, y uno de sus ojos de muñeca le hizo un guiño solemne –. No me lo cuentes a mí... Yo te lo diré cuando sea menester. ¿Qué tal esa cerveza? Te hace un jodido nudo en la garganta, ¿no? Te anima después de viajar con esa bici infantil, ¿verdad?

–Claro –repuso Trashcan. Y tomó otro trago de la caliente Coors. Él estaba loco, pero no tan loco como para contradecir a aquel poseso mientras conducía.

–Bueno, no hay que andarse por las jodidas ramas –dijo Boy mientras alargaba el brazo hacia atrás para coger una lata de cerveza –. Supongo que los dos vamos al mismo lugar.

–Así lo creo –contestó cauteloso Trash.

–Vamos a unirnos. Nos dirigimos al Oeste. Vamos a entrar en el jodido subterráneo. ¿Puedes creértelo?

–Supongo que sí.

–Has soñado con el fantasmón del traje de vuelo negro, ¿no es así?

–¿Quieres decir el sacerdote?

–Siempre quiero decir lo que digo, y digo lo que quiero decir –aclaró Boy –. No me lo digas, jodida chinche, yo te lo diré. Es un traje de vuelo negro. Y el tipo lleva antiparras como las de un

maldito as de la aviación. Unas antiparras tan grandes que no puedes ver su puta cara. Un viejo y fantasmal gallo de pelea, ¿verdad?

–Desde luego –convino Trashcan. Y sorbió su cerveza caliente. La cabeza empezó a zumbarle.

Boy se inclinó sobre el volante e imitó a un piloto de combate, a uno que había hecho su papel en alguna película de aviación. El cupé se bamboleó peligrosamente de un lado a otro de la carretera, en tanto él imitaba los *loops*, las zambullidas y las vueltas de campana.

–¡Toma eso, jodido teutón! ¡Capitán, bandidos a las doce en punto! ¡Apúntales con la ametralladora de proa! ¡Tacca... tacca tacca tacca tacca! ¡Nos los hemos cargado, señor! Todo despejado...

Su cara se mantuvo inexpresiva mientras se entregaba a esa fantasía; ni uno de sus bien engominados pelos se salió de sitio al tiempo que hacía volver el coche a su carril y pisaba el acelerador por la carretera. El corazón de Trashcan latió descompasado. Una leve capa de sudor le bañó el cuerpo. Bebió cerveza.

–Pero él no me amedrenta –dijo Boy como si el anterior tema de conversación no se hubiese interrumpido –. No, joder. Él es un tío duro, pero Boy ha manejado ya tíos duros. Les hago callar y retroceder un paso, tal como dice el jefe. ¿Puedes creértelo?

–Claro –contestó Trash.

–¿Comprendes al jefe?

–Claro –se apresuró a decir Trash.

No tenía la menor idea de quién era o había sido el jefe.

–Mejor será que comprendas al jefe, joder. Escucha, ¿sabes qué voy a hacer?

–¿Ir hacia el Oeste? –Trashcan se aventuró a hacer esa sugerencia, que parecía la más segura.

Boy pareció impacientarse.

–*Después* de que llegue allí, quiero decir. *Después*. ¿Sabes qué voy a hacer después?

–Pues no.

–Voy a mantenerme quieto por una temporada. Para estudiar la situación. ¿Puedes creértelo?

–Claro –respondió Trash.

–Jodido punto A. No me lo digas, seré yo quien te lo diga a ti, joder. Sólo estudiarla. Vigilar al gran hombre. Luego... –Miró caviloso por encima de su volante color naranja.

–¿Luego qué?

–Luego le cerraré el paso. Lo enviaré al hoyo, ¿entiendes? Lo pondré a pastar en un rancho de puta madre. ¿Puedes creértelo? Lo desposeeré de todas sus cosas y lo enterraré en el rancho. Tú pégate a mí, Trashcan, o como quiera que te llames, tío. No vamos a comer cerdo y guisantes. ¡Vamos a comer pollo del mejor!

El cupé siguió rugiendo carretera adelante con las llamas pintadas disparándose desde la carrocería. Trashcan guardó silencio en su asiento con la cerveza en el regazo y la preocupación en la mente.

---

Estaba casi amaneciendo el 5 de agosto cuando Trashcan entró en Cíbola, conocida también como Las Vegas. En algún momento de las últimas cinco millas, había perdido el zapato izquierdo, y ahora, mientras caminaba por la curvada rampa de salida, sus pisadas sonaron más o menos así: *eslap-zUMP eslap-zUMP, eslap-zUMP*, similar al matraqueo de un neumático desinflado.

Se sintió casi acabado, pero cobró un poco de ánimo al caminar por el Strip, atestado de coches muertos y no pocas personas muertas, casi todas ellas picoteadas por los buitres. Lo había conseguido. Estaba en Cíbola. Tuvo que pasar por una dura prueba, pero la había superado.

Vio un centenar de clubes nocturnos de relumbrón y capillas de bodas instantáneas. Vio un Rolls-Royce Silver Ghost medio empotrado en un escaparate de una librería para adultos, vio a una mujer desnuda colgando boca abajo de una farola. Vio dos hojas del *Sun* de Las Vegas arrastradas por el viento. Los titulares que se entreveían anunciaban: LA EPIDEMIA EMPEORA. WASHINGTON ENMUDECE. Vio un cartel gigantesco que rezaba: ¡NEIL DIAMOND! ¡HOTEL AMERICANA DESDE EL 15 DE JUNIO AL 30 DE AGOSTO! En el escaparate de una joyería, al parecer especializada en anillos nupciales y de compromiso, alguien había garrapateado, ¡MUJERE, LAS VEGAS, POR TUS PECADOS! Vio un piano de cola vuelto del revés en medio de la calle como el cadáver de un caballo de madera.

Sus ojos se llenaron de esas maravillas.

Mientras seguía caminando vio otros anuncios, su neón muerto este verano por primera vez en muchos años: Flamingo, The Mint, Sahara, Glass Slipper, Imperial. Pero ¿dónde estaba la gente? ¿Dónde el agua?

Dejando que sus pies eligieran el camino, Trashcan dobló por el Strip. Apoyó la barbilla en el pecho y dormitó mientras caminaba. Y cuando tropezó con el bordillo, cayó de bruces aplastándose la nariz contra el pavimento, levantó la vista y observó lo que había allí, no pudo dar crédito a sus ojos. La sangre le brotó de la nariz sin que se diera cuenta y le tiñó la camisa azul. Fue como si estuviera dormitando todavía y aquél fuera su sueño.

Un inmenso edificio blanco se alzaba hacia el cielo del desierto, un monolito en el desierto, una aguja, un monumento, tan magnífico como la Esfinge o la Gran Pirámide. Las ventanas de su fachada oriental reflejaban el fuego del sol naciente, cual un presagio. En la fachada de aquel edificio blanco como un hueso dos inmensas pirámides doradas flanqueaban su entrada. Sobre la marquesina se veía un gran medallón de bronce y, esculpida en bajorrelieve, la cabeza de un león rugiente.

Encima de él, también en bronce, la sencilla pero imponente leyenda: GRAN HOTEL MGM.

Pero lo que captó su mirada fue lo que se alzaba en el cuadrángulo de hierba entre el aparcamiento y el camino de entrada. Trashcan lo miró pasmado. Un estremecimiento orgásmico le consumió de tal modo que pudo incorporarse sobre sus ensangrentadas manos con el deshilachado extremo del vendaje y contemplar la fuente como hipnotizado. Se le escapó un leve gimoteo.

Aquella fuente estaba funcionando. Era una encantadora construcción de piedra y marfil con incrustaciones de oro. Unas luces coloreadas jugaban con el chorro tiñendo el agua de púrpura, luego de amarillo, después de rojo y por fin verde. El rumor del chorro cayendo en la pila era música celestial.

—Cíbola —farfulló, y se levantó con esfuerzo. Su nariz seguía sangrando.

---

Empezó a avanzar tambaleante hacia la fuente, pero poco a poco fue apretando el paso hasta convertirlo en frenética carrera. Una palabra comenzó a escapar de su boca, una palabra larga que se elevó hacia el cielo como una serpentina, haciendo que la gente se asomara a las ventanas allá arriba (¿quién la veía? Dios, quizá, o el diablo; pero ciertamente no Trashcan). La palabra siguió elevándose cada vez más estridente a medida que él se aproximaba a la fuente. Y esa palabra era:

–¡¡Cíííbolaaaaa!!

La *a* final se alargó y alargó, expresando todos los placeres jamás conocidos por la humanidad, y sólo terminó cuando él llegó al borde de la pila a la altura del pecho, y se zambulló en un baño de increíble frescura y clemencia. Sintió que los poros de su cuerpo se abrían como un millón de bocas y absorbían el agua como una esponja. Trash gritó. Hundió la cabeza, resopló dentro del agua y la expulsó en un estornudo que esparció sangre, agua y mucosidades en el costado del pilón. Hundió otra vez la cabeza y bebió con avidez.

–¡Cíbola, Cíbola! –gritó extasiado –. ¡Daré mi vida por ti!

Se refrescó hasta el hartazgo, bebió otra vez y luego salió y se dejó caer sobre la hierba. Había valido la pena, todo había valido la pena. Entonces le asaltaron las náuseas del agua tragada atropelladamente y vomitó con un violento espasmo. Incluso el vomitar le hizo sentirse mejor.

Se levantó y, asiéndose al borde de la fuente, bebió de nuevo. Esta vez el estómago aceptó agradecido el regalo.

Chorreando agua cual un odre lleno retrocedió tambaleante hacia los escalones de alabastro que conducían hasta las puertas de aquel lugar fabuloso, entre las pirámides doradas. A mitad de la escalinata, las náuseas le asaltaron otra vez y le hicieron doblarse. Cuando el acceso pasó, siguió avanzando resuelto. Las puertas eran giratorias y necesitó de todas sus escasas energías para poner una en movimiento. Caminó por un vestíbulo alfombrado que parecía tener kilómetros de largo. La alfombra era gruesa, tupida y de color arándano. Había un mostrador de recepción, otro para el correo y un tercero para llaves y cajetines. Todos vacíos. A su derecha, más allá de una barandilla ornamental, estaba el casino. Trashcan lo miró pasmado: las filas cerradas de máquinas tragaperras como soldados en posición de descanso antes del desfile, más allá la ruleta y las mesas de dados, y las barandillas de mármol rodeando las mesas de baccarat.

–¿Hay alguien aquí? –graznó Trash.

No hubo respuesta.

Entonces tuvo miedo, porque aquello era una morada de fantasmas, un lugar donde podían acecharle monstruos, pero el miedo cedió ante su fatiga. Bajó a trompicones los peldaños y entró en el casino, desfilando ante el Cub Bar, donde Lloyd Henreid estaba sentado muy silencioso entre las sombras, observándole con un vaso de agua Poland, en las manos.

Llegó a una mesa forrada con paño verde con la leyenda mística: EL REPARTIDOR DE CARTAS DEBE MARCAR EL 16 Y PLANTARSE EN EL 17. Trash se encaramó a la mesa y quedó dormido al instante. Enseguida media docena de hombres rodearon a aquel harapiento que era Trashcan.

–¿Qué hacemos con él? –preguntó Ken DeMott.

–Dejémosle dormir –contestó Lloyd –. Flagg lo necesita.

–¡Ah! ¿Sí? –intervino otro –. Por cierto, ¿dónde coño está Flagg?

---

Lloyd se volvió para mirar al hombre, que empezaba a quedarse calvo y era bastante más alto que Lloyd. No obstante, el individuo dio un paso atrás ante la mirada de éste. La piedra alrededor del cuello de Lloyd era la única que no era de azabache sólido; en el centro relucía una hendidura roja, pequeña e inquietante.

–¿Tan ansioso estás de verlo, Hec? –inquirió.

–No –respondió el calvo –. Vamos, Lloyd, no quise...

–Sí, claro. –Lloyd miró al hombre que dormía en la mesa de blackjack –. Flagg pasará pronto por aquí. Estaba esperando a este individuo. Es algo especial.

Trashcan siguió durmiendo sobre la mesa, ajeno a todo.

Trash y Boy pasaron la noche del 18 de julio en el motel de Golden, Colorado. Boy escogió dos habitaciones con una puerta comunicante, la cual estaba cerrada con llave. Resolvió ese insignificante problema disparando con uno de sus 45 contra la cerradura. Después, levantó su bota y descargó una patada contra la puerta. Ésta se abrió temblando, envuelta en una humareda azulada de pólvora.

–¿Qué habitación quieres? –preguntó –. Elige, Trashy.

Trashcan optó por la de la derecha y se quedó solo en ella durante un rato. Boy se marchó a alguna parte. Cuando Trashcan estaba considerando detenidamente la idea de esfumarse antes de que ocurriera algo malo de verdad, e intentaba instrumentar esa posibilidad con algún medio de transporte, Boy regresó. Trashcan se alarmó al verle empujar un carrito de la compra rebosante de cerveza Coors. Sus ojos de muñeca estaban inyectados en sangre e irritados, y su peinado pompadour se expandía como los muelles de un reloj roto; grasientas madejas de pelo le colgaban sobre las orejas y las mejillas dándole el aspecto de un peligroso aunque absurdo cavernícola que hubiera encontrado una cazadora de cuero y se la hubiera puesto. Las patas de conejo se balanceaban en la cintura de la cazadora.

–No está fría –advirtió Boy –. Pero ¿a quién le importa? ¿Tengo razón o no?

–Toda la razón.

–Anda, toma una cerveza, tonto del culo –dijo Boy lanzándole una lata.

Trashcan arrancó la anilla y le saltó la espuma a la cara. Boy lanzó unas risotadas agudas y chillonas y se sujetó el liso vientre con ambas manos. Trash sonrió apenas. Decidió largarse aquella misma noche después de que aquel pequeño monstruo sucumbiera al sueño. Ya había tenido suficiente. Y lo que Boy dijera sobre el sacerdote oscuro... los temores de Trashcan acerca de eso eran muy serios. Decir esas cosas, aunque fuera en broma, equivalía a blasfemar en el altar de una iglesia o a levantar la cara hacia el cielo durante una tormenta y pedir que te cayera un rayo.

Lo peor de caso era que Boy no parecía haber estado bromeando.

Trashcan no se hallaba dispuesto a subir a las montañas y tomar todas esas curvas cerradas con aquel energúmeno que se pasaba todo el rato bebiendo y que hablaba de derrocar al hombre oscuro para ocupar su lugar.

Entretanto, Boy se cepilló dos cervezas en dos minutos, aplastó las latas y las arrojó con indiferencia a una de las camas gemelas. Miró con ceño el televisor RCA Chromacolor con una Coors recién abierta en la mano izquierda y, en la derecha, el 45 que había usado para volar la puerta comunicante.

–No hay jodida electricidad, y por tanto no hay jodida televisión –dijo.

Cuanto más se emborrachaba más se notaba su estropajoso acento sureño.

–No aborrezco eso. Me encanta que todos los tontos del culo se pierdan por ahí. Pero, por el calvo y viejo Jesucristo, ¿dónde está HBO? ¿Dónde el canal de Playboy? Ése sí era bueno, Trashy. Quiero decir que ellos nunca mostraron a unos tipos agachándose para lamer coños, pero algunas de esas señoras tenían piernas hasta la barbilla. ¿Sabes de qué carajo estoy hablando?

–Claro –dijo Trashcan.

–Eres un jodido A. No me lo digas, yo te lo diré.

–Boy clavó la mirada en el televisor muerto –. Estúpido coño –masculló.

Y disparó contra el aparato. La pantalla estalló con un estampido hueco y voló en fragmentos por la alfombra. Trashcan alzó un brazo para protegerse los ojos y su cerveza se derramó sobre la alfombra.

–¡Mira lo que has hecho, mamón! –exclamó Boy con gran indignación.

De pronto, el 45 apuntó a Trash, su cañón era tan grande y oscuro como la chimenea de un transatlántico. Trashcan se quedó paralizado de miedo.

–Voy a ventilarte la máquina de pensar por eso –dijo Boy –. Si fuera otra marca no me importaría, pero has derramado una Coors. Yo mearía Coors si pudiera. ¿Puedes creértelo?

–Claro –musitó Trashcan.

–¿Y crees que están fabricando más Coors hoy día, Trash? ¿Te parece probable eso, joder?

–No... Supongo que no.

–Tienes razón, joder. ¡Es una industria en peligro de extinción!

Boy levantó un poco el arma. Trashcan pensó que su fin era inminente. Pero Boy bajó otra vez el arma... Tenía una expresión absolutamente vacua. Trashcan supuso que eso indicaba honda cavilación.

–Te diré qué voy a hacer, Trash. Coge otra lata y te la follas. Si lo consigues de una vez, no te freiré los sesos. ¿Puedes creértelo?

–¿Follármela?

–¡Por los clavos de Cristo, tío, eres un memo de categoría! ¡Bébetelo de una vez! ¡Eso es follarse una cerveza! ¿Dónde has pasado tu vida? ¿En la jodida África? Tienes que andarte con cuidado, Trash. Si he de meterte una bala en el cuerpo, irá directamente a tu entrecejo y te transformarás en una jodida cena fría para las cucarachas de este antro.

El muchacho hizo un ademán con la pistola, los enrojecidos ojos fijos en Trash. Espuma de cerveza le cubría el labio superior.

---

Trashcan se acercó al carro de la compra, cogió una cerveza e hizo saltar la anilla.

–¡Adelante, tío! Hasta la última gota. Y si la vomitas estarás listo, joder.

Trashcan vació la lata tragando de forma convulsiva. Cuando la lata quedó vacía, la dejó caer al suelo y mantuvo una lucha interminable con su garganta. Al fin, ganó su derecho a la vida con un largo y resonante eructo. Boy echó hacia atrás la cabeza y rió encantado. Trash restregó los pies mientras sonreía mareado. De pronto se sentía muy mareado.

Boy enfundó su arma.

–Vale. No ha estado mal, tío.

Boy continuó bebiendo. Las latas estrujadas se apilaron sobre la cama. Trash sostuvo una entre las rodillas y sorbía de ella cada vez que Boy parecía lanzarle una mirada desaprobadora. Boy refunfuñaba sin cesar, su voz se hacía cada vez más sureña, y las latas vacías seguían apilándose. Habló de los lugares que había visitado, de las carreras que había ganado, de que pasó un cargamento de droga por la frontera de México en un camión de lavandería con un motor 442 bajo el capó. Asquerosa materia, dijo. El no la había probado jamás; pero ¿qué quieres, chico? Después de haber acarreado unos cargamentos de esa mierda, te podías limpiar el culo con papel higiénico de oro. Por fin empezó a adormecerse.

–Voy a darle caza, Trashy –masculló –. Iré allí, examinaré todo y le besaré el jodido culo hasta que vea cómo andan las cosas. Pero nadie da órdenes a Boy. Ningún jodido elemento. No por mucho tiempo. Yo no hago chapuzas. Si estoy en un trabajo, lo llevo hasta el fin. Ese es mi estilo. No sé quién es él, ni de dónde viene ni cómo transmite cosas a nuestros jodidos cerebros, pero voy a expulsarle de la jodida ciudad –un bostezo de hipopótamo –, voy a anularlo. Lo enviaré al hoyo. Pégate a mí, Trash, o quienquiera que seas, joder.

Se desplomó lentamente hacia atrás en la cama. Su lata de cerveza, recién abierta, se le cayó de la mano inerte. La Coors empapó la alfombra. La caja estaba vacía y, según los cálculos de Trashcan, Boy había vaciado veintiuna latas. Trashcan no podía comprender cómo un hombre tan menudo era capaz de beber tanta cerveza, pero sí se dio cuenta de la hora que era: hora de largarse. Eso lo sabía muy bien. Pero se hallaba mareado, débil y enfermo. Necesitaba dormir un rato. Boy parecía dispuesto a dormir como un leño toda la noche, y tal vez incluso parte de la mañana siguiente. Tiempo suficiente para que él diera una cabezada.

Así pues, se fue a la otra habitación y cerró la puerta comunicante lo mejor que pudo... lo cual no fue mucho. Las balas la habían desencajado. Había un despertador sobre la cómoda. Trash le dio cuerda, colocó las manecillas en la medianoche, aunque no supiera, ni le importara, qué hora era, y puso la llamada para las cinco de la mañana. Se tendió en una de las camas gemelas sin descalzarse siquiera. Al cabo de cinco minutos se quedó dormido.

Cuando despertó, era por la mañana y olía a cerveza y vómito sobre la cara. Sintió algo en la cama a su lado, demasiado voluminoso para tratarse de una comadreja. Sintió que una fuerte jaqueca producida le martilleaba las sienes.

–Cógemela –susurró Boy en la oscuridad.

Trashcan notó que le cogían la mano y se la conducían hacia algo duro, caliente y palpitante.

–Menéamela, vamos, menéamela. Sabes cómo hacerlo, lo adiviné apenas te vi por primera vez. Adelante, jodido idiota, menéamela.

Trashcan supo cómo hacerlo. En muchos aspectos fue un alivio tras largas noches de insomnio. Se decía que era malo, que era amariconado, pero lo que hacían los maricas era mejor que lo que hacían otros, aquellos que se pasaban la noche masturbándose y los que se tendían en sus literas haciendo crujir los nudillos y mirándote sonrientes.

Boy apretó la mano de Trashcan alrededor de su polla ardiente. La rodeó con la mano y empezó. Cuando todo terminara, Boy volvería a dormirse. Y él se escaparía sigiloso.

La respiración del muchacho se hizo jadeante. Empezó a mover las caderas al unísono con los manoseos de Trashcan. Al principio, éste no se dio cuenta de que el muchacho estaba desabrochándose el cinto y bajándose los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas. Trash le dejó hacer. No le importaba que Boy quisiera metérsela. Trash había pasado ya por esa experiencia. No te mataba. No era veneno.

Entonces se paralizó. Lo que de repente penetraba su ano no era una polla sino frío acero.

Y de pronto adivinó lo que era.

–No... –bisbiseó.

Los ojos se le desorbitaron en la oscuridad. Ahora podía distinguir vagamente en el espejo la cara homicida de muñeca, apareciendo sobre su hombro, con las greñas colgando y los ojos enrojecidos.

–Sí –bisbiseó a su vez el muchacho –. Y no te conviene perder ni una embestida, Trashy. Ni una jodida embestida. Pues de lo contrario yo podría apretar el gatillo dentro de tu culo y enviarte al infierno. Recuérdalo, Trashy.

Gimoteando, Trashcan empezó a menear otra vez sus posaderas. Sus gemidos se transformaron en leves quejidos cuando el cañón del 45 se abrió camino dentro de él girando, sondando, rasgando. Y sorprendentemente le resultó excitante.

Poco después, el muchacho se apercibió de su enardecimiento.

–Te gusta, ¿verdad? –inquirió jadeante –. Ya sabía yo que te iba a gustar, saco de pus. Te gusta tenerlo dentro del culo, ¿verdad? Di que sí, saco de pus. Di que sí o te vas ahora mismo al infierno.

–Sí –gimió Trashcan.

–¿Quieres que ahora te lo haga yo?

Él no quería. Excitado o no, no quería, pero se lo calló.

–Sí...

–Yo no tocaría tu polla ni aunque fuera de diamantes. Háztelo tú mismo. ¿Para que crees, si no, que Dios te dio dos manos?

¿Cuánto tiempo duró aquello? Sólo Dios lo sabía. Trashcan sólo sabía que con una mano a la espalda masturbaba a Boy y, al mismo tiempo, padecía las acometidas del revólver en su ano.

¿Un minuto, una hora, un año? ¿Qué diferencia había? Estuvo seguro que tan pronto como sobreviniera el orgasmo del muchacho, él sentiría dos cosas al mismo tiempo: el chorro caliente de la

eyaculación de aquel pequeño monstruo en las nalgas y la agonía desgarradora de una bala rugiendo a través de sus órganos vitales. El enema definitivo.

Entonces las caderas del muchacho se paralizaron y su pene pasó por las distintas convulsiones en la mano de Trashcan. Su puño se tornó seboso, como un guante de goma. Un instante después, el cañón del arma se retiró. Lágrimas silenciosas de alivio rodaron por las mejillas de Trashcan. No le atemorizaba la muerte al servicio del hombre oscuro, pero no quería morir en aquella lóbrega habitación de motel en manos de un psicópata. No antes de haber visto Cíbola. El habría rezado a Dios, pero supo por instinto que Dios no prestaría oído a quienes habían manifestado su sumisión al hombre oscuro. Y, en definitiva, ¿qué había hecho Dios para favorecer a Trashcan?

¿O a Donald Merwin Elbert?

En el silencio palpitante, la voz del muchacho entonó una canción, desafinando y derivando hacia el sueño:

–Mis compadres y yo estamos haciéndonos conocer muy bien... sí, los tipos duros nos conocen y nos dejan en paz...

Luego empezó a roncar.

Ahora me marcharé, pensó Trashcan. Pero temió despertar al muchacho. Me marcharé tan pronto como me asegure de que está dormido de verdad. Cinco minutos. No requerirá más tiempo.

Pero nadie sabe cuánto duran cinco minutos en la oscuridad. Podría decirse que cinco minutos en la oscuridad no existen. Esperó. Se dio media vuelta y dormitó sin saber que dormitaba. No pasó mucho tiempo sin que se deslizara por la pendiente del sueño.

Se encontró en una carretera tenebrosa situada a gran altura. Las estrellas parecían lo bastante cercanas para alcanzarlas y tocarlas. Se tenía la sensación de poder cogerlas del cielo y meterlas dentro de un jarro, como luciérnagas. Hacía un frío glacial. Estaba muy oscuro. Pudo ver, iluminadas por la pálida luz estelar, las caras vivas de las rocas a lo largo de esa ruta.

Y entre las tenebrosas sombras, algo caminó hacia él.

Entonces se oyó *su voz*, que venía de ninguna parte y de todas partes: *En las montañas te daré la señal. Te mostraré mi poder. Te mostraré lo que les sucede a quienes se oponen a mí. Espera. Vigila.*

Unos ojos rojos empezaron a abrirse en la oscuridad como si se hubiese colocado treinta y seis lámparas de peligro con caperuzas, y ahora ese alguien retirará las caperuzas a pares. Eran ojos, y todos rodeaban a Trashcan en un anillo fatídico. Al principio, creyó que eran ojos de comadreja, pero cuando el anillo se estrechó fueron de grandes lobos grises de montaña, con las orejas enhiestas y las babas goteando de sus oscuras bocas.

Sintió miedo.

*No van por ti, mi buen y leal servidor. ¿Lo ves?*

Y todos se marcharon. Así, sin más, los jadeantes y montaraces lobos grises se fueron.

*Vigila*, dijo la voz.

*Espera*, dijo la voz.

El sueño terminó. Trashcan despertó para descubrir un sol brillante entrando por la ventana de la habitación. El muchacho estaba plantado delante de ésta, y no parecía afectado por su encuentro de la noche anterior con la ya difunta Adolph Coors Company. Llevaba el pelo peinado con los antiguos rizos y ondas, y el hombre admiraba su imagen reflejada en el cristal. Había colocado su cazadora de cuero sobre el respaldo de una silla. Las patas de conejo colgaban de la cintura como minúsculos cadáveres en la horca.

–¡Eh, saco de pus! Pensé que necesitaría engrasarte otra vez la mano para despertarte. Vamos, tenemos una gran jornada por delante. Un montón de cosas van a suceder hoy. ¿Tengo razón o no?

–Seguro que la tienes –replicó Trashcan con una extraña sonrisa.

Cuando Trashcan surgió del sueño en la tarde del 5 de agosto, se encontraba todavía tendido sobre la mesa de blackjack en el casino del Gran Hotel MGM. Repantigado en una silla delante de él había un joven de pelo rubio pajizo y lacio con gafas ahumadas de espejo. Lo primero que observó Trash fue la piedra colgada alrededor de su cuello en el escote de la abierta camisa. Negra con una grieta roja en el centro. Como el ojo de un lobo en la noche.

Intentó decir que tenía sed, pero sólo consiguió emitir un débil sonido.

–Veo que te has pasado algún tiempo bajo el sol –dijo Lloyd Henreid.

–¿Eres él? –murmuró Trash –. ¿Eres...?

–¿El gran hombre? No, no soy él. Flagg está en Los Angeles. Pero sabe que estás aquí. Hablé por radio con él esta tarde.

–¿Va a venir?

–¿Sólo para verte? ¡No, diablos! Él estará aquí a su debido tiempo. Tú y yo, amigo, somos gente de poca monta. El estará aquí a su debido tiempo. –Y reiteró la pregunta que había hecho al hombre alto aquella mañana no mucho después de que Trashcan llegase tambaleante –. ¿Tan ansioso estás de verlo?

–Sí... no... No lo sé.

–Bien, sea como sea tendrás tu oportunidad.

–Tengo sed...

–Eso tiene fácil remedio. Bebe esto.

Le alargó un gran termo lleno de refresco Kool-Aid. Trashcan lo vació y luego se inclinó sujetándose el estómago y gimiendo. Cuando el calambre pasó, lanzó a Lloyd una estúpida mirada de gratitud.

–¿Crees que podrás comer algo? –preguntó Lloyd.

–Sí, me parece que sí.

Lloyd se volvió hacia un hombre plantado detrás de ellos. El individuo estaba haciendo girar, ocioso, la rueda de la ruleta dejando que la pequeña bola blanca brincara alocadamente.

–Roger, di a Whitney o a Stephanie-Ann que traigan cuanto antes unas patatas fritas y un par de hamburguesas a este hombre. ¡No, mierda! ¿Qué estoy pensando? Lo vomitará por todas partes. Que sea sopa. Traedle algo de sopa. ¿Le irá bien eso, amigo?

–Cualquier cosa –murmuró agradecido Trash.

–Aquí tenemos un tipo llamado Whitney Horgan –dijo Lloyd –. Antes era carnicero. Es un rollizo y pesado saco de mierda, pero ¡Dios, cómo cocina! Y aquí tiene de todo. Los frigoríficos se hallaban repletos. ¡Jodida Las Vegas! ¿No te parece el lugar más condenado que jamás has visto?

–Sí –reconoció Trash, a quien le gustó Lloyd antes de saber siquiera su nombre –. Es Cíbola.

–¿Cómo dices?

–Cíbola. Buscada por muchos.

–Sí, muchos la han buscado durante años, pero casi todos se marcharon como si lamentaran haberla encontrado. Bueno, llámala como te apetezca, colega... Pareces haberte cocido en el camino. ¿Cómo te llamas?

–Trashcan.

Lloyd no mostró extrañeza.

–Con un nombre como ése yo apostarí que eras motorista.

Le tendió la mano. En las yemas de sus dedos estaban todavía las marcas de su estancia en la cárcel de Phoenix donde casi murió de inanición.

–Yo soy Lloyd Henreid. Celebro conocerte, Trash. Bienvenido a bordo de la *Lollypop*.

Trashcan estrechó la mano que se le ofrecía y hubo de esforzarse para no llorar de gratitud. Que él recordase era la primera vez en su vida que alguien se dignaba a estrecharle la mano. El estaba aquí. Había sido aceptado. Al fin *era parte de algo*. Habría hecho dos veces su reciente viaje por el desierto para disfrutar de este momento, se habría quemado el otro brazo y también ambas piernas.

–Gracias –farfulló –. Gracias, señor Henreid.

–Joder, chico... Llámame Lloyd.

–De acuerdo. Gracias, Lloyd.

–Eso está mejor. Después de comer te llevaré arriba y te daré una habitación. Mañana te pondremos a hacer algo. Según creo, el gran hombre ha concebido una cosa para ti; pero hasta entonces hay mucho que puedes hacer. Hemos puesto en marcha una buena parte de este lugar. Allá arriba en Boulder Dam un equipo está intentando recuperar toda la fuerza eléctrica. Otro trabaja en las reservas de agua. Hemos destacado patrullas exploradoras, pero te evitaremos esa actividad por algún tiempo. Parece que has tomado sol suficiente para un mes.

–Supongo que sí –respondió Trashcan con una débil sonrisa.

Estaba ya dispuesto a dar su vida por Lloyd Henreid. Sacando fuerzas de flaqueza señaló la piedra que pendía del cuello de éste y preguntó:

–¿Qué es...?

–La llevamos los que estamos encargados de todo. Idea *suya*. Es azabache. No tiene nada de roca, ¿sabes? Es como una burbuja de aceite.

–Me refiero a... la luz roja. El ojo.

–A ti también te lo parece, ¿eh? Es una hendidura. Idea especial de él. Yo no soy el tipo más listo que él tiene en sus filas, ni siquiera el más listo en el viejo *Lost Wages*; no, ni mucho menos. Pero soy... mierda, supongo que podría decirse que soy su mascota. –Miró a Trash –. Quizá tú también lo seas. ¡Quién sabe! Flagg es muy reservado. Sea como sea, oímos hablar sobre ti de un modo especial. Whitney y yo. Hay demasiados fijándose de un modo especial en demasiados. –Hizo una pausa –. Aunque supongo que él podría, si quisiera hacerlo. Supongo que él podría tomar nota de cualquiera.

Trashcan asintió.

–El sabe hacer magia –informó Lloyd con voz enronquecida –. Yo lo he visto. Me horrorizaría estar en el otro bando, ¿sabes?

–Sí –convino Trashcan –. Ya vi lo que le sucedió a Boy.

–¿Boy?

–El tipo que venía conmigo hasta que alcanzamos las montañas. –Se estremeció –. No quiero hablar de ello.

–Bueno, hombre. Aquí llega tu sopa. Y Whitney ha añadido una hamburguesa. Te encantará. Ese tipo hace unas hamburguesas fantásticas, pero procura no vomitarla, ¿eh?

–De acuerdo.

–En cuanto a mí, tengo lugares que visitar y gente a quien ver. Si mi viejo camarada Poke me viera ahora, no se lo creería. Estoy más atareado que un tío cojo en una carrera pedestre. Nos veremos más tarde.

–Seguro –dijo Trashcan, y luego añadió casi con timidez: – Gracias por todo.

–No me lo agradezcas a mí –dijo amable Lloyd –. Agradéceselo a él.

–Así lo haré –repuso Trashcan –. Cada noche.

Pero estaba hablando consigo mismo. Lloyd se había alejado ya por el vestíbulo y conversaba con el individuo que había traído la sopa y la hamburguesa. Trashcan los miró afectuoso hasta perderlos de vista, y luego empezó a comer vorazmente. Se habría sentido estupendamente si no hubiese mirado el plato de sopa: era de tomate y tenía el color de la sangre.

Lo empujó a un lado. Su apetito desapareció de repente. Estuvo muy bien eso de decir a Lloyd que no quería hablar acerca de Boy, pero dejar *de pensar* en lo que le había sucedido era una cosa muy distinta.

Se acercó a la rueda de la ruleta sorbiendo del vaso de leche que le habían traído con la comida. Impulsó la rueda y dejó caer la bola blanca en la fuente. Ésta rodó por el borde; luego, entró en las ranuras y empezó a saltar arriba y abajo. Pensó en Boy. Se preguntó si vendría alguien para indicarle cuál era su habitación. Pensó otra vez en Boy. Se planteó si la bola se pararía en un número rojo o en

uno negro... Pero pensó sobre todo en Boy. La saltarina bola se detuvo en una ranura. La rueda se paró. La bola se quedó en el doble cero verde. Gana la casa.

En aquel día despejado de 27 °C, cuando se dirigían desde Golden a las Rocosas a lo largo de la interestatal 70, Boy había renunciado a la Coors en favor de una botella de whisky Rebel Yell. Otro par de botellas se alojaban entre los dos sobre el asiento, cada una en un cartón vacío de leche para que no rodaran y se rompieran. De cuando en cuando Boy sorbía de la botella, se enjuagaba con un trago de pepsi-cola y luego vociferaba a pleno pulmón: « ¡Maldito calor!» o « ¡Guay!» o « ¡Motor sexy!» Había comentado ya varias veces que él mearía Rebel Yell si pudiera, y preguntado a Trashcan si se lo creía. Y Trashcan, pálido y todavía con la resaca de la noche anterior, decía a todo que sí.

Pero ni siquiera Boy podía lanzarse a noventa por aquellas carreteras. Redujo la velocidad a sesenta y gruñó contra las jodidas montañas. Luego, se animó.

–Cuando llegemos a Utah y Nevada recuperaremos parte del tiempo perdido, Trashy. Esta pequeña preciosidad hace ciento sesenta en el llano. ¿Puedes creértelo?

–Es un coche estupendo –comentó Trashcan con una sonrisa de besugo.

–Puedes apostar el culo, tío.

Boy tomó otro sorbo de Rebel Yell, se enjuagó con pepsi y luego gritó « ¡Guay!» con toda la fuerza de sus pulmones.

Trash contempló extasiado el paisaje que desfilaba ante sus ojos, bañado por el sol de media mañana. La interestatal había sido abierta en la ladera de la montaña, y a ratos viajaban entre enormes muros de roca viva. Los peñascos que él vio en su sueño de la noche anterior. ¿Se mostrarían de nuevo sus ojos rojos una vez oscureciera?

Se estremeció.

Poco después observó que su velocidad había descendido de sesenta a cuarenta. Luego a treinta. Boy masculló unos juramentos monótonos y horribles. El cupé sorteó un tráfico cada vez más denso, paralizado y mortalmente silencioso.

–¿Qué coño es esto? –se enfureció Boy –. ¿Qué ha hecho esta gente? ¿Han decidido todos morir a tres mil jodidos metros de altitud? ¡Eh, estúpidos jodidos, fuera de mi camino! ¿Es que no me oís? ¡Apartaos de mi camino, joder!

Trashcan se encogió.

Al salir de una curva se encontraron con un apilamiento horrendo de cuatro coches que bloqueaban por completo los carriles de la carretera hacia el oeste. Un hombre muerto, cubierto de sangre reseca que formaba una costra desigual, yacía boca abajo despatarrado en la carretera. Cerca de él había una muñeca Cathy-Cathy rota. Una barrera de acero con postes de dos metros bloqueaba el camino para contornear por la izquierda aquel amasamiento. Por la derecha, el terreno caía hacia la brumosa distancia.

Boy bebió Rebel Yell y condujo el cupé hacia el despeñadero.

–Agárrate, Trashy –susurró –. Vamos a contornearlo.

---

–No hay espacio –graznó Trashcan.

–Sí, el suficiente –susurró Boy.

Sus ojos relucieron. Empezó a sacar el coche de la carretera. Al poco, las ruedas del lado derecho giraron con sigilo sobre los escombros de desnivel.

–No cuentes conmigo –se apresuró a decir Trashcan. Y agarró la manilla de la puerta.

–Tú te quedas ahí sentado –ordenó Boy –. ¿O prefieres ser un saco de pus muerto?

Trash volvió la cabeza y se encontró con el cañón del 45. Boy rió tenso entre dientes.

Trashcan se respaldó en su asiento. Quiso cerrar los ojos pero no pudo. En su costado del coche, los últimos quince centímetros de desnivel se perdieron de vista. Ante él apareció un vasto paisaje de pinos azulados e inmensos peñascos. Pudo imaginarse los neumáticos Goodyear del cupé a diez centímetros del borde... luego a cinco...

–Otro par de centímetros –canturreó Boy con ojos desorbitados y sonrisa de poseso mientras el sudor perlaba aquella pálida frente de muñeca –. Sólo uno... más.

Aquello terminó a toda prisa. Trashcan sintió que la parte trasera derecha del coche se deslizaba de repente hacia fuera y abajo. Oyó la caída de un desprendimiento, primero de guijarros, luego de piedras grandes. Lanzó un grito. Boy profirió maldiciones, encajó la primera y pisó el acelerador. Por la izquierda, donde habían estado bordeando el cadáver patas arriba de un microbús Volkswagen, llegó el chirrido de metal contra metal.

–¡Vuela! –gritó Boy –. ¡Hazlo como un jodido pájaro de culo gordo! ¡Vuela! ¡Maldita sea, VUELA!

Las ruedas traseras del cupé patinaron. Por un instante su impulso hacia el despeñadero pareció aumentar, pero de pronto brincó, se agarró al terreno y estuvieron de nuevo sobre la carretera.

–¡Te dije que lo conseguiría! –exclamó triunfante Boy –. ¡Maldita sea! ¿Lo hemos hecho o no? ¿Lo hemos hecho o no, Trashy, jodida mierda de pollo?

–Lo hemos hecho –repuso Trashcan muy tranquilo aunque estuviera temblando de pies a cabeza.

Parecía incapaz de dominarse. Y entonces, por segunda vez desde que encontró a Boy, dijo una cosa capaz de salvarle la vida... Si no la hubiese dicho, Boy seguramente lo habría matado, según su extraña manera de celebración.

–Buena conducción, campeón. –Él no había llamado «campeón» a nadie en toda su vida.

–Bah, no tan buena –contestó condescendiente Boy –. Hay algunos tíos en el país que podrían haberlo hecho. ¿Puedes creértelo?

–Si tú lo dices, Boy...

–No me lo cuentes, tío, yo te lo contaré a ti, joder. Bien, allá vamos. Todo sea por la jornada de un día. Pero su avance no duró mucho. Un cuarto de hora después, el cupé de Boy se detuvo, a dos mil quinientos kilómetros de su punto de origen en Shreveport, Luisiana.

–No puedo creerlo –exclamó Boy –. Por la jodida madre, ¡no puedo creerlo!

Se apeó de un salto agarrando con la mano izquierda la botella de Rebel Yell, tres cuartas partes vacía.

---

–¡Salid de mi carretera! –rugió Boy dando saltos con sus grotescas botas de tacón alto, una minúscula fuerza natural de destrucción, como un terremoto dentro de un frasco –. ¡Salid de mi carretera, fornicadores de vuestra madre! ¡Estáis muertos, todos vosotros pertenecéis al jodido osario! ¡No tenéis nada que hacer en mi jodida carretera!

Arrojó lejos la botella de Rebel Yell, que se estrelló contra el costado de un viejo Porsche y se rompió en mil pedazos. Boy quedó silencioso, jadeando y un poco tambaleante.

Esta vez el problema no era tan simple como un apilamiento de cuatro o cinco coches. Esta vez el problema era, ni más ni menos, que de circulación. Aquí los carriles en dirección este estaban separados de los de dirección oeste por una herbosa partición central de unos diez metros. El cupé podría pasar de un lado de la autopista al otro pero las condiciones de ambas arterias eran idénticas: los cuatro carriles se hallaban atestados con un tráfico de seis carriles, parachoques contra parachoques, costados contra costados. Algunos conductores habían intentado utilizar la partición central aunque estuviese llena de rocas que surgían del suelo grisáceo como dientes de dragón. Quizá algunos vehículos de bastidor alto hubieran tenido cierto éxito, pero lo que Trashcan vio en la partición central fue un cementerio de automóviles, un amontonamiento de hierro, aplastado, hundido, triturado. Era como si una locura colectiva hubiese afectado a todos los conductores y hubieran decidido celebrar un demencial derby apocalíptico en la interestatal 70, allí arriba en las montañas Rocosas de Colorado.

Bien puedo decir que he visto llover Chevrolets del cielo. Casi rió, pero se apresuró a taparse la boca. Si Boy le oyera reír, probablemente no volviera a hacerlo nunca más.

Boy regresó dando zancadas con sus botas de tacón alto y el atusado pelo reluciendo al sol. Su cara era la de un basilisco enano. Le dominaba tal furia que tenía los ojos desorbitados.

–No pienso abandonar mi jodido coche –declaró –. ¿Me oyes? Ni hablar. No lo abandonaré. Empieza a andar, Trashy, ve hacia allá y mira hasta dónde llega este jodido embotellamiento. Tal vez sea un camión atravesado en la calzada, no lo sé. Sólo sé que no podemos dar jodida marcha atrás. Perdimos el desnivel. Nos iríamos al fondo. Pero me importa una mierda que sea un camión atascado o algo parecido. Me montaré en estos hijos de puta uno por uno y los enviaré al despeñadero. Ahora muévete, tío.

Trash no discutió. Echó a caminar despacio por la carretera haciendo eses entre el mazacote de coches. Se dispuso a agacharse y correr tan pronto como Boy empezara a disparar. Pero Boy no hizo tal cosa. Cuando Trashcan creyó hallarse ya a una distancia prudente, es decir, fuera del alcance del revólver, se encaramó a un camión cuba y miró hacia atrás. Boy, una miniatura de golfo callejero procedente del infierno, ahora con auténtico tamaño de muñeca a doscientos cincuenta metros de distancia, estaba tomando un trago, apoyado contra el costado de su cupé. Trashcan pensó saludarle con la mano pero se dijo que sería una mala idea.

Trashcan inició su caminata aquel día hacia las diez y media de la mañana. Su avance fue lento, hubo de trepar por techos de coches y camiones, tan apretados estaban los vehículos, y cuando llegó el primer letrero de TÚNEL CERRADO eran ya las tres y cuarto de la tarde. Había hecho dieciséis kilómetros más o menos. No era gran cosa, sobre todo para alguien que había cruzado un veinte por ciento del país en una bicicleta... Pero, considerando los obstáculos, pensó que dieciséis kilómetros era una distancia bastante impresionante. Podría haber vuelto para decir a Boy que el paso era

imposible... suponiendo que tuviera intención de volver. Pero no la tuvo, por supuesto. Trashcan no había leído muchos libros de historia (después de la terapia del electrochoque, la lectura se le había hecho algo difícil); pero no lo necesitaba para hallarse enterado de que, en la antigüedad, los reyes y emperadores solían matar a los portadores de malas nuevas por simple resentimiento. Lo que él sabía era suficiente. Había visto lo bastante de Boy para saber que no quería verlo más.

Se quedó plantado cavilando sobre el letrero, letras negras sobre fondo anaranjado con forma de diamante. Lo habían derribado y estaba bajo la rueda de una cosa que parecía el Yugo más viejo del mundo, TÚNEL CERRADO. ¿Qué túnel? Miró al frente, protegiéndose los ojos, y creyó ver *algo*. Avanzó otros trescientos metros, encaramándose a los coches cuando era necesario, y llegó a un alarmante amasijo de vehículos aplastados y cadáveres. Algunos turismos y camiones habían ardido hasta los ejes. Muchos eran vehículos del ejército, y numerosos cuerpos estaban vestidos de caqui. Más allá de la escena de aquella batalla, pues Trashy estaba seguro de que había sido eso, recomenzó el embotellamiento de circulación. Y todavía más allá, en dirección este y oeste, ésta desapareció dentro de dos huecos gemelos de lo que un letrero inmenso asegurado a la roca viva anunciaba como el TÚNEL EISENHOWER.

Se acercó, con el corazón agitado, sin saber lo que intentaba hacer. Aquellos huecos gemelos internándose en la roca le intimidaron y, cuando se acercó más, el recelo se tornó en miedo. Habría comprendido a la perfección los sentimientos de Larry Underwood acerca del túnel Lincoln; durante un instante ambos fueron hermanos en espíritu, y compartieron el mismo miedo.

La principal diferencia consistía en que, mientras el paso para peatones del túnel Lincoln estaba a considerable altura sobre la calzada, aquí estaba lo bastante bajo para que algunos coches hubieran intentado pasar con dos ruedas sobre el paso para peatones y las otras dos sobre la carretera. El túnel medía tres kilómetros de longitud. La única forma de franquearlo sería pasando de un coche a otro en la oscuridad más tenebrosa. Ello requeriría horas.

Trashcan sintió que las entrañas se le licuaban. Se quedó plantado mirando el túnel durante largo rato. Hacía un mes, Larry Underwood había penetrado en su túnel a despecho del miedo. Tras una larga contemplación, Trashcan dio media vuelta y empezó a caminar hacia Boy, con los hombros caídos y las comisuras de la boca temblorosas. Lo que le hizo regresar no fue sólo la inexistencia de un espacio despejado para caminar ni la longitud del túnel. Trash, que había vivido toda su vida en Indiana, no tenía ni idea de lo largo que era el túnel Eisenhower. Larry Underwood había sido motivado, y quizá controlado, por una vena subyacente de egoísmo, por la lógica de la supervivencia: Nueva York era una isla y él necesitaba abandonarla. El túnel significaba el escape más rápido: caminaría con la mayor ligereza posible, haría como el que se tapa la nariz y traga aprisa porque sabe que la medicina le sabrá mal. Trashcan era un hombre curtido, habituado a aceptar los golpes del destino y de su propia naturaleza tan inexplicable, y hacerlo así con la cabeza humillada. Por añadidura, su catastrófico encuentro con Boy le había acobardado, casi lavado el cerebro. Se vio lanzado a velocidades lo bastante altas como para ocasionar una lesión cerebral. Fue amenazado con la extinción si no lograba beber una cerveza sin parar y sin vomitarla después. Lo habían sodomizado con el cañón de un revólver. Y estuvo a punto de caer desde tres mil metros por el borde de la autopista. Después de todo eso, ¿cómo podía sacar fuerzas de flaqueza para reptar por un agujero perforado en la base de la montaña, un agujero donde quién sabía cuántos horrores iba a encontrar en la oscuridad? No podía hacerlo. Otros, tal vez, pero no Trashcan. Y hubo también cierta lógica en la idea de volverse atrás. Era la lógica del derrotado, del alienado; pero así y todo tuvo su perverso encanto. El *no* estaba en una isla. Si hubiera de retroceder

durante el resto del día y, durante el siguiente, para encontrar una carretera que pasara por las montañas en lugar de atravesarlas, lo haría. Tendría que cruzarse con Boy, cierto; pero pensó que éste podría haber cambiado de idea y haberse marchado. Tal vez estuviera borracho perdido. O incluso muerto, aunque Trash dudaba que el destino le deparase una suerte tan extraordinaria. En el peor de los casos, si Boy se hallase todavía allí, observando y esperando, Trashcan podría aguardar hasta la oscuridad y entonces deslizarse sigiloso como una comadreja o cualquier animalillo del monte bajo. Luego continuaría hacia el este hasta encontrar la carretera que buscaba.

Llegó al camión cuba desde donde había visto a Boy y su mítico cupé. Hizo mejor tiempo en el viaje de vuelta. Esta vez no se encaramó en los techos de los coches, pues su silueta se habría destacado muy clara en el cielo vespertino, sino que empezó a reptar de un coche a otro procurando no hacer ruido. Boy podría estar alerta y vigilante. Con un tipo así nunca se sabía lo que podría suceder, y no convenía arriesgarse. Deseó haber cogido el fusil de algún soldado, aunque él no hubiera utilizado en su vida un arma de fuego. Siguió reptando y los guijarros de la carretera se le clavaron dolorosamente en la mano herida. Eran las ocho en punto y el sol se había escondido tras las montañas.

Trashcan se detuvo detrás del capó del Porsche contra el que Boy había arrojado su botella, y poco a poco alzó los ojos por encima de él. Sí, allí estaba el incomparable cupé con su flamante pintura dorada, su parabrisas convexo y su aleta de tiburón alzándose como si quisiera cortar el cielo cárdeno de la tarde. Boy se hallaba repantigado detrás del volante, con los ojos cerrados y la boca abierta. El corazón de Trashcan pareció vocear una victoria dentro del pecho. « ¡Borracho perdido! –proclamó su corazón –. ¡Dios! ¡Está borracho perdido!» Trash pensó que podría alejarse de allí por lo menos treinta kilómetros antes de que Boy despertara. Pero tendría que ser cauteloso.

Se deslizó de un coche a otro, como una chinche de agua cruzaría la superficie tranquila de un estanque, dejó a su izquierda el cupé y lo rodeó hasta quedar justo detrás. Ahora sólo era cuestión de poner la máxima distancia entre él y aquel demente...

–¡Alto ahí, estúpido chupapollas!

Trash quedó paralizado a cuatro patas. Se hizo pis en los pantalones y su cerebro se transformó en un despavorido pájaro negro. Volvió un poco la cabeza; los tendones del cuello crujieron como las bisagras de una puerta en una casa embrujada. Allí estaba Boy, resplandeciente, llevaba una camisa verde y dorada iridiscente y unos pantalones de pana descolorida. Empuñaba un 45 en cada mano. Una horrible mueca de odio y furor descomponía su rostro.

–Estaba explorando por este lado... –Trashcan oyó atónito de su propia voz –. Para asegurarme de que no había moros en la costa.

–Seguro... Estabas explorando a cuatro patas, mamón. Yo me encargaré de despejar tu jodida costa. Ven aquí.

Trashcan se puso en pie como buenamente pudo y se mantuvo firme agarrándose a la manilla de la puerta de un coche. Las bocas de las dos 45 de Boy parecieron tan grandes como los huecos del túnel Eisenhower. En ese momento se encontró mirando cara a cara a la muerte. No se llamó a engaño. Esta vez no habría palabras adecuadas para evitarla.

Ofreció una plegaria silenciosa al hombre oscuro: Por favor, ¡daré mi vida por ti si ésa es tu voluntad!

–¿Qué has visto allá arriba? –preguntó Boy –. ¿Un revoltijo de coches?

–Un túnel. Atestado. Por eso regresé, para contártelo. Por favor...

–¿Un túnel! –gimió Boy –. ¡Por la cabeza calva de Jesucristo! –El ceño reapareció –. ¿No me estarás mintiendo, jodido marica?

–¡No! ¡Te juro que no! Creo que el letrero pone «Túnel Eisenhower», pero tengo ciertas dificultades con las palabras largas. Yo...

–Cierra tu maldito pico. ¿A qué distancia?

–Doce kilómetros. Quizá más.

Por un momento Boy guardó silencio, mirando hacia el oeste a lo largo de la autopista. Luego lanzó una mirada fulminante a Trashcan.

–¿Intentas decirme que este embotellamiento tiene doce kilómetros de largo?

Boy puso los gatillos de las armas a medio percutor. Trashcan, que no sabía distinguir entre el medio percutor y un saco lleno de ranas, chilló como una mujer y se tapó los ojos.

–¡No miento! –gritó –. ¡Te lo juro!

Boy lo miró durante largo rato. Por fin bajó los percutores de sus armas.

–Voy a matarte, Trashy –dijo sonriente –. Te voy a arrebatar tu jodida vida. Pero primero caminaremos hasta el amontonamiento que franqueamos esta mañana. Tú te encargarás de despeñar la furgoneta. Después desandaré camino y buscaré un rodeo. No pienso abandonar mi jodido coche –añadió petulante.

–No me mates, por favor –balbuceó Trashcan –. No lo hagas.

–Tal vez no lo haga si consigues despeñar esa furgoneta Volkswagen en menos de quince minutos. ¿Puedes creértelo?

–Sí –dijo Trash.

Pero como había visto aquellos ojos de un brillo preternatural, no se lo creyó. Regresaron al amontonamiento. Trashcan marchaba delante de Boy con piernas bamboleantes como si fueran de goma. Boy caminaba con remilgo. La cazadora de cuero crujía en sus pliegues. Una sonrisa vaga, casi dulce fruncía sus labios de muñeca.

Cuando llegaron al apilamiento, el crepúsculo había desaparecido o poco menos. El microbús estaba volcado de costado, los tres o cuatro ocupantes eran un amasijo de brazos y piernas que gracias a la luz decreciente resultaba difícil de ver. Boy pasó junto a la furgoneta y se detuvo en el desnivel mirando el lugar por el que habían pasado diez horas antes. Una de las rodadas del cupé seguía todavía allí pero la otra se había desmoronado con la tierra desprendida.

–Ni hablar –dijo tajante Boy –. No podemos pasar por aquí otra vez a menos que excavemos y movamos la tierra un poco. No me lo digas, yo te lo diré.

Por un instante Trashcan tuvo la idea de arremeter contra él y empujarle por el borde. Entonces Boy dio media vuelta. Sus revólveres apuntaron de manera casual hacia el estómago de Trashcan.

---

–Dime, Trashy, ¿te han pasado pensamientos malévolos por la cabeza? No pretenderás decirme que no es así. Puedo leerlo en tu cara como si fuera un jodido libro.

Trashcan movió la cabeza de un lado a otro.

–No cometas un error conmigo, Trashy. Es lo único en este ancho mundo que no te conviene hacer. Ahora ponte a empujar esa furgoneta. Tienes quince minutos.

Había un Austin aparcado cerca del amontonamiento. Boy abrió la puerta y, como si nada, sacó de un tirón el cadáver hinchado de una adolescente. Se quedó con un brazo en la mano y lo arrojó a un lado despreocupadamente. Se sentó en el asiento desocupado con los pies en el pavimento. Alardeando de buen humor, hizo un ademán con sus revólveres a la figura temblorosa y encogida de Trashcan.

–Se pasa el tiempo, querido colega. –Echó la cabeza hacia atrás y cantó: – ¡Aquí viene Johnny con su polla en la mano, es un hombre de cuerpo entero, y marcha al rodeooo! Eso está bien, Trashy, pon manos a la obra, te quedan sólo doce minutos, un empujón a la izquierda, un empujón a la derecha, vamos, jodido zopenco, planta el pie derecho como es debido...

Trash se apoyó contra el microbús. Tensó las piernas y empujó. El vehículo se movió unos centímetros hacia el borde. En el fondo de su alma, la esperanza, esa semilla indestructible del corazón humano, empezó a reverdecer. Boy era irracional, impulsivo, lo que Carley Yates y sus compinches del billar hubieran llamado más loco que una rata de vertedero. Tal vez si precipitaba la furgoneta por el despeñadero y despejaba el camino para su precioso cupé, aquel lunático le dejara vivir.

Tal vez.

Trash bajó la cabeza, agarró los bordes de la carrocería y empujó con todas sus fuerzas. El dolor le laceró el brazo quemado, y comprendió que el nuevo tejido, todavía muy frágil, reventaría. Luego, el dolor se hizo pura agonía.

El microbús se movió seis o siete centímetros. El sudor cayó por la frente de Trashcan y le escoció los ojos como lubricante caliente.

–¡Aquí viene Johnny con su polla en la mano, es un hombre de cuerpo entero y marcha al rodeooo! –cantó Boy –. Un empujón a la izquierda, un empujón a la derecha...

La canción se quebró como una rama seca. Trashcan levantó la vista, aprensivo. Boy saltó fuera del Austin y se plantó mostrando el perfil a Trash y mirando fijamente a través de la autopista hacia los carriles en dirección este. Una cuesta abrupta se alzaba más allá de ellos, ocultando casi el cielo.

–¿Qué coño ha sido eso? –susurró Boy.

–No he oído nada, na...

Entonces Trash oyó algo. Un leve rodar de guijarros y piedras al otro lado de la autopista. Su sueño retornó a él en una rememoración súbita y total que le heló la sangre y le evaporó toda la saliva en la boca.

–¿Quién está ahí? –vociferó Boy –. ¡Será mejor que contestes! ¡Contesta, maldita sea, o empezaré a disparar!

Y tuvo su respuesta, pero no de una voz humana. Un aullido se elevó en la noche cual una sirena ronca, ascendiendo y descendiendo hasta quedar en un gruñido gutural.

—¡Dios santo! —exclamó Boy, y su voz se redujo a un leve gañido.

Descendiendo por la cuesta en el lado más distante de la autopista se acercaban varios lobos, escuálidos lobos grises de ojos enrojecidos y fauces babeantes. Eran más de dos docenas. En un éxtasis de terror, Trashcan se orinó otra vez en los pantalones.

Boy rodeó el Austin, alzó sus 45 y empezó a disparar. Las llamas surgieron de los cañones, el estampido de los disparos levantó mil ecos en las montañas dando la impresión de que la artillería había entrado en acción. Trashcan gritó y se tapó los oídos. La brisa nocturna arrastró el humo de la pólvora, todavía caliente. El tufo de cordita le picó en la nariz.

Los lobos se aproximaron, ni de prisa ni de espacio, con andar pausado... Trash se sintió incapaz de apartar la mirada de sus ojos. No eran ojos de lobos ordinarios. Son los ojos de su Maestro, pensó. Su Maestro y el mío. De pronto recordó su oración y dejó de tener miedo. Empezó a sonreír.

Boy vació sus armas y abatió a tres lobos. Se enfundó los 45 sin volver a cargarlos y anduvo unos diez pasos; luego se detuvo. Entretanto, más lobos avanzaron sorteando las oscuras masas de los coches arrumbados, surgiendo como jirones de niebla. Uno de ellos alzó el hocico al cielo y aulló. Otro secundó el grito, después un tercero. Y, por fin, muchos se unieron al coro. Reanudaron su avance.

Boy empezó a retroceder e intentó cargar una de sus armas, pero las balas se le escurrieron entre los dedos.

De repente, renunció a ello. El arma se le cayó de la mano y rebotó en el asfalto. Como si eso fuera una señal, los lobos se abalanzaron sobre él.

Con un grito de terror, Boy dio media vuelta y corrió hacia el Austin. Mientras lo hacía, su segundo revólver se salió de la funda y cayó a la carretera. Con un gruñido, el lobo más cercano saltó sobre él justo cuando Boy se zambullía en el Austin y cerraba de golpe la puerta.

Lo consiguió por muy poco. El lobo se apoyó contra la puerta gruñendo y haciendo girar los ojos de un modo horrible. Pronto se le unieron los otros y en un instante el Austin quedó rodeado. Dentro del coche, la cara de Boy fue una luna pequeña y blanca mirando despavorida.

Uno de los lobos se acercó a Trashcan, bajando la cabeza triangular con ojos relucientes como farolillos.

*Doy mi vida por ti...*

Sin sentir el menor miedo, Trash fue a su encuentro. Le tendió la mano quemada y el lobo se la lamió. Al cabo de un momento, el animal se dejó caer sobre sus cuartos traseros y enroscó su peluda cola alrededor del cuerpo.

Boy lo miró atónito, boquiabierto.

Sonriéndole, Trashcan le hizo un corte de manga.

Dos veces.

Y gritó:

---

–¡Que te jodan! ¡Estás acabado! ¿Me oyes? ¿Puedes creértelo? ¡Acabado! ¡No me lo digas! ¡Yo te lo diré!

La boca del lobo atrapó con suavidad la mano buena de Trashcan. Éste lo miró. El animal tiró ligeramente de él y lo condujo hacia el oeste.

–Está bien –dijo sereno Trashcan –. Vale, muchacho.

Empezó a caminar y el lobo le siguió de cerca, pisándole los talones como un perro adiestrado. Mientras se alejaban, otros lobos se les unieron surgiendo de entre los coches arrumbados. Ahora Trash caminaba con un lobo delante de él, otro detrás y dos a cada lado. Llevaba escolta igual que un dignatario.

Hizo alto y miró por encima del hombro. Nunca olvidaría lo que vio: un círculo gris de lobos rodeando pacientemente al pequeño Austin, y otro círculo pálido, la cara de Boy mirando hacia fuera con boca gesticulante detrás del cristal. Los lobos parecían reírse de él, con sus lenguas colgando de las fauces abiertas. Sí, y daba la impresión de que le preguntaban cuándo le daría la patada al hombre oscuro y le expulsaría del viejo Los Wages. ¿Cuándo?

Trashcan se preguntó a su vez cuánto tiempo permanecerían los lobos alrededor del pequeño Austin, rodeándolo con un círculo de fauces mortales. Dos días, tres, quizá cuatro. Y Boy seguiría allí mirando hacia fuera. Nada que comer a menos que la adolescente hubiese estado acompañada de un pasajero, nada que beber, con una temperatura en el interior que rondaba los cincuenta grados, porque no se debía olvidar el efecto invernadero. Los perros falderos del hombre oscuro esperarían hasta que Boy muriera de hambre o hasta que enloqueciera lo suficiente para abrir la puerta e intentar huir. Trashcan rió entre dientes en la oscuridad. Boy no era muy grande. Representaría apenas un bocado para cada lobo. Y lo que obtuvieran los animales podría ser puro veneno.

–¿Tengo razón o no? –Se carcajeó mirando a las brillantes estrellas –. ¡No me digas si puedes creértelo! ¡Yo te lo diré, jodido!

Sus fantasmales y grises compañeros siguieron caminando imperturbables alrededor de él sin hacer caso de sus gritos. Cuando alcanzaron el cupé de Boy, el lobo que iba a la zaga se adelantó, olfateó uno de los Goodyear, luego pareció esbozar una sonrisa sardónica y se meó en él.

Trashcan rió hasta que las lágrimas le rodaron por las agrietadas y barbudas mejillas. Su locura, al igual que un plato exquisito, necesitó sólo que el sol del desierto la hiciera hervir a fuego lento para completarla dándole ese toque final de sabor sutil.

Trashcan y su escolta continuaron su camino. Cuando la inmóvil circulación se hizo más densa, los lobos se arrastraron por debajo de los coches con los vientres pegados al asfalto, o bien marcharon por los capós y los techos. Siempre a su lado. Compañeros optimistas y silenciosos con ojos encarnados y colmillos relucientes. Cuando poco después de medianoche alcanzaron el túnel Eisenhower, Trashcan no vaciló y se adentró con decisión en las fauces del camino hacia el oeste. ¿Cómo podía ahora sentir miedo? ¿Cómo temer nada con semejantes guardianes?

Fue un largo recorrido, y Trash perdió la noción del tiempo al poco de iniciarlo. Tanteó a ciegas de un coche al siguiente. Una vez se le hundió la mano en algo húmedo, de una blandura repugnante, y hubo un horrible tufo de putrefacción. Pero ni siquiera entonces se arredró. De vez en cuando vio ojos rojos en la oscuridad, siempre delante de él, siempre indicándole el camino.

Algún tiempo después, Trash notó una nueva frescura en el aire y apretó el paso. En una ocasión perdió el equilibrio y cayó desde el capó de un coche, estrellándose contra el parachoques del siguiente. Poco tiempo después levantó la vista y vio otra vez las estrellas, ahora palideciendo ante la llegada del alba. ¡Estaba fuera!

A todo esto sus guardianes se habían esfumado. Pero Trashcan cayó de rodillas y dio gracias con una plegaria larga, errática y desquiciada. Había visto en acción la mano del hombre oscuro, la había visto con absoluta claridad.

A despecho de todo lo experimentado desde que despertó la mañana anterior para ver a Boy admirando su peinado ante el espejo de la habitación del Golden Motel, Trash se sentía demasiado exaltado para dormir. Caminó, dejando atrás el túnel, pero antes de haber recorrido tres kilómetros, clareaba ya lo suficiente para proseguir con comodidad. En los carriles hacia el este, el aluvión de coches que habían estado esperando para utilizar el túnel se alargaba indefinidamente.

Al mediodía, Trash empezó a descender del paso de Vail hacia el propio Vail, desfilando ante los complejos de apartamentos. La fatiga estaba a punto de vencerle. Rompió una ventana, abrió una puerta y encontró una cama. Y eso fue todo cuanto recordó hasta el amanecer del día siguiente.

La belleza de la manía religiosa es que tiene el poder de explicarlo todo. Una vez se acepta a Dios (o a Satanás) como la primera causa de lo que sucede en el mundo mortal, nada queda abandonado al azar o al cambio. En cuanto se han dominado las frases mágicas como «ahora vemos a través de un cristal oscuro» y «misteriosos son los caminos que Él elige para hacer sus milagros», se puede arrojar alegremente la lógica por la borda. La manía religiosa es uno de los pocos medios infalibles para responder a las incongruencias del mundo, porque elimina por completo el puro accidente. Para el maníaco religioso, *todo* está hecho a propósito.

Es muy probable que, por esa razón, Trashcan hablara con un cuervo durante casi veinte minutos en la carretera al oeste de Vail, convencido de que se trataba de un emisario del hombre oscuro... o del propio hombre oscuro. Durante largo rato el animal lo miró en silencio, desde su posición en un alto hilo telefónico, sin emprender el vuelo. Incluso sintió aburrimiento o hambre, hasta que Trashcan puso punto final a su efusión de alabanzas y promesas de lealtad.

Cerca de Gran Junction, Trash consiguió otra bicicleta y hacia el 25 de julio había cruzado ya a toda velocidad el Utah occidental por la carretera 4 que conecta la I-89, en el este, con la gran I-15, orientada hacia el sudoeste, y que va desde el norte de Salt Lake City hasta San Bernardino, California. Cuando la rueda delantera de su bici decidió, de súbito, separarse del resto de la máquina para seguir corriendo por su cuenta en el desierto, Trashcan salió disparado por encima del manillar para aterrizar de cabeza, un golpe que podría haberle fracturado el cráneo. Corría a cuarenta por hora. Sin embargo, al cabo de cinco minutos fue capaz de levantarse, mientras le brotaba mucha sangre de diversos cortes y laceraciones en la cara; fue capaz de marcarse su pequeño baile entre muecas, y fue capaz de cantar:

–¡Cí–bo–la, doy la vida por ti, Cí–bo–la, pumba, pumba, pum!

Nada hay tan reconfortante para el espíritu abatido o el cráneo roto como una fuerte dosis de «hágase tu voluntad».

El 7 de agosto, Lloyd Henreid visitó la habitación en la que había sido instalado el día anterior el deshidratado y casi delirante Trashcan. Era una hermosa habitación en el piso decimotercero del Gran Hotel MGM. Había una cama redonda con sábanas de seda, y un espejo redondo, del mismo tamaño que la cama, colocado en el techo.

Trashcan miró a Lloyd.

–¿Cómo te encuentras, Trash?

–Bien –contestó él –. Mejor.

–Todo lo que necesitas es algo de comida, agua y descanso –diagnosticó Lloyd –. Te he traído ropa limpia. He necesitado adivinar la talla.

–Tiene un aspecto estupendo.

A decir verdad, Trash nunca podía recordar sus medidas. Cogió los pantalones y la camisa de faena que le ofreció Lloyd.

–Cuando te hayas vestido, baja a desayunar. –Lloyd le habló casi con tono deferente –. La mayoría de nosotros comemos en el *delicatessen* de platos preparados.

–Vale. Allí estaré.

El *delicatessen* hervía de conversaciones. Se detuvo en la entrada, asaltado por un miedo súbito. Cuando entrara allí, todos lo mirarían. Levantarían la vista y se reirían. Alguien empezaría a reír entre dientes al fondo de la habitación, otro le secundaría y al poco todo el local sería un estruendo de risas y dedos acusadores.

« ¡Eh, esconded las cerillas, aquí llega el incendiario Trashcan! »

« ¡Oye, Trash! ¿Qué dijo la vieja Semple cuando le quemaste el cheque de su pensión? »

« ¿Mojaste mucho la cama, Trashy? »

El sudor le cubrió la piel haciéndole sentir pegajoso a pesar de la ducha que tomó después de irse Lloyd. Recordó su cara en el espejo del baño, cubierta de magulladuras de lenta cicatrización; su cuerpo, demasiado enjuto; sus ojos, pequeñísimos para las enormes cuencas. Sí, todos se reirían. Trash escuchó el rumor de las conversaciones, el tintineo de los cubiertos y pensó en largarse con sigilo. Pero recordó la forma en que el lobo le había cogido de la mano, con mucha suavidad, para alejarle de la tumba metálica de Boy. Entonces cuadró los hombros y entró.

Algunos le lanzaron una mirada y volvieron su comida y a su conversación. Lloyd estaba sentado ante una gran mesa en el centro del local. Lo llamó. Trash anduvo entre las mesas. Había otras tres personas a la mesa. Todos comían jamón y huevos revueltos.

–Sírvelo tú mismo –le indicó Lloyd –. Es una especie de mesa donde la comida se conserva al vapor.

Trashcan cogió una bandeja y se sirvió. El individuo que se hallaba tras el mostrador, de gran estatura y con un sucio gorro de cocinero, le observó.

–¿Es usted el señor Horgan? –le preguntó Trashcan.

Horgan sonrió dejando ver una dentadura llena de huecos.

---

–Sí, pero no iremos a ninguna parte si me sigues llamando así, chico. Llámame Whitey. ¿Te encuentras mejor? Cuando llegaste parecías una bolsa de basura.

–Sí, estoy mucho mejor, gracias.

–Prueba esos huevos. Come todo lo que quieras, pero ten cuidado con las patatas fritas de la casa. Son viejas y duras. Celebro verte por aquí, chico.

–Gracias –respondió Trash.

Y volvió a la mesa de Lloyd.

–Escucha, Trash, éste es Ken DeMott. El tipo de la calva es Héctor Drogan. Y este muchacho que intenta hacer crecer en su cara lo que brota con generosidad en su trasero, se hace llamar Ace High.

Todos le saludaron con la cabeza.

–Éste es nuestro nuevo chico –presentó Lloyd –. Se llama Trashcan.

Hubo apretones de manos. Trash atacó los huevos. Miró al joven de la barba rala y dijo con tono cortés:

–Por favor, ¿puede pasarme la sal, señor High?

Hubo un momento de sorpresa en que todos se miraron y luego un estallido de risas. Trash los miró pasmado sintiendo que el pánico lo embargaba. Pero entonces escuchó las risas, las escuchó de verdad, tanto con la mente como con los oídos, y comprendió que no había malevolencia en ellas. Aquí nadie le preguntaría por qué no había quemado la escuela en lugar de la iglesia. Aquí nadie se burlaría de él a costa del cheque de la pensión de la vieja Semple. Y él podría sonreír si quería. Y quiso.

–¡Señor High! –exclamó Héctor Drogan riendo entre dientes –. ¡Ah, Ace, te la has ganado! ¡Señor High! Eso me encanta. Si es muy divertido, joder.

Ace High le alargó la sal a Trashcan.

–Sólo Ace, amigo. Así te contestaré en todo momento. Tú no me llamarás señor High y yo no te llamaré señor Trashcan. ¿Qué? ¿Cerramos el trato?

–De acuerdo –respondió Trashcan todavía sonriente.

–¡Oh, señor High! –comentó en falsete Héctor Drogan, y rompió a reír otra vez –. No sobrevivirás a eso, Ace. Te lo aseguro.

–Tal vez, pero estoy seguro de que voy a vivirlo –respondió Ace High.

Se levantó con su plato para ir a buscar más huevos. Cuando se alejaba, su mano estrechó por un momento el hombro de Trashcan. Aquella mano era cálida y sólida. Una mano misteriosa que no apretó ni hizo daño.

Trashcan atacó sus huevos sintiendo una calidez agradable. Ese bienestar fue tan extraño a su naturaleza que casi se dejó sentir como una enfermedad. Mientras comía, intentó analizarlo y comprenderlo. Alzó la vista, miró los rostros en torno y creyó haber entendido lo que era.

Felicidad.

¡Qué grupo de gente tan agradable!, pensó.

Y a renglón seguido se dijo: Estoy en casa.

Se le concedió el día para que durmiera. Pero al siguiente estuvo atareado con un montón de gente en Boulder Dam. Allí se pasaron el día enrollando alambre de cobre en los husos de motores quemados. Trabajó en un banco con vistas al lago Mead, y nadie le supervisó. Trashcan supuso que allí no había capataz ni nada semejante porque todo el mundo pareció tan interesado por lo que estaba haciendo como él mismo.

Pero al siguiente día averiguó algo distinto.

Eran las diez y cuarto de la mañana. Trashcan se hallaba sentado ante su banco enrollando alambre de cobre y con la mente a mil kilómetros de distancia. Estaba componiendo mentalmente una loa al hombre oscuro. Se le había ocurrido empezar a escribir algunos de sus pensamientos sobre *él*. Sería el tipo de libro que la gente querría leer algún día. Gente que sintiera acerca de *él* lo mismo que el propio Trash.

Ken DeMott se acercó a su banco. Parecía pálido y asustado pese a su bronceado del desierto.

–Vamos –dijo–. El trabajo ha terminado. Volvemos a Las Vegas. Todo el mundo. Los autobuses esperan fuera.

–¿Por qué?

Trashcan le miró parpadeante.

–No lo sé. La orden es *suya*. Lloyd la transmitió. Mueve tu trasero, Trashy. Es preferible no hacer preguntas.

Así que no las hizo. Fuera, en el Hoover Driver, aguardaban con los motores en marcha tres autobuses de la escuela pública de Las Vegas. Hombres y mujeres subían a ellos.

Hubo poca charla. Aquel viaje de media mañana a Las Vegas fue la antítesis de los trayectos usuales de ida y vuelta del trabajo. No hubo payasadas, apenas conversación, y no se produjeron las bromas habituales entre las veintitantas mujeres y los treinta y tantos hombres. Cada cual se ensimismó en sus pensamientos.

Cuando se acercaban a la ciudad, Trashcan oyó al tipo sentado al otro lado del pasillo decir a su compañero de asiento:

–Se trata de Heck. Heck Drogan. Maldita sea, ¿cómo averigua las cosas ese espectro?

–Cállate –dijo el otro, y lanzó una mirada recelosa a Trashcan.

Trash eludió la mirada y contempló por la ventanilla el paisaje desértico. Una vez más, su espíritu se turbó.

–¡Oh, Dios! –exclamó una de las mujeres cuando descendieron del autobús.

Pero su breve comentario fue el único.

Trashcan miró desconcertado alrededor. Todo el mundo estaba allí. Todo el mundo de Cíbola. Se les había hecho volver a excepción de unos cuantos exploradores que podrían estar en cualquier

---

parte entre la península de México y Texas occidental. Fueron agrupados en semicírculo alrededor de la fuente, más de cuatrocientos en total. Algunos de las últimas filas se encaramaron a las sillas del hotel para poder ver. Hasta que no se acercó más, Trashcan creyó que todos miraban la fuente. Pero, al estirar el cuello, descubrió que había algo tendido sobre el césped delante de la fuente. No pudo distinguir qué era.

Una mano le agarró el codo. Era Lloyd. Su cara parecía pálida y desencajada.

–Te he estado buscando. *Él* quiere verte más tarde. Entretanto nos hemos encontrado con esto. ¡Dios, cómo aborrezco semejantes cosas! Necesito ayuda y has sido elegido.

A Trashcan le dio vueltas la cabeza.

¡*Él* quería verle! ¡*Él!* Pero entretanto estaba *esto...* lo que quiera que fuese.

–¿Qué es eso, Lloyd?

Lloyd no contestó. Sujetando a Trashcan por el brazo lo condujo hacia la fuente. La multitud les abrió paso, casi los rehuyó. El estrecho corredor por el que ambos pasaron, pareció quedar aislado con una capa fría de aborrecimiento y temor.

Whitney Horgan apareció de pie delante de la muchedumbre, fumando un cigarrillo. Uno de sus cachorros estaba apoyado en el objeto que Trash no había podido identificar antes. Era una cruz de madera. Su segmento vertical medía unos cuatro metros.

–¿Está aquí todo el mundo? –preguntó Lloyd.

–Sí –contestó Whitey –. Supongo que se hallan todos. Winky pasó lista. Tenemos nueve hombres fuera del estado. Flagg dijo que no nos preocupáramos de ellos. ¿Qué tal lo aguantas, Lloyd?

–Estoy bien –repuso Lloyd –. Bueno..., no bien del todo pero, ya sabes, lo superaré.

Whitey ladeó la cabeza.

–¿Cuánto sabe el chico?

–No sé nada –dijo Trashcan más confuso que nunca; la esperanza, el pasmo y el temor pugnaron dentro de su ser –. ¿Qué es esto? Alguien dijo algo sobre Heck...

–Sí, se trata de Heck –asintió Lloyd –. Ha estado haciendo juego sucio. Un jodido golpe. ¡Aborrezco estos jodidos golpes! Vamos, Whitey, diles que lo traigan.

Whitey se alejó y pasó por encima de un hoyo rectangular en el suelo. El hoyo había sido rellenado con cemento y parecía tener las medidas justas. Cuando Whitey Horgan subía al trote la ancha escalinata entre las pirámides doradas, Trashcan sintió secársele la boca. Se volvió hacia la silenciosa multitud, expectante en su formación de media luna bajo el cielo azul, luego hacia Lloyd, quien pálido y silencioso miraba la cruz mientras se descabezaba un grano en la barbilla.

–¿Acaso tú... nosotros... le crucificaremos? –logró balbucear al fin Trashcan –. ¿De eso se trata?

Con ademán repentino Lloyd buscó en el bolsillo de su descolorida camisa.

–Tengo algo para ti, ¿sabes? El me lo dio para que te lo entregara. No puedo obligarte a tomarlo, pero, maldita sea, celebro hacerte por lo menos la oferta. ¿Lo quieres?

Sacó del bolsillo una fina cadena de oro con una piedra de azabache colgando de ella. La piedra tenía una minúscula grieta roja como la de Lloyd. Se balanceó ante los ojos de Trashcan como el péndulo de un hipnotizador.

La verdad se dejó entrever en los ojos de Lloyd, demasiado clara para no ser reconocida, y Trashcan supo que no podría llorar ni humillarse... no delante de él. Ni de nadie. Pero, en particular, delante de *él*... Tampoco podía alegar que no lo había entendido.

«Toma esto y tomarás todo –dijeron los ojos de Lloyd –. ¿Y qué es una parte de todo? Pues Heck Drogan por supuesto. Heck y el hoyo en tierra revestido de cemento, un hoyo lo bastante grande para acoger el madero de la cruz de Heck.»

Trash alargó despacio la mano. Hizo una pausa antes de que los dedos extendidos tocaran la cadenilla de oro.

Ésta es mi última oportunidad, se dijo. La última oportunidad de ser Donald Merwin Elbert.

Pero otra voz, una que habló con mayor autoridad aunque no exenta de ternura, como una mano fresca sobre una frente candente, le dijo que el momento de la elección había pasado hacía mucho. Si él optase ahora por ser Donald Merwin Elbert, moriría. Había buscado al hombre oscuro por su libre albedrío, en el supuesto de que existiera tal cosa para los Trashcan de este mundo, y había aceptado los favores del hombre oscuro. Él le había salvado de morir a manos de Boy (jamás le pasó por la cabeza que el hombre oscuro pudiese haber *enviado* a Boy con ese propósito) y sin duda eso significaba que su vida era una deuda que había contraído con el hombre oscuro. ¡Su vida! ¿Acaso no la había ofrecido él una vez y otra?

Pero *tu* alma... ¿ofreciste también tu alma?

Preso por mil, preso por mil quinientas, pensó Trashcan. Con suavidad, cogió la cadenilla de oro y la piedra negra. Era fría y suave al tacto. Por un momento apretó el puño sólo para ver si podía calentarla. No lo creyó posible, y acertó. Se la colocó alrededor del cuello, y allí quedó colgada sobre su piel cual una minúscula bola de hielo.

Pero a él no le importó esa sensación glacial.

Sirvió para compensar el fuego que ardía siempre en su mente.

–Debes decirte a ti mismo que no lo conoces –le aconsejó Lloyd –. Me refiero a Heck. Eso es lo que hago yo siempre. Facilita las cosas. Es...

Dos de las anchas puertas del hotel se abrieron de golpe. Frenéticos gritos de terror llegaron hasta ellos. La muchedumbre suspiró.

Un grupo de nueve hombres descendió por los escalones. Héctor Drogan iba en el centro, debatiéndose como un tigre enjaulado. Su cara tenía una palidez mortal salvo dos manchas rojizas a la altura de los pómulos. El sudor le caía a chorros. Iba como su madre lo trajo al mundo. Lo sujetaban cinco hombres. Uno de ellos era Ace High, el chico de quien Heck se había reído acerca de su nombre.

–¡Ace! –farfulló Héctor –. ¡Eh, Ace! ¿Qué me dices? Una pequeña ayuda para el muchacho, ¿vale? Diles que desistan de esto, puedo justificarme. Juro ante Dios que puedo justificar mi acto. ¿Qué me dices? ¡Una pequeña ayuda! ¡Por favor, Ace!

Ace High no dijo nada; tan sólo acentuó su presa en el brazo de Heck. Ello fue contestación suficiente. Héctor Drogan empezó a gritar de nuevo. Fue arrastrado sin compasión por todo el pabellón en dirección a la fuente.

Detrás de él, caminando en fila como solemnes empleados de pompas fúnebres, marchaban tres hombres: Whitney Horgan acarreando una bolsa de viaje; un tipo llamado Roy Hoopes con una escalera de tijera; y un tal Winky Winks, un sujeto calvo que guiñaba los ojos sin cesar, que llevaba una carpeta con una hoja de papel mecanografiada.

Arrastraron a Heck hasta el pie de la cruz. Un horrible olor a miedo se desprendió de él; los ojos se le pusieron en blanco como los de un caballo abandonado durante una tormenta.

–¡Eh, Trashy! –rogó con voz ronca mientras Roy Hoopes colocaba la escalera detrás de él –. Diles que puedo justificarme. Diles que suspendan esto, camarada. Díselo, hombre.

Trashcan se miró los pies. Al doblar el cuello, la piedra negra se apartó de su pecho y quedó en su campo de visión. La grieta roja, el ojo, pareció mirarle con fijeza.

–No te conozco –farfulló.

Por el rabillo del ojo vio a Whitney hincar una rodilla en tierra, con un cigarrillo colgando de la comisura de la boca y el ojo izquierdo contraído para evitar el humo. Abrió la bolsa de viaje. Ante la mirada horrorizada de Trashcan, sacó afilados clavos de madera. Los colocó sobre la hierba y luego sacó del bolso un gran mazo.

A pesar de los murmullos alrededor de ellos, las palabras de Trashcan parecieron atravesar la bruma de pavor en el cerebro de Héctor Drogan.

–¿Qué es eso de que no me conoces? –gritó crispado –. ¡Hace sólo dos días desayunamos juntos! Llamaste señor High al chico. ¿Qué quieres decir con que no me conoces, embustero de mierda?

–No te conozco de nada –repitió Trash, aunque con más claridad esta vez. Y experimentó una sensación de alivio. Todo lo que vio delante de él fue a un desconocido, un desconocido que se parecía un poco a Carley Yates. Se llevó la mano a la piedra y la apretó. Su frialdad le animó aún más.

–¡Mentiroso! –vociferó Heck, y empezó a forcejear otra vez, flexionando los músculos, el sudor bañándole el torso desnudo y los brazos –. ¡Tú me conoces, reconócelo, mentiroso!

–No, no lo haré. No te conozco y no quiero conocerte.

Heck comenzó a gritar de nuevo. Los cuatro hombres que le sujetaban hicieron presión, jadeantes y sin aliento.

–Adelante –ordenó Lloyd.

Heck fue arrastrado hacia atrás. Uno de los hombres le echó la zancadilla haciéndole caer a medias sobre la cruz. Entretanto, Winky comenzó a leer la hoja mecanografiada que traía en su carpeta, con una voz estridente que cortó los gritos de Heck como el rechinar de una sierra circular.

–¡Atención, atención! Por orden de Randall Flagg, líder del pueblo y Primer Ciudadano, se dispone que este hombre, Héctor Alonso Drogan, sea ejecutado por medio de la crucifixión. El uso de la droga es la causa de esta sentencia.

–¡No, no, no! –vociferó frenético Heck, y su brazo izquierdo escapó a la presa de Ace High.

Instintivamente, Trash se arrodilló y sujetó el brazo, forzando la muñeca hacia el travesaño de la cruz. Un segundo después, Whitey se arrodilló junto a Trashcan empuñando el mazo y dos de los toscos clavos. El cigarrillo le colgaba todavía de la boca. Parecía un hombre dispuesto a hacer una chapuza de carpintería en su patio trasero.

–Sí, sujétalo así, Trash. Ahora lo clavaré. No tardaré ni un minuto.

–El uso de la droga no está permitido en la Sociedad del Pueblo porque reduce la capacidad del infractor para contribuir plenamente a la Sociedad del Pueblo –siguió proclamando Winky, que hablaba deprisa, como un subastador, mientras lo fulminaba con los ojos –. Se ha encontrado una gran reserva de cocaína en poder del sentenciado Héctor Drogan.

Ahora los gritos de Heck alcanzaron un tono que podría haber roto el cristal si hubiese habido algún cristal que romper. Apareció espuma en sus labios. Regueros de sangre le corrieron por los brazos cuando seis hombres, entre ellos Trashcan, elevaron la cruz y la encajaron en el hoyo de cemento. La silueta de Héctor Drogan se perfiló en el cielo con la cabeza echada hacia atrás en un rictus de dolor.

–... Se cumple la sentencia así en bien de la Sociedad del Pueblo –vociferó Winky enérgico –. Este comunicado concluye con una solemne advertencia y con saludos al pueblo de Las Vegas. Ahora clavemos esta nota de hechos fehacientes sobre la cabeza del descreído y pongámosle el sello del Primer Ciudadano, de nombre Randall Flagg.

–¡Oh, Dios mío, qué dolor! –gritó Héctor Drogan por encima de todas las voces –. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, Dios, Dios!

La muchedumbre permaneció allí casi una hora, pues cada uno temió hacerse notar por ser el primero en marcharse. Se vio disgusto en muchas caras, y una especie de excitación apática en muchas otras. Pero había un denominador común: el miedo.

Sin embargo, Trashcan no se asustó. ¿Por qué habría de asustarte? Él no había conocido a aquel hombre. No le había conocido en absoluto. Aquella noche, a las diez y cuarto, Lloyd volvió a la habitación de Trashcan.

–Estás vestido. Bien. Pensé que tal vez te hubieras acostado ya –dijo.

–No –repuso Trashcan –. Estoy levantado. ¿Qué ocurre?

–Es ahora, Trashy. Flagg quiere verte –informó Lloyd con voz queda.

–¿Él...?

–Sí

–¿Dónde está? Mi vida por él. –Trashcan se sentía enajenado.

–En el último piso –contestó Lloyd –. Llegó poco después de que hubiéramos terminado de incinerar el cuerpo de Drogan. Desde la costa. Llegó aquí en el preciso momento en que Whitey y yo volvíamos del vertedero. Nadie le ve jamás irse o venir, Trash, pero siempre saben cuándo ha vuelto a marcharse. O cuando regresa. Venga, muévete.

Cuatro minutos después el ascensor llegaba al último piso. Trashcan lo abandonó con el rostro iluminado y los ojos desorbitados. Lloyd no salió.

–¿No vas a...? –preguntó Trash volviéndose hacia él.

–No, quiere verte a solas. Buena suerte.

Y antes de que pudiera decir una sola palabra, el ascensor se cerró llevándose a Lloyd.

Trashcan se volvió. Se encontraba en un amplio y suntuoso vestíbulo. Había dos puertas. La del fondo se estaba abriendo muy despacio. Reinaba la penumbra, pero Trash pudo ver una silueta en el umbral. Y ojos. Ojos rojos.

Con el corazón palpitándole y la boca seca, empezó a caminar hacia aquella silueta. Al hacerlo, el aire parecía ser cada vez más frío. Se le puso carne de gallina en los brazos atezados por el sol. En alguna parte recóndita de su interior, el cuerpo de Donald Merwin Elbert rodó en su tumba y pareció gritar.

Luego se hizo de nuevo la quietud.

–Trashcan –dijo una voz sorda y atrayente –. Es magnífico tenerte aquí. Verdaderamente magnífico.

–Mi... mi vida por ti. –Las palabras cayeron como polvo de su boca.

–Sí –dijo con tono reconfortante la silueta en el umbral. Se entreabrieron los labios con una sonrisa que era una mueca y mostró unos dientes blancos.

–Pero no creo que llegemos a tanto. Ven. Déjame mirarte.

Trashcan entró, con los ojos enfebrecidos y el rostro inexpresivo de un sonámbulo. La puerta se cerró y se encontraron en penumbra. Una mano ardiente se cerró sobre la mano helada de Trashcan... Y, de repente, se sintió en paz.

–En el desierto hay trabajo para ti –dijo Flagg –. Un gran trabajo, si lo quieres.

–Lo que sea –musitó Trashcan –. Lo que sea.

Randall Flagg rodeó con un brazo sus hombros vencidos.

–Voy a dedicarte a incendiar –dijo –. Bebamos algo y hablemos sobre ello.

Y, al final, aquél fue un incendio inmenso.

## 49

Cuando Lucy despertó faltaban quince minutos para la medianoche, según el reloj Pulsar de señora que llevaba. Vio un resplandor allá donde se alzaban las montañas... las montañas Rocosas, se corrigió con cierto asombro. Antes de este viaje nunca había estado al oeste de Filadelfia, donde vivía su cuñado. O había vivido.

La otra mitad del saco de dormir doble se hallaba vacía. Eso fue lo que la despertó. Lucy pensó en darse la vuelta y continuar durmiendo. Ya regresaría a la cama cuando le apeteciera... Pero se

levantó y se encaminó despacio hacia donde creyó que lo encontraría. Anduvo grácil, sin perturbar a nadie. Excepto al juez, por descontado. Su guardia era desde las diez de la medianoche, y uno no sorprendía nunca durmiendo al juez Farris cuando cumplía un deber. El juez tenía setenta años y se les había unido en Joliet. Ahora eran diecinueve en total, quince adultos, tres niños y Joe.

–¿Lucy? –musitó el juez.

–Hola. ¿Has visto a...?

Un leve chasquido de lengua.

–Claro que sí. Ha ido a la autopista. Al mismo lugar de anoche y de la noche anterior.

Lucy se acercó y vio que tenía la Biblia abierta sobre las piernas.

–Escucha, juez, te dañarás la vista leyendo.

–Tonterías. La luz de las estrellas es la mejor luz para esta materia. Quizá la única luz. «¿No hay un tiempo señalado para un hombre sobre la tierra? ¿No son sus días como los días de un mercenario? Así como un sirviente desea con fervor la sombra, y así como un mercenario espera la recompensa por su trabajo, yo estoy hecho para poseer meses de vanidad y se me asignan unas noches fatigosas. Cuando descanso digo: ¿Cuándo se irá la noche y me levantaré? Y estoy lleno de inquietud hasta el amanecer del día.»

–Aún queda mucho –dijo Lucy sin gran entusiasmo –. Muy bonito, juez.

–No es bonito. Es el libro de Job. No hay nada que sea muy bonito en el libro de Job, Lucy –cerró la Biblia –. «Estoy lleno de inquietud hasta el amanecer del día.» Así es tu nombre, Lucy. Así es Larry Underwood.

–Lo sé –respondió ella, y suspiró –. Si me fuera posible averiguar qué le perturba.

El juez, que tenía sus sospechas, guardó silencio.

–No pueden ser los sueños –continuó ella –. Nadie los tiene ya, a no ser Joe. Y Joe es... diferente.

–Sí. Lo es. Pobre chico.

–Y todo el mundo está sano. Al menos desde que la señora Vollman murió.

Dos días después de que el juez se les uniera, una pareja, que se había presentado como Dick y Sally Vollman, se incorporó a Larry y su heterogéneo batallón de supervivientes. Ambos tendrían unos cuarenta años, y resultaba evidente que estaban muy enamorados. Entonces, una semana antes, Sally Vollman había enfermado en la casa de la mujer anciana de Hemingford Home. Ellos acamparon allí durante dos días, esperando impotentes a que Sally mejorara o muriera. La mujer murió. Dick Vollman continuó con ellos, pero fue un hombre diferente... silencioso, pensativo, pálido.

–Le ha afectado mucho, ¿verdad? –preguntó al juez Farris.

–Larry es un hombre que se ha encontrado a sí mismo en una época relativamente tardía de la vida –respondió el juez aclarándose la garganta –. Al menos eso me parece: Los hombres que se encuentran a sí mismos algo tarde, nunca se sienten seguros. Ellos son todo lo que debe ser un buen ciudadano: partidistas pero nunca fanáticos, respetuosos de los hechos de cada situación, aunque jamás los imponen, se hallan incómodos en posiciones de mando y sin embargo raras veces

---

rechazan una responsabilidad una vez se les ha ofrecido... o impuesto. Ellos son los mejores líderes en una democracia porque es muy poco probable que se enamoren del poder. Todo lo contrario. Y cuando las cosas van mal, cuando se les muere la esposa... ¿Pudo haber sido diabetes? –se interrumpió el juez a sí mismo –. Lo considero probable. La piel cianótica, el rápido coma... Muy posible, sí. Pero, de ser así, ¿dónde estaba su insulina? ¿Podría ser que se hubiese dejado morir? ¿Podría haber sido suicidio?

El juez hizo una pausa para pensar, con las manos entrelazadas bajo la barbilla. Se asemejaba a un pájaro negro de presa empollando.

–Ibas a decir algo sobre lo mal que van las cosas –le insinuó Lucy.

–Cuando las cosas van mal... cuando muere una Sally Vollman de diabetes, o de hemorragia interna, o de lo que quiera que sea, un hombre como Larry se culpa a sí mismo. Los hombres a los que glorifican los libros de historia tienen raras veces un buen fin. Melvin Purvis, el gran agente de los años treinta, se disparó un tiro con su pistola de servicio en 1959. Cuando Lincoln fue asesinado era un hombre prematuramente envejecido, al borde de una crisis nerviosa. Nosotros solíamos ver la decadencia progresiva de los presidentes de un mes a otro, incluso de una semana a la siguiente, en la televisión... a excepción de Nixon, por supuesto, quien florecía con el poder, igual que un vampiro se reanima con la sangre; y Reagan, el cual parecía demasiado estúpido para envejecer. Imagino que Gerald Ford era también de ese estilo.

–Creo que hay algo más –murmuró entristecida Lucy.

El la miró.

–¿Cómo era eso que decíamos...? Estoy lleno de inquietud hasta el amanecer del día... ¿no? El juez asintió.

–Una buena descripción de un hombre enamorado ¿verdad? –opinó Lucy.

El juez la miró, sorprendido de que hubiese sabido todo el tiempo lo que él no se atrevía a manifestar. Lucy se encogió de hombros y sonrió con un gesto de amargura en los labios.

–Las mujeres saben –explicó –. Las mujeres saben casi siempre.

Antes de que él pudiera replicar, Lucy se encaminó hacia la carretera, donde estaría Larry sentado y pensando en Nadine Cross.

–¿Larry?

–Aquí estoy –dijo él lacónico –. ¿Qué haces levantada?

–Sentí frío –contestó Lucy.

Estaba sentado con las piernas cruzadas en el desnivel de la carretera, como si meditara.

–¿Hay sitio para mí?

–Claro.

Larry se hizo a un lado. El pavimento conservaba todavía un poco del calor del día. Lucy se sentó. Él la rodeó con un brazo. Según los cálculos de ella, el grupo se encontraba esa noche a unos setenta y cinco kilómetros al este de Boulder. Si pudieran emprender el camino por carretera, al día siguiente a las nueve estarían en la Zona Libre de Boulder. A la hora de almorzar.

---

El hombre de la radio era quien la denominaba «Zona Libre de Boulder». Se llamaba Ralph Bretner y decía, con cierto embarazo, que la Zona Libre de Boulder era en gran parte una señal de radio. Pero a Lucy le gustaba por sí misma, por la forma en que sonaba. Y sonaba muy bien, sonaba como una nueva empresa. Nadine Cross había adoptado el nombre con un celo casi religioso, como si fuera un talismán.

Tres días después que Larry, Nadine, Joe y Lucy habían llegado a Stovington, y encontraron desierto el centro destinado a la plaza. Nadine había sugerido que cogieran una radio CB y empezaran a explorar los cuarenta canales. Larry aceptó entusiasmado la idea...

Como acepta casi todas sus ideas, pensó Lucy. Ella no entendía a Nadine Cross. Larry la adoraba, eso era evidente, pero Nadine no quería saber nada de él, aparte de la rutina diaria.

Comoquiera que fuese, la idea CB había sido buena, aunque la hubiera producido un cerebro que era un bloque de hielo, salvo cuando se trataba de Joe. Sería el modo más sencillo de localizar a otros grupos, había dicho Nadine.

Esto ocasionó cierta discusión desconcertante en su grupo que por entonces se componía de media docena con la incorporación de Mark Zellman, que había sido soldador en Nueva York, y Laurie Constable, una enfermera de veintiséis años. La discusión ocasionó otro argumento turbador acerca de los sueños.

Laurie empezó a protestar diciendo que ellos sabían, *exactamente*, a dónde iban. Estaban siguiendo al ingenioso Harold Lauder y su grupo a Nebraska. Desde luego era así, y por la misma razón. La fuerza de los sueños era demasiado poderosa para que se la desdeñara.

Después de algunos dimes y diretes en torno a ello, Nadine se puso histérica. Ella no había tenido ningún sueño, y lo repitió: ningún maldito sueño. Si los otros querían practicar la autohipnosis, estupendo. Mientras hubiera una base racional para seguir hacia Nebraska, como el signo en la instalación de Stovington, estupendo. Pero ella dejó bien claro que no se avendría sobre la base de suposiciones metafísicas. Si no les importaba, ella depositaría su fe en las emisoras de radio, no en las visiones.

Mark hizo una mueca amigable ante la expresión tensa de Nadine.

–Si no sueñas con nada, ¿cómo es que anoche me despertaste hablando en sueños? –le preguntó.

Nadine palideció.

–¿Me estás llamando mentirosa? –inquirió casi a voces –. Porque, si es así, será mejor que uno de nosotros dos se marche ahora mismo.

Joe se pegó a ella gimiendo.

Larry suavizó las cosas aceptando la idea CB. Y la semana anterior habían comenzado a captar emisiones, no de Nebraska, que había sido abandonada incluso antes de que ellos llegaran allí. Los sueños se lo habían advertido, pero por entonces los sueños comenzaban a difuminarse perdiendo su carácter apremiante. Las recibieron de Boulder, Colorado, a más de mil kilómetros por el oeste... unas señales lanzadas por el poderoso transmisor de Ralph.

Lucy recordaba todavía las caras alegres, casi en éxtasis de todos cuando a través de la estática se oyó el acento nasal de Ralph Bretner, natural de Oklahoma.

«Aquí Ralph Bretner, Zona Libre de Boulder. Si me oís, contestad por el canal catorce. Repito, canal catorce.»

Ellos pudieron oír a Ralph, pero no tuvieron un transmisor lo bastante potente para responder, todavía no. Sin embargo se sintieron más cerca, y desde esa primera transmisión supieron que la anciana llamada Abigail Freemantle (Lucy pensaría siempre en ella como la madre Abigail) y sus acompañantes habían sido los primeros en llegar, y que desde entonces la gente había llegado allí en grupos de tres, cuatro y hasta de treinta. Cuando Bretner se puso en contacto por primera vez con ellos, había hasta doscientas personas. Aquella noche, mientras charlaban muy animados, superaban las trescientas cincuenta. Su propio grupo elevaría esa cifra hasta las cuatrocientas o más.

–Un penique por tus pensamientos –le dijo Lucy poniéndole la mano en el brazo.

–Estaba pensando en ese reloj y en la muerte del capitalismo –contestó él señalando el Pulsar de ella –. – Enraíza y acapara o muere... y el acaparador que enraíza con más fuerza se quedaba con el Cadillac rojo, blanco y azul, y el reloj Pulsar. Ahora, democracia auténtica. Cualquier dama en América puede tener un Pulsar digital y un visón azulado.

Soltó la carcajada.

–Tal vez –murmuró ella –. Pero te diré una cosa, Larry. Quizá yo no sepa mucho acerca del capitalismo pero sé algo acerca de este reloj de mil dólares. Sé que no sirve para nada.

–¿No?

El la miró sorprendido y sonriente. Fue una sonrisa leve pero genuina. Lucy se alegró... La sonrisa era para ella.

–¿Por qué no? –preguntó.

–Porque nadie sabe qué hora es –replicó ella.

–Hace cuatro días os pedí la hora a Jackson, a Mark y a ti, y cada uno me dio una hora diferente. Todos dijisteis que vuestros relojes se habían parado por lo menos una vez... ¿Recuerdas aquel lugar donde conservaban la hora del mundo? Una vez leí un artículo sobre ello. Era algo tremendo. La habían ajustado hasta un microsegundo. Allí tenían péndulos y relojes solares y todo lo demás. Ahora pienso algunas veces en aquel lugar y me vuelvo loca. Todos sus relojes deben de haberse parado, y yo tengo un reloj Pulsar de mil dólares que pesqué en una joyería y que no puede marcar la hora solar con absoluta exactitud como se supone debería hacerlo. Por culpa de la gripe. La maldita gripe.

Lucy enmudeció y durante un rato los dos permanecieron sentados sin decir nada. De pronto Larry señaló el cielo.

–¡Mira allí!

–¿El qué? ¿Dónde?

–Allí.

Ella miró pero no vio lo que Larry señalaba hasta que éste le cogió la cabeza suavemente y se la ladeó hacia el cuadrante derecho del cielo. Entonces Lucy lo vio y se quedó sin aliento: una luz viva como la de una estrella pero dura y sin parpadear, volando veloz por el cielo de este a oeste.

---

–¡Dios mío! –exclamó –. Un avión, ¿verdad, Larry? ¿No es un avión?

–No. Es un satélite. Probablemente seguirá dando vueltas durante los próximos setecientos años.

Ambos lo siguieron con la vista hasta que se perdió tras la masa oscura de las Rocosas.

–Dime, Larry, ¿por qué no lo reconoció Nadine? Lo de los sueños.

Percibió en él una leve rigidez que la hizo desear no haber suscitado el tema. Pero ahora que lo había hecho tomó la determinación de llegar hasta el final.

–Ella asevera que no sueña con nada.

–Sin embargo, lo hace. Mark tenía razón al respecto. Además habla en sueños. Y una noche lo hizo en voz tan alta que me despertó.

Él la miró. Y al cabo de un momento preguntó:

–¿Y qué decía?

Lucy reflexionó intentando recordar lo mejor posible.

–Se agitaba en su saco de dormir y repetía «No lo hagas, hace tanto frío, no lo hagas, no podré soportarlo, hace tanto frío, tanto frío». Y luego empezó a tirarse del cabello. Se tiró del cabello, y gimió. Me puso los pelos de punta.

–La gente suele tener pesadillas, Lucy. Eso no quiere decir que sean acerca... bueno, acerca de *él*.

–Ya. Ella se comporta como si estuviera tratando de liberarse de algo, Larry. ¿Comprendes lo que quiero decir?

–Sí.

Él lo sabía. A pesar de su insistencia en negar que tenía sueños, Nadine mostraba unas profundas ojeras cuando el grupo alcanzó Hemingford Home. Y el magnífico mechón de pelo blanco era más denso y más blanco. Si la tocabas, saltaba. Se encogía.

–La quieres, ¿verdad? –preguntó ella.

–Vamos, Lucy –respondió él con tono de reproche.

–No, sólo quiero que sepas... –Movié la cabeza al observar su expresión –. Necesito decirlo. Veo cómo la miras... cómo te mira ella algunas veces cuando estás atareado con algo y puede hacerlo sin riesgo de que la descubras. Ella te quiere, Larry. Pero tiene miedo.

–¿Miedo de qué?

Larry recordó su intento de hacerle el amor tres días después del chasco de Stovington. Desde entonces Nadine se había portado con mucha reserva... Todavía se mostraba alegre en ocasiones, pero era evidente que ahora se esforzaba por serlo. Joe se había ido a dormir. Larry se sentó junto a ella, y durante un rato ambos charlaron, no sobre su situación presente sino sobre cosas pasadas, las cosas seguras. Había intentado besarla. Nadine lo rechazó volviendo la cabeza; pero no sin hacerle sentir las cosas que Lucy acababa de revelar. Lo había intentado otra vez, mostrándose brusco y tierno a la vez. ¡La deseaba tanto! Por un instante Nadine se le había entregado, le había dejado ver lo que podría ser si...

Luego ella se soltó y se apartó con el rostro pálido, los brazos cruzados sobre el pecho, las manos en los codos y la cabeza baja.

«No hagas eso otra vez, Larry. Por favor, no lo hagas. O de lo contrario cogeré a Joe y me marcharé.»

«¿Por qué? ¿Por qué, Nadine? ¿Por qué ese condenado trato?»

Ella no contestó. Simplemente se mantuvo en la misma posición, con la cabeza baja.

«Si pudiera decírtelo lo haría», contestó al fin. Y se alejó sin mirar hacia atrás.

—Una vez tuve una amiga que actuaba un poco como ella —le contó Lucy—. Durante mi curso superior en el instituto. Se llamaba Joline Majors. No llegó a terminar la secundaria. Lo dejó para casarse. Su novio estaba en la marina. Ella se hallaba embarazada cuando se casaron, pero perdió el bebé. El marido se ausentaba con frecuencia. Y a Joline... bueno, le gustaba participar en las fiestas. A ella le agradaba eso, y su marido era un oso celoso. Le dijo que si alguna vez averiguaba que hacía algo a sus espaldas le rompería los dos brazos y le destrozaría la cara. ¿Puedes imaginarte qué clase de vida pudo haber sido ésa? Tu marido viene a casa y dice: «Bueno, ahora voy a embarcarme, cariño. Bésame y luego nos daremos un pequeño revolcón en el heno... Por cierto, si cuando regrese alguien me dice que has estado haciendo tonterías por ahí, te romperé los brazos y te destrozaré la cara.»

—No muy agradable.

—Al cabo de un tiempo ella conoció a ese tipo —continuó Lucy—. Era ayudante del instructor de educación física en Burlington High. Ambos se iban escondiendo por ahí, mirando siempre por encima del hombro. No sé si su marido había encargado a alguien que la espíara pero de momento eso les importó poco. Al cabo del tiempo Joline se sintió verdaderamente vigilada. Solía creer que cualquier tipo esperando el autobús o plantado en la esquina era un amigo de su marido. O el vendedor que se registrara después de ella y de Herb en cualquier motel cochambroso. Lo creía así aunque el motel estuviese lejos de Nueva York. Lo pensaba incluso del poli que les daba direcciones para ir de excursión cuando estaban juntos en un lugar. La cosa se puso tan mal que Joline soltaba un pequeño grito cuando el viento cerraba de golpe una puerta, y daba un respingo cada vez que alguien subía las escaleras. Y como vivía en un edificio que estaba dividido en siete apartamentos pequeños, casi siempre había alguien subiendo la escalera. Herb se asustó y la abandonó. No tuvo miedo del marido de Joline, sino de *ella*. Poco antes de que su esposo regresara con permiso, Joline sufrió una crisis nerviosa. Todo porque a ella le encantaba amar... y porque él era celoso hasta la locura. Pues Nadine me recuerda a esa chica, Larry. Me da lástima. Pienso que resulta demasiado simpática, pero me da lástima. Tiene un aspecto terrible.

—¿Estás sugiriendo que Nadine me teme del mismo modo que esa chica temía a su marido?

—Tal vez —admitió Lucy—. Te diré una cosa: el marido de Nadine podrá estar en cualquier sitio menos aquí.

Él rió algo inquieto.

—Deberíamos volver a la cama. Mañana será un día fatigoso.

–Sí –convino ella, pensando que Larry no había entendido ni una palabra. Y de pronto rompió a llorar.

–¡Eh! –dijo él –. ¿Qué ocurre?

Intentó rodearla con un brazo. Lucy se lo apartó.

–Estás consiguiendo lo que quieres de mí. ¡No necesitas hacer eso!

Había todavía en él lo suficiente del viejo Larry como para preguntarse si la voz de ella llegaría hasta el campamento.

–Nunca te he presionado, Lucy –dijo ceñudo.

–¡Qué *estúpido* eres, Dios mío! –exclamó ella, dándole un golpe en la pierna –. ¿Por qué son tan estúpidos los hombres, Larry? No saben ver más que lo blanco y lo negro. No, nunca me presionaste. No soy como ella. Podrías presionarla y ella seguiría escupiéndote a los ojos y cruzando las piernas. Los hombres tienen nombres para las chicas como yo, y los escriben en las paredes de los lavabos. Pero todo se reduce a necesitar a alguien que se muestre cálido, a necesitar sentirse *cálida*. A la necesidad de amar. ¿Es tan malo eso?

–No. No lo es. Pero escucha, Lucy...

–Tú no crees eso –dijo desdeñosa –. Por consiguiente sigues persiguiendo a Miss Altanería y entretanto tienes a Lucy para practicar ejercicios horizontales al ponerse el sol.

Larry cayó en un silencioso abatimiento. Cada una de sus palabras era cierta. Se sintió demasiado cansado para continuar arguyendo. Lucy pareció adivinarlo y sus facciones se suavizaron. Le puso una mano en el brazo.

–Si la consigues, Larry, yo seré la primera en lanzarte un ramo. Jamás sentí rencor en mi vida. Pero procura no llevarte una gran decepción.

–Lucy...

La voz de ella se elevó de repente, con inesperada aspereza:

–Para mí, el amor es muy importante, el amor es lo único que nos sacará de este embrollo. Contra nosotros está el odio. Y aún peor, el vacío –bajó de tono –. Tienes razón. Es tarde. Me vuelvo a la cama. ¿Vienes?

–Sí –dijo él.

Cuando se levantaron, la estrechó entre sus brazos y la besó con ternura.

–Te quiero tanto como puedo, Lucy –dijo.

–Lo sé –reconoció ella, y le dedicó una sonrisa cansada –. Lo sé, Larry.

Esta vez, cuando él la rodeó con el brazo, Lucy le dejó hacer. Regresaron junto al campamento, hicieron el amor con recato, y se durmieron.

Nadine despertó como un gato en la oscuridad veinte minutos después de que Larry Underwood y Lucy Swann regresaran al campamento, diez minutos después de que ambos hicieran su acto de amor y se quedaran dormidos.

Alguien me necesita, pensó escuchando cómo se atenuaban los latidos de su corazón. Sus ojos miraron hacia el lugar donde las ramas colgantes de un olmo entretejían con sombras el cielo. Eso es. Alguien me necesita. Es verdad... Pero hace tanto frío.

Sus padres y su hermano habían muerto en un accidente de automóvil cuando ella tenía seis años. Aquel día no fue con ellos a ver a sus tíos porque prefirió quedarse jugando con una amiga. De cualquier forma ellos querían más al hermano, Nadine lo recordaba muy bien. El hermano no había sido como ella, una mocosa sacada de una cuna de orfanato a la edad de cuatro meses y medio. Los orígenes del hermano habían sido claros. El hermano había sido un hijo suyo de verdad. Nadine había pertenecido siempre y para siempre a Nadine. Ella era la hija de la tierra.

Después del accidente, había ido a vivir con los tíos porque éstos eran sus únicos familiares. En las montañas Blancas del New Hampshire oriental. Recordó que ellos la habían llevado a una excursión en el ferrocarril Cog hasta el monte Washington para celebrar su octavo cumpleaños. La altitud le ocasionó una hemorragia nasal, por lo que los dos se enfadaron mucho con ella. Sus tíos eran demasiado viejos, tendrían unos cincuenta y cinco años cuando ella cumplía los dieciséis, el año en que corrió grácil por la hierba húmeda bajo la luna... la noche del vino, cuando los sueños se condensaban en el aire claro como la vía láctea de la fantasía. Una noche de amor. Y si el chico la cogía, ella le daría cualquier premio que estuviera a su alcance. ¿Qué importaba si él la cogía? Los dos habían corrido. ¿Acaso no era eso lo importante?

Pero él no la alcanzó. Una nube había escondido la luna. El rocío empezaba a ser desagradable. El sabor de vino en su boca se había tomado sabor de sacudida eléctrica, algo ácido. Una especie de metamorfosis había tenido lugar, una sensación de que ella *tenía* que esperar.

¿Y dónde había estado por entonces él, su presunto, su oscuro novio? ¿En qué calles, qué carreteras secundarias, vagabundeando en la oscuridad suburbana mientras que, en el centro, el tintineo de charlas de cóctel partía el mundo en secciones netas y racionales? ¿Qué vientos fríos eran los suyos? ¿Cuántos cartuchos de dinamita en su raída mochila? ¿Quién sabía cuál había sido su nombre cuando ella tenía dieciséis años? ¿Qué edad tenía él? ¿Dónde estuvo su hogar? ¿Qué madre le había amamantado? Nadine sólo sabía que era huérfano como ella. Su tiempo estaba todavía por venir. El caminaba por carreteras que no habían sido asfaltadas todavía, mientras ella tenía sólo un pie en esas mismas carreteras. La encrucijada donde ambos se encontrarían quedaba aún muy lejos. Era un hombre americano, Nadine sabía por lo menos eso, un hombre que gustaría de la leche y el pastel de manzana, un hombre que apreciaría la vida hogareña. Su hogar era América, pero su estilo era secreto: las autopistas para esconderse, las estaciones subterráneas donde las direcciones están escritas en runas. Él era el otro hombre, el otro rostro, el caso difícil, el hombre oscuro, el petimetre andante, y los desgastados tacones de sus botas vagaban a lo largo de los caminos perfumados de la noche estival.

¡Quién sabe cuándo vendría el novio!

Nadine le había esperado, virgen. A los dieciséis años estuvo a punto de caer. Y otra vez en la universidad. Los dos chicos se habían marchado coléricos y perplejos, como ahora Larry. Ella sentía la encrucijada en sus entrañas, la sensación de una confluencia mística, predeterminada.

La hora estaba próxima. *Él* la había llamado, la había invitado a venir.

Después de la universidad, Nadine se sumió en su trabajo. Alquiló un apartamento con otras dos chicas. ¿Qué chicas? Bueno, ellas iban y venían. Sólo Nadine permanecía. Se mostraba amable con los jóvenes que sus volubles compañeras traían a casa, pero ella nunca había tenido un joven para sí. Suponía que todos murmuraban respecto a eso, que la llamaban solterona empedernida, quizá incluso conjeturasen que era una circunspecta lesbiana. Se equivocaban. Ella era, sencillamente...

Una mujer intacta.

Esperando.

Algunas veces le había parecido que estaba a punto de sobrevenir un cambio. Al final de la jornada, solía retirar los juguetes en la silenciosa aula y, de repente, hacía una pausa, con ojos relucientes y vigilantes. Y entonces pensaba: Va a sobrevenir un cambio, va a soplar un gran viento. En otras ocasiones, cuando la asaltaba ese pensamiento, se sorprendía a sí misma mirando por encima del hombro como si la persiguieran. Luego se reía inquieta.

Su pelo había empezado a encanecer al cumplir los dieciséis, el año en que fue perseguida pero no cazada... Sólo unos pocos mechones al principio, sorprendentemente visibles entre tanto negro. No se les podía llamar grises, sino blancos, muy blancos.

Años después, Nadine asistía a una fiesta en un club de estudiantes. Las luces eran tenues y al cabo de un rato la concurrencia se disgregaba por parejas. Muchas chicas, Nadine entre ellas, firmaron para pasar la noche fuera de sus dormitorios. Ella había intentado ir hasta el final...

Pero algo, enterrado a lo largo de meses y años, la había inducido a echarse atrás. Y a la mañana siguiente, con la luz fría de la madrugada se miró en un espejo del lavabo para descubrir que el blanco había avanzado otra vez, aparentemente en una sola noche, aunque eso fuera imposible.

Y así habían pasado los años, como estaciones de una época seca. Hubo sentimientos, sí, *sentimientos*, y algunas veces, en la noche, había abierto los ojos y se había encontrado caliente y fría a un tiempo, bañada en sudor, deliciosamente viva y despierta en la trinchera de su cama, pensando en el misterioso sexo oscuro, experimentando una especie de éxtasis. Rodando en líquido caliente. Y en las mañanas siguientes, solía ir al espejo e imaginaba ver hebras blancas en su cabeza.

A lo largo de todos esos años, ella era sólo exteriormente Nadine Cross: dulce, cariñosa con los niños, buena en su trabajo, y soltera. Antaño, una mujer semejante habría suscitado comentarios y curiosidad, pero los tiempos habían cambiado. Y su belleza era tan singular que, por una razón u otra, se consideraba normal que ella fuera como era.

Ahora los tiempos iban a cambiar de nuevo.

Ahora iba a sobrevenir el cambio y, en sus sueños, ella había empezado a conocer a su novio, a entenderlo un poco aunque nunca lo hubiese visto. El era aquel a quien Nadine había estado esperando. Necesitaba ir a él... pero no quería hacerlo. Ella estaba hecha para él. Sin embargo, él la aterrorizaba.

Entonces llegó Joe. Y después Larry. Las cosas se habían complicado de una forma horrible. Sabía que su pureza, su virginidad era algo importante para el hombre oscuro. Que si permitía a Larry poseerla (o se lo permitiera a cualquier hombre), se rompería el oscuro encantamiento. Y Larry la

atraía. Había decidido permitirle que la poseyera. Dejémosle que me posea, terminemos todo de una vez. Estaba cansada, y Larry tenía razón. Había esperado demasiado tiempo al otro a lo largo de muchos años estériles.

Pero Larry *no* tenía razón... o así se lo había parecido al principio. Ella había rechazado sus avances iniciales con una especie de desdén. Nadine recordaba haber pensado: Si eso es todo lo que hay en él ¿quién puede culparme por rechazar su galanteo?

Sin embargo, le había seguido. Eso era un hecho. Había intentado frenéticamente alcanzar a otras personas, no sólo por Joe sino también porque había llegado casi hasta el extremo de abandonar al muchacho y encaminarse por su cuenta hacia el oeste en busca del hombre. Sólo los muchos años de responsabilidad inculcada respecto a los niños confiados a su cuidado la habían disuadido de ese proceder... y también la certeza de que Joe moriría si era abandonado.

Provocar más muertes en un mundo donde tantos habían muerto ya, era sin duda el más grave de los pecados.

Pero había resultado que en Larry Underwood había mucho más que en ningún otro... Él era como una de esas ilusiones ópticas (quizá incluso para sí mismo) en que crees que el agua es superficial, sólo unos cuantos centímetros de profundidad; pero, cuando metes la mano, hundes el brazo hasta el hombro. El procedimiento que él había empleado para conocer a Joe era un detalle. El modo en que Joe se había encariñado con él era otro, y su propia reacción de celos ante las relaciones crecientes entre Joe y Larry, otro. En la representación motociclista en Wells, Larry había apostado los dedos de ambas manos por el muchacho, y había ganado.

Si ellos no hubiesen centrado toda su atención en la tapa que cubría el depósito de gasolina, la habrían visto quedarse boquiabierta de sorpresa. Nadine estuvo observándolos, incapaz de moverse, la mirada fija en la brillante línea metálica de la palanca esperando a que temblara primero y después descendiera. Sólo cuando todo hubo terminado ella se dio cuenta de que había estado esperando a que comenzaran los gritos.

Entonces la tapa se levantó y ella tuvo que enfrentarse a su error y reconocer que había sido profundo. Larry había conocido a Joe mejor que ella, sin ningún adiestramiento especial y en mucho menos tiempo. Sólo la percepción retrospectiva le permitió entender lo importante que había sido el episodio de la guitarra, con cuánta celeridad y firmeza había definido las relaciones entre Larry y Joe. ¿Y dónde se encontraba el centro de esas relaciones?

Pues en la dependencia, naturalmente. ¿Qué otra cosa, si no, podría haber causado su súbito arrebató de celos? Si Joe hubiese dependido de Larry, eso habría sido una cosa normal y aceptable. Lo que la había trastornado era que Larry dependía también de Joe, necesitaba a Joe de una forma distinta a la suya... *y Joe lo sabía.*

¿Había sido tan equivocado su juicio sobre el carácter de Larry? Ella pensó ahora que sí. Ese exterior nervioso, autónomo, era una máscara y se estaba desgastando con el abuso. El simple hecho de que él los hubiera mantenido unidos en este largo viaje demostraba su determinación.

La conclusión parecía clara: con independencia de su decisión de permitir que Larry le hiciera el amor, una parte de ella estaba comprometida con el otro hombre. Y hacer el amor con Larry equivaldría a matar para siempre esa parte de sí misma. Nadine estaba segura de no poder hacerlo.

Y ella no era la única que soñaba con el hombre oscuro.

Eso la había perturbado al principio, y luego horrorizado. Ese horror fue tanto mayor al no tener más que a Joe y Larry para hacer comparaciones. Cuando se reunieron con Lucy y ésta aseguró haber tenido la misma clase de sueño, el horror vino a ser una especie de terror frenético. Ya no fue posible decirse, tratar de convencerse de que los sueños de ellos sólo tenían cierto parecido con los suyos. ¿Qué pasaría si todos los demás los tuvieran? ¿Qué sucedería si llegase al fin la hora del hombre oscuro... no sólo a ella sino también a todo el mundo que quedase en el planeta?

Esa idea, más que ninguna otra, le suscitó emociones conflictivas de terror y atracción. Se había atenido a la idea de Stovington con un afán casi ciego. Representaba, por la naturaleza de su función, un símbolo de cordura y racionalidad frente a la marea creciente de magia negra que ella notaba en torno. Pero Stovington había aparecido desierta. Una parodia del puerto seguro que ella elaboró en su pensamiento. El símbolo de cordura y racionalidad era un pabellón de los condenados a muerte.

Cuando el grupo avanzaba hacia el oeste, recogiendo supervivientes, su esperanza de que todo terminara para ella sin confrontación se había desvanecido bastante. Y de forma definitiva cuando ella empezó a estimar a Larry. Ahora él dormía con Lucy Swann. ¿Pero qué importaba eso? Ella estaba comprometida. Los otros habían tenido dos sueños opuestos: el hombre oscuro y la mujer anciana. Esta parecía representar una especie de fuerza elemental, al igual que el hombre oscuro. La anciana era el núcleo al que otros se estaban adhiriendo gradualmente.

Nadine nunca había soñado con ella. Sólo con el hombre oscuro. Y cuando los sueños de los otros se desvanecieron de repente de forma tan inexplicable como llegaron, sus propios sueños, por el contrario, ganaron fuerza y claridad.

Ella sabía muchas cosas que los demás ignoraban. El hombre oscuro se llamaba Randall Flag. Quienes en el Oeste le hacían oposición o se pronunciaban contra su modo de hacer las cosas, eran condenados a la crucifixión o enloquecían, y entonces se les dejaba libres para que vagaran por el pozo hirviente del Valle de la Muerte. En San Francisco y Los Ángeles había pequeños grupos de técnicos, pero muy pronto se trasladarían a Las Vegas donde crecía sin cesar la concentración de gente. El no tenía prisa. El verano estaba ya declinando. Los desfiladeros de las montañas Rocosas estarían pronto llenos de nieve y aunque hubiera máquinas para despejarlos, ellos no conseguirían mantener los cuerpos lo bastante calientes para manejar las máquinas. Sería un largo invierno para consolidarse. Y el próximo abril o mayo...

Nadine se tendió en la oscuridad mirando al cielo.

Boulder era su última esperanza. La mujer anciana era su última esperanza. La cordura y la racionalidad que ella esperó encontrar en Stovington se habían trasladado a Boulder. Ellos son buenos, pensó, los buenos chicos, y si todo fuera así de sencillo para mí, apresada en una maraña de deseos conflictivos...

Repetía una vez y otra, cual un acorde dominante, su firme creencia de que el asesinato en este mundo diezmado era el pecado más grave. Y su corazón le decía firmemente, sin que pudiera ponerlo en duda, que la muerte era asunto de Randall Flag. ¡Pero cuánto anhelaba ella su beso frío! Más de lo que había anhelado los besos del bachiller o del universitario... Incluso más, mucho se lo temía, que el beso y el abrazo de Larry Underwood.

Mañana estaremos en Boulder, pensó. Tal vez sepa entonces si el viaje ha terminado o...

Una estrella fugaz cruzó el cielo, y al igual que una niña, Nadine expresó un deseo.

La aurora se acercaba, pintando con un delicado color rosa el cielo oriental. Stu Redman y Glen Bateman estaban a mitad de camino de la montaña Flagstaff en Boulder occidental, donde las primeras estribaciones de las Rocosas se alzaban sobre el llano como una visión de la prehistoria. En la luz crepuscular, Stu pensó que los pinos trepando entre las paredes desnudas y casi verticales semejaban las venas de una mano gigantesca surgida de la tierra.

En algún lugar hacia el este, Nadine Cross se había sumido al fin en un sueño inquieto y nada satisfactorio.

–Esta tarde voy a tener jaqueca –dijo Glen –. No recuerdo haberme pasado bebiendo toda la noche desde que era estudiante.

–La salida del sol vale la pena –dijo Stu.

–Sí. Es hermosa. ¿Habías estado en las Rocosas alguna vez?

–No –respondió Stu –. Pero celebro haber venido. –Alzó la jarra de vino y tomó un trago –. También tengo una resaca de primera. –Por un momento contempló en silencio el panorama y luego se volvió hacia Glen con una astuta sonrisa –. ¿Y qué va a suceder ahora?

–¿Suceder? –Glen alzó las cejas.

–Claro. Para eso he subido hasta aquí. Mira –le dijo a Frannie –, me propongo emborracharlo y a extraerle la sesera.

–Estupendo –aprobó ella.

Glen sonrió:

–No hay hojas de té en el fondo de una botella de vino.

–No, pero ella me explicó lo que tú solías hacer. Sociología. El estudio de grupos de interacción. Así que haz algunas conjeturas cultas.

–Unta mi palma con oro, ¡oh, aspirante al conocimiento!

–No te preocupes por el oro. Mañana te llevaré al First National Bank de Boulder y te daré un millón de dólares. ¿Qué te parece?

–Hablemos con seriedad, Stu... ¿Qué quieres saber?

–Lo mismo que desea saber el mundo de Andros, supongo. Qué sucederá a continuación. No sé decirlo de forma más clara.

–Habrà una sociedad –repuso meditativo Glen –. ¿De qué tipo? Imposible saberlo aún. Aquí hay ya casi cuatrocientas personas. Y al ritmo en que están llegando, imagino que seremos mil quinientos a primeros de septiembre. Cuatro mil quinientos a principios de octubre y quizá ocho mil cuando la nieve caiga en noviembre y bloquee las carreteras. Anótalo como la predicción número uno.

Para asombro de Glen, Stu sacó un bloc del bolsillo trasero de sus pantalones y anotó lo que acababa de oír.

---

–Me resulta difícil de creer –comentó Stu –. Hemos atravesado el país y no hemos encontrado ni cien personas.

–Bien, pero están llegando, ¿verdad?

–Sí... con cuentagotas.

–¿Qué significa eso? –inquirió sonriente Glen.

–Pues con cuentagotas. Mi madre solía decirlo. Bueno, sin duda están viniendo. Ahora mismo Ralph se halla en contacto con cinco o seis grupos que nos harán llegar hasta quinientos hacia fines de la semana.

Glen sonrió otra vez.

–Sí, y madre Abigail está sentada allí con él en su emisora de radio pero no quiere hablar por la CB. Según dice, teme recibir una descarga eléctrica.

–Frannie adora a esa anciana –dijo Stu –. En gran medida porque la mujer sabe mucho sobre partos... Pero, sobre todo, porque... la adora ¿sabes?

–Sí. Casi todo el mundo siente lo mismo.

–Ocho mil personas para este invierno –dijo Stu volviendo al tema –. ¡Caramba, hombre!

–Es simple aritmética. Digamos que la gripe barrió al noventa y nueve por ciento de la población. Quizá no fuera tanto; pero utilicemos esa cifra para tener algo en que basarnos. Si la gripe fue fatal para un noventa por ciento, ello significa que barrió a doscientos dieciocho millones de personas sólo en este país. –Glen observó la expresión consternada de Stu y asintió sombrío –. Tal vez no haya sido tanto, pero es fácil conjeturar que esa cifra puede estar en juego. Hace parecer unos avaros a los nazis, ¿no es así?

–Dios santo –murmuró Stu con tono adusto.

–Pero eso dejaría todavía vivas a unos dos millones de personas, una quinta parte de la población de Tokio antes de la epidemia. Eso sólo en este país. Pues bien, creo que el diez por ciento de esos dos millones puede no haber sobrevivido a las secuelas de la gripe. Gentes que fueron víctimas *a posteriori*, como diría yo. Personas como ese pobre Mark Braddock, con su apéndice reventado; pero también los accidentes, los suicidios y, sí, el asesinato. Eso nos reduce a un millón ochocientos mil. Y sospechamos que hay un adversario, ¿no? El hombre oscuro con el que soñamos. En alguna parte al oeste de donde nos encontramos. Allí hay siete estados que podrían llamarse, legítimamente, su territorio... suponiendo que él exista de verdad.

–Creo que existe –declaró Stu.

–También yo. ¿Pero domina a toda la gente de allí? Lo considero tan poco probable como que madre Abigail domine automáticamente a la gente en los otros cuarenta y un estados continentales. Según creo, las cosas se han mantenido en una situación de fluidez lenta. Pero esto empieza a llegar a su fin. La gente se congrega. Cuando tú y yo discutimos esto al principio en New Hampshire, vislumbré docenas de sociedades diminutas. No conté, porque a la sazón no tenía noticia de ello, con la atracción irresistible de esos dos sueños opuestos. Fue un hecho inédito que nadie podría haber previsto.

–¿Quieres decir que nosotros terminaremos con novecientas mil personas y *él* con otras novecientas mil?

–No. Primero, el invierno inminente pasará factura. La pasará aquí, y será incluso más duro para los grupos pequeños que no hayan alcanzado este punto antes de las nieves. ¿Te das cuenta de que en la Zona Libre no tenemos siquiera un médico? Nuestro equipo médico se halla compuesto por un veterinario y la propia madre Abigail que ha olvidado más medicina popular válida de la que tú y yo tendremos jamás ocasión de aprender. No obstante sería realmente algo digno verse cuando intentaran ponerte una placa de acero en el cráneo después de que te lo hubieses partido en una caída, ¿verdad?

Stu rió entre dientes.

–Ese viejo muchacho, Rolf Dannemont, sacaría probablemente su Rémington e iría iluminándome.

–Calculo que la población americana total podría reducirse a un millón seiscientos mil la próxima primavera, y es un cálculo generoso. Espero que nosotros obtengamos el millón.

–¡Un millón de personas! –exclamó pasmado Stu, contemplando la extensa y casi desierta ciudad de Boulder, ahora resplandeciente a medida que el sol asomaba por el horizonte.

–No puedo imaginármelo. Esta ciudad reventaría por las costuras.

–Boulder no podría darles cabida. Sé que uno se sobresalta cuando camina por las calles vacías del centro y hacia Table Mesa; pero así y todo no podría. Tendríamos que sembrar comunidades alrededor. Se te ofrecería esta situación: una comunidad gigantesca, ésta, y el resto del país al este completamente vacío.

–¿Por qué crees que obtendríamos casi toda la gente?

–Por una razón muy poco científica –contestó Glen pasándose una mano por su calva –. Me gusta creer que la mayoría de la gente es buena. Y pienso que quien está dirigiendo el espectáculo al oeste de aquí es realmente malvado. Pero tengo un presentimiento... –Su voz se fue apagando.

–Vamos, suéltalo.

–Lo haré porque estoy borracho. Pero que quede entre nosotros, Stuart. –Está bien. –Dame tu palabra. –La tienes –dijo Stu.

–Creo que él se va a quedar con casi todos los técnicos –manifestó al final Glen –. No me preguntes la razón: es sólo un presentimiento. A la mayoría de los técnicos les gusta trabajar en una atmósfera de rigurosa disciplina y objetivos lineales. Les gusta que los trenes circulen con puntualidad.

»Lo que tenemos aquí en Boulder ahora mismo es una confusión absoluta, cada cual cascando a su gusto y haciendo sus propias cosas... y necesitamos hacer algo acerca de lo que mis discípulos llamarían «reunir juntos nuestra mierda». Pero este otro individuo... Apostaría cualquier cosa a que él hace circular con puntualidad los trenes. Y los técnicos son tan humanos como el resto de nosotros; ellos irán allá donde más los necesiten. Tengo la sospecha de que nuestro adversario quiere conseguir tantos como pueda. Que se jodan los granjeros, él preferirá tener unos cuantos hombres que sepan desempolvar esos silos de misiles en Idaho y hacerlos operativos otra vez. Lo mismo digo respecto a tanques, helicópteros, y un par de

---

bombarderos B-52 para presumir. Dudo que haya llegado ya hasta ahí... Bueno, estoy seguro de que no. Lo sabríamos. Probablemente ahora mismo está procurando recuperar el poder, restablecer las comunicaciones... tal vez se dedique incluso a la purga de los pusilánimes. Roma no se hizo en una hora... y él debe saberlo. Tiene tiempo. Pero cuando observo cómo se pone el sol por la noche (y esto no es cuento, Stuart), me asusto. Ya no necesito tener malos sueños para asustarme. Todo cuanto he de hacer, es pensar en éstos del otro lado de las Rocosas, atareados como pequeñas abejas.

—¿Qué estarán haciendo?

—¿Necesitas una lista? —respondió sonriente Glen. Stuart indicó con un gesto su manoseado bloc. En su roja cubierta, había dos bailarines en silueta y las palabras BOOGIE, BOOGIE.

—Sí.

—Bromeas, ¿verdad?

—No, no bromeo. Tú mismo lo has dicho, Glen. Debemos empezar a reunir juntos nuestras mierdas en algún lugar. Cada día que pasa es peor. No podemos sentarnos aquí a escuchar la CB. Cualquier mañana podemos despertar para descubrir que ese indeseable entra en Boulder al frente de una columna acorazada con apoyo aéreo.

—No lo esperes mañana.

—No. ¿Pero qué me dices del próximo mayo?

—Posible —admitió Glen bajando la voz—. Sí, muy posible.

—¿Qué crees que nos ocurrirá entonces?

Glen respondió con un pequeño gesto muy explícito: disparó con el pulgar y el índice de la mano derecha, y luego bebió aprisa el vino que quedaba en su vaso.

—Sí —asintió Stu—. Empecemos pues por unirnos. Habla.

Glen cerró los ojos. El resplandeciente sol tocó su frente y sus mejillas arrugadas.

—De acuerdo —dijo—. Aquí lo tienes, Stu. Primero: recrear América. Nuestra pequeña América. Por las buenas o por las malas. Ante todo organización y gobierno. Si se comienza ahora, podremos formar el tipo de gobierno que queremos. Si esperamos hasta que la población se triplique, tendremos problemas graves.

«Digamos que convocamos una asamblea dentro de una semana a partir de hoy, eso sería el dieciocho de agosto. Antes debería trabajar un comité organizativo idóneo. Un comité de siete; digamos, tú, yo, Andros, Fran, Harold Lauder y quizá dos o tres más. La tarea del comité sería crear una orden del día para la asamblea del dieciocho de agosto. Y puedo decirte ahora mismo cuáles deberían ser los puntos de esa agenda.

—Dispara.

—Primero, lectura y ratificación de la Declaración de Independencia. Segundo, lo mismo respecto a la Constitución. Tercero, lo mismo de los Derechos Humanos. Todas las ratificaciones deberán ser refrendadas por votos de viva voz.

—Por Dios, Glen, todos somos americanos...

---

–No; ahí es donde te equivocas –dijo Glen abriendo los ojos, que parecieron hundidos e inyectados en sangre –. Somos un puñado de supervivientes carentes de gobierno. Somos una mezcolanza de grupos por edad, religión, grupos raciales y sociales. Gobierno es una *idea*, Stu. En verdad no es más que eso, si le despojas de la burocracia y de todas la gilipolleces. Iré todavía más lejos. Es una inculcación, un sendero de recuerdos. Casi todas esas personas creen todavía en el gobierno por representación, en la república, en lo que ellos consideran «democracia». Pero eso no durará mucho. Al cabo de cierto tiempo, todos empezarán a tener reacciones: el presidente ha muerto, el Pentágono está para alquilar, nadie debate nada en la Cámara ni en el Senado, excepto las termitas y las cucarachas. Nuestra gente de aquí despertará y verá que los modos antiguos han desaparecido y que ellos pueden reestructurar la sociedad de la forma que prefieran. Debemos captarlas antes de que despierten y hagan una tontería.

Apuntó con un dedo a Stu.

–Si en la reunión del dieciocho de agosto alguien se levanta y propone que madre Abigail se haga cargo de todo; contigo, y conmigo y con ese Andros como sus asesores, aprobarán por aclamación la propuesta sin darse cuenta de que han entregado el poder a la primera dictadura americana desde Huey Long.

–¡No puedo creerlo! Aquí hay licenciados universitarios, abogados, activistas políticos...

–Tal vez lo fueron en su día. Ahora son sólo un puñado de personas cansadas y asustadas que no saben qué les está sucediendo. Algunas podrán chillar quejas pero se callarán cuando les digas que madre Abigail y sus asesores van a recuperar el poder dentro de sesenta días. No, Stu, es muy importante que la primera cosa que hagamos sea ratificar el *espíritu* de la antigua sociedad. Eso es lo que quiero significar cuando digo recrear América. Así habrá de ser mientras estemos actuando bajo la amenaza directa de un hombre a quien llamaremos el Adversario.

–Continúa.

–Está bien. El segundo punto en la agenda será que administraremos el gobierno como un municipio de Nueva Inglaterra. Democracia perfecta. Mientras seamos relativamente pocos, eso funcionará bien. Sólo que en lugar de una junta de hombres selectos, tendremos siete representantes. Representantes de la Zona Libre. ¿Qué tal suena eso?

–Suena muy bien.

–También lo creo así. Y tendremos cuidado de que las personas que resulten elegidas sean las mismas que las del comité: idóneos. Daremos prisa a todo el mundo y tendremos la votación antes de que algunos puedan cabildar para sus amigos. Podemos elegir a dedo personas para que nos nombren y nos secunden.

–Muy bien pensado –exclamó Stu.

–Ya –dijo taciturno Glen –. Cuando quieras plantar cortacircuitos en el proceso democrático, consulta con un sociólogo.

–¿Y qué viene a continuación?

–Esto será muy popular. El artículo rezará así: «Resolución: Se concederá el veto absoluto a madre Abigail sobre cualquier acción propuesta por la Junta.»

–¡Por Dios! ¿Se avendrá ella a eso?

---

–Supongo que sí. Pero preveo que ella no se mostrará dispuesta a ejercitar su poder de veto en circunstancia alguna. No podemos esperar tener aquí un gobierno viable mientras no la nombremos cabeza titular. Ella representa lo que todos tenemos en común. Todos hemos tenido una experiencia paranormal que gira alrededor de ella. Y la mujer tiene una especie de aura en torno suyo. Todas las personas emplean los mismos adjetivos para describirla: buena, afable, anciana, sabia, inteligente, simpática... Esas personas han tenido un sueño que las ha horrorizado, y otro que las ha hecho sentirse felices y seguras. Todas adoran la fuente del sueño bueno; con mayor intensidad puesto que el otro las aterroriza. Y les podemos aclarar que ella será nuestro líder sólo nominalmente. Creo que eso es lo que ella quiere. Es vieja, está fatigada...

Stu negó con la cabeza.

–Es vieja y está fatigada, pero ve el problema del hombre oscuro como una cruzada religiosa, Glen. Y ella no es la única. ¿Lo sabes, verdad?

–¿Quieres decir que ella puede optar por rebelarse?

–Tal vez eso no fuera tan malo –observó Stu –. Después de todo, con quien soñamos fue con *ella*, no con una junta representativa.

Glen meneó con la cabeza.

–No, no puedo aceptar la idea de que todos nosotros seamos peones en un juego apocalíptico del bien y el mal, con sueños o sin ellos. ¡Maldita sea! ¡Es absurdo!

Stu se encogió de hombros.

–Bueno, no nos precipitemos. Creo que tu idea de confiarle el poder de veto es buena. Aunque me parece que no profundiza lo suficiente. Deberíamos conferirle el poder de proponer y también de disponer.

–Pero no el poder absoluto –se apresuró a decir Glen.

–No. Sus ideas tendrían que ser ratificadas por la junta representativa –convino Stu, y añadió malicioso: – Pero podría resultar que nosotros fuéramos un sello de caucho para ella en lugar de ocurrir al revés.

Hubo un largo silencio. Glen apoyó la cabeza sobre una mano.

–Sí, tienes razón. Ella no puede ser sólo una mujer de paja... Hemos de aceptar la posibilidad de que tenga también sus propias ideas. Y ahí es donde preparo mi nebulosa bola de cristal. Porque ella es lo que quienes cabalgamos por las rutas de la sociología denominamos dirigida por otro –dijo al fin.

–¿Quién es el otro?

–¿Alá? ¿Thor? ¿Pee-wee Herman? Eso carece de importancia. Lo que importa es que lo que ella dice no será dirigido, necesariamente, por lo que esta sociedad necesita ni por lo que son sus tradiciones. Ella estará escuchando otra voz. Como Juana de Arco. Lo que me has hecho ver es que aquí podemos terminar con una teocracia.

–¿Teo... qué?

–Un viaje a Dios –respondió Glen, y no pareció demasiado feliz con la idea –. Cuando eras pequeño, Stu, ¿no soñaste alguna vez que podrías llegar a ser uno de los siete sumos sacerdotes, o sacerdotisas, al servicio de una mujer negra de Nebraska de ciento ocho años?

Stu le miró desconcertado. Por fin dijo:

–¿Queda algo de ese vino?

–Ni una gota.

–Mierda.

–Eso –dijo Glen.

Se estudiaron uno a otro y luego estallaron en carcajadas.

Sin duda era la casa más bonita en la que había vivido madre Abigail; y estar allí sentada en el porche, resguardado con enrejados, la hizo recordar a un viajante que había pasado por Hemingford allá en 1936 o 1937. ¡Caramba! Había sido el tipo con la conversación más amena que ella encontró en toda su vida. El hombre podría haber encantado a los pájaros hasta hacerlos bajar de los árboles. Ella le preguntó a aquel joven, llamado Donald King, cuál era su negocio con Abby Freemantle, y él le respondió:

–Mi negocio es la comodidad. *Su* comodidad. ¿Le gusta leer? ¿Escucha la radio? ¿O tal vez pone sus viejos y cansados pies sobre un cojín y escucha cómo rueda el mundo por la gran bolera del universo? Pues bien, ésas son las cosas que vendo –le había dicho el mercader ambulante de la charla afable –. En concreto aspiradoras Electrolux con todos los accesorios; representan verdaderamente un ahorro de tiempo. Apenas la enchufe le expondrá un nuevo panorama de descanso para usted. Y los plazos son casi tan cómodos como lo serán sus faenas domésticas.

Por aquellas fechas, todos habían estado sumidos en la Depresión y ella no había podido reunir siquiera veinte centavos para comprar cintas de pelo destinadas a celebrar los cumpleaños de sus nietas; la Electrolux no tuvo la menor oportunidad. Pero había que ver con cuánta dulzura hablaba aquel Donald King, de Perú, Indiana. ¡Dios! Ella no le había vuelto a ver jamás, pero tampoco había olvidado su nombre. Apostaría cualquier cosa a que el hombre había conquistado el corazón de alguna señora blanca. Ella no poseyó una aspiradora hasta el fin de la guerra con los nazis, cuando pareció de pronto que todo el mundo podía adquirir cualquier cosa, e incluso los blancos pobres tenían un Mercury en el granero.

Ahora esta casa, que según le había dicho Nick estaba en el sector Mapleton Hill de Boulder (madre Abigail apostaría cualquier cosa a que no habían vivido *allí muchos* negros antes de la asoladora epidemia), tenía todos los aparatos que ella conocía y algunos que no había visto jamás. Lavavajillas. Dos aspiradoras, una exclusivamente para la planta superior. Microondas. Lavadora y secadora. En la cocina, había un artefacto que parecía una simple caja metálica, y el buen amigo de Nick, Ralph Bretner, le había dicho que era una «trituradora de basura», de modo que podías meter en ella cuarenta kilos de desperdicios y recoger un pequeño bloque de basura no más grande que un escabel. Las maravillas eran inagotables.

Pero, pensándolo bien, algunas no. Meciéndose muy tranquila en el porche, su mirada acertó a posarse en el enchufe eléctrico instalado en el zócalo. Probablemente para que la gente pudiera salir allí en verano y escuchar la radio o incluso ver el partido de béisbol en ese pequeño televisor tan gracioso. No había nada más común en todo el país que esas pequeñas placas de pared con dos agujeros. Ella las había tenido incluso en su choza de Hemingford. No dabas la menor importancia a esas placas... a menos que dejaran de funcionar. Entonces te dabas cuenta de que gran parte de la vida de una persona dependía de ellas. Todo ese ahorro de tiempo, esa comodidad que aquel Don King tanto encomiaba, provenía de esas placas embutidas en la pared. Si se les quitaba su potencia, podrías usar el horno microondas y el triturador de basura para colgar el abrigo y el sombrero.

¡Pero bueno! ¡Si su propia casita había estado mejor equipada que ésta para afrontar la inutilidad de esas pequeñas placas! Aquí alguien tenía que traerle el agua desde Boulder Creek, y era preciso hervirla antes de usarla, sólo por razones de seguridad. Allá en casa, ella había tenido su propia bomba manual. Aquí, Nick y Ralph tuvieron que traer en camión un horrible artefacto llamado Port-O-San y ponerlo en el patio trasero. En casa, ella había tenido su propio retrete exterior. Habría cambiado sin dudarle la Maytag, esa combinación de lavadora y secadora, por su vieja artesa. Pero consiguió que Nick le encontrara una nueva. Y Brad Kitchner le buscó una tabla de lavar y un buen jabón de sosa. Probablemente ambos pensarían que ella estaba chiflada por querer hacer su propia colada... Pero los limpios eran lo más próximo a los santos. Ella jamás había enviado fuera su ropa sucia, y no pensaba empezar ahora. También tenía pequeños accidentes de cuando en cuando, como solía ocurrirle a la gente vieja; pero mientras pudiera hacer su propia colada, esos accidentes no tendrían que ser asunto de nadie sino sólo suyo.

Desde luego ellos recuperarían la energía eléctrica. Ésa era una de las cosas que Dios le había mostrado en sus sueños. Ella conocía un bendito número de cosas que iban a sobrevenir... Unas por los sueños y otras por su propio sentido común. Ambos estaban demasiado entrelazados para separarlos.

Muy pronto todas esas personas dejarían de correr alocadamente como pollos sin cabeza y empezarán a unirse. Ella no era socióloga como ese Glen Bateman (quien la miraba siempre como un agente de apuestas buscando un diez falso); pero sabía que la gente siempre se unía al cabo de cierto tiempo. La maldición y la bendición de la raza humana era su camaradería. ¡Caramba! Si seis personas fuesen a la deriva en el Misisipí sobre el tejado de una iglesia durante una inundación, organizarían un juego de bingo tan pronto el tejado encallase en un banco de arena.

Por lo pronto, ellos querrían formar una especie de gobierno con ella a la cabeza. No podría permitirlo, desde luego, por mucho que le agradase la idea. No sería la voluntad de Dios. ¿Dejarles administrar todas las cosas relacionadas con esta tierra... recuperar el poder? Estupendo. Lo primero que ella iba a hacer era probar la trituradora. Luego, hacer funcionar el gas para que sus traseros no se congelaran en el invierno. Dejarles a ellos presentar sus resoluciones y hacer sus planes, eso era estupendo. Ella no metería sus narices en esas cuestiones. Insistiría en que Nick formara parte de eso, y tal vez Ralph. Ese tejano parecía aceptable. Sabía cerrar la boca cuando su cerebro no funcionaba. Suponía que ellos querrían a ese chico gordo, ese Harold, y ella no les detendría aunque el tal chico no le gustara. Harold la ponía nerviosa sonriendo todo el tiempo pero sin que la sonrisa le llegara a los ojos. Era agradable, decía cosas razonables, pero sus ojos eran como dos fríos pedernales surgidos del fondo de su ser.

Ella creía que Harold poseía una especie de secreto. Alguna cosa maloliente y malsana envuelta en una apetosa cataplasma en el centro de su corazón. No tenía ni idea de lo que podía ser. La voluntad de Dios no había dispuesto que viera eso. Por lo tanto, ellos no debían intervenir en su plan para esta comunidad. De todas formas la inquietaba que el chico gordo pudiera formar parte de su consejo... Aunque nada diría.

Su asunto, pensó un tanto complacida en la mecedora, su lugar en los consejos y deliberaciones tenía sólo que ver con el hombre oscuro.

Este no tenía nombre, aunque le agradase hacerse llamar Flagg... al menos por el momento. Y en el extremo más alejado de las montañas su trabajo había comenzado ya. Ella no conocía sus planes; pues estaban tan encubiertos ante sus ojos como los secretos del gordo Harold. Pero no necesitaba conocer los pormenores. El objetivo del hombre oscuro era claro y simple: destruirlos a todos.

Su comprensión del hombre oscuro era sorprendentemente sofisticada. Las gentes que habían llegado a la Zona Libre acudían a visitarla, y ella las recibía, a pesar de que la cansaran algunas veces y todas quisieran decirle que habían soñado con ella y con él. Éste las aterraba, y ella asentía y consolaba lo mejor que podía, pero pensaba que casi nadie conocería a ese Flagg si lo encontrara por la calle... a menos que él *quisiera* darse a conocer. Ellos podrían *sentir* un escalofrío, un acaloramamiento súbito o un fugaz dolor lacerante en las orejas o las sienes. Pero esas personas se equivocaban al pensar que él tenía dos cabezas, o seis ojos, o afilados cuernos en su frente. Probablemente él no se diferenciaba mucho del hombre que solía traer la leche o el correo.

Ella conjeturaba que detrás del mal consciente había una negrura inconsciente. Eso era lo que distinguía a los humanos de los tenebrosos; ellos no podían hacer cosas sino sólo romperlas. Dios, el Creador, había hecho al hombre a su propia imagen, lo cual significaba que todo hombre y mujer que morase bajo la luz divina era un creador, una persona deseosa de extender la mano para conformar el mundo con arreglo a algún esquema racional. El hombre negro quería y podía sólo quitarle la forma. ¿Anticristo? Más bien se diría anticreador.

Él tendría sus seguidores, claro está. Era un embustero, y su padre era el padre de las mentiras. Sería para ellos un inmenso anuncio de neón, allá arriba en el cielo, deslumbrándolos con sibilantes fuegos de artificio. Esos aprendices de la destrucción no percibirían que, como un signo de neón, él presentaba los mismos esquemas simples una y otra vez.

Ellos no percibirían que, si liberaras el gas que trazaba los bonitos esquemas en su complejo surtido de tubos, éste se disiparía en silencio sin dejar el menor rastro, ni siquiera un soplo de olor.

A su debido tiempo algunos harían una deducción: su reino no sería nunca de paz. Los centinelas y las alambradas en las fronteras de su territorio estarían allí no sólo para disuadir al invasor sino también para mantener dentro a los seducidos.

¿Triunfaría ese hombre?

Ella no tenía ninguna garantía de que no fuera así. Abigail sabía que él la tenía presente como ella a él, y que nada le procuraría más satisfacción que ver su cuerpo negro colgado de un poste telefónico para que lo picotearan los cuervos. Sabía que muy pocos, aparte de ella misma, habían soñado con crucifixiones, sólo unos pocos. Y éstos se lo habían contado sólo a ella, o así lo suponía. Y ninguno había contestado a esta pregunta: ¿triunfaría el hombre?

Tampoco ella era quién para saberlo. Dios trabajaba con discreción y a su manera. Le había agradado que los hijos de Israel sudaran y penaran bajo el yugo egipcio durante generaciones. Le había agradado enviar a José a la esclavitud, con su hermosa túnica de colores rasgada por la espalda. Le había agradado permitir que cien plagas visitaran al infortunado Job y le había agradado permitir que su único Hijo fuera crucificado con un chiste malo sobre su cabeza.

Dios era un jugador... Si Él hubiese sido mortal habría estado a gusto encorvado sobre un tablero de ajedrez en el porche de los almacenes de Pop Mann, allá en Hemingford Home. Abigail pensó que, para Él, el juego valía más que una vela, el juego era la propia vela. Él prevalecería a su debido tiempo. Pero no necesariamente este año, ni en el próximo milenio... y ella no sobrevaloraría la habilidad del hombre oscuro. Si él era gas neón, ella era la minúscula partícula de polvo oscuro que forma la gran nube de lluvia sobre la reseca tierra. Sólo otro soldado raso (¡ya cumplida la fecha del retiro, por cierto!) al servicio del Señor.

–Se hará Tu voluntad –dijo.

Y sacó del bolsillo de su delantal un paquete de cacahuets Planter. Su último médico, el doctor Staunton, le había recomendado que se mantuviese alejada de los alimentos salados; pero ¿qué sabía él? Ella había sobrevivido a los dos médicos que habían presumido de darle buenos consejos sobre la salud desde su ochenta y seis cumpleaños, y comería unos cuantos cacahuets si le apetecía. Dañaban sus encías de una forma mortal. Pero ¡caramba, qué sabrosos estaban!

Mientras masticaba, Ralph Bretner se acercó por el camino de entrada, con el sombrero de la pluma echado hacia atrás. Cuando llamó a la puerta del porche, se lo quitó.

–¿Estás despierta, madre?

–Lo estoy –contestó ella con la boca llena de cacahuets –. Entra, Ralph. No estoy masticando estos cacahuets, les estoy dando encía hasta aplastarlos.

Ralph rió y entró.

–Hay unas personas a quienes les gustaría saludarte si no estás demasiado cansada. Llegaron hace una hora. Muy buena gente, diría yo. El tipo que la dirige es uno de esos melenudos, pero parece sensato. Se llama Underwood.

–Bien, hazles entrar, Ralph –dijo ella.

–De acuerdo.

Se volvió para salir.

–¿Dónde está Nick? –le preguntó ella – Hoy no lo he visto y ayer tampoco. ¿Es que se está haciendo demasiado bueno para los aldeanos?

–Ha estado fuera, en el embalse –le informó Ralph –. Él y ese electricista, Brad Kitchner, han estado examinando la central eléctrica. –Se frotó la nariz –. Yo estuve también esta mañana. Me figuré que esos jefes deberían tener por lo menos un indio para darle órdenes.

Madre Abigail soltó una risa aguda. Le gustaba Ralph. Era un alma sencilla pero astuta. Tenía tacto para averiguar cómo funcionaban las cosas. No le sorprendía que hubiese sido él quien hiciera marchar lo que todo el mundo llamaba Radio de la Zona Libre. Era el tipo de hombre que no dudaría en tratar con cola la batería de tu tractor cuando empezara a rajarse, y si la cola daba

resultado, él se limitaría a quitarse su sombrero, a rascarse la cabeza y a sonreír como un niño de once años que ha terminado sus deberes y está ya con la caña de pescar al hombro. Era el tipo de hombre para tener cerca cuando las cosas no marchaban bien, el tipo de hombre que, de una forma u otra, estaba siempre ahí en las malas épocas. Él te ponía la válvula adecuada en la bomba de tu bicicleta cuando no se ajustaba a tu tipo de neumático, sabía lo que causaba ese ruido raro en tu horno sólo con mirarlo. Te explicaba que podías fertilizar tu maizal con excremento de cerdo si lo mezclabas adecuadamente; pero no podía entender un contrato de alquiler de coches ni imaginar cómo los tratantes conseguían estafarle una vez y otra. Un impreso para solicitud de empleo relleno por Ralph Bretner parecería haber pasado por un mezclador Hamilton-Beach... Con faltas ortográficas, sobado, salpicado de manchas de tinta y huellas grasientas. Su lista laboral semejaría un tablero de ajedrez que hubiese dado la vuelta al mundo en un barco mercante. Pero cuando el tejido mismo del mundo parecía empezar a desgarrarse, era Ralph Bretner quien decía sin asustarse: «Pongamos un poco de cola y veamos si conseguimos mantenerlo unido.» Y la mayoría de veces lo conseguía.

—Eres un buen muchacho, Ralph. ¿Lo sabías? Sí, lo eres.

—¡Gracias! Tú también eres buena, madre. Por cierto, ese tipo Redman pasó por aquí cuando estábamos trabajando. Quiso hablar con Nick sobre su participación en una especie de comité.

—¿Y qué dijo Nick?

—Bah, escribió un par de páginas. Pero lo que vinieron a decir me pareció bien, siempre que le parezca bien a madre Abigail. ¿Es así?

—Bueno, ¿qué puede decir una mujer vieja como yo sobre tales cosas?

—Mucho —replicó Ralph con seriedad—. Tú eres la razón de que estemos aquí. Supongo que haremos lo que tú digas.

—Lo único que quiero es seguir viviendo libre como lo he sido siempre, como una americana. Sólo deseo dar mi opinión cuando llegue para mí el momento de darla. Como una americana.

—Bueno, tendrás todo eso.

—¿Piensa lo mismo el resto, Ralph?

—Puedes apostar a que sí.

—Entonces está bien. —Abigail se meció con serenidad—. Va siendo hora de que todo el mundo se ponga en marcha. Hay personas holgazaneando por ahí. Esperan a que alguien les diga dónde apoyarse.

—Entonces, ¿puedo ir adelante?

—¿Con qué?

—Bueno, Nick y Stu me preguntaron si podría encontrar una imprenta y hacerla funcionar cuando ellos consigan algo de electricidad. Les dije que no necesitaba electricidad. Fui al instituto y elegí el mimeógrafo manual más grande. Quieren algunos folletos. —Ralph meneó la cabeza—. ¡Casi nada! Setecientos. ¡Caramba! Aquí somos sólo cuatrocientos y pico.

—Y diecinueve que están en la verja, probablemente sufriendo una insolación mientras nos dedicamos a parlotear. Hazles pasar.

---

–Ahora mismo.

Ralph empezó a retirarse.

–¡Y escucha, Ralph!

Ralph se detuvo.

–Imprime mil –le recomendó ella.

Todos desfilaron a través de la verja que Ralph mantenía abierta, y ella sintió su pecado, el que tomó por la madre del pecado. El padre del pecado era el hurto; cada uno de los Diez Mandamientos se reducía a éste: «No robarás.» Asesinato era el robo de una vida, adulterio el robo de una esposa, codicia el robo sigiloso que tenía lugar en la cueva del corazón. Blasfemia era el robo del nombre de Dios, birlado de la casa del Señor y enviado a pasear por las calles como una procaz prostituta. Ella no había tenido mucho de ladrona; a lo sumo una ladronzuela alguna vez que otra.

La madre del pecado era el orgullo.

El orgullo era el lado femenino de Satanás en la raza humana, el huevo recóndito del pecado, siempre fértil. El orgullo había mantenido a Moisés fuera de Canaán, donde las uvas eran tan grandes que los hombres tenían que acarrearlas en pértigas. «¿Quién hizo brotar agua de la roca cuando estuvimos sedientos?», preguntaron los hijos de Israel. Y Moisés contestó: «Yo lo hice.»

Ella había sido siempre una mujer orgullosa. Orgullosa del suelo que fregaba apoyada en sus manos y rodillas. ¿Pero quién había provisto las manos, las rodillas y hasta la misma agua con que fregaba? Orgullosa de que todos sus hijos hubiesen salido buenos... Ninguno jamás en la cárcel, ninguno sorprendido con la droga o con la botella, ninguno en el lado erróneo de las sábanas... Pero las madres de los hijos eran las hijas de Dios. Estaba orgullosa de su vida; pero ella no había hecho su vida. El orgullo era la maldición de la voluntad. Y, al igual que una mujer, el orgullo tenía sus artimañas. A su muy avanzada edad, ella no había conocido todavía todas sus ilusiones ni había dominado sus encantos.

Y mientras los recién llegados desfilaban por la verja, pensó: Es a mí a quien han venido a ver. Y en la estela de ese pecado, acudieron a su mente una serie de metáforas blasfemas: desfilaban uno tras otro como comulgantes, su joven líder con los ojos bajos casi todo el rato, una mujer de pelo claro a su lado, un niño detrás de él junto con una mujer de ojos oscuros cuyo, pelo negro estaba veteado de blanco. Los demás detrás, en fila.

El joven subió los escalones del porche, y su mujer se detuvo al pie. El pelo de él era largo, como había dicho Ralph, pero estaba limpio. Tenía una barba leonada muy crecida y una cara enérgica con líneas recientes y profundas de preocupación alrededor de la boca y en la frente.

–Eres real –musitó él.

–¡Caramba! Siempre lo creí así –replicó ella –. Soy Abigail Freemantle, pero casi toda la gente de por aquí me llama madre Abigail. Bienvenidos a mi casa.

–Muchas gracias –farfulló él, y ella vio que estaba conteniendo las lágrimas –. Estoy... estamos muy contentos de hallarnos aquí. Me llamo Larry Underwood.

Ella le tendió la mano y él la tomó con delicadeza, casi con timidez. Abigail sintió otra vez ese arrebatado de orgullo. Fue como si el hombre pensara que ella tenía un fuego dentro de sí capaz de quemarle.

–He soñado... contigo –dijo él con embarazo.

Abigail sonrió. El hombre inclinó la cabeza y se dio la vuelta con cierta rigidez, casi tropezando. Descendió los escalones con los hombros caídos. Ya se relajará, pensó ella, ahora que está aquí y cuando descubra que no necesita soportar el peso del mundo entero sobre sus espaldas. Un hombre que duda de sí mismo no debe intentarlo con demasiado ahínco hasta que haya madurado. Este Larry Underwood se halla todavía un poco verde y tiende a doblarse. Pero me cae bien.

Ahora le tocó el turno a su mujer, una chiquilla preciosa con ojos como violetas. Miró con desenvoltura a madre Abigail, pero no altiva.

–Soy Lucy Swann. Celebro conocerla. –Y aunque llevara pantalones, hizo una breve genuflexión.

–Me alegro de que hayas venido, Lucy.

–¿Te importaría que te preguntara? Bueno... –Lucy bajó los párpados y enrojeció levemente.

–Ciento ocho en el último recuento –contestó afable ella –. Pero algunos días parece como si fueran doscientos.

–He soñado contigo –repuso Lucy. Y luego se retiró.

Entonces se presentaron la mujer de los ojos oscuros y el chico. La mujer la miró con gesto grave e impávido; el rostro del muchacho expresó sorpresa. El joven era aceptable. Pero hubo algo acerca de la mujer que le hizo sentir el frío de la tumba. El está aquí, pensó. El ha venido en la forma de esta mujer... Cuidado: él adopta diversas formas aparte de la suya: el lobo, el cuervo, la serpiente...

Ella no estaba libre de sentir miedo y, durante un instante, temió que aquella mujer extraña con mechones blancos en el pelo alargase la mano súbitamente y le rompiera el cuello. Esta sensación persistió unos segundos. Madre Abigail imaginó que el rostro de la mujer desaparecía y ella se quedaba mirando un agujero en el tiempo y el espacio, un agujero desde el cual dos ojos oscuros y malditos la miraban fijamente: unos ojos que parecían perdidos, ojerosos, sin esperanza.

Pero era sólo una mujer, no *él*. El hombre oscuro no se atrevería nunca a ir allí... ni siquiera en una forma que no fuera la suya. Esa no era más que una mujer, y por cierto muy bonita... con una cara expresiva, y un brazo protector sobre la espalda del muchacho. ¡Sus temores eran infundados!

Para Nadine Cross fue un instante de confusión. Se había encontrado bien cuando atravesaron la verja. Se había encontrado bien hasta que Larry empezó a hablar de la anciana. Entonces le asaltó una sensación deprimente de repugnancia y terror. Aquella anciana podía... ¿qué?

*Podía ver.*

Sí, temió que la anciana pudiera ver dentro de su ser, donde la oscuridad había sido plantada y germinaba. Temió que la anciana se levantara de su asiento en el porche y la denunciara exigiéndole que dejara a Joe y se marchara con aquellos (con *él*) a quienes estaba destinada.

Las dos mujeres, cada cual con su temor solapado, se miraron. Se midieron una a otra. El momento fue breve, pero a ambas les pareció muy largo.

---

Él está en ella... el trasgo del Diablo, pensó Abby Freemantle.

Todo el poder de ellos se concentra aquí, pensó a su vez Nadine. Ella es cuanto tienen, aunque lo vean de otra forma.

Joe empezó a inquietarse, y le tiró de la mano.

–Hola –dijo por fin con voz mortecina –. Soy Nadine Cross.

–Sé quién eres –contestó la anciana.

Las palabras quedaron flotando e interrumpieron de repente la charla de los demás. Algunas personas se volvieron para ver si sucedía algo.

–¿De veras? –respondió con tono suave Nadine.

De repente pareció como si Joe fuera su única protección.

Puso muy despacio al muchacho delante de ella, como si se tratara de un rehén. Los extraños ojos verdes de Joe miraron a madre Abigail.

–Éste es Joe –lo presentó Nadine –. ¿También lo conoces?

Los ojos de Abigail permanecieron fijos en los de la mujer que se hacía llamar Nadine Cross. Pero una fina película de sudor le cubrió la nuca.

–Creo que su nombre es Joe, tal como el mío es Cassandra –dijo –. Y no creo que seas su madre.

Entonces miró al muchacho con cierto alivio, sintiendo la extraña sensación de que aquella mujer había ganado; había puesto al pequeño entre ambas, lo había usado para impedirle cumplir con su deber... ¡Ah; pero había sido una acción tan súbita que ella no se hallaba preparada para afrontarla!

–¿Cómo te llamas? –preguntó al muchacho.

El chico se esforzó por hablar, como si un hueso se le hubiese atascado en la garganta.

–No te lo diré –manifestó Nadine poniendo la mano sobre el hombro del muchacho –. No puede decírtelo. No creo que recuerde...

Joe se soltó y eso pareció romper el hechizo.

–¡Leo! –dijo con ímpetu y claridad –. ¡Leo Rockway, ése soy yo! ¡Soy Leo!

Y se echó riendo a los brazos de madre Abigail. Aquello arrancó risas y algunos aplausos del gentío. Nadine pasó inadvertida, y Abby sintió otra vez que cierta oportunidad se había esfumado.

–Joe –dijo Nadine. Su rostro tenía una expresión distante, de nuevo bajo control.

El muchacho se apartó un poco de madre Abigail y la miró.

–Ven aquí –le ordenó Nadine, y miró sin parpadear a Abby –. Esta mujer es anciana. Le harás daño. Es muy anciana... y no demasiado fuerte.

–¡Ah! Creo ser lo bastante fuerte para querer un poco a este chiquillo –replicó Abigail, pero su propia voz le sonó extrañamente indecisa –. Por su aspecto se diría que ha tenido un viaje duro.

–Bueno, ahora está cansado. Y tú también, al parecer. Vamos, Joe.

–La quiero –dijo el muchacho sin moverse.

Nadine pareció respingar al oírlo. Su voz se hizo aguda.

–Ven aquí, Joe.

–¡Ése no es mi nombre! ¡Me llamo Leo!

La pequeña multitud de nuevos peregrinos se tranquilizó otra vez, tras haber percibido algo inesperado o que podría suceder, pero fue incapaz de adivinar el qué.

Los ojos de ambas mujeres se cruzaron otra vez como sables.

Sé quién eres, dijeron los de Abby.

Sí. Y yo te conozco, contestaron los de Nadine.

Pero esta vez Nadine fue la primera que bajó los párpados.

–Está bien –admitió –, Leo o como quieras llamarte. Ven aquí antes de que la fatigues más.

El chico abandonó a regañadientes los brazos de madre Abigail.

–Vuelve por aquí a visitarme siempre que quieras –le invitó Abby. Pero no alzó la mirada para incluir a Nadine.

–Gracias –dijo el muchacho lanzándole un beso.

El rostro de Nadine se petrificó. No habló. Cuando ambos descendieron los peldaños del porche, el brazo de Nadine sobre la espalda del pequeño semejó una cadena más que un consuelo. Madre Abigail los miró alejarse, dándose cuenta de que estaba perdiendo de nuevo el enfoque. Una vez desaparecido el rostro de la mujer, la sensación de revelación empezó a hacerse borrosa. Se sintió insegura acerca de lo que había intuido. Aquélla era sólo otra mujer, sin duda... ¿O no?

El joven Underwood siguió plantado al pie de los escalones, y su cara fue como una nube de tormenta.

–¿Por qué te has comportado así? –preguntó a Nadine.

Ella no le prestó atención. Pasó por su lado sin decir palabra. El muchacho lanzó una mirada suplicante a Underwood; no obstante, la mujer siguió haciéndose cargo de todo, al menos de momento, y el pequeño se dejó arrastrar por ella.

Hubo un momento de silencio y, de repente, Abby se sintió incapaz de llenarlo aunque el caso lo requiriera...

¿Incapaz?

¿Acaso no era su *misión* llenarlo?

Y una voz tenue preguntó: *¿Lo es? ¿Es ésa tu misión? ¿Es ésa la razón de que Dios te haya traído aquí, mujer? ¿Para ser la recepcionista oficial en las verjas de la Zona Libre?*

No puedo pensar, protestó ella. La mujer tenía razón. Estoy cansada.

El llega en más formas que la suya propia, insistió la leve voz interna. Lobo, cuervo, serpiente... mujer.

¿Qué significaba eso? ¿Qué había sucedido aquí? ¿Qué, en nombre de Dios?

Yo estaba sentada aquí muy complacida, esperando a que se me reverenciara... Sí, eso es lo que estaba haciendo. Y entonces llega esa mujer y no sé lo que ha sucedido. Había algo acerca de ella... ¿No lo había? ¿Estás segura?

Hubo un momento de silencio durante el cual todos parecieron mirarla esperando a que se manifestara. Pero ella no lo hizo. La mujer y el muchacho se perdieron de vista; se marcharon como si ellos fueran los verdaderos creyentes y ella nada más que un gesticulante impostor al que ellos habían calado de inmediato.

¡Ah! ¡Pero yo soy vieja! ¡No es justo!

Y en la estela de aquello llegó otra voz, tenue y racional, una voz que no era la suya: *No demasiado vieja para no saber que la mujer es...*

Entonces otro hombre se le acercó con aire dubitativo, deferente.

–Hola, madre Abigail –dijo –. Me llamo Mark Zellman. De Lowville, Nueva York. He soñado contigo.

Abby se vio ante una alternativa que entrevió claramente por un instante en su insegura mente. Podría responder al saludo de aquel hombre, charlar un poco con él para que se sintiera a sus anchas (pero no demasiado; esto no era precisamente lo que ella quería), y luego pasar al siguiente... y al siguiente... recibiendo su homenaje como palmas nuevas. O bien podría no hacerle caso ni tampoco al resto. Y seguir el hilo de su pensamiento hasta lo más profundo de su ser, buscando lo que el Señor quisiera que supiese. La mujer es...

¿...que?

¿Acaso importaba? La mujer se había ido.

–Antaño yo tenía un sobrino nieto allá en el estado de Nueva York –explicó a Mark Zellman –. En una ciudad llamada Rouse's Point, cerca de Vermont, sobre el lago Champlain. Probablemente no has oído hablar de ella, ¿verdad?

Mark Zellman le aseguró haber oído hablar de ella. Casi todo el mundo en Nueva York conocía esa ciudad. ¿La había visitado él? No, nunca. Pero se proponía hacerlo.

–A juzgar por lo que Ronnie escribía en sus cartas, no te perdiste gran cosa –comentó ella.

Y Zellman se retiró radiante.

Los otros se acercaron para rendirle tributo, al igual que los precedentes y como harían todavía otros en los días y semanas por venir. Un adolescente cuyo nombre era Tony Donahue. Un tipo llamado Jack Jackson, mecánico de automóvil. Una joven enfermera que se llamaba Laurie Constable; ésta vendría muy bien. Un anciano de nombre Richard Farris pero a quien todo el mundo llamaba juez. Él la miró inquisitivo y casi la hizo sentirse otra vez incómoda. Dick Vollman. Sandy DuChiens... bonito apellido, francés. Harry Dunbarton, un hombre que hacía sólo tres meses había vendido gafas para ganarse la vida. Andrea Terminello. Un tal Smith. Un tal Rennett. Y muchos otros. Ella les habló a todos, asintió con la cabeza, sonrió, les hizo sentirse a

---

sus anchas; pero el placer que experimentó otros días había desaparecido hoy, y sintió sólo dolor en las muñecas, los dedos y las rodillas, más la alarmante sospecha de que tendría que ir a usar el Port-O-San y de que, si no llegaba pronto allí, se mancharía el vestido.

Todo eso y además la sensación, desapareciendo ya (y que se esfumaría por completo al caer la noche) de que se le había escapado algo de gran significación y que más tarde lo lamentaría mucho.

Él pensaba mejor cuando lo escribía, así que anotó a grandes rasgos todo cuanto pudiera ser de importancia, usando dos plumas, una azul y una negra. Nick Andros se había acomodado en el estudio de la vivienda de Baseline Drive, que compartía con Ralph Bretner y la esposa de éste, Elise. Estaba ya casi oscuro. La casa era una belleza, enclavada al pie de la gran montaña Flagstaff, pero bastante más alta que la ciudad de Boulder propiamente dicha, de modo que desde el gran ventanal de la sala se veían las calles y carreteras de la municipalidad extendiéndose cual el gigantesco tablero de algún juego. Esa ventana se hallaba tratada por el exterior con cierto material reflectante de modo que los moradores podían ver el exterior pero los transeúntes no el interior. Según calculaba Nick, el valor de la casa oscilaba entre cuatrocientos cincuenta mil dólares y quinientos mil... El propietario y su familia se hallaban misteriosamente ausentes.

En su largo viaje desde Shoyo a Boulder, primero a solas, luego con Tom Cullen y los demás, Nick había pasado por docenas de pueblos y ciudades que eran apestosos osarios. Boulder no tenía por qué ser diferente, pero lo era. Aquí había cadáveres, por supuesto, y se debería ir pensando algo acerca del problema antes de que comenzaran las lluvias ocasionando una descomposición rápida y posibles epidemias, pero no había bastantes cadáveres. Nick se preguntó si alguien, aparte de él y Stu Redman lo habían observado... quizá Lauder, pues Lauder lo observaba casi todo.

Por cada casa y edificio público que encontrabas sembrado de cadáveres, había otros diez completamente vacíos. En algún momento, durante el último coletazo de la epidemia, muchos ciudadanos de Boulder, enfermos y sanos, habían abandonado la ciudad. ¿Por qué? Bueno, en realidad no importaba y tal vez no se sabría jamás. Ahora bien, subsistía el pasmoso hecho de que madre Abigail había conseguido conducirlos a la que quizá era la única ciudad pequeña de Estados Unidos que no había tenido víctimas de la epidemia. Eso era suficiente para que incluso un agnóstico como él se preguntara caviloso dónde obtenía ella su información.

Nick había ocupado tres habitaciones en la planta baja de la casa, muy bonitas y amuebladas en pino nudoso. La inexistencia de apremio por parte de Ralph le había inducido a ampliar su espacio vital... Se sentía como un intruso, pero ellos le gustaban, y hasta su viaje desde Shoyo a Hemingford Home no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos otras caras. Y todavía no estaba satisfecho.

A decir verdad, aquel lugar era el más hermoso en el que había vivido. Tenía entrada propia por la puerta trasera y aparcaba su «diez velocidades» bajo el alero saliente de la puerta. Tenía también los comienzos de una colección de libros, algo que había querido siempre y no había podido obtener en sus largos años de vagabundeo. En aquellos días había sido un gran lector (durante esta nueva época había muy escasas ocasiones de sentarse y tener una buena y larga conversación con un libro), y algunos de los libros en las estanterías casi vacías eran viejos amigos, casi todos alquilados a las bibliotecas ambulantes a dos centavos diarios; durante los últimos años, nunca había pasado en una ciudad el tiempo suficiente para obtener un carné regular de biblioteca. Otros

eran libros que no había leído todavía y que las obras tomadas a préstamo le habían inducido a buscar. Sentado allí con sus plumas y su papel, tuvo uno de esos libros sobre la mesa junto a su mano derecha: *La casa en llamas*, de William Styron. Había marcado la página por donde iba con un billete de diez dólares que encontró en la calle. Había mucho dinero por las calles; el viento lo arrastraba a lo largo de los bordillos. Le sorprendía y le divertía ver cómo muchas personas, él mismo entre ellas, se agachaban todavía para coger los billetes. ¿Para qué? Ahora los libros eran gratuitos. Las ideas eran gratuitas. Unas veces este pensamiento le exaltaba, otras le aterraba.

El papel en que estaba escribiendo provenía de una carpeta de anillas en la cual recogía todos sus pensamientos... El contenido de la carpeta era mitad diario mitad lista de la compra. Había descubierto en sí mismo una propensión profunda a hacer listas, y se decía que alguno de sus antepasados debía de haber sido contable. Había descubierto también que, cuando la mente se alteraba hacer una lista solía tranquilizarla.

Volvió a la página en blanco, e hizo unos garabatos al margen.

Le pareció que todas las cosas que ellos querían o necesitaban de la vida anterior estaban almacenadas en la silenciosa central eléctrica de East Boulder, como un tesoro polvoriento dentro de un oscuro aparador. Una sensación desagradable, bajo la superficie, parecía circular entre las personas que se habían congregado en Boulder. Todas ellas eran como un grupo de niños asustados haciendo travesuras en la casa hechizada local. En cierto modo, el lugar semejava una rancia ciudad fantasma. Se tenía la impresión de que estar allí era una cuestión absolutamente provisional. Había un hombre, un individuo apellidado Impening, que había vivido antaño en Boulder y trabajado con uno de los equipos guardianes de la planta IBM, en la Longmont Diagonal de Boulder. Impening parecía empeñado en sembrar la inquietud por doquier. Iba por ahí contando a la gente que el 14 de septiembre de 1984 había habido seis centímetros de nieve en Boulder y que, en noviembre, haría el frío suficiente para congelar a un mono de bronce. Ése era el tipo de charla que Nick quería suprimir de un plumazo. Si Impening hubiese estado en el ejército le habrían expulsado por esparcir tales rumores. Lo importante era que sus palabras no surtirían ningún efecto si la gente pudiera instalarse en casas donde la luz funcionara y donde los hornos calentaran. Si eso no sucediera cuando llegasen los primeros ramalazos de frío, Nick temía que la gente empezara a largarse y no hubiera forma de detenerla ni con todos los representantes, asambleas y ratificaciones de este mundo.

Según Ralph, en la central eléctrica no había muchas cosas defectuosas, al menos visibles. El equipo encargado de cuidarla había parado parte de la maquinaria y dos o tres grandes turbinas habían explotado, quizá como resultado de la sobretensión final. Ralph decía que sería preciso reemplazar una parte del tendido pero pensaba que él, Brad Kitchner y doce más podrían hacerlo. Se requería un equipo mucho mayor para retirar el alambre de cobre fundido y ennegrecido de los generadores averiados y luego instalar alambre de cobre nuevo.

Había grandes reservas de éste en las casas suministradoras de Denver. Un día de la semana anterior, Ralph y Brad habían ido allí para comprobarlo por sí mismos. Ambos pensaban que con la fuerza laboral disponible podrían hacer volver la luz para el día del Trabajo.

«Y entonces organizaremos la jodida fiesta más grande que jamás haya visto esta ciudad», había dicho Brad.

Ley y orden. Esta era otra cosa que le inquietaba. ¿Se podría confiar este paquete tan particular a Stu Redman? Él no quería semejante trabajo, pero Nick pensaba que se le podría persuadir a

---

aceptarlo... y si las cosas se pusieran mal, él llegaría a conseguir que Glen, el amigo de Stu, le apoyara. Lo que en verdad le preocupaba era el recuerdo demasiado reciente y doloroso de su propia actuación, breve pero terrible, como carcelero de Shoyo. Vince y Billy agonizantes, Mike Childress dando saltos sobre su cena y vociferando con aire desafiante: « ¡Huelga de hambre! ¡Estoy en una jodida huelga de hambre!»

Le dolían las entrañas al pensar que allí podrían necesitar tribunales y cárceles... quizá incluso un verdugo. ¡Dios! Aquélla era la gente de madre Abigail, no del hombre oscuro. Pero él suponía que el hombre oscuro no se molestaría en nimiedades como tribunales y cárceles. Sus sentencias serían contundentes y definitivas. No necesitaría la amenaza de la cárcel puesto que los cadáveres colgaban de los postes telefónicos a lo largo de la interestatal 15 para que los picotearan los pájaros.

Nick esperaba que las infracciones fueran de menor importancia. Se habían dado ya varios casos de borrachera y conducta desordenada. Un chico, demasiado joven para conducir, había estado circulando por Broadway con una inmensa rastrilladora espantando a los peatones. Por último se había estrellado contra un camión lleno de pan y se había abierto una herida en la frente... y podía considerarse afortunado de salir tan bien librado, a juicio de Nick. Las personas que le habían visto sabían que era demasiado joven, pero ninguna se consideró con autoridad suficiente para poner fin a aquello.

*Autoridad. Organización.* Nick escribió ambas palabras en su libreta y las rodeó con sendos círculos dobles. Ser la gente de madre Abigail no les procuraba inmunidad contra la debilidad, la estupidez o el compañerismo mal entendido. Nick no sabía si ellos eran hijos de Dios o no, pero cuando Moisés descendió de la montaña, quienes no se encontraban dedicados a la adoración del becerro de oro habían estado tirando los dados, eso sí lo sabía. Y ellos debían afrontar la posibilidad de que alguien resultara malparado en un juego de cartas o disparara contra otro a causa de una mujer.

*Autoridad. Organización.* Rodeó con nuevos círculos las palabras, y éstas parecieron prisioneros detrás de una alambrada triple. ¡Qué bien sonaban juntas! ¡Y qué ecos tan lamentables despertaban!

No mucho después, entró Ralph.

–Varias personas llegarán mañana, Nick, y todo un grupo al día siguiente. Más de treinta.

«Bien –escribió Nick –. Apuesto a que tendremos un médico dentro de poco. Lo determina la ley de probabilidades.»

–Sí –reconoció Ralph –. Nos estamos convirtiendo en una ciudad como Dios manda.

Nick asintió.

–Tuve una conversación con el tipo que conducía la partida que llegó hoy. Se llama Larry Underwood. Un hombre inteligente, Nick. Agudo como un clavo.

Nick alzó las cejas y trazó un signo de interrogación en el aire.

–Bien, veamos –continuó Ralph, que sabía que el signo de interrogación significaba «quiero más información». El hombre tiene seis o siete años más que tú, y tal vez ocho o nueve menos que Redman. Pero es el tipo de individuo que, según dices, debemos tener presente. Hace las preguntas justas.

«¿...?»

–Por ejemplo, quién está a cargo de esto –informó Ralph –. Qué vamos a hacer y quién lo hace.

Nick asintió. Sí... las preguntas justas. ¿Pero se trataba del hombre adecuado? Ralph podría tener razón. También podría no tenerla.

«Mañana procuraré reunirme con él y saludarle», escribió.

–Sí, debes hacerlo. El hombre es aceptable –Ralph restregó los pies –. Y hablé con la madre poco antes de que llegaran ese Underwood y su gente para ser presentados. Hablé con ella como dijiste que querías.

«¿...?»

–Ella dice que debemos seguir adelante. Ponernos en marcha. Afirma que algunas personas están remoloneando y necesitan a alguien que se encargue de decirles dónde apoyarse.

Nick echó hacia atrás su silla y rió en silencio. Luego escribió:

«Yo estaba seguro de que ella lo sentiría así. Mañana hablaré con Stu y Glen. ¿Imprimiste los folletos?»

–¡Ah! Sí, mierda –contestó Ralph –. ¡Por Dios, si es lo que he estado haciendo casi toda la tarde!

Mostró un ejemplar a Nick. Despedía un fuerte olor a tinta mimeográfica. El impreso era grande y llamativo. El propio Ralph había hecho el grafismo.

¡¡ASAMBLEA POPULAR!!

¡PARA ELEGIR Y NOMBRAR

A LA JUNTA REPRESENTATIVA!

Lugar: Canyon Boulevard Park & Bandshell

(si hace buen tiempo)

Chautauqua Hall, en el parque de Chautauqua

(si hace malo)

SE SERVIRÁN REFRESCOS

A LA TERMINACIÓN DE LA ASAMBLEA

Debajo de esto había dos planos rudimentarios para los recién llegados y para quienes no hubieran explorado mucho Boulder. Debajo estaban impresos los nombres que él, Stu y Glen habían acordado después de alguna discusión a primeras horas del día:

*Comité*

Nick Andros

Glen Bateman

Ralph Bretner

Richard Ellis

Fran Goldsmith

Stuart Redman

Susan Stern

Nick señaló la línea del prospecto referente a los refrescos, y alzó las cejas.

–¡Ah, sí! Bueno, Frannie vino y dijo que podríamos reunir más gente si ofreciésemos algo. Ella y su amiga Patty Kroger se ocuparán de ello. Pastelillos y Za-Rex –Ralph hizo una mueca de asco–. Si me dieran a elegir entre beber Za-Rex y orines de buey tendría que pensármelo. Te cederé el mío.

Nick sonrió.

–Lo único curioso acerca de esto –continuó con más seriedad Ralph– es que me hayáis incluido en ese comité. Sé lo que quiere decir: «Felicidades, te ha tocado todo el trabajo duro.» Bueno, la verdad es que no he querido decir eso, yo he trabajado muy duro toda mi vida. Pero se supone que los comités tienen idearios y yo no soy un hombre de idearios.

Nick dibujó aprisa en su bloc una gran instalación CB y al fondo una torre de radio cuya parte superior despedía chispas eléctricas.

–Sí, pero eso es muy diferente –dijo taciturno Ralph. «Te irá bien –escribió Nick–. Créeme.»

–Si tú lo dices... Pero sigo creyendo que os iría mejor con ese tipo Underwood.

Nick negó con la cabeza y palmoteo en la espalda a Ralph. Éste le dio las buenas noches y se marchó escaleras arriba. Cuando se hubo ido, Nick miró pensativo el folleto durante largo rato. Si Stu y Glen hubiesen visto las copias (y él estaba seguro de que las habían visto ya a estas alturas), sabrían que él había suprimido, unilateralmente, a Harold Lauder de su lista de miembros del comité. No sabía cómo lo habrían tomado ellos; pero el hecho de que ninguno hubiese aparecido en su puerta era probablemente una buena señal. Tal vez ellos pretendieran que él hiciera algunos arreglos por su cuenta, y si fuera necesario lo haría, sólo para mantener a Harold fuera de la cumbre. Si se hiciera necesario les daría a Ralph. Éste no quería el puesto, aunque, maldición, Ralph tuviese un gran ingenio innato y una gran habilidad para salvar los problemas. Sería un buen elemento en el comité permanente, y él presentía que Stu y Glen habían llenado ya con sus amigos el comité. Si él, Nick, quería fuera a Lauder, tendrían que avenirse. No había habido ninguna disensión entre ellos para llevar a buen fin ese golpe de la jefatura. Dime, mamá, ¿cómo consigue el hombre sacar un conejo de ese sombrero? Bueno, hijo, no estoy segura, pero creo que podría haber empleado la vieja triquiñuela de distraernos con pastelillos y Za-Rex. Eso da resultado casi siempre.

Cuando Nick volvía la página en la que había estado haciendo garabatos, entró Ralph, el cual miró atento las palabras que él había rodeado con círculos, no una vez sino tres, como si quisiera encerrarlas. *Autoridad. Organización.* Y de repente escribió otra debajo de ellas...

---

pues quedaba todavía espacio. Ahora las palabras en el triple círculo rezaban así: *Autoridad. Organización. Política.*

Pero él no intentaba suprimir del equipo a Lauder sólo porque intuyera que Stu y Glen Bateman estaban intentando arrebatarse un balón que verdaderamente era suyo. Sintió cierto resentimiento, sin duda. Habría sido extraño si no lo hubiese sentido. En cierto modo, él, Ralph y madre Abigail habían *fundado* la Zona Libre de Boulder.

Aquí hay cientos de personas y otros miles están en camino si Bateman no se equivoca, pensó mientras golpeaba con el lápiz las palabras rodeadas con círculos. Cuanto más las miró, más feas le parecieron. Pero cuando Ralph, y yo, madre y Tom Cullen llegamos aquí, los únicos seres vivientes en Boulder eran los gatos y los ciervos que habían bajado hasta aquí desde el parque nacional para alimentarse en los jardines... e incluso en los almacenes. Recordemos a aquel tan enorme que se coló en el supermercado Table Mesa y después no supo salir. Enloqueció corriendo por los pasillos y derribando cosas.

Por supuesto, no llevábamos aquí ni un mes, pero ¡fuimos los primeros! Así que hay un pequeño resentimiento... Pero el resentimiento no es la razón de que yo quiera fuera a Harold. Le quiero fuera porque no confío en él. El hombre sonríe todo el tiempo, pero en su interior hay un compartimiento estanco (¿sonrisa hermética?) que se manifiesta entre su boca y sus ojos. Durante algún tiempo hubo cierta fricción entre él y Stu a causa de Frannie. Y ahora los tres dicen que eso ha terminado; pero me pregunto si es verdad. Algunas veces Frannie mira a Harold y da la sensación de sentirse inquieta. Parece como si intentara imaginarse hasta dónde llega de verdad lo de «terminado». Él es bastante despierto pero se me antoja que también inestable.

Nick meneó la cabeza. En más de una ocasión se había preguntado si Harold no estaría loco.

Es por esa mueca sonriente, pensó. No quiero compartir secretos con nadie que sonría así y parezca no dormir bien por la noche. Nada de Lauder. Ellos tendrán que conformarse con eso.

Nick cerró su carpeta de anillas y la metió en el cajón inferior de su mesa. Luego se levantó y empezó a desnudarse para tomar una ducha. Se sentía oscuramente sucio.

El mundo, pensó, no de acuerdo con Garp sino con la supergripe. Este mundo valiente y nuevo. Pero no le pareció particularmente valiente ni particularmente nuevo. Era como si alguien hubiese puesto un gran petardo en la caja de los juguetes de un niño. Había habido un enorme estampido y todo se desperdigó por todas partes. Los juguetes se habían diseminado desde un extremo del cuarto de jugar al otro. Algunas cosas se habían averiado para siempre, y otras serían reparables, pero casi todo el material se había desparramado. Ciertas cosas estaban todavía demasiado calientes para ser tocadas; aunque serían aceptables tan pronto se enfriaran.

Entretanto, el trabajo consistía en seleccionar las cosas. Desprenderte de las que ya no eran útiles. Poner aparte los juguetes que podían ser reparados. Hacer una lista de todo cuanto todavía era valioso. Conseguir una nueva caja para guardar las cosas, una caja de juguetes nueva y bonita. Una caja de juguetes *fuerte*. El modo en que las cosas pueden desintegrarse tiene algo de horripilante por la facilidad con que lo hacen... y también una clara atracción. La reparación. La enumeración. Y desde luego descartar lo que ya no sirve.

Ahora bien, ¿cómo puedes decidirte a desechar unas cosas por inútiles?

Nick se detuvo desnudo con su ropa al brazo a mitad de camino del baño.

¡Ah, qué silenciosa estaba la noche...! ¿Pero no eran todas sus noches unas sinfonías de silencio? ¿Por qué, de repente, se le había puesto carne de gallina en todo el cuerpo? Porque sintió de súbito que lo que se encargaría de recoger el comité de la Zona Libre no serían juguetes. Ni mucho menos. Sintió de repente que se había unido a un extraño círculo cerrado del espíritu humano... Él y Redman, y Bateman, y madre Abigail. Sí, e incluso Ralph con su gran radio y su potente equipo emisor que proyectaba la señal de la Zona Libre a través del continente muerto. Cada uno tenía una aguja y quizá todos trabajaran juntos para confeccionar una manta caliente que los preservara del frío invernal... o quizá hubieran empezado tras una breve pausa a hacer un gran sudario para la raza humana, comenzando en las puntas de los pies y continuando la tarea hacia arriba.

Después de hacer el amor, Stu se echó a dormir. Últimamente había aguantado con cortas raciones de sueño, y la noche anterior se la había pasado con Glen Bateman emborrachándose y haciendo planes para el futuro. Frannie se puso su bata y salió al balcón.

El edificio donde vivían se hallaba en el centro de la ciudad, en la esquina de Pearl Street y Broadway. Su apartamento estaba en la tercera planta y ella podía ver Pearl correr en dirección este oeste, y Broadway norte sur. A ella le gustaba esto. Habían vuelto al punto de partida. La noche era cálida, sin viento, la losa negra del cielo se quebraba con millones de estrellas. Bajo su resplandor débil y helador, Fran pudo ver los bloques de las Flatirons elevándose hacia el oeste.

Se pasó la mano desde el cuello hasta los muslos. La bata que llevaba era de seda, y debajo estaba desnuda. Su mano pasó suavemente por los pechos y luego, en vez de continuar por la piel lisa y tersa hasta la leve elevación del pubis, trazó un arco en el vientre, siguiendo una curva que no había sido tan pronunciada apenas dos semanas antes.

Estaba empezando a mostrarlo. No mucho todavía, pero Stu lo había comentado aquella misma tarde. Su pregunta había sido bastante casual, e incluso cómica: «¿Cuánto tiempo podremos hacerlo sin que... hummm... lo estruje?» «¿Qué te parecen cuatro meses, jefe?», había contestado divertida ella. «Estupendo», había contestado él. Y la había penetrado deliciosamente.

Otras conversaciones precedentes habían sido más serias. No mucho después de que llegaran a Boulder, Stu le comentó que había discutido sobre el bebé con Glen, y éste le había advertido con cautela que el germen o virus de la supergripe podía estar todavía presente. Y en tal caso el bebé podría morir. Fue un pensamiento inquietante (puedes contar siempre con Glen Bateman, se dijo, para un pensamiento inquietante o dos); pero si la madre era inmune, sin duda el bebé...

No obstante, aquí había mucha gente que había perdido a sus hijos por la epidemia. Sí, pero eso significaría... ¿Qué significaría? Bien, por lo pronto que todas esas personas de allí eran sólo un epílogo de la raza humana, una breve coda. Ella no quiso creerlo, no pudo creerlo. Si eso fuera verdad...

---

Alguien se aproximó por la calle, deslizándose de lado entre un volquete que tenía dos ruedas plantadas en la acera, y la pared de un restaurante llamado Pearl Street Kitchen. Él hombre llevaba una chaqueta ligera colgada del hombro y empuñaba en una mano algo que podía ser una botella o un arma. En la otra mano llevaba una hoja de papel, probablemente con unas señas escritas a juzgar por su modo de mirar los números de las casas. Por fin se detuvo delante de su edificio. Se quedó mirando el portal como si intentara decidir qué hacer. Frannie pensó que el hombre tenía cierto parecido con un detective privado de alguna serie televisiva. Ella, a unos seis metros sobre su cabeza, se encontró en una de esas situaciones complicadas. Si lo llamaba, podría asustarlo. Y si no lo hacía, el hombre podía empezar a aporrear la puerta y despertar a Stuart. Y después de todo, ¿qué hacía él con un arma en la mano? Suponiendo que fuera un arma.

De pronto el hombre torció el cuello y miró hacia arriba, probablemente para comprobar si había alguna luz encendida en el edificio. Frannie siguió mirando hacia abajo. Así que las miradas de ambos se encontraron.

–¡Santo Dios! –exclamó el hombre en la acera.

Dio un paso hacia atrás, tropezó con el bordillo y cayó sentado en el arroyo.

–¡Oh! –gritó Frannie. Y a su vez dio un paso hacia atrás en el balcón.

A su espalda había una planta en un gran tiesto sobre el pedestal. Su trasero lo golpeó. El tiesto se tambaleó y acto seguido se estrelló ruidosamente contra las baldosas de pizarra del balcón.

En el dormitorio, Stu gruñó, se volvió y siguió durmiendo.

A Frannie le acometió un ataque de risa. Se llevó ambas manos a la boca, pero las carcajadas surgieron en forma de roncós murmullos. La hilaridad ataca de nuevo, pensó. Y rió a borbotones dentro de sus manos unidas. Si él hubiese tenido una guitarra, podría haberle dejado caer el maldito tiesto en la cabeza. *O sole mio... y ¡ZAS!* El vientre le dolió de tanto intentar contener la risa.

Un susurro como el de un conspirador le llegó desde abajo.

–¡Eh, tú... la del balcón! ¡Pssst!

–Pssst –susurró a su vez Frannie –. Pssst... ¡Ah, estupendo!

Tuvo que entrar para no empezar a rebuznar como un asno. Ella nunca había sido capaz de contener la risa cuando ésta la atacaba de verdad. Corrió grácil a través del dormitorio en penumbra, cogió de la puerta del baño una bata más recia y discreta, y marchó por el vestíbulo poniéndosela mientras la cara se le contorsionaba como una máscara de goma. Salió al descansillo y descendió un tramo antes de que la risa escapara de sus labios. Bajó los dos tramos siguientes lanzando sonoras carcajadas.

El hombre, un joven, según comprobó ahora, se había levantado y estaba sacudiéndose el polvo. Un tipo delgado y de buena complexión, con una barba que podría ser rubia o tal vez leonada a la luz del día. Tenía ojeras y sonreía con aire pesaroso.

–¿Qué has roto allá arriba? –preguntó –. Ha sonado como un piano.

–Era un tiesto –respondió ella –. Se... se... Las carcajadas la asaltaron otra vez, y sólo pudo señalarle con un dedo y reír mientras sacudía la cabeza. Las lágrimas le rodaron por las mejillas.

–Parecías muy gracioso, la verdad... Sé que es una insensatez decir eso a alguien a quien acabas de conocer... ¡Válgame Dios! ¡Pero lo parecías!

–Si esto hubiera ocurrido en los viejos tiempos –dijo él sonriente –, mi primera reacción habría sido demandarte por un cuarto de millón como mínimo. Escuche, juez, yo miré hacia arriba y esta joven estaba espiándome desde lo alto. Sentenciamos a favor del demandante, pobre muchacho. También del alguacil. Habrá un receso de diez minutos.

Los dos rieron juntos. El joven llevaba unos pantalones limpios pero descoloridos y una camisa azul marino. La noche estival era cálida y agradable, y Frannie empezaba a alegrarse de haber salido.

–Tu nombre no será Fran Goldsmith, ¿verdad? –Pues sí, lo es. Pero no te conozco.

–Larry Underwood. Nosotros llegamos hoy. A decir verdad, yo estaba buscando a un tal Harold Lauder. Me dijeron que vivía en el 261 de Pearl junto con Stu Redman y Frannie Goldsmith y algunas personas más. Eso cortó en seco su risa.

–Harold estaba en este edificio cuando llegamos a Boulder, pero se separó de nosotros hace algún tiempo. Ahora se encuentra en Arapahoe, el barrio oeste de la ciudad. Puedo darte sus señas si las quieres.

–Te lo agradecería. Pero supongo que será mejor esperar hasta mañana para ir allí. No quiero arriesgarme a otro incidente parecido.

–¿Conoces a Harold?

–Sí y no... como te conozco a ti. Para ser franco, he de decir que no eres como te imaginaba. Para mí eras una rubia tipo valquiria, como salida de un cuadro de Frank Frazzeta, y probablemente con un cuarenta y cinco en cada cadera. Pero de todas formas me alegra conocerte.

Le tendió la mano y Frannie se la estrechó, con una breve y desconcertada sonrisa.

–Me temo que no sé de qué estás hablando. No tengo ni la menor idea.

–Siéntate un minuto en el bordillo y te lo contaré.

Fran se sentó. Una brisa ligera corrió por la calle arrastrando jirones de papel y haciendo estremecerse a los viejos olmos en el jardín del juzgado, tres manzanas más allá.

–Tengo cierto material para Harold Lauder –explicó Larry –. Pero se supone que ha de ser una sorpresa; de modo que, si lo ves antes que yo, ya sabes, chitón.

–De acuerdo –dijo Frannie, cada vez más estupefacta.

Él alzó el cañón del arma, el cual resultó el largo cuello de una botella de vino. Ella ladeó la etiqueta para que recibiera la luz de las estrellas y pudo leer: «Bordeaux» en la parte superior y en la inferior la cosecha: «1947.»

–La mejor cosecha burdeos de este siglo –dijo él –. Al menos es lo que solía decir un viejo amigo mío. Se llamaba Rudy. Dios bendiga su alma y le dé descanso.

–Pero 1947... hace cuarenta y tres años de eso. ¿No se habrá... bueno... no se habrá puesto rancio?

–Rudy solía decir que un buen burdeos no se pone rancio jamás. Lo traigo nada menos que desde Ohio. Si es un mal vino será un mal vino con un largo viaje a sus espaldas.

–¿Y eso es para Harold?

–Sí; y también le traigo un puñado de estas cosas.

Larry sacó algo del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió. Esta vez Fran no tuvo que ponerlo a la luz de las estrellas para leer las palabras impresas. Rompió a reír.

–¡Una barra Payday! –exclamó –. El predilecto de Harold... ¿Pero cómo lo averiguaste?

–Ésa es la historia.

–Entonces cuéntamela.

–Bien. Érase una vez un tío llamado Larry Underwood que iba desde California a Nueva York para ver a su querida y anciana madre. Éste no era el único motivo de su viaje, y los otros motivos eran menos agradables, pero atengámonos al motivo simpático, ¿correcto?

–Correcto.

–Y atención, la malvada bruja de Occidente, o los tontos del culo del Pentágono, inundaron el país con una gran epidemia, y antes de poder decir «Cuidado», toda la gente de Nueva York, o casi toda, murió. Incluida la madre de Larry.

–Lo siento. Mis padres también.

–Sí, los padres de todo el mundo. Si nos enviáramos tarjetas de condolencia unos a otros no quedaría ni una. Pero Larry fue uno de los afortunados. Salió de la ciudad con una señora llamada Rita, que no estaba preparada para afrontar lo que estaba sucediendo. Y, por desgracia, Larry no estaba preparado para ayudarla a afrontarlo.

–Nadie lo estaba.

–Pero unos se adaptan más aprisa que otros. Bien, Larry y Rita se encaminaron hacia la costa de Maine. Consiguieron llegar a Vermont, y allí la señora se suicidó con somníferos.

–¡Oh, Larry, cuánto lo siento! –Larry lo tomó muy a pecho. Lo tomó como un juicio más o menos divino sobre su carácter. Dos o tres personas que debían saber lo que se decían, le habían advertido que el rasgo más incorruptible de su carácter era una espléndida vena de egoísmo que resplandecía como una madonna sentada en el salpicadero de un Cadillac.

Frannie se corrió un poco sobre el bordillo.

–Espero no cansarte, pero todo esto me ha estado hurgando por dentro durante mucho tiempo y tiene cierta relación con la parte de la historia referente a Harold. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Gracias. Según creo, desde que pasamos por aquí hoy y conocimos a esa anciana, he estado buscando un rostro amigo a quien poder confiar todo esto. Supuse que sería el de Harold. Bien, Larry continuó hacia Maine porque no parecía haber otro sitio adonde ir. Por entonces, tenía pesadillas pero estaba solo y no podía saber si otras personas las tenían también. Se limitó a pensar que se trataba de un síntoma más de su creciente deterioro mental. Bueno, el caso es que al fin llegó a un pequeño pueblo costero llamado Wells donde conoció a una mujer llamada Nadine Cross y a un extraño niño llamado Leo Rockway.

–Wells –musitó ella maravillada.

–Los tres viajeros echaron al aire una moneda, por así decirlo, para saber qué camino seguir. Como salió cruz, enfilaron hacia el sur, adonde finalmente llegaron...

–¡A Ogunquit! –dijo Frannie satisfecha.

–Exacto. Y allí, pintado en un granero descubrí un letrero que significó mi primer contacto con Harold Lauder y Francés Goldsmith.

–¡El cartel de Harold! ¡Se pondrá muy contento!

–Seguimos las indicaciones del granero hasta Stovington y las de Stovington hasta Nebraska y también las recibidas en la casa de madre Abigail hasta Boulder. A lo largo del camino nos fuimos encontrando con varias personas. Una de ellas fue una joven llamada Lucy Swann, que es mi mujer. Me gustaría que algún día la conocieras. Creo que te gustará.

Hizo una pausa.

–Por entonces ocurrió algo que Larry en realidad no quería. Su pequeño grupo de cuatro personas aumentó hasta seis. Esas seis se encontraron con otras cuatro en la parte norte de Nueva York, y el grupo las absorbió. Cuando llegamos hasta el letrero de Harold a la entrada del patio de madre Abigail ya éramos dieciséis y recogimos a tres más cuando nos íbamos. Larry tenía a su cargo a toda esa valiente tropa. No hubo votaciones ni nada por el estilo. Sencillamente fue así. En realidad él no quería esa responsabilidad. Le mantenía desvelado todas las noches. Empezó a atiborrarse de Tums y Roloids. Pero es extraño cómo la mente domina a la propia mente. No podía dejar de pensar en ello. Acaso fuera cuestión de dignidad. Y yo, bueno, *él*, siempre temía estropear las cosas; pensaba que una mañana se levantaría y alguien aparecería muerto en un saco de dormir, como le había ocurrido ya con Rita en Vermont. Y todos le rodearían señalándole, al tiempo que dirían: «La culpa es tuya. No supiste qué hacer y es culpa tuya.» Era algo sobre lo que me sentía incapaz de hablar incluso con el juez...

–¿Quién es el juez?

–El juez Farris. Un anciano sabio de Peoría. Supongo que una vez fue en realidad juez a principios de los cincuenta, juez de distrito o algo parecido; pero cuando la gripe atacó hacía mucho tiempo que estaba retirado. Sin embargo es un lince. Cuando te mira jurarías que tiene rayos X en los ojos. Bueno, el caso es que Harold era importante para mí. Iba adquiriendo mayor importancia a medida que el grupo se hacía más numeroso. En proporción directa, se diría. –Rió entre dientes –. Aquel granero... ¡Caramba! La última

línea del letrero, aquella en que figuraba tu nombre estaba tan baja que pensé que en realidad la había pintado con el trasero.

–Sí. Yo dormía cuando lo hizo. De lo contrario le hubiera obligado a dejarlo.

–Empecé a hacerme una idea de él –continuó Larry –. Encontré una envoltura de Payday en aquel granero de Ogunquit, y luego aquello grabado en la viga...

–¿Grabado...?

Tenía la impresión de que Larry la estaba observando en la oscuridad y se ciñó la bata. No se trataba de un gesto de incomodidad, ya que no se sentía amenazada en modo alguno, sino de nerviosismo.

–Tan solo sus iniciales –dijo Larry –. H.E.L. Si eso hubiera sido todo, yo no estaría aquí ahora. Pero luego, en el concesionario de motos de Wells...

–¡Estuvimos allí!

–Ya lo sé. Vi que faltaban dos motos. Lo que resultaba todavía más impresionante era que Harold hubiera logrado sacar gasolina del depósito subterráneo. Debiste de ayudarlo, Fran. Yo estuve a punto de perder los dedos.

–No, no tuve que hacerlo. Harold buscó por todas partes hasta encontrar lo que él llamó un aspirador...

Larry gruñó y se dio una palmada en la frente.

–¡Aspirador! Caramba, ni siquiera me molesté en buscar por dónde vaciaban ese tanque. ¿Quieres decir que empezó a buscar, encontró un orificio y metió una manguera por él?

–Bueno... así fue.

–¡Oh, Harold! –exclamó Larry con un tono de admiración que Fran jamás había oído antes, al menos no en relación con el nombre de Harold Lauder –. Bien, ése fue uno de sus trucos que no descubrí. El caso es que al fin llegamos a Stovington. Y Nadine estaba tan trastornada que se desmayó.

–Yo empecé a llorar con desconsuelo –dijo Fran –. Me había hecho la idea de que cuando llegáramos allí alguien saldría a recibirnos y nos diría: «Hola, pasad.»

Meneó la cabeza.

–Hoy en día todo eso parece una tontería.

–No me arredré. El intrépido Harold había estado antes que yo, dejando su marca y siguiendo adelante. Me sentía como un inexperto del Este siguiendo a un indio explorador.

La opinión que Larry tenía de Harold la fascinaba y la asombraba. ¿Acaso no había sido Stu quien en realidad condujo al grupo cuando salieron de Vermont y tomaron la ruta hacia Nebraska? A decir verdad no podía recordarlo. Para entonces todos andaban preocupados con los sueños. Larry le estaba recordando cosas que había olvidado. Peor aún, que había desechado por intrascendentes. Harold arriesgando su vida por colocar aquel letrero en el granero. A ella le pareció un riesgo inútil. Pero había servido para algo. Y sacar la gasolina del depósito subterráneo... Al parecer a Larry le había costado grandes apuros; sin embargo

---

a Harold le pareció una operación de rutina. La hacía sentirse pequeña y también culpable. Todos habían dado por sentado que Harold no era más que un comparsa sonriente. Pero, durante las últimas seis semanas, Harold había puesto en práctica algunos recursos excelentes. ¿Acaso había estado tan enamorada de Stu que tenía que ser un desconocido el que descubriera algunas verdades respecto a Harold? Lo que hacía más incómoda la sensación era que Harold, una vez hubo puesto los pies en la tierra, había mostrado una actitud completamente adulta respecto a Stuart y ella.

–Bien, así que aquí nos encontramos con otra señal clara, completa, los números de ruta, en Stovington, ¿no es así? –dijo Larry –. Y agitándose en la hierba, junto a ella, otra envoltura de Payday. Me sentía como si, en lugar de seguir las huellas observando ramitas rotas y hierba aplastada, fuera siguiendo el rastro de las chocolatinas Payday de Harold. Pero no seguimos vuestra ruta durante todo el camino. Cerca de Gary, en Indiana, nos desviamos hacia el norte, porque en algunos lugares todavía había algunos condenados incendios. Parecía como si en cada ciudad se hubieran incendiado todos los malditos tanques de petróleo. Sin embargo recogimos al juez en el desvío. Nos detuvimos en Hamingford Home. Entonces ya estábamos enterados de que ella se había ido. Ya sabes, los sueños... Pero de cualquier manera todos queríamos ver el lugar. El maizal... el columpio con el neumático... Ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

–Sí –repuso Frannie con voz queda –. Lo sé. –Y durante todo el tiempo me vuelvo loco pensando que algo va a ocurrir, que nos va atacar una de esas bandas motorizadas o algo parecido, que nos vamos a quedar sin agua...

Mamá tenía un libro, se lo había dado su abuela o alguien. *Siguiendo sus pasos*, se titulaba. Y allí se encontraban montones de pequeñas historias de tipos con problemas horribles. En su mayoría problemas éticos. El autor del libro decía que para resolver los problemas, todo cuanto había de hacerse era preguntar: «¿Qué habría hecho Jesús?» y siempre quedaba clara la situación. ¿Sabes lo que creo? Es una pregunta Zen, en realidad no es en modo alguno una pregunta sino una manera de aclarar la mente, como decir Om<sup>5</sup> y mirarte la punta de la nariz.

Fran sonrió. Sabía lo que su madre habría dicho sobre *algo* semejante.

–De manera que, cuando en realidad empezaba a sentirme hecho un lío, Lucy (es mi chica ¿te lo he dicho ya?) solía decir: «Adelante, Larry, haz la pregunta.»

–¿Qué hubiera hecho Cristo? –aventuró Fran divertida.

–No. ¿Qué hubiera hecho *Harold*? –contestó Larry con toda seriedad.

Fran estaba prácticamente boquiabierta. No pudo evitar el deseo de estar presente cuando Larry conociera finalmente a Harold. ¿Cuál sería su reacción?

–Acampamos en aquella granja una noche, y casi nos quedamos sin agua. Había un pozo pero era imposible utilizarlo porque la corriente estaba cortada y la bomba no funcionaba. Y Joe, lo siento, quiero decir Leo, ése es su verdadero nombre, Leo repetía sin cesar: «Zed, Larry, mucha zed ahora.» Me estaba sacando de mis casillas. Me sentía cada vez más nervioso y temía que la próxima vez que se acercara le sacudiría. Un tipo estupendo, ¿eh?,

<sup>5</sup> Nombre solemne del Ser Supremo entre los brahmanes.

dispuesto a pegar a un niño con las facultades disminuidas. Pero una persona no puede cambiar de la noche a la mañana. He tenido mucho tiempo para averiguarlo por mí mismo.

–Los trajiste a todos a Maine sanos y salvos –resumió Frannie –. Uno de los nuestros murió. Se le reventó el apéndice. Stu intentó operarlo pero fue inútil. Yo diría, Larry, que en conjunto lo has hecho muy bien.

–Harold y yo lo hicimos muy bien –se apresuró a puntualizar él –. Entonces Lucy dijo: «Vamos, Larry, haz la pregunta.» Así que la hice. En aquel lugar había un molino de viento que llevaba agua al granero. Funcionaba bien y sin embargo no salía agua por los grifos del granero. Abrí la caseta que había al pie del molino, donde se encontraba toda la maquinaria, y descubrí que la conducción principal se había salido de su hueco. La coloqué de nuevo en su sitio y ¡bingo! Toda el agua del mundo. Fresca y agradable al paladar. Gracias a Harold.

–Gracias a ti. En realidad Harold no estaba allí, Larry.

–Bueno, estaba en mi cabeza. Y ahora estoy aquí y le he traído el vino y las barras de chocolate. –La miró de soslayo –. Verás, por un momento pensé que era tu hombre.

Fran negó con la cabeza.

–No. Mi hombre... no es Harold.

Pasó un rato sin que Larry dijera palabra; pero Fran sentía que la estaba mirando.

–Está bien. ¿En qué me he equivocado? Me refiero a Harold –preguntó al fin.

Fran se puso en pie.

–Ahora he de irme. Me ha encantado conocerte, Larry. Ven mañana y podrás ver a Stu. Y trae a tu Lucy, si no está ocupada.

–¿Qué pasa con él? –insistió Larry poniéndose de pie.

–Bueno, no sé –contestó ella con voz sorda, y de repente sintió que estaba a punto de llorar. – Haces que me sienta como si... como si hubiera tratado a Harold muy mal y no sé cómo he podido hacerlo... ¿Acaso soy culpable por no quererlo como quiero a Stu?

–No, claro que no. –Larry se sentía confuso –. Oye, lo siento. Me he inmiscuido en tu intimidad. Me voy.

–¡Ha *cambiado!* –exclamó Fran –No sé cómo ni por qué. Pero creo que ha sido para mejorar... aunque realmente no lo sé. Y a veces tengo miedo.

–¿Miedo de Harold?

Fran se limitó a bajar los ojos. Se dijo que ya había hablado demasiado.

–Ibas a decirme cómo puedo encontrar a Harold –le recordó Harry.

–Es fácil. Sal en línea recta de Arapahoe hasta que llegues a un pequeño parque, el Eben G. Fine Park. El parque está a la derecha y la casita de Harold a la izquierda. Justo enfrente.

–Muy bien, gracias. Ha sido un placer conocerte, Fran, con tiesto roto y todo.

Frannie sonrió, pero su sonrisa era un tanto forzada. Todo el amable buen humor de la velada se había esfumado.

Larry enarboló la botella de vino con su leve sonrisa habitual.

–Y si lo ves antes que yo... guarda el secreto. ¿De acuerdo?

–Descuida.

–Buenas noches, Frannie.

Se fue por donde había llegado. Ella vio cómo se perdía de vista. Luego subió la escalera, y volvió a meterse en la cama junto a Stu, que seguía durmiendo a pierna suelta.

Harold, se dijo, subiéndose las sábanas hasta la barbilla. ¿Cómo hubiera podido decir a ese Larry, que parecía tan simpático con su extraña actitud perdida (aunque ¿acaso no estaban ya todos perdidos?), que Harold Lauder era gordo, muy joven y se había perdido a sí mismo? ¿Cómo decirle que cierto día, no hacía mucho, había sorprendido al ingenioso Harold, al Harold de los mil y un recursos, segando el césped en traje de baño y llorando a lágrima viva? ¿Podía haberle dicho que el huraño y asustadizo Harold, que había llegado a Boulder desde Ogunquit se había transformado en un político resuelto, en un tipo cordial y dicharachero de los que dan palmadas en la espalda y que, sin embargo, te miraba con los ojos inexpresivos y desagradables de un monstruo del Gila?

Se dijo que esa noche le costaría mucho conciliar el sueño. Harold se había enamorado perdidamente de ella, y ella se había enamorado perdidamente de Stu Redman, y ciertamente vivían en un viejo mundo encallecido. Y ahora, cada vez que veía a Harold sentía auténticos *escalofríos*. Aun cuando pareciera haber perdido cinco kilos y ya no tuviese tanto acné, ella tenía la...

Contuvo el aliento y se incorporó apoyándose con los codos y los ojos muy abiertos en la oscuridad.

Dentro de ella algo se había movido.

Se llevó las manos a la curva de su vientre. Estaba convencida de que era demasiado pronto. Se trataba sólo de su imaginación. Salvo...

Salvo que no hubiera sido.

Volvió a echarse despacio, latiéndole el corazón con fuerza. Había estado a punto de despertar a Stu. Si hubiera sido él, en lugar de Jess, quien le hubiera hecho concebir aquel bebé, lo habría despertado y compartido con él ese instante. Lo haría con el próximo bebé. Si es que *había* un próximo bebé, claro.

Y entonces se repitió el leve movimiento. Era el niño. Y el niño estaba vivo.

–¡Maravilloso! –murmuró para sí y cerró los ojos.

Se olvidó de Larry Underwood y Harold Lauder. Todo lo que le había ocurrido desde que su madre cayó enferma pasó al olvido. Esperó a que se moviera de nuevo, volver a sentir esa presencia dentro de ella. Y se durmió esperando. Su hijo estaba vivo.

Harold se encontraba sentado en una silla en el césped de la casita que había elegido, mirando al cielo y recordando un viejo rock and roll. Aborrecía el rock, pero éste lo recordaba casi palabra por palabra e incluso al grupo que lo había cantado, Kathy Young & The Innocents. La cantante del grupo tenía una voz alta, anhelante y aguda que llamó su atención. Un filón de oro, la llamaban los *discjockeys*. La voz de esa joven sonaba como si tuviera dieciséis años. Era pálida, rubia y corriente. Decía estar cantando a una foto que había pasado mucho tiempo enterrada en un cajón del tocador, una foto tomada en plena noche, mientras en la casa todo el mundo dormía. Daba una sensación de desesperanza. La foto a la que cantaba tal vez perteneciera al libro del año de su hermana mayor, una foto del capitán del equipo de rugby y presidente del Consejo de Estudiantes, que estaría disfrutando con la animadora principal en algún sendero para amantes, mientras que, en los suburbios, aquella chica vulgar, de pecho liso y una espinilla en la comisura de la boca cantaba:

*Millares de estrellas en el cielo / me hacen comprender / que eres el único amor que adoro / dime que me amas / dime que eres mío, todo mío...*

Esa noche había en el cielo miríadas de estrellas; pero no eran estrellas de enamorados. No se veía el menor rastro de la Vía Láctea. Allí, a kilómetro y medio sobre el nivel del mar, las estrellas eran agudas y crueles como un billón de agujeros sobre terciopelo negro, pinchazos con el punzón del hielo de Dios. Harold se sentía con derecho a expresar sus deseos. Deseo que se haga realidad el deseo que tengo esta noche: Moríos todos, amigos.

Permanecía sentado en silencio, la cabeza echada hacia atrás, con la actitud de un astrólogo caviloso. Harold llevaba el pelo más largo que nunca. Pero ya no lo tenía sucio, ni apelmazado ni enredado. Tampoco olía como un proscrito en un henil. Incluso el acné había empezado a desaparecerle al haber suprimido las golosinas. Con el duro trabajo y todas aquellas caminatas, estaba perdiendo algo de peso. Su aspecto empezaba a ser excelente. Durante las últimas semanas hubo ocasiones en que, al pasar frente a algún espejo, se volvía para mirar por encima del hombro y encontrarse con un perfecto extraño.

Se acomodó en su asiento. Sobre las piernas tenía un libro, un gran volumen de lomo jaspeado y cubierta de imitación de piel. Siempre que salía lo ocultaba debajo de una losa suelta de la chimenea. Si alguien llegara a encontrar el libro, sería su final en Boulder. En la portada se leían dos palabras con letras doradas: libro mayor. Era el diario que había empezado después de haber leído el de Fran. Ya había llenado las primeras sesenta páginas con su escritura apretada, y sin dejar márgenes. No había párrafos, sólo un bloque compacto de palabras, un chorro de odio semejante al pus de un absceso. Nunca hubiera pensado que albergaba tanto odio. Parecía que ya hubiera debido agotarlo, y sin embargo era evidente que sólo lo había contenido.

¿Por qué odiaba tanto?

Se sentó erguido, como si la pregunta le hubiera llegado del exterior. Era una pregunta ardua de contestar, salvo tal vez para unos pocos. Unos pocos elegidos. ¿No había dicho Einstein que en el mundo sólo había seis personas que comprendían todas las implicaciones de  $E = mc^2$ ? ¿Y qué había de la ecuación dentro de su propia cabeza? La relatividad de Harold. La velocidad de la roña. ¡Ah! Podía escribir sobre ello el doble de las páginas que ya llevaba escritas, haciéndolo más oscuro, más misterioso, hasta quedar finalmente

perdido en la maquinaria de sí mismo sin que por ello se hubiera acercado un ápice al manantial. Tal vez se estuviera... violando a sí mismo. ¿Era eso?

Pronto abandonaría Boulder. Un mes o dos, no más. Una vez hubiera logrado establecer el método para saldar sus cuentas. Y entonces se dirigiría al oeste. En cuanto llegara, abriría la boca y lo contaría todo respecto a ese lugar. Les contaría todo lo que pasaba en el ámbito público y, aún más importante, en el privado. Se aseguraría de estar en contacto con el comité de la Zona Libre. Le recibirían con los brazos abiertos y sería bien recompensado por quien estuviera allí al mando... No para terminar con el odio sino como el vehículo perfecto para él, un Cadillac de Odio, un Miedoferado, largo y de brillo oscuro. Subiría a él cargado con su odio, y le conduciría contra ellos. Flagg y él se cargarían a aquel poblado a patadas como si fuera un montecillo de hormigas. Pero primero arreglaría cuentas con Redman, que le había mentido y robado a su mujer.

Está bien, Harold, pero ¿por qué odias?, se preguntó.

No, para eso no había una respuesta satisfactoria, tan sólo una especie de... de respaldo al propio odio. ¿Era siquiera una pregunta justa? Se dijo que no. Equivalía a preguntar a una mujer por qué había dado a luz a un niño malformado.

Hubo un tiempo, una hora, un instante en que consideró la posibilidad de expulsar el odio. Fue al terminar de leer el diario de Fran y descubrir que ella se sentía irrevocablemente unida a Stu Redman. El súbito conocimiento había sido para él como un vaso de agua fría arrojado sobre una babosa, obligándola a contraerse hasta convertirse en una apretada bolita en lugar de un organismo desplegado, sin retorcimientos. En aquella hora o instante tuvo conciencia de que podía *aceptar el hecho tal como era*, y ese conocimiento le había llenado a un tiempo de regocijo y terror. Por entonces supo que podía transformarse en otra persona, un nuevo Harold Lauder desgajado del antiguo por el afilado y oportuno bisturí de la epidemia de supergripe. Se dio cuenta con absoluta claridad de que eso era, en definitiva la Zona Libre de Boulder. La gente ya no era la que había sido. Esa sociedad de pueblo pequeño no se asemejaba a ninguna otra sociedad americana anterior a la epidemia. No lo veían porque no permanecían fuera de los límites como hacía él. Hombres y mujeres vivían juntos sin deseo aparente de reinstaurar la ceremonia del matrimonio. Grupos de personas se unían en pequeñas subcomunidades semejantes a comunas. No había demasiadas peleas. La gente parecía llevarse bien. Y lo más extraño de todo era que ninguno de ellos parecía poner en tela de juicio las profundas implicaciones teológicas de los sueños... y de la propia epidemia. Y Boulder era, por sí misma, una sociedad clónica, una página en blanco que no podía percibir su propia belleza nueva.

Harold se daba cuenta de ello y la aborrecía.

Muy lejos, más allá de las montañas, había otra criatura clónica. Un retazo de la malignidad oscura, una única célula salvaje extraída del corpus moribundo del viejo cuerpo político, una representación solitaria del carcinoma que había estado royendo a la vieja sociedad. Una célula única pero que ya había empezado a reproducirse creando nuevas células salvajes. Para la sociedad sería la vieja lucha, el esfuerzo del tejido sano por rechazar la incursión maligna. Pero, a cada célula individual se le presentaría el viejísimo interrogante, el que se remonta al Paraíso: ¿te comiste la manzana o la rechazaste? Del otro lado, en el

Oeste, estaban ya devorando pasteles y tartas de manzana. Allí estaban los asesinos del Edén, los fusileros oscuros.

Y él mismo, cuando supo que era libre de *aceptar lo que era* había rechazado la nueva oportunidad. Aceptarla hubiera sido matarse a sí mismo. Se alzaba frente a ello el fantasma de cada una de las humillaciones sufridas. Sus sueños y ambiciones asesinados cobraron horrenda vida preguntándole si podía olvidarlos con tanta facilidad. En la nueva sociedad de la Zona Libre, sólo podía ser Harold Lauder. En la del otro lado de las montañas podía convertirse en un príncipe.

Le arrastró la malignidad... era un carnaval oscuro con sus luces encendidas girando sobre un paisaje negro, una interminable función de segunda categoría con fenómenos como él mismo y, en el anfiteatro principal, los leones comiéndose a los espectadores. Lo que le atraía era aquella música discordante de caos.

Abrió su diario y escribió con firmeza a la luz de las estrellas:

12 de agosto de 1990 (a primera hora de la mañana).

Se dice que los dos grandes pecados de la humanidad son el orgullo y el odio. ¿De veras lo son? Yo prefiero pensar en ellos como las dos grandes virtudes. Renunciar al orgullo y al odio es como decir que cambiarás por el bien del mundo. Es más noble acogerlos y darles salida. Así es como se declara que el mundo debe cambiar por el bien tuyo. Me he embarcado en una gran aventura.

HAROLD EMERY LAUDER

Cerró el libro. Entró en la casa, lo metió en su sitio y lo tapó cuidadosamente con la losa. Se dirigió al cuarto de baño, colocó su lámpara Coleman en la palangana para que iluminara el espejo y, durante los quince minutos siguientes, practicó la sonrisa. Empezaba a hacerlo muy bien.

## 51

Los carteles de Ralph anunciando la asamblea del 18 de agosto recorrieron todo Boulder. Fueron muchas las conversaciones excitadas, en su mayoría relacionadas con las cualidades y defectos de las siete personas del comité.

Madre Abigail se fue a la cama extenuada, antes siquiera de que la luz se extinguiera en el cielo. Durante el día hubo un constante desfile de visitantes, todos deseosos de conocer su opinión. Ella llegó a admitir que, a su juicio, la selección hecha por el comité era buena en su mayoría. La gente se mostraba ansiosa por saber si ella estaría dispuesta a formar parte de un comité permanente, en caso de que, durante la asamblea, llegara a formarse uno. Abigail contestó que ése sería un cargo demasiado fatigoso, pero que ayudaría en cuanto le fuera posible al comité de representantes electos si la gente así lo quería. Le aseguraron una y otra vez que cualquier comité permanente que rechazara su ayuda sería suspendido en pleno sin contemplaciones. Madre Abigail se acostó cansada pero satisfecha.

Y también fue así para Nick Andros aquella noche. En un solo día, gracias a un solo cartel reproducido con un mimeógrafo manual, la Zona Libre se había transformado, de un grupo desorientado de refugiados, en votantes potenciales. Y les gustaba. Les daba la sensación de un lugar donde afirmarse al cabo de un largo período de caída libre.

Aquella tarde, Ralph lo había llevado a la central eléctrica. Ralph, Stu y él habían acordado celebrar una reunión preliminar en casa de Stu y Frannie dentro de dos días. De esa manera los siete dispondrían de otros dos para escuchar lo que la gente decía.

Nick sonrió al tiempo que se llevaba las manos a sus inútiles oídos.

–Aún es mejor la lectura de los labios –afirmó Stu –. ¿Sabes lo que te digo, Nick? Que empiezo a creer que llegaremos a alguna parte con esos motores reventados. Ese Brad Kitchener es una auténtica fiera para el trabajo. Si tuviéramos diez como él tendríamos a todo el pueblo funcionando perfectamente para el uno de septiembre.

Nick formó un círculo con el pulgar y el índice, y ambos entraron juntos.

Esa tarde Larry Underwood y Leo Rockway se dirigieron por Arapahoe Street hacia la casa de Harold. Larry llevaba la mochila que le acompañara a lo largo de su caminar a través del país; pero en ella sólo había una botella de vino y media docena de barras Payday.

Lucy se había ido con un grupo de seis personas que habían cogido dos camiones desescombradores y empezaban a despejar las calles y carreteras del interior y los alrededores de Boulder. Lo malo era que trabajaban por su propia cuenta. En definitiva, se trataba de una operación espontánea que sólo se llevaba a cabo cuando algunas personas se sentían con ánimos de reunirse y hacerlo. Una abeja demoledora en lugar de una constructora, se dijo Larry, y su mirada tropezó con uno de los carteles de ASAMBLEA GENERAL clavado en un poste telefónico. Tal vez aquella fuera la respuesta. La gente quería trabajar, maldita sea. Lo único que necesitaban era a alguien que coordinara las cosas y les dijera qué hacer. Larry creía que lo que ansiaban sobre todo era borrar toda evidencia de lo ocurrido allí a principios de verano (¿era posible que el verano se estuviera ya acabando?), como quien utiliza un borrador para eliminar de una pizarra palabras groseras. Tal vez no podamos hacerlo de un lado al otro de América, pero seremos capaces de conseguirlo aquí, en Boulder, antes de que lleguen las nieves si la naturaleza se decide a cooperar.

Un tintineo de cristales le hizo volverse. Leo había arrojado una gran piedra, cogida de la rocalla de algún jardín a través de la ventanilla trasera de un viejo Ford. En un cartel, colocado en la parte trasera del vehículo, podía leerse: MUEVE TU TRASERO POR EL DESFILADERO – COLD CREEK CANYON.

–No hagas eso, Joe.

–Soy Leo.

–Leo –se corrigió –, no hagas eso.

–¿Por qué no? –preguntó Leo tranquilamente.

Transcurrió un largo rato antes de que Larry encontrara una respuesta satisfactoria.

–Porque hace un ruido desagradable.

–Ah, bueno.

Siguieron caminando. Larry se metió las manos en los bolsillos. Leo le imitó. Larry dio un puntapié a una lata de cerveza. Leo se apartó de su camino para propinarle otro a una piedra. Larry empezó a silbar una melodía. Leo emitió un sonido susurrante a modo de acompañamiento. Larry alborotó el pelo del chiquillo. Leo lo miró con aquellos extraños ojos achinados y sonrió. Y Larry se dijo: Por Dios que me estoy encariñando con él. Y mucho.

Llegaron al parque que Frannie mencionó. Frente a él se alzaba una casa verde con persianas blancas. En el sendero pavimentado que conducía a la puerta principal había una carretilla llena de ladrillos y, a su lado, la tapadera de un recipiente de basuras metálico, llena de esa mezcla de argamasa de las de hágalo-usted-mismo y a la que sólo hay que añadir agua. Junto a ella, en cuclillas, se encontraba un tipo de hombros anchos, sin camisa y con la espalda despellejada por la inclemencia del sol. Estaba construyendo un murete bajo y de ladrillo alrededor de un macizo de flores.

Larry pensó en las palabras de Fran: «Ha cambiado. No sé cómo, por qué, y ni siquiera si ha sido para mejor, y a veces tengo miedo...»

–Harold Lauder, supongo –dijo adelantándose, tal como lo había planeado durante los largos días de su recorrido por el país.

Harold dio un respingo y se volvió con un ladrillo en una mano y en la otra una paleta goteando argamasa, enarbolada a medias a modo de arma. A Larry le pareció ver, por el rabillo de ojo, que Leo retrocedía vacilante. Su primera idea fue que Harold no respondía en absoluto a la imagen que había creado de él. El objeto de su segunda idea fue la paleta: ¡Santo Cielo! Espero que no vaya a atacarme con eso. El rostro de Harold tenía una expresión hermética, con los ojos entornados y sombríos. Sobre la frente sudorosa le caía un lacio mechón de pelo. Tenía los labios apretados.

Y a renglón seguido se produjo una transformación tan repentina y completa que, en adelante, Larry jamás estuvo seguro de haber visto a aquel Harold tenso y adusto, cuyo rostro daba la impresión de estar dispuesto a utilizar la paleta para emparedar a alguien en el sótano.

Esbozó una sonrisa amplia y afable que le formaba unos profundos hoyuelos en las comisuras de la boca. Sus ojos verdes perdieron aquella mirada amenazadora. ¿Cómo era posible que semejantes ojos límpidos y más bien tímidos pudieran haber parecido amenazadores o siquiera sombríos? Clavó la hoja de la paleta en la argamasa, se limpió las manos en los costados de sus vaqueros y se adelantó con la mano extendida. Dios mío, si no es más que un muchacho, más joven que yo, pensó Larry. Si ha cumplido los dieciocho, me comeré las velas de su último pastel de cumpleaños.

–No creo que nos conozcamos –dijo Harold sonriendo mientras se estrechaban la mano.

Apretaba con vigor. La mano de Larry subió y bajó exactamente tres veces antes de que la soltara. Le recordó la época en que estrechó la de George Bush, cuando el viejo político se presentaba para la reelección. Fue durante un acto político al que asistió siguiendo el

consejo que su madre le había dado muchos años antes. Si no puedes permitirte ir al cine, ve al zoo, y si tampoco te llega para ir allí acude a un mitin político.

Pero la sonrisa de Harold era contagiosa y Larry se la devolvió. Fuera o no característico de un político su apretón de manos dio la impresión de que la sonrisa era absolutamente genuina y, al cabo de tanto tiempo, después de todas aquellas envolturas de chocolate, allí estaba Harold Lauder en carne y hueso.

–No, no me conoces –dijo Larry –. Pero yo a ti sí.

–¿De veras? –exclamó Harold y su sonrisa siguió agrandándose.

Si sigue así, pensó Larry divertido, las comisuras se le unirán en la nuca.

–Te he seguido a través del país desde Maine –dijo Larry.

–¡Bromeas! ¿De verdad?

–De verdad que lo he hecho. –Abrió su mochila –. Aquí tengo algo para ti.

Sacó la botella de burdeos y se la entregó.

–Caramba. No debiste hacerlo –objetó Harold mirándola con cierto asombro –. ¿Cosecha 1947?

–Un buen año –aseguró Larry –. Y éstas.

Le entregó media docena de barras Payday. Una de ellas se le escurrió entre los dedos y cayó en la hierba. Harold se inclinó a recogerla y Larry renovó, por un instante, aquella primera impresión.

Harold se enderezó sonriendo.

–¿Cómo lo sabías?

–Seguí tus señales... y los envoltorios de tus tabletas de chocolate.

–Por todos los diablos. Ven, entra en casa. Echemos un trago, como mi padre solía decir. ¿Os apetece una coca-cola?

–Seguro. Leo, ¿la quieres baja en...?

Miró en derredor pero Leo ya no estaba a su lado. Había retrocedido un largo trecho por el sendero y miraba fijamente algunas grietas en el pavimento.

–¡Eh, Leo! ¿La quieres baja en calorías?

Leo farfulló algo que Larry no pudo oír.

–¡Habla más alto! –exclamó repentinamente irritado –. ¿Para qué te ha dado Dios la voz? Te he preguntado que si la quieres baja en calorías.

–Creo que me iré para ver si ha vuelto mamá Nadine –dijo Leo con voz apenas audible.

–¡Qué diablos! Si acabamos de llegar.

–¡Quiero volver! –exclamó Leo, levantando la mirada del suelo.

Larry se dijo: Pero ¿qué demonios le pasa? Casi está llorando.

–Perdona un momento –pidió a Harold.

–Claro –asintió él sonriente –. A veces los chicos son tímidos. Yo lo fui.

Larry se acercó a Leo y se inclinó a su lado.

–¿Qué te pasa, muchacho?

–Quiero volver –dijo Leo evitando su mirada –. Quiero a mamá Nadine.

–Pero...

–Quiero volver.

Miró por un instante a Larry y luego dirigió la vista por encima de su hombro, hacia donde Harold se encontraba en pie. Clavó de nuevo los ojos en el suelo.

–¿No te cae simpático Harold?

–No lo sé... Sólo quiero volver.

Larry suspiró.

–¿Sabrás encontrar el camino?

–Claro.

–Muy bien. Pero me gustaría que entraras conmigo y tomaras una coca-cola. He estado esperando durante mucho tiempo a conocer a Harold. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí...

–Y luego podríamos volver juntos.

–No voy a entrar en esa casa –masculló Leo, y por un instante fue de nuevo Joe, con la mirada vacua y salvaje.

–Está bien –se apresuró a contestar Larry, y se incorporó –. Ve directamente a casa. Comprobaré que lo has hecho. Y mantente apartado de la calle.

–Lo haré. –Y de repente, Leo empezó a hablar siseando muy bajo –. ¿Por qué no vuelves conmigo? ¡Por favor, Larry!

–Caramba, Leo, qué...

–No importa –dijo Leo.

Y antes de que Larry pudiera decir nada más, se alejó rápidamente. Larry lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Regresó junto a Harold con expresión preocupada.

–No tiene importancia –lo justificó Harold –. A veces los niños hacen cosas extrañas.

–Desde luego éste las hace, pero supongo que tiene todo el derecho. Ha sufrido mucho.

–Apuesto a que sí –contestó Harold.

Por un instante, Larry se sintió receloso. La rápida simpatía de Harold por un muchacho al que nunca había visto parecía tan artificial como los huevos de criadero.

–Vamos, pasa –le invitó Harold –. ¿Sabes una cosa? Casi eres mi primer visitante. Frannie y Stu han estado algunas veces, pero ellos apenas cuentan.

Su mueca se convirtió en una sonrisa, una sonrisa ligeramente triste, y de repente Larry sintió lástima de aquel muchacho, porque en definitiva no era más que un muchacho. Se sentía solo y allí estaba Larry, el mismo Larry de siempre, sin una palabra de aliento para nadie, juzgándole a las primeras de cambio. No era justo. Había llegado el momento de que dejara de ser tan condenadamente desconfiado.

–Muy bien –contestó.

La sala de estar era pequeña pero confortable.

–Voy a poner un mobiliario nuevo en cuanto lo encuentre –dijo Harold –. Moderno. Cromo y cuero. Dispongo de MasterCard y Visa. Larry rió.

–En el sótano hay algunas copas. Iré a buscarlas. Si no te importa, prescindiré de las barras de chocolate. He dejado los dulces porque intento perder peso. Pero hemos de probar el vino. Esta es una ocasión especial. Atravesasteis todo el país desde Maine detrás de nosotros, siguiendo mis... nuestras señales. Es algo que merece la pena celebrar. Tienes que contármelo todo. Y mientras tanto acomódate en el sillón verde. Es de lo malo lo mejor.

Aquella parrafada despertó una última suspicacia en Larry. Habla como un político... afable, rápido y voluble.

Harold salió de la habitación y Larry se sentó en el sillón verde. Oyó abrirse una puerta y luego a Harold bajar pesadamente un tramo de escalera. Miró en derredor. No, no era una sala de estar grandiosa ni sensacional, pero podría resultar muy atractiva con una alfombra de nudo y algunos muebles modernos. Lo mejor que tenía era el hogar con la chimenea en piedra. Un trabajo hecho esmeradamente a mano. Pero en el hogar había una losa suelta. A Larry le pareció que se había soltado y que la habían vuelto a colocar con cierto descuido. Con el mismo descuido con que se coloca a veces la pieza de un rompecabezas o un cuadro torcido en la pared.

Se levantó y apartó la losa. Harold aún seguía trasteando en el sótano. Larry se hallaba a punto de encajar la losa cuando vio un libro en el hueco, con la portada ligeramente sucia por el polvillo, aunque no lo bastante para ocultar las dos palabras grabadas en ella: LIBRO MAYOR.

Se sintió un poco avergonzado, como si hubiera estado husmeando con mala intención. Encajó de nuevo la losa en su sitio en el preciso momento en que empezaban a oírse las pisadas de Harold subiendo la escalera. La sincronización fue perfecta. Cuando Harold entró en la sala con una copa en cada mano, Larry se encontraba otra vez sentado en el sillón.

–Me entretuve un momento para limpiarlas en el barreño de abajo –explicó Harold –. Estaban algo polvorientas.

–Son muy bonitas. Verás, no podría jurar que el burdeos no se haya agriado. Tal vez nos dispongamos a paladear un poco de vinagre.

–El que no se arriesga no cruza la mar –sentenció Harold con una sonrisa.

A Larry le hizo sentirse incómodo y, de repente, se encontró pensando en aquel libro mayor... ¿Sería de Harold o habría pertenecido al antiguo propietario de la casa? Y si era de Harold, ¿qué diablos podría escribir en él?

Descorcharon la botella de burdeos y comprobaron que se encontraba en perfectas condiciones. Media hora después, ambos se hallaban agradablemente achispados, Harold un poco más que Larry. A pesar de ello, su sonrisa permanecía, más amplia si cabía.

–Esos carteles –dijo Larry a quien el vino le había soltado algo la lengua –. La asamblea del dieciocho. ¿Cómo es que no formas parte del comité, Harold? Hubiera creído que alguien como tú sería una persona idónea.

La sonrisa de Harold se hizo más ancha y beatífica.

–Bueno, soy demasiado joven. Supongo que pensaron que no tengo experiencia suficiente.

–Creo que es una condenada vergüenza.

¿En realidad lo creía? Aquella sonrisa y la leve expresión de suspicacia apenas vislumbrada... ¿Lo creía de veras? No lo sabía.

–Bueno. ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro? –comentó Harold sin dejar de sonreír –. A todo puerco le llega su hora.

Larry se fue alrededor de las cinco. Su despedida de Harold fue cordial. Este le estrechó la mano, sonrió de nuevo y le dijo que volviera a visitarlo. Sin embargo, Larry tuvo la impresión de que le importaba un pimiento que no volviera nunca más.

Bajó despacio por el sendero de cemento hasta la acera, y se volvió para saludar. Pero Harold ya estaba dentro de la casa. Y la puerta cerrada. En el interior de la vivienda reinaba un ambiente muy fresco al estar bajadas las persianas. Dentro parecía estupendo pero ahora se le ocurrió que era la única casa de Boulder en la que había entrado que tenía las persianas y las cortinas echadas. Todavía hay muchas casas en Boulder con las persianas bajadas, se dijo. Eran las casas de los muertos. Al caer enfermos habían cerrado las cortinas al mundo, para morir en la intimidad, como todo animal prefiere hacerlo en el último momento. Los humanos, acaso como reconocimiento subconsciente del hecho de la muerte, prefieren tener abiertas de par en par sus persianas y cortinas.

Sufría un ligero dolor de cabeza debido al vino, e intentó convencerse de que el escalofrío que sentía era por causa de la pequeña resaca, justo castigo por haber trasegado buen vino como si fuera moscatel barato. Pero eso no lo tranquilizaba del todo. Recorrió la calle de arriba abajo y se dijo: Gracias a Dios por la visión focal. Gracias a Dios por la percepción selectiva. Porque sin ellas todos podríamos estar viviendo una historia de Lovecraft.

Sus ideas se hicieron confusas. De repente, estuvo seguro de que Harold le espiaba entre las rendijas de las persianas, abriendo y cerrando las manos con el gesto de un estrangulador,

su sonrisa transformada en un rictus de odio... «A todo puerco le llega su hora.» Al propio tiempo, recordaba la noche en Benington durmiendo en el entarimado del quiosco de música, despertándose con la horrible sensación de que allí había alguien... y luego oyendo, ¿o acaso sólo lo había soñado?, el sonido polvoriento de unas botas alejándose hacia el oeste.

Basta ya. Deja de atormentarte.

Boot Hill, asoció libremente su mente. Santo cielo, déjalo ya, ojalá nunca hubiera pensado en la gente muerta, en esa gente muerta detrás de las persianas bajadas, de los visillos y las cortinas echadas, en la oscuridad, como en el túnel Lincoln. Cristo, ¿qué pasaría si empezaran a moverse, a ir por todas partes? Santo Dios, impídelo...

Y de repente se encontró recordando una excursión que hizo con su madre de pequeño al Zoo del Bronx. Se encontraban en la zona de los monos y había sentido el hedor como un puñetazo dirigido no sólo a su nariz sino al interior de ella. Había dado media vuelta dispuesto a salir corriendo pero su madre le detuvo. «Respira con normalidad, Larry –le había dicho –. Dentro de cinco minutos ni siquiera notarás ese apestoso olor.»

No la creyó, y se quedó conteniéndose para no vomitar, ya que desde los siete años lo que más aborrecía era vomitar. Y resultó que su madre tenía razón. Al mirar de nuevo su reloj comprobó que hacía ya media hora que estaban en la zona de los monos, y no podía entender por qué la señoras que entraban se llevaban las manos a la nariz y parecían asqueadas. Así se lo había dicho a su madre y Alice Underwood se echó a reír. –Claro que aún sigue oliendo mal. Pero no a ti.

–¿Por qué, mamá?

–No lo sé. Todo el mundo puede hacerlo. Ahora di: «Voy a oler otra vez como huele realmente la zona de los monos», y aspira con fuerza.

Así lo hizo y el hedor seguía allí, era incluso más fuerte y repugnante que cuando llegaron, y las salchichas y la tarta de manzana empezaron a subírsele en una enorme y angustiada náusea. Se lanzó frenético a la puerta y al aire fresco del exterior y logró, por muy poco, retenerlo todo en el estómago.

Eso es percepción selectiva, se dijo ahora, y ella sabía lo que era aun cuando no supiera cómo se llamaba. Apenas quedó plasmada la idea en su mente cuando oyó la voz de su madre que decía: No tienes más que decir: «Voy a oler como realmente olía Boulder.» Y lo estaba oliendo. Estaba oliendo lo que había detrás de aquellas puertas cerradas y de esas cortinas corridas: la lenta corrupción que estaba produciéndose.

Caminó más deprisa sin llegar a correr pero acercándose cada vez más a ello, oliendo ese vapor intenso y penetrante que él, al igual que todos los demás, había dejado conscientemente de aspirar porque estaba por todas partes, en todo lo que los rodeaba, coloreaba sus ideas y no se corrían las cortinas ni siquiera mientras se hacía el amor porque los muertos yacen detrás de las cortinas y los vivos todavía siguen queriendo contemplar el mundo.

Los sentía subir, no salchichas ni tarta de cerezas, sino el vino y el chocolate Payday. Porque aquella era una zona de monos de la que nunca lograría salir. A menos que se

---

trasladara a una isla deshabitada. Y aunque seguía aborreciendo vomitar más que cualquier otra cosa, en aquel momento iba...

–¿Larry? ¿Estás bien?

Se sobresaltó al tiempo que su garganta emitía un extraño sonido. Era Leo. Se encontraba sentado en la acera, a unas tres manzanas de la casa de Harold. Tenía en la mano una pelota de ping pong y la botaba sobre el pavimento.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó Larry.

El corazón volvía a latirle con normalidad.

–Quería volver a casa contigo –dijo –. Pero no podía entrar en la casa de ese hombre.

–¿Por qué no? –preguntó Larry sentándose a su vez en la acera junto a Leo.

El chico se encogió de hombros y volvió de nuevo los ojos a la pelotita, la cual hacía un leve ruido al rebotar contra el pavimento.

–No lo sé.

–¿Leo?

–¿Qué?

–Esto es muy importante para mí. Porque por una parte Harold me cae simpático... y por la otra no me gusta. ¿Has sentido alguna vez de dos maneras distintas respecto a una persona?

–Yo sólo me siento de una forma respecto a él.

–¿Cómo?

–Asustado –respondió Leo con sencillez –. Y ahora, ¿podemos irnos a casa para ver a mamá Nadine y a mamá Lucy?

–Claro.

Continuaron por Arapahoe en silencio. Leo seguía haciendo botar la pelota y recogerla con habilidad.

–Siento que hayas tenido que esperar tanto tiempo –se disculpó Larry.

–No importa.

–No, de veras. Si lo hubiera sabido habría salido antes.

–Tenía algo para distraerme. Encontré esto en el jardín de un tipo. Es una pelota de pimpín.

–Ping pong –le corrigió Larry –. ¿Por qué crees que Harold tiene las persianas bajadas?

–Supongo que para que nadie pueda mirar dentro –respondió Leo –. Para poder hacer cosas secretas. Es como los muertos, ¿no?

Siguieron andando y, al llegar a la esquina de Broadway, torcieron hacia el sur. Ahora ya había más gente en las calles. Mujeres mirando escaparates de vestidos, un hombre con un zapapico que volvía de alguna parte, otro hombre eligiendo aparejos de pesca en un

escaparate roto de una tienda de artículos de deporte. Larry vio a Dick Vollman, de su grupo, pedaleando en otra dirección. Los saludó con la mano y ellos le devolvieron el saludo.

–Cosas secretas –musitó Larry.

–Tal vez esté rezando al hombre oscuro –dijo Leo, y Larry dio un respingo como si hubiera recibido una descarga de corriente. Leo no se dio cuenta. Hacía rebotar la pelota de ping pong por doble, primero sobre la acera y al recoger el rebote contra el muro de ladrillo junto al que pasaban... ¡Cloac! ¡Cloac!

–¿De veras crees eso? –le preguntó Larry esforzándose por parecer indiferente.

–No lo sé. No es como nosotros. Sonríe muchísimo, pero creo que lleva gusanos dentro. Grandes gusanos blancos comiéndole el seso. Como gorgojos.

–Joe... quiero decir, Leo...

Los ojos de Leo, oscuros, remotos y achinados, se aclararon de repente. Sonrió.

–Mira, ahí está Dayna. Me gusta. ¡Eh, Dayna! –gritó saludándola con la mano –. ¿Tienes chicle?

Dayna, que había estado engrasando el engranaje de una bici de diez velocidades, se volvió y les sonrió. Echó mano al bolsillo de su blusa y exhibió diez chicles Juicy Fruit como si fueran una mano de póquer. Leo corrió hacia ella riendo feliz, con el largo pelo al viento, apretando en la mano la pelotita mientras Larry lo miraba alejarse. Aquella idea de los gusanos blancos tras la sonrisa de Harold... ¿De dónde habría sacado eso Joe? No: es Leo, o al menos eso creo... ¿De dónde habría sacado una idea tan sofisticada y horrible? El muchacho había estado en semitrance. Y no era el único. ¿Cuántas veces, durante los pocos días que llevaba allí, había visto Larry a alguien detenerse de repente en la calle, con la mirada vacua por un instante, para luego proseguir tan tranquilo? Las cosas habían cambiado. Todo el radio de acción de la percepción humana parecía haber ascendido un grado.

Daba verdadero miedo.

Larry se encaminó hacia donde Leo y Dayna se encontraban compartiendo el chicle.

Aquella tarde Stu encontró a Frannie haciendo la colada en el pequeño patio trasero. Había llenado una bañera baja con agua, y vertido en ella casi media caja de Tide. Lo agitó con el palo de una escoba hasta que se formaron densos grumos; dudaba que lo estuviera haciendo bien, pero maldito si iba a acudir a madre Abigail y demostrar su ignorancia. Metió la ropa en el agua fría. Luego, haciendo de tripas corazón, saltó dentro y empezó a patear y golpear como una siciliana pisando uva. Su nuevo modelo Maytay 5000, se dijo. El método de agitación a dos pies, perfecto para sus colores vivos, sus delicadas prendas interiores y...

Fran se volvió y descubrió a su hombre en pie, a la entrada del patio, observándola con expresión divertida. Frannie se detuvo un poco jadeante.

–Ja ja. Muy gracioso. ¿Cuánto hace que estás ahí?

–Un par de minutos.

–Dime, ¿cómo le llamas a eso? ¿La danza de apareamiento del ganso silvestre de los bosques?

–Ja ja. –Lo miró con ceño –. Una gracia más y podrás pasar la noche en el diván o arriba, en Flaggstaff con tu amigo Glen Bateman.

–Oye, no querías...

–Es también tu ropa, señor Stuart Redman. Puede que seas uno de los Padres Fundadores pero todavía sigues dejando un rastro ocasional en tus calzoncillos. Stu esbozó una sonrisa hasta acabar riendo.

–Eso es muy vulgar, cariño.

–Ahora no me siento demasiado fina.

–Bueno, deja eso por un momento. Necesito hablar contigo.

Fran lo hizo a pesar de que tendría que lavarse los pies antes de volver a entrar. El corazón le latía con fuerza, no de felicidad sino más bien de tristeza, semejante a una maquinaria perfecta que alguien maltratara con ausencia de sentido común. Si es ésta la manera en que mi retatarabuela tenía que hacerlo, se dijo, entonces habría tenido derecho a la habitación que con el tiempo se convertiría en la preciosa sala de estar de su madre. Acaso lo consideraba una indemnización por riesgos o algo parecido.

Se miró los pies y las pantorrillas. Todavía llevaba adherida una fina capa de agua jabonosa grisácea. Se la quitó con un gesto de desagrado.

–Cuando mi mujer hacía la colada solía utilizar una... ¿cómo la llamáis? ¿Una tabla de lavar? Recuerdo que mi madre tenía tres tablas.

–Todo eso ya lo sé –replicó Frannie –. June Brinkmeyer y yo recorrimos sin éxito todo Boulder buscando una. La tecnología ataca de nuevo.

Stu volvió a sonreír.

Frannie puso los brazos en jarras.

–¿Intentas provocarme, Stuart Redman?

–No... sólo estaba pensando que creo saber dónde encontrar una tabla de lavar. Y otra para Juney.

–¿Dónde?

–Deja que primero eche un vistazo. –Dejó de sonreír, la rodeó con los brazos y apoyó su frente contra la de ella –. Ya sabes que te agradezco mucho que me laves la ropa, y sé que una mujer encinta sabe mejor que su hombre lo que tiene o no tiene que hacer. Pero ¿por qué molestarte, Frannie?

–¿Por qué? –Lo miró perpleja –. ¿Y qué te pondrás entonces? ¿Quieres ir por ahí con la ropa sucia?

–Las tiendas están llenas de ropa, Frannie. Y mi talla es fácil de encontrar.

---

–¿Qué estás diciendo? ¿Que deseché las prendas sólo porque están sucias?

Stu se encogió de hombros un poco incómodo.

–Ni hablar –se opuso ella –. Retrocederíamos a las viejas tretas. Como las cajas que utilizaban para meter tu Big Mac o las botellas sin devolución. Ésa no es manera de volver a empezar.

Stu le dio un ligero beso.

–De acuerdo. Sólo que el próximo día de colada me toca a mí.

–Muy bien –sonrió ella con picardía –. ¿Y cuánto durará eso? ¿Hasta que dé a luz?

–Hasta que la electricidad vuelva a funcionar –respondió él –. Entonces te traeré la lavadora más grande y moderna que jamás hayas visto. Y la instalaré yo mismo.

–Se acepta el ofrecimiento.

Se besaron en la boca, y el deseo despertó en ellos. Stu siempre me excita cuando hace esto, pensó ella. El calor que había empezado por los pezones se extendió hasta la entrepierna.

–Más vale que lo dejemos a menos que tu intención sea la de hacer algo más que hablar –musitó Fran.

–Tal vez podamos hablar más tarde.

–Pero la colada...

–El remojo va bien para este polvo tan adherente –bromeó Stu.

Fran rió pero él la acalló con un beso. Al levantarla y ponerla en pie, mientras la conducía adentro, Fran quedó sorprendida por el calor del sol en sus hombros, preguntándose: ¿Era así de caliente antes? ¿Tan fuerte? Me ha limpiado de manchas la espalda. Me pregunto si serán los rayos ultravioleta o la altitud. ¿Es así todos los veranos? ¿Tan caliente?

Entretanto, él ya la estaba excitando mientras subían por los peldaños del porche, desnudándola y acariciándola.

–Siéntate –le dijo él.

–Pero...

–Lo digo en serio, Frannie.

–Antes tengo que hacer la colada, Stuart. Eché media caja de Tide y...

–No te preocupes.

Ella se sentó en la tumbona, a la sombra que proyectaba el alero del edificio. Luego se quitó los zapatos y los calcetines y, enrollándose los pantalones por encima de las rodillas, se metió en la bañera y empezó a patear y agitar la ropa con fuerza. Fran se echó a reír, sorprendida.

–¿Quieres pasar la noche en el diván? –preguntó Stu levantando la vista con ceño.

–Lo siento, cariño –repuso ella simulando arrepentimiento por burlarse, pero a renglón seguido se echó a reír de nuevo. Cuando al fin pudo dominarse dijo –: Bien, ¿qué tenías que decirme que te ha hecho volver?

–¡Ah, sí!

Para entonces él ya había logrado hacer una buena cantidad de espuma. En la superficie flotaban unos vaqueros y empezó a pisotearlos hasta hundirlos, haciendo saltar al césped un grumo espumoso. Frannie sintió ganas de reír nuevamente pero se contuvo.

–Esta noche vamos a celebrar la primera reunión de comité –dijo Stu.

–Tengo dos cajas de cerveza, crackers de queso, crema de queso y algunos pimientos...

–No se trata de eso, Frannie. Dick Ellis vino hoy para decir que quería renunciar al comité.

–¿De veras? –Se mostró sorprendida. No hubiera creído que fuera del tipo de hombres que prefieren eludir las responsabilidades.

–Dijo que aceptaría gustoso prestar sus servicios en cualquier cosa tan pronto encontremos un verdadero médico; pero que en la actualidad le es imposible. Hoy llegaron otras veinticinco personas y una de ellas, una mujer, tenía una pierna gangrenada. Al parecer es consecuencia de unos rasguños que se hizo al arrastrarse por debajo de una alambrada herrumbrosa.

–Eso es grave.

–Dick la ha salvado... Dick y esa enfermera que llegó con Underwood. Una chica alta y bonita. Se llama Laurie Constable. Dick dice que, de no haber sido por ella, habría perdido a la mujer. Aun así hubieron de amputarle la pierna a la altura de la rodilla y ambos están extenuados. Necesitaron tres horas. Además tienen a un chiquillo con convulsiones y Dick se está volviendo loco intentando averiguar si se trata de epilepsia o diabetes. Han tenido varios casos de intoxicación alimentaria por comida en mal estado, y asegura que algunos morirán por esa causa si no disponemos pronto de alguien que enseñe a la gente a seleccionar sus alimentos. Veamos, ¿dónde estaba? Ah, sí. Dos brazos rotos, un caso de gripe...

–¡Santo Cielo! ¿Has dicho *gripe*?

–Tranquila. Se trata de una gripe corriente. Ha bajado la fiebre con aspirina y no ha vuelto a subir. Tampoco se detectan manchas negras en el cuello. Pero Dick no está seguro de qué antibióticos tienen que utilizarse, en caso de que haya de hacerlo, y está estrujándose los sesos para averiguarlo. Además teme que la gripe se propague y cunda el pánico.

–¿Quién la tiene?

–Una señora llamada Rona Hewett. Hizo el trayecto caminando desde Laramie, Wyoming, y Dick afirma que tiene las defensas bajas.

Fran asintió.

–Afortunadamente esa Laurie Constable parece estar enamorada de Dick, a pesar de que él le dobla la edad. Supongo que eso poco importa.

–Eres muy generoso, Stuart, al darles tu aprobación.

Él sonrió.

–De todas maneras, Dick tiene cuarenta y ocho años y una pequeña dolencia cardíaca. En estos momentos siente que no puede hilar demasiado fino... Prácticamente está estudiando para médico. –Miró a Fran –. Comprendo que Laurie se haya enamorado de él. De cuantos estamos aquí, él es lo más parecido a un héroe. Sólo es un veterinario rural y tiene miedo de matar a alguien. Sabe que todos los días sigue llegando gente y que algunas personas han sufrido duros golpes.

–De manera que necesitamos a otro más para el comité.

–Sí. Ralph Bretner parece inclinarse por Larry Underwood y, por lo que dices, a ti te ha parecido bastante hábil.

–Así es. Creo que encajaría bien. Hoy he encontrado a su mujer en el centro del pueblo. Se llama Lucy Swann y es muy agradable.

–Quiero ser sincero contigo, Frannie. No me gusta cómo contó la historia de su vida a alguien que acababa de conocer.

–Creo que se debió a que, desde el principio, yo estuve con Harold. No creo que comprendiera por qué estaba contigo en lugar de con él.

–Me gustaría saber qué impresión le habrá causado Harold.

–Pregúntaselo.

–Lo haré.

–¿Le invitarás a formar parte del comité?

–Es lo más probable. –Se puso en pie –. Me gustaría tener a ese hombre mayor, el juez. Pero tiene setenta años; es condenadamente viejo.

–¿Has hablado con él respecto a Larry?

–No, fue Nick quien lo hizo. Nick Andros es un tipo inteligente, Fran. Cambió algunas cosas en los propósitos de Glen y míos. Glen se sintió algo molesto pero hubo de admitir que las ideas de Nick eran buenas. De cualquier modo, el juez dijo a Nick que Larry era el tipo de persona que estábamos buscando. Comentó que el propio Larry estaba pensando qué tarea asignarle y que sin duda iba a mejorar mucho.

–Yo diría que ésa es una recomendación estupenda.

–Sí –admitió Stu –. Pero he de averiguar lo que piensa sobre Harold antes de que le invite a unirse a nosotros.

–¿Qué pasa con Harold?

–Yo podría preguntarte qué pasa contigo, Fran. Todavía sigues sintiéndote responsable de él.

---

–No lo sé. Pero lo que sí puedo decir es que me siento algo culpable cuando pienso en él.

–¿Por qué? ¿Alguna vez le quisiste, Fran?

–No, por Dios, no. –Casi se estremeció.

–Yo le mentí en cierta ocasión –dijo Stu –. Bueno, en realidad no fue una mentira. Fue el día en que nos encontramos los tres. El catorce de julio. Creo que entonces tal vez percibí lo que iba a ocurrir. Dije que no te necesitaba. ¿Cómo iba a saber entonces si te necesitaba o no? Puede que en los libros exista el amor a primera vista, pero en la vida real... –Calló y una lenta sonrisa le iluminó el rostro.

–¿De qué te ríes, Stuart Redman?

–Estaba pensando que en la vida real a mí me costó... –dijo frotándose la barbilla –. Bueno, unas cuatro horas.

Fran le besó en la mejilla.

–Eres un encanto.

–Es la verdad. De cualquier manera creo que todavía sigue resentido por aquello.

–Nunca ha dicho nada malo acerca de ti, Stu, ni de nadie.

–Ya –admitió él –. Pero *sonríe*. Y eso no me gusta.

–No creerás que está maquinando una venganza o algo así.

Stu sonrió y se puso en pie.

–No, Harold no. Glen cree que el Partido Opositor puede acabar aglutinándose alrededor de Harold. Bueno, sólo espero que no intente fastidiarnos lo que ahora estamos haciendo.

–Recuerda que está asustado y solo.

–Y celoso.

–¿Celoso? –Recapacitó sobre ello y luego meneó la cabeza –. No lo creo... de veras que no. He hablado con él y me habría dado cuenta. Sin embargo es posible que se sienta rechazado. Me parece que esperaba formar parte del comité.

–Fue una de las decisiones unilaterales con la que todos estuvimos de acuerdo, lo cual significa que ninguno de nosotros confía del todo en él.

–En Ogunquit era el chico más insufrible que puedas imaginar –le explicó ella –. Supongo que en gran parte era a modo de compensación por la situación de su familia... pero después de la epidemia dio la impresión de cambiar. Al menos conmigo. Parecía que intentaba ser... bueno... un hombre. Luego cambió de nuevo. Así, de pronto. Empezó a sonreír de forma permanente. En realidad ya no se podía hablar con él. Estaba... ensimismado. Como esa gente que acaba de convertirse a una religión o que lee... –Se interrumpió y en sus ojos apareció una expresión muy semejante al miedo.

–¿Que lee qué? –preguntó Stu.

–Algo que cambia su vida. *El capital*, o *Mi lucha*. O tal vez sólo intercepta cartas de amantes...

–¿De qué estás hablando?

Ella lo miró como si saliera de una ensoñación despierta; luego sonrió.

–De nada. ¿No ibas a ver a Larry Underwood?

–Claro... pero sólo si te encuentras bien.

–Estoy mejor que bien... Me encuentro maravillosamente. En marcha. Reunión a las siete. Si te das prisa aún tendrás tiempo de volver aquí con tiempo para hacer algo.

–De acuerdo.

Se encontraba ya en la puerta que separaba el patio delantero de la parte de atrás, cuando ella le dijo:

–Acuérdate de preguntarle qué opina de Harold.

–No te preocupes. Lo haré.

–Y mírale a los ojos cuando conteste, Stuart.

Al preguntarle Stu sus impresiones sobre Harold, sin haberse referido todavía a la vacante en el comité especial, la mirada de Larry Underwood se hizo cautelosa.

–Fran te habló de mi obsesión con Harold, ¿verdad?

–Sí.

Larry y Stu se encontraban en la sala de estar de una pequeña casa. Lucy estaba en la cocina preparando la cena, calentando alimentos enlatados en una parrilla que Larry le había agenciado. Funcionaba con una bombona de gas. Mientras trabajaba, canturreaba retazos de *Honky Tonk Women* y parecía alegre.

Stu encendió un cigarrillo. Cinco o seis eran su cuota diaria. No le hacía demasiada ilusión que Dick Ellis tuviera que operarle de cáncer de pulmón.

–Bueno, durante todo el tiempo que estuve siguiendo a Harold, me decía que era probable que fuese muy diferente a como yo había imaginado. Y en efecto lo es, pero aún sigo intentando adivinar qué pasa con él. Se mostró amable hasta la saciedad. Un excelente anfitrión. Descorchó la botella de vino que le llevé y brindamos por la salud mutua. Lo pasé muy bien. Pero...

–¿Pero...?

–Cuando llegamos, Leo y yo nos acercamos a él. Estaba construyendo un murete de ladrillos alrededor de un macizo de flores y repentinamente se volvió hacia nosotros... Supongo que no advirtió nuestra presencia hasta que le hablé. Y por un instante temí que fuese a matarme. Lucy apareció en la puerta.

–¿Te quedarás a cenar, Stu? Tenemos más que suficiente.

---

–Gracias, pero Frannie me espera. Sólo puedo quedarme unos quince minutos.

–¿Seguro?

–Gracias, Lucy. La próxima vez.

–De acuerdo –dijo volviendo a la cocina.

–¿Sólo has venido para preguntarme por Harold? –quiso saber Larry.

–No –dijo Stu –. He venido a preguntarte si querías formar parte de nuestro pequeño comité especial. Uno de los miembros, Dick Ellis, ha renunciado.

–¿Así? ¿Sin más? –Larry se acercó a la ventana y miró hacia la silenciosa calle –. Pensé que podría volver al sector privado.

–La decisión es tuya, por supuesto. Necesitamos uno más. Y fuiste recomendado.

–¿Te importa decirme por quién?

–Hicimos nuestras indagaciones. Frannie cree que eres trigo limpio y Nick Andros habló, bueno, ya sabes que no habla, pero se comunicó con uno de los hombres que vino contigo. El juez Farris.

Larry pareció complacido.

–El juez me recomendó, ¿eh? Me honra. Deberías contar con él, ¿sabes? Es listo como un lince.

–Eso dijo Nick. Pero también tiene setenta años y nuestros servicios médicos son bastante precarios.

Larry se volvió hacia Stu con una leve sonrisa.

–Este comité no es tan temporal como a primera vista parece, ¿verdad?

Stu sonrió. Todavía no estaba seguro de la impresión que le causaba Larry Underwood; pero era evidente que el hombre no había nacido ayer.

–Bien. Digámoslo así: nos gustaría que nuestro comité se mantuviera por elección durante la legislatura completa.

–Y a ser posible sin oposición –apostilló Larry; la mirada de Stu era amistosa aunque perspicaz –. ¿Te apetece una cerveza?

–Es preferible que no. Hace dos noches tomé demasiadas con Glen Bateman. Fran es una joven paciente, pero su paciencia tiene límites. ¿Qué dices, Larry? ¿Cabalgas con nosotros?

–Supongo que... De acuerdo, acepto, qué diablos. Pensé que nada en el mundo me haría más feliz que llegar aquí, entregar a mi gente y dejar que otros se hicieran cargo, para variar. Pero ahora resulta que tengo un aburrimiento de muerte.

–Esta noche celebraremos una pequeña reunión en mi casa para hablar sobre la gran asamblea del dieciocho. ¿Crees que podrás venir?

–Desde luego. ¿Puede acompañarme Lucy?

Stu negó con un lento movimiento de cabeza.

–Y tampoco puedes hablarle de ello. Queremos mantener secreto este asunto por un tiempo.

La sonrisa de Larry se desvaneció.

–No soy gran cosa en cuestiones de capa y espada, Stu. Más vale que te lo diga de entrada y evitar así confusiones posteriores. Tengo la firme convicción de que lo ocurrido en junio se debió a que demasiada gente practicaba el juego sucio. No fue un acto divino sino de pura canallada humana.

–Más te valdrá no discutir esa teoría con Abigail –le recomendó Stu, que seguía sonriendo, ya tranquilo. –Por mi parte estoy de acuerdo contigo. Pero ¿pensarías igual si estuviésemos en guerra?

–No te entiendo.

–Ese hombre que ha aparecido en nuestros sueños. Dudo que sencillamente se haya esfumado. Larry se sobresaltó.

–Glen dice que puede comprender el porqué de que nadie hable de ello, incluso estando todos advertidos –prosiguió Stu –. Aquí la gente todavía sufre neurosis de guerra. Han pasado por un infierno hasta llegar. Lo único que desean es lamerse las heridas y enterrar a sus muertos. Pero si madre Abigail está aquí, entonces *él* está allí.

Indicó la ventana con la cabeza. A través de ella podían verse las Flatirons alzándose entre la bruma de pleno verano.

–Es posible que la mayoría de la gente que se encuentra aquí ya no piense en él –continuó, – pero apostaría mi último dólar a que él sí piensa en nosotros.

Larry miró hacia la puerta de la cocina, pero Lucy había salido de la casa para hablar con Jane Hovington que vivía al lado.

–¿Crees que viene por nosotros? –inquirió en voz baja –. Es una idea muy amena para antes de cenar. Te aguza el apetito.

–No estoy seguro de nada, Larry. Pero madre Abigail asegura que esto no *acabará*, definitivamente, en un sentido o en otro, hasta que terminemos con él, o él con nosotros.

–Confío en que no vaya pregonándolo por ahí. La gente no pararía de correr hasta la jodida Australia.

–Creí que no eras aficionado a los secretos.

–Sí, pero esto... –Larry calló. Stu sonreía amable y él le devolvió tristemente la sonrisa –. Bueno. Un punto a tu favor. Lo discutiremos y mantendremos la boca cerrada.

–Estupendo. Nos veremos a las siete.

–De acuerdo.

Caminaron hacia la puerta.

–Da gracias a Lucy una vez más por su invitación –le pidió Stu –. No pasará mucho tiempo antes de que Frannie y yo le tomemos la palabra.

---

–Conforme.

Cuando Stu ya se disponía a abrir la puerta, Larry agregó:

–Hay un adolescente que vino desde Maine con nosotros. Su nombre es Leo Rockway. Ha tenido graves problemas. Lucy y yo compartimos su custodia con una mujer llamada Nadine Cross, quien también se sale de lo corriente, ¿comprendes?

Stu asintió. Habían corrido rumores sobre una breve y peculiar escena entre madre Abigail y aquella mujer Cross llegada con el grupo de Larry.

–Nadine se ocupaba de Leo antes de que yo los encontrara. Parece como si Leo viera a través de las personas. Y tampoco es el único. Tal vez haya habido siempre gente así, pero es más frecuente desde la epidemia. Y Leo... se negó a entrar en casa de Harold. Ni siquiera quiso quedarse en el jardín. Parece... parece raro, ¿no?

–En efecto –asintió Stu.

Se miraron por un instante y luego Stu se fue a su casa a cenar.

Fran se mostró preocupada mientras comían y no habló mucho. En tanto ella terminaba de limpiar el último plato en un barreño de plástico lleno de agua caliente, empezó a llegar gente para celebrar la primera reunión del comité especial de la Zona Libre.

En cuanto Stu se marchó a casa de Larry, Frannie subió al dormitorio. En un rincón del armario estaba el saco de dormir que había llevado a través del país, sujeto a la trasera de su moto. Sus pertenencias personales las había transportado en una pequeña bolsa de cremallera. La mayoría de aquellas pertenencias se hallaban ya distribuidas por el apartamento que compartía con Stu; pero algunas todavía no habían encontrado acomodo y seguían al pie del saco de dormir. Había vanos botes de crema facial, ya que a raíz de la muerte de sus padres había sufrido un repentino sarpullido, aunque ya casi había desaparecido, una caja de compresas, dos cajitas, una con la leyenda ¡es un chico! y la otra con ¡es una chica! Y por último su diario.

Lo sacó y se quedó contemplándolo pensativa. Desde su llegada a Boulder sólo había hecho ocho o nueve anotaciones, en su mayoría breves, casi jeroglíficas. La gran descarga se produjo cuando todavía estaban en la carretera... como un pos-alumbramiento, se dijo con cierta tristeza. En los últimos cuatro días no había escrito nada y prácticamente se había olvidado del diario, aunque tenía el firme propósito de retomarlo cuando las cosas se hubieran calmado un poco. Por el bebé. Sin embargo en esos momentos ocupaba todos sus pensamientos.

Como esa gente que acaba de convertirse a una religión o que lee algo que cambia su vida, pensó, como cartas de amor interceptadas...

De repente le pareció que el diario ganaba peso y que el simple acto de abrir la tapa significaría un gran esfuerzo y... Miró por encima del hombro con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Se había movido algo por allí?

Tal vez fuera un ratón escurriéndose por detrás de la pared. Sin duda era eso. No había razón alguna para que de repente pensara en el hombre de la túnica negra. Su bebé estaba

---

sano y salvo, aquello sólo era un diario. Además, no había manera de averiguar si alguien lo había leído y, de haberlo, si había sido Harold Lauder.

A pesar de ello, abrió el diario y empezó a pasar las hojas con lentitud, captando retazos del pasado reciente, a semejanza de fotografías en blanco y negro tomadas por un aficionado. Cine casero de la mente.

«Esta noche estábamos admirándolos y Harold enumeraba la textura, el color y el tono y Stu me guiñó un ojo con gravedad. Yo, malvada de mí, le devolví el guiño...»

«Claro que Harold objetará por sistema. Maldita sea. Harold, ¿por qué no creces de una vez?»

«... y ya lo veo preparándose con uno de los más inteligentes comentarios patentados de Harold Lauder...»

¡Dios mío, Fran! ¿Por qué dijiste todas esas cosas de él? ¿Con qué fin?

«Bueno, ya conocemos a Harold... sus baladronadas... todas esas palabras y opiniones altisonantes... un chiquillo inseguro...»

Eso fue el 12 de julio. Con una mueca, pasó rápidamente las hojas con ansia de llegar al final. Seguían saltando frases. Parecía que la abofeteaban. «Como quiera que sea, esta noche Harold olía a limpio para variar... Anoche el aliento de Harold hubiera ahuyentado a un dragón.» Y otra que casi parecía profética: «Colecciona desaires como tesoros un pirata.» Pero ¿con qué fin? ¿Para alimentar sus propios sentimientos secretos de superioridad y persecución? ¿O se trataba de venganza?

«Está haciendo una lista... y comprobándola por partida doble... llegará a descubrirlo... quién es malo y quién es bueno...»

Y luego, el 1 de agosto, tan sólo hacía dos semanas. La frase empezaba al final de la página. «Nada de anotaciones anoche. Me sentía demasiado feliz. ¿Acaso he sido alguna vez tan feliz? No lo creo. Stu y yo estamos juntos. Hemos...» Volvió la página y acabó la frase: «hecho el amor dos veces». Pero apenas la había leído, cuando su mirada tropezó con algo a mitad de la página. Allí había una huella oscura y grasienta.

Se dijo que iba en moto todos los días y a todas horas. Y además me ocupaba de limpiarla siempre que podía. Eso ensucia las manos y...

Alargó una mano temblorosa y aplicó el pulgar sobre la mancha. Era mucho más grande.

Bueno, claro que tiene que serlo, se dijo. Cuando ensucias algo siempre la mancha es más grande. Ese es el motivo, *sólo ése*... Pero esa huella digital no aparecía en modo alguno borroneada. Todavía se veían claramente las rayitas, las curvas y las espiras.

Y no se trataba de grasa o aceite. No valía la pena engañarse.

Era chocolate seco.

Payday, se dijo angustiada. Chokolatinas Payday.

Por un instante temió encontrarse con la sonrisa de Harold sobre su hombro, como la sonrisa del gato Cheshire en *Alicia*. Los gruesos labios de Harold moviéndose mientras

---

decía con tono solemne: «A todo puerco le llega su hora, Frannie. A todo puerco le llega su hora.»

Pero Harold ha cambiado, le musitó una voz interior.

—¡No ha cambiado tanto, maldita sea! —gritó a la habitación vacía.

Se sobresaltó al escuchar su propia voz y luego rompió a reír trémula. Bajó a la cocina y empezó a preparar la cena. Cenarían pronto debido a la reunión... pero de repente ésta no le pareció ya tan importante.

*Extractos de las actas de la reunión del comité especial – 13 de agosto de 1990*

La reunión tuvo lugar en el apartamento de Stu Redman y Francés Goldsmith. Se encontraban presentes todos los miembros del comité, a saber: Stuart Redman, Francés Goldsmith, Nick Andros, Glen Bateman, Ralph Bretner, Susan Stern y Larry Underwood. Se eligió como moderador a Stu Redman. Francés Goldsmith fue elegida secretaria de actas.

Estas notas, además del relato completo de los exabruptos, murmullos y apartes, todos ellos registrados en casetes Memorex para quien esté lo bastante loco como para querer oírlas, serán depositadas en una caja fuerte del First Bank de Boulder...

Stu Redman presentó un amplio informe sobre la cuestión de la intoxicación por ingestión de alimentos, redactado por Dick Ellis y Laurie Constable, con el interesante título « ¡Si comes, deberías leer esto!». Dick pedía que se imprimiera y se repartiera por todo Boulder antes de la gran asamblea del 18 de agosto, porque en Boulder ya había habido quince casos de intoxicación alimentaria, dos de ellos bastante graves. El comité aprobó por unanimidad que Ralph imprimiera mil copias del cartel de Dick y que solicitara la ayuda de diez personas para repartirlas por el pueblo...

Susan Stern planteó otro asunto que Dick y Laurie querían presentar para su eventual aprobación. (Todos hubiéramos deseado que al menos uno de los dos estuviera presente.) La idea de Dick era que se incluyera en la agenda de la asamblea y que fuera presentada no como un riesgo para la salud, pues existía la posibilidad de que cundiera el pánico, sino como «una solución decorosa». Todos sabemos que en Boulder hay un número de víctimas sorprendentemente exiguo en proporción a la población existente con anterioridad a la epidemia, pero desconocemos el motivo... aunque en estos momentos eso no importe demasiado. A pesar de ello, los cadáveres se cuentan por millares y hemos de librarnos de ellos si pensamos quedarnos aquí.

Stu quiso saber qué gravedad tenía la situación actualmente, y Sue respondió que no sería realmente grave hasta el otoño, cuando el tiempo caluroso y seco se volviera húmedo.

Larry presentó una moción en el sentido de que la sugerencia de Dick de que se formara una brigada de enterramiento fuera incorporada a la agenda de la asamblea del 18 de agosto. La moción fue aprobada por unanimidad.

Se expresó el agradecimiento a Nick Andros. Ralph Bretner leyó los comentarios que llevaba y que se reproducen aquí:

«Una de las cuestiones más importantes que habrán de tratarse en este comité es si decidimos o no depositar confianza plena en madre Abigail y si debemos informarla acerca de cuanto ocurra en nuestras reuniones, incluso de los asuntos confidenciales. La cuestión puede plantearse también a la inversa: ¿aceptará madre Abigail confiar plenamente en este comité y en el comité permanente que se forme, y éste será informado de cuanto pase en las reuniones de ella con Dios o quienquiera que sea... en especial sobre las cuestiones confidenciales?»

»Todo esto puede sonar a nimiedad, pero permitidme que explique por qué se trata de una cuestión pragmática. Tenemos que dejar establecida de manera definitiva la posición de madre Abigail en la comunidad, porque nuestro problema no es sólo el de "levantar de nuevo la cabeza". Si sólo fuera eso no la necesitaríamos. Todos sabemos que existe otro problema: el del ser al que a veces llamamos el hombre oscuro o, como dice Glen, el Adversario. Mi prueba de su existencia es muy sencilla y creo que la mayoría de las personas en Boulder estarán de acuerdo con mi razonamiento. Es la siguiente: "Soñé con madre Abigail, y existía. Soñé con el hombre oscuro y por tanto ha de existir aunque jamás lo haya visto." Aquí la gente quiere a madre Abigail, y yo también. Pero no llegaremos lejos, de hecho a ninguna parte, si no empezamos por obtener su aprobación a lo que estamos haciendo.

»De manera que, a primera hora de esta tarde, fui a verla y le planteé la cuestión directamente, sin rodeos: ¿Estará con nosotros? Ella respondió que sí, que estaría con nosotros... pero no sin condiciones. Fue muy franca. Dijo que éramos absolutamente libres para dirigir a la comunidad en lo referente a todas "las cuestiones mundanas", ésa fue su frase exacta. Limpieza de calles, alquiler de viviendas, restablecimiento de la corriente eléctrica.

»Pero con igual franqueza dijo que quería que se la consultara en cuantos asuntos se relacionaran con el hombre oscuro. Cree que todos formamos parte de una partida de ajedrez entre Dios y Satanás. Y que en esa partida el principal agente de Lucifer es el Adversario, quien, al decir de ella, se llama Randall Flagg ("Es el nombre que utiliza esta vez", dijo). Por motivos sólo por Él conocidos, Dios la ha elegido a ella como su agente en toda esta cuestión. Ella cree, y yo estoy de acuerdo, que se avecina una lucha y que seremos nosotros o él. Cree que esa lucha es lo más importante y se muestra inflexible en que se la consulte cuando nuestras deliberaciones se refieran a ella... y a ese hombre.

»No quiero entrar en las implicaciones religiosas de todo esto, o discutir si ella tiene o no razón; pero, dejando de lado esas implicaciones, resulta evidente que nos encontramos frente a una situación que *hemos* de afrontar. De manera que tengo toda una serie de mociones.»

Hubo alguna discusión acerca de la declaración de Nick, el cual presentó la moción siguiente: «Como comité, ¿podemos aceptar no discutir las implicaciones teológicas, religiosas o sobrenaturales derivadas del asunto del Adversario durante nuestras sesiones?»

El comité aprobó por unanimidad suprimir toda discusión sobre esos asuntos, al menos mientras nos encontráramos «en sesión».

Luego, Nick presentó esta otra moción: « ¿Estamos de acuerdo en que el principal asunto privado y confidencial del comité es el modo de ocuparnos de esa fuerza conocida como el hombre oscuro, el Adversario o Randall Flagg?»

Glen Bateman secundó la moción, añadiendo que era posible que, de vez en cuando, se presentaran otros asuntos, tales como la formación de la brigada de enterramiento, que deberíamos mantener en absoluto secreto.

Fue aprobada por unanimidad.

Nick presentó después su moción original. Que mantuviésemos a madre Abigail informada de cuantos asuntos públicos o privados fueran tratados por el comité.

Se aprobó la moción por unanimidad.

Habiendo terminado por el momento con las cuestiones relativas a madre Abigail, el comité, a solicitud de Nick, volvió a ocuparse del tema del propio hombre oscuro. Propuso que enviáramos tres voluntarios al Oeste para infiltrarse en la gente del hombre oscuro y obtener información sobre lo que en realidad está pasando allí.

Sue Stern se presentó al punto voluntaria. Al cabo de una acalorada discusión sobre ello, Glen Bateman presentó una moción por la cual ninguno de los miembros del comité especial ni del comité permanente sea aceptado como voluntario para semejante actividad. Sue Stern quiso saber por qué.

GLEN: Todo el mundo respeta tu honrado deseo de ayudar, Susan; pero la cuestión es que no sabemos si la gente que enviemos allí volverá y, en caso de hacerlo, cuándo y en qué condiciones. Entretanto nos enfrentaremos aquí a la nada despreciable tarea de poner en marcha las cosas en Boulder. Si tú te vas, tendremos que cubrir tu puesto con alguien nuevo a quien habremos de informar a fondo. No creo que podamos permitirnos ese derroche de tiempo.

SUE: Supongo que tienes razón y que muestras sensatez, pero a veces me pregunto si esas dos cosas son las mismas. Lo que en realidad estás diciendo es que no podemos enviar a nadie del comité porque todos somos condenadamente irremplazables. De manera que nosotros nos quedamos...

STU: ¿Tomando la sopa boba?

SUE: Sí, eso es precisamente lo que quiero decir. Nos quedamos tomando la sopa boba y enviamos allí a alguien tal vez para que lo crucifiquen en un poste de teléfono o algo peor.

RALPH: ¿Qué diablos puede ser peor?

SUE: No lo sé; pero si hay alguien que sí lo sabe, es Flagg.

GLEN: Has expuesto nuestra posición de manera muy sucinta. Aquí somos políticos. Los primeros políticos de la nueva era. Sólo cabe esperar que nuestra causa sea más justa que algunas de las causas por las que los políticos enviaban a la gente a misiones de vida o muerte.

SUE: Nunca pensé en ser política.

LARRY: Bienvenida al club.

La moción de Glen de que no se enviara a ningún miembro del comité especial en misión de exploración fue aprobada por unanimidad. Fran Goldsmith preguntó a Nick qué tipo de cualificaciones tendríamos que exigir a los agentes clandestinos y qué podemos esperar que descubran.

NICK: Hasta que no regresen no sabremos qué habrá que averiguar. Si es que regresan. La cuestión es que no tenemos la menor idea acerca de qué se está haciendo por allí. Somos pescadores utilizando cebo humano.

Stu dijo que, a su juicio, el comité debería elegir a los espías. En este caso, el acuerdo fue general. Por votación del comité, a partir de este punto la mayor parte de la discusión ha sido transcrita a estos extractos de las grabadoras. Parecía importante disponer de un registro permanente de nuestras deliberaciones en el asunto de los exploradores o espías, ya que llegó a resultar en extremo delicado y perturbador.

LARRY: Tengo un nombre que me gustaría presentar. Supongo que parecerá una tontería a quienes no lo conozcan. Pero puede resultar una idea excelente. Me gustaría enviar al juez Farris.

SUE: ¿A ese anciano? ¿Bromeas?

LARRY: Es el anciano más perspicaz que jamás he conocido. Y sólo tiene setenta años. Reagan ocupó la presidencia a una edad más avanzada.

FRAN: No es una buena recomendación.

LARRY: Está sano y fuerte. Y creo que el hombre oscuro no sospecharía que pudiéramos enviar para espiarle a un carcamal como Farris... Como comprenderéis, siempre hemos de tener en cuenta sus sospechas. Es evidente que estará esperando algo como esto y no me sorprendería que tuviera vigilada la frontera con el fin de descubrir espías potenciales entre la gente que llega. Esto puede sonar brutal, lo sé, en especial a Fran, pero si llegáramos a perderlo no se trataría de alguien con cincuenta años por delante.

FRAN: Tienes razón. Suena brutal.

LARRY: Todo cuanto quiero añadir es que el juez estará de acuerdo. Quiere ayudar. Y yo pienso que su ayuda sería muy valiosa.

GLEN: Se toma en cuenta. ¿Qué opináis los demás?

RALPH: Yo me inclinaría por cualquiera de las dos soluciones, porque no conozco a ese señor. Pero no creo que debamos arrojarle a los leones sólo porque sea viejo. Después de todo, basta con fijarse en quién tiene a su cargo este lugar... una anciana señora que ha superado los cien años.

GLEN: Otro punto a tener en cuenta.

STU: Pareces un arbitro de tenis.

SUE: Escucha, Larry, ¿qué me dices si logra engañar al hombre oscuro y luego muere de un ataque cardíaco mientras pierde el trasero por volver aquí?

STU: Eso le puede ocurrir a cualquiera. O también un accidente.

SUE: Ya... pero con un hombre mayor aumentan las probabilidades.

LARRY: Eso es verdad, pero no conoces al juez, Sue. Si lo conocieras comprenderías que las ventajas superan a los inconvenientes. Es muy inteligente, de veras.

STU: Larry tiene razón. Es algo que seguramente Flagg no se espera. Apoyo la moción. ¿Quiénes están a favor?

Aprobada por unanimidad.

SUE: Muy bien, he aceptado al tuyo, Larry, y tal vez aceptes tú la mía.

LARRY: En efecto, esto es política. –Risas generales – ¿De quién se trata?

SUE: Dayna.

RALPH: Dayna ¿qué?

SUE: Dayna Jurgens. Tiene más redaños que cualquier mujer que haya conocido. Ya sé que no tiene setenta años pero creo que estaría de acuerdo.

FRAN: Bien... si en realidad vamos a hacer eso, creo que es muy buena. Apoyo la moción.

STU: De acuerdo. Ha sido propuesto que preguntemos a Dayna si está dispuesta a hacer el viaje. ¿A favor? Aprobado por unanimidad.

GLEN: Muy bien. ¿Quién será el tercero?

NICK (*leído por Ralph*): Si a Fran no le gustó el candidato de Larry, me temo que le disgustará el mío. Propongo...

RALPH: ¡Estás loco, Nick! No lo dirás en serio, ¿verdad?

STU: Vamos, Ralph, léelo.

RALPH: Muy bien... aquí dice que quiere proponer a Tom Cullen.

Desconcierto general.

STU: Muy bien. Nick tiene la palabra. Ha estado escribiendo como un condenado, de manera que más vale que lo leas, Ralph.

NICK: En primer lugar conozco a Tom tan bien como Larry pueda conocer al juez. Si me apuráis, todavía mejor. Quiere a madre Abigail. Haría cualquier cosa por ella, incluso arder a fuego lento. Y sé lo que me digo. Se prendería fuego si ella se lo pidiera.

FRAN: Verás, Nick, nadie pone en duda eso, pero Tom es...

STU: Déjalo, Fran... Nick tiene la palabra.

NICK: Mi segundo punto coincide con lo dicho por Larry respecto al juez. El Adversario no esperará que enviemos como espía a una persona retrasada. Vuestro desconcierto quizá sea su mejor argumento a favor. Mi tercer y último punto es que, aun cuando Tom pueda ser retrasado, *no* es imbécil. Con ocasión de un tornado me salvó la vida, y su reacción fue más rápida que la de cualquiera. Tom es infantil, pero incluso un niño puede aprender a hacer ciertas cosas. No veo dificultad alguna en dar a Tom una historia muy sencilla para

que la memorice. En definitiva, es posible que piensen que nos hemos librado de él porque...

SUE: ¿Porque no queremos que contamine nuestra reserva de genes? Caramba, eso está bien.

NICK: Porque es retrasado. Puede incluso decir que odia a la gente que le ha expulsado y que le gustaría vengarse. Lo único imperativo que hay que arraigar en él es que jamás cambie su historia por nada del mundo.

FRAN: Dios mío, no. No puedo creerlo...

STU: Ya está bien. Nick tiene la palabra. Mantengamos el orden.

FRAN: Lo siento.

NICK: Algunos de vosotros podréis pensar que por el hecho de que Tom sea retrasado sería más fácil hacerle cambiar de historia que a cualquier otra persona con más inteligencia, pero...

LARRY: Claro.

NICK: Pero en realidad es a la inversa. Si digo a Tom que lo único que tiene que hacer es aferrarse a la historia que yo le diga, así lo hará. Una persona normal podría soportar sólo durante cierto tiempo la tortura del agua o los electrochoques o astillas debajo de las uñas...

FRAN: No se llegará a *eso*, ¿verdad? Quiero decir que nadie cree que pueda llegarse a semejantes cosas.

NICK: Tom nunca llegaría a decir: «De acuerdo, me rindo, os contaré lo que queráis saber.» Si llega a repetir su historia bastantes veces, no sólo se la aprenderá de memoria sino que casi llegará a creer que *es* verdadera. Y nadie será capaz de sacarlo de ahí. A mi juicio, el retraso de Tom es un punto a favor en una misión semejante.

STU: ¿Es todo, Ralph?

RALPH: Hay algo más.

SUE: Si empieza a creerse su historia, Nick, ¿cómo diablos sabrá cuándo es hora de volver?

RALPH: Perdón, pero parece que de eso se trata aquí entre otras cosas.

FRAN: ¡Ah!

NICK (*leído por Ralph*): A Tom se le puede inculcar una orden poshipnótica antes de que le enviemos con el grupo. Y puedo asegurar que esto tampoco es una fantasía. Al ocurrírseme la idea, pregunté a Stan Nogomy si querría hipnotizar a Tom. Había oído a Stan que solía hacer cosas así, como truco de salón durante las fiestas. Bueno, Stan advirtió que no daría resultado... pero Tom quedó hipnotizado en seis segundos.

STU: Que me... Conque el viejo Stan sabe hacer esas cosas.

NICK: El motivo por el que pensé que Tom puede ser el indicado se remonta al principio, cuando lo encontré en Oklahoma. Al parecer había desarrollado durante años la habilidad

---

de hipnotizarse *a sí mismo* hasta cierto punto. Le ayuda a establecer conexiones. No entendía lo que yo quería decir el día que lo encontré, por qué no hablaba con él o contestaba a sus preguntas. Yo seguía llevándome la mano a la boca y luego a la garganta para hacerle ver que era mudo, pero no alcanzaba a captarlo. Y luego de repente se cerró. No puedo explicarlo mejor. Se quedó absolutamente inmóvil. Su mirada se perdió en la lejanía. Salió del trance como suele hacerlo un sujeto cuando el hipnotizador le dice que despierte. Y ya lo sabía. Fue así. Se sumergió en sí mismo y supo la respuesta.

GLEN: Es asombroso.

STU: Vaya si lo es.

NICK: Cuando realizamos esta prueba, hará unos cinco días, pedí a Stan que le diera una orden poshipnótica. Consistía en que cuando Stan dijese «Me gustaría ver un elefante», Tom sintiese necesidad de ir al rincón y tumbarse. Stan lo dijo media hora después de haberse despertado, y Tom se dirigió rápido al rincón y se tumbó. Luego se sentó y nos sonrió. De cualquier manera esta cuestión tan enrevesada de la hipnosis sirve para la introducción de dos puntos muy sencillos. El primero, que podemos darle una orden poshipnótica para que Tom regrese en un momento dado. Y el segundo, que si a su regreso le pusiéramos bajo una hipnosis profunda, tendríamos un informe prácticamente completo de lo que hubiera visto.

SUE: Tengo una pregunta, Nick. ¿Programarías, supongo que ésta es la palabra adecuada, programarías también a Tom para que no facilitara información sobre nosotros?

GLEN: Déjame contestar a eso, Nick, y si tus ideas son diferentes sólo tienes que mover la cabeza. Deseo decir que Tom no necesita que le programen. Dejemos que suelte todo cuanto sabe sobre nosotros. De cualquier manera y por lo que se refiere a Flagg, lo mantenemos todo *in pectore*, y no estamos haciendo nada especial que no pueda adivinar por sí mismo, incluso con su bola de cristal. Desde este mismo momento apoyo la moción de Nick. Tenemos todas las de ganar y nada que perder. Es un desafío tremendo al tiempo que una idea original.

STU: Ha sido presentada y apoyada. ¿Alguien quiere manifestar algo?

FRAN: Has dicho que tenemos todas las de ganar y nada que perder, Glen. Bien, ¿y qué me dices de Tom? ¿Qué hay de nuestras condenadas *almas*? Tal vez a vosotros no os preocupe la idea de que torturen a Tom, pero a mí sí que me preocupa. ¿Cómo podéis mostraros tan insensibles? ¡Y Nick hipnotizándolo para que se comporte como... como una gallina con la cabeza en un saco! ¡Deberíais sentir os avergonzados! ¡Creí que era nuestro *amigo*!

STU: Fran...

FRAN: No; voy a decir lo que pienso. No me lavaré las manos como miembro de comité ni siquiera me enfadaré si se vota mi exclusión; pero como tal miembro expreso mi opinión. ¿Queréis de veras convertir a ese dulce y brumoso muchacho en un kamikaze? ¿Acaso ninguno comprende que es como si volviéramos a empezar con las viejas escorias? ¿Y qué haremos si lo matan, Nick? ¿Qué haremos si los matan a todos ellos? ¿Poner a punto nuevos espías? ¿Una versión perfeccionada de *Capitán Trotamundos*?

Se hizo una pausa mientras Nick escribía la respuesta.

---

NICK (*leído por Ralph*): Lo expuesto por Fran me ha conmovido profundamente. No obstante, me afirmo en mi candidato. No, no me gusta que Tom pueda ser torturado y luego asesinado. Me limitaré a subrayar que lo estaría haciendo por madre Abigail y sus ideas, y por su Dios, no por nosotros. Y también creo que hemos de poner en práctica cualquier medio a nuestra disposición para acabar de una vez con la amenaza que ese ser representa. Por allí está crucificando gente. Lo sé por mis sueños y sé que algunos de vosotros también lo soñáis. La propia madre Abigail tiene ese mensaje. Y sé que Flagg es pura maldad. Si alguien preparara una nueva cadena de *Capitanes Trotamundos*, sería él, para utilizarlos contra nosotros. Quiero detenerle cuando todavía es posible.

FRAN: Todo eso es verdad, Nick, no puedo rebatirlo. Sé que es la maldad en persona. Sin embargo, para detenerlo estamos aplicando el mismo método. ¿Recordáis *Granja de animales*? «Miraron a los cerdos y luego a los hombres y no encontraron diferencia alguna.» Supongo que lo que anhelo oírte decir, aunque sea en la voz de Ralph, es que, si realmente *tenemos* que usar el mismo método para detenerle, si hemos de *hacerlo*, seremos luego capaces de no volver a utilizarlo nunca una vez todo haya terminado. ¿Puedes afirmarlo?

NICK: Con seguridad, no. Supongo que sí, pero no puedo asegurarlo.

FRAN: Entonces voto en contra. Si tenemos que enviar gente al Oeste, al menos enviemos a quienes conocen el riesgo que corren.

STU: ¿Alguien más?

SUE: Yo también voto en contra pero por motivos más prácticos. Si seguimos por este camino acabaremos enviando a un anciano y a un débil mental. A mí también me cae simpático, pero de nada sirve disfrazar las cosas.

STU: Seguiremos la dirección de la mesa. Yo voto sí. ¿Frannie?

FRAN: No.

GLEN: Sí.

SUE: No.

NICK: Sí.

STU: ¿Ralph?

RALPH: Bueno, tampoco a mí me gusta mucho todo esto pero si Nick está a favor, tengo que apoyarlo. Voto sí.

STU: ¿Larry?

LARRY: Creo que esta idea apesta, pero voto sí.

STU: Aprobada la moción por cinco contra dos.

FRAN: Stu, quisiera cambiar mi voto. Si en realidad vamos a enviar a Tom, más vale que lo hagamos de común acuerdo. Siento haber organizado todo este jaleo, Nick, sé que te duele... ¿Por qué han de pasar tales cosas? Puedo aseguraros que desde luego no es como pertenecer al comité del baile de gala de la hermandad. Voto sí.

SUE: Entonces yo también.

---

STU: Resultado enmendado de la votación: unanimidad. Me inclino ante ti, Fran. Y me gustaría que constara en acta que te quiero.

LARRY: Llegados a este punto cabe levantar la sesión.

SUE: Apoyado.

STU: Quienes estén a favor que levanten la mano. Los que no, que se dispongan a recibir una lata de cerveza en la cabeza.

El levantamiento de la sesión fue aprobado por unanimidad.

—¿Vienes a la cama, Stu?

—¿Es tarde?

—Casi medianoche.

Stu abandonó el balcón. Sólo llevaba unos *shorts* cuya blancura resaltaba sobre su piel bronceada. Frannie, sentada en la cama, con una lámpara Coleman de gas sobre la mesilla de noche, se sintió asombrada una vez más por la serena profundidad de su amor por él.

—¿Pensabas en la reunión?

—Sí. En efecto.

Se sirvió un vaso agua de la jarra que había sobre la mesilla e hizo una mueca ante el sabor insulso del agua hervida.

—Creo que has sido un magnífico moderador. Glen te ha preguntado si lo harías también en la reunión pública, ¿verdad? ¿Es lo que te preocupa? ¿Lo rechazaste?

—No; dije que lo haría. Supongo que puedo hacerlo. Estaba pensando en lo de enviar a esos tres al otro lado de las montañas. Enviar espías es algo repulsivo. Tenías razón, Frannie. Lo malo es que Nick también la tiene. En un caso así, ¿qué se puede hacer?

—Supongo que votar de acuerdo con tu conciencia y luego dormir lo mejor que puedas. — Alargó la mano hacia el interruptor de la lámpara Coleman —. ¿Puedo apagar?

—Sí. —Fran apagó al tiempo que él se metía en la cama junto a ella —. Buenas noches, Frannie. Te quiero.

Ella permaneció tumbada boca arriba mirando al techo. Había llegado a una conclusión en lo referente a Tom Cullen, pero seguía obsesionada con aquella huella borrosa de chocolate.

«A todo puerco le llega su hora, Fran.»

Tal vez sería conveniente que se lo contara a Stu ahora mismo, se dijo. Pero de momento convenía esperar, vigilar y ver si ocurría algo.

Pasó mucho tiempo antes de que conciliara el sueño.

## 52

A primeras horas de la mañana, madre Abigail yacía insomne en la cama. Intentaba rezar.

Se levantó sin encender la luz y se arrodilló con su camisón blanco de algodón. Apretó la frente contra su Biblia, que se hallaba abierta por los Hechos de los Apóstoles. La conversión del severo y viejo Saulo en el camino de Damasco. Había quedado cegado por la luz y las escamas cayeron de sus ojos. Los Hechos eran el último libro de la Biblia en el que la doctrina está respaldada por milagros. ¿Y qué eran los milagros sino la mano divina de Dios trabajando sobre la faz de la tierra?

¿Y acaso tenía ella escamas en los ojos?

Los únicos ruidos en la habitación eran el leve siseo de la lámpara de aceite, el tictac de su Westclox de cuerda y los susurros de su voz.

—Muéstrame mi pecado, Señor. Yo no lo sé. Sé que he fallado en ver algo que Tú querías que viera. No puedo dormir. No puedo correr un riesgo y no te siento, Señor. Es como si rezara por un teléfono muerto y éste es un mal momento para que eso suceda. ¿En qué te he ofendido? Estoy escuchando, Señor, intentando oír tu voz en mi corazón.

Y vaya si escuchaba. Se cubrió los ojos con los dedos deformados por la artritis e intentó despejar su mente. Pero en ella todo estaba oscuro, tan oscuro como su piel, oscuro como la tierra en barbecho que espera la buena semilla.

Por favor, mi Señor, mi Señor, por favor, mi Señor...

Pero la imagen que apareció fue la de un solitario trecho de un camino polvoriento en un enorme maizal. Había una mujer con morral de caza lleno de gallinas recién muertas. Y llegaron las comadreja. Se abalanzaban dando mordiscos al morral. Podían oler la sangre... la vieja sangre del pecado y la nueva del sacrificio. La anciana elevó su voz a Dios, pero su tono era débil y gimoteante, una voz llena de petulancia que no suplicaba humildemente que se hiciera la voluntad de Dios, con independencia de la voluntad de ella en el esquema de esa voluntad divina, sino pidiendo a Dios que la salvara para poder terminar su trabajo, como si conociera de antemano la mente de Dios. Las comadreja se mostraban cada vez más audaces. El zurrón empezó a desgarrarse a causa de sus mordiscos y embestidas. Los dedos de la mujer eran demasiado viejos y débiles. Y una vez hubieran acabado con las gallinas, las comadreja, todavía hambrientas, la atacarían a ella.

Y de repente las comadreja empezaron a dispersarse, se hundieron chillando en la noche. Entonces madre Abigail pensó exultante: ¡Dios me ha salvado! ¡Alabado sea su nombre! ¡Dios ha salvado a su buena y leal servidora...!

*No ha sido Dios, anciana, sino yo.* En su visión, ella se volvía sintiendo un miedo que le dejaba regusto a cobre. Y allí, abriéndose camino entre el maizal, semejante a un hirsuto fantasma, plateado, vio un enorme lobo de las montañas Rocosas, las fauces colgantes en una mueca sardónica, los ojos inflamados... Alrededor del fuerte cuello llevaba un collar de plata de una belleza deslumbrante y bárbara, y de él colgaba una pequeña piedra azabache... y en su centro se veía una hendidura roja semejante a un ojo. O a una llave.

Madre Abigail se santiguó e hizo la señal contra el mal de ojo ante aquella espantosa aparición, pero las fauces del lobo se abrieron todavía más, y quedó colgando de ellas el músculo vigoroso y rosado de la lengua.

Vendré por ti, madre. Ahora no, pero pronto. Os haremos correr como los perros hacen correr a los gamos. Soy todo lo que piensas y todavía más. Soy el *hechicero*, el heraldo de la próxima era. Tu propia gente me conoce mejor, madre. Me llaman Juan el Conquistador.

¡Vete en nombre de Dios todopoderoso!, suplicó ella.

¡Pero estaba aterradísima! No por la gente que la rodeaba, que en su sueño estaba representada por las gallinas en el zurrón, sino por ella misma. Tenía miedo en el fondo de su alma, tenía miedo *por* su alma.

*Tu Dios no tiene poder sobre mí, madre. Su nave es débil.*

¡No! ¡No es verdad!, clamó ella mentalmente. Mi fuerza será la fuerza de diez. Me remontaré con alas como las águilas...

Pero el lobo siguió con su mueca. Cada vez se acercaba más. Madre Abigail se estremeció bajo su aliento, que era denso y pútrido. Aquél era el terror del mediodía y el de la medianoche, y ella estaba aterrada. Había alcanzado el límite de su terror. El lobo empezó a hablar con dos voces, preguntándose y luego contestándose a sí mismo.

*¿Quién hizo brotar el agua de la roca cuando estábamos sedientos?*

*Fui yo*, se contestó con voz arrogante, en parte graznido y en parte gruñido.

*¿Quién nos salvó cuando desfallecimos?*, preguntó el gesticulante lobo, con el hocico sólo a unos centímetros de ella, su aliento semejante al de un vertedero.

*Fui yo*, dijo el lobo acercándose más todavía, con su hocico rebosante de muerte cruel, los ojos encendidos y altaneros. *Ah, híncate de rodillas y alaba mi nombre. Soy el que ha traído agua al desierto, alaba mi nombre, soy el bueno y leal servidor que trae agua al desierto y mi nombre es también el nombre de mi Amo...*

Las fauces del lobo se abrieron todo lo grandes que eran. Para tragársela.

—... mi nombre —musitó ella—. Alaba mi nombre. Alaba a Dios, de quien emanan todas las bendiciones, alabadle a Él, vosotros criaturas de aquí abajo...

Alzó la cabeza y escrutó la habitación en una especie de estupor. Su Biblia había caído al suelo. Por la ventana que daba al este se percibían los albores del amanecer.

—¡Oh, mi Señor! —exclamó con voz trémula. *¿Quién hizo brotar agua de la roca cuando estábamos sedientos?*

¿Fue así? ¿Fue así, mi bienamado Dios? ¿Era ése el motivo de que las escamas cegaran sus ojos a las cosas que hubiera debido saber?

De sus ojos brotaron lágrimas amargas. Se puso en pie lenta y penosamente, se acercó a la ventana. La artritis le clavaba agujas punzantes en las caderas y las rodillas.

Miró hacia fuera y supo lo que tenía que hacer.

Regresó junto al armario y se sacó el camión de algodón blanco. Lo dejó caer al suelo. Permaneció desnuda, mostrando un cuerpo cubierto de arrugas.

–Se hará tu voluntad –dijo, y empezó a vestirse.

Una hora después caminaba despacio por la Mapleton Avenue en dirección oeste, hacia la maraña boscosa y los estrechos desfiladeros, más allá de la ciudad.

Stu se encontraba con Nick en las instalaciones de la electricidad cuando Glen irrumpió fuera de la agitación.

–Madre Abigail se ha ido –dijo entre jadeos.

Nick le dirigió una viva mirada.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó Stu al tiempo que apartaba a Glen del equipo de operarios que enrollaban hilo de cobre en una de las turbinas averiadas.

Glen asintió con la cabeza. Había pedaleado hasta allí durante ocho kilómetros y todavía trataba de recuperar el aliento.

–Fui para informarla acerca de la reunión de anoche, y para ponerle la cinta si quería oírla. Deseaba que supiera lo de Tom porque me inquietaba esa idea... Lo que Frannie dijo me estuvo dando vueltas en las primeras horas de la madrugada. Pretendía hacerlo pronto porque Ralph había dicho que hoy llegaban otros dos grupos y ya sabéis cuánto le gusta recibirlos. Me dirigí allí alrededor de las ocho y media. No contestó a mi llamada en la puerta, así que entré. Me dije que si se hallaba dormida me iría... Sólo quería asegurarme de que no... de que no había sufrido algún ataque... Es tan vieja.

Los ojos de Nick no se apartaban de los labios de Glen.

–Pero no estaba allí. Y en su almohada encontré esto.

Les alargó una toalla de papel en la que, con rasgos grandes y temblorosos, había escrito un mensaje.

Ahora tengo que irme por un tiempo. He pecado, he creído conocer la mente de Dios. Mi pecado ha sido de ORGULLO y ahora tengo que encontrar otra vez mi puesto en su trabajo.

Pronto estaré de nuevo con vosotros si así lo quiere el Señor.

ABBY FREEMANTLE

–Maldita sea –exclamó Stu –. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Tú que piensas, Nick?

Nick cogió la nota y la leyó de nuevo. Luego se la devolvió a Glen. En su rostro ya no había fiereza, sólo parecía triste.

–Supongo que habremos de adelantar esa reunión a esta noche –dijo Glen.

Nick movió la cabeza. Cogió su bloc, escribió, arrancó la hoja y se la dio a Glen. Stu la leyó por encima del hombro de éste.

–«El hombre propone y Dios dispone. Madre A. era aficionada a ese dicho y solía citarlo con frecuencia. Tú mismo dijiste, Glen, que la dirigía alguien más. Dios, su propia mente, su imaginación, lo que sea. ¿Qué hay que hacer? Se ha ido. No podemos evitarlo.»

–Pero la conmoción... –empezó Stu.

–Desde luego habrá un tumulto –dijo Glen –. ¿No convendría al menos que el comité se reuniera para discutirlo?

Nick garrapateó.

–« ¿Con qué fin? ¿Para qué celebrar una reunión en la que no se va a resolver nada?»

–Bueno, podríamos organizar una partida que saliera en su busca. No puede haber ido lejos.

Nick rodeó con un círculo la frase «El hombre propone y Dios dispone».

«Si la encontramos, ¿cómo la volveremos a traer? ¿Encadenada?», escribió debajo.

–¡Santo cielo, no! –exclamó Stu –. ¡Pero no podemos dejarla vagando por ahí, Nick! Se le ha ocurrido la insensata idea de que ha ofendido a Dios. ¿Qué pasará si cree que debe internarse en la zona peligrosa como un personaje del Antiguo Testamento?

–Bueno, ¡ahí lo tenéis!

Glen puso una mano en el brazo de Stu.

–Tranquilízate, tejano. Examinemos las implicaciones de todo esto.

–¡Al diablo con las implicaciones! No veo implicación alguna en dejar que una anciana vague por ahí noche y día hasta morir de frío.

–No es sólo una anciana. Es madre Abigail y por estos parajes es el Papa. Si el Papa decide irse andando a Jerusalén, ¿discutirías con él si fueras un buen católico?

–No es lo mismo, maldición, y tú lo sabes.

–Sí es lo mismo. Lo es. Al menos así lo verá la gente en la Zona Libre. ¿Te sientes dispuesto a afirmar manera inequívoca que Dios *no le ha dicho* que se adentre en la zona peligrosa, Stu?

–No, pero...

Nick había estado escribiendo y en ese momento mostraba el papel a Stu, quien hubo de descifrar algunas palabras. La escritura de Nick solía ser impecable, pero aquello había sido escrito de forma apresurada, con impaciencia.

–«Esto no cambia nada, Stu, salvo que probablemente hará daño a la Zona Libre. Acaso ni siquiera eso. La gente no va a dispersarse porque ella se haya ido. Significa que no tendremos que desvelarle nuestros planes en estos momentos. Tal vez sea preferible.»

–No lo entiendo –se quejó Stu –. A veces habláis de ella como si fuera un obstáculo a salvar, igual que una barrera en la carretera. En otras ocasiones la consideráis como si fuera el Papa y que nada de lo que ella haga puede estar mal. A mí sencillamente me cae bien. ¿Qué quieres, Nicky? ¿Que este otoño alguien tropiece con su cuerpo, en uno de esos

angostos cañones al oeste de la ciudad? ¿Insinúas que la dejemos allí para que se convierta en alimento para los cuervos?

–La decisión de irse fue suya, Stu –le recordó Glen.

–¡Maldición! Menudo lío –exclamó.

Hacia el mediodía, la noticia de la desaparición de madre Abigail había corrido por toda la comunidad. Como predijo Nick, el sentimiento general fue más de triste resignación que de alarma. La comunidad pensaba que debía de haberse ido «para orar en busca de guía» con el fin de poder ayudarles a encontrar, en la asamblea del 18, el buen camino a seguir.

–No diré que es Dios –comentó Glen durante un rápido almuerzo en el parque, – pero sí es una especie de Dios por poderes. Se puede calibrar la fortaleza de la fe de una sociedad comprobando hasta qué punto se debilita esa fe cuando desaparece su objeto empírico.

–Explícame eso.

–Cuando Moisés destruyó el becerro de oro, los israelitas dejaron de adorarlo. Al inundar un diluvio el templo de Baal, sus seguidores llegaron a la conclusión de que no era un dios del otro mundo. Pero Jesús ha permanecido activo durante dos mil años y la gente no sólo sigue sus enseñanzas sino que vive y muere convencida de que finalmente volverá y, cuando lo haga, no será nada inesperado. Ésos son los sentimientos de la Zona Libre hacia madre Abigail. Estas personas están seguras de su retorno. ¿Habéis hablado con ellas?

–Sí –respondió –. Y no puedo creerlo. Hay una anciana vagando por ahí y todo el mundo se encoge de hombros. Me pregunto si traerá de nuevo los Diez Mandamientos en tablas de piedra a tiempo para la asamblea.

–Tal vez lo haga –replicó Glen sombrío –. Y no todos se encogen de hombros. Ralph Bretner está prácticamente desesperado.

–Bien por Ralph. ¿Y qué me dices de ti? ¿Cuál es tu postura al respecto?

–Te lo diré... Es algo extraño. El viejo tejano resulta más inmune al Evangelio que madre Abigail dispensa a esta comunidad que el viejo y agnóstico oso sociólogo. Creo que volverá. No sé por qué pero lo creo. ¿Qué piensa Frannie?

–No lo sé. No la he visto en toda la mañana. Por lo que sé de ella, igual podría estar comiendo saltamontes y miel silvestre con madre Abigail. –Su mirada se perdió en las Flatirons que surgían altas entre la bruma de las primeras horas de la tarde –. Dios mío, Glen, espero que la anciana se encuentre bien.

Fran ni siquiera sabía que madre Abigail se había ido. Pasó la mañana en la biblioteca leyendo sobre jardinería. Y no era ella la única aplicada. Vio a dos o tres personas con libros sobre agricultura. A un joven de unos veinticinco años, con gafas, concentrado en la lectura de un libro titulado *Siete fuentes de energía independiente para tu hogar*. Y a una bonita adolescente de unos catorce años con un manoseado ejemplar titulado *600 recetas sencillas*.

Se fue de la biblioteca hacia las doce, y bajó paseando hasta Walnut Street. Estaba a medio camino de su casa cuando se encontró con Shirley Hemmett, la mujer de más edad que viajaba con Dayna, Susan y Patty Kroger. Desde entonces, Shirley había ido mejorando de forma asombrosa. En aquel momento parecía una matrona enérgica y guapa.

Se detuvo para saludar a Fran.

—¿Cuándo crees que estará de regreso? Se lo he preguntado a todo el mundo. Si en esta ciudad hubiera un periódico, lo habría comunicado en la sección Cartas al Director, como eso de «¿Qué piensas de la postura del senador Bunghole respecto a la escasez de petróleo?» Una cosa así.

—¿De quién hablas?

—De madre Abigail, naturalmente. ¿Dónde has estado, muchacha? ¿Hibernada?

—¿Qué pasa? —preguntó Fran alarmada—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ésa es precisamente la cuestión. Nadie lo sabe.

Shirley contó a Fran lo sucedido mientras ésta se encontraba en la biblioteca.

—¿Se fue? ¿Así, sin más? —preguntó Frannie frunciendo el entrecejo.

—Sí. Pero volverá —añadió Shirley con tono confidencial—. Lo dice en la nota.

—Si es la voluntad de Dios.

—Es una manera de hablar, estoy segura —repuso Shirley.

—Así lo espero. Gracias por decírmelo, Shirley. ¿Sigues teniendo dolores de cabeza?

—No. Ya no los tengo. Te votaré a ti, Fran.

—¿Qué...? —Tenía la mente en otro sitio, dando vueltas a aquella nueva información y, por un instante, no tuvo la menor idea de a qué se refería Shirley.

—¡Para el comité permanente!

—Ah, sí. Gracias. Ni siquiera estoy segura de querer ese trabajo.

—Lo harás muy bien. Tanto tú como Susy. Ahora he de irme, Fran. Ya nos veremos.

Se separaron. Fran se dirigió presurosa al apartamento para averiguar si Stu sabía algo más. Al ocurrir casi a raíz de su reunión de la noche anterior, la desaparición de la anciana despertó en ella una especie de temor supersticioso. No le gustaba la idea de no poder someter las grandes decisiones, como la de enviar gente al oeste, al juicio de madre Abigail. Sin su presencia, Fran sentía recaer sobre sus hombros una excesiva responsabilidad.

Al llegar se encontró con el apartamento vacío. No había encontrado a Stu por unos quince minutos. La nota debajo del azucarero rezaba: «Regresaré a las 9.30. Estoy con Ralph y Harold. No te preocupes. Stu.»

¿Con Ralph y Harold?

Sintió una repentina punzada de temor que nada tenía que ver con madre Abigail. ¿Y por qué habría de temer por Stu? Dios mío, si Harold intentara hacer algo... Bueno, Stu lo haría polvo. A menos... a menos que Harold lo atacara a traición o algo parecido y...

Sintió un escalofrío y se cogió los codos preguntándose qué tendría que hacer Stu con Ralph y Harold.

«A las 9.30.» Santo Dios, eso era mucho tiempo. Permaneció en pie en la cocina mirando con ceño la mochila que dejó sobre la encimera. «Estoy con Ralph y Harold.»

De manera que la pequeña casa de Harold en el extrarradio Arapahoe se encontraría vacía hasta las nueve y media de esa noche. A menos que se hubieran reunido allí. De ser así, se incorporaría a ellos y satisfacería su curiosidad. En bicicleta llegaría en un momento. Si no hubiera nadie, tal vez podría encontrar algo que la tranquilizase, o... No quería pensar en ello.

*¿Tranquilizarte?, le dijo insidiosa la voz interior. ¿O tal vez hacerte perder más la cabeza? Imagina que sí encuentras algo raro. ¿Qué pasará entonces? ¿Qué harás al respecto?*

Lo ignoraba.

*No hay de qué preocuparse, Stu.*

Pero sí *había* de qué preocuparse. La huella de un pulgar en su diario era preocupante. Porque un hombre capaz de robarte el diario y hurgar en tu intimidad era un hombre sin demasiados principios y escrúpulos. Un hombre que podía deslizarse por detrás de alguien a quien odiara y empujarlo desde una gran altura. O utilizar una piedra. O un cuchillo. O un revólver.

*No hay de qué preocuparse, Stu.*

*Pero si Harold llegara a algo semejante, estaría acabado. ¿Qué podía hacer entonces?*

Pero Fran supo lo que tenía que hacer ella. Aún no sabía con certeza si Harold era el tipo de hombre que se temía, pero sabía que ahora ya había un lugar para personas así.

Volvió a coger la mochila con movimientos nerviosos y se dirigió a la puerta. Tres minutos después pedaleaba Broadway arriba, en dirección a Arapahoe, bajo el brillante sol de la tarde, mientras pensaba: Los encontraré en la sala de estar de Harold, tomando café y hablando de madre Abigail. Todo el mundo estará bien. No habrá problemas.

Pero la casita de Harold estaba a oscuras, desierta y cerrada a cal y canto.

Esto último era una pura estupidez en Boulder y daba que pensar. En los viejos tiempos, uno cerraba la casa cuando salía para que no te robaran el televisor, el estéreo o las joyas de tu mujer. Pero ahora los televisores y los estéreos carecían de valor. Y en cuanto a las joyas, en Denver podías cogerlas a puñados.

*¿Por qué atrancas tu puerta, Harold, cuando todo es gratis?, pensó. ¿Porque nadie teme tanto al robo como un ladrón?*

Desde luego su especialidad no era la de reventar cerraduras. Se había resignado ya, cuando se le ocurrió intentarlo por las ventanas del sótano. Se encontraban a nivel del suelo, opacas por el polvo. Una de ellas se abrió a la primera, deslizándose de lado sobre su riel, al tiempo que dejaba caer montones de polvo al suelo del sótano.

Fran miró en derredor con cierta vacilación. Hasta entonces nadie se había instalado en un sitio tan lejos como Arapahoe, salvo Harold. Eso también era extraño. Harold podía desternillarse, ir dando palmadas en la espalda a la gente y pasándolo en grande con cualquier persona; podía ofrecer su ayuda, y de hecho lo hacía siempre que se la pedían, y a veces sin que se la pidieran; lograba caer simpático a la gente. En realidad en Boulder se le tenía en gran consideración. Pero la elección del sitio donde vivir era otra cosa, ¿no? Ello revelaba un aspecto un tanto distinto del punto de vista de Harold respecto a la sociedad y su puesto en ella... O tal vez fuera sencillamente que le gustaba la tranquilidad.

Entró por la ventana retorciéndose y ensuciándose la blusa. Se dejó caer al suelo. Ahora la ventana del sótano se encontraba al nivel de sus ojos. Era tan diestra en gimnasia como en reventar cerraduras, de manera que, para salir, habría de buscar algo en que subirse.

Fran miró alrededor. El sótano había sido convertido en un cuarto de juegos y distracciones. Era lo que su padre siempre había querido hacer, aunque nunca llegó a ver realizado su deseo, se dijo con tristeza. Las paredes estaban recubiertas con madera de pino nudosa, con unos altavoces cuadrifónicos encastrados en ella, una gran estantería llena de rompecabezas y libros, una instalación de un tren eléctrico y otra de coches de carreras. También había un juego de air-jockey sobre el que Harold había dejado una caja de coca-cola. Se veía que había sido un cuarto de niños, y en las paredes había pósters. El más grande, ya viejo y agrietado, mostraba a George Bush saliendo de una iglesia de Harlem con las manos alzadas y una gran sonrisa. La leyenda decía: ¡NO INTENTÉIS ENDILGAR BOOGIE AL REY DEL ROCK AND ROLL!

De repente se sintió más triste que nunca. Había sufrido conmociones, miedo, terror, pánico, así como un compendio de toda clase de penas; pero esa tristeza profunda y penetrante era algo nuevo. Y con ella llegó una repentina oleada de nostalgia por Ogunquit, por el océano, por las queridas colinas y los pinares de Maine. Sin motivo aparente, se acordó de repente de Gus, el empleado del aparcamiento en la playa pública de Ogunquit. Por un instante creyó que iba a rompersele el corazón por tanta pérdida y dolor. ¿Qué hacía ella allí, encerrada entre las llanuras y las montañas que dividían al país en dos? Aquél no era su sitio. Ella no pertenecía a ese lugar.

Dejó escapar un sollozo, el cual sonó de una forma tan estremecedora que, por segunda vez en ese día, se llevó las manos a la boca para contenerlo. Basta ya, Frannie, se reprendió. No se supera con tanta rapidez algo tan terrible como esto. Vayamos poco a poco. Si tienes que llorar hazlo más tarde, no aquí, en el sótano de Harold. Lo primero es lo primero.

Se dirigió hacia la escalera, y en su rostro apareció una sonrisa leve y amarga al pasar junto a la cara siempre alegre de George Bush. A ti sí te endilgaron un buen boogie, se dijo. Desde luego alguien lo hizo.

Al llegar al final de la escalera, pensó que la puerta iba a estar cerrada, pero se abrió con facilidad. La cocina, en forma de nave, se hallaba limpia, limpios los platos del almuerzo y colocados en el escurridor. Pero en el aire flotaba todavía un denso olor a frito, como el

fantasma de la vieja personalidad de Harold, el Harold que se había introducido en aquella parte de la vida de ella al llevarla a casa al volante del Cadillac de Roy Brannigan con ocasión del enterramiento de su padre.

En menudo apuro me encontraría si a Harold se le ocurriera volver en este momento, se dijo. Aquella idea le provocó un escalofrío. Casi esperaba ver a Harold en pie junto a la puerta de la sala de estar, contemplándola con una mueca sonriente. Allí no había nadie; pero el corazón empezó a latirle con fuerza.

En la cocina no había nada, de manera que se dirigió a la sala de estar.

Se hallaba oscura, demasiado oscura. Harold no sólo mantenía las puertas cerradas sino también las persianas bajadas. De nuevo tuvo la sensación de estar presenciando una manifestación de la personalidad de Harold. ¿Por qué alguien había de bajar las persianas en un pueblo pequeño donde ésa era la manera en que los vivos identificaban las casas de los muertos?

La sala de estar, al igual que la cocina, aparecía impecable. Pero el mobiliario era algo pesado y se veía baquetado. Lo más bonito de la habitación era la chimenea, una inmensa obra en piedra, con un hogar bastante grande como para sentarse en él. Fran lo hizo por un momento, mirando pensativa en derredor. Al girar sintió debajo del trasero una losa suelta. Iba a levantarse para examinarla cuando llamaron a la puerta.

El miedo la envolvió. Se sintió paralizada por un terror repentino y contuvo el aliento.

Se repitió la llamada, varios golpes firmes y rápidos.

Dios mío, se dijo. Gracias al cielo las persianas están bajadas.

Aquella idea fue seguida por la repentina certeza de que había dejado su bici donde cualquiera podía verla. ¿Era así? Intentó desesperadamente recordar pero no lo consiguió, salvo un montón de palabras incómodamente familiares: *Ves la paja en ojo ajeno y no ves la viga en el tuyo.*

Volvieron a llamar y se oyó una voz de mujer:

—¿Hay alguien en casa?

Fran permaneció inmóvil. De repente recordó haber dejado la bici en la parte de atrás, en el tendedero de Harold. No podía ser vista desde el frente. Pero si la visitante de Harold decidía probar por la puerta trasera...

El pomo de la puerta principal, que Frannie podía ver a través del corto vestíbulo, empezó a girar en inútiles semicírculos.

Quiquiera que sea espero que las cerraduras se le den tan mal como a mí, se dijo Frannie. Y luego hubo de apretarse la boca con ambas manos para contener una carcajada. Y entonces oyó, con alivio, pasos que se alejaban de la puerta, seguidos del taconeo por el sendero de cemento de Harold.

Lo que hizo a continuación no se debió a una decisión consciente. Cruzó sigilosa el vestíbulo hasta la puerta de entrada y miró por el visillo. Vio a una mujer de pelo largo y

oscuro con mechadas blancas. Montó en una pequeña Vespa aparcada junto a la acera. Al ponerse en marcha el motor se recogió el pelo hacia atrás y se lo sujetó.

*¡Es esa Cross, la que vino con Larry Underwood!, se dijo. ¿Acaso conoce a Harold?*

Nadine maniobró, se puso en marcha y pronto desapareció de la vista. Fran lanzó un suspiro y se le aflojaron las piernas. Abrió la boca para soltar la risa que había estado conteniendo, pero sin embargo rompió a llorar.

Cinco minutos después, demasiado nerviosa para seguir buscando, se izaba a la ventana del sótano desde el asiento de una mecedora que había acercado hasta allí. Una vez fuera, pudo apartarla lo suficiente para que no resultara evidente que alguien la había utilizado para salir. Aun así no se encontraba en el mismo sitio que antes, pero la gente rara vez repara en cosas como ésa, y además no parecía que Harold hiciera uso del sótano, salvo para almacenar coca-cola.

Cerró de nuevo la ventana y montó en la bici. Todavía se sentía conmocionada y con unas ligeras náuseas por el miedo pasado.

Salió pedaleando del patio de Harold, abandonó Arapahoe lo más deprisa posible y, volviendo al centro en Canyon Boulevard, cinco minutos después se encontraba de nuevo en su apartamento.

En él reinaba el más absoluto silencio.

Fran abrió su diario y, mientras contemplaba la borrosa huella de chocolate, se preguntó dónde estaría Stu,

También se preguntó si Harold se encontraba con él.

Por favor, Stu, vuelve a casa, pensó. Te necesito.

Después del almuerzo Stu se había separado de Glen para regresar a casa. Se quedó sentado en la sala de estar preguntándose dónde estaría madre Abigail, y también si Nick y Glen acertarían al dejar que el asunto siguiera su curso.

Llamaron a la puerta.

—¿Stu? —se oyó decir a Ralph Bretner—. ¿Estás en casa, Stu?

Harold Lauder le acompañaba. Aquel día la sonrisa de Harold era menos visible, pero no había llegado a perderla del todo. Tenía el aspecto de un bromista intentando mantenerse serio durante un funeral.

Ralph, desolado por la desaparición de madre Abigail, hacía media hora que se había encontrado con Harold, el cual se dirigía a su casa después de haber estado ayudando a un grupo de gente a sacar agua en Boulder Creek. Ralph tenía simpatía por Harold, el cual siempre parecía disponer de tiempo para escuchar y compadecer a quienquiera que tuviese una historia triste que contar... y él, en cambio, nunca parecía sentir la necesidad de hacer algo semejante. Ralph le había contado con detalle todo el episodio de la desaparición de madre Abigail, incluidos sus temores de que pudiera sufrir un ataque cardíaco, romperse uno de sus frágiles huesos o morir de frío si pasaba la noche a la intemperie.

---

–Y ya sabéis que llueve cada condenado atardecer –terminó Ralph mientras Stu servía café.  
–Si llega a empaparse, seguro que coge un resfriado. ¿Y luego qué? Supongo que una neumonía.

–¿Y nosotros qué podemos hacer? –les preguntó Stu –. No vamos a obligarla a regresar si no quiere.

–Claro que no –reconoció Ralph –. Pero Harold ha tenido una idea muy buena. Stu miró a Harold. – ¿Cómo estás, Harold? –Muy bien. ¿Y tú? –Espléndido.

–¿Y Fran? ¿La cuidas bien?

Harold no apartó los ojos de Stu. Seguían brillando de aquella manera agradable, con cierto humor; pero Stu tuvo la impresión de que los ojos sonrientes de Harold eran como la luz del sol sobre las aguas de Brakeman's Quarry, allá en su tierra: las aguas parecían plácidas pero se hundían más y más en las negras profundidades que el sol nunca alcanzaba. Cuatro muchachos perdieron su vida a lo largo de los años en el plácido Brakeman's Quarry.

–Lo mejor que puedo –respondió Stu –. ¿Qué se te ha ocurrido, Harold?

–Bien, veamos. Comprendo el punto de vista de Nick. Y también el de Glen. Admiten que la Zona Libre considera a madre Abigail como un símbolo teocrático, y en estos momentos están muy cerca de representar el sentir de la Zona, ¿no es así?

Stu bebía su café.

–¿Qué quieres decir con «símbolo teocrático»?

–Pues que es un símbolo terrenal de un pacto hecho con Dios –repuso Harold con los ojos ligeramente velados –. Como la sagrada eucaristía o las vacas sagradas de la India.

Stu se excitó un poco al oír aquello.

–A esas vacas las dejan deambular por las calles ocasionando dificultades en la circulación, ¿no es cierto? Pueden entrar o salir de las tiendas o decidirse incluso a abandonar la ciudad.

–Así es –reconoció Harold –. Pero casi todas esas vacas están enfermas, Stu. Casi siempre a punto de morir de inanición. Algunas, tuberculosas. Y todo por ser un símbolo. La gente cree que Dios se ocupará de ellas, al igual que nuestra gente cree que Dios cuidará de madre Abigail. Pero yo tengo mis dudas al respecto.

Ralph pareció sentirse incómodo, y Stu supo lo que experimentaba. Su sentimiento era el mismo y le dio posibilidad de calibrar lo que sentía por madre Abigail.

–De cualquier manera –concluyó Harold su disertación sobre las vacas sagradas de la India, – no podemos cambiar lo que la gente siente por ella...

–Y tampoco lo queríamos –se apresuró a precisar Ralph.

–De acuerdo –convino Harold –. Después de todo, ella es la que nos ha reunido, y no por onda corta, ciertamente. Mi idea es que organicemos partidas de búsqueda y pasemos la tarde en tareas de reconocimiento de la parte oeste de Boulder. Podemos mantenernos en contacto con walkie-talkie.

Stu asentía. Aquello era lo que él había querido hacer durante todo el tiempo. Con las vacas sagradas o sin ellas, con Dios o sin él, no era justo dejarla vagar sola por esas tierras. Aquello no tenía nada que ver con la religión, se trataba sencillamente de una brutal indiferencia.

–En caso de que la encontremos, podremos preguntarle si necesita algo –seguía diciendo Harold.

–Como un viaje de regreso al pueblo –intervino Ralph.

–Al menos podremos mantenerla vigilada –opinó Harold.

–Bueno –dijo Stu –. Creo que es una buena idea vigilar, Harold. Voy a dejar una nota a Fran.

Pero mientras escribía la nota, sentía la apremiante necesidad de vigilar a Harold, de ver lo que estaba haciendo mientras él no lo miraba, y la expresión que había en sus ojos.

Harold pidió, y los otros se mostraron de acuerdo, reconocer el trecho de carretera zigzagueante entre Boulder y Nederland, por considerarlo la zona más improbable. Pensaba que si él no podía ir en un solo día de Boulder a Nederland, menos podría aquella jodida vieja loca. Pero era un recorrido agradable que le dio oportunidad de pensar.

Eran ya las siete menos cuarto e iba de regreso. Tenía la Honda aparcada en un área de servicio y estaba sentado a una mesa de picnic, bebiendo una coca-cola y comiendo galletas. El walkie-talkie que se encontraba colgado del manillar de la Honda con la antena extendida transmitió débilmente la voz de Ralph Bretner. Ralph se encontraba en alguna parte de Flagstaff Mountain.

«... Sunrise Amphitheater... ni rastro de ella... se acerca una tormenta.»

Luego la voz de Stu, más cercana y fuerte. Estaba en Chautauqua Park, a seis kilómetros de donde se encontraba Harold.

–¡Repítelo, Ralph!

Llegó la voz de Ralph, esa voz vociferante. Tal vez a él mismo le diera un ataque. Sería una estupenda manera de terminar el día.

« ¡Ni rastro de ella! ¡Voy a bajar antes de que oscurezca! ¡Corto!»

«Diez cuatro –dijo Stu al parecer desalentado –. ¿Estás ahí, Harold?»

Harold se puso en pie y se limpió las migas de galletas en los vaqueros.

« ¿Harold? ¡Llamando a Harold Lauder! ¿Me recibes, Harold? »

Harold apuntó al walkie-talkie con el dedo corazón. Luego apretó el botón y dijo con voz agradable aunque con la nota justa de falta de resuello.

–Estoy aquí. Me había alejado un poco... Me pareció ver algo en la zanja. Sólo era una chaqueta vieja. ¡Corto!

«Bien, de acuerdo. ¿Por qué no vienes a Chautauqua, Harold? Esperaremos aquí a Ralph.»

---

Te encanta dar órdenes, ¿verdad, cabrón? Es posible que tenga algo para ti. Sí, es posible.

« ¿Me recibes, Harold?»

–Sí. Lo siento Stu. Estaba distraído. Puedo estar ahí en quince minutos.

« ¿Me recibes, Ralph?», vociferó Stu. Harold dio un respingo y luego hizo de nuevo el ademán obsceno en beneficio de Stu, acompañado por una sonrisa furtiva. Recibe tú esto, cabrón.

«Stu, estarás en Chautauqua Park –se escuchó lejana la voz de Ralph entre los ruidos de la estática –. Voy de camino. Cambio y fuera.»

–También yo voy de camino –agregó Harold –, Cambio y fuera.

Desconectó el walkie-talkie, bajó la antena y colgó la radio en el manillar. Pero permaneció un instante en la Honda sin ponerla en marcha. Llevaba una cazadora del ejército. El grueso forro venía bien cuándo viajabas en moto por encima de los dos mil metros, incluso en agosto. Pero esa cazadora servía para otros fines. Tenía muchos bolsillos con cremallera y, en uno de ellos, había un Smith & Wesson del calibre 38. Harold sacó el revólver y le dio vueltas entre las manos. Tenía completo el cargador y le pesaba, como si comprendiera que sus objetivos eran graves. Muerte, destrucción, asesinato.

¿Esta noche? ¿Y por qué no?

Había comenzado aquella expedición ante la posibilidad de encontrarse a solas con Stu y con el tiempo suficiente. Y ahora parecía que iba a materializarse esa posibilidad. En Chautauqua Park en menos de quince minutos. Pero también la excursión servía para otro fin. Su intención no había sido llegar hasta Nederland, un pueblo miserable y pequeño, a gran altura sobre Boulder, escondido y cuyo único mérito residía en haber servido de refugio a Patty Hearst en sus días de fugitiva. Pero, mientras iba subiendo, con el suave ronroneo de la Honda entre las piernas y el aire helado azotándole el rostro, ocurrió algo.

Si se coloca un imán en el extremo de una mesa y un lingote de acero en el otro no pasa nada. Si se va acercando lentamente el lingote al imán, reduciendo poco a poco la distancia (Harold mantuvo por un instante esa imagen en su mente, saboreándola, tomando nota para incluirla en el diario cuando regresara aquella noche), llegará un momento en que el empujón que se dé al lingote parezca impulsarlo más de lo debido. El lingote se detiene, aunque al parecer reacio, como si hubiera cobrado vida, y parte de su movilidad es resentimiento hacia la ley física de la inercia. Uno o dos empujoncitos más y casi puede verse, o acaso se vea en realidad, temblar al lingote sobre la mesa, estremeciéndose y vibrando un poco, semejante a uno de esos frijoles saltarines que pueden comprarse en los bazares mejicanos. Parecen nudos de madera del tamaño de un nudillo, pero en realidad tienen un gusano vivo en su interior. Un empujón más y el equilibrio entre fricción/inercia y la atracción del imán empieza a inclinarse hacia el otro lado. El lingote, ya completamente arrimado, cobra vida propia, cada vez con mayor rapidez, hasta que al final se estrella contra el imán y se queda adherido a él.

Un proceso horrible, fascinante.

Cuando en junio último se acabó el mundo, todavía no se había comprendido la fuerza del magnetismo, pese a que Harold creyera (su mente nunca había mostrado una inclinación

---

científico-racional) que los físicos que habían estudiado tales cosas pensaban que estaban íntimamente ligadas al fenómeno de la gravedad, y que éste era la clave del universo.

De camino hacia Nederland, mientras subía, sintiendo el aire cada vez más helado, viendo las nubes amontonarse lentamente en derredor de los picos más altos, más allá de Nederland, Harold sintió iniciarse ese proceso en su propia persona. Se estaba acercando al punto del equilibrio... y poco más allá de él alcanzaría el punto de cambio. Él era el lingote de acero que se encontraba a esa distancia del imán en que un pequeño empujón le envía algo más lejos de lo que la fuerza impulsora lo hubiera hecho en circunstancias normales. Podía sentir la agitación en sí mismo.

Era lo más parecido que había tenido a una experiencia sagrada. Se había dicho que la vieja era una especie de psique, lo mismo que Flagg, el hombre oscuro. Eran emisoras de radio humanas y sólo eso. Su poder auténtico residiría en sociedades que se fundían alrededor de sus señales, tan diferentes la una de la otra. Eso era lo que había pensado.

Pero, montado en su moto, al final de la pedregosa Main Street de Nederland, con la luz de la Honda centelleando como el ojo de un gato, oyendo el lamento invernal del viento entre los pinos y los tiemblos, experimentó algo más que una simple atracción magnética. Había sentido un poder irracional, procedente del oeste, una atracción tan enorme que tuvo la conciencia absoluta de que, si seguía dejándose captar por ello, se volvería loco. Tenía la sensación de que, si se aventuraba a avanzar más en el brazo de la balanza, perdería hasta el último ápice de voluntad propia. Y seguiría tal como estaba, con las manos vacías.

Y aunque él no tuviera la culpa, el hombre oscuro lo mataría por ello.

De manera que dio media vuelta y sintió el frío alivio de quien ha estado al borde del suicidio y sale de un largo período de contemplación de un profundo abismo. Pero, si quería, podía ir esa noche. Sí, podía matar a Redman con una sola bala disparada a quemarropa. Y luego conservar la sangre fría hasta que apareciera el patán de Oklahoma. Otro disparo en la sien. Nadie se alarmaría por los disparos. La caza era abundante y mucha gente había tomado la costumbre de disparar contra los venados que se aventuraban por el pueblo. En ese momento eran las siete menos diez. Podía haber acabado con ellos para las siete y media. Fran no daría la voz de alarma hasta las diez y media o más tarde, y para entonces él podía encontrarse bien lejos, dirigiéndose hacia el oeste en su Honda, con su diario en la mochila. Pero nada de ello ocurriría si seguía allí sentado en aquella moto, dejando pasar el tiempo.

La Honda se puso en marcha al segundo intento. Era una buena moto. Harold sonrió. La sonrisa se hizo más amplia irradiando alegría. Condujo en dirección a Chautauqua Park.

Empezaba a caer el crepúsculo cuando Stu oyó entrar en el parque la moto de Harold. Un instante después vio el faro de la Honda apareciendo y desapareciendo entre los árboles que bordeaban el ascendente camino. Luego pudo ver también la cabeza de Harold girando a derecha e izquierda, buscándolo.

Stu, que se encontraba sentado en el borde de una barbacoa construida en la roca, agitó la mano al tiempo que lo llamaba. Harold le descubrió al cabo de un minuto, agitó a su vez la mano y se acercó

Tras haber pasado juntos aquella tarde, Stu se sentía mejor dispuesto respecto a Harold, como nunca lo había estado. Su idea había sido muy buena aun cuando no hubiera dado resultado. Harold había insistido en registrar la carretera a Nederland y tenía que haber pasado mucho frío a pesar de su gruesa cazadora. Al acercarse, Stu vio que la sonrisa perpetua de Harold era más bien una mueca. Tenía tensos los rasgos y se hallaba excesivamente pálido. Supongo que se sentirá decepcionado de que las cosas no hubieran resultado bien. De repente sintió un asomo de culpabilidad por la opinión que Frannie y él habían tenido de Harold y su continuo recelo, como si su sonrisa y su excesiva cordialidad con la gente fueran una especie de enmascaramiento. ¿Les había pasado siquiera por la cabeza la idea de que, en realidad, estuviera intentando empezar de nuevo y que era posible que lo hiciera de una forma extraña puesto que jamás lo había intentado antes? Stu estaba seguro de que no.

–Nada, ¿verdad? –preguntó a Harold, saltando con agilidad del reborde de la barbacoa.

–Nada –confirmó Harold.

Reapareció la sonrisa; pero era maquinal, sin fuerza, semejante a un rictus. Su rostro seguía pareciendo extraño y de una extrema palidez. Había metido las manos en los bolsillos de la cazadora.

–No importa. La idea fue buena. A lo mejor ya está en su casa. De no ser así, volveremos a buscarla mañana.

–Es posible que lo que busquemos mañana fuera un cadáver.

Stu suspiró.

–Tal vez... Sí, es posible. ¿Por qué no vienes conmigo a cenar, Harold?

–¿Cómo?

Harold pareció encogerse entre las sombras de los árboles. Su sonrisa se hizo más forzada que nunca.

–A cenar –repitió Stu –. Frannie se alegrará de verte. De veras.

–Bueno, tal vez –respondió Harold, que seguía rumiando incómodo –. Pero yo... bueno, tengo algo para ella ¿sabes? Quizá sea mejor que de momento lo dejemos. Nada personal. Vosotros dos os entendéis bien. Lo sé.

Su sonrisa no podía parecer más sincera y contagiosa. Stu sonrió a su vez.

–Como quieras, Harold. La puerta siempre estará abierta. –Gracias.

–Soy yo quien ha de darte las gracias –declaró Stu con seriedad.

Harold parpadeó.

–¿A mí?

–Por animarnos a buscar cuando todo el mundo había decidido que la naturaleza siguiera su curso. Aunque no hayamos logrado nada, quiero estrecharte la mano.

Stu tendió la mano. Por un instante Harold clavó en él una mirada vacua y Stu se dijo que no respondería a su gesto. Pero luego Harold sacó la mano derecha del bolsillo de su cazadora, dando la impresión de que tropezaba con algo, tal vez la cremallera, y cambió con Stu un breve apretón de manos. La de Harold estaba caliente y algo sudorosa.

Stu se colocó frente a él, mirando hacia el camino.

–Ralph debería estar ya aquí. Espero que no haya sufrido un accidente bajando por esa escabrosa montaña. Él... Aquí viene.

Stu caminó hacia la linde del camino. Un segundo faro jugueteaba a través de los árboles.

–Sí, es él –corroboró Harold a su espalda, con un extraño tono de voz.

–Y viene con alguien.

–¿Qué?

–Mira. –Señaló un segundo faro de moto detrás del primero.

–¡Oh! –De nuevo aquella extraña voz sin inflexiones, la cual hizo que Stu se volviera hacia él.

–¿Te encuentras bien, Harold?

–Sólo estoy cansado.

La segunda máquina pertenecía a Glen Bateman. Era de pequeña cilindrada, lo más parecido a un ciclomotor que había podido encontrar, y hacía que la Vespa de Nadine pareciera una Harley. Detrás de Ralph viajaba Nick Andros. Nick invitó a los dos a la casa que compartía con Ralph para tomar café y brandy. Stu aceptó. No así Harold, que seguía pareciendo tenso y cansado.

Está decepcionado, se dijo Stu. Y llegó a la conclusión de que no sólo era la primera vez que había sentido simpatía por Harold, sino también que ésta había llegado con mucho retraso.

Insistió en la invitación de Nick; pero Harold se limitó a negar con la cabeza y decir que estaba rendido. Lo único que quería era regresar a casa y dormir.

Cuando llegó a su pequeña vivienda, Harold temblaba tanto que casi no pudo introducir la llave en la cerradura. En cuanto logró abrir se precipitó al interior como si temiese que algún maníaco pudiera deslizarse por el camino detrás de él. Cerró de golpe, echó la llave y corrió el cerrojo. Luego permaneció apoyado contra la puerta por un instante, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, sintiéndose al borde de un llanto histérico. Una vez recuperado el dominio, cruzó a tientas el vestíbulo hasta la sala de estar y encendió las tres lámparas de gas. La habitación se iluminó. Aquello estaba mejor.

Se sentó en su butaca favorita y entornó los ojos. Apenas se calmaron un poco los latidos de su corazón, se acercó al hogar, quitó la losa suelta y sacó su diario titulado «Libro Mayor». Aquello lo serenó. En esa clase de libro llevas la cuenta de las deudas pendientes,

de las facturas por cobrar, de los intereses acumulados. Allí, finalmente, escribes *pagado* en todas las cuentas.

Volvió a sentarse, abrió por la página en la que se había quedado, vaciló y luego anotó: «14 de agosto de 1990.» Durante casi una hora y media estuvo escribiendo. Mientras lo hacía, su rostro se mostraba tan pronto salvajemente divertido o severo, aterrado o gozoso, dolido o sonriente. Una vez hubo terminado leyó lo escrito («Éstas son mis cartas a un mundo que jamás me escribió a mí...») al tiempo que, con gesto ausente, se masajaba su dolorida mano derecha.

Guardó de nuevo su diario y colocó sobre él la baldosa. Estaba tranquilo. Se había liberado de todo al escribirlo. Había trasladado su terror y su furia a la página, así como su decisión de mantenerse fuerte. Se sentía bien. A veces el acto de poner las cosas por escrito le hacía sentirse más nervioso. Eso ocurría cuando sabía que había escrito falsedades o no había hecho el esfuerzo requerido para afilar el reborde romo de la verdad hasta el punto de que pudiera cortar, de que pudiera hacer brotar sangre. Pero esa noche podía volver a guardar el diario con la mente tranquila y serena. La furia, el miedo y la frustración habían sido transcritas, y una losa los mantendría seguros mientras él dormía.

Harold corrió una cortina y contempló la calle desierta. Al divisar las Flatirons, pensó con calma en lo cerca que había estado de seguir adelante pese a todo, con sólo encañonarlos con su 38 y acabar con los cuatro. Aquello habría puesto fin a su mojigato comité especial. Cuando hubiera terminado con ellos, ni siquiera les quedaría un jodido quórum.

Pero, en el último momento, un resto de cordura le había hecho contenerse en lugar de dar rienda suelta a su impulso. Había sido capaz de soltar el arma y estrechar la mano de ese alevoso cabrón. ¿Cómo? Jamás lo sabría. Pero gracias a Dios lo había hecho. La marca del genio está en su habilidad para la ocultación, y eso haría él.

Se sentía somnoliento. Había sido un día muy largo y agitado. Mientras se desabrochaba la camisa, Harold apagó dos de las lámparas de gas, y cogió la tercera para llevársela al dormitorio. Al atravesar la cocina se paró en seco y se quedó rígido.

La puerta del sótano estaba abierta.

Se acercó a ella manteniendo la lámpara en alto y bajó los tres primeros escalones. Sintió el corazón agarrotado por el miedo y toda su calma se desvaneció.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

No hubo respuesta.

Podía ver la mesa del air-jockey. Los pósters. En el rincón más alejado, se encontraban colgados una serie de mazos de croquet con alegres rayas multicolores.

Descendió otros tres peldaños.

—¿Hay alguien ahí?

Tuvo la impresión de que no lo había, pero ello no atemperó su miedo. Bajó el resto de la escalera y mantuvo la lámpara por encima de su cabeza. Al otro lado de la habitación, la sombra monstruosa de Harold, tan alta y negra como el simio de la calle Morgue, hizo el mismo gesto.

---

¿Había algo en el suelo? Sí. Lo había.

Se dirigió por detrás del equipo de coches de carreras hasta llegar debajo de la ventana por la que Frannie había entrado. En el suelo se veía un montoncito de arena. Harold le acercó la lámpara. En el centro, tan clara como una huella digital en un documento, aparecía la impronta de unas zapatillas de gimnasia o de tenis... No era un dibujo en zigzag o abarquillado, sino en grupos de círculos y rayas. Se quedó mirándolo estupefacto, y luego asestó un puntapié a la arena, destruyendo el dibujo. Su rostro era el de una figura de cera viviente a la luz de la lámpara Coleman.

–¡Lo pagaréis! –exclamó con voz susurrante –. ¡Quienquiera que sea lo pagará! ¡Sí, lo pagaréis! ¡Lo vais a pagar!

Subió de nuevo la escalera y recorrió la casa de punta a cabo, en busca de otros indicios reveladores. No encontró nada. Recaló en la sala de estar, ya completamente desvelado. Estaba llegando a la conclusión de que alguien, acaso un chiquillo, se había colado en la casa a causa de la curiosidad, cuando el recuerdo de su diario le explotó en la mente semejante a un fulgor en un cielo de medianoche. El motivo de la irrupción en la casa era tan espantoso que casi lo había pasado por alto.

Corrió hacia el hogar, apartó la losa y sacó el diario del escondrijo. Por primera vez tomó plena conciencia de lo peligroso que era. Si alguien lo descubría todo saldría a la luz. Él, mejor que nadie, podía saberlo. ¿Acaso no había empezado todo a causa del diario de Fran?

Su diario. La huella. ¿Significaba esta última que habían descubierto el primero? Desde luego que no. ¿Pero cómo estar seguro? Imposible. Ésa era la condenada verdad.

Colocó de nuevo la losa y se llevó el diario al dormitorio. Lo puso debajo de la almohada, junto con su revólver Smith & Wesson, pensando que debería quemarlo; pero sabedor de que nunca podría hacerlo. Sus cubiertas encerraban lo mejor que había escrito en su vida. La única escritura que había visto la luz como resultado de la convicción y la sinceridad personal.

Permaneció tumbado, resignado a pasar una noche en blanco barajando los posibles escondrijos. ¿Debajo de una tabla floja? ¿Detrás del aparador? Tal vez debiera recurrir al viejo truco y dejarlo sin más en las estanterías de los libros, como un volumen más, entre un *Digest Condensed Book* y un ejemplar de *La mujer total*. No, era demasiado temerario. Nunca sería capaz de salir con tranquilidad de la casa. ¿Tal vez una caja fuerte del banco? Eso no resultaría. Quería tenerlo junto a él, para poder verlo.

Al fin empezó a sumirse en el sueño y su mente comenzó a divagar con lentitud. Pensaba: Tengo que ocultarlo... Si Frannie hubiera escondido mejor el suyo... Si yo no hubiera leído lo que pensaba de mí... Si no hubiera descubierto su hipocresía... Si ella...

De repente Harold se incorporó en la cama, muy tieso, en la boca un leve grito, los ojos desorbitados. Permaneció así y, al cabo de un rato comenzó a temblar. ¿Lo sabía ella? ¿Era la huella de Fran?

Llegó un momento en que decidió volver a echarse. Pero pasó mucho tiempo antes de que se quedara dormido. No cesaba de preguntarse si Fran Goldsmith calzaba habitualmente zapatillas de tenis o de gimnasia. Y, de ser así, ¿cómo era el dibujo de las suelas?

Dibujos de las suelas, dibujos de las suelas. Cuando al cabo se durmió, sus sueños fueron inquietos y más de una vez gritó como intentando atajar a cosas a las que ya había dado paso para siempre.

Stu regresó a casa a las nueve y cuarto. Fran se encontraba acurrucada en la cama de matrimonio. Llevaba una de las camisetas de él, que le llegaba casi a las rodillas, y leía un libro titulado *50 plantas amistosas*. Al entrar Stu, ella salió de la cama.

—¿Dónde has estado? Me tenías preocupada.

Le explicó la idea de Harold de salir en busca de madre Abigail para al menos poder vigilarla. No mencionó las vacas sagradas.

—Te hubiéramos llevado con nosotros, cariño, pero no hubo manera de encontrarte —añadió mientras se desabrochaba la camisa.

—Estaba en la biblioteca —contestó ella observándolo mientras se quitaba la camisa y la metía en el saco de la colada, que colgaba detrás de la puerta.

Tenía abundante vello, en el pecho y la espalda, lo cual le hizo recordar que, hasta que conoció a Stu, siempre había encontrado ligeramente repulsivos a los hombres velludos.

Sabía ya que Harold había leído su diario. La había embargado un miedo terrible de que éste hubiera maquinado encontrarse a solas con Stu y... hacerle daño. ¿Pero por qué ahora, en ese mismo día, cuando ella acababa de descubrirlo? Si hasta entonces Harold había dejado las cosas como estaban, ¿no sería más lógico pensar que ya no haría nada? ¿Y no sería también posible que, al leer Harold su diario, se hubiera dado cuenta de lo inútil de la persecución constante a que la había sometido? Al haberse enterado al mismo tiempo que le daban la noticia de la desaparición de madre Abigail, se mostró propensa a ver malos presagios por todas partes. Pero lo único que ocurría era que Harold había leído su diario, no una confesión de todos los crímenes del mundo. Y si dijera a Stu lo que había encontrado, sólo lograría parecer boba y tal vez hacer que se enfadara con Harold... e incluso también con ella, por ser tan idiota.

—¿No habéis hallado rastro de ella, Stu?

—No.

—¿Cómo se mostró Harold?

Stu se estaba quitando los pantalones.

—Muy decepcionado, lamentando que su idea no hubiera dado resultado. Le invité a cenar cuando le apeteciera. Espero que no te moleste. Creo que en realidad tal vez llegue a sentir simpatía por ese bobalicón. Nunca hubieras logrado convencerme de ello el día que os encontré en New Hampshire. ¿Hice mal al invitarlo?

—No —repuso ella tras reflexionar—. Me gustaría mantener buenas relaciones con Harold.

Me paso el rato sentada en casa, pensando que tal vez Harold esté maquinando volarle la cabeza, se dijo, y Stu lo invita a cenar. ¡Caramba con las corazonadas de las mujeres gestantes!

–Si mañana por la mañana no ha aparecido madre Abigail, preguntaré a Harold si quiere volver a salir conmigo.

–Me gustaría ir –se apresuró a decir Fran –. Y por aquí hay algunos más que no están del todo convencidos de que no esté alimentando a los cuervos. Por ejemplo, Dick Vollman. Y también Larry Underwood.

–Muy bien. –Se metió en la cama junto a ella –. Dime, ¿qué llevas debajo de esa camisa?

–Un hombre grande y fuerte como tú debería ser capaz de averiguarlo por sí mismo – contestó Fran con fingido remilgo.

No llevaba nada.

Al día siguiente, un pequeño grupo de búsqueda se puso en marcha a las ocho de la mañana. Estaba formado por media docena de exploradores: Stu, Fran, Harold, Dick Vollman, Larry Underwood y Lucy Swarn. Hacia mediodía habían aumentado a veinte. Y con la llegada del crepúsculo, acompañado del habitual chaparrón y descargas eléctricas al pie de las colinas, había más de cincuenta personas rastreando entre los matorrales al oeste de Boulder, resiguiendo los arroyos, recorriendo los cañones de arriba abajo y entorpeciéndose mutuamente las transmisiones CB.

Un talante extraño de resignado temor había ido sustituyendo la aceptación del día anterior. Pese a la poderosa fuerza de los sueños que atribuían a madre Abigail un estatus semidivino, la mayoría de la gente había pasado por suficientes vicisitudes como para mostrarse realistas respecto a la supervivencia. Aquella anciana, que tenía ya más de cien años, había pasado toda la noche sola, a la intemperie. Y ya se avecinaba una segunda noche.

El hombre que había atravesado penosamente el país, desde Luisiana hasta Boulder, con un grupo de doce personas, resumió muy bien la situación. Acababa de llegar con su gente al mediodía del día anterior. Cuando le dijeron que madre Abigail se había ido, aquel hombre, Norman Kellogg arrojó al suelo su gorra de béisbol y exclamó:

–¡Maldita sea mi suerte! ¿Quiénes han salido a buscarla?

Charlie Impening, que se había convertido en algo así como el oráculo oficial de la Zona – ¿acaso no fue él quien dio la regocijante noticia de nieve en septiembre?– empezó a sugerir a la gente que, si madre Abigail se había esfumado, tal vez se tratase de una señal para que todos la imitaran. Al fin y al cabo, Boulder estaba muy cerca. Por su parte, Charlie, el chico de Mavis Impening, dijo que se encontraría condenadamente más seguro en Nueva York o Boston. No hallaron seguidores. La gente se encontraba cansada y dispuesta a sentarse. Si llegaran los fríos y no tuvieran con qué calentarse, era posible que se pusieran en marcha; pero no antes. Sus heridas estaban cicatrizando. Preguntaron a Impening si pensaba irse solo. Respondió que esperaría a que algunas personas más lo vieran claro. Se oyó comentar a Glen Bateman que Charlie Impening sería un Moisés patético.

Glen creía que a lo más que llegaban los sentimientos de la comunidad era a un temor resignado; porque se trataba de personas que todavía conservaban una mente racional pese a todos los sueños y al miedo de lo que pudiera estar pasando al oeste de las Rocosas. La

---

superstición, al igual que el amor verdadero, necesita tiempo para desarrollarse y madurar. Al terminar de construir un granero, dijo a Nick, Stu y Fran cuando la oscuridad puso fin a la búsqueda por aquella noche, cuelgas en la puerta una herradura de caballo con las puntas hacia arriba para darle suerte. Pero si uno de los clavos falla y la herradura queda apuntando hacia abajo, no por ello abandonas el granero.

–Puede que llegue día en que nosotros o nuestros hijos *podamos* abandonar el granero si la herradura expulsa a la suerte; pero han de pasar años para ello. En estos momentos sólo nos sentimos algo extraños y perdidos. Pero lo superaremos. Si madre Abigail ha muerto, y bien sabe Dios que espero de todo corazón que no sea así, probablemente eso no habrá podido llegar en un momento mejor para la salud mental de la comunidad...

«Pero si estaba destinada a ser un freno a nuestro Adversario, alguien a quien se ha puesto para mantener el equilibrio de la balanza...», escribió Nick.

–Sí, lo sé –admitió Glen tristemente –. Es posible que estén pasando aquellos días en que poco importaba la herradura... o acaso ya hayan pasado. Lo sé, creedme.

–¿No esperarás que tus nietos vayan a ser nativos supersticiosos, verdad Glen, quemando brujas y escupiendo a los dados para tener suerte? –le preguntó Frannie.

–No puedo adivinar el futuro, Fran –repuso Glen; y su rostro, a la luz de la lámpara, se mostraba envejecido y cansado... acaso el rostro de un mago fracasado –. Ni siquiera fui capaz de comprender bien el efecto que madre Abigail estaba teniendo sobre la comunidad hasta que Stu me lo hizo ver aquella noche en Flagstaff Mountain. Pero hay algo que sí sé: todos nos encontramos en este pueblo debido a dos acontecimientos. La supergripe, de la que podemos culpar a la estupidez de los humanos, y poco importa si fuimos nosotros, los rusos o los letones. Quién vació la redoma carece de importancia ante la auténtica realidad: al final de todo racionalismo está la fosa común. Las leyes físicas, las biológicas, los axiomas matemáticos, todo ello forma parte de la trampa mortal porque nosotros somos lo que somos. De no haber sido por *Capitán Trotamundos*, habría sido por cualquiera otra cosa. La moda está en culpar a la «tecnología»; pero ésta es el tronco del árbol, no las raíces. Las raíces son racionalismo, y yo definiría así esa palabra: racionalismo es la idea de que siempre podemos comprenderlo todo respecto a la condición de ser. Es una trampa mortal. Siempre lo ha sido. De manera que, si os place, podéis culpar de la supergripe al racionalismo. Pero la otra razón por la que nos encontramos aquí son los sueños, y éstos son *irracionales*. Acordamos no hablar de ese hecho tan simple mientras estuviéramos reunidos en sesión, pero ahora no lo estamos. Así que diré lo que todos sabemos que es verdad. Nos encontramos aquí porque hemos confiado en poderes que no comprendemos. Para mí eso significa que acaso estemos empezando a aceptar, de momento sólo de manera subconsciente y con múltiples retrocesos debido a lagunas culturales, una definición diferente de la existencia. La idea de que nunca podremos comprenderlo *todo* respecto a la condición de ser. Y si el racionalismo es una trampa mortal el irracionalismo es una estrategia vital.

–Bien, yo tengo mis supersticiones –reconoció Stu –. Se han reído de mí a causa de ellas pero las tengo. Sé que no hay diferencia en que un tipo encienda con una única cerilla dos cigarrillos o tres; pero dos no me ponen nervioso y tres sí. No paso por debajo de escaleras y no me gusta encontrarme con un gato negro en mi camino. Pero vivir sin el menor asomo

de ciencia, adorando tal vez al sol, creyendo que cuando truena se debe a que unos monstruos están jugando a bolos en el cielo... nada de eso me convence demasiado. En definitiva me parece una especie de esclavitud.

–Pero imagina que todas esas cosas son auténticas –repuso Glen con calma.

–¿Cómo?

–Accede a suponer que la era del racionalismo ha pasado. Por mi parte casi estoy convencido de ello. Llega y pasa sin que apenas nos demos cuenta, ¿comprendes? Casi nos dejó en los años sesenta, en la llamada Era de Acuario, y se tomó unas condenadas vacaciones casi permanentes durante la Edad Media. Partamos de la hipótesis de que, cuando el racionalismo se va, es por un tiempo, como si durante una temporada se desvaneciese una brillante ofuscación y pudiésemos ver... –Dejó la frase sin terminar y pareció ensimismarse.

–¿Qué vemos? –preguntó Fran.

–Magia oculta –respondió en voz queda –. Un universo de maravillas donde el agua fluye hacia arriba, duendes habitan en los más espesos bosques, dragones viven debajo de las montañas. Maravillas deslumbrantes, magia blanca. «Despierta, Lázaro.» Agua que se convierte en vino. Y acaso, sólo acaso, la expulsión de los demonios. –Hizo una pausa. Luego, sonrió –. La estrategia vital.

–¿Y el hombre oscuro? –preguntó Fran con tono apagado.

Glen se encogió de hombros.

–Madre Abigail le llama incubo del demonio. Tal vez no sea más que el último mago del pensamiento racional, reuniendo las herramientas de la tecnología para usarlas contra nosotros. O acaso sea algo mucho más siniestro. Yo sólo sé que está ahí y que no creo que la sociología, la psicología o cualquiera otra *ología* acaben con él. Estoy convencido de que sólo la magia blanca sería capaz de hacerlo... y nuestra maga blanca anda vagando sola por alguna parte. –Su voz casi se quebró y Glen bajó la vista.

Fuera no había más que oscuridad. La brisa que llegaba de las montañas hizo que la lluvia azotara los cristales de las ventanas del cuarto de estar de Stu y Fran. Glen encendía su pipa. Stu había sacado del bolsillo un puñado de monedas sueltas y las agitaba entre las manos, abriéndolas luego para ver cuántas caras y cuántas cruces había. Nick estaba haciendo enrevesados garabatos en su libreta; en su mente veía las calles desiertas de Shoyo y escuchó una voz susurrante: *El viene por ti, mudito. Ahora ya está más cerca.*

Al cabo de un rato, Glen y Stu encendieron un fuego en el hogar y todos se quedaron contemplando las llamas sin hablar apenas.

Cuando ellos se marcharon, Fran se sintió infeliz y desanimada. Tampoco Stu se mostraba muy bien dispuesto. Parece cansado, se dijo ella. Mañana deberíamos quedarnos en casa, tranquilos, charlar y dormir la siesta. Tendríamos que tomarlo con calma. Miró la lámpara Coleman y deseó tener luz eléctrica, la que se enciende con sólo accionar un interruptor en la pared. Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas. Pero se dijo que no iba a empezar de

nuevo, que bastante tenían con sus problemas; pero una parte de su ser no parecía inclinada a obedecer.

De repente, a Stu se le iluminó la cara.

–¡Por las barbas de Belcebú! Casi lo había olvidado.

–¿Qué has olvidado?

–Te lo enseñaré. ¡Quédate aquí!

Salió de la habitación y sus pisadas se escucharon en la escalera. Fran se acercó a la puerta y, un instante después, lo oyó volver. Llevaba algo en la mano y era una... una...

–¿Dónde has encontrado eso, Stuart Redman? –exclamó gratamente sorprendida.

–En Folk Arts Music –contestó él sonriente.

Fran cogió la tabla de lavar la ropa y empezó a darle vueltas. Los destellos de luz hacían resaltar el azul de añil.

–¿Folk...?

–Walnut Street abajo.

–¿Una tabla de lavar en una tienda de música?

–Sí. Había también una cuba de colada condenadamente buena, pero alguien le había hecho un agujero para convertirla en un contrabajo.

Fran se echó a reír. Dejó la tabla sobre el sofá, se acercó a Stu y lo abrazó con fuerza. Las manos de él le correspondieron y ella estrechó el abrazo.

Fran apretó la cara contra su cuello.

–Me haces sentir muy bien. Bueno, eso dice la canción. ¿Puedes hacerme sentir siempre muy bien, Stu?

La levantó en brazos sonriente.

–Al menos lo intentaré –dijo.

A las dos y cuarto de la tarde siguiente, Glen Bateman entró directamente en el apartamento sin llamar. Fran estaba en casa de Lucy Swann intentando calcular la cantidad de levadura que se necesitaba para hacer un bizcocho. Stu leía una novela del Oeste de Max Brand. Al levantar la mirada, vio a Glen con el rostro pálido y descompuesto, los ojos muy abiertos. Tiró el libro al suelo.

–¡Stu! –exclamó Glen –. Me alegro de que estés aquí. – ¿Algo va mal? –inquirió Stu –. ¿Es que... la ha encontrado alguien?

–No –contestó Glen, sentándose de golpe como si las piernas no lo sostuvieran –. No son malas noticias sino buenas. Pero es muy extraño.

–¿Qué pasa?

---

–Es *Kojak*. Eché una siesta después de almorzar y, cuando me levanté, allí estaba *Kojak* durmiendo en el porche. Está hecho polvo, Stu. Parece que lo hubiese atropellado un tren, pero es él.

–¿Quieres decir el perro? ¿*Kojak*?

–Eso.

–¿Estás seguro?

–La misma placa en la que se lee «Woodsville, NH». El mismo collar rojo. El mismo perro. En realidad es un saco de huesos y ha estado peleando. Dick Ellis, que por cierto estaba loco de alegría de poder ocuparse de un animal para variar, dice que ha perdido un ojo definitivamente. Tiene rasguños en los costados y en la barriga, algunos de ellos infectados; pero Dick ya le ha curado. Le ha dado un sedante y le ha examinado el vientre. Según Dick, parece haber peleado con un lobo, tal vez con más de uno. Sin embargo, no tiene rabia ni ninguna otra enfermedad. –Glen movió lentamente la cabeza al tiempo que por las mejillas le caían dos lágrimas –. Ese condenado perro ha vuelto conmigo. Por Dios, te aseguro que no debí haberle dejado abandonado para que viniera él solo, Stu. Siento un tremendo remordimiento.

–No podías traerlo, Glen. Imposible viajando en moto.

–Sí, pero... me ha seguido, Stu. Ése es el tipo de cosas que uno lee en el *Star Weekly*... «Perro fiel recorre tres mil kilómetros siguiendo a su amo.» ¿Cómo ha podido hacer eso? ¿Cómo?

–Tal vez de la misma manera que nosotros. No sé si sabrás que los perros sueñan, vaya si sueñan. ¿Nunca has visto a ninguno dormido como un tronco en el suelo de la cocina agitando las patas? Vic Palfrey, un viejo de Arnette, solía decir que los perros tenían dos sueños, uno bueno y otro malo. El bueno es cuando agitan las patas. El malo es cuando aúllan. Cuando sufren una pesadilla aúllan en sueños y pueden incluso llegar a morder.

Glen meneaba la cabeza con desconcierto.

–Quieres decir que soñó...

–No digo nada que sea más extraño que de lo que sosteníais anoche –le reprochó Stu.

Glen sonrió con un ademán de asentimiento.

–Verás, yo puedo hablar acerca de eso durante horas y horas. Soy el más grande narrador de patrañas de todos los tiempos. Pero cuando algo ocurre realmente.

–Despierto ante el facistol y dormido ante el interruptor.

–Vete al diablo, tejano. ¿Quieres ver a mi perro?

–No me lo perdería por nada del mundo.

La casa de Glen se encontraba en Spruce Street, a unas dos manzanas del hotel Boulderado. La hiedra en el enrejado del porche estaba casi seca, al igual que todo el césped y la mayor

---

parte de las flores en Boulder. Sin los riegos diarios de los servicios del ayuntamiento triunfaba el clima árido.

En el porche había una pequeña mesa redonda y sobre ella un vaso de gin-tonic.

–¿No es horrible ese mejunje sin hielo? –preguntó Stu a Glen.

–No te das mucha cuenta después del tercero.

Junto a la bebida, había un cenicero con cinco pipas y ejemplares de *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance*, *Ball Four* y *My Gun is Quick*, todos ellos abiertos. Y también estaba abierta una bolsa de tiras de queso.

*Kojak* se encontraba tumbado en el porche con el maltrecho hocico apoyado sobre las patas delanteras. Estaba despeluzado y con lastimosos mordiscos; pero Stu lo reconoció al punto, pese a lo breve que había sido su encuentro con él. Se puso en cuclillas y le acarició la cabeza. *Kojak* despertó y miró contento a Stu.

–Es un buen perro –comentó Stu, sintiendo un ridículo nudo en la garganta.

Al igual que una mano de cartas puestas hábilmente boca arriba, parecieron desfilas ante él cada uno de los perros que había tenido desde que su madre le regaló al viejo *Spike* cuando Stu tenía sólo cinco años. Un montón de perros. Es bueno tener un perro y, por lo que él sabía, *Kojak* era el único que había en Boulder. Miró a Glen y bajó al punto los ojos. Supuso que ni siquiera a los sociólogos viejos y calvos que leen tres libros a la vez les gusta que los pesquen con los ojos humedecidos.

–Buen perro –repitió Stu.

*Kojak* golpeó con fuerza su cola contra las tablas del porche mostrándose de acuerdo en que era un buen perro.

–Voy un instante dentro –dijo Glen con voz sorda –. Al cuarto de baño.

–Muy bien –respondió Stu sin levantar los ojos –. ¡Vaya, vaya! El viejo *Kojak* es un buen muchacho. ¿Acaso no lo eres, *Kojak*?

El animal volvió a golpear con la cola en señal de asentimiento.

–¿Puedes ponerte panza arriba? Haz el muerto, muchacho. Ponte panza arriba.

*Kojak*, obediente, se dio la vuelta y quedó con las patas traseras estiradas y las delanteras levantadas. Stu esbozó una expresión preocupada al pasar la mano por el elaborado vendaje que le había colocado Dick Ellis. Alrededor se veían rasguños enrojecidos e inflamados que sin duda se transformaban en heridas profundas por debajo de los vendajes. Quedaba claro que había sido atacado, y desde luego no por otro perro vagabundo. De ser así, habría tenido como objetivo el hocico o la garganta. A *Kojak* le había inferido esas heridas algo escurridizo. Tal vez una manada de lobos; pero Stu dudaba que *Kojak* hubiera podido burlar a una manada. Sin embargo había sido afortunado de que no le hubieran arrancado las entrañas.

La mampara produjo un chasquido al volver Glen al porche.

–Quienquiera que le atacara estuvo a punto de sacarle las tripas –comentó Stu.

---

–Las heridas son profundas y ha perdido mucha sangre –reconoció Glen –. No puedo dejar de culparme de que esté así.

–Dick me dijo que fueron lobos.

–Lobos o coyotes... Aunque duda que estos últimos pudieran haberle hecho todo esto, y yo estoy de acuerdo.

Stu palmoteo a *Kojak* en el anca, y el perro volvió a su postura habitual.

–¿Cómo es que casi todos los perros han desaparecido y todavía quedan lobos en alguna parte; bueno, al este de las Rocosas, que pueden casi destrozar a un buen perro?

–Nunca lo sabremos –contestó Glen –. Como tampoco sabremos por qué la maldita epidemia acabó con todos los caballos y no con las vacas, ni por qué mató a la mayoría de la gente, excepto a nosotros. Ni siquiera voy a pensar en ello. Voy a almacenar grandes existencias de hamburguesas y a tenerlo bien alimentado.

–Claro. –Stu miró a *Kojak*, al que se le habían cerrado los ojos –. Está hecho una lástima; pero sigue siendo el mismo. Me he dado cuenta cuando se puso boca arriba. Conviene que estemos atentos a encontrar una perra, ¿entiendes?

–Sí, claro –respondió Glen pensativo –. ¿Quieres gin-tonic caliente, tejano?

–Diablos, no. Es posible que sólo haya cursado un año de universidad, pero no soy un jodido. ¿Tienes cerveza?

–Creo que encontraré alguna lata de Coors. Pero también estará caliente.

–Vamos allá.

Se dispuso a seguir a Glen al interior de la casa. Con la mano ya en la mampara, se detuvo para volverse a mirar al perro.

–Duerme, viejo amigo –le dijo –. Es estupendo tenerte aquí.

Glen y Stu entraron en la casa.

Pero *Kojak* no dormía.

Se hallaba en ese estado intermedio en que los seres vivos se encuentran cuando han sido penosamente maltratados, pero no están lo bastante mal para hundirse entre sombras mortales. Sentía en el vientre una fuerte picazón como fuego, la picazón de la cura. Glen habría de pasar muchas horas intentando distraerle de aquella comezón para que no se arrancara los vendajes, lo cual daría lugar a que se le reabrieran las heridas y volvieran a infectarse. Pero eso sería más adelante. En aquel momento *Kojak*, que de vez en cuando seguía pensando en sí mismo como *Big Steve*, su nombre original, se contentaba con sentirse en ese estado intermedio. Los lobos habían ido por él en Nebraska mientras aún seguía olfateando descorazonado alrededor de la casa sobre pilones en el pequeño pueblo de Hemingford Home. El olor de HOMBRE... la percepción del HOMBRE, lo había llevado hasta aquel lugar y en él se había desvanecido. ¿A dónde fue? *Kojak* lo ignoraba. Y entonces habían surgido del maizal los cuatro lobos, semejantes a un rabioso espíritu de los muertos.

Sus ojos se clavaron centelleantes en *Kojak* y enseñaban los dientes dejando escapar los gruñidos sordos e hirientes, voceros de sus intenciones. *Kojak* retrocedió ante ellos, gruñendo a su vez, con las patas rígidas escarbando la tierra en la entrada al patio de madre Abigail. A la izquierda, colgaba el columpio del neumático proyectando su leve sombra redonda. El lobo que mandaba la manada atacó en el preciso instante en que los cuartos traseros se deslizaban en la oscuridad del porche. Avanzó casi a rastras, buscando el vientre de *Kojak*, y los demás le siguieron. El perro saltó, tratando de alcanzar el hocico del líder y dejando el bajo vientre al descubierto mientras que el lobo empezaba a morderle y arañarle. *Kojak* clavó los colmillos en el cuello de su atacante, haciéndole brotar la sangre. El lobo aulló e intentó separarse. Al retroceder, las fauces de *Kojak* se cerraron con la rapidez de un rayo en el blando hocico del lobo, y éste lanzó un desgarrador aullido al sentirlo rasgado hasta los ollares y convertido en jirones. Huyó gimiendo, sacudiendo la cabeza enloquecidamente y salpicándolo todo de sangre.

Y entonces los otros se lanzaron sobre él, uno por la izquierda y otro por la derecha, semejantes a inmensas balas romas; el tercero de ellos se deslizó por debajo, haciendo castañetear las mandíbulas, dispuesto a arrancarle los intestinos. *Kojak* se había lanzado hacia la derecha, con un ladrido ronco, queriendo terminar primero con aquél para poder refugiarse en el porche. Si lo conseguía, allí podría hacerles frente tal vez con éxito. Tumbado ahora en el otro porche, revivía la batalla como a cámara lenta. Los gruñidos y aullidos, los ataques y las retiradas, el olor a sangre que se le había subido a la cabeza convirtiéndolo en una máquina de pelear, sin importarle sus propias heridas. Dejó al lobo de la derecha en las mismas condiciones que al primero, perdido uno de los ojos, con una enorme herida chorreante y probablemente mortal en la garganta. El lobo también había producido sus estragos. La mayoría de las heridas eran superficiales, pero tenía dos muy profundas, que cicatrizarían con dificultad, con el tejido encallecido y arrugado semejante a una temblorosa letra *t*. A pesar de que era un perro muy viejo, *Kojak* viviría otros dieciséis años, mucho tiempo después de que Glen muriera, pero esas cicatrices le dolerían y las sentiría latir en los días húmedos. Había luchado con entereza refugiándose después en el porche y, cuando uno de los dos lobos restantes se abalanzó, *Kojak* saltó sobre él, lo acorraló y le rasgó la garganta. El otro retrocedió casi hasta el borde del maizal, gimiendo agitado. Si *Kojak* hubiera salido y presentando batalla, el animal hubiera huido con el rabo entre las patas. Pero *Kojak* no salió. Estaba malherido. Sólo podía permanecer tumbado de costado, jadeando débilmente, lamiéndose las heridas y emitiendo gruñidos amenazadores cada vez que veía acercarse la sombra del lobo superviviente. Llegó al fin la oscuridad, y una media luna brumosa cabalgó por el cielo sobre Nebraska. Cada vez que el último lobo sentía a *Kojak* vivo, y tal vez dispuesto a pelear de nuevo, retrocedía gimiendo. En algún momento, pasada la medianoche, se fue y dejó a *Kojak* solo, ante el dilema de si viviría o moriría. En las primeras horas de la mañana sintió la presencia de otro animal, algo que le hizo lanzar una serie de suaves gemidos. Era algo en el maizal, una cosa que andaba por él, algo que acaso le estuviera persiguiendo. *Kojak* permaneció tumbado temblando, esperando a ver si aquella cosa le encontraría, aquella horrible cosa que la sentía como un hombre, un lobo y un ojo, alguna cosa oscura semejante a un vetusto cocodrilo en el maizal. Más tarde, después de que la luna desapareciera, *Kojak* intuyó que se había ido. Se quedó dormido. Permaneció postrado durante tres días en el porche, y sólo despertó impulsado por el hambre y la sed. En el suelo del patio había un charco de agua, en el sitio donde estaba la bomba, y en la casa restos de comida, muchos de ellos de lo que madre Abigail cocinó para

la fiesta de Nick. Cuando *Kojak* supo que podía reemprender camino, ya sabía a dónde dirigirse. No fue un olor lo que se lo descubrió, sino una sensación de profundo calor que emanaba de algún lugar al oeste. Y así llegó, andando la mayor parte del tiempo sobre tres patas, el dolor royéndole el vientre. De vez en cuando, podía oler al hombre y de esa manera sabía que estaba en el buen camino. Y al fin estaba allí, el hombre estaba allí. Y en aquel lugar no había lobos. Había comida. No se notaba la sensación de la Cosa Oscura... del hombre con el hedor a lobo y la impresión de un ojo que puede verte durante infinidad de kilómetros si llegara a cruzarse en tu camino. Por el momento todo marchaba bien. Y pensando así, hasta donde los perros pueden pensar en su recelosa relación con un mundo casi siempre visto a través de impulsos instintivos, *Kojak* fue sumergiéndose cada vez más profundamente en un verdadero sueño, en una buena ensoñación, en la que cazaba conejos a través de campos de trébol y alfalfa, en los que casi quedaba sumergido y empapado por el reconfortante rocío. Se llamaba *Big Steve*. Y, ¡oh!, los conejos corrían por todas partes en aquella mañana gris e interminable...

## 53

*Resumen del acta de la sesión del Comité Especial – 17 de agosto de 1990*

Esta sesión se celebró en casa de Larry Underwood, en la calle 42 de Table Mesa. Estuvieron presentes todos los miembros del comité.

El primer punto del orden del día se refería a la elección del comité especial como comité permanente de Boulder. Se dio la palabra a Fran Goldsmith.

FRAN: Stu y yo estamos de acuerdo en que la mejor manera, y la más fácil, para que se nos elija a todos nosotros sería que madre Abigail respaldara la lista completa. Nos ahorraría el problema de tener a veinte candidatos presentados por sus amigos y, posiblemente, desestabilizando el proyecto. Pero ahora habremos de hacerlo de forma inversa. No voy a sugerir nada que no sea democrático y, además, todos vosotros conocéis el plan. Sólo quiero subrayar una vez más que cada uno debe tener alguien que le presente y alguien más que apoye la candidatura. Es evidente que no podemos hacerlo entre nosotros... Se parecería demasiado a la Mafia. Y si no encontramos una persona que nos presente y otra que apoye la candidatura, más nos valdrá renunciar ahora mismo.

STU: ¡Caramba, Fran! Eso parece demasiado solapado.

FRAN: Si lo es... En efecto.

GLEN: Estamos bordeando de nuevo el tema de la moralidad del comité, a pesar de que estoy seguro de que todos consideramos que el tema resulta atractivo, me gustaría que le diéramos carpetazo por algún tiempo. Creo que en lo único en que tenemos que estar de acuerdo es en que estamos sirviendo a los mejores intereses de la Zona Libre, y dejarlo así.

RALPH: Pareces algo irritado, Glen.

GLEN: Admito que lo estoy. Ya el hecho de que hayamos perdido tanto tiempo exprimiéndonos la sesera sobre este tema debería dar una buena idea de dónde tenemos el corazón.

SUE: El camino al infierno está adoquinado de...

GLEN: Sí, lo sé, de buenas intenciones, y como parece que todos estamos preocupados por nuestras intenciones es indudable que nos encontramos en la autopista al cielo.

Glen dijo luego que había intentado presentar ante el comité el tema de nuestros exploradores, o espías, o como se les quiera llamar; pero que, en su lugar, quería presentar una moción para que nos reuniésemos a discutirlo el día 19. Sue le preguntó el motivo.

GLEN: Porque es posible que no todos estemos aquí el 19. Tal vez alguno no resulte elegido. Se trata de una remota posibilidad, pero nadie sabe con exactitud lo que es capaz de hacer un grupo numeroso reunido en un lugar. Hemos de andarnos con el mayor cuidado.

Aquello requirió un momento de silencio y luego el comité votó, siete a favor, ninguno en contra, reunirse el 19, ya con carácter de comité permanente para discutir la cuestión de los exploradores, los espías, o lo que quiera que fuesen.

Se concedió la palabra a Stu para que expusiera el punto tres de la agenda referente a madre Abigail.

STU: Como sabéis, se ha marchado por motivos que sólo ella conoce. En su nota dice que «estará fuera por un tiempo», lo que resulta bastante vago, y que regresará «si así lo quiere Dios». En verdad no es muy alentador. Hemos organizado su busca desde hace tres días, sin éxito. No queremos hacerla volver aquí si no lo desea; pero otra cosa muy diferente es que se encuentre en alguna parte con una pierna rota o que permanezca inconsciente. Parte de este problema reside en que no somos suficientes para rastrear toda la zona. La otra parte es el mismo motivo que está retrasando la puesta en marcha de la central eléctrica: carecemos de organización. De manera que quisiera que se me autorizase a introducir en la agenda de la gran sesión de mañana esa búsqueda al igual que el tema de la central eléctrica y la formación de la brigada de enterramientos. Y me gustaría que de ello se hiciera cargo Harold Lauder, ya que en un principio la idea fue suya.

Glen dijo que hasta transcurrida una semana no creía que de esa búsqueda resultaran noticias alentadoras. Al fin y al cabo la dama en cuestión tiene ciento ocho años. La comisión dio su acuerdo unánime al votar la moción tal como la presentó Stu. Con el fin de que este informe se ajuste lo más posible a la verdad, habré de añadir que fueron varios quienes expresaron sus dudas respecto a que Harold se hiciera cargo... Pero, como ya había dicho Stu, la idea había nacido de él y no ponerle al frente de la expedición de búsqueda hubiera sido como darle una bofetada.

NICK: Retiro mi objeción respecto a Harold, pero mantengo mis reservas básicas. No me gusta demasiado. Ralph Bretner preguntó si Stu o Glen querrían poner por escrito la moción de Stu respecto al tema de la búsqueda, para que él por su parte la incorporara a la agenda que pensaba imprimir esa noche en el instituto. Stu dijo que lo haría encantado.

Larry Underwood propuso que se levantara la sesión, Ralph le apoyó y se votó. Siete a favor y ninguno en contra.

FRANCÉS GOLDSMITH, *secretaria*

---

Al día siguiente la concurrencia a la sesión fue casi total, y Larry Underwood, que se encontraba en la Zona, sólo hacía una semana se hizo una idea de lo numerosa que estaba llegando a ser la comunidad. Una cosa era ver a las gentes deambulando por las calles, por lo general solas o en parejas, y otra muy distinta contemplarlas reunidas a todas en un lugar, el Chautauqua Auditorium, que se hallaba atestado, ocupados todos los asientos y muchas personas sentadas por los pasillos o en pie al fondo del vestíbulo. Era una multitud curiosamente tranquila; susurraban pero no parlotaban. Por primera vez desde que llegaron a Boulder había llovido durante todo el día, una suave llovizna que parecía suspendida del aire, humedeciéndole a uno más que mojándolo, y pese a la presencia de unas seiscientas personas, podía oírse el lento repiqueteo sobre el tejado. En el interior, el ruido predominante era el crujir de papeles al acercarse la gente a las dos mesas colocadas junto a la puerta doble y en las que podían encontrarse copias del orden del día reproducidas por mimeógrafo. El orden del día decía así:

### ZONA LIBRE DE BOULDER

Orden del día de la Asamblea General 18 de agosto de 1990

1. Proponer a la Zona Libre, para su aprobación, la lectura y ratificación de la Constitución de Estados Unidos de América, así como sus enmiendas.
2. Proponer a la Zona Libre la presentación de una lista de candidatos para la posterior elección de siete representantes de la Zona Libre que actúen como Junta de Gobierno.
3. Proponer a la Zona Libre el otorgamiento del poder de veto a favor de Abigail Freemantle con referencia a todas y cada una de las cuestiones aprobadas por los representantes de la Zona Libre.
4. Proponer a la Zona Libre la constitución de una brigada de enterramientos, formada en un principio por al menos veinte personas, para dar sepultura decente a quienes murieron en Boulder víctimas de la epidemia de supergripe.
5. Proponer a la aprobación de la Zona Libre la constitución de una comisión para la energía eléctrica, formada inicialmente por sesenta personas, con el fin de restablecer la electricidad antes del invierno.
6. Proponer a la Zona Libre la aprobación de una comisión de búsqueda, formada al menos por quince personas, con el fin de intentar la localización de Abigail Freemantle, si ello fuere posible.

Larry descubrió que había estado ocupando sus nerviosas manos en hacer dobleces y más dobleces con la agenda que casi se sabía al dedillo, hasta convertirla en un aeroplano de papel. Pertenecer al comité especial era algo divertido, como un juego... Niños jugando a procesos parlamentarios en la sala de estar de alguien, sentados alrededor de una mesa, tomando coca-cola, y un trozo de tarta hecha por Frannie y hablando de temas diversos. Incluso había parecido un juego lo del envío de espías detrás de las montañas, a los propios dominios del hombre oscuro, en parte porque era algo que no podía imaginarse haciéndolo

---

él mismo. Era preciso haber perdido el juicio para hacer semejante cosa. Pero, durante sus sesiones a puerta cerrada, con la habitación agradablemente iluminada con lámparas Coleman, todo había parecido formidable. Y si el juez, Dayna Jurgens y Tom Cullen llegaran a ser capturados, parecía, al menos durante aquellas sesiones restringidas, no tener más importancia que la pérdida de una torre o una reina en una partida de ajedrez.

Pero en esos momentos, sentado en el centro del salón con Lucy a un lado y Leo al otro (a Nadine no la había visto en todo el día y Leo tampoco parecía saber dónde estaba. «Fuera», había sido su indiferente respuesta), la luz se hizo en su mente y sintió como si le sacudieran las entrañas con un bate de béisbol. Aquello no era un juego. Allí se encontraban quinientas ochenta personas y su mayoría no tenía la menor idea de que Larry Underwood no era un buen tipo o que la primera persona que Larry Underwood había intentado proteger después de la epidemia había muerto por sobredosis de droga.

Tenía las manos húmedas y heladas. Estaba intentando hacer con el programa un nuevo aeroplano de papel. Lucy le cogió una mano, se la apretó cariñosamente y sonrió. Sólo fue capaz de responder con una mueca y en el fondo de su corazón escuchó la voz de su madre: «A ti te falta algo, Larry.»

Al pensarlo, el pánico le embargó. ¿Habría alguna forma de salir de aquello? ¿O habrían ido ya las cosas demasiado lejos? No quería cargar con aquel peso. En la sesión a puerta cerrada ya había presentado una moción que podría enviar al juez Farris a la muerte. Si no lo elegían a él y otro ocupaba su puesto, habrían de hacer una nueva votación respecto al envío del juez. Y votarían el de alguna otra persona. Cuando Laurie Constable presente mi candidatura, me levantaré y la declinaré, pensó. Nadie puede obligarme, ¿verdad? Desde luego que no si decido renunciar. ¿Y quién es el idiota que quiere meterse en ese tipo de fregado?

Y a Wayne Stukey diciéndole en aquella playa ya tan lejos en el tiempo: «Hay algo en ti.»

–Lo harás estupendamente –le dijo Lucy en voz queda.

Larry se sobresaltó.

–¿Eh?

–Digo que lo harás estupendamente. ¿No lo crees tú, Leo?

–Sí, claro –repuso Leo al tiempo que asentía con la cabeza. Y no apartaba los ojos de la audiencia –. Estupendamente.

Tú no lo entiendes, estúpida, se dijo Larry. Me coges la mano y no comprendes que puedo tomar una decisión equivocada por la que podéis morir vosotros dos. Ya estoy en el buen camino para hacer que maten al juez Farris, y apoyas mi jodida candidatura. ¡Menuda pesadilla está resultando esto! Emitió un leve sonido gutural.

–¿Has dicho algo? –le preguntó Lucy.

–No.

A renglón seguido, Stu cruzó por delante el escenario para subir al estrado, destacándose con fuerza su suéter rojo y los vaqueros bajo el crudo centelleo de las luces de emergencia que funcionaban gracias a un generador Honda instalado por Brad Kitchner y parte de su

---

equipo de la central eléctrica. El aplauso se inició hacia el centro del salón, Larry nunca pudo localizarlo con seguridad y su vena cínica le hizo suponer que había sido organizado por Glen Bateman, su residente experto en el arte de manipular las multitudes. Después de todo, poco importaba. Las primeras palmas solitarias fueron aumentando hasta convertirse en un aplauso estruendoso. En el escenario, Stu se detuvo junto al estrado con una actitud de divertido asombro. Al aplauso se unieron vivas y silbidos estridentes.

Luego todo el público se puso en pie, propagándose los aplausos, y la gente gritaba « ¡Bravo! ¡Bravo! ». Stu alzó las manos intentando calmarlos, pero no lo logró. El sonido redobló su intensidad. Larry miró de soslayo a Lucy y la vio aplaudiendo a rabiar, con los ojos clavados en Stu y, en los labios, el esbozo de una temblorosa aunque triunfal sonrisa. Lloraba. Al otro lado vio a Leo aplaudiendo vigorosamente. La alegría de Leo era tal que le había abandonado el vocabulario tan cuidadosamente recuperado, al igual que el inglés abandona a veces a un hombre o a una mujer que lo hayan aprendido como segunda lengua. Sólo gritaba muy fuerte y con mucho entusiasmo.

Brad y Ralph también habían puesto en marcha un PA alimentado por el generador, y ahora Stu sopló por el micrófono y dijo:

–Señoras y señores...

Pero los aplausos proseguían.

–Señoras y señores... Ruego que toméis asiento...

Pero no estaban dispuestos a tomar asiento. Los aplausos arreciaron y Larry bajó la vista porque las manos le dolían y entonces se dio cuenta de que también él estaba aplaudiendo con el mismo frenesí que los demás.

–Señoras y señores...

Los aplausos atronaron formando eco. Sobre sus cabezas, unas golondrinas que se habían aposentado en aquel lugar tan privado y hermoso después de que pasase la epidemia, salieron volando enloquecidas, aleteando, ansiosas por alejarse y encontrar algún sitio donde no hubiera gente.

Estamos aplaudiéndonos a nosotros mismos, se dijo Larry, aplaudiendo al hecho de que estamos aquí, vivos, reunidos. Acaso estemos diciendo hola de nuevo al propio grupo, no lo sé. Hola, Boulder. Al fin. Da gusto estar aquí, es formidable seguir con vida.

–Señoras y señores... Os agradecería mucho que tuvierais la amabilidad de tomar asiento.

Los aplausos empezaron a remitir poco a poco. Ya podía oírse sorbetear a las señoras y también a algunos hombres. Se sonaban por todas partes. Había un murmullo de conversaciones. Y se oyó el rumor habitual de la gente que se sienta en un auditorio.

–Estoy contento de que os encontréis aquí. Y me alegro de encontrarme yo también.

El PA emitió chirridos y Stu farfulló «Maldito cacharro», lo que resultó plenamente amplificado. Hubo una carcajada general y Stu enrojeció.

–Supongo que todos habremos de acostumbrarnos a utilizar de nuevo estos chismes –dijo, y de nuevo estallaron los aplausos.

»A quienes todavía no me conocéis –continuó una vez hubieron remitido los aplausos –, os diré que soy Stuart Redman, originario de Arnette, Texas, aunque eso parece estar a años luz de aquí. –Se aclaró la garganta, se oyó un chirrido y Stu se alejó un paso del micrófono. – Además aquí estoy muy nervioso, por lo que os ruego seáis indulgentes.

–Lo seremos, Stu –vociferó Harry Dunberton, siendo coreado por risas.

Parece una reunión de campamento, pensó Larry. A continuación empezarán a cantar himnos. Si madre Abigail estuviera aquí ya los estaríamos cantando.

–La última vez que me encontré con tanta gente mirándome fue cuando nuestro pequeño instituto participó en los campeonatos de fútbol, pero entonces había otros veintiún tipos a quienes mirar, por no hablar de algunas chicas con sus minúsculas falditas.

Carcajadas generales.

–¿Qué podía preocuparle? Tiene ingenio natural –musitó Lucy al oído de Larry.

Larry asintió.

–Pero si sois capaces de soportarme saldré adelante de algún modo –dijo Stu.

Nuevos aplausos. La multitud se hallaba dispuesta a aplaudir el discurso de dimisión de Nixon y de pedirle un bis al piano, se dijo Larry.

–En primer lugar habré de informar sobre el comité especial, y explicar a qué se debe que yo forme parte de él –dijo Stu –. Fuimos siete quienes nos reunimos y proyectamos esa agrupación para poder organizarnos de algún modo. Hay muchas cosas por hacer. Y ahora me gustaría presentaros a cada uno de los miembros del comité. Espero que reservéis algunos aplausos para ellos porque se ocuparán de sacar adelante el orden del día que tenéis entre las manos en estos momentos. En primer lugar, la señorita Francés Goldsmith. Levántate, Frannie, y muéstrales qué magnífico aspecto tienes con ese vestido.

Fran se puso en pie. Llevaba un bonito vestido verde y se adornaba con una sencilla sarta de perlas que en los viejos tiempos habría costado dos mil dólares. Recibió un cerrado aplauso acompañado de algunos silbidos admirativos.

Fran tomó de nuevo asiento, colorada como un tomate.

–El señor Glen Bateman, de Woodsville, New Hampshire –siguió diciendo Stu antes de que se extinguieran los aplausos.

Glen se levantó y los aplausos se redoblaron de nuevo. Hizo dos uves gemelas con ambas manos, y la muchedumbre aulló su aprobación.

Stu introdujo a Larry en penúltimo lugar y éste se puso en pie consciente de que Lucy lo miraba sonriente. Luego, quedó sumergido en una cálida explosión de aplausos. Una vez, se dijo, en otro mundo, solía haber conciertos y ese tipo de aplauso estaba reservado para el tema que cerraba el espectáculo, una cancioncilla de nada titulada *Baby, Can You Dig Your Man?* Esto estaba mejor. Sólo permaneció en pie un segundo, pero pareció transcurrir mucho más tiempo. Sabía que no renunciaría a su candidatura.

Nick fue el último al que presentó Stu, y fue quien recibió el aplauso más fuerte y prolongado.

---

–Esto no estaba en el orden del día –dijo Stu cuando los aplausos se apagaron; – pero me pregunto si podríamos empezar a cantar *Barras y estrellas*. Supongo que todos recordaréis la letra y la música.

Se oyeron los ruidos propios de la gente al levantarse. Hubo una pausa mientras todo el mundo esperaba a que alguien empezara. Entonces se alzó la dulce voz de una joven. Era la voz de Frannie, pero por un instante a Larry le pareció sobrepasada por otra voz, la suya propia, y el lugar no era Boulder sino Vermont, el día era 4 de julio, la República se remontaba a doscientos catorce años y Rita yacía muerta en la tienda detrás de él, con la boca llena de un vómito verde y un frasco de píldoras en la mano, ya agarrotada.

Sintió un escalofrío y de repente tuvo la impresión de que los estaban vigilando, vigilados por algo que, en palabras de la vieja canción de The Who, podía ver a lo largo de millas y más millas, hasta una infinidad de millas. Por un momento se sintió tentado de echar a correr, salir de allí y seguir corriendo sin parar jamás. Aquello no era un juego. Era un asunto de muertes. O acaso peor. Entonces otras voces se unieron: «... puedes ver con la primera luz del alba». Y Lucy cantaba, cogiéndole la mano, otra vez llorando, la mayoría de ellos lloraba por cuanto habían perdido y por toda la amargura del sueño americano destrozado. De repente, el recuerdo no era el de Rita, muerta en la tienda, sino el de él y su madre en el Yankee Stadium... Era el 29 de septiembre. Iban sólo un juego y medio por detrás de los Red Sox, y todo era aún posible. Había cincuenta y cinco mil personas en las gradas, todas en pie, los jugadores en el campo, con las gorras sobre el corazón, Guidry en el montículo, Rickey Henderson en pie al fondo del campo izquierdo (a los últimos destellos del crepúsculo) y los ligeros estandartes oscureciéndose en púrpura, mientras las palomillas y los volátiles nocturnos se estrellaban suavemente contra ellos, y Nueva York se alzaba alrededor fecunda, una ciudad de noche y de luz.

Larry unió su voz cantando a su vez, y cuando todo hubo terminado y volvieron a oírse los aplausos, se dio cuenta de que él también lloraba un poquito. Rita se había ido. Alice Underwood se había ido. Nueva York se había ido. *América* se había ido. Aunque logran acabar con Randall Flagg, por mucho que pudieran hacer, jamás volvería a ser igual a aquel mundo de calles oscuras y sueños brillantes.

Sudando a mares bajo las crudas luces de emergencia, Stu sometió a votación el primer punto: la lectura y ratificación de la constitución y sus enmiendas. A él también le había afectado profundamente el canto del himno, y no sólo a él. Más de la mitad de la audiencia lloraba abiertamente.

Nadie pidió que se leyera ninguno de los dos documentos, lo que hubieran tenido derecho a exigir, y por ello Stu les estaba profundamente agradecido. La lectura no era su fuerte.

La parte de la «lectura» de cada punto quedó aprobada por los ciudadanos de la Zona Libre. Glen Bateman se levantó y propuso que se aceptaran ambos documentos, constitución y enmiendas, como base para la legislación vigente en la Zona Libre.

–¡Lo apoyo! –gritó una voz desde el fondo del salón.

–¡A votación! –dijo Stu –. Quienes estén a favor que digan sí.

–¡Sí! –retumbó el salón, llegando los ecos al techo.

*Kojak*, que dormía junto al asiento de Glen, levantó la cabeza, parpadeó y luego dejó caer de nuevo el hocico sobre las patas. Un momento después volvió a mirar a la multitud al dedicarse a sí misma un clamoroso aplauso.

Les gusta votar, se dijo Stu. Les hace sentir que finalmente vuelven a controlar algo. Bien sabe Dios que necesitan esa sensación. Todos la necesitamos.

Una vez resueltas las cuestiones preliminares, Stu sintió que la tensión empezaba a agarrarle los músculos. Ahora veremos si nos esperan algunas desagradables sorpresas, se dijo.

–El segundo punto del orden del día dice... –empezó, pero hubo de aclararse de nuevo la garganta.

Nuevos ruidos por los altavoces le hicieron sudar todavía más. Fran le miraba serena alentándole a continuar.

–Dice: Proponer a la Zona Libre la presentación de las candidaturas y elección de siete representantes de la misma. Ello significa...

–¿Señor presidente? ¡Señor presidente!

Stu levantó la vista de sus notas garrapateadas y sintió un auténtico sobresalto de temor, acompañado de una especie de premonición. Era Harold Lauder. Iba vestido con un traje tradicional y corbata, pulcramente peinado, y se encontraba en pie en medio del pasillo central. En cierta ocasión Glen había dicho que, a su juicio, era posible que la oposición cerrara filas alrededor de Harold. Pero... ¿tan pronto? Esperaba que no fuera así. Por un momento tuvo la estúpida idea de hacer caso omiso de Harold; pero tanto Nick como Glen le habían advertido sobre los peligros inherentes a que todo aquello pudiera dar la impresión de algo maquinado de antemano. Se preguntaba si no se habría equivocado respecto a que Harold hubiese cambiado. Al parecer, iba a saberlo de inmediato.

–La presidencia concede la palabra a Harold Lauder.

Se volvieron las cabezas y algunos forzaron el cuello para ver mejor a Harold.

–Quisiera presentar una moción en el sentido de que aceptemos la lista de los miembros del comité especial en calidad de comité permanente. Si están dispuestos, claro está.

Dicho lo cual Harold se sentó. Por un momento se hizo el silencio. De nuevo un ensordecedor aplauso y docenas de voces gritando « ¡Apoyo la moción! ». Harold se encontraba sentado de nuevo plácidamente, sonriendo y hablando con la gente, que le daba palmadas en la espalda. Stu descargó su macillo media docena de veces pidiendo orden.

*Lo ha planeado todo*, se dijo Stu. *Estas personas nos van a elegir a nosotros pero es a Harold a quien recordarán. Aun así ha llegado al fondo del asunto de una manera que a ninguno de nosotros se nos había ocurrido, ni siquiera a Glen. Ha sido un golpe espectacular. Entonces ¿por qué se sentía tan trastornado? ¿Acaso le tenía envidia? ¿Acaso había arrojado por la borda los buenos propósitos que se había hecho respecto a Harold sólo dos días atrás?*

–¡Hay una moción pendiente de votación! –gritó por el micrófono, sin prestar atención esa vez a los chirridos de los altavoces –. ¡Una moción pendiente de votación, amigos! –volvió a descargar el macillo y las voces quedaron en murmullos –. Ha sido presentada y apoyada una moción en el sentido de que aceptemos que el actual comité especial se convierta, tal como está formado, en comité permanente de la Zona Libre. Antes de empezar a discutirla o proceder a la votación debo preguntar si algún miembro del comité tiene alguna objeción o desea retirarse.

Reinó un absoluto silencio.

–Muy bien –dijo Stu –. ¿Sometemos la moción a discusión?

–No creo que sea preciso nada de eso, Stu –dijo Dick Ellis –. Es una gran idea. Pongámosla a votación.

De nuevo aplausos. Stu no necesitaba que insistieran. Charlie Impening agitaba la mano pidiendo la palabra, pero Stu aparentó no verlo... Un buen caso de percepción selectiva, hubiera dicho Glen Bateman...

Puso la moción a votación.

–Quienes estén a favor de la moción de Harold Lauder que digan sí.

–¡Sííí! –atronaron, provocando una nueva desbandada de golondrinas.

–¿Votos en contra?

No hubo ninguno, ni siquiera el de Charlie Impening. De manera que Stu pasó al siguiente punto del orden del día, sintiéndose ligeramente aturdido como si alguien, Harold Lauder, se hubiera deslizado detrás de él atizándole en la cabeza.

–¿Bajamos y caminamos un rato? –preguntó Fran.

Parecía cansada.

–Claro. –Stu bajó de su bici –. ¿Te encuentras bien, Fran? ¿Te molesta el bebé?

–No. Sólo estoy cansada. Es la una y cuarto de la madrugada. ¿Acaso no te habías dado cuenta?

–Sí. Es tarde –reconoció Stu.

Empezaron a caminar juntos llevando las bicicletas en amistoso silencio.

La asamblea se había prolongado hasta hacía una hora, casi toda centrada en el tema de la búsqueda de madre Abigail. Los demás puntos fueron aprobados sin apenas discusión, aun cuando el juez Farris había facilitado una información fascinante que explicaba por qué en Boulder había un número relativamente bajo de cadáveres. Según los cuatro últimos ejemplares de *Camera*, el diario de Boulder, un horrible rumor había circulado por la comunidad, el de que la supergripe se había originado en los servicios de protección ambiental de Boulder, enclavados en Broadway. Los portavoces del centro, los pocos que

quedaban en pie, protestaron alegando que se trataba de una tontería y quien lo dudase era libre de recorrer las instalaciones en las que lo más peligroso que iban a encontrar eran contadores de contaminación e instrumentos para la medición de los vientos. Pese a todo, no fue acallado el rumor, alimentado probablemente por el talante histérico de aquellos terribles días de junio. El Centro de Protección Ambiental fue bombardeado o incendiado, y gran parte de la población de Boulder había huido del lugar.

Tanto la brigada de enterramientos como el comité de energía eléctrica fueron aprobados con una enmienda de Harold Lauder, que parecía asombrosamente preparado para la sesión y propuso que cada comisión aumentara en dos su número de miembros por cada incorporación de cien personas a la población total de la Zona Libre.

Asimismo fue aprobada por unanimidad la comisión de búsqueda, y la discusión sobre la desaparición de madre Abigail había sido una de las extensas. Antes de la asamblea, Glen advirtió a Stu que no limitara la discusión sobre ese tema, a menos que fuera muy necesario. Les preocupaba a todos, en especial la idea de que un líder espiritual creyera haber cometido algún tipo de pecado. Más valía dejarles que se desahogaran.

Al dorso de su nota, la anciana había garrapateado dos referencias bíblicas: Proverbios 11: 1–3 y 21: 28–31. El juez Farris los había buscado con la minuciosa diligencia de un abogado preparando un alegato y, al inicio de la discusión, se había puesto en pie y los había leído con su voz profunda y admonitoria de anciano. En los versículos del capítulo 11 se afirmaba: «La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa cabal le agrada. / Detrás de la soberbia viene la deshonra, con la modestia va la sabiduría. / La integridad guía al recto, la propia malicia es la ruina del pérfido.» Las citas del capítulo 21 eran de similar talante: «El testigo falso perecerá, mas el hombre que escucha hablará por siempre. El impío endurecerá su rostro, pero el recto dispone su camino. No hay sabiduría, no hay cordura, no hay consejo contra Yavé. Apuesta tu caballo para el día del combate, pero la victoria es de Yavé.»

La discusión que siguió a la oración del juez, pues de ninguna otra manera podía llamársele, sobre esos dos pasajes bíblicos escogidos, había alcanzado todos los niveles, algunos de ellos divertidos. Un hombre afirmó sombrío que, sumando los números de los capítulos, se obtenía un total de treinta y uno, que era el número de capítulos del Apocalipsis. El juez Farris se levantó de nuevo para asegurar que el Libro del Apocalipsis sólo tenía veintidós capítulos, al menos en *su* Biblia y que, además, veintiuno y once sumaban treinta y dos, no treinta y uno. El aspirante a numerólogo farfulló algo pero no añadió nada más.

Otro individuo aseguró haber visto luces en el cielo la noche anterior a la desaparición de madre Abigail y que el profeta Isaías había confirmado la existencia de platillos volantes, así que más valía que pusieran las barbas en remojo. Una vez más se puso en pie el juez Farris, en esa ocasión para afirmar que el caballero anterior había confundido a Isaías con Ezequiel, que la referencia exacta no era a platillos volantes sino a «una rueda dentro de otra rueda» y que el propio juez pensaba que los únicos platillos volantes cuya existencia había sido demostrada eran los que a veces se lanzaban durante las reyertas matrimoniales.

El resto de la discusión giró en torno a los sueños que habían cesado completamente, por lo que sabían; y que, en aquellos momentos, a ellos mismos les parecían irreales. Uno tras

otro los asistentes se fueron levantando para protestar de la acusación del pecado de orgullo que madre Abigail hizo contra sí misma. Todos ellos comentaron su cortesía y su habilidad para lograr que una persona se sintiera a gusto con una frase, o una sola palabra. Ralph Bretner, que parecía deslumbrado por el gran número de asistentes y que se había quedado prácticamente sin palabras, se levantó y habló ensalzándola durante casi cinco minutos. Cerró su perorata afirmando que no había conocido a una mujer mejor desde que su madre murió. Cuando por último se sentó, parecía al borde de las lágrimas.

Considerada en su conjunto, la discusión dio a Stu la impresión incómoda de un velatorio. Le reveló que, en el fondo de sus corazones, las personas estaban ya a medio camino de darla por perdida. Stu se dijo que si Abby Freemantle volviera en esos momentos sería recibida con entusiasmo, todavía seguirían requiriendo su opinión, escuchándola... Pero también se encontraría con un sutil cambio en su posición. Si se llegara a una disparidad de criterios entre ella y el comité de la Zona Libre, ya no podría darse por sentado que ella ganase, con o sin poder de veto. Se había ido, y la comunidad había seguido viviendo. La comunidad no olvidaría eso, como casi había olvidado ya el poder de los sueños que un día planearon sobre sus vidas.

Después de la asamblea, más de dos docenas de personas se habían quedado sentadas un rato sobre la hierba, detrás de Chautauqua Hall. La lluvia había cesado, las nubes empezaban a abrirse y la noche era fresca y agradable. Stu y Frannie se habían sentado con Larry, Lucy y Harold.

–Estuviste a punto de dejarnos en evidencia esta noche –dijo Larry a Harold, y dio un codazo a Frannie –. Ya te dije que era muy sagaz, ¿no?

Harold se limitó a sonreír encogiéndose modestamente de hombros.

–Un par de ideas, nada más. Vosotros siete habéis puesto las cosas de nuevo en marcha. Tenéis que disfrutar al menos del privilegio de llegar hasta el fin.

–¿De veras te encuentras bien? –repitió Stu un cuarto de hora después de aquella reunión improvisada y cuando todavía les faltaban diez minutos para llegar a casa.

–Sí. Tengo las piernas fatigadas; pero nada más.

–Has de tomarte las cosas con calma, Francés.

–No me llames así. Sabes que lo aborrezco.

–Lo siento. No volveré a hacerlo, Francés.

–Todos los hombres sois unos bastardos.

–Intentaré mejorar mi actuación, Francés... Te lo prometo.

Fran le sacó la lengua, lo que ya era un punto interesante, aunque él se dio cuenta de que no parecía estar de humor para bromas, así que lo dejó. Estaba pálida y un tanto ausente, en alarmante contraste con la Frannie que horas antes cantaba con tanto entusiasmo *Barras y estrellas*.

–¿Te ha entristecido algo, cariño?

---

Fran negó con la cabeza, pero Stu notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa? Cuéntamelo.

—No es nada. Todo ha terminado y al final me he emocionado, sólo eso. Seiscientas personas cantando *Barras y estrellas*. Y entonces todo se ha precipitado en mi cabeza. No más puestos de salchichas. Esta noche ya no gira la noria Ferris en Coney Island. Nadie va a tomar un tentempié en la Space Needle de Seattle. Alguien ha encontrado por último la manera de limpiar de droga Times Square. Aquellas cosas eran terribles; pero creo que ha sido peor el remedio que la enfermedad. ¿Comprendes?

—Sí. Claro que lo comprendo.

—En mi diario llevaba un pequeño apartado titulado «Cosas para recordar». Lo hice con el objeto de que el bebé pudiera enterarse de... bueno, de todas las cosas que jamás conocerá. Y pensando en ello me sentí triste. Debí haberlo titulado «Cosas que han desaparecido».

Emitió un leve sollozo. Paró la bici para llevarse la mano a la boca intentando contenerlo.

—Todo el mundo se sentía igual —dijo Stu rodeándola con el brazo—. Esta noche muchos llorarán hasta quedarse dormidos. Te lo aseguro.

—No comprendo cómo puede uno lamentarse por todo un país —dijo arreciando su llanto; —pero supongo que se puede. Todas... todas esas pequeñas cosas se disparan en mi cabeza. Los vendedores de coches, Frank Sinatra, Old Orchard Beach en julio, atestada de gente, en su mayoría de Quebec. Aquel tipo estúpido de MTV... Randy creo que se llamaba. Los tiempos en que... ¡Dios mío! Esto parece uno de esos lamentables poemas lacrimógenos.

Stu la estrechó con fuerza, dándole palmadas de ánimo en la espalda, evocando aquella vez en que su tía Betty había sufrido un ataque de llanto por la masa de pan que no había subido. Por entonces estaba embarazada de unos siete meses, de su primo Laddie... Stu podía verla limpiándose los ojos con la punta de un paño de cocina y asegurándole que no tenía que preocuparse, que toda mujer encinta estaba cerca del manicomio debido a que los jugos de sus glándulas de secreción se descontrolaban.

—Bueno, bueno. Ya estoy mejor. Sigamos —dijo Frannie al cabo de un rato.

—Te quiero, Frannie —le dijo Stu. Y siguieron empujando sus bicicletas. — ¿Qué es lo que mejor recuerdas? ¿Qué cosa en particular? —preguntó ella.

—Verás... —dijo él y se interrumpió con una breve risa.

—No veo nada, Stuart.

—Es una tontería.

—Cuéntamela.

—No sé si quiero hacerlo. Enseguida empezarás a buscar a los tipos con las redes de cazar mariposas.

—¡Cuéntamelo!

Conocía muchos de los talentos de Stu, pero aquella actitud recelosa era nueva para ella.

–Nunca se lo he revelado a nadie –aseguró él, – pero hace un par de semanas que he estado pensando en ello. Algo que me ocurrió en 1982. Por entonces servía combustible en la gasolinera de Bill Hapscomb. Solía contratarme siempre que podía cuando dejaba de trabajar en la fábrica de calculadoras de la ciudad. Por aquellos días me tenía a jornada completa, desde las once de la mañana hasta que cerraba a las tres de la madrugada. No había mucho trabajo. Después de la salida del personal del turno de tres a once de la fábrica Dixie Paper, pocos se detenían a llenar el depósito. Muchas noches, entre las doce y las tres no paraba un solo coche. Solía sentarme a leer un libro o una revista, y muchísimas noches daba una cabezada. ¿Te haces una idea? –Sí.

Y en efecto se la hacía. Podía ver con toda claridad al que habría de convertirse en su hombre. Un hombre de hombros anchos dormido en una silla de plástico Woolco, con un libro abierto boca abajo sobre las piernas. Lo vio durmiendo en una isla de luz blanca, una isla rodeada por un gran mar de noche tejana. Amaba aquella imagen suya como amaba todas las imágenes de Stu que cristalizaban en su mente.

–Bueno, aquella noche era alrededor de las dos y cuarto y yo me encontraba sentado delante del escritorio de Hap, con los pies encima, leyendo alguna novela del Oeste... Y he aquí que llega un enorme y viejo Pontiac, con todas las ventanillas bajadas y la radio a toda pastilla con Hank Williams. Recuerdo incluso la canción. Era *Movin On*. El tipo, ni muy joven ni muy viejo, iba solo. Era un hombre atractivo aunque con un estilo algo amedrentador... Me refiero a que podía hacer cosas amedrentadoras sin importarle un rábano. Su pelo era oscuro, abundante y rizado. Llevaba una botella de vino entre las rodillas y un par de dados colgando del retrovisor. Dijo «Servicio completo», y yo contesté que de acuerdo; pero por un instante permanecí en pie mirándolo. Porque me resultaba familiar. Estaba intentando ubicar su rostro.

Habían llegado ya a la esquina. El edificio de su apartamento se encontraba al otro lado de la calle. La cruzaron. Frannie le miraba muy atenta.

–Así que dije: «Me parece que le conozco. ¿No es de Corbett o de Maxin?» Pero en realidad no parecía que le conociera de esas dos ciudades. Y él me dijo: «No. Pero una vez, de niño, pasé con mi familia por Corbett. Al parecer de niño pasé por todas partes de América. Mi padre pertenecía a la fuerza aérea.»

«Después de eso, fui a llenarle el depósito, pensando todo el tiempo en él, intentando localizar su cara, y de repente me vino. De repente lo supe. Y estuve a punto de perder el juicio porque de aquel hombre se decía que estaba muerto.

–¿Quién era, Stuart? ¿Quién?

–Deja que te lo cuente a mi manera, Frannie. Aunque no dejará de ser una historia demencial. Volví junto a la ventanilla y le dije: «Son seis dólares y treinta centavos.» Me dio dos billetes de cinco dólares diciendo que me quedara con el cambio. Entonces yo le digo: «Creo que ya sé quién es usted.» Y él responde: «Bien, a lo mejor lo sabe.» Y esbozó una sonrisa misteriosa y escalofriante, mientras Hank Williams seguía cantando lo de irse a la ciudad.

Y entonces digo: «Si es quien creo que es, se supone que está muerto.» Y él dice: «Hombre, no irás a creer todo lo que lees.» Y digo: «Le gusta Hank Williams, ¿verdad?» Fue lo único que se me ocurrió, porque comprendí que, si no decía nada, subiría la ventanilla y se largaría... y yo quería que se fuera pero al propio tiempo *no lo quería*. Al menos hasta que yo estuviese seguro. Por entonces no sabía que una persona nunca está segura de muchas cosas, por mucho que quiera estarlo. El hombre va y

dice: «Hank Williams es uno de los mejores. Me gusta la música de parador de camino.» Luego dice: «Voy a Nueva Orleans, conduciré toda la noche, mañana dormiré todo el día y luego toda la noche en la bodega. ¿Es la misma? ¿Nueva Orleans?» Yo digo: «¿Qué?» Y él dice: «Bien, ya sabe.» Y yo digo: «Bueno, todo es el Sur, aunque por esta parte hay más árboles.» Eso le hace reír. Y dice: «Tal vez le vuelva a ver.» Pero yo no quería volver a verlo, Frannie. Porque tenía los ojos de un hombre que durante mucho tiempo ha estado intentando mirar en la oscuridad y acaso ha empezado a ver lo que hay en ella. Creo que si alguna vez llego a ver a ese Flagg, es posible que sus ojos sean algo así.

Stu meneó la cabeza mientras acababan de atravesar la calle y aparcaban las bicis.

–He pensado mucho en ello. Después de aquello pensé en buscar algunos de sus discos, pero en realidad no los quería. Su voz... es una buena voz, pero me pone la carne de gallina.

–¿De quién estás hablando, Stuart?

–¿Recuerdas The Doors? El hombre que paró aquella noche para repostar gasolina era Jim Morrison. Estoy seguro.

Fran se quedó boquiabierta.

–¡Pero si murió! ¡Murió en Francia! Él... –Calló. Porque había habido algo extraño en la muerte de Morrison. Algo secreto.

–¿De veras? –dijo Stu –. Me lo pregunto. Tal vez sí y el hombre que vi era sólo un tipo que se le parecía; pero...

–¿Crees que en realidad lo era?

Se habían sentado en los escalones de su edificio, hombro con hombro, como dos niños esperando que su madre los llamara para cenar.

–Sí –dijo Stu –. Lo creo. Y hasta este verano pensé que siempre sería la cosa más extraña que jamás pudo ocurrirme. Pero estaba equivocado. ¡Vaya si lo estaba!

–Y nunca se lo contaste a nadie –exclamó Fran maravillada –. Viste a Jim Morrison años después de que se le creyera muerto y no se lo dijiste a nadie. Cuando Dios te puso en el mundo en lugar de boca debió de darte una combinación de caja fuerte, Stuart Redman.

El sonrió.

–Bueno, fueron pasando los años y cada vez que pensaba en aquella noche, cosa que hacía de cuando en cuando, me hallaba más convencido de que, después de todo, no era él. Sólo alguien que se le parecía mucho, ¿comprendes? Estaba bastante seguro de eso. Pero durante estas últimas semanas he vuelto a dudar. Y ahora estoy cada vez más seguro de que sí lo era. Incluso puede estar vivo en estos momentos, diablos. Divertido, ¿verdad?

–Si vive, desde luego no está aquí –dijo ella.

–No. Ni yo desearía que lo estuviese. Vi sus ojos, ¿comprendes?

Fran apoyó una mano en su brazo.

–Sí, y probablemente habrá un millón de personas en este país con una historia semejante... sólo que con Elvis Presley o Howard Hughes.

–Ya no.

–No. Ya no. Harold estuvo muy bien esta noche, ¿no te parece?

–Creo que a eso se llama cambiar de tema –dijo ella.

–Exacto.

–En efecto. Lo estuvo.

Stu sonrió ante el tono preocupado de ella y el leve ceño.

–Te desconcertó algo, ¿no?

–Sí, pero no lo diré. Ahora estás de parte de Harold.

–Vamos, eso no es justo, Fran. A mí también me desconcertó. Celebramos dos sesiones preparatorias... lo dejamos todo a punto, o al menos eso creíamos, y de repente aparece Harold. Mete baza aquí y allá y luego nos dice: «¿No era eso lo que en realidad deseabais?» –Stu meneó la cabeza. – Preparando a todo el mundo para una votación colectiva. ¿Cómo es que nunca se nos ocurrió, Fran? Fue genial. Y nosotros ni siquiera lo consideramos.

–Bueno. Tampoco ninguno de nosotros sabía con seguridad de qué humor se sentían. Yo creía, sobre todo después de que madre Abigail se fuera, que estarían desanimados, tal vez incluso sintiéndose desdichados. Y con ese tipo Impening hablándoles como una especie de pajarraco fatídico.

–Tal vez convendría hacerle callar –dijo Stu pensativo.

–Pero no ha sido así. Se han mostrado tan... exuberantes sólo por el hecho de estar juntos. ¿Te dio esa sensación?

–Sí, en efecto.

–Era como en uno de esos campamentos para reavivar la fe. No creo que fuera nada planeado por Harold. Sencillamente aprovechó la ocasión.

–La verdad es que no sé qué pensar de él –dijo Stu –. Aquella noche que salimos en busca de madre Abigail me inspiró verdadera lástima. Cuando Ralph y Glen volvieron tenía un aspecto horrible, como si fuera a perder el conocimiento. Pero cuando hace un rato hablamos en la pradera, y todo el mundo le felicitaba, parecía hinchado de vanidad. Daba la impresión de que por fuera sonreía y para sus adentros estaba diciendo: «Ved, ahí tenéis para lo que sirve vuestro comité, condenada pandilla de estúpidos.» Es como uno de esos rompecabezas que nunca acabas de formar. Igual que esos juegos chinos o las tres anillas de acero que se sueltan si sabes el truco.

Fran estiró las piernas y se contempló los pies.

–Y hablando de Harold, ¿ves algo raro en mis pies, Stu?

Stu los miró con atención.

–No. Sólo que llevas unos de esos extraños zapatos Earth. Y desde luego son muy grandes.

–Los Earth son muy buenos para los pies. Eso es lo que dicen en las mejores revistas. Y para tu información debo decirte que calzo un siete. Es un número prácticamente pequeño.

–¿Y por qué sacas a colación tus pies? Es tarde, cariño.

–Supongo que por nada. Salvo que Harold no los perdía de vista. Después de la reunión, mientras estábamos sentados en la hierba charlando. –Meneó la cabeza y frunció ligeramente el entrecejo –. No hago más que preguntarme por qué Harold se hallaba tan interesado en mis pies.

Larry y Lucy llegaron solos a casa, cogidos de la mano. Leo había regresado poco antes y se quedó con mamá Nadine.

–Ha sido una gran reunión... –empezó Lucy mientras se dirigían a la puerta. Las palabras se le atragantaron al tiempo que una sombra oscura surgía de la penumbra de su porche.

Larry sintió la garganta agarrotada por un miedo sofocante. Es él, pensó desesperado. Ha venido por mí. Voy a ver su cara.

Pero luego se preguntó cómo había podido pensar aquello, porque en realidad sólo era Nadine Cross. Vestía un traje de un suave tejido gris azulado y llevaba el pelo suelto sobre los hombros y la espalda, un pelo oscuro salpicado de mechaz blancas.

Hace parecer a Lucy como un coche usado en un cementerio de autos, se dijo antes de poder evitarlo, y luego se aborreció por haberlo pensado siquiera. Era el viejo Larry quien hablaba... ¿El viejo Larry? Igual podrías decir el viejo Adán.

–Nadine –dijo Lucy con voz entrecortada, apretándose el pecho con una mano –. Me has dado un susto de muerte. Pensé... Bueno, no sé qué pensé. Nadine no hizo caso de Lucy. – ¿Puedo hablar contigo? –preguntó a Larry.

–¿Ahora?

Miró de soslayo a Lucy, o creyó haberlo hecho... Más adelante no sería capaz de recordar el aspecto de Lucy en aquel momento. Era como si se hubiera quedado eclipsada. Pero por una estrella oscura no por una brillante.

–Ha de ser ahora.

–Por la mañana...

–Ahora, Larry. O nunca.

Miró de nuevo a Lucy, y esta vez sí la vio. Vio en su rostro la resignación mientras sus ojos iban del uno a la otra, y de nuevo a Larry. Estaba dolida. –Enseguida vuelvo, Lucy.

–No, no lo harás –dijo ella con voz sorda. Los ojos le brillaban por las lágrimas.

–Diez minutos.

–Diez minutos, diez años –dijo Lucy –. Ha venido para llevarte. ¿Trajiste la correa y el bozal, Nadine?

Para Nadine, Lucy Swann no existía. Tenía la mirada clavada en Larry, aquellos grandes ojos oscuros. Para Larry siempre serían los ojos más extraños y hermosos que había visto, los ojos que te miran, tranquilos y profundos, cuando te sientes herido o angustiado.

–Volveré, Lucy –dijo él.

–Ella...

–Ve dentro.

–Sí, claro que lo haré. Ha llegado ella. Y prescindes de mí.

Subió corriendo los escalones, tropezó en el último, recuperó el equilibrio, abrió la puerta y luego la cerró de golpe, ocultando así sus sollozos antes siquiera de que empezaran.

Nadine y Larry se miraron durante largo rato, como en trance. Así es como ocurre, se dijo él. Cuando te encuentras con los ojos de alguien en una habitación y nunca los olvidas, o ves en el otro extremo de un vagón de metro atestado una persona que puede ser tu doble, o escuchas una risa en la calle que pudo ser la risa de la primera joven con la que hiciste el amor...

Pero en la boca algo le sabía amargo.

–Vayamos hasta la esquina y volvamos –propuso Nadine en voz baja –. Sólo eso. ¿De acuerdo?

–Más vale que sea así. Has elegido un condenado momento para venir aquí.

–Por favor. Sólo hasta la esquina y volver. Si quieres, te lo suplicaré de rodillas. Si quieres eso, ya está.

¿Lo ves?

Para su horror, Larry la vio arrodillarse, levantándose un poco la falda, mostrándole los muslos y haciéndole sentirse seguro de que todo el resto estaba también desnudo. ¿Por qué pensaba eso? No lo sabía. Nadine tenía los ojos clavados en él haciendo que la cabeza le diera vueltas. Y allí, en alguna parte, había una angustiada sensación de poder, entramada con ella, de rodillas a sus pies, con su boca a la altura de...

–¡Levántate! –le ordenó con aspereza.

La cogió de las manos y la obligó a ponerse en pie, tratando de no ver cómo la falda se subía aún más, antes de ajustarse de nuevo. Sus muslos tenían un color cremoso, esa tonalidad del blanco que no es pálida ni enfermiza sino saludable y atrayente.

–Vamos –accedió Larry.

Caminaron hacia el oeste, en dirección a las montañas, que eran una presencia negativa en la lejanía, triangulares manchas de oscuridad borrando las estrellas que aparecieran después de la lluvia. Caminar por la noche en dirección a aquellas montañas siempre le hacía sentir una extraña incomodidad; pero en aquel momento, con Nadine a su lado y la mano de ella ligeramente apoyada en su codo, ese sentimiento pareció acrecentarse. Siempre había tenido ensoñaciones vividas. Hacía tres o cuatro noches había soñado que en aquellas montañas había trasgos, repulsivas criaturas con brillantes ojos verdes, con las cabezas

desmesuradas de los cretinos hidrocefalos, y manos poderosas de dedos cortos. Manos de estrangulador. Trasgos idiotas vigilando los desfiladeros de las montañas. A la espera de que llegara *su* hora... la hora del hombre oscuro.

Una brisa recorrió la calle levantando los papeles del suelo. Dejaron atrás King Sooper. Varios carritos de supermercado, abandonados en el gran aparcamiento, semejantes a centinelas muertos, le trajeron a la memoria el túnel Lincoln. En él había habido trasgos. Estaban muertos pero él no quería decir que todos los trasgos en su nuevo mundo estuvieran muertos.

–Es duro –musitó Nadine –. Ella lo hizo duro porque tiene razón. Ahora te deseo. Y me temo que sea demasiado tarde. Quiero quedarme aquí.

–Nadine...

–Déjame terminar. Quiero quedarme aquí. ¿Es que no puedes entenderlo? Si estamos juntos podré hacerlo. Eres mi última oportunidad –dijo quebrándosele la voz –. Joe ya se ha ido.

–No, no se ha ido –la contradijo Larry sintiéndose lento de entendederas, estúpido y desconcertado –. Al volver lo dejamos en tu casa. ¿No está allí?

–No. Está un adolescente llamado Leo Rockway dormido en su cama.

–Pero...

–Escúchame, por favor –le dijo ella –. Mientras tuve a Joe todo fue bien. Podía... ser todo lo fuerte que hiciera falta. Pero él ya no me necesita. Y yo necesito que me necesiten.

–¡Él te necesita!

–Claro que sí –afirmó Nadine, con lo que Larry volvió a sentirse de nuevo asustado. Ya no estaba hablando de Leo; Larry no sabía de *quién* estaba hablando –. Él me necesita, por eso tengo miedo. Por eso he acudido a ti.

Se puso delante de él y le miró con la barbilla alta. Larry podía oler el limpio aroma secreto de ella y la deseó. Pero parte de su ser volvía a Lucy. Y ésa era la parte que necesitaba si quería aclimatarse en Boulder. Si prescindía de ella y se iba con Nadine, más les valdría largarse de Boulder esa misma noche. Todo habría acabado para él. Saldría triunfante el viejo Larry.

–He de irme a casa. Lo siento. Tendrás que arreglártelas sola, Nadine.

«Arreglártelas sola...» ¿Acaso no eran las palabras que de una forma u otra había estado utilizando toda su vida? ¿Por qué habían de interponerse en su camino cuando él sabía que tenía razón e incluso así acorralarlo, haciéndole desvariar y dudar de sí mismo?

–Hazme el amor –pidió ella rodeándole el cuello con los brazos.

Apretó su cuerpo contra el de Larry, quien comprobó, por su calor y entrega, que había acertado. Sólo llevaba el vestido. Completamente desnuda debajo de él, se dijo. Nada más de pensarlo se sintió excitado.

–Puedo sentirte –susurró ella y empezó a frotarse contra él con sensualidad –. Hazme el amor y así acabará todo. Estaré a salvo. A salvo.

---

Larry levantó los brazos, y más tarde jamás sabría cómo fue capaz de hacer aquello cuando con unos rápidos movimientos hubiera estado dentro del ardor de ella, tal y como Nadine quería. Levantó los brazos desenlazando sus manos y apartándola con tal fuerza que ella se tambaleó y estuvo a punto de caer. Emitió un gemido sordo.

–Si supieras, Larry...

–Pues no lo sé. ¿Por qué no intentas decírmelo en lugar de... de violarme?

–¡Violarte! –repitió Nadine con risa estridente –. ¡Eso sí que es divertido! ¿Yo? ¿Violarte yo a *ti*? Vamos, Larry.

–Podías haber obtenido de mí lo que quisieras. Pudiste tenerlo la semana pasada o la anterior. La semana anterior te pedí que lo aceptaras. Necesitaba que lo tuvieras.

–Era demasiado pronto –musitó ella.

–Y ahora es demasiado tarde –replicó él.

Lamentó el tono brutal de su voz aunque fue incapaz de controlarlo. ¿Cómo había de sonar si todavía temblaba del deseo que había sentido por ella?

–¿Qué harás? –preguntó.

–Adiós, Larry.

Se alejó. En ese instante era algo más que Nadine volviéndole la espalda para siempre. Era la higienista oral. Era Yvonne, con quien compartió un apartamento en Los Angeles. Era Rita Blakemoore. Y aún peor, era su madre.

–¿Nadine?

No se volvió. Se había convertido en una silueta negra que apenas se distinguía de otras siluetas al cruzar la calle. Luego desapareció por completo contra el negro paisaje de fondo de las montañas. Pronunció de nuevo su nombre, pero ella no contestó. Había algo aterrador en su forma de dejarlo, en su forma de fundirse en la negrura de la noche.

Permaneció en pie frente a King Sooper's, con los puños cerrados y la frente cubierta de sudor. Ahora ya le acompañaban los fantasmas, y al fin sabía cómo se pagaba el no ser un buen tipo: no conociendo jamás con certeza tus motivaciones, no siendo capaz de sopesar el daño con la ayuda, no pudiendo librarse del acre sabor de la duda y...

Irguió la cabeza sobresaltado. Sus ojos se dilataron. Soplaba de nuevo el viento, ululaba de forma extraña a través de algún portal vacío. Le pareció oír a lo lejos rumor de botas en la noche, botas cazadoras, en alguna parte, al pie de las colinas. Venían por él en la escalofriante corriente de aquella primera brisa matinal.

Botas sucias marcando el camino hasta la tumba del oeste.

Lucy le oyó entrar y el corazón le dio un vuelco. Probablemente había regresado a buscar sus cosas. Pero en realidad estaba segura de que Larry la había elegido a ella, que había vuelto para quedarse.

A pesar de su excitación y esperanza, que se sentía incapaz de dominar, siguió tumbada en la cama boca arriba, esperando, sin ver otra cosa que el techo. Se había limitado a decir a Larry la verdad al confesarle que su único defecto, y también el de otras jóvenes como su amiga Joline, era una excesiva necesidad de amor. Pero siempre había sido leal. Jamás engañó a nadie. Y tampoco a él... Si antes de conocerlo no había sido precisamente una monja, lo pasado pasado estaba. No se pueden desandar las cosas que has hecho. Es un poder que acaso se le haya dado a los dioses, pero ciertamente no a hombres y mujeres, y probablemente más valía así. De lo contrario, la gente moriría de vieja intentando cambiar su adolescencia.

Al saber que el pasado está fuera de tu alcance, acaso puedas perdonar.

Las lágrimas le caían por las mejillas.

Se abrió la puerta y ella lo vio, tan sólo una silueta.

—¿Lucy? ¿Estás despierta?

—Sí.

—¿Puedo encender la luz?

—Si quieres...

Oyó el leve siseo del gas y enseguida se hizo la luz. Parecía pálido y abatido.

—Tengo algo que decirte.

—Nada de eso. Ven a la cama.

—Tengo que decirlo. Yo... —Se llevó la mano a la frente y luego se mesó el pelo.

—¿Larry? —Lucy se incorporó, y quedó sentada—. ¿Te encuentras bien?

El habló como si no la hubiera oído, y sin mirarla.

—Te quiero. Si tú me quieres soy todo tuyo. Sólo que no sé si vas a recibir gran cosa. Desde luego jamás seré tu mejor elección, Lucy.

—Me arriesgaré. Ven a la cama.

Lo hizo. E hicieron el amor. Y una vez hubieron terminado, ella le dijo que lo quería. Era verdad, bien lo sabía ella, y era lo que él necesitaba oír. Aun así, tardó mucho tiempo en dormirse. Durante la noche ella se despertó, o soñó que lo hacía, y le pareció ver a Larry junto a la ventana, mirando hacia fuera, con la cabeza ladeada en posición de escuchar, mientras las líneas de luz y sombras daban a su rostro el aspecto de una máscara macilenta.

Pero, a la luz del día, Lucy se sintió más segura de que todo había sido un sueño, a la luz del día Larry parecía haber vuelto a ser el mismo.

Sólo tres días después se enteraron, por Ralph Bretner, de que Nadine se había ido a vivir con Harold Lauder. Al oírlo el semblante de Larry se endureció fugazmente. Y aun cuando Lucy se reprendiera por ello, la noticia la hizo respirar con más tranquilidad. Al parecer todo había terminado.

Después de ver a Larry, Nadine volvió a casa. Se dirigió a la sala de estar y encendió la lámpara. Con ella en alto, fue a la parte de atrás, deteniéndose un instante para iluminar el dormitorio del muchacho. Quería comprobar si lo que había dicho a Larry era verdad. Lo era. Leo se encontraba tumbado entre un revoltijo de sábanas, llevando sólo los calzoncillos... pero los rasguños y cortes le habían desaparecido prácticamente y también todo el bronceado adquirido al andar siempre casi desnudo. Y había algo más, se dijo Nadine. Algo había cambiado en su rostro... Se había desvanecido aquella expresión de salvajismo mudo e inequívoco. Ya no era Joe. Tan sólo un muchacho durmiendo después de un día ajetreado.

Nadine recordó la noche en que casi se quedó dormida y se despertó de repente, comprobando que Joe no estaba a su lado. Fue en North Berwick, Maine. Le había seguido hasta la casa en cuyo porche dormía Larry. Mientras éste descansaba en el interior, Joe se encontraba en pie fuera, empuñando el cuchillo con callado salvajismo, y entre ambos tan sólo una delgada mampara. Ella le había obligado a alejarse.

Nadine se sintió de repente envuelta en una llamarada de odio, despidiendo brillantes chispas como pedernal y acero. La lámpara Coleman tembló en su mano proyectando enloquecidas sombras danzantes. ¡Debió permitir que lo hiciera! Ella misma debió haber mantenido la puerta abierta para Joe, y dejarlo entrar para que apuñalara y cortara, pinchara y destruyera. Debería haber...

El muchacho dio media vuelta y emitió un sonido gutural como si fuera a despertarse. Agitó las manos en el aire, como si en su sueño se protegiese de una amenaza. Y Nadine retrocedió, latándole las sienas. Todavía seguía habiendo algo extraño en el muchacho. A Nadine no le gustó la manera en que acababa de moverse, como si hubiera captado sus pensamientos. Ahora tenía que seguir adelante. Y ser rápida. Entró en su dormitorio. En el suelo había una alfombra y una sola cama individual... una cama de solterona. Eso era todo. No había siquiera un cuadro. La habitación carecía de toda personalidad. Abrió la puerta del armario y rebuscó detrás de los trajes colgados. Se encontraba de rodillas, sudando. Sacó una caja de colores brillantes, con una fotografía de adultos riendo en la tapa, adultos que practicaban un juego. Un juego que tenía al menos tres mil años.

Había encontrado la plancheta en una tienda de novedades del centro de la ciudad, pero no se había atrevido a utilizarla en la casa, estando allí el muchacho. De hecho no se había atrevido a utilizarla en ninguna circunstancia... hasta ese momento. Algo la había impulsado a entrar en la tienda y, cuando vio la plancheta en su alegre caja festiva, se produjo una lucha en su interior, la clase de lucha que los psicólogos llaman aversión/atracción. Había sudado entonces como ahora, queriendo dos cosas a la vez. Salir corriendo de la tienda y arrebatarse la caja, esa espantosa y alegre caja y llevársela a casa. El que más le aterraba era este último deseo, porque no parecía ser suyo. Al fin cogió la caja.

Eso había ocurrido cuatro días atrás. La atracción había ido haciéndose más fuerte hasta esa noche, en que medio loca por un miedo que no comprendía, marchó en busca de Larry vistiendo el traje gris azulado sin nada debajo. Mientras esperaba en el porche a que regresaran de la reunión, se sintió segura de que al fin había hecho lo que debía. Percibió aquella sensación, ligeramente embriagadora y deslumbrante, que no había vuelto a tener desde que atravesara corriendo la hierba húmeda por el rocío, con el muchacho a la zaga. Sólo que esta vez el muchacho la alcanzaría. Ella dejaría que lo alcanzase. Sería el fin.

---

Pero cuando la alcanzó ya no la deseaba.

Nadine se puso en pie apretando la caja contra su pecho, y apagó la lámpara. La había despreciado. Y una mujer desdeñada puede muy bien pactar con el diablo... o con su secuaz.

Se detuvo lo suficiente para coger la gran linterna de la mesa que se hallaba en el vestíbulo de entrada. Al fondo de la casa el muchacho gritó en sueños, lo cual hizo que se quedara rígida.

Luego, salió.

Su Vespa estaba en la acera, la misma que utilizó unos días atrás para ir a la casa de Harold Lauder. ¿Por qué había ido allí? Desde su llegada a Boulder no había cambiado una docena de palabras con Harold. Pero, confundida como se sentía con la plancheta y el terror que le producían los sueños, que ella todavía seguía teniendo cuando habían cesado para todos, le pareció que debía hablar con Harold. Pero también le daba miedo aquel impulso; lo pensó mientras ponía en marcha la Vespa. Como aquella repentina urgencia por coger la plancheta (« ¡Asombra a tus amigos! ¡Anima tus fiestas!», se leía en la caja). Parecía haber sido una idea llegada del exterior. Tal vez su idea. Pero cuando al fin sucumbió y fue a casa de Harold, él no estaba. La casa se encontraba cerrada a cal y canto, la única casa que había encontrado cerrada en Boulder, y tenía las persianas bajadas. Eso le gustó y por un momento se sintió decepcionada de que no estuviera Harold. Si hubiese estado, la habría hecho pasar, cerrando luego la puerta tras ella. Podían haber ido a la sala de estar y habrían charlado o hecho el amor o cosas inconfesables, y nadie se habría enterado.

La casa de Harold proporcionaba una extraña intimidad.

¿Qué me está pasando? Se dijo en la oscuridad; pero la oscuridad no tenía respuesta para ella. Puso en marcha la Vespa y el ronroneo del motor pareció profanar la noche. Se alejó en dirección oeste.

Empezó a sentirse mejor al recibir en la cara el aire fresco de la noche. El viento nocturno despejaba las telarañas. Cuando te han quitado toda posibilidad de elección, ¿qué puedes hacer? Tomar lo que queda. Aceptar la aventura que te ha sido destinada, por sombría que sea. Dejar que Larry mueva su estúpida pollita con la de los pantalones ceñidos, el vocabulario de una sola palabra y su mentalidad de revista de cine. Tú vas mucho más lejos que ellos, Nadine. Tú arriesgas todo cuanto puede arriesgarse.

Y sobre todo te arriesgas tú misma.

La carretera iba desplegándose ante ella a la luz del pequeño faro de la Vespa. Tuvo que poner la segunda al empezar la cuesta. En aquel momento se encontraba en Baseline Road, dirigiéndose hacia la oscura montaña. Déjalos que celebren sus reuniones. Ellos estaban preocupados por tener otra vez electricidad. A su amante le preocupaba el *mundo*. El motor de la Vespa protestaba y se esforzaba, pero seguía adelante. Empezó a sentirse embargada por una especie de miedo horrible, aunque sensual, y el asiento vibrante de la moto empezó a calentarle la ingle. (Caramba, Nadine, eres increíble, se dijo con buen humor, mala, mala.) A su derecha la pared caía a pico. Allí sólo había muerte. ¿Y arriba? Bien, ya lo vería. Era demasiado tarde para retroceder.

Y aquella idea la hizo sentirse paradójica y deliciosamente libre.

Al cabo de una hora, se encontraba en el Sunrise Amphitheater... El sol tardaría más de tres horas en salir. El anfiteatro se hallaba cerca de la cima de la Flagstaff Mountain, y casi todos los miembros de la Zona Libre, a poco de llegar a Boulder, habían hecho una excursión hasta el lugar de acampada en la cumbre. En un día claro como eran la mayoría, al menos durante el verano, podía verse Boulder. Y también la interestatal 25, prolongándose por el sur de Denver y girar luego entre la bruma hacia Nuevo México, trescientos kilómetros más allá. Hacia la derecha se encontraban las llanuras extendiéndose hacia Nebraska y, más cerca, Boulder Canyon, un desfiladero angosto a través del pie de las colinas, con sus paredes de pinos y abetos. En pasados veranos los planeadores habían sobrevolado Sunrise Amphitheater semejantes a aves. Pero Nadine sólo veía lo que permitía el resplandor de la linterna que había dejado sobre una mesa de picnics próxima al precipicio. Había también un gran bloc de dibujo artístico con una primera página virgen y sobre él la plancheta de tres esquinas semejantes a una araña triangular.

Nadine se encontraba en un estado febril, que era en parte euforia y en parte terror. Mientras ascendía hacia allí en su Vespa, que avanzaba con esfuerzo, se sintió como Harold en Nederland. Podía sentirlo a él. Pero mientras Harold sintió aquello de una manera bastante precisa y científica, como una pieza de acero atraída por un imán, Nadine lo percibía como una especie de acontecimiento místico, como el cruce de una frontera, al igual que si aquellas montañas, de las que en esos momentos sólo estaba al pie, fueran tierra de nadie entre dos esferas de influencia... Flagg en el Oeste, la anciana en el Este. Y allí la magia fluía en ambas direcciones, mezclándose, haciendo su propio brebaje que no pertenecía a Dios ni a Satanás, por lo que era absolutamente pagano. Tenía la impresión de que se trataba de un lugar habitado por fantasmas. Y la plancheta...

Había tirado la caja de brillantes colores, con el letrero MADE IN TAIWÁN, con indiferencia, abandonándola a merced del viento. La propia plancheta era una especie de pizarra de fibra o de aljezón, pobremente impresa. Pero no importaba. Se trataba de una herramienta que sólo utilizaría una vez, sólo se *atrevería* a usarla una vez, e incluso una herramienta de escasa calidad puede cumplir su cometido. Abrir una puerta, cerrar una ventana, escribir un nombre.

Los letreros en la caja incitaban: « ¡Asombra a tus amigos! ¡Anima tus fiestas! »

¿Cómo era aquella canción que Larry solía canturrear desde el asiento de su Honda mientras viajaban? « ¡Hola, central! ¿Qué pasa con la línea? Quiero hablar con... »

Hablar... ¿con quién? Pero ésa era la cuestión, ¿no?

Recordaba aquella vez que utilizó plancheta en secundaria. Hacía más de doce años... pero bien podía haber sido ayer. Había subido al tercer piso para preguntar a una chica llamada Rachel Timms acerca de la tarea para una clase de corrección de lectura a la que ambas asistían. Halló la habitación llena de chicas, al menos seis u ocho, todas riendo y gastando bromas. Nadine recordaba que notó que estaban colocadas, seguro que por haber fumado un porro.

–¡Basta ya! –dijo Rachel aunque ella misma estaba riendo –. ¿Cómo esperáis que los espíritus se comuniquen con nosotras si os comportáis como una manada de mulas?

La idea de las mulas reidoras les pareció divertidísima y la habitación se llenó de nuevo con frescas carcajadas femeninas. La plancheta estaba colocada igual que en ese momento, una araña triangular sobre tres finas patas. Mientras seguían riendo, Nadine cogió un montón de hojas grandes arrancadas de un bloc de dibujo y ojeó los «mensajes enviados desde el plano astral» que ya habían salido.

«Tommy dice que has estado utilizando otra vez esa ducha madroño.»

«Mamá dice que está bien.»

« ¡Chunga! ¡Chunga!»

« ¡John dice que no te pedonearías tanto si dejarás de tomar esas alubias de cafetería!»

Y otros igual de estúpidos.

Las risas ya se habían calmado bastante y podían empezar de nuevo. Había tres chicas sentadas en la cama, y con las yemas de los dedos colocadas en un lado de la plancheta. Por un momento no pasó nada. Luego, la pizarra tembló.

–¡Lo hiciste tú, Sandy! –la acusó Rachel.

–¡No lo hice!

–¡Chissst!

La pizarra se movió de nuevo y las jóvenes guardaron silencio. Se movió, se paró, volvió a moverse. Trazó la letra P.

–Putá... –aventuró una muchacha llamada Sandy.

–Y la tuya también –replicó alguien más. Aquello fue la señal para que empezaran de nuevo las risas.

–¡Chissst! –repitió Rachel ya seria. La plancheta empezó a moverse con más rapidez trazando las letras A, D, R, Y, E.

–Querido padre, aquí tienes a tu bebé –dijo una chica llamada Patty, y luego se echó a reír.  
– Debe ser mi padre. Murió cuando yo tenía tres años.

–Está escribiendo más cosas –observó Sandy.

DICE, apareció escrito laboriosamente en la pizarra.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó Nadine con un susurro a una muchacha alta con cara de caballo, a la que no conocía, y que miraba todo aquello con las manos en los bolsillos y expresión de incredulidad.

–Un montón de chicas jugando con algo que no entienden –repuso cara de caballo –. Eso es lo que está pasando.

La joven llevaba gafas. Sacó las manos de los bolsillos, y se las quitó. Las limpió y siguió dando explicaciones a Nadine, siempre en susurros.

–La plancheta es un instrumento utilizado por psíquicos y médiums. Los kinestólogos...

–¿Los qué?

–Científicos que estudian el movimiento y la interacción de músculos y nervios.

–¡Ah!

–Dicen que la plancheta responde a minúsculos movimientos de los músculos, tal vez provocados por el subconsciente. Desde luego, médiums y psíquicos aseguran que la plancheta es movida por presencias del mundo de los espíritus.

Hubo otra explosión de risas histéricas de las chicas que rodeaban la pizarra. Nadine miró por encima del hombro de cara de caballo y leyó el mensaje que acababa de aparecer: PADRE DICE QUE PATTY DEBERÍA DEJAR DE IR.

–... tanto al cuarto de baño –sugirió otra chica, lo que provocó nuevas risas.

–De una manera u otra, están haciendo tonterías –afirmó la joven de las gafas con un sorbeteo desdeñoso –. Tanto los médiums como los científicos están de acuerdo en que la escritura automática puede ser peligrosa.

–¿Crees que esta noche los espíritus se manifiestan hostiles? –preguntó Nadine.

–Tal vez los espíritus sean *siempre* hostiles –respondió la joven de las gafas dirigiéndole una mirada penetrante –. O acaso te llegue de tu mente subconsciente un mensaje que no estás preparada para recibir. Por si no lo sabías, existen casos documentados de escritura automática que ha quedado absolutamente fuera de control. Gente que se ha vuelto loca.

–Exageras. No es más que un *juego*.

–A veces los juegos resultan arriesgados.

Otra explosión de risas puso punto al comentario de la joven con gafas antes de que Nadine pudiera contestarle. La chica llamada Patty se había caído de la cama y estaba tumbada en el suelo sujetándose el estómago, riendo y agitando los pies. El mensaje completo decía: PADRE DICE QUE PATTY DEBERÍA DEJAR DE IR AL CINE AL AIRE LIBRE CON LEONARD KATZ.

–¡Tú has hecho esto! –acusó Patty a Sandy cuando al fin logró incorporarse.

–¡No lo hice, Patty! ¡Lo juro!

–Era tu padre. ¡Desde el más allá! ¡Desde la ultratumba! –dijo otra chica a Patty con voz de Boris Karloff –. Así que recuerda que te estará vigilando la próxima vez que te quites las bragas en el asiento trasero del Dodge de Leonard.

Nuevas risas. Una vez se hubieron calmado, Nadine se abrió paso y dio un golpecito en el brazo a Rachel. Sólo quería hacerle una pregunta acerca de lo que tenían que hacer y luego irse.

–¡Nadine! –exclamó Rachel; los ojos le brillaban alegres y las mejillas parecían dos rosas – Siéntate. Veamos si los espíritus tienen algún mensaje para ti.

–No, déjalo. Sólo he venido para que me digas lo de la clase de...

–¡Olvídate de la clase! ¡Esto es importante, Nadine! Tienes que intentarlo. Venga, siéntate aquí junto a mí. Tú ponte al otro lado, Janey.

Janey se sentó frente a Nadine, la cual, ante la insistencia de Rachel Timms, se encontró con ocho de sus dedos rozando ligeramente la plancheta. Sin saber por qué, miró por encima del hombro a cara de caballo. Esta movió la cabeza en dirección a Nadine con gesto deliberado. La luz fluorescente del techo se reflejó en sus gafas y transformó sus ojos en un par de grandes destellos de luz blanca.

Nadine sintió una punzada de pánico. Siguió rememorando, mientras permanecía allí en pie contemplando aquella otra plancheta a la luz de una linterna. Recordó la observación de aquella chica de que sólo era un juego. Por todos los cielos... ¿Y qué cosa terrible podía ocurrir en medio de unas chicas muertas de risa? Nadine no podía concebir un medio poco adecuado para la aparición de espíritus genuinos, hostiles o no.

–Y ahora quedaos todas quietas –ordenó Rachel –. ¡Espíritus! ¿Tenéis algún mensaje para nuestra hermana Nadine Cross?

La plancheta no se movió. Nadine se sintió un poco incómoda.

–Ini–miini–chili–biini –dijo la chica que había imitado a Boris Karloff –. ¡Los espíritus están a punto de hablar!

Más risitas.

–¡Chiissst! –impuso Rachel.

Nadine pensó que, si una de las otras dos chicas no empezaba pronto a mover la plancheta para que soltara el bobo mensaje que le habían preparado, lo haría ella, lo haría deslizarse con algo breve y divertido, por ejemplo ¡BUUU! Luego averiguaría lo que la había llevado allí y se marcharía.

Cuando se disponía a mover la plancheta, ésta brincó bruscamente bajo sus dedos. El lápiz dejó un trazo diagonal, negro, muy negro sobre la hoja impoluta. – ¡Eh! Eso no es juego limpio, espíritus –protestó Rachel con un leve matiz de inquietud –. ¿Lo has hecho tú, Nadine?

–No...

–Janey?

–Tampoco. De veras.

La plancheta volvió a brincar, haciéndoles apartar casi los dedos y se dirigió hacia la esquina superior izquierda del papel.

–Oh –exclamó Nadine –. ¿Notáis...?

Lo notaron. Todas lo notaron, aunque ni Rachel ni Jane Fargood quisieron hablar luego con ella de la cuestión. A partir de aquella noche, no fue muy bien recibida en la habitación de las dos chicas. Era como si después de aquello ambas temieran encontrarse demasiado cerca de ella.

De repente la plancheta empezó a rascar bajo sus dedos, como estar rozando el guardabarros de un coche con el motor suavemente en marcha. La constante vibración era inquietante. No se trataba de la clase de movimiento que puede producir una persona sin que resulte evidente.

Las chicas se habían quedado quietas. Sus caras tenían una expresión peculiar, la expresión común a los rostros de todas las personas que asisten a una sesión donde, de manera inesperada, se produce algo genuino... cuando el velador empieza a oscilar, cuando unos nudillos invisibles golpean la pared o cuando la médium empieza a expeler por la nariz teleplasma de un gris ahumado. Es una expresión de ansiedad contenida, en parte queriendo que se detenga lo que se ha iniciado, y en parte sintiendo el deseo de que prosiga. Es una expresión de excitación aterrada y perturbada... y, cuando adopta ese aspecto especial, el rostro humano se asemeja a la calavera que hay dos centímetros por debajo de la piel.

–¡Dejadlo! –gritó de repente cara de caballo –, ¡Dejadlo ahora mismo o de lo contrario os arrepentiréis!

–¡No puedo apartar los dedos! –chilló Jane Fargood con voz aterrada.

Alguien lanzó un leve grito. En aquel instante Nadine se dio cuenta de que sus dedos también estaban adheridos a la tablilla. Los músculos de los brazos se le tensaron a causa del esfuerzo por apartar los dedos de la plancheta. Pero no lo logró.

–Muy bien, la broma ha terminado –decidió Rachel con voz forzada y temerosa –Quién...

Y de repente la plancheta empezó a escribir. Se movía con extraordinaria rapidez arrastrando los dedos de las jóvenes, moviendo sus brazos adelante y atrás y en derredor de una manera que hubiera resultado divertida de no ser por la expresión de las tres jóvenes. Nadine pensó más adelante que fue como si los brazos se les hubieran quedado enganchados en una máquina de ejercicios. Lo escrito anteriormente había sido garrapateado, unos mensajes que parecían la caligrafía de una criatura de siete años. Aquella otra escritura era regular y vigorosa... letras grandes y oblicuas que iban cubriendo la hoja blanca. Había en ella algo implacable y depravado a un tiempo.

NADINE, NADINE, NADINE, escribía la plancheta giratoria CÓMO AMO A NADINE QUE SEA MÍA AMO A MI NADINE QUE SEA MI REINA SI TÚ SI TÚ SI TÚ ERES PURA PARA MÍ SI ERES PARA MÍ SI ERES SI ERES MUERTA PARA MÍ MUERTA ESTÁS.

La plancheta se precipitaba, aceleraba y volvía a escribir más abajo.

TÚ ESTÁS MUERTA CON EL RESTO DE ELLOS TÚ ESTÁS EN EL LIBRO DE LOS MUERTOS CON EL RESTO DE ELLOS NADINE ESTÁ MUERTA CON ELLOS NADINE ESTÁ PUTREFACTA CON ELLOS A MENOS A MENOS.

Se detuvo, tamborileó. Nadine esperó con todas sus fuerzas que aquello acabara... Pero de repente se puso de nuevo en marcha hasta el borde del papel y empezó otra vez. Jane chilló aterrada. Los rostros de las demás chicas expresaban asombro y consternación.

EL MUNDO EL MUNDO PRONTO EL MUNDO ESTÁ MUERTO Y NOSOTROS NOSOTROS NADINE YO YO NOSOTROS NOSOTROS NOSOTROS ESTAMOS NOSOTROS ESTAMOS NOSOTROS.

Y entonces las letras parecieron *chillar* a través del papel:

NOSOTROS ESTAMOS EN LA CASA DE LOS MUERTOS NADINE.

La última palabra fue aullada a través de la hoja, en mayúsculas de más de dos centímetros, y luego la plancheta, con un giro, se apartó de la pizarra dejando tras de sí un trazo largo de grafito semejante a un alarido. Cayó al suelo y se partió en dos.

Se hizo un instante de silencio conmocionado. Jane Fargood prorrumpió en un llanto histérico y agudo. Nadine recordaba que aquello terminó con la llegada de la encargada para averiguar qué estaba pasando. Y estuvo a punto de pedir los servicios de la enfermería para Jane. Pero la joven logró dominarse un poco.

Durante todo el episodio, Rachel Timms permaneció sentada en su cama, pálida y tranquila. Una vez se hubieron ido la encargada y la mayoría de las chicas, incluida la joven cara de caballo, que sin duda debía de sentirse como una profetisa en su propia tierra, preguntó a Nadine con voz extraña y mortecina:

–¿Quién era, Nadine?

–No lo sé –repuso ella con sinceridad.

Desde luego no tenía la menor idea. Por entonces no la tenía.

–¿No reconociste la escritura?

–No.

–Bueno, será mejor que te lleves esta... esta nota del más allá o lo que quiera que sea y vuelvas a tu habitación.

–¡Fuiste tú quien pidió que me sentara! –la increpó Nadine – ¿Cómo puedes pensar que supiera algo de lo que... algo de lo que ocurría? ¡Santo cielo! Lo hice por cortesía.

Rachel tuvo al menos la decencia de enrojecer ante sus palabras, incluso llegó a presentar una breve excusa. Pero después de aquello Nadine no tuvo mucho trato con Rachel, a pesar de que había sido una de las pocas chicas con las que se sintió realmente unida durante los tres primeros semestres de instituto.

Desde entonces, jamás volvió a tocar esas arañas triangulares fabricadas con aljezón prensado. Hasta ahora.

Pero el momento había...

Sí, en los últimos tiempos no dejó de sentir la tentación.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Nadine se sentó en el banco de picnic y apretó ligeramente los dedos sobre dos de los lados de la plancheta. La sintió moverse casi de inmediato bajo las yemas de los dedos, y pensó en un coche parado con el motor en marcha. Pero... ¿quién era el conductor? ¿Quién era *realmente* él? ¿Quién subiría, cerraría con fuerza la portezuela y pondría sus manos sobre el volante? ¿Qué pie, brutal y pesado, calzado con una vieja y polvorienta bota de vaquero, pisaría el acelerador y la llevaría... adonde?

« ¿Adonde nos llevas, conductor? »

Nadine, sin ayuda alguna o esperanza de socorro, permanecía sentada y erguida en el banco en la cima de la Flagstaff Mountain, en la trinchera negra de la mañana, con los ojos muy

---

abiertos y la sensación cada vez más fuerte de encontrarse en la frontera. Miraba hacia el este, pero sintió la presencia de *él* por detrás, presionando con fuerza sobre ella, arrastrándola hacia abajo, igual que un peso atado a los pies de una mujer muerta. La presencia oscura de Flagg llegando en oleadas constantes, inexorables.

El hombre oscuro estaba fuera, en la noche, en alguna parte. Nadine dijo dos palabras a modo de conjuro a todos los espíritus tenebrosos...

Conjuro e invitación:

–Decidme.

Debajo de sus dedos, la plancheta empezó a escribir.

## 54

### *Resumen de las actas de la sesión del comité permanente de la Zona Libre*

*–19 de agosto de 1990*

Esta sesión se celebró en el apartamento de Stu Redman y Fran Goldsmith. Todos los miembros del comité se hallaban presentes.

Stu nos felicitó por haber sido elegidos para constituir el comité permanente. Presentó una moción para que fuera redactada una carta de agradecimiento a Harold Lauder, firmada por cada uno de los miembros. Se aprobó por unanimidad.

STU: Una vez nos hayamos ocupado de las viejas cuestiones, Glen Bateman tiene un par de asuntos. Intuyo que tienen que ver con la próxima asamblea. ¿Es así, Glen?

GLEN: Esperaré mi turno.

STU: Eso es muy propio de ti. La principal diferencia entre un viejo borracho y un viejo profesor de secundaria calvo es que el profesor espera su turno para empezar a calentarte las orejas.

GLEN: Gracias por esas perlas de sabiduría, tejano.

Fran dijo que resultaba evidente que Stu y Glen lo estaban pasando bomba, pero que ella quería que se centraran en los asuntos sometidos a debate ya que sus programas favoritos de televisión empezaban a las nueve. El comentario fue acogido con más risas de las que probablemente se merecía.

El primer asunto importante se refería a nuestros exploradores en el Oeste. Tras una recapitulación, el comité decidió pedir al juez Farris, a Tom Cullen y a Dayna Jurgens que vayan allí. Stu sugirió que las personas que presentaran a cada uno de ellos fueran las mismas que abordaron el tema con sus respectivos candidatos. Esto es, que Larry Underwood se lo preguntara al juez Farris, que Nick, con la ayuda de Ralph Bretner, hablara con Tom, y Sue lo hiciera con Dayna. Nick dijo que entenderse con Tom quizá

llevara algunos días, y Stu comentó que eso les obligaba a discutir la fecha en que habrían de enviarlos. Larry opinó que no podían enviarlos juntos, porque entonces podrían cogerlos a la vez. Añadió que, tanto el juez como Dayna, sospecharían que habrían enviado más de un espía. Pero que mientras no supieran los nombres no podrían sonsacárselos. Fran precisó que sonsacar no era la palabra adecuada, considerando lo que el hombre oscuro podría hacerles... si es que era un hombre.

GLEN: Yo en tu lugar no me mostraría tan pesimista, Fran. Si concedemos al Adversario un mínimo de inteligencia, sabrá que no daríamos a nuestros... exploradores (supongo que podríamos llamarles así) información que consideremos vital para sus intereses. Sabrá que la tortura le servirá de muy poco.

FRAN: ¿Quieres decir que les dará unas palmaditas y les advertirá que no vuelvan a hacerlo? Yo creo que puede torturarlos sólo porque la tortura es algo que le gusta. ¿Qué dices a eso?

GLEN: Supongo que no hay mucho que decir.

STU: Esa decisión ya ha sido tomada, Frannie. Todos estamos de acuerdo en que enviamos a nuestra gente en una misión peligrosa. Y también sabemos que no nos ha sido fácil decidirnos a ello.

Glen sugirió que, de momento, aprobaran el siguiente programa: el juez saldría el 26 de agosto, Dayna el 27 y Tom el 28, sin que ninguno supiera nada de los otros. Cada uno emprendería el camino por una carretera diferente. Explicó que, de esa manera, se dispondría del tiempo necesario para trabajar con Tom.

Nick dijo que, con la sola excepción de Tom Cullen, al que habría de hacer regresar mediante sugestión poshipnótica, a los otros dos se les diría que volvieran cuando lo considerasen oportuno según su propio criterio; pero que habrían de considerar el factor climatológico. Era posible que en la primera semana de octubre empezase a nevar con intensidad en las montañas. Nick recomendó que se les advirtiera que no pasasen más de tres semanas allí.

Fran dijo que podrían dirigirse hacia el sur en caso de que las nieves llegaran pronto a las montañas; pero Larry se mostró en desacuerdo, haciendo observar que se encontrarían con la cordillera Sangre de Cristo, a menos que siguieran directamente hacia México. Y, de hacerlo así, probablemente no volveríamos a verlos hasta la primavera.

Larry propuso que, de ser ése el caso, debiéramos dar al juez un punto de ventaja. Sugirió que partiera el 21 de agosto, o sea pasado mañana.

Así quedó cerrado el asunto de los exploradores (o de los espías, si se prefiere).

A continuación, se concedió la palabra a Glen, y lo que transcribo procede de la cinta grabada.

GLEN: Quiero proponer que convoquemos otra asamblea pública para el 25 de agosto para tratar ciertos puntos. Me gustaría subrayar algo que acaso os sorprenda. Creemos que en la Zona Libre somos unas seiscientas personas. Ralph lleva unos registros admirables y exactos de los grupos que han llegado y, en consecuencia, hemos calculado nuestra población sobre la base de esas cifras. Pero también han llegado personas sueltas, tal vez

---

hasta diez por día. Así que hoy, a primera hora, fui con Leo Rockway al auditorio de Chautauqua Park e hicimos un recuento de asientos en el salón. Hay seiscientos siete.

Sue Stern respondió que no podía ser porque había habido gente de pie, en el fondo y sentados por los pasillos al no encontrar plaza libre. Y entonces todos pudimos darnos cuenta de lo que Glen quería decir. Y supongo que sería apropiado afirmar que el comité se quedó de piedra.

GLEN: No tenemos modo de calcular exactamente cuántos asistentes tuvimos en pie y sentados en el suelo, pero mi recuerdo de la reunión es bastante claro y yo diría que un centenar como mínimo. Así que, por lo que podéis ver, aquí vivimos más de setecientas personas. Como resultado de las averiguaciones, presento una moción para que uno de los puntos a tratar en el orden del día de la reunión pública sea la formación de un comité para el censo.

RALPH: ¡Seré idiota! Me has ganado por la mano.

GLEN: No es culpa tuya. Tienes demasiadas cosas en la cabeza, Ralph, y creo que todos estaremos de acuerdo en que las has estado atendiendo muy bien...

LARRY: Puedes creerlo, muchacho.

GLEN: Aunque sólo estuviéramos recibiendo cuatro personas por día, son casi treinta por semana. Y yo creo que es más probable que estemos recibiendo de doce a catorce. Sólo que no vienen corriendo a presentarse a nosotros y, como ya no está madre Abigail, no hay lugar adonde acudan tras su llegada.

Fran Goldsmith apoyó la moción de Glen de que fuera introducida la cuestión de un comité para el censo en el orden del día de la asamblea del 25 de agosto, y pidió que se hicieran cargo de llevar la cuenta de cada miembro de la Zona Libre.

LARRY: Estoy a favor de todo ello siempre que haya buenas razones prácticas. Pero...

NICK: ¿Pero qué, Larry?

LARRY: Bueno... ¿acaso no tenemos suficientes asuntos de que preocuparnos para empezar a crear esa inútil y farragosa burocracia?

FRAN: Ahora mismo puedo decirte un motivo, Larry.

LARRY: ¿Sí? ¿Cuál?

FRAN: Bien, si Glen tiene razón, vamos a necesitar un salón más grande para la próxima asamblea. Eso por una parte. Si para el día 25 hubiera aquí ochocientas personas, jamás lograríamos meterlas en Chautauqua Auditorium.

RALPH: Caramba, no había pensado en ello. Ya os dije, muchachos, que no estaba hecho para este trabajo.

STU: Tranquilízate, Ralph, lo estás haciendo muy bien.

SUE: ¿Entonces dónde vamos a celebrar esa maldita asamblea?

GLEN: Espera un momento. Cada cosa a su tiempo. ¡Tenemos pendiente una condenada moción!

---

Se aprobó por unanimidad incluir el comité para el censo en el orden del día de la próxima asamblea pública.

Luego Stu propuso que celebrásemos la reunión del 25 de agosto en el Munzinger Auditorium, que tiene mayor aforo, probablemente por encima de mil.

Glen pidió de nuevo la palabra, que le fue concedida.

GLEN: Antes de que prosigamos me gustaría señalar que existe otro buen motivo para que se forme un comité para el censo, para algo más serio que saber cuánta salsa y cuántas bolsas de patatas fritas tenemos que llevar para la fiesta. Debemos saber quiénes llegan, pero también quiénes se marchan. Creo que la gente lo hace, ¿sabéis? Tal vez sea sólo una impresión, pero puedo jurar que había caras que me había acostumbrado a ver y que ya no están aquí. Como quiera que sea, cuando salimos del Chautauqua Auditorium, Leo y yo fuimos a casa de Charlie Impening. ¿Y queréis saber algo? La casa está vacía. Las cosas de Charlie han desaparecido y también su BSA.

Se produjo un alboroto y se oyeron algunos juramentos que aun siendo divertidos no se recogieron en esta acta.

Entonces Ralph preguntó de qué podría servirnos saber quién abandona la zona. Sugirió que si personas como Impening querían irse con el hombre oscuro, deberíamos considerarlo una suerte. Varios miembros del comité aplaudieron con entusiasmo a Ralph, quien, huelga decirlo, enrojeció como un colegial.

SUE: No; yo comprendo la idea de Glen. Sería como un derrame constante de información.

RALPH: Bien. ¿Y qué podemos hacer? ¿Meterlos en la cárcel?

GLEN: Por desagradable que parezca, creo que habremos de considerar a fondo ese asunto.

FRAN: No, señor. Puedo aceptar enviar espías. Pero no que a personas que han venido aquí las encerremos porque no les gusta cómo hacemos las cosas... ¡Caramba, Glen! ¡Eso es tarea de la policía secreta!

GLEN: Ya. Pero nuestra posición aquí es en extremo precaria. Me estás colocando en la situación de tener que abogar por la represión, y creo que eso es injusto. Quisiera que me dijese si estás dispuesta a que haya lavados de cerebro por parte del Adversario.

FRAN: Sigue pareciéndome odioso. Joe McCarthy tenía como justificación el comunismo. Nosotros tenemos a nuestro hombre oscuro. Estupendo.

GLEN: ¿Estás dispuesta a correr el riesgo de que alguien se vaya de aquí con una información confidencial en el bolsillo? Por ejemplo, la de que madre Abigail se ha ido.

FRAN: Charlie Impening puede habérselo dicho.

¿Qué otra información confidencial tenemos, Glen? ¿Acaso nosotros mismos no vamos a la deriva en busca de cualquier indicio que nos sirva de orientación? Glen, ¿te apetece que sepa nuestra fuerza en números? ¿Que sepa cómo nos va en cuanto a la parte técnica? ¿Que se entere de que todavía no tenemos médico?

Fran dijo que quizá prefería eso a empezar a encerrar gente porque no les guste nuestra forma de hacer las cosas. Stu propuso entonces que se pusiera a votación la idea en conjunto de encarcelar a ciertas personas. La propuesta fue aprobada con el voto en contra de Glen.

GLENN: Más os valdrá acostumbraros a la idea de que tarde o temprano habremos de ocuparnos de ellos, más bien temprano. Ya es bastante grave que Charlie Impening esté soltándose todo a Flagg. Habréis de preguntaros si querréis multiplicar lo que Impening sabe por algún factor *x* teórico. Bien, poco importa, la habéis votado. Pero hay otra cosa. Se nos ha elegido por tiempo indefinido. ¿Habéis pensado en ello? No sabemos si ocuparemos nuestro cargo durante seis semanas, seis meses o seis años. Yo sugeriría que el período fuera de un año... Ello nos conduciría al fin del principio, repitiendo la frase de Harold. Quisiera que lo de un año figurara en el orden del día de la próxima reunión pública. Un último punto y termino. Gobernar mediante reuniones ciudadanas, que es en esencia lo que hacemos al ser nosotros los hombres elegidos por los ciudadanos, estará muy bien durante un tiempo, hasta que la población alcance la cifra de tres mil más o menos; pero cuando los problemas empiecen a agrandarse, la mayoría de quienes asistan a las reuniones públicas formarán grupos y gentes con quejas y protestas (que si la flouridación produce esterilidad, que si quieren un tipo de bandera, cosas por el estilo). Sugiero que nos concentremos en encontrar la mejor forma de convertir Boulder en una república para finales del próximo invierno o principios de primavera.

La última propuesta de Glen provocó alguna discusión informal, pero durante esa sesión no se adoptó decisión alguna. Se concedió la palabra a Nick, quien dio a Ralph algo para leer.

NICK: Escribo esto en la mañana del 19 con vistas a la sesión de esta noche, y haré que Ralph lo lea como último punto. A veces resulta muy difícil ser mudo, pero he intentado pensar en todas las ramificaciones posibles de lo que me dispongo a proponer. Quisiera que lo que a continuación se expresa figurara en el orden del día de nuestra próxima asamblea pública: Estudiar la creación en la Zona Libre de un departamento de ley y orden público con Stu Redman al frente.

STU: Eso sí es una faena, Nick.

GLENN: Interesante. Y además tiene relación con lo que hablábamos antes. Déjale terminar, Stuart, que ya llegará tu turno.

NICK: El cuartel general del departamento de ley y orden público se instalaría en el Palacio de Justicia del condado de Boulder. Stu tendrá autoridad para nombrar por sí mismo hasta treinta agentes, y cuando pasaran de esa cantidad, se haría previa votación por mayoría del comité de la Zona Libre. A partir de setenta, por el voto mayoritario de la Zona Libre en asamblea pública.

STU: ¡Bien pensado!

NICK: Empezamos a ser tan numerosos que se hacen necesarias ciertas leyes. Ahí tenemos el caso del chico Gerhinger, arriba y abajo de Pearl Street a toda velocidad en ese coche tan potente. Acabó estrellándolo y tuvo suerte de salir sólo con una herida en la frente. Pudo haberse matado o matar a otro. Y cualquiera que le hubiera visto, sabría que se

avecinaban dificultades. Pero a nadie se le ocurrió impedirselo porque todos se consideraban carentes de autoridad. Eso por una parte. Luego está Rich Moffat. Probablemente algunos de vosotros sabréis ya quién es Rich. A quienes no lo conozcan les diré que es, con toda probabilidad, el único borracho practicante de la zona. Cuando se halla sobrio es un tipo pasable, pero si se embriaga nunca se sabe lo que es capaz de hacer. Y pasa ebrio la mayor parte del tiempo. Hace tres o cuatro días cogió una de las buenas y se empecinó en romper todos los escaparates de tres manzanas de Arapahoe. Una vez se hubo serenado un poco, hablé con él a mi modo, ya sabéis, con una nota, y se mostró avergonzado. Señaló por donde había pasado y exclamó: « ¡Mira lo que he hecho! Cristales por toda la acera. ¿Y si algún niño se hace daño? ¿Por qué nadie me lo impidió?»

RALPH: No me merece ninguna simpatía.

FRAN: Vamos, Ralph. Todo el mundo sabe que el alcoholismo es una enfermedad.

RALPH: ¡Enfermedad! Es un vicio, eso es lo que es.

STU: Ninguno de los dos tenéis el uso de la palabra. Vamos, calmaos los dos.

RALPH: Lo siento, Stu. Me limitaré a leer la carta de Nick.

FRAN: Y yo estaré callada al menos por dos minutos, señor presidente. Lo prometo.

NICK: Para abreviar. Entregué a Rich un escobón con el que barrió todo el destrozo que había hecho. Y lo hizo a conciencia. Pero tenía razón al preguntar por qué nadie se lo había impedido. En los viejos tiempos, un tipo como Rich no podía obtener con tanta facilidad los licores que le vinieran en gana. Tipos como Rich eran simples borrachines. Pero ahora hay cantidades ingentes de alcohol esperando a que alguien coja las botellas de las estanterías. Y tenemos un ejemplo más: el caso de un hombre cuyo nombre no citaré, el cual descubrió que su mujer, a la que tampoco citaré, pasaba la tarde en la cama con otro hombre. Supongo que todos sabéis a quiénes me refiero.

SUE: Sí, supongo que lo sé. Un hombretón con grandes puños.

NICK: Pues el hombre en cuestión propinó una paliza al otro y luego a la mujer. Considero que a nosotros no nos importa quién tenía la razón...

GLEN: En eso te equivocas, Nick.

STU: Deja que termine.

GLEN: Le dejaré. Pero es un extremo sobre el que quiero volver luego.

STU: Muy bien. Adelante, Ralph, lee las notas de Nick.

NICK: ... porque lo que importa es que el hombre en cuestión cometió un delito, maltrató de palabra y obra, y anda por ahí libre. De los tres casos el que más preocupa al ciudadano corriente es este último. Hemos formado una sociedad crisol, y van a producirse conflictos y enfrentamientos de todo tipo. No creo que ninguno quiera que se forme en Boulder una sociedad fronteriza. Imaginaos la situación en que nos encontraríamos si el hombre en cuestión se hubiera procurado una 45 y hubiera disparado contra ambos matándolos en lugar de limitarse a vapulearlos. Tendríamos un asesino suelto.

SUE: ¡Santo cielo, Nicky, qué es esto! ¿El pensamiento del día?

---

LARRY: El tema no es agradable pero tiene razón. Hay un antiguo dicho que reza: «Lo que puede ir mal irá peor.»

NICK: Stu es nuestro moderador público y privado, de modo que la gente le considera ya como alguien con autoridad. Personalmente creo que Stu es un hombre bueno.

STU: Agradezco tus amables palabras, Nick. No sé si te habrás dado cuenta de que llevo un halo en la cabeza. Bromas aparte, ahora he de decir en serio que acepto el nombramiento si así lo queréis. En realidad dista mucho de gustarme ese trabajo. Por lo que pude ver en Texas, la labor de la policía consiste en limpiarte la camisa del vómito de tipos como Rich Moffat o en apartar de las carreteras a mamarrachos como ese chico Gerhinger. Mi única condición es que, cuando se someta la cuestión a la asamblea pública, establezcamos el mismo período anual que para nuestros cargos del comité. Y quiero dejar bien sentado que al término de ese año dimitiré. Si estáis de acuerdo con ello, adelante.

GLEN: Creo que hablo en nombre de todos al dar una respuesta afirmativa. Quiero agradecer a Nick la presentación de su moción. Quede constancia de que a mi juicio es una idea muy buena.

STU: Bien. La votaremos. ¿Alguna objeción?

FRAN: Sí, una. ¿Qué pasará si alguien te vuela la cabeza?

STU: No creo...

FRAN: No, tú no crees. Tú no lo crees. Bien, ¿qué me dirá Nick si estás equivocado? «Lo siento, Fran.» ¿Es eso lo que me dirá? « ¿Tu hombre ha sido abatido en el Palacio de Justicia y creo que hemos cometido un error?» ¡Jesús, María y José! Voy a tener un hijo, ¡y vosotros os empeñáis en que Stu haga de Pat Garret!

Siguieron otros diez minutos de discusión, en su mayor parte sin orden ni concierto. Fran, vuestra obediente secretaria de actas, se desahogó llorando como una Magdalena hasta que recuperó la compostura. Se puso a votación el nombramiento de Stu como jefe de policía de la Zona Libre. El resultado fue de seis votos a favor y uno en contra. Y, en esta ocasión, Fran se negó en redondo a cambiar su voto.

Glen pidió la palabra antes de dar por finalizada la sesión.

GLEN: No se trata de una moción, nada que haya de someterse a votación, sino de algo acerca de lo que debemos recapacitar. Volvamos al tercer ejemplo de Nick sobre problemas de ley y orden. Describió el caso y terminó diciendo que no ha de preocuparnos quién tuviera razón. Creo que Stu es uno de los hombres más justos que he conocido. *Pero el cumplimiento de la ley sin un sistema de imposición coercitiva no es justicia.* Sólo se trata de vigilancia, la ley del puño. Ahora supongamos que ese tipo a quien todos conocemos *se hiciera* con una 45 y matara a su mujer y al amante. Y sigamos suponiendo que Stu, como jefe de policía, lo detuviera y lo metiera en chirona. ¿Y luego qué? ¿Durante cuánto tiempo lo mantenemos en ella? Legalmente no nos asiste ningún derecho a hacerlo, al menos de acuerdo con la constitución que adoptamos durante nuestra sesión de anoche; porque, según ese documento, un hombre es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad ante un tribunal. Ahora bien, de hecho, todos sabemos que lo mantendríamos encerrado. De modo que lo haríamos sabedores de que era algo inconstitucional, porque cuando la seguridad y

---

la constitucionalidad están en juego, siempre gana la seguridad. Pero a nosotros nos corresponde conseguir que ambos conceptos sean sinónimos. Se hace perentorio que establezcamos un sistema judicial.

FRAN: Es algo muy interesante y estoy de acuerdo en que debemos pensar en ello; pero de momento voy a proponer que levantemos la sesión. Es tarde y estoy muy cansada.

RALPH: Apoyo la moción. Hablemos de tribunales en la próxima. Esto de inventar de nuevo el país resulta más duro de lo que parecía.

LARRY: Amén.

STU: Se levanta la sesión. ¿Alguna objeción?

Ninguna.

FRANCÉS GOLDSMITH

*Secretaria*

–¿Qué te ocurre? –preguntó Fran al ver que Stu tenía cara de preocupación –. Todo se arreglará.

Tenía los ojos enrojecidos por lo que había llorado durante la sesión, y Stu pensó que nunca la había visto con semejante aspecto de fatiga.

–Este asunto de la policía... –empezó.

–No quiero hablar de eso, Stu.

–Pero alguien tiene que encargarse de esa tarea. Nick tiene razón. Es de pura lógica.

–A la mierda con la lógica. ¿Y qué dices de mí y de mi hijo? ¿No encuentras nada lógico en nosotros, Stu?

–A estas alturas tienes que saber de memoria lo que quieres para tu hijo –dijo Stu con cariño –. ¿Acaso no me lo has repetido hasta la saciedad? Quieres que crezca en un mundo que no sea demencial. Quieres seguridad para él. Lo sé. Yo quiero lo mismo. Pero no iba a decir eso delante de todos. Es algo entre tú y yo. Vosotros habéis sido las dos razones principales por las que acepté.

–Lo sé –musitó Fran con voz quebrada.

Stu le puso dos dedos debajo de la barbilla obligándola a levantar la cara. Sonrió y ella se esforzó por devolverle la sonrisa.

–Todo irá bien –la animó.

Fran asintió con la cabeza y no pudo contener las lágrimas.

–No lo creo –dijo finalmente –. La verdad es que no creo que vaya a ir bien.

Permaneció despierta hasta bien entrada la noche pensando que el calor sólo puede producirlo algo que arde. Y en que el amor siempre se paga con sufrimientos.

La embargó una extraña certidumbre paralizante como una lenta anestesia, la de que acabarían en un baño de sangre. Aquella idea le hizo llevarse las manos al vientre en actitud protectora y se encontró recordando su sueño por vez primera desde hacía semanas. El hombre oscuro con su mueca siniestra.

Al tiempo que durante sus horas libres participaba en la búsqueda de madre Abigail, junto con un grupo seleccionado de voluntarios, Harold Lauder pertenecía a la brigada de enterramientos, y el 21 de agosto se encontraba en la parte trasera de un camión volquete, junto con otros cinco hombres, todos ellos con botas y embutidos en una indumentaria protectora y provistos de guantes de goma extrafuertes. Chad Norris, el jefe de la brigada de enterramientos, se encontraba en lo que él denominaba, con calma casi aterradora, cementerio número uno. Se hallaba situado quince kilómetros al sudoeste de Boulder, en una zona que una vez había sido volada en zanjas para sacar carbón. Bajo el abrasador sol de agosto, aquel lugar parecía tan siniestro y estéril como las montañas de la luna. Chad había aceptado reacio el cargo, por haber sido en Morristown, Nueva Jersey, ayudante del encargado de pompas fúnebres.

–Esto no es propiamente un enterramiento –había dicho aquella mañana en la terminal de autobuses Greyhound, entre Arapahoe y Walnut, que era la base de operaciones de la brigada de enterramientos. Encendió un Winston con una cerilla de madera y sonrió a los veinte hombres sentados alrededor –. O sea que sí es un enterramiento, pero no un enterramiento enterramiento, no sé si me entendéis.

Hubo algunas sonrisas, la más amplia de ellas la de Harold. El estómago le hacía constantes ruidos porque no se había atrevido a tomar el desayuno. No estaba seguro de poder retenerlo, considerando la naturaleza del trabajo. Podía haberse limitado a la búsqueda de madre Abigail, y no se hubiera levantado una sola voz de protesta, aun cuando tenía que resultar evidente que buscarla junto con otros quince hombres era una especie de justificación patética si se tenían en cuenta los miles de kilómetros cuadrados de bosques y llanuras deshabitados alrededor de Boulder. Y desde luego también era posible que nunca hubiese llegado a *abandonar* Boulder. Ninguno de ellos parecía haberlo considerado, lo cual no sorprendía a Harold. Podía haberse instalado en cualquier casa en algún punto alejado del centro de la ciudad, donde no la encontrarían jamás, a menos que registraran vivienda por vivienda. Redman y Andros no habían expresado protesta alguna al sugerirles Harold que la comisión de búsqueda actuara los fines de semana y en los atardeceres, lo que le convenció de que ellos consideraban también aquel caso como cerrado.

Podía haberse limitado a aquello, pero ¿quién gusta más en una comunidad? ¿En quién se confía de forma más explícita? Sin duda en el hombre que hace los trabajos sucios y desagradables y los hace con una sonrisa. El hombre que lleva a cabo las faenas que a ti te resulta imposible hacer.

–Será como enterrar haces de leña –les había dicho Chad –. Si os convencéis de ello, todo irá bien. Es posible que al principio algunos vomitéis. No hay de qué avergonzarse. Tan

sólo procurad hacerlo en algún sitio discreto. Una vez hayáis vomitado os será más fácil pensar que se trata de haces de leña. Únicamente haces de leña.

Los hombres se miraban incómodos.

Chad los formó en equipos de seis. Luego, él y los dos hombres restantes se fueron a preparar un emplazamiento para que fueran llegando. Se asignó una zona específica de la ciudad para que trabajara cada uno de los tres equipos. El camión de Harold había pasado la jornada en la zona de Table Mesa, abriéndose camino lentamente hacia el oeste desde la rampa de salida de Denver-Boulder Turnpike, subiendo por Martin Driver hasta la intersección de Broadway, bajando la calle Cuarenta, y luego subiendo de nuevo la Treinta y nueve, casas suburbanas en una zona de viviendas con una antigüedad de treinta años, que se remontaban al comienzo del *boom* demográfico de Boulder, casas con un piso al nivel del suelo y otro debajo de él.

Chad había repartido máscaras antigás procedentes de la armería de la Guardia Nacional local, pero no tenían que utilizarlas hasta después del almuerzo. ¿Almuerzo? ¿Qué almuerzo? El de Harold consistía en una lata de relleno de tarta de manzana, que era lo único que le había sido posible tragar. Se pusieron las mascarillas al entrar en la iglesia de los Santos del Último Día, en la parte baja de la avenida de Table Mesa. Habían acudido allí atacados por la epidemia y allí habían muerto. Eran unos setenta. El hedor resultaba espantoso.

–Haces de leña –dijo uno de los compañeros de Harold con voz estridente y asqueada al tiempo que divertida.

Harold se alejó tambaleante. Rodeó la esquina del hermoso edificio de ladrillo que un día había sido centro de votación en años de elecciones, y allá vomitó el relleno Berry de la tarta de manzana, comprobando luego que Norris tenía razón. Se encontraba mucho mejor sin él.

Tuvieron que hacer dos viajes y dedicar la mayor parte de la tarde para vaciar la iglesia. Veinte hombres, se dijo Harold, para librarse de todos los cadáveres de Boulder. Casi resultaba divertido. Un buen número de los antiguos pobladores de Boulder habían corrido como conejos impulsados por el pánico causado por el Centro de Protección Ambiental y *aun así...* Harold pensaba que si la brigada de enterramientos crecía con la población, apenas habrían acabado de sepultar los cuerpos antes de la primera nevada fuerte, y no era que él esperara encontrarse allí para esa fecha. En cuyo caso la inmensa mayoría de la gente nunca sabría cuan real había sido el peligro de una nueva epidemia para quienes no *fuera*n inmunes.

La comisión permanente rebosaba de ideas brillantes, pensó despectivo. Claro que la comisión sólo se comportaría de manera coherente si contaba con el bueno de Harold Lauder para asegurarse de ello. El bueno de Harold era lo bastante bueno pero no todo lo bueno que hacía falta para formar parte de la jodida comisión permanente. Cielos, no. Nunca había sido lo bastante bueno, ni siquiera para encontrar una acompañante para la clase de baile en el instituto de Ogunquit. Harold no. Acordémonos de ello, amigos, pues ésta no es una cuestión lógica ni analítica, ni siquiera de sentido común. Cuando lo recordemos nos encontraremos en realidad con un asqueroso concurso de belleza.

---

Bien, alguien recuerda. Alguien va anotando el tanteo, muchachos. Y el nombre de ese alguien es... (¿podemos oír un largo redoble de tambor, por favor, maestro...?) ¡Harold Emery Lauder!

Así que entró de nuevo en la iglesia limpiándose la boca y sonriendo lo mejor que pudo, indicando con la cabeza que estaba listo para seguir. Alguien le dio una palmada en la espalda, y la sonrisa de Harold se hizo más amplia, al tiempo que pensaba, llegará el día en que perderéis la mano por esto, tíos de mierda.

Hicieron el último viaje a las cuatro y cuarto de la tarde, llevando en el camión los últimos cuerpos. En la ciudad, el camión hubo de sortear los vehículos abandonados, pero ya en Colorado, tres camiones remolque se habían pasado todo el día enganchando los coches volcados y depositándolos a los lados de la carretera. Allí se encontraban, panza arriba, semejantes a juguetes de un niño gigante.

En el lugar del enterramiento se hallaban ya aparcados otros dos camiones. Los hombres permanecían en pie. Se habían quitado los guantes de goma y tenían las yemas de los dedos blancas y arrugadas por haber pasado todo el día sudando dentro. Fumaban y charlaban. Estaban pálidos.

Norris y sus dos ayudantes lo tenían todo preparado de manera minuciosa. Sobre el suelo rocoso habían extendido una amplia sábana de plástico. Norman Kellogg, el tipo de Luisiana que conducía el camión de Harold, hizo retroceder el vehículo hasta el borde del plástico. La puerta trasera se abrió de golpe y los primeros cuerpos cayeron sobre la sábana, semejantes a muñecos de trapo semirrigidos. Harold hubiera querido volver la espalda pero temió que los demás lo consideraran una prueba de debilidad. No le molestaba demasiado verlos caer. Era el *ruido* lo que le sacaba de quicio. El ruido que hacían al golpear sobre el suelo que iba a convertirse en su sudario.

El ruido del motor se hizo más sordo y hubo un chirrido hidráulico al empezar a ascender la caja del volquete. Ahora, los cuerpos caían a modo de una grotesca lluvia humana. Por un instante Harold sintió piedad, un sentimiento tan profundo que era como un dolor. Haces de leña, se dijo. Cuánta razón tenía. Eso era cuanto quedaba. Sólo... haces de leña.

—¡Ya! —gritó Chad Norris.

Kellogg apartó de allí el camión y paró el motor. Chad y sus ayudantes se acercaron a la gran sábana de plástico con rastrillos en la mano. Y entonces Harold se volvió de espaldas simulando observar el cielo para ver si iba a llover. Desde luego, no fue el único. Sin embargo oyó un sonido que le atormentaría en sus sueños, y fue el ruido de las monedas cayendo de los bolsillos de los muertos, mientras Chad y sus ayudantes, con los rastrillos, extendían los cuerpos de forma uniforme. Las monedas, al caer sobre el plástico, hacían un ruido que, de manera absurda, recordaba a Harold el juego de la pulga. El aire cálido arrastraba el hedor repulsivo y dulzón de la putrefacción.

Al mirar de nuevo, vio a los tres hombres reuniendo los bordes del sudario de plástico, gruñendo por el esfuerzo, tensos los músculos de los brazos. Algunos de los otros hombres les ayudaron. Chad Norris apareció con una enorme grapadora industrial. Veinte minutos después había quedado terminada aquella parte del trabajo y el plástico sobre el suelo se asemejaba a una gigantesca cápsula de gelatina. Norris trepó a la cabina de un *bulldozer* de

un vivo color amarillo y lo puso en marcha. La hoja dentada cayó de golpe. El vehículo se puso en marcha.

Un hombre llamado Weizak, perteneciente también al equipo de Harold, se alejó de allí con los pasos sincopados de una marioneta mal controlada. Entre los dedos le temblaba un cigarrillo.

–No puedo ver eso, amigo –dijo al pasar junto a Harold –. Resulta curioso. Hasta hoy nunca supe que era judío.

El *bulldozer* empujó el inmenso paquete de plástico hasta el interior de una gran zanja rectangular cavada en el suelo. Chad dio marcha atrás, paró el motor y saltó de la cabina. Hizo ademán a los hombres de que se aproximaran. Se acercó a uno de los camiones de obras públicas y apoyó en el estribo un pie enfundado en su bota.

–No vamos a dar vítores futbolísticos –dijo –, pero habéis hecho un buen trabajo. Supongo que hoy hemos retirado mil unidades.

Unidades, se dijo Harold.

–Sé que este tipo de trabajo resulta desmoralizador.

El comité ha prometido enviarnos otros dos hombres antes de que acabe la semana, pero sé que eso no cambia en nada cómo os sentís..., cómo me siento yo mismo. Quiero decir con ello que si no os encontráis con fuerzas para soportarlo un día más, no debéis preocuparos y tratar de evitarme en la calle. Pero si creéis que no podéis seguir adelante, es importantísimo que encontréis a alguien que mañana ocupe vuestro lugar. En lo que a mí se refiere, éste es el trabajo más urgente de la zona. Por ahora no es en exceso terrible, pero si aún tenemos veinte mil cadáveres en Boulder el próximo mes, cuando llegue el tiempo húmedo puede desencadenarse una epidemia. Si os parece que podéis soportarlo os veré mañana por la mañana en la terminal de autobuses.

–Allí estaré –dijo alguien.

–Y yo también –afirmó Norman Kellogg –. Después de que esta noche pase seis horas en el baño. Hubo risas.

–Puedes contar conmigo –ofreció Weizak.

–Y conmigo –manifestó Harold con voz tranquila.

–Es un trabajo terrible –aseguró Norris en voz baja y contenida –. Dudo que el resto de la comunidad llegue a saber nunca lo buenos que sois.

Harold tuvo una sensación de lazo de unión, de camaradería, y asustado, luchó contra ella. Aquello no formaba parte del plan.

–Te veré mañana, Halcón –dijo Weizak dándole una palmada en el hombro.

Harold esbozó una mueca sobresaltada y a la defensiva. *¿Halcón?* ¿Qué clase de chanza era aquélla? Sin duda pesada. Un sarcasmo barato. Llamar halcón al gordo Lauder, con la cara llena de acné. Sintió que le embargaba el viejo y siniestro odio, dirigido esta vez hacia Weizak, y de repente quedó sumido en la confusión. Ya *no* estaba gordo. Ni siquiera podía llamarsele robusto. Durante las siete últimas semanas le había desaparecido el acné.

---

Weizak no sabía que un día fue el hazmerreír del colegio. Weizak ignoraba que el padre de Harold le había preguntado si era homosexual. Weizak no tenía ni idea de que Harold había sido la cruz que hubo de soportar su popular hermana. Y aunque lo hubiera sabido, probablemente le hubiera importado una mierda.

Harold trepó por la trasera de uno de los camiones, confundido. De repente, todas las viejas inquinas, las antiguas heridas y las deudas pendientes le parecían tan inútiles como el papel moneda que desbordaba las cajas registradoras de toda América.

¿Podía ser verdad? ¿Era posible que fuese cierto? Se sintió solo y asustado. No era posible que fuese verdad. Analízalo bien. Si tuviste la suficiente fuerza de voluntad para ser capaz de resistir la mala opinión de los demás, cuando pensaban que eras un mariquita, o una molestia o un saco de grasa, entonces has de tener la fuerza de voluntad para resistirte...

¿Resistirte a qué?

¿A que tengan buena opinión de ti?

¿Acaso ese tipo de lógica no era sencillamente demencial?

En su turbada mente surgió una vieja cita, algún alegato de un general sobre el internamiento de japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial. Se hizo observar a dicho general que no se había producido acto de sabotaje alguno en la costa Oeste, donde se concentraban sobre todo los japoneses naturalizados americanos. La respuesta del general había sido: «El propio hecho de que no hayan tenido lugar sabotajes es una nefasta realidad.»

¿Harold era como ese general? ¿Lo era?

Su camión se detuvo en el aparcamiento de la terminal de autobuses. Harold saltó por el costado, demostrando que incluso su coordinación había mejorado al mil por ciento, tal vez por haber perdido peso a causa del ejercicio que hacía casi constantemente.

La idea volvió a él, tenaz, negándose a que la sepultaran: Podría ser de gran ayuda para esta comunidad.

Pero le habían dado con la puerta en las narices.

Eso no importa. Tengo cerebro suficiente para descerrajar esa puerta. Y creo haber reunido los arrestos necesarios para abrirla una vez descerrajada.

Pero...

¡Basta ya! Parece que llevas esposas y grilletes con esa palabra. ¡Pero! ¡Pero! ¡Pero! ¿No puedes dejarlo ya, Harold? ¿No puedes bajar de tu alto y jodido caballo?

—Eh, amigo, ¿te encuentras bien?

Harold dio un salto. Era Norris, que salía de la oficina, de la que había tomado posesión. Parecía cansado.

—¿Yo? No, me encuentro bien. Estaba pensando.

—Bueno, adelante pues. Parece como si cada vez que lo hicieras acuñaras dinero para este colectivo.

---

Harold negó con la cabeza.

–No es verdad.

–¿No? –Chad no parecía dispuesto a discutir –. ¿Puedo dejarte en algún sitio?

–Humm... Tengo mi trasto.

–¿Sabes lo que te digo, Halcón? Creo que la mayor parte de esos tipos volverán mañana.

–Sí. Yo también.

Harold se dirigió a su motocicleta y montó. De repente se dio cuenta de que se estaba deleitando con su nuevo apodo, muy a su pesar.

Norris meneó la cabeza.

–Nunca lo creí. Imaginé que una vez vieran lo que era el trabajo, recordarían que tenían un montón de otras cosas que hacer.

–Te diré lo que pienso –dijo Harold –. Creo que resulta más fácil hacer un trabajo sucio para ti mismo que para otro. Es la primera vez en toda su vida que algunos de esos tipos trabajan realmente para sí mismos.

–Sí, supongo que hay algo de verdad en eso. Te veré mañana, Halcón.

–A las ocho –confirmó Harold, y saliendo de Arapahoe entró en Broadway.

A su derecha, un equipo formado en su mayoría por mujeres, manejaban un *decker* y una grúa intentando enderezar un camión trailer que se encontraba tumbado, bloqueando parcialmente la calle. Las rodeaban numerosos espectadores.

Este lugar ha despegado, se dijo Harold. No reconozco a la mitad de estas personas.

Enfiló hacia su casa, dándole vueltas al problema que creía haber resuelto hacía mucho tiempo. Al llegar a casa, se encontró con una pequeña Vespa blanca aparcada en la acera. Y a una mujer sentada delante de su puerta.

Se puso en pie mientras Harold avanzaba por el camino y le tendió la mano. Era una de las mujeres más sorprendentes que él había visto nunca. La había visto antes, claro, pero no tan de cerca.

–Soy Nadine Cross –dijo.

Su voz era grave, casi sorda; su apretón de manos, firme y seguro. Por un instante los ojos de Harold se clavaron involuntariamente en su cuerpo, una costumbre que sabía molestaba a las jóvenes, pero que era incapaz de reprimir. A ésta dio la sensación de no importarle. Llevaba unos pantalones de algodón ligero ceñidos a sus largas piernas y una blusa sin mangas de una especie de tejido sedoso azul claro. No llevaba sostén. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? Acaso menos. Había encanecido prematuramente.

¿*Toda ella?*, se preguntó aquella parte de su mente siempre cínica y, al parecer, perpetuamente inocente. Y su corazón latió algo más deprisa.

–Harold Lauder –dijo él sonriendo –. Llegaste con el grupo de Larry Underwood, ¿no es así?

–Así es.

–Creo saber que nos seguisteis a Stu, a Frannie y a mí a través del país. Larry vino la semana pasada y me trajo una botella de vino y algunas golosinas.

Sus palabras tenían una vibración falsa y de repente tuvo la seguridad de que ella sabía que la estaba inspeccionando, que en su mente la desnudaba. Luchó contra el apremio de humedecerse los labios y lo venció... al menos de momento.

–Es un tipo fenomenal –agregó.

–¿Larry? –Rió levemente, un sonido extraño y de algún modo críptico –. Sí, Larry es un príncipe.

Permanecieron por un momento mirándose, y Harold pensó que ninguna mujer lo había mirado con ojos tan francos y especulativos. Sintió que se excitaba de nuevo, notó un cálido cosquilleo en el vientre.

–Bien –dijo –. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Cross?

–Para empezar, puedes llamarme Nadine. Y puedes invitarme a que me quede a cenar. Eso hará que nos familiaricemos más.

Empezó a sentirse embargado por una excitación incontenible.

–¿Querías quedarte a cenar, Nadine?

–Con mucho gusto –contestó ella y sonrió.

Al apoyar su mano en el brazo de Harold, éste se sintió vibrar como bajo una descarga eléctrica de bajo voltaje. Los ojos de ella no se apartaron de los de él.

–Gracias –dijo Nadine.

Intentó torpemente introducir la llave en la cerradura al tiempo que pensaba: Ahora preguntará por qué cierro con llave la puerta y yo me perderé en divagaciones intentando encontrar una respuesta y quedaré como un estúpido.

Pero no lo preguntó.

Fue Nadine quien preparó la cena, no él.

Harold consideraba imposible obtener con las latas una comida medio decente, pero Nadine se las compuso de maravilla. Harold, consciente de repente y aterrado por lo que había estado haciendo todo el día, preguntó a Nadine si se las arreglaría sola durante veinte minutos, mientras él se aseaba, advirtiéndose en su fuero interno que Nadine estaría allí probablemente por algún asunto importante.

Cuando volvió después de haber tomado una ducha de dos baldes y de haberse acicalado, Nadine trasteaba por la cocina. El agua bullía en la cocina de gas. Al entrar Harold, Nadine estaba echando en la olla una taza de macarrones. En el otro fuego, una mezcla melosa

---

producía un suave borboteo. Aspiró un aroma combinado de sopa de cebolla francesa, vino y champiñones. Su estómago empezó a hacerse oír. El macabro trabajo realizado durante todo el día había perdido de repente influencia sobre su apetito.

–Huele fantástico –elogió –. No deberías haberte molestado pero no me quejo.

–Es una *casserole* Stroganoff –dijo volviéndose con una sonrisa –. Bueno... me temo que un sucedáneo. La carne enlatada no es uno de los ingredientes que se recomiendan para hacer este plato en los restaurantes refinados, pero... –Se encogió de hombros ante las inevitables limitaciones.

–Has sido muy amable al prepararla.

–No tiene importancia.

Volvió a mirarle especulativa y se volvió hacia él, con lo que la blusa se le ciñó al seno izquierdo moldeándolo deliciosamente. Un ardiente calor subió por el cuello de Harold, que se esforzó por no tener una erección. Sospechaba que su fuerza de voluntad no saldría victoriosa de la prueba. Incluso que ni siquiera lo intentaría.

–Vamos a ser muy buenos amigos –dijo Nadine.

–¿Vamos... a ser?

–Sí.

Se volvió de nuevo hacia el fuego, al parecer dando por concluido el tema y dejando a Harold con un montón de posibilidades.

Después de aquello su conversación se redujo a trivialidades, en su mayoría chismorreos de la zona. Había que reconocer que ya existían en abundancia.

En cierto momento, mediada la cena, Harold intentó de nuevo averiguar lo que la había llevado hasta allí; pero Nadine se limitó a sonreír y menear la cabeza. –Me gusta ver comer a un hombre. Por un instante pensó que debía referirse a algún otro, y luego se dio cuenta de que hablaba de él. Y vaya si comió. Se sirvió por tres veces Stroganoff, y a juicio de Harold la carne enlatada no desmerecía en absoluto la receta.

La conversación parecía encauzarse por sí misma, dejándole libre para calmar al león en su vientre y para mirarla.

¿Le parecía sorprendente? Era hermosa. Madura y hermosa. El pelo, que se lo había recogido en una coleta para desenvolverse mejor en la cocina, estaba salpicado de mechones de un blanco puro, no grises como le parecieron al principio. Tenía los ojos oscuros, de expresión grave, y cuando lo miraban con fijeza Harold sentía vértigo. Su voz era baja, y hablaba con tono confidencial. Aquel sonido empezó a afectarle de una manera que resultaba a la vez incómoda y placentera.

Una vez terminada la cena, Harold se dispuso a levantarse pero Nadine se le adelantó.

–¿Café o té?

–Yo puedo...

–Puedes pero no lo harás. Café, té... ¿o yo? –Sonrió, no como alguien que hubiera hecho una observación atrevida, sino con una leve y dulce sonrisa. Y de nuevo aquella mirada sugerente.

–Las dos últimas cosas –repuso Harold con indiferencia en tanto su mente era un torbellino. Y apenas fue capaz de una explosión de risa adolescente.

–Bien, empezaremos con té para dos –decidió Nadine dirigiéndose al fogón.

Tan pronto como ella dio media vuelta, a Harold le subió una oleada de ardor y no dudó que había enrojecido. ¡Menudo seductor estás resultando!, se imprecó enfebrecido. Has interpretado de manera equivocada una observación de lo más inocente, como el maldito loco que eres, y probablemente has echado a perder una ocasión estupenda. ¡Te lo tienes merecido por gilipollas!

Cuando Nadine llevó a la mesa las tazas de té humeantes, el violento rubor casi se había desvanecido y Harold había recuperado el dominio de sí mismo. El vértigo se transformó, con la misma brusquedad, en desesperanza. Sentía, no por primera vez, que su cuerpo y su mente habían sido introducidos con artimañas en un coche de una montaña rusa formada de pura emoción. Lo aborrecía pero era incapaz de salir de ella.

Si estuviera interesada en mí, y cabría preguntarse por qué habría de estarlo, se dijo tristemente, sin duda he contribuido a fastidiarlo haciendo gala de mi memez.

Bien, ya había hecho cosas así antes y suponía que podría seguir viviendo con el convencimiento de haberlas vuelto a hacer.

Nadine lo miró por encima del borde de la taza, con aquellos ojos de una franqueza desconcertante, y sonrió de nuevo. Los jirones de ecuanimidad que él había sido capaz de conservar se desvanecieron con rapidez.

–¿Puedo ayudarte en algo? –le preguntó.

Sonó como una estúpida frase de doble sentido pero algo *tenía* que decir, ya que sin duda ella había ido hasta allí con algún fin. Se dio cuenta de que, en su confusión, le estaba fallando su propia sonrisa protectora.

–Sí –respondió ella dejando la taza con movimiento decidido –. Sí que puedes. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente. ¿Te parece que vayamos a la sala de estar?

–Desde luego.

Le temblaba la mano y, al depositar la taza sobre la mesa y ponerse en pie, derramó parte del líquido. Mientras la seguía a la sala, se fijó en la suavidad con que sus pantalones se le ceñían a las nalgas. Era el reborde de las bragas el que rompía el aspecto liso de la mayoría de los pantalones de las mujeres. Lo había leído en alguna parte, tal vez en una de las revistas que guardaba al fondo del armario de su dormitorio, detrás de las cajas de zapatos. Y la revista seguía diciendo que, si las mujeres querían tener un aspecto suave, sin rastro de costuras, debían prescindir de las bragas.

Tragó saliva. O al menos lo intentó. Algo enorme parecía bloquearle la garganta.

La sala de estar se hallaba en penumbra, iluminada tan sólo por la luz que se filtraba a través de las cortinas echadas. Eran pasadas las seis y media. Fuera, la tarde iba deslizándose hacia el crepúsculo. Harold se acercó a una ventana para descorder la cortina y dejar que penetrara más luz; pero Nadine le puso la mano en el brazo. Harold se volvió hacia ella con la boca seca. –Las prefiero corridas. Proporcionan mayor intimidad.

–Intimidad –graznó Harold.

–Para que pueda hacer esto –dijo Nadine y con un movimiento ligero se cobijó entre sus brazos.

Era la primera vez en su vida que a Harold le ocurría algo semejante y su asombro no tenía límites. Podía sentir la suave presión de cada uno de sus senos a través de su camisa de algodón blanca y de la sedosa blusa azul de ella. Y el vientre de Nadine, firme aunque vulnerable, pegado al suyo, sin mostrar timidez alguna ante el roce de su erección. De ella emanaba un aroma dulce, tal vez de perfume, o quizá su *propio olor* semejante a un secreto mensaje. Las manos de Harold encontraron su pelo y se hundieron en él.

Finalmente se besaron. El cuerpo de ella seguía adherido al de él como una llama suave. Sería unos ocho centímetros más baja y tenía la cara levantada hacia él. Se le ocurrió, de manera confusa, que aquélla era una de las ironías más divertidas de su vida. Cuando finalmente el amor, o un razonable facsímil, le había encontrado, era como si se deslizara hacia una historia sentimental de las páginas de una satinada revista femenina. Él había afirmado en cierta ocasión, en una carta enviada a *Redbook*, que los autores de semejantes historias eran uno de los pocos argumentos convincentes a favor de la eugenesia obligatoria.

Nadine tenía los labios entreabiertos y húmedos y los ojos brillándole casi... casi como estrellas. El único detalle que en buena ley no admitía comparación con el romántico estilo de *Redbook* era su erección, realmente asombrosa.

–Ahora –musitó ella –. Hagámoslo en el diván.

Sin saber muy bien cómo, llegaron hasta él y quedaron enlazados. A ella se le había soltado el pelo y le caía sobre los hombros, su perfume parecía inundarlo todo. Harold tenía las manos sobre sus senos y a ella no parecía importarle. No la acarició. En su frenética necesidad, lo que hizo fue intentar penetrarla a viva fuerza.

–Eres virgen –dijo Nadine.

No había formulado una pregunta, y para él era más fácil no tener que mentir. Asintió.

–Entonces haremos esto primero. La próxima vez será más lento y mejor.

Le desabrochó los vaqueros y pasó ligeramente la yema del dedo índice por el vientre de él, justo debajo del ombligo. Harold se sintió estremecer y vibrar.

–Oh, Nadine...

–Chiisst. –Tenía la cara oculta por el pelo, lo cual hacía imposible ver su expresión.

Le bajó la cremallera y aquella cosa ridícula, que todavía lo parecía más por el calzoncillo de algodón blanco que semejaba envolverla, brincó semejante al muñeco con resorte de una

caja sorpresa. Aquella cosa ridícula no tenía conciencia de su aspecto patético, porque su función era mortalmente seria. La cuestión de la virginidad siempre es mortalmente seria...

–Mi blusa...

–¿Puedo...?

–Sí, eso es lo que quiero. Y luego me ocuparé de ti.

«Me ocuparé de ti.» Aquellas palabras resonaron en su mente como piedras lanzadas a un pozo, y entonces se encontró chupando codicioso su seno, saboreando la dulzura de ella.

Nadine contuvo el aliento. –Esto es delicioso, Harold.

«Me ocuparé de ti.» Las manos de Nadine se deslizaron por la cintura de sus calzoncillos, y los vaqueros le cayeron alrededor de los tobillos con un tintineo de llaves.

–Levántate –musitó Nadine y él lo hizo.

Duró menos de un minuto. Harold gimió con toda la fuerza de su clímax, incapaz de evitarlo. Era como si alguien hubiera aplicado una cerilla a toda su red nerviosa, justo debajo de la piel, donde los nervios se hundían para formar el tejido vivo de su ingle. Ahora comprendía por qué tantos escritores establecían una conexión entre el orgasmo y la muerte.

Luego quedó tumbado boca arriba, la cabeza sobre el brazo del sofá, jadeando con la boca abierta. Temía mirar hacia abajo. Tenía la impresión de haberlo salpicado todo con un río de semen.

« ¡Hemos encontrado petróleo, muchacho! »

La miró, avergonzado por el pistoletazo con que se había descargado. Pero ella le sonreía con aquellos ojos oscuros y serenos que parecían saberlo todo, los ojos de una muchacha muy joven en un cuadro Victoriano. Una joven que acaso sepa demasiado sobre su padre.

–Lo siento –farfulló Harold.

–¿Por qué?

No apartaba los ojos de él.

–No has sacado mucho de todo esto.

–*Au contraire*. He obtenido una gran satisfacción.

Pero Harold no creía que aquello fuera a lo que ella se había referido. Antes siquiera de que pudiese reflexionar sobre ello, Nadine prosiguió:

–Eres joven. Podemos hacerlo cuantas veces quieras. Pero tienes que saber algo. –Le hizo una ligera caricia –. Me dijiste que eras virgen. Bien, yo también lo soy.

–¿Tú...? –Su expresión de asombro debió de resultar divertida porque ella rompió a reír echando atrás la cabeza.

–¿No hay lugar para la virginidad en tu filosofía, Horacio?

–No... sí... pero...

---

–Soy virgen. Y voy a seguir siéndolo. Porque es otro quien ha de... quien ha de hacer que deje de serlo.

–¿Quién?

–Tú sabes quién.

Se quedó mirándola, sintiendo que le embargaba un frío glacial. Ella le miró a su vez con calma.

–¿Él?

Nadine se volvió a medias y asintió.

–Pero puedo enseñarte cosas –dijo manteniendo los ojos apartados –. Cosas en las que jamás siquiera has... No, retiro eso. Tal vez sí las hayas soñado. Lo que nunca soñaste fue llegar a hacerlas. Podemos jugar, embriagarnos con ellas, hartarnos de ellas. Podemos... – Le dirigió una mirada tan lasciva y sensual que le hizo volver a sentirse excitado –. Podemos hacer cualquier cosa... podemos hacerlo *todo*... salvo un pequeño detalle. Y ese detalle en realidad carece de importancia, ¿no crees?

En su mente se agitaron máquinas en torbellino: lencería de seda, botas de cuero, artilugios eróticos... ¡Fantasías de colegial! Todo aquello era como una ensoñación. Una fantasía engendrada por la fantasía, el retozo de un mal sueño. Necesita todas esas cosas, la necesitaba a ella, pero también necesitaba algo más.

–Puedes decírmelo todo –le aseguró ella –. Seré tu madre, tu hermana, tu novia o tu esclava. Todo cuanto has de hacer es decírmelo, Harold.

¡Qué ecos tenía aquello en su mente! ¡Cómo le embriagaba!

Abrió la boca y la voz que emitió era tan discordante como el tañido de una campana rajada.

–Pero por un precio. ¿No es así? Nada es gratis. Ni siquiera ahora cuando todo está por ahí esperando que lo cojan.

–Yo quiero lo que tú quieres –contestó ella –. Sé lo que hay en tu corazón.

–Nadie sabe eso.

–Lo que está en tu corazón es tu libro mayor. Lo puedo leer ahí... Sé dónde se encuentra pero no lo necesito.

Harold se sobresaltó y la miró con un sentimiento de bochornosa vergüenza.

–Solía estar ahí, debajo de esa losa suelta –dijo Nadine señalando hacia el hogar –, pero lo cambiaste. Ahora está en el desván.

–¿Cómo sabes...? ¿Cómo?

–Lo sé porque *él* me lo dijo. Puedes decir que me escribió una carta. Y aún más importante, me habló de ti, Harold, de cómo ese vaquero te quitó a tu mujer y luego te mantuvo apartado del comité. *Él* quiere que nosotros estemos juntos, Harold. Y es generoso. Desde

ahora hasta que nos vayamos de aquí. –Lo tocó y sonrió –. Así pues, de ahora en adelante es tiempo de juego. ¿Lo comprendes?

–Yo...

–No, no lo comprendes –repuso ella –. Pero lo comprenderás, Harold. Lo comprenderás.

Se le ocurrió absurdamente pedir a Nadine que le llamara Halcón.

–¿Y más adelante, Nadine? ¿Qué querrá más adelante?

–Lo mismo que quieres tú. Y lo que quiero yo. Lo que casi hiciste a Redman la primera noche que salisteis en busca de la anciana... Pero a mayor escala. Y cuando eso esté hecho, podremos estar con él. Quedarnos con él.

Entornó lo ojos en una especie de éxtasis. El hecho de que ella amara al otro, pero se diera a él, e incluso gozara, despertó de nuevo el deseo en él, un deseo ardiente e intenso.

–¿Y qué pasará si digo que no?

Nadine se encogió de hombros y el movimiento hizo que sus senos se agitaran deliciosamente.

–La vida continuará. ¿No crees, Harold? Yo intentaré encontrar otra manera de hacer lo que tengo que hacer. Tú seguirás adelante. Más pronto o más tarde encontrarás a una joven que quiera hacer ese... ese pequeño detalle contigo. Pero esa pequeña cosa resulta tediosa al cabo de un tiempo. Muy tediosa.

–¿Cómo puedes saberlo? –le preguntó con suspicacia.

–Lo sé porque el sexo es la vida en pequeño y la vida es muy tediosa... El tiempo transcurre en diversas salas de espera. Aquí puedes lograr tus pequeñas glorias, Harold, pero ¿con qué fin? En general será una vida monótona, decadente; siempre me recordarás sin mi blusa y siempre te preguntarás cuál habría sido mi aspecto sin nada. Te preguntarás cómo lo habrías pasado oyéndome decirte obscenidades, o viendo cómo cubro con miel tu cuerpo, lamiéndolo luego, y te preguntarás...

–Cállate –pidió Harold. Temblaba de pies a *cabeza*.

Pero ella no calló.

–Creo que también te preguntarás cómo hubiera sido en su lado del mundo –dijo –. Esto quizá *más* que cualquier otra cosa.

–Yo...

–Decídate, Harold. ¿Vuelvo a ponerme la blusa o me lo quito todo?

¿Por cuánto tiempo lo pensó? No lo sabía. Más adelante ni siquiera se sintió seguro de haber sopesado la pregunta. Pero, cuando habló, las palabras tenían sabor a muerte en sus labios.

–En el dormitorio. Vayamos al dormitorio.

Nadine le sonrió, una sonrisa de triunfo y promesas sensuales que le hizo estremecerse.

Nadine le cogió la mano.

Y Harold Lauder sucumbió a su destino.

55

La casa del juez tenía vistas a un cementerio.

Larry y él se hallaban sentados en el porche después de la cena, fumando puros Roi Tan y contemplando cómo el crepúsculo teñía las montañas de un pálido tono anaranjado.

–Cuando yo era niño –dijo el juez –, vivíamos a pocos pasos del cementerio más hermoso de Illinois. Se llamaba Monte Esperanza. Cada noche, después de cenar, mi padre, que tenía entonces unos sesenta años, solía ir a dar un paseo, y algunas veces yo le acompañaba. Y si el paseo nos conducía hasta aquella necrópolis tan perfectamente conservada, solía preguntar: « ¿Qué te parece, Teddy? ¿Hay alguna esperanza?», yo le respondía: «Hay un Monte Esperanza», y él siempre estallaba en una carcajada como si fuera la primera vez que lo decía. Creo que me llevaba por el camino del camposanto sólo para compartir el chiste conmigo. Era un hombre rico, pero ése era el chiste más gracioso que parecía conocer.

El juez fumaba con el mentón bajo y los hombros encorvados.

–Murió en 1937, cuando yo tenía veinte años. Y siempre lo he añorado. Un chico no necesita un padre si no es un buen padre, pero un buen padre resulta indispensable. Ninguna esperanza excepto Monte Esperanza. ¡Cuánto le gustaba eso! Murió a los setenta y ocho años, y como un rey, Larry. Sentado en el sillón de la salita con el periódico en el regazo.

Larry, que no sabía muy bien cómo responder a aquel ramalazo de nostalgia, no dijo nada.

El juez suspiró.

–Esto va a ser complicado dentro de poco –vaticinó –. Es decir, si puedes recuperar el poder. De lo contrario, la gente se pondrá nerviosa y empezará a emigrar al sur antes de que les atrape el mal tiempo.

–Ralph y Brad dicen que ocurrirá, y yo confío en ellos.

–Entonces lo mejor será esperar que nuestra confianza esté bien fundada, ¿no? Quizá sea bueno que la anciana se haya ido. Tal vez ella supiera que sería mejor así. Acaso la gente debe ser libre para juzgar por sí misma cuáles son los augurios, y distinguir si un árbol tiene cara o si la cara sólo es un truco de luces y sombras. ¿Me entiendes, Larry?

–No, señor. Creo que no –respondió con sinceridad.

–Me pregunto si tendremos que reinventar toda esa aburrida monserga de dioses, salvadores y eternidades, antes de reinventar el inodoro. Eso es lo que quiero decir. Me planteo si es momento oportuno para dioses.

–¿Crees que ha muerto?

–Hace seis días que desapareció, y la comisión de búsqueda no ha encontrado rastro de ella. Sí, creo que está muerta, pero no lo sé con certeza. Era una mujer asombrosa, que no encajaba en ningún esquema racional. Quizá una de las razones por las que me alegro de que se haya ido es que soy un viejo cascarrabias racional. Me gusta ceñirme a mi vida cotidiana: regar el jardín. ¿Has visto cómo he hecho florecer las begonias? Me siento orgulloso de eso. Me gusta leer libros y tomar apuntes para mi obra sobre la epidemia. Me agrada hacer todo eso y después tomarme un vaso de vino a la hora de acostarme y dormirme con la conciencia tranquila. Sí. Ninguno de nosotros desea asistir a portentos y presagios, aunque nos entusiasmen los relatos de fantasmas y las películas de terror. Ninguno de nosotros quiere contemplar *realmente* una estrella en el este, ni una columna de fuego en la noche. Deseamos paz, racionalidad y rutina. Si hemos de ver a Dios en el rostro de una anciana negra, ello nos obligará a recordar que por cada dios existe un diablo... y el nuestro puede estar más cerca de lo que nos gustaría.

–Por eso estoy aquí –murmuró Larry incómodo.

Lamentaba que el juez hubiera mencionado su jardín, sus libros, sus apuntes y su vaso de vino. Había tenido una idea brillante durante una reunión de amigos y había hecho una sugerencia a la ligera. Ahora se preguntaba si podría acabar de hablar sin parecer un cretino cruel y oportunista.

–Sé por qué estás aquí, y lo acepto.

Larry dio un respingo, tensando y haciendo crujir la silla de mimbre.

–¿Quién se lo ha dicho? Se consideraba absolutamente confidencial, juez. Si algún miembro del comité se ha ido de la lengua estamos en un aprieto.

El juez le interrumpió con una mano cubierta de manchas hepáticas. Los ojos brillaban en aquel rostro castigado por el tiempo.

–Espacio, muchacho, espacio. Nadie del comité ha hablado, que yo sepa, y estoy atento a los rumores. No, me susurré el secreto a mí mismo. ¿Por qué has venido esta noche? Tu rostro es transparente, Larry; espero que no juegues al póquer. Mientras hablaba de mis pocos y sencillos placeres, vi que se te demudaba el rostro... y aparecía una expresión de angustia bastante cómica...

–¿Le parece gracioso? ¿Qué debería hacer? ¿Mostrarme feliz porque... porque...?

–Porque me envían al Oeste –completó el juez con calma –. A espiar el territorio. ¿Se trata de eso?

–Exacto.

–Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que se les ocurriera la idea. Desde luego es importantísimo e indispensable si se quiere proporcionar a la Zona Libre una oportunidad real de supervivencia. No sabemos con exactitud qué trama *él* allí. Podría también estar en la cara oculta de la luna.

–Si es que está allí.

–Oh, claro que sí. No lo dudes. –Sacó un diminuto alicate del bolsillo del pantalón y empezó a cortarse las uñas, con ligeros chasquidos que subrayaban sus palabras –. Dime,

---

¿el comité ha discutido lo que sucedería si aquello nos gusta más y decidiéramos quedarnos?

La idea desconcertó a Larry. Le contestó al juez que eso no se le había ocurrido a nadie.

–Supongo que él ha conseguido recuperar la electricidad –comenzó el juez con engañosa indiferencia –. Eso tiene su atracción, ¿sabes? Es evidente que ese tipo, Impening, la sintió.

–A enemigo que huye puente de plata –exclamó Larry con tono hosco.

El juez rió y luego dijo:

–Saldré mañana. En un Land-Rover, supongo. Hacia el norte hasta Wyoming y después hacia el oeste. ¡Gracias a Dios todavía puedo conducir bastante bien! Cruzaré Idaho y me dirigiré al norte de California. Quizá necesite dos semanas para llegar y más tiempo para volver. Es posible que al regreso encuentre nieve.

–Sí, ya hemos hablado de esa posibilidad.

–Y soy viejo. Los viejos somos propensos a las crisis cardíacas y a la estupidez. Supongo que enviarán refuerzos.

–Bueno...

–No, no debes hablar de eso, retiro la pregunta.

–Mire, puede negarse a ir. Nadie le está apuntando con una pisto...

–¿Intentas verte libre de tu responsabilidad conmigo? –preguntó el juez con energía.

–Quizá. Es posible que piense que tiene una posibilidad sobre diez de volver, y una sobre veinte de regresar con información útil. Intento decirle de forma amable que pude haber cometido un error. Tal vez es usted demasiado anciano.

–Soy demasiado viejo para lanzarme a aventuras –admitió el juez dejando a un lado los alicates –. Pero no para hacer lo que me parece correcto. En alguna parte hay una anciana que probablemente murió de una forma terrible porque creía que era lo correcto. Acuciada por manías religiosas, no tengo la menor duda. Pero las personas que se esfuerzan por hacer lo que es debido, siempre parecen locas. Iré. Pasaré frío. Mis intestinos no funcionarán bien. Me sentiré solo. Echaré de menos mis begonias. Pero... –miró a Larry, y sus ojos brillaron en la oscuridad – también estaré alerta.

–No lo dudo –convino Larry, y sintió ganas de llorar.

–¿Cómo está Lucy? –inquirió el juez, al parecer cerrando el tema de su partida.

–Bien. Los dos estamos bien.

–¿Ningún problema?

–Ninguno.

Pensó en Nadine. Algo relacionado con la desesperación que había observado cuando la vio por última vez seguía inquietándole profundamente. «Eres mi última oportunidad», había exclamado. Extrañas palabras, casi suicidas. ¿Y qué ayuda se le podía prestar? ¿La

psiquiatría? Resultaba ridículo, cuando lo mejor que tenían para hacer las veces de médico era un veterinario. Ya ni siquiera funcionaba el teléfono de la esperanza.

–Es bueno que estés con Lucy –comentó el juez –. Pero tengo la impresión de que te preocupa la otra mujer.

–Sí, es cierto. –Le resultaba difícil continuar, pero el hecho de desahogarse y confesarlo le alivió mucho. –Temo que ella esté pensando en... el suicidio. –Y se apresuró a agregar: – No sólo por mí, no crea que pienso que una chica pueda matarse porque ha perdido al fascinante Larry Underwood. Pero el niño al que cuidaba ha salido del caparazón y me parece que se siente sola, sin nadie que dependa de ella.

–Si su depresión se convierte en un problema crónico y obsesivo puede llegar a matarse – dictaminó el juez con una indiferencia escalofriante. Larry lo miró sorprendido. –Pero uno no puede dividirse en dos –prosiguió el juez –. ¿No es cierto?

–Sí.

–¿Y la elección está hecha?

–Sí.

–¿Definitivamente?

–Sí.

–Entonces acostúmbrate a la idea –sentenció el juez con énfasis –. ¡Por el amor de Dios, Larry, crece! Desarrolla un poco de autosacrificio. Cuando es excesivo, se trata de una mala cosa, el cielo lo sabe; pero una pizca respecto a tus escrúpulos es indispensable. Es al alma lo que un buen baño de sol a la piel. Sólo puedes dominar tu alma, y de vez en cuando algún psiquiatra majadero pone en cuestión tu habilidad para hacer incluso eso. ¡Madura! Lucy es una mujer estupenda. Asumir otras responsabilidades aparte de ella y de tu alma sería pedir demasiado. Y pedir demasiado es una de las formas más comunes de la humanidad para encaminarse al desastre.

–Me gusta hablar con usted –exclamó Larry, y la franca ingenuidad del comentario le sorprendió y divirtió al mismo tiempo.

–Probablemente porque te digo lo que quieres oír –respondió el juez con parsimonia, y añadió –: Hay diversas maneras de suicidarse, ¿sabes?

No pasaría mucho tiempo antes de que Larry tuviera oportunidad de recordar esa reflexión en circunstancias amargas.

Al día siguiente, a las ocho y cuarto de la mañana, el camión de Harold salía de la terminal de autobuses Grayhound para volver a Table Mesa. Weizak y otros dos iban sentados en la parte trasera. Norman Kellogg y otro hombre viajaban en la cabina. Se encontraban en el cruce de Arapahoe y Broadway cuando un Land Rover flamante avanzó despacio hacia ellos.

Weizak agitó la mano y gritó:

–¿Adonde va, juez?

El juez, un poco ridículo con camisa de lana y chaleco, frenó.

–Se me ha ocurrido pasar el día en Denver –respondió en tono apacible.

–¿Y piensa llegar con ese trasto? –preguntó Weizak.

–Oh, supongo que sí, si evito las carreteras más transitadas.

–Bueno, si pasa por un *sex-shop*, ¿por qué no se trae un buen cargamento?

Todos, incluido el juez recibieron la broma con carcajadas. Todos menos Harold. Esa mañana estaba pálido y ojeroso, como si hubiera descansado mal. En realidad casi no había dormido. Tal y como predijo Nadine, la noche anterior había materializado muchos de sus sueños. Sueños perversos, a decir verdad. Ya esperaba ansioso la próxima noche, y la broma de Weizak en torno a la pornografía no merecía más que una sonrisita, ahora que tenía una experiencia de primera mano. Nadine aún dormía cuando él salió. Antes de abandonar el maratón sexual, alrededor de las cuatro, ella le había dicho que quería leer su diario. Harold le contestó que lo hiciera si lo deseaba. Se estaba poniendo a merced de ella, pero el aturdimiento le impedía pensar con claridad. No obstante, era lo mejor que había escrito en toda su vida y el factor decisivo fue su deseo... No, su *necesidad*. Su necesidad de que otra persona leyera su buen trabajo.

Ahora Kellogg se asomó por la cabina, y miró en dirección al juez.

–Cuídense, abuelo. ¿Lo hará? Últimamente anda gente rara por los caminos.

–Ya lo creo –asintió el juez con una sonrisa extraña –. Por supuesto que me cuidaré. Buenos días, señores. Buenos días, señor Weizak.

Hubo otro estallido de risas y partieron.

El juez no se dirigió a Denver. Cuando llegó a la carretera 36, la cruzó y tomó la 7. El sol de la mañana era radiante y tibio y en aquella ruta secundaria no había tráfico como para encontrarse con bloqueos. En Brighton la cosa estaba peor. Llegó un momento en que tuvo que dejar la carretera y rodear el campo de rugby del instituto local para no verse metido en un colosal atasco. Continuó hacia el este, hasta la interestatal 25. Un giro a la derecha le hubiera llevado a Denver. Pero viró a la izquierda, en dirección al norte, y enfiló la rampa divisoria. A medio descenso, dejó el coche en punto muerto y miró de nuevo a la izquierda, hacia el este, donde las montañas Rocosas se elevaban majestuosas sobre el fondo azul del cielo con Boulder a sus pies.

Le había dicho a Larry que era demasiado anciano para aventuras. Que Dios le perdonara, porque le había mentado. Hacía veinte años que su corazón no latía a tanta velocidad, que el aire no le ofrecía un olor tan embriagador, que los colores no eran tan intensos. Seguiría por la 25 hasta Cheyenne y luego en dirección oeste hacia lo que le esperara al otro lado de las montañas. Su piel, curtida por los años, sintió escalofríos y el vello se le erizó un poco ante la idea. La interestatal 80 hacia el oeste, hasta Salt Lake City; luego cruzaría Nevada hasta Reno. Después volvería a tomar dirección sur; pero eso ya no importaba. En algún lugar entre Salt Lake y Reno, quizá incluso antes, le harían detenerse, le interrogarían, y

probablemente le enviarían a alguna parte para volver a ser interrogado. Y en un sitio u otro se le haría una invitación.

Era imposible pensar que pudiera encontrar por sí solo al hombre oscuro.

–Adelante, amigo –se dijo.

Puso en marcha el Rover y entró en la autopista. Había tres carriles hacia el norte relativamente despejados. Tal y como se había imaginado, los atascos y diversos accidentes en Denver habían provocado una disminución en el tráfico, el cual era denso en sentido contrario, para los infelices que habían optado por el sur suponiendo que esa dirección sería mejor. Pero él circulaba bien, al menos por el momento.

El juez Farris conducía feliz. Había descansado poco la última noche, pero dormiría mejor hoy, bajo las estrellas, con su decrepito cuerpo enfundado en dos sacos de dormir. Se preguntó si volvería a ver Boulder, y llegó a la conclusión de que las posibilidades eran escasas. No obstante, su excitación era grande.

A primera hora de esa tarde, Nick, Ralph, y Stu pedalearon hasta el norte de Boulder, donde Tom Cullen vivía solo en una casita estucada. La casa de Tom ya se había convertido en un monumento para los «antiguos» residentes de Boulder. Stan Nogotny decía que era como si los católicos, los baptistas y los adventistas del Séptimo Día se hubieran unido a los demócratas y a la secta Moon para organizar una Disneylandia religioso-política.

El jardín de la entrada era una insólita exposición de estatuas. Había una docena de vírgenes María, algunas de ellas dedicadas al parecer a alimentar bandadas de rosados flamencos de plástico. El mayor de ellos era más alto que Tom, y se apoyaba en el suelo sobre una sola pata que terminaba en un perno de cuatro puntas. Había un enorme pozo de los deseos con un colosal Jesús de plástico fluorescente con los brazos extendidos en el cubo ornamental, al parecer para bendecir a los flamencos. Junto al pozo, descansaba una gran vaca de yeso que aparentaba estar bebiendo de un baño para pájaros.

La puerta principal se abrió bruscamente y Tom salió a recibirlos con el torso desnudo. Visto de lejos, pensó Nick, parecía un escritor o pintor de asombrosa virilidad, con sus brillantes ojos azules y aquella hirsuta barba rojiza. Desde más cerca, esa imagen cambiaba por otra menos intelectual... Tal vez la de un artesano de la contracultura que había sustituido la originalidad por el *kitsch*. Y sólo desde muy cerca, cuando lo habías visto sonreír y divagar durante un par de minutos, te dabas cuenta de que en la cabeza de Tom Cullen había bastantes cables cruzados.

Nick sabía que una de las razones por las que sentía una gran simpatía por Tom consistía en que también a él le habían considerado un retrasado mental, porque su defecto le había impedido aprender a leer y escribir, y porque la gente daba por descontado que todo sordomudo tenía que ser retardado. Había escuchado todo tipo de alusiones al respecto. Le falta un tornillo, blando de sesera, está chiflado, ha perdido la chaveta. Recordaba la noche en que había entrado a tomarse un par de cervezas en Zack, el bar de las afueras de Shoyo, la noche en que Ray Booth y sus compinches le dieron un susto. El camarero se dirigió al fondo de la barra para hablar en tono confidencial con un parroquiano. Su mano ocultaba parte de la boca, así que Nick sólo consiguió descifrar fragmentos de lo que estaba

---

diciendo. Pero tampoco necesitaba más: «Sordomudo... seguramente retrasado... casi todos lo son...»

Pero entre todos los términos despectivos para calificar la disminución mental, había uno que a Tom Cullen *sí* le cuadraba. Nick ya se lo había aplicado a menudo, y con gran pena, en el silencio de su mente. «El chico no juega con todas las cartas.» Ése era el problema de Tom. Todo se reducía a esto. Y lo triste en su caso era que le faltaban pocas cartas, y de poco valor además: un dos de diamantes, acaso un tres de tréboles. Pero sin ellos no se podía tener un buen juego de nada.

Ni siquiera se podía terminar un solitario sin la baraja completa.

–¡Nicky! –exclamó Tom –. ¡Cuánto me alegra verte! ¡Cielos! ¡Tom Cullen está muy contento!

Le echó los brazos al cuello y le dio un fuerte abrazo. Nick observó que las lágrimas escocían su ojo enfermo detrás del parche negro que aún solía llevar en días de sol radiante como éste.

–¡Y también a Ralph! –confirmó Tom –. Y al otro. Tú eres... Déjame pensar...

–Soy... –empezó Stu.

Nick le hizo callar con la mano izquierda. Había estado practicando nemotecnia con Tom y, al parecer funcionaba. Si se quería asociar algo que sabías con un nombre que querías recordar, muy a menudo daba resultado. Rudy también le había iniciado, muchos años atrás.

Se sacó el bloc de notas del bolsillo, garabateó y lo alargó a Ralph para que leyera en voz alta.

Ralph, frunciendo un poco el entrecejo, así lo hizo.

–¿Qué te gustaría comer que se presenta en plato hondo con carne, verduras y salsa?

Tom se quedó inmóvil. La viveza desapareció de su rostro, su boca se abrió fláccidamente y se convirtió en la imagen de la imbecilidad.

Stu se removió incómodo y dijo:

–Nick, ¿no crees que deberíamos...?

Nick se llevó el dedo a los labios para imponerle silencio, y, en el mismo instante Tom volvió a recuperar el ánimo.

–¡Stew!<sup>6</sup> –contestó brincando y riendo –. ¡Eres Stew!

Miró a Nick en busca de confirmación, y éste le hizo la señal de victoria.

–¡Stew, Tom Cullen lo sabe, *todo el mundo* lo sabe!

Nick indicó la puerta de la vivienda de Tom.

–¿Queréis pasar? ¡Diablos, sí! Entremos todos, Tom ha decorado su casa.

---

<sup>6</sup> Juego de palabras entre el nombre Stu y la palabra *stew* estofado que se pronuncia igual. (*N. de los T.*)

Ralph y Stew intercambiaron una mirada divertida mientras seguían a Nick y a Tom en dirección a los escalones de la entrada. Tom siempre estaba «decorando» su casa. No la «amueblaba», puesto que la casa ya lo estaba cuando se mudó. El interior parecía un revoltijo demencial de fantasías infantiles.

Justo al lado de la puerta había colgada una enorme jaula dorada con un loro verde disecado. Nick tuvo que agacharse para pasar por debajo. La clave consistía, pensó, en que las decoraciones de Tom no eran a base de objetos escogidos al azar, lo cual hubiera convertido aquella casa en una especie de tienda de artículos usados. Allí había algo más, algo que parecía un poco al margen de las configuraciones que pudiera captar una mente común. Encima de la repisa de la sala destacaba un bloque cuadrangular salpicado de anuncios: BIENVENIDOS CON SU VISA CARD, DIGA SÓLO MASTERCARD, ACEPTAMOS AMERICAN EXPRESS, DINER'S CLUB. ¿Cómo había descubierto Tom que todos aquellos anuncios formaban parte de un mismo esquema? No sabía leer, pero de alguna forma había captado la pauta.

Sobre la mesilla había un gran extintor de incendios de plástico. En el alféizar de la ventana, donde podía atrapar los rayos de sol y proyectar en la pared fríos y luminosos abanicos azules, reposaba la luz giratoria de un coche patrulla.

Tom les enseñó toda la casa. La sala de juegos del sótano estaba atestada de pájaros y animales embalsamados encontrados en la tienda de un taxidermista; los tenía colgados con cuerdas de piano casi invisibles y parecían volar. Había búhos, halcones e incluso un águila con las plumas apolilladas y un solo ojo de vidrio amarillo. En un rincón, una marmota se erguía sobre sus patas traseras, un topo, un zorro y una comadreja ocupaban los tres ángulos restantes. En el centro de la habitación había un coyote que de alguna forma parecía el foco de atracción de los demás animales menores.

La barandilla de la escalera estaba forrada con tiras rojas y blancas de papel Contact, por lo que recordaba el símbolo cilíndrico de una barbería. En el pasillo de arriba y colgados también de cuerdas de piano, había aviones caza de la Segunda Guerra Mundial: Fokkers, Spads, Stukas, Spitfires, Zeros, Messerschmitts. El suelo del cuarto de baño había sido pintado de color azul eléctrico y allí estaba la extensa colección de barquitos de juguete, navegando en un mar de esmalte alrededor de cuatro islas de porcelana y un continente de porcelana blanca: las patas de la bañera y la base del inodoro.

Por fin, Tom los condujo de nuevo a la sala y tomaron asiento debajo del montaje de las tarjetas de crédito y frente a un retrato tridimensional de John y Robert Kennedy que tenía un fondo de nubes con ribetes dorados. Al pie, una leyenda proclamaba: HERMANOS UNIDOS EN EL CIELO.

—¿Les gustan las decoraciones de Tom? ¿Qué opinan? ¿Bonitas?

—Muy bonitas —dijo Stu—. Dime, ¿esos pájaros del sótano no te ponen nervioso?

—¡Cielos, no! —exclamó Tom atónito—. ¡Están rellenos de serrín!

Nick le pasó una nota a Ralph.

—Tom, Nick quiere saber si aceptas que vuelvan a hipnotizarte. Como cuando lo hizo Stan. Esta vez es importante, y no sólo un juego. Nick dice que después te lo explicará.

—Adelante —respondió Tom—. *Tieeeeeenes... muuuuuchoooo... sueeeñooo... ¿verdad?*

---

–Sí, eso es –confirmó Ralph.

–¿Quieren que vuelva a mirar el reloj? No me molesta. Ya saben, cuando lo hacen oscilar de un lado a otro. *Muuuchooo... sueeeño...* –Les miró dubitativo –. Aunque no me siento muy somnoliento. Cielos, no, anoche me acosté temprano. Tom Cullen siempre se acuesta temprano porque no hay televisión para mirar.

–Tom –murmuró Stu –, ¿te gustaría ver un elefante?

Los ojos de Tom se cerraron de inmediato. La cabeza se bamboleó, hacia delante. Su respiración se hizo profunda, con aspiraciones largas y lentas. Stu observó el fenómeno atónito. Nick le había dado la frase clave, pero no sabía si creer en que diera resultado. Y nunca pensó que sería tan rápido.

–Es como ponerle la cabeza bajo el ala a una gallina –se maravilló Ralph.

Nick le alargó a Stu el *guión* preparado. Stu miró a Nick, el cual le devolvió la mirada, y luego asintió con solemnidad para que Stu prosiguiera.

–Tom, ¿me oyes? –preguntó.

–Sí, te oigo –respondió Tom, y el timbre de su voz sobresaltó a Stu.

Era muy distinto al normal de Tom, aunque no identificaba con precisión la naturaleza del cambio. Le recordaba algo que había experimentado cuando tenía dieciocho años y se había diplomado en el instituto. Estaba en el vestuario antes de la ceremonia de entrega de diplomas con todos sus compañeros de clase desde... bueno, desde el primer día del primer curso en cuatro casos, y casi tanto tiempo en muchos otros. De repente observó cómo habían cambiado aquellas caras desde el día en que las vio por primera vez hasta aquel momento, de pie sobre el suelo del vestuario con la toga negra en las manos. Aquella imagen del cambio le había producido escalofríos entonces, y lo hacía también ahora. Los rostros que había mirado ya no eran de niños, pero tampoco eran aún hombres. Parecían caras en el limbo, atrapadas entre dos estados definidos del ser. Esta voz que brotaba del inconsciente de Tom le causaba a Stu la misma impresión que aquellas caras, aunque más triste. Pensó que era la voz de un hombre negado.

Pero ellos esperaban que prosiguiera y tenía que hacerlo.

–Soy Stu Redman, Tom.

–Sí. Stu Redman.

–Nick está aquí.

–Sí, Nick está aquí.

–Y también Ralph Bretner.

–Sí, también está Ralph.

–Somos tus amigos.

–Lo sé.

–Nos gustaría que hicieras algo, Tom. Por la Zona, ya sabes. Pero te advierto que es peligroso.

–Peligroso...

La preocupación cruzó por las facciones de Tom como la sombra de una nube de verano en un maizal.

–¿Deberé sentir miedo? ¿Deberé...? –Suspiró.

Stu miró a Nick, inquieto. Nick movió los labios: *Sí*.

–Es *él* –prosiguió Tom y lanzó otro suspiro que recordaba al inclemente viento de noviembre silbando entre una hilera de robles deshojados.

Stu volvió a estremecerse. Ralph había palidecido.

–¿Quién, Tom? –preguntó Stu con voz serena.

–Flagg. Se llama Randy Flagg. El hombre oscuro. ¿Quieren que yo...? –De nuevo aquel suspiro penoso y largo.

–¿Cómo sabes quién es, Tom? Esto no estaba en el guión.

–Por los sueños... Veo su cara en sueños.

«Veo su cara en sueños.» Pero ninguno de ellos había visto su cara. Siempre permanecía oculta.

–¿Lo ves?

–Sí...

–¿Qué aspecto tiene, Tom?

Tom permaneció un rato callado. Stu ya había dado por supuesto que no contestaría, y se disponía a volver al guión cuando Tom dijo:

–Es como cualquiera que se cruza contigo por la calle. Pero cuando sonrío los pájaros caen muertos de los cables del teléfono. Si te mira de determinada manera, la próstata deja de funcionar y la orina te escuece. Dónde él escupe la hierba se seca. Está siempre fuera. Nació del tiempo y ni él mismo sabe de dónde. Tiene el nombre de mil demonios. Jesús lo arrojó a una pira de cerdos. Su nombre es Legión. Nos teme. Nosotros estamos dentro. Sabe magia. Puede llamar a los lobos y vivir en los cuervos. Es el rey de ninguna parte. Pero nos teme. Teme al... interior.

Tom se calló.

Los tres se miraron pálidos como el mármol. Ralph se había quitado el sombrero y lo estrujaba con movimientos convulsivos. Nick se había tapado los ojos con la mano. Stu estaba lívido.

«Su nombre es Legión. Es el rey de ninguna parte».

–¿Puedes decir algo más sobre él? –preguntó Stu en voz baja.

–Sólo que también yo le temo. Sin embargo, haré lo que queráis. Pero Tom... tiene mucho miedo. –Repitió aquel suspiro sobrecogedor.

–Tom –intervino Ralph de improviso –, ¿sabes si la madre Abigail vive aún?

Las facciones de Ralph mostraban una rigidez mortal, era el rostro de un hombre que lo había apostado todo a una sola carta.

–Está viva –aseguró Tom, y Ralph se recostó en la silla exhalando un profundo suspiro –. Pero aún no ha hecho las paces con Dios –añadió.

–¿Por qué no, Tom?

–Está en el erial, Dios la ha elevado en el erial, y no siente el terror que flota a mediodía ni el pavor que se arrastra a media noche... Tampoco le morderá la serpiente ni le picará la abeja... Pero todavía no ha hecho las paces con Dios. No fue la mano de Moisés la que hizo manar agua de la roca. No fue la mano de Abigail la que hizo regresar las comadreja con el estómago vacío. Ella es digna de compasión. Ella verá la luz, pero demasiado tarde. Habrá muerte. La muerte de *él*. Ella morirá antes de cruzar el río. Ella...

–Hazle callar –gruñó Ralph.

–Tom –dijo Stu.

–Sí.

–¿Eres el mismo Tom que Nick conoció en Oklahoma? ¿Eres el mismo Tom que conocemos cuando está despierto?

–Sí; pero también más que ese Tom.

–No te entiendo.

Cambió de postura, sin que su rostro perdiera la serenidad.

–Soy el Tom de Dios.

Anonadado, Stu estuvo a punto de dejar caer las notas de Nick.

–Dices que harás lo que te pidamos.

–Sí.

–Pero... ¿ves... que volverás?

–No me corresponde verlo ni decirlo. ¿Adonde debo ir?

–Al Oeste, Tom.

Tom gimió, y aquel sonido hizo que a Stu se le erizaran los pelos de la nuca. ¿A qué le enviamos?, pensó. Quizá él lo supiera. Quizá él mismo había estado allí, pero en Vermont, en laberintos de pasadizos donde el eco producía la impresión de que otras pisadas le seguían. Y le alcanzaban.

–Al Oeste –repitió Tom –. Sí, al Oeste.

–Te enviamos a observar, Tom. A observar y para que después regreses y nos cuentes qué viste.

–Para que regrese y cuente.

–¿Podrás hacerlo?

–Sí. A menos que me atrapen y me maten.

Todos se estremecieron.

–Irás solo, Tom, y siempre hacia el oeste. ¿Sabrás encaminarte al oeste?

–Donde se pone el sol.

–Sí. Y si alguien te pregunta qué haces allí, deberás contestar que te expulsaron de la Zona Libre...

–Me expulsaron. Expulsaron a Tom. Lo pusieron de patitas en la calle.

–... porque eres un retrasado mental.

–Expulsaron a Tom porque es un retrasado mental.

–...y porque podrías haberte acostado con una mujer y ésta podría tener hijos idiotas.

–Hijos idiotas como Tom.

Stu se revolvía sin poder evitarlo. Sentía la cabeza como una bola de acero que sudase. Era igual que una terrible resaca.

–Ahora repite lo que dirás si alguien te pregunta qué haces allí.

–Expulsaron a Tom porque es un retrasado mental. Rayos, sí. Temían que le hiciera a una mujer lo que se les hace con el pene en la cama. Que quedara preñada y sus hijos fueran idiotas.

–Exacto, Tom. Eso...

–Me expulsaron –continuó con voz plañidera –. Expulsaron a Tom de su bonita casa y lo pusieron de patitas en la calle.

Stu se llevó a los ojos una mano temblorosa. Miró a Nick, que pareció duplicarse y luego triplicarse en su visión.

–Nick, no sé si podré terminar –murmuró desvalido.

Nick miró a Ralph, el cual, pálido como el mármol, sólo atinó a agitar la cabeza.

–Termina –ordenó Tom cuando nadie lo esperaba –. No me dejes en la incertidumbre.

Haciendo un esfuerzo Stu continuó:

–Tom, ¿sabes cómo es la luna llena?

–Sí... Grande y redonda.

–No la media luna, ni tampoco la luna casi llena.

–No –dijo Tom.

–Cuando veas esa gran luna redonda, regresarás. Volverás a nosotros. A tu casa, Tom.

–Sí, cuando la vea volveré –asintió Tom –. Volveré a casa.

–Y cuando lo hagas, caminarás de noche y dormirás de día.

–Caminaré de noche y dormiré de día.

–Muy bien. Y no dejarás que nadie te vea.

–No.

–Pero es posible que alguien lo haga.

–Sí, es posible.

–Si alguien te ve, lo matarás.

–Lo mataré –dijo Tom.

–Si son más de uno, huirás.

–Huiré –respondió con mayor firmeza.

–Pero procurarás que no te vean. ¿Puedes repetir todo esto?

–Sí. Volveré con la luna llena. No media luna, ni cuando parece una uña. Caminaré de noche, dormiré de día. No dejaré que nadie me vea. Si alguien me ve, lo mataré. Si soy visto por más de uno, huiré. Pero procuraré que no me vea nadie.

–Estupendo. Despertarás dentro de unos segundos. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Cuando te pregunte por el elefante, despertarás. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Stu se recostó y soltó un largo suspiro.

–Gracias a Dios se ha terminado.

Nick asintió con la mirada.

–¿Sabías lo que podía ocurrir, Nick?

El negó con la mirada.

–¿Cómo sabía todas esas cosas? –murmuró Stu.

Nick pidió su bloc con un ademán. Stu se lo entregó. Sus dedos sudorosos habían mojado la página con el guión de Nick hasta hacerla casi transparente. Nick escribió y se lo pasó a Ralph, quien lo leyó moviendo lentamente los labios, y después se lo entregó a Stu.

–A lo largo de la historia, algunas personas han considerado que los locos y los deficientes mentales están cerca de la divinidad. No creo que nos haya dicho nada que pueda sernos de utilidad práctica; pero sí sé que me espantó. Magia, dijo. ¿Cómo se combate la magia?

---

–Escapa a mi comprensión –murmuró Ralph –. Ni siquiera me atrevo a pensar en lo que dijo sobre la madre Abigail. Despiértalo, Stu, y salgamos de aquí cuanto antes.

Ralph estaba al borde de las lágrimas.

Stu se inclinó.

–¿Tom?

–Sí.

–¿Te gustaría ver un elefante?

Tom abrió los ojos y miró alrededor.

–Les dije que sería inútil –exclamó –. Cielos, no, Tom no se queda dormido en mitad del día.

Nick le entregó una hoja a Stu, el cual le echó un vistazo y después le dijo a Tom:

–Nick dice que lo has hecho muy bien.

–¿De veras? ¿Me sostuve sobre la cabeza, como la vez pasada?

Con una fugaz sensación de amargo arrepentimiento, Nick pensó: «No, Tom, esta vez has hecho cosas más espectaculares.»

–No –contestó Stu –. Tom, hemos venido a pedirte que nos ayudes.

–¿Que los ayude? ¿Yo? ¡Claro que sí! ¡Me encanta ayudar!

–Esto es peligroso, Tom, queremos que vayas al Oeste y que después vuelvas y nos cuentes lo que has visto.

–Muy bien. De acuerdo –contestó Tom sin vacilar, pero a Stu le pareció ver una sombra que cruzaba por su rostro... y que permanecía en su candorosa mirada azul –. ¿Cuándo?

Stu apoyó suavemente la mano en la nuca de Tom y se preguntó qué diablos estaba haciendo allí. ¿Cómo esperaban que pudiera descifrar aquellos hechos, si no era la madre Abigail ni disponía de línea directa con el cielo?

–Muy pronto –dijo –. Muy pronto.

Cuando Stu volvió al apartamento, Frannie se hallaba preparando la cena.

–Harold ha estado aquí –informó Fran –. Le he dicho que se quedara a cenar, pero no ha querido.

–Ya.

Ella le miró fijamente.

–Stuart Redman, ¿qué mosca te ha picado?

–Supongo que una llamada Tom Cullen. –Y se lo contó todo.

Se sentaron a la mesa para cenar.

–¿Qué significa todo esto? –preguntó Fran, que estaba pálida y en vez de comer se dedicaba a pasear la comida por el plato.

–No lo sé –contestó Stu –. Es como una... profecía, supongo. No veo por qué debería asustarnos que Tom Cullen tenga visiones mientras se encuentra en estado de hipnosis, después de que todos hemos pasado por la experiencia de los sueños. Si no eran una especie de profecías, no sé qué eran.

–Pero todo parece haber quedado tan atrás... –Sí, a mí también me lo parece –asintió Stu, y se dio cuenta de que, a su vez, removía la comida.

–Mira, Stu, ya sé que habíamos acordado no hablar de los asuntos del comité fuera de las reuniones, si podíamos evitarlo. Dijiste que no haríamos más que discutir y es probable que tuvieras razón. No he dicho ni una palabra sobre tu transformación en Marchal Dillon después del veintiocho, ¿no es así?

Él sonrió con timidez.

–Es cierto, no lo has hecho, Frannie.

–Pero tengo que preguntarte si todavía crees que es una buena idea enviar a Tom Cullen, después de lo ocurrido esta tarde.

–No lo sé –respondió Stu, apartando el plato, cuyo contenido apenas había tocado.

Se levantó, se dirigió al mueble del recibidor y encontró un paquete de cigarrillos. Había limitado su consumo a tres o cuatro diarios. Encendió uno, dio una calada y luego exhaló el humo.

–En la parte positiva, su historia es bastante sencilla y verosímil. Le obligamos porque es un imbécil. Nadie podrá apartarle de esa versión. Y si vuelve podremos hipnotizarlo, pues entra en trance en menos tiempo del que necesitas para chasquear los dedos. Nos dirá lo que ha visto con detalle. Resultará mejor testigo ocular que cualquiera de los demás. De eso no tengo la menor duda. –Si vuelve.

–Sí. Le hemos dado instrucciones para que viaje hacia el este sólo de noche y se oculte durante el día. Para que huya, si es visto por más de una persona; pero si lo ve una sola, deberá matarla.

–Stu, ¿no es posible que le ordenarais eso!

–¡Claro que lo hicimos! –replicó encarándose con ella –. ¡Esto no es un juego de niños, Frannie! Ya sabes qué le sucederá a él, o al juez, o a Dayna, si los atrapan allí. ¿Por qué, si no, te opusiste a la idea al principio?

–De acuerdo –asintió en voz baja –. Está bien, Stu.

–¡No, no está bien! –replicó él, mientras aplastaba el cigarrillo recién encendido en un cenicero de porcelana, despidiendo una pequeña lluvia de chispas, de las cuales varias le quemaron la mano, que apartó con un ademán rápido y furioso.

»No está bien enviar a un deficiente mental a librar nuestras batallas, y no está bien utilizar a las personas como si fueran los peones de un tablero de ajedrez, y no está bien dar órdenes de matar como si fuéramos jefes de la Mafia. Pero tampoco sé qué otra cosa podríamos hacer. No lo sé. Si no averiguamos qué es lo que él se propone, hay muchas probabilidades de que en la próxima primavera convierta toda la Zona Libre en una inmensa nube con forma de hongo.

–De acuerdo, de acuerdo.

Él relajó lentamente los puños.

–Te he gritado. Lo siento. No tenía derecho a hacerlo, Frannie.

–No te preocupes. No fuiste tú quien abrió la caja de Pandora.

–Me parece que todos tenemos parte de culpa –dijo con tono cansino, y cogió otro cigarrillo –. De todos modos, cuando le di esa... cuando le dije que matase a cualquiera que se le cruzara en el camino, hizo una ligera mueca de disgusto que desapareció enseguida. No creo que Ralph o Nick la advirtieran. Pero yo sí. Era como si pensara: «Muy bien, sé qué pretenden, pero cuando llegue el momento yo decidiré lo que debo hacer.»

–He leído que es imposible lograr que una persona hipnotizada haga lo que no haría en condiciones normales. Nadie transgrede su código moral sólo porque se lo ordenen mientras está en trance.

Stu asintió.

–Sí, lo he pensado. ¿Pero qué sucederá si ese Flagg ha situado patrullas de vigilancia a lo largo de su frontera oriental? Yo en su lugar lo habría hecho. Si Tom tropieza con una tendrá una excusa para defenderse. Pero si se encuentra con ellos en el trayecto de regreso, deberá optar entre matar o morir. Y si Tom no mata, es probable que lo maten.

–Creo que te preocupas demasiado por esa posibilidad –observó Frannie –. Quiero decir que, aunque haya un cordón de patrullas, ¿no crees que estarán muy dispersos?

–Sí. A razón de un hombre cada setenta kilómetros, más o menos. A no ser que tenga cinco veces más gente que nosotros.

–O sea que si no han instalado y puesto en funcionamiento equipos de radar e infrarrojos y todo eso que veíamos en las películas de espías, Tom podrá infiltrarse.

–Es lo que esperamos. Pero...

–¿Te remuerde la conciencia? –preguntó ella con suavidad.

–¿Todo se reduce a eso? Bueno, es posible. ¿Qué quería Harold, cariño?

–Ha dejado un montón de mapas de reconocimiento. Zonas donde su brigada de búsqueda rastreó el paradero de la madre Abigail. De alguna forma, Harold ha estado trabajando en la brigada de entierros, además de supervisar la de búsqueda. Parecía muy cansado, pero sus tareas de la Zona Libre no son la única razón. Al parecer, también ha trabajado en otro asunto.

–¿De qué se trata?

–Harold tiene una mujer.

Stu enarcó las cejas.

–Por eso no se ha quedado a cenar. ¿A ver si adivinas de quién se trata?

Stu miró el techo.

–Veamos. ¿Con quién podría haberse apareado Harold? Déjame pensar...

–¡Vaya una manera de expresarte! ¿Qué crees que hacemos nosotros?

En broma, intentó darle un bofetón pero él lo esquivó sonriendo.

–Me rindo. ¿Quién es ella?

–Nadine Cross.

–¿La mujer con mechones blancos?

–La misma.

–Caray, debe doblarle la edad.

–Dudo que eso preocupe a Harold, a estas alturas de sus relaciones.

–¿Lo sabe Larry?

–Lo ignoro y tampoco me importa. Ella ya no es la mujer de Larry, si es que alguna vez lo fue.

–Sí –dijo Stu; le agradaba que Harold tuviera una historia amorosa, pero no se hallaba interesado en el tema –. Por cierto, ¿qué opina Harold acerca de la comisión de búsqueda? ¿Te ha comentado algo?

–Bueno, ya le conoces. Sonríe mucho, pero... no es demasiado optimista. Supongo que por eso dedica la mayor parte de su tiempo a los entierros. Ahora le llaman Halcón. ¿Lo sabías?

–¿De verdad?

–Me he enterado hoy. Ignoraba de quién hablaban hasta que lo pregunté.

Se quedó pensativa por unos instantes y después rió.

–¿Qué te resulta tan divertido? –preguntó Stu.

Ella estiró los pies, calzados con zapatillas. Las suelas tenían un diseño de círculos y rayas.

–Me ha felicitado por mis zapatillas –dijo ella –. ¿No es obsesivo?

–Tú sí eres obsesiva –contestó Stu, sonriendo.

Harold despertó poco antes del alba con un persistente aunque no del todo desagradable dolor en la ingle. Tiritó un poco al levantarse. Las mañanas eran más frescas, a pesar de que sólo estaban a 22 de agosto y todavía faltaba un mes para el comienzo del otoño.

Pero sentía fuego debajo de la cintura, eso sí. El solo hecho de contemplar la curva deliciosa de aquellas nalgas bajo las minúsculas bragas transparentes le ponía bastante a tono. No le importaría si la despertaba... Bueno, quizá sí le importase, pero no se negaría a hacerlo. Él todavía no sabía con exactitud lo que podía ocultarse detrás de aquellos ojos oscuros, y le tenía un poco de miedo.

En lugar de despertarla, se vistió sin hacer ruido. No quería entretenerse con Nadine, pese a que le hubiera gustado mucho hacerlo.

Lo que necesitaba era aislarse y reflexionar.

Se detuvo en la puerta, ya vestido, con las botas en la mano izquierda. El fresco que reinaba en la habitación y el acto prosaico de vestirse habían disipado su deseo. Ahora podía oler la estancia, y el olor no era muy agradable.

Se trataba sólo de una insignificancia, había dicho ella, algo de lo que podían prescindir. Quizá era verdad. Ella sabía hacer cosas increíbles con la boca y las manos. Pero, si era tan insignificante, ¿por qué en la habitación flotaba aquel olor rancio y ligeramente agrio que él asociaba con los placeres solitarios de sus malos años?

Tal vez tú quieres que sea malo, se dijo.

Salió y cerró la puerta con suavidad.

Nadine abrió los ojos en el momento en que el batiente se estaba cerrando. Se incorporó, lo miró, y volvió a tenderse. Le dolía el cuerpo por el ciclo lento e implacable del deseo. Sentía casi calambres menstruales. Si era una cosa tan insignificante, pensó (sin saber de lo muy parecidos que sus pensamientos eran a los de Harold), ¿por qué se sentía de aquella forma? Hubo un momento durante la noche en que tuvo que morderse los labios para sofocar los gritos: « ¡Déjate ya de tantos preámbulos y follame! ¿Me oyes? ¡Métemela y sácíame! ¿Crees que lo que me estás haciendo me satisface? ¡Métemela y terminemos con este maldito juego!»

Él había mantenido su cabeza entre las piernas de ella, emitiendo extraños sonidos de lujuria, sonidos que hubieran resultado cómicos de no haber sido tan acuciantes, casi salvajes. Y ella había levantado la vista, con aquellas palabras que le temblaban en los labios y había visto (¿o sólo creyó ver?) un rostro en la ventana. En un instante, el fuego de su deseo se había extinguido.

Era la cara de *él*, que le sonreía con malignidad.

Un grito subió a su garganta... pero el rostro había desaparecido, un rostro que no era más que un juego de sombras en el cristal embadurnado de suciedad. Nada más que el hombre del saco que la imaginación de un niño ve en el armario, o agazapado detrás del mueble de los juguetes del rincón.

Sólo eso.

Pero *era* más, y ni ahora, con los primeros rayos de luz refrescantes de la aurora, podía ella suponer otra cosa. Sería peligroso suponerlo. Había sido él, y le estaba avisando. El futuro esposo vigilaba a su prometida. Y la novia deshonrada sería rechazada.

Mientras contemplaba el techo, pensó: Le chupo la polla, pero eso no me deshonra; dejo que me folle por el culo, y tampoco eso me deshora. Me visto para él como una prostituta barata, y no tiene nada de malo.

Era suficiente hacerle pensar qué clase de hombre era su prometido. Nadine se quedó con la mirada fija en el techo durante mucho rato.

Harold se preparó un café instantáneo, lo bebió con una mueca de desagrado y se llevó un par de pastelitos envasados al escalón del porche. Se sentó y se los comió mientras la claridad de la aurora se expandía alrededor.

Vistos en perspectiva, los últimos dos días habían sido como una frenética carrera por una montaña rusa. En sus recuerdos se confundían los camiones anaranjados, las palmaditas al hombro de Weizak que le llamaba Halcón (ahora todos le llamaban así), una sucesión interminable de cadáveres descompuestos y, al volver a casa después del contacto con la muerte, una serie interminable de perversiones sexuales. Eso bastaba para producir mareo.

Pero ahora, sentado sobre el escalón frío como una losa de mármol, con una taza de horrible café instantáneo ardiéndole en las entrañas, podía masticar los pasteles que sabían a serrín y reflexionar. Se sentía despejado, cuerdo después de aquellos días de locura. Se le ocurrió que para ser alguien que siempre se había considerado un hombre de Cromagnon en medio de un rebaño de vociferantes de Neanderthal, en los últimos tiempos se dedicó muy poco a la reflexión» No le habían arrastrado por la nariz, sino por el pene.

Mientras volvía la mirada hacia los Flatirons, centró su pensamiento en Frannie Goldsmith. Ella era quien había estado aquel día en su casa. Ahora lo sabía con certeza. Había ido a verla a la casa que compartía con Redman. Con un pretexto, pero con la intención de ver su calzado. Dio la casualidad de que llevaba puestas unas zapatillas que coincidían con la huella descubierta en el suelo de su sótano.

Círculos y rayas en lugar del dibujo habitual, cuadriculado o en zigzag. No había duda, nena.

No era difícil suponer lo que había ocurrido. De alguna forma, ella descubrió que él había leído su diario. Debió de haber dejado alguna huella o mancha en una página... quizá en más de una.

Así que había ido a su casa para averiguar la reacción que había producido en él esa lectura. Había ido a buscar pruebas escritas.

Desde luego estaban en su diario, pero también estaba seguro de que ella no lo había encontrado. Su diario decía claramente que se proponía matar a Stuart Redman, y si ella hubiera leído algo semejante se lo habría dicho a Stu. Aunque no lo hubiera hecho, Harold no creía que el día anterior ella hubiese podido mostrarse tan desenvuelta y natural con él.

Terminó su pastelillo con una mueca por el sabor insulso del bizcocho y el relleno de jalea. Decidió que iría a pie hasta la terminal de autobuses en lugar de en bicicleta. Teddy Weizak o Norris podrían traerlo de regreso. Se puso en marcha y subió la cremallera de la cazadora hasta el mentón para defenderse del frío del amanecer. Pasó por delante de las casas vacías, con las persianas bajadas, y después de caminar unas seis manzanas por Arapahoe empezó a

ver una x trazada con tiza en las puertas. Había sido una idea suya. La brigada de entierros inspeccionó todas las casas con la marca y sacó los cadáveres que esperaban sepultura. La x era una tachadura, y los ocupantes de las casas marcadas se habían ido para siempre. Dentro de un mes, esa x aparecería en todo Boulder, declarando el fin de una era.

Había llegado el momento de pensar en serio. Tenía la impresión de haber dejado de pensar desde el momento en que conoció a Nadine... pero quizá lo había hecho antes.

Leí su diario porque me sentía dolido y celoso, pensó. Luego ella se coló en mi casa, probablemente buscando mi diario, pero no lo encontró. Sin embargo, el trauma por esa intromisión fue tal vez venganza suficiente. La realidad era que le había desquiciado. Quizá la cuenta quedaba saldada y ellos estaban en paz.

Frannie ya no le interesaba, ¿verdad?

Sintió que la brasa del rencor ardía en su pecho. A lo mejor no era así. Pero eso no cambiaba el hecho de que le habían excluido. Aunque Nadine casi no había explicado los motivos que la indujeron a acudir a él, Harold sospechaba que también ella había sido excluida, desairada, rechazada de alguna manera. Eran un par de marginados, y los marginados suelen conspirar, quizá lo único que les permite conservar la cordura. No te olvides de anotar esto en el diario, pensó Harold... Ya estaba casi en el centro de la ciudad.

Al otro lado de las montañas había todo un regimiento de marginados. Y cuando en un lugar se congrega un número suficiente de ellos, se produce una osmosis mística y tú estás dentro. Dentro, donde hay calor. Es una insignificancia estar dentro donde hay calor; pero en realidad es importante. Casi lo más importante del mundo.

Es posible que él no deseara dar la cuenta por saldada y quedar en paz, que no quisiera conformarse con un empate, con una carrera que consistía en transportar cadáveres y recibir estúpidas cartas de agradecimiento por sus ideas, mientras esperaba que Bateman se jubilara del amado comité al cabo de cinco años y le dejaran ingresar a él... ¿Y si decidían excluirle? Podían hacerlo, ya que no era una cuestión de edad. Habían aceptado al condenado sordomudo, y era sólo unos pocos años mayor que Harold.

La brasa del resentimiento se había puesto incandescente. Pensar, sí, pensar. Eso era fácil de decir, y algunas veces incluso de hacer, pero ¿de qué servía pensar cuando todo lo que se recibía de los Neanderthal que poblaban el mundo era una carcajada o, aún peor, una carta de agradecimiento por los servicios prestados?

Había llegado a la terminal de autobuses. Todavía era temprano y no había nadie. En la puerta, un cartel anunciaba otra asamblea pública para el 25. ¿Asamblea pública? ¡Masturbación pública!

La sala de espera estaba llena de anuncios de viajes, abonos para los autobuses Greyhound y fotografías de enormes autocares de dos pisos que hacían recorridos por Atlanta, Nueva Orleans, San Francisco, Nashville... Se sentó y paseó la vista por las maquinitas de marcianos, la máquina expendedora de coca-cola y la de café, que también ofrecía una sopa enlatada que olía vagamente a pescado podrido. Encendió un cigarrillo y tiró al suelo la cerilla.

Habían adoptado la constitución. Hurra. Estupendo. Incluso habían cantado el himno. Pero ¿y si Harold Lauder se hubiera levantado, no para hacer sugerencias constructivas, sino para explicarles la realidad de la vida en este primer año después de la epidemia?

«Damas y caballeros, me llamo Harold Lauder y estoy aquí para decirles, en palabras de la antigua canción, que los hechos fundamentales se presentan con el paso del tiempo. Igual que Darwin. La próxima vez que se incorporen para cantar *Barras y estrellas*, amigos y convecinos, reflexionen sobre esto: América está muerta y enterrada, muerta como Jacob Marley y Buddy Holly y el Big Bopper y Harry S. Truman; pero los principios propuestos por Darwin siguen vivos. Tan vivos como el espectro de Jacob Marley para Ebenezer Scrooge. Mientras meditan sobre las excelencias de la constitución, dediquen un poco de su tiempo a pensar en Randall Flagg, el hombre del Oeste. Dudo mucho que pierda el tiempo en banalidades como asambleas públicas, ratificaciones y discusiones acerca del significado de una traición en el mejor estilo liberal. En cambio él se ha concentrado en lo básico, en su Darwin, disponiéndose a limpiar el enorme mostrador de fórmica del universo con vuestros cadáveres. Damas y caballeros, permítanme sugerir que, mientras nosotros estamos intentando que vuelva la luz y esperamos al médico para que descubra nuestra pequeña urticaria, él puede estar buscando ansioso a alguien con título de piloto para empezar a bombardear Boulder en la mejor tradición de Francis Gary Powers. Mientras nosotros debatimos la cuestión candente de quién estará en la comisión de limpieza de calles, es probable que él ya haya previsto la creación de una comisión de limpieza de pistolas, por no hablar de morteros, misiles e incluso centros de guerra bacteriológica. Todos sabemos que este país no tiene ningún centro de guerra microbiana o bacteriológica, esté es uno de los motivos de la grandeza del país. ¡Qué país, ja, ja! Pero deben comprender que mientras nosotros estamos ocupados en preparar barricadas, él...»

—Hola, Halcón. ¿Haces horas extras?

Harold levantó la vista y sonrió.

—Sí, he pensado que no me vendría mal —dijo a Weizak—. He fichado por ti al llegar. Ya te has ganado seis pavos.

Weizar rió.

—¿Sabes, Halcón, que eres un fullero?

—Lo soy —asintió Harold con la sonrisa todavía en los labios, mientras empezaba a atarse los cordones de las botas—. Un fullero insensato.

## 56

Stu se pasó todo el día siguiente en la central eléctrica reparando motores. Después de terminar la jornada laboral, se dirigía a casa en la moto. Había llegado al pequeño parque situado frente al First National Bank cuando oyó la voz de Ralph que le llamaba. Aparcó y se encaminó hacia el quiosco de música donde estaba sentado Ralph.

—Quería verte, Stu, ¿tienes un minuto?

—Sólo uno. Llego tarde a cenar y Frannie estará preocupada.

–Ya. Por el aspecto de tus manos veo que has estado en la central eléctrica manipulando cobre.

Ralph parecía distraído y preocupado.

–Sí, las tengo hechas un desastre. Los guantes de trabajo no protegen mucho.

Ralph asintió. En el parque había otra media docena de personas, algunas de ellas mirando el tren de vía estrecha que en otros tiempos había unido Boulder con Denver. Tres mujeres jóvenes habían desplegado un mantel para cenar al aire libre. A Stu le pareció agradable sentarse allí con las doloridas manos sobre el regazo.

–Supongo que el trabajo de vigilante no será tan pesado. Al menos me sacará de la cadena de montaje.

–¿Qué tal va por allí? –preguntó Ralph.

–Qué quieres que te diga; soy mano de obra prestada, igual que los demás. Brad Kitchner dice que todo avanza con mucha rapidez. Asegura que la luz volverá a finales de la primera semana de septiembre, quizá antes, y que tendremos calefacción a mediados de mes. Por supuesto, es joven y bastante optimista con las predicciones...

–Yo apostaría por Brad –contestó Ralph –. Confío en él. Ha tenido mucho de eso que llaman prácticas en el lugar de trabajo.

Ralph esbozó una sonrisa.

–Pareces decaído, Ralph.

–He captado algunas noticias con mi radio –contestó –. Algunas buenas y otras no tanto, Stu. Quiero que lo sepas porque es imposible mantener el secreto. Hay muchas personas en la zona que captan la frecuencia de radio y sospecho que algunas escuchaban mientras yo dialogaba con los nuevos grupos que vienen hacia aquí.

–¿Cuántos son?

–Más de cuarenta personas. Uno de ellos es médico y se llama George Richardson. Parece un hombre muy sensato.

–¡Ésa es una noticia sensacional!

–Es de Derbyshire, Tennessee. La mayoría de los miembros de este grupo proceden del centro-sur. Al parecer, con ellos venía una mujer encinta y el parto se produjo hace diez días, el trece. Este médico la atendió y tuvo mellizos. Nacieron sanos.

Ralph volvió a callar y movió los labios.

Stu lo cogió por la camisa.

–¿Murieron? ¿Los niños *murieron*? ¿Es eso lo que intentas decirme? ¡Maldita sea, habla!

–Murieron –contestó Ralph en voz baja –. Uno de ellos duró doce horas. Al parecer murió ahogado. El otro falleció dos días después. Richardson no pudo hacer nada para salvarlos. La mujer enloqueció y divaga sobre la muerte y el fin del mundo. Asegúrate de que Fran no

esté cerca cuando ellos lleguen. Esto es lo que quería decirte. Y deberías comunicárselo enseguida, ya que si no se lo dices tú lo hará otra persona.

Stu soltó la camisa de Ralph.

–Richardson me preguntó cuántas mujeres embarazadas hay aquí, y le dije que por ahora sólo sabemos de una. Quiso saber de cuántos meses, y le contesté de cuatro. ¿Es así?

–Ahora ya de cinco. ¿Pero está seguro de que a esos niños los mató la supergripe?

–No. Y esto también tienes que explicárselo a Fran para que lo entienda. Dijo que pudo haber sido por muchas otras causas: la dieta de la madre, un factor hereditario, una infección respiratoria, o tal vez eran defectuosos. Me habló también de un factor Rh, que no sé qué es. No pudo diagnosticar la causa porque nacieron en medio de un campo al lado de la maldita interestatal 70. Agregó que él y otros tres que están al frente de este grupo se quedaron despiertos hasta muy tarde hablando de ello. Richardson les explicó cuáles serían las consecuencias si lo que les había matado había sido *Capitán Trotamundos*, y lo importante que era determinar la causa.

–Glen y yo hablamos de esto –comentó Stu con tristeza – el día en que nos encontramos, el cuatro de julio. Parece haber pasado tanto tiempo... Bueno, si la supergripe mató a esos niños significa que dentro de cuarenta o cincuenta años podremos legar todo lo que nos rodea a las ratas, las moscas y los gorriones.

–Imagino que más o menos fue eso lo que Richardson les dijo. De todas maneras, estaban a unos sesenta kilómetros al oeste de Chicago, y los convenció de que cambiaran de rumbo al día siguiente y llevaran los cadáveres a un hospital donde él podría practicar una autopsia. Afirmó que conseguiría diagnosticar con certeza si la supergripe había sido la causante de las muertes. Ya había visto bastantes casos de ésta a finales de junio. Como todos los médicos, supongo.

–Ya.

–Pero al amanecer los bebés habían desaparecido. La madre los había enterrado y se negó a decir dónde. Estuvieron dos días cavando, ya que pensaban que ella no pudo haberse alejado mucho del campamento ni sepultarlos a mucha profundidad ya que aún estaba recuperándose del alumbramiento. Sin embargo, no los encontraron, y ella se negó a revelar el lugar, pese a que se esforzaron en hacerle comprender lo importante que era. La pobre mujer había perdido el juicio.

–Lo entiendo –murmuró Stu, pensando en lo mucho que ansiaba Fran un hijo.

–El médico puntualizó que aún en el caso de que haya sido la supergripe, quizá dos personas inmunes pueden engendrar un hijo inmune –dijo Ralph, con tono esperanzado.

–Hay como una probabilidad entre mil millones de que el padre del hijo de Fran fuera inmune –comentó Stu –. Y no está aquí.

–Sí, es casi imposible que lo fuera, ¿verdad? Lamento haberte dado esta noticia, Stu; pero me pareció mejor que lo supieras, para que puedas prevenir a Fran.

–No me entusiasma la idea –respondió Stu.

Cuando llegó a casa, descubrió que alguien se lo había dicho ya.

–¿Frannie?

Ninguna respuesta. La cena estaba en el hornillo, casi quemada, y el apartamento se hallaba a oscuras y en silencio.

Stu entró en la sala y echó un vistazo. En el cenicero de la mesita había dos colillas, pero Fran no fumaba y no eran de la marca que fumaba él.

–¿Cariño?

Entró en el dormitorio y allí estaba ella, tumbada sobre la cama en la penumbra, mirando al techo. Tenía el rostro congestionado y surcado por las lágrimas.

–Hola, Stu –dijo en voz baja.

–¿Quién te lo ha dicho? –preguntó enojado –. ¿Quién estaba tan ansioso por divulgar la buena noticia? Sea quien sea, le partiré la boca.

–Sue Stern. Se lo comunicó Jack Jackson. Tiene una radio de BC y escuchó la conversación del médico con Ralph. Pensó que sería mejor decírmelo, antes de que lo hiciera otra persona de mala manera. Pobrecilla Frannie. Vaya con cuidado. No abrir antes de Navidad.

Soltó una amarga risita de desolación que a Stu casi le hizo saltar las lágrimas.

Cruzó la habitación, se sentó en la cama junto a ella y le apartó con suavidad el cabello.

–No es seguro, cariño. Es imposible determinarlo con certeza.

–Lo sé. Y quizá, a pesar de todo, nosotros podamos engendrar nuestros propios hijos. – Volvió la cabeza para mirarlo con ojos enrojecidos y afligidos –. Pero quiero a éste. ¿Es eso tan censurable?

–No. Claro que no.

–He estado aquí tumbada esperando que se moviera o hiciera algo. No he vuelto a sentirlo desde la noche en que Larry vino a buscar a Harold. ¿Recuerdas?

–Sí.

–Noté que el niño se movía y no te desperté. Ahora lamento no haberlo hecho, lo lamento de verdad.

Se echó a llorar y se cubrió la cara con el brazo para que él no la viera.

Stu se tendió a su lado y la besó. Ella lo abrazó con fuerza. Cuando habló, sus palabras se oían sofocadas por el cuello de Stu.

–La incertidumbre lo convierte en mucho peor. Ahora no puedo hacer otra cosa que esperar y ver qué sucede. Me parece una eternidad el tiempo que ha de transcurrir hasta saber si mi hijo morirá antes de nacer.

–No esperarás sola –la confortó Stu.

Ella volvió a abrazarlo con fuerza y permanecieron largo rato sin moverse.

Hacía casi cinco minutos que Nadine Cross estaba en la sala de su antigua casa, recogiendo algunas cosas, cuando advirtió su presencia. Estaba sentado en la silla del rincón, en calzoncillos, el pulgar sobre los labios y sus extraños y rasgados ojos verdegrises observándola. Ella se sobresaltó y gritó. Los libros que se disponía a guardar en la bolsa cayeron al suelo con un revuelo de páginas.

–Joe... quiero decir Leo...

Se llevó la mano al pecho como si quisiera acallar los frenéticos latidos de su corazón. Verlo de repente era malo, pero verlo vestido y comportándose de la misma forma que cuando lo conoció en New Hampshire era peor. Era un retorno al pasado demasiado brusco, como si algún dios irracional la hubiera envuelto en una trama del tiempo y la condenara a revivir las últimas seis semanas.

–Me has dado un susto de muerte –dijo temblorosa.

Joe no contestó.

Ella se le acercó despacio, temiendo ver aparecer un cuchillo en su mano, como antaño. Pero la mano que no estaba en su boca permanecía sobre el regazo. Nadine observó que su cuerpo había perdido el bronceado. Las cicatrices y arañazos de zarza habían desaparecido. Pero los ojos eran los mismos... ojos que podían embrujar. Lo que hubiera en ellos, un poco más cada día, desde que él se había acercado al fuego para escuchar a Larry mientras tocaba la guitarra, había desaparecido por completo. Sus ojos eran como la primera vez, y esta sensación la llenó de horror.

–¿Qué haces aquí?

Joe no contestó

–¿Por qué no estás con Larry y mamá Lucy?

Silencio.

–No puedes quedarte –insistió ella, intentando razonar con él. Pero al punto se encontró preguntándose cuánto tiempo hacía que estaba allí.

Era la mañana del 24 de agosto. Ella había pasado las dos noches anteriores en casa de Harold. El chico podía haber estado sentado en aquella silla, con el pulgar en la boca, durante las últimas cuarenta horas. Era un pensamiento ridículo, porque él habría tenido que comer y beber. Pero, una vez la idea/imagen había surgido, aquella sensación inquietante volvió a invadirla, y comprendió con cierta desesperación cuántas cosas habían cambiado en ella después de haber comido tranquilamente al lado de aquel pequeño salvaje cuando estaba armado y era peligroso. Ahora no llevaba armas; sin embargo le producía miedo. Ella había pensado que (¿Joe? ¿Leo?) habían enajenado por completo su yo anterior. Ahora él había regresado y estaba allí.

–No puedes quedarte –repitió ella –. Sólo he venido a recoger unas cosas. Me mudo. Me voy a vivir con... un hombre.

Oh, ¿eso es Harold?, se burló una voz interior. ¿Un hombre? Pensé que sólo era un instrumento, un medio para un fin.

–Leo, escucha...

Él negó con la cabeza. Sus ojos, severos y centelleantes, la miraban fijos.

–¿No eres Leo?

Volvió a negar con la cabeza.

–¿Eres Joe?

Asintió con un leve movimiento.

–Muy bien. Pero tienes que entender que en el fondo no importa quién seas –dijo ella, intentando mostrarse paciente, aunque aquella inquietante sensación de retroceder en el tiempo la atemorizaba –. Esa parte de nuestras vidas, cuando estábamos juntos y solos, ha desaparecido. Tú has cambiado, yo he cambiado, y no podemos volver atrás.

Pero aquellos ojos que no dejaban de mirarla parecían negarlo.

–Y deja de mirarme así –le espetó –. Es de muy mala educación observar a las personas.

Ahora los ojos se mostraron claramente acusadores. Parecían sugerir que también era reprobable abandonar a una persona, y todavía más desconsiderado dejar de querer a quien todavía te necesita y depende de ti.

–No estás sólo –dijo, y se volvió para recoger los libros que se le habían caído.

Se arrodilló con torpeza, arrastrando las rodillas y metiendo los libros en la bolsa sin orden ni concierto encima de las compresas, las aspirinas y la ropa interior, sencillas prendas de algodón muy distintas de las que solía ponerse para la lujuria frenética de Harold.

–Tienes a Larry y Lucy. Los quieres y ellos a ti. Bueno, Larry *te* quiere, y eso es lo que importa, ya que ella quiere todo lo que quiere él. Ella es como un papel carbón. Ahora las cosas son muy distintas para mí, Joe, y no tengo ninguna culpa. Así que deja de tratar de hacerme sentir remordimientos.

Empezó a abrochar las hebillas de la bolsa pero le temblaban las manos y resultaba complicado. El silencio se hizo cada vez más pesado en el ambiente.

Por fin se incorporó y cargó la bolsa sobre sus espaldas.

–Leo.

Intentó hablar con calma y razonando, como solía dirigirse a los niños difíciles de su clase cuando tenían una rabieta. Pero no lo consiguió. Su voz se perdía en altibajos, y el leve movimiento de negación con que él había recibido la palabra *Leo* contribuyó a empeorar las cosas.

–No fue por Larry y Lucy –dijo Nadine con rencor –. Yo habría podido entender eso, pero la verdadera causa fue esa fulana por la que me dejaste. Esa estúpida vieja de la mecedora que se burlaba del mundo con su dentadura postiza. Pero ahora ella se ha ido, y por eso has venido corriendo a mí. No te dará resultado, ¿me oyes? ¡No te dará resultado!

Joe no respondió.

–Y cuando le supliqué a Larry, cuando me puse de rodillas y le rogué... nada podía importarle menos. Estaba demasiado ocupado jugando al gran hombre. Así que ya ves que no es culpa mía. ¡No soy culpable de nada!

Él seguía mirándola impasible.

La mujer volvió a sentir miedo después de su incoherente arrebató. Retrocedió hacia la puerta buscando a tientas el tirador. Abrió y agradeció una ráfaga de aire frío en la espalda.

–Vuelve con Larry –murmuró –. Adiós, muchacho.

Se detuvo en el último escalón para tratar de recomponerse. De repente se le ocurrió que todo había sido una alucinación producto de sus sentimientos de culpabilidad por haber abandonado al chico, por haber hecho esperar demasiado a Larry, por todo lo que Harold y ella habían hecho, y por cosas mucho peores que vendrían. Quizá en la casa no había ningún chico; tal vez no era más real que los fantasmas de Poe: los latidos del corazón del viejo que sonaban como un reloj envuelto en algodón, o el cuervo colgado en el busto de Palas.

–Llamando, siempre llamando a la puerta de mi habitación –musitó sin pensar, y eso la hizo proferir una risita estridente no muy distinta de los graznidos de los cuervos.

Pero tenía que saberlo.

Se dirigió a la ventana del porche y atisbo el salón de la que había sido su casa. En realidad jamás lo fue. Cuando alguien vive en un lugar y al marcharse todo lo que quiere llevarse cabe en una bolsa, nunca ha sido su casa. Vio una alfombra, cortinas y paredes empapeladas de una muerta, un soporte de pipas y algunos ejemplares de *Sports Illustrated* esparcidos sobre la mesilla de un muerto. Fotografías de niños muertos sobre la repisa. Y, sentado en una esquina, un niño de una muerta, en calzoncillos, sentado, todavía sentado, como lo había estado antes...

Nadine salió corriendo, tropezó, y estuvo a punto de caer sobre la alambrada que protegía el parterre de flores situado a la izquierda de la ventana que había estado espiando. Saltó sobre la Vespa y la puso en marcha. Condujo a una velocidad temeraria durante las primeras manzanas, esquivando los coches estacionados que todavía llenaban aquellas calles secundarias. Pero, poco a poco, se fue serenando.

Cuando llegó a casa de Harold ya había conseguido recuperar el control. No obstante, sabía que si quería mantener la cordura, tenía que escapar de la Zona Libre.

La asamblea del Munzinger Auditorium se desarrolló con normalidad. Empezaron cantando *Barras y estrellas* de nuevo; pero esta vez la mayoría de los presentes no rompieron a llorar; era simplemente una parte de lo que pronto se convertiría en una formalidad. Mediante una votación rutinaria se decidió formar una comisión del censo, presidida por Sandy DuChiens. Ésta y sus cuatro colaboradores practicaron un recuento y recogieron nombres entre los asistentes. Al finalizar la asamblea informaría, entre aclamaciones, que había 814 almas en la Zona Libre, y prometería disponer de una «guía» completa para la próxima

---

asamblea. Una guía que pensaba actualizar cada semana y en la que figurarían los nombres por orden alfabético, las edades, los domicilios en Boulder y los domicilios y ocupaciones anteriores. Al final resultaría que la afluencia a la zona era tan numerosa y tan caótica que la guía siempre llevaba dos o tres semanas de retraso.

Se planteó el tema de la duración de los cargos y, después de algunas sugerencias extravagantes (diez años, por ejemplo, o a perpetuidad, en razón de lo cual Larry provocó las carcajadas al comentar que más parecían condenas que mandatos para cargos públicos), se optó por un período de un año. Harry Dunbarton, casi al fondo de la sala, levantó la mano y Stu le concedió la palabra.

Vociferando para hacerse oír, Harry alegó:

–Es posible que incluso un año sea demasiado tiempo. No tengo nada en contra de las damas y caballeros del comité, y opino que están realizando una labor magnífica –vítores y silbidos; – pero si seguimos creciendo esto no tardará en escapársenos de las manos.

Glen pidió la palabra.

–Señor presidente, esto no figuraba en el orden del día, pero pienso que el señor Dunbarton tiene mucha razón.

Claro que lo piensas, calvorota, se dijo Stu, puesto que tú planteaste lo mismo hace una semana.

–Propongo que se forme un comité de gobierno representativo para poner realmente en práctica la constitución. Considero que el señor Dunbarton debería presidir dicho comité, y yo mismo me incorporaré a él, a menos que alguien presente objeciones.

Más hurras.

En la última fila, Harold se volvió hacia Nadine y le susurró al oído:

–Damas y caballeros, ha empezado el festival del amor público.

Ella le dedicó una sonrisa lánguida y enigmática.

Stu fue elegido por aclamación alguacil de la Zona Libre.

–Haré todo lo que pueda por ustedes –dijo –. Algunos de los que hoy me aclaman es posible que cambien de idea más adelante, si les sorprende en falta. ¿Me oyes, Rich Moffat?

Estalló una carcajada general. Rich, que estaba bastante achispado, se sumó a ella de buen grado.

–Pero no preveo incidentes graves. La principal misión del alguacil consiste en evitar que las personas se hagan daño mutuamente, y no creo que haya nadie con malas intenciones. Ya se han producido demasiadas desgracias personales.

La multitud le tributó una ovación cerrada.

–El próximo punto –prosiguió Stu –guarda relación con mi cargo. Necesitamos cinco personas para la comisión de justicia, ya que, en caso contrario, no me sentiré capaz de detener a alguien, si hay que llegar a ese extremo. ¿Alguna propuesta?

---

–¿Qué le parece el juez? –gritó una voz.

–¡Sí, el juez! –corroboró otra.

Todos volvieron la cabeza, esperando ver cómo el juez se levantaba para aceptar el cargo con su habitual estilo solemne. Los asistentes se prepararon para aplaudirle. Las miradas compungidas de Stu y Glen se encontraron. Tenía que haber previsto esa contingencia.

–No se encuentra presente –dijo una voz.

–¿Lo ha visto alguien? –preguntó Lucy Swann.

Larry volvió la vista hacia ella, incómodo. Pero Lucy estaba buscando con la mirada al juez.

–Yo lo he visto.

Se oyó un murmullo cuando Teddy Weizak se puso en pie, en el fondo de la sala, con aspecto nervioso y frotando con la gamuza sus gafas de montura metálica.

–¿Dónde?

–¿Dónde estaba, Teddy?

–¿Lo viste en la ciudad?

–¿Qué estaba haciendo?

Teddy Weizak se estremeció ante el alud de preguntas.

Stu golpeó con el mazo.

–Orden en la sala.

–Lo vi hace dos días –contestó Teddy –. En un Land Rover. Dijo que iba a pasar la jornada en Denver; pero no aclaró los motivos. Parecía de buen humor. Es lo único que sé.

Se sentó, sin dejar de frotar las gafas, ruborizado.

Stu volvió a imponer orden.

–Lamento que el juez no se encuentre aquí. Creo que hubiera sido el hombre ideal para el trabajo. Bien, ¿por qué no proponen otro candidato?

–¡No podemos dejarlo así! –protestó Lucy, poniéndose en pie; llevaba un vestido ceñido de tela de vaqueros que despertó el interés de la mayoría de los hombres presentes –. El juez Farris es un anciano. ¿Y si tuvo algún percance en Denver y no puede volver?

–Lucy –intervino Stu –, Denver es una ciudad enorme.

Se hizo un extraño silencio cuando los asistentes consideraron esa posibilidad. Lucy se sentó, pálida, y Larry la rodeó con un brazo. Los ojos de Larry se encontraron con los de Stu, y éste desvió la mirada.

Con poco entusiasmo se presentó una moción para aplazar la formación de la comisión de justicia hasta el regreso del juez y, tras veinte minutos de discusiones, fue rechazada. Eligieron a otro abogado, un joven de veintiséis años, llamado Al Bundell, recién llegado

---

con el grupo del doctor Richardson. Bundell aceptó la presidencia cuando se la ofrecieron, y dijo tan sólo que esperaba que nadie cometiera ninguna falta grave, al menos hasta el mes próximo, ya que necesitaría ese tiempo para organizar un sistema de tribunales. Al juez Farris se le reservó un puesto en la comisión, *in absentia*.

Brad Kitchner, pálido, nervioso y un poco ridículo con traje y corbata, se acercó al estrado, formuló las observaciones que llevaba preparadas, aunque con el orden equivocado, y se conformó con anunciar que esperaban poder contar con electricidad a primeros de septiembre.

Esta noticia fue recibida con tantas aclamaciones que él recuperó la suficiente confianza en sí mismo para concluir su discurso con solemnidad e incluso pavonearse un poco al abandonar el estrado.

Le siguió Chad Norris, que abordó el tema de la forma correcta: estaban enterrando a los muertos por razones de decoro e higiene y ninguno de ellos se sentiría tranquilo hasta que el trabajo concluyese. Si lo conseguían antes de la estación otoñal de las lluvias, tanto mejor. Solicitó un par de voluntarios, y hubiera reclutado tres docenas de haberlo querido. Terminó pidiendo a los miembros de la brigada de la pala (como él les llamaba) que se pusieran en pie uno por uno y saludaran a los presentes.

Harold se levantó brevemente. Hubo personas que abandonaron la asamblea comentando que era un muchacho despierto y también muy modesto. En realidad, Nadine le había estado susurrando al oído y temía hacer algo más que saludar. La bragueta le abultaba por una inoportuna erección.

Cuando Norris abandonó el estrado, le reemplazó Ralph Bretner, quien les comunicó que por fin tenían un médico, y pidió a George Richardson que se levantara. Entre fuertes aplausos, Richardson hizo la señal de la paz con ambas manos alzadas y los aplausos se trocaron en aclamaciones. Después Norris añadió que, por lo que sabía, se les unirían otras sesenta personas en los dos días siguientes.

–Bueno, éste es el último punto del orden del día –manifestó Stu, y recorrió con la vista al público –. Quisiera que Sandy DuChiens volviera a subir y nos dijera cuántos somos. Pero antes, ¿desea alguien añadir algo más?

Aguardó. Podía distinguir a Glen entre la multitud, y a Sue Stern, Larry, Nick y, por supuesto, Frannie. Todos estaban un poco tensos. Si alguien tenía la intención de tocar el tema de Flagg, de preguntar al comité qué hacía al respecto, ése era el momento indicado. Pero se hizo el silencio. Al cabo de quince segundos, Stu dejó la asamblea en manos de Sandy, quien puso fin al acto. Al ver salir a la gente, Stu pensó: Bueno, hemos vuelto a librarnos.

Diversas personas se acercaron para felicitarle después de la asamblea, una de ellas el nuevo médico.

–La ha llevado usted de maravilla, alguacil –se congratuló Richardson.

Stu estuvo a punto de mirar por encima de su hombro para saber a quién se refería. De inmediato reaccionó y sintió miedo. ¿Alguacil, él? Era un impostor.

Un año, dijo para sí, un año y basta. Pero aún sentía temor.

---

Stu, Fran, Sue Stern y Nick regresaron juntos al centro de la ciudad, haciendo resonar los zapatos sobre la acera a medida que atravesaban el campus de la Universidad de Colorado en dirección a Broadway. Otras personas los seguían, conversando en voz baja, en dirección a sus respectivas casas. Eran casi las once y media.

–Hace frío –comentó Fran –. Ojalá hubiera traído la chaqueta, además del jersey.

Nick asintió. Él también tenía frío. Las noches de Boulder eran siempre frescas, pero aquella no superaba los diez grados. Les recordó que ese verano extraño y atroz se acercaba a su fin. No era la primera vez que lamentaban que el dios, o la musa o lo que fuera madre Abigail, no hubiera preferido Miami o Nueva Orleans. Pero, bien mirado, no habría sido una buena idea. Mucha humedad, lluvias torrenciales... y montones de cadáveres. Al menos Boulder tenía un clima seco.

–Me morí de miedo cuando propusieron al juez para la comisión de justicia –comentó Stu.  
– Debimos haberlo previsto.

Frannie asintió, y Nick anotó en un bloc: «Desde luego. La gente echará de menos a Tom & Dayna, 2. Fax de la vida.»

–¿Crees que desconfiarán, Nick? –inquirió Stu.

Nick asintió y escribió: «Se preguntarán si se fueron al Oeste.»

Todos se quedaron pensativos mientras Nick sacaba el encendedor y quemaba el papel.

–Esto es una contrariedad –murmuró al fin Stu –. ¿De verdad lo crees así?

–Claro, tiene razón –dijo Sue con tono sombrío –. ¿Qué otra cosa pueden pensar? ¿Que el juez Farris se fue a Far Rockaway para montar en la montaña rusa?

–Ha sido una suerte que esta noche no haya surgido la cuestión de qué ocurre en el Oeste –comentó Fran.

Nick escribió: «Desde luego. La próxima vez tendremos que agarrar el toro por los cuernos. Por eso quiero aplazar la siguiente asamblea lo más posible. Quizá tres semanas. ¿El 15 de septiembre?

–Podemos resistir hasta entonces si Brad consigue poner en marcha la electricidad –opinó Sue.

–Creo que lo logrará –dijo Stu.

–Me voy a casa –informó Sue –. Mañana será un día duro. Dayna se marcha, y la acompañaré hasta Colorado Springs.

–¿No te parece arriesgado, Sue? –preguntó Fran.

Ella se encogió de hombros.

–Menos para ella que para mí.

–¿Cómo lo tomó? –preguntó Fran.

–Bueno, es una chica bastante especial. En la universidad era una atleta. Su fuerte eran el tenis y la natación, pero practicaba todos los deportes. Iba a una pequeña universidad de Georgia, y durante los dos primeros años siguió manteniendo relaciones con su amigo del instituto. El era uno de esos machos con chaqueta de cuero, tipo yo-Tarzán-tú-Jane, de modo que ve a la cocina y limpia los cacharros. Después, su compañera de habitación, que era una activa militante feminista, la llevó a un par de reuniones.

–Y la consecuencia fue que ella se hizo más feminista que la compañera –aventuró Fran.

–Primero feminista, después lesbiana –respondió Sue.

Stu frunció el entrecejo. Frannie lo miró con disimulada hilaridad.

–Vamos, esplendor en la hierba –se burló –, ¿qué te sorprende?

Stu sonrió.

–Mandó a paseo a su troglodita –continuó Sue –. El quiso pegarle, pero ella lo tumbó. Dice que ése fue el momento crucial de su vida. Me confesó que siempre había sabido que era más fuerte y ágil que su amigo; lo sabía *intelectualmente*, pero necesitó hacerlo para demostrarlo.

–¿Eso significa que odia a los hombres? –preguntó Stu.

Susan negó con la cabeza.

–Ahora es bi.

–¿Bi? –repitió Stu.

–Bisexual. Le gustan los dos sexos, Stuart. Y espero que no presiones al comité para que dicte leyes sobre comportamiento sexual.

–Ya tengo suficientes preocupaciones como para investigar quién se acuesta con quién –repuso y todos rieron –. Sólo lo he preguntado porque no quiero que nadie tome esto como una cruzada. Lo que necesitamos allí son observadores, no guerrilleros. Se trata de un trabajo de comadreja, no de león.

–Ella lo sabe –respondió Susan –. Fran me ha preguntado cómo lo tomó cuando le pedí que fuera allí. Lo encajó muy bien. Me recordó que si nos hubiéramos quedado con aquellos hombres..., ¿recuerdas cómo nos encontraste, Stu?

Él asintió.

–Si nos hubiéramos quedado con ellos habríamos aparecido muertas o en el Oeste, ya que es hacia donde se dirigen... al menos cuando estaban sobrios para ver las señales de la carretera. Me dijo que había estado preguntándose cuál era su lugar en la zona, y que suponía que su lugar era quedarse fuera de ella. Y dijo que... intentaría regresar –concluyó Sue.

El resto de lo que le había dicho Dayna Jurgens quedaría entre ellas dos, y ni siquiera los otros miembros del comité lo sabrían. Dayna se iba al Oeste con un cuchillo de veinticinco centímetros ceñido al brazo. Cuando doblaba la muñeca con fuerza, el resorte saltaba y le

crecía un sexto dedo de veinticinco centímetros y con doble filo. Le parecía que la mayoría de ellos (los hombres) no lo habrían entendido.

–Si es un dictador poderoso, quizá sea lo único que les cohesiona –había dicho Dayna –. Si muere, es posible que empiecen a aniquilarse entre sí. Y ése puede que sea el fin de su imperio. Si consigo acercarme a él, Susie, más le valdrá encomendarse a su diablo guardián.

–Te matarán, Dayna.

–Es posible. Tal vez valga la pena, si tengo el placer de destriparlo.

Susan no intentó disuadirla. Se conformó con arrancarle la promesa de que se atendería al plan inicial a menos que se le presentara una oportunidad perfecta. Dayna había aceptado y Sue no creía que a su amiga se le presentara esa oportunidad. Flagg debía de estar muy bien custodiado. Aun así, durante los tres días posteriores Sue Stern había estado preocupada y apenas había podido pegar ojo.

–Me voy a la cama –dijo ahora –. Buenas noches, chicos.

Se alejó, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora de campaña.

–Parece envejecida –comentó Stu.

Nick escribió y tendió el bloc a ambos. Había escrito: «Todos lo parecemos.»

A la mañana siguiente, Stu se dirigía a la central eléctrica cuando vio a Susan y Dayna enfilar Canyon Boulevard en sendas motos. Las saludó y ellas se detuvieron. Nunca había visto a Dayna más hermosa. Llevaba el cabello recogido con un pañuelo de seda verde, vestía una cazadora de cuero crudo, vaqueros y camisa blanca. Atado en la parte trasera de la moto había un saco de dormir enrollado.

–¡Stuart! –gritó, y lo saludó con la mano, sonriendo.

¿Lesbiana?, pensó él incrédulo.

–Tengo entendido que sales de viaje –dijo.

–Sí. Y no has ido a despedirte de mí.

–Lo siento. ¿Fumas?

Dayna cogió un Marlboro y lo encendió en la cerilla que él le ofrecía.

–Ten cuidado, cariño.

–Lo tendré.

–Y vuelve.

–Espero hacerlo.

Se miraron. Era una radiante mañana de finales de verano.

–Tú cuida de Frannie, camarada.

–Lo haré.

–Y tómate con calma la tarea de alguacil.

–Descuida.

Dayna tiró el cigarrillo.

–¿En marcha, Susie?

Susan asintió y puso la moto en marcha con una sonrisa forzada.

–Dayna.

Ella lo miró, y Stu la besó suavemente en los labios.

–Buena suerte.

La chica sonrió.

–Para desearme de verdad buena suerte, tienen que ser dos. ¿No lo sabías?

Stu volvió a besarla, esta vez más despacio y profundamente.

¿Lesbiana?, volvió a preguntarse.

–Frannie es una mujer afortunada –dijo Dayna –, y puedes decírselo.

Stu sonrió sin saber qué contestar. Dos manzanas más arriba, uno de los pesados camiones anaranjados de la brigada de enterramientos retumbaba en el cruce como ave de mal agüero. El encanto se rompió.

–En marcha –dijo Dayna –. ¡Arriba el ánimo, exploradores!

Stu las observó desde el bordillo mientras se alejaban.

Sue Stern volvió dos días después. En Colorado Springs había contemplado la partida de Dayna hasta que ella no fue más que un puntito que se confundía con el inmenso paisaje. Luego había llorado.

La primera noche, Sue había acampado en las afueras de Monument, y se despertó al alba, asustada por un débil gemido que parecía provenir de una alcantarilla que discurría por debajo del camino de la granja cercana. Haciendo acopio de todo su coraje, dirigió la luz de la linterna hacia el interior del tubo ondulado y descubrió un cachorro flaco y tembloroso. Parecía tener unos seis meses. El animal rehuyó el contacto de su mano y ella no podía introducirse en el estrecho tubo. Por fin, fue a Monument, forzó la puerta de la tienda de comestibles local y regresó, con las primeras luces de la aurora trayendo la mochila llena de comida para perros. Esto dio resultado y el cachorro regresó con ella cómodamente acurrucado en una alforja de la moto.

Dick Ellis se quedó extasiado al ver el cachorro. Era una hembra de setter irlandés, al parecer de pura raza. Cuando creciera, a *Kojak* le gustaría hacerle la corte. La noticia se divulgó por la Zona Libre, y aquel día el tema de la madre Abigail quedó relegado por la excitación despertada por los Adán y Eva caninos. Susan Stern se convirtió en una especie

de heroína, y por lo que sabía el comité, nadie se había preguntado qué hacía Susan esa noche en Monument, tan al sur de Boulder.

Pero lo que recordaba Stu era la mañana que las dos habían salido de Boulder en dirección a la autopista Denver-Boulder. Porque ningún habitante de la zona volvió a ver a Dayna Jurgens.

El 27 de agosto, poco antes de anochecer, Venus brillaba en el cielo y Nick, Ralph, Larry y Stu se hallaban sentados en los escalones de la casa de Tom Cullen.

Tom estaba en el césped, profiriendo gritos de júbilo y lanzando bolas de croquet a través de una hilera de aros.

«Ha llegado el momento», escribió Nick.

En voz baja, Stu preguntó si volverían a hipnotizarlo, y Nick negó con la cabeza.

–Estupendo –dijo Ralph –. No me siento con ánimo de hacerlo.

Elevó el tono de voz y llamó a Tom, que se acercó a la carrera, sonriendo.

–Tommy, ha llegado el momento de partir –le comunicó Ralph.

La sonrisa de Tom vaciló. Pareció notar que estaba oscureciendo.

–¿Partir? ¿Ahora? ¡Cielos, no! Cuando oscurece Tom se va a la cama. A Tom no le gusta salir de noche. Por los fantasmas. Tom... –Se interrumpió.

Los demás lo miraron inquietos. Salió de su trance, pero no de la forma habitual. No fue una animación súbita, un estallido de vida, sino un proceso lento y casi penoso.

–¿Hacia el Oeste? –preguntó –. ¿Significa ese momento?

Stu apoyó una mano en el hombro.

–Sí, Tom.

–En camino.

Ralph gimió y se dirigió a la parte posterior de la casa. Tom no pareció notarlo. Miraba alternativamente a Stu y Nick.

–Caminar de noche. Dormir de día. –Muy lentamente, en la penumbra, agregó: –Y ver el elefante.

Nick asintió.

Larry trajo la mochila de Tom del lugar donde había permanecido, al lado de la escalera. Tom se la calzó en los hombros

–Deberás tener cuidado, Tom –le recomendó Larry.

–Cuidado. Cielos, sí.

Stu se preguntó si hubieran debido entregarle también una tienda de campaña individual; pero descartó la idea. Tom se habría hecho un lío intentando montarla.

–Nick –murmuró Tom –, ¿tengo que hacerlo?

Nick le rodeó los hombros con un brazo y asintió.

–De acuerdo.

–No te apartes de la carretera principal de cuatro carriles, Tom –le indicó Larry –. La que está marcada con el número setenta. Ralph te llevará en su moto hasta el punto de partida.

–Sí, Ralph me llevará.

Hizo una pausa. Ralph había regresado desde la parte posterior de la casa y se secaba los ojos con el pañuelo de cuello.

–¿Estás listo, Tom? –preguntó con voz ronca.

–¿Nick? ¿Esta será aún mi casa cuando regrese?

Nick asintió.

–A Tom le gusta mucho su casa. Cielos, sí.

–Lo sabemos, Tommy.

Stu tragó saliva.

–Muy bien. Estoy listo. Ralph me llevará.

–Bien –respondió Ralph –. Por la carretera setenta, ¿recuerdas?

Tom asintió y se encaminó hacia la moto de Ralph.

Este le siguió al cabo de un momento, sintiendo un peso en los anchos hombros. Hasta la pluma de su sombrero parecía alicaída. Montó en la moto y la puso en marcha. Avanzaron por Broadway. Los demás permanecieron inmóviles, observando cómo se reducían a una silueta recortada contra el crepúsculo purpúreo y marcada por la luz difuminada del faro. Luego, la luz desapareció detrás de la mole del Holiday Twin Drive-in y se perdió de vista.

Nick se alejó, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Stu intentó acompañarle; pero Nick negó con la cabeza y le hizo un ademán de que se marchara. Stu volvió a reunirse con Larry, el cual dijo:

–Punto final.

Stu asintió apesadumbrado.

–¿Crees que volveremos a verlo, Larry?

–Si no es así, nosotros (excepto Fran, que nunca fue partidaria de enviarlo) tendremos que vivir el resto de nuestras vidas con ese peso en la conciencia.

–Nick más que nadie –añadió Stu.

–Sí, por supuesto.

Miraron a Nick, que caminaba despacio Broadway abajo entre las sombras que le iban envolviendo. Entonces volvieron la vista en silencio y, durante un minuto, contemplaron la casa de Tom, a oscuras.

–Vámonos de aquí –exclamó Larry –. Al pensar en todos esos animales disecados he sentido un escalofrío.

Cuando se fueron, Nick regresó al césped de la casa de Tom Cullen y se quedó con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

George Richardson, el nuevo médico, se había instalado en el Dakota Ridge Medical Center, porque estaba cerca del hospital de Boulder, dotado de equipamiento y suficientes reservas de medicamentos.

El 28 de agosto estaba ya en plena actividad, con Laurie Constable y Dick Ellis como ayudantes. Este último había solicitado permiso para abandonar el ejercicio de la medicina, pero le fue denegado.

–Estás haciendo un buen trabajo –le había dicho Richardson –. Has aprendido mucho y aprenderás aún más. Además, yo solo no podría con todo. Tendremos problemas si no conseguimos otro médico dentro de un par de meses. Así que te felicito, Dick, eres el primer practicante de la zona. Dale un beso, Laurie.

Laurie lo besó.

Alrededor de las once de aquella mañana de finales de agosto, Fran entró en la sala de espera y miró alrededor con cierto nerviosismo. Laurie estaba detrás del mostrador de recepción, leyendo un ejemplar del *Ladie's Home Journal*.

–Hola, Fran –la saludó mientras se ponía en pie –. Sabía que tarde o temprano te veríamos por aquí. George está con Candy Jones, pero enseguida te atenderá. ¿Cómo te encuentras?

–Bastante bien, gracias –contestó Fran –. Supongo que...

Se abrió la puerta de un gabinete de consulta y salió Candy Jones, seguida por un hombre alto, ancho de espaldas, con pantalones de pana y una camiseta con el emblema del caimán Izod en el pecho. Candy miraba con recelo un frasco con líquido rosáceo que sostenía en la mano.

–¿Está seguro de que es eso? –preguntó a Richardson dubitativa –. Nunca lo había tenido, y pensaba que estaba inmunizada.

–Bien, pues no lo está, y ahora lo ha contraído –contestó George con una sonrisa amable –. No olvide los baños de almidón y, en el futuro, manténgase alejada de la mala hierba.

–Jack tiene el mismo problema. ¿El también ha de venir?

–No; pero pueden tomar los baños de almidón en familia.

Candy asintió y entonces vio a Fran.

–Hola, Frannie ¿Cómo estás?

–Bien. ¿Y tú?

–Fatal. –Candy levantó el frasco para que Fran leyese la palabra CALANDRIL en la etiqueta. – Hongos. Y no te imaginas dónde me han atacado. –Su rostro se iluminó –. Pero seguro que sí te imaginas dónde atacó a Jack.

La vieron salir, bastante divertidos. Entonces George dijo:

–Señorita Goldsmith, ¿verdad? Del comité de la Zona Libre. Encantado de conocerla.

Ella le tendió la mano para que se la estrechara.

–Lámeme Fran, por favor, o Frannie.

–Muy bien, Frannie. ¿Cuál es el problema?

–Estoy embarazada. Y muy asustada. –Sin añadir más, se echó a llorar.

George le pasó un brazo por los hombros.

–Laurie, te necesitaré dentro de cinco minutos.

–Muy bien, doctor.

Richardson la hizo pasar al consultorio y le ayudó a tenderse en la camilla tapizada de negro.

–Bueno, bueno... ¿Por qué esas lágrimas? ¿Por los mellizos de la señora Wentworth?

Frannie asintió desolada.

–Fue un parto difícil, Fran. La madre era una fumadora empedernida, y los niños nacieron con muy poco peso, incluso para mellizos. El alumbramiento se produjo a últimas horas de la tarde y de improviso. No tuve oportunidad de realizar una autopsia. Algunas mujeres de nuestro grupo están cuidando a Regina Wentworth. Confío en que saldrá del estado de confusión mental en que se encuentra. Pero lo único que puedo decir por ahora es que esos bebés tenían dos factores en contra desde el principio. La causa de su muerte pudo ser cualquiera.

–Incluyendo la supergripe.

–Sí. Incluyéndola.

–De modo que se trata de esperar y ver qué ocurre. –Diablos, no. Ahora mismo le voy a practicar un examen prenatal completo. Pienso controlar paso a paso a cualquier mujer que quede embarazada o que ya lo esté. La General Electric tenía un lema: «El progreso es nuestro producto más importante.» En la Zona Libre, los bebés son el producto más importante, y les dispensaremos un trato acorde.

–En realidad no sabemos nada.

–Ya. Pero debes levantar el ánimo, Fran.

–De acuerdo. Lo intentaré.

Llamaron a la puerta y entró Laurie. Le entregó un formulario al doctor y éste empezó a hacerle preguntas a Fran sobre su historial clínico.

Una vez realizado el examen, George entró en la habitación contigua. Laurie se quedó con ella mientras se vestía.

Cuando se estaba abrochando la blusa, Laurie dijo con voz serena:

–Te envidio, ¿sabes?, a pesar de la incertidumbre. Dick y yo hemos intentado como locos engendrar un hijo. Es gracioso... Yo era de las que solían llevar la chapa POBLACIÓN CERO. Se refería a crecimiento de población cero, pero cuando pienso en ello ahora siento escalofríos. Oh, Frannie, el tuyo será el *primero*, y sé que todo irá bien. Tiene que ir bien.

Fran sonrió y asintió, sin ganas de recordarle a Laurie que el suyo no sería el primero.

El primero habían sido los mellizos de la señora Wentworth.

Y habían muerto.

–Muy bien –dijo George media hora después.

Fran arqueó las cejas.

–El bebé está muy bien.

Fran cogió un kleenex y lo apretó con fuerza.

–Lo sentí moverse... pero de eso hace tiempo. Y desde entonces nada. Temía...

–Está vivo; pero dudo que notases que se movía. Lo más probable es que se tratara de gases intestinales.

–Era el niño –insistió Fran sin inmutarse.

–Bueno, fuera lo que fuera, en adelante se moverá mucho más. Nacerá la primera quincena de enero.

–Estupendo.

–¿Comes bien?

–Creo que sí. Me esfuerzo por comer.

–¿Tienes náuseas?

–Las tuve al principio.

–Bien. ¿Haces ejercicio?

Por un instante se vio, como en una pesadilla, cavando la tumba de su padre. Parpadeó. Aquélla había sido otra vida.

–Sí, bastante.

–Has aumentado de peso, ¿no?

–Unos tres kilos.

–Está bien, puedes aumentar seis más. Hoy me siento generoso.

Ella sonrió.

–El médico es usted.

–Mi especialidad era la obstetricia, así que estás en buenas manos. Sigue el consejo de tu médico y llegarás lejos. En cuanto a bicicletas, motos y ciclomotores, prohibidos hasta el quince de noviembre. No fumas ni bebes en exceso, ¿verdad?

–No.

–Si quieres tomar una copa alguna que otra vez, no me parece mal. Te recetaré un suplemento vitamínico que encontrarás en cualquier farmacia.

Frannie se echó a reír y George sonrió extrañado.

–¿He dicho algo gracioso?

–Dadas las circunstancias...

–Ya. Bueno, al menos ya nadie se quejará de que los medicamentos sean caros, ¿no? Una última pregunta, Fran. ¿Te han colocado alguna vez un dispositivo intrauterino, un DIU?

–No.

–Muy bien. Esto es todo. –Se puso en pie –. No voy a decirte que no te preocupes...

–No –contestó ella, y la risa había desaparecido de su expresión –. No lo diga.

–Pero te pido que reduzcas la preocupación al mínimo. La ansiedad de la madre puede producir desequilibrios glandulares. Y eso no es bueno para el bebé. No soy partidario de recetar sedantes a las embarazadas. No obstante, si crees que...

–No será necesario –le interrumpió Fran.

Al salir y encontrarse con el cálido sol del mediodía comprendió que la segunda mitad de su embarazo estaría marcada por el recuerdo de los mellizos desaparecidos de la señora Wentworth.

El 29 de agosto llegaron tres grupos, uno con veintidós miembros, el otro con dieciséis y el tercero con veinticinco. Sandy DuChiens visitó a los siete componentes del comité para comunicarles que la Zona Libre contaba ahora con más de mil habitantes.

Boulder ya no parecía una ciudad fantasma. El día 30 por la noche, Nadine Cross se encontraba en el sótano de la casa de Harold, observándole inquieta.

Cuando Harold estaba haciendo algo que no suponía una perversión sexual con ella, parecía recluírse en su rincón privado donde Nadine no podía ejercer ningún control sobre él. Mientras estaba allí, parecía frío y desdeñoso, con ella y consigo mismo. Lo único que no se alteraba era el odio que sentía por Stuart Redman y los otros miembros del comité.

En el sótano había un juego de hockey de mesa, y Harold trabajaba sobre la superficie perforada del tablero. Tenía un libro y estudiaba el esquema que había en una de sus páginas, después miraba el artefacto en el que estaba trabajando, y a continuación hacía algún retoque. Junto a su mano derecha, estaban colocadas ordenadamente las herramientas de su moto Triumph. Sobre el tablero de hockey se acumulaban pequeños fragmentos de cable.

–Deberías ir a dar un paseo –dijo Harold sin levantar la vista.

–¿Por qué? –preguntó ella.

Las facciones de Harold estaban tensas y serias. Nadine comprendía por qué sonreía tanto: cuando dejaba de hacerlo parecía loco. Sospechaba que *estaba* loco, o que le faltaba poco.

–Porque no sé cómo puede reaccionar esta dinamita –contestó Harold.

–¿Qué quieres decir?

–La dinamita vieja suda, cariño –dijo, y la miró; Nadine vio que tenía el rostro bañado en sudor, como para confirmar sus palabras –. *Transpira*, para ser más exacto. Y lo que transpira es nitroglicerina pura, una de las sustancias explosivas más inestables del mundo. De modo que, si es vieja, existen muchas posibilidades de que este pequeño proyecto estalle y nos envíe a la cima del Flagstaff, y de allí al país de Oz.

–Tampoco hace falta ser tan pedante para decirlo.

–Nadine, encanto...

–¿Qué?

Harold la miró impasible.

–Cierra tu jodido pico.

Ella lo hizo, pero no salió a dar un paseo, aunque le hubiera gustado. Seguro que si era la voluntad de Flagg (y la tablilla le había dicho que Harold era el instrumento del que se valía Flagg para eliminar al comité), la dinamita no sería vieja. Y aunque lo fuera, no explotaría hasta la hora señalada... ¿O no? ¿Hasta qué punto Flagg controlaba los acontecimientos?

Bastante, pensó ella, los controla bastante. Pero no estaba segura y se sentía nerviosa. Había vuelto a su casa. Joe se había ido, esta vez para siempre. Y había ido a ver a Lucy, y soportado su fría acogida para enterarse de que, desde que ella se había ido a vivir con Harold, Joe (Lucy le llamaba Leo) había experimentado una «ligera regresión». Era obvio que la culpaba también de eso... Pero, si de Flagstaff Mountain se desprendiera una avalancha, o un terremoto partiera en dos Pearl Street, Lucy también la haría responsable de esas catástrofes.

Claro que pronto habría muchas calamidades que serían atribuidas a ella y a Harold. De todas formas, se había quedado muy desilusionada por no poder ver a Joe, ni darle un beso de despedida. Harold y ella ya no se quedarían mucho tiempo en la Zona Libre.

No importa, se dijo, será mejor que te desentiendas de él por completo, ahora que te has embarcado en esta aventura escabrosa. Sólo conseguirías hacerle daño, y probablemente

---

también te lo harías a ti misma, porque Joe, ve cosas y sabe cosas. Es mejor que deje de ser mamá Nadine. Que vuelva a ser Leo para siempre.

Pero la paradoja implícita era inexorable: ella no creía que a ninguno de los habitantes de la zona les quedara más de un año de vida, y esto incluía al chico. *Él* no quería que vivieran...

Harold no es su único instrumento, se dijo. También yo lo soy. Yo, que una vez dije que el pecado imperdonable en el mundo posterior a la epidemia era el asesinato, la eliminación de una sola vida humana.

De pronto, deseó que la dinamita fuera vieja, que estallara y acabara con ellos dos. Un final piadoso. Luego pensó en lo que ocurriría después de que ellos cruzaran las montañas. Notó el conocido ardor viscoso en su vientre.

–Listo –murmuró Harold con serenidad.

Había depositado el artefacto en una caja de zapatos que dejó a un lado.

–¿Ya está?

–Sí.

–¿Funcionará?

–¿Quieres comprobarlo?

Sus palabras eran sarcásticas, pero a ella no le importó. Los ojos de Harold la recorrían con aquella expresión ávida, sinuosa e infantil que ella había aprendido a reconocer. Harold había regresado de aquel lugar lejano donde había escrito el diario que ella había leído y que después había vuelto a guardar en su escondite habitual, la loseta suelta de la chimenea. Ahora podía manejarlo. Ahora su charla era sólo eso: charla.

–¿Quieres mirarme mientras me masturbo? –le propuso –. ¿Como anoche?

–Sí.

–Entonces vayamos arriba –le dedicó un pestañeo –. Yo subo primero.

–Sí –contestó él con voz ronca; tenía gotas de sudor en la frente, pero ya no eran producto del miedo –. Ve delante.

Ella empezó a subir y supuso que él espiaría por debajo de su sucinta falda. No llevaba bragas.

La puerta se cerró. El aparato fabricado por Harold quedó dentro de la caja de zapatos, en la penumbra, junto a un walkie-talkie alimentado por una batería encontrada en una tienda de radios de segunda mano. Y tenía conectados ocho cartuchos. El libro seguía abierto. Procedía de la Biblioteca Pública de Boulder y se titulaba *65 inventos galardonados en la Feria Nacional de Ciencias*. El esquema mostraba un timbre doméstico conectado a un walkie-talkie parecido al de la caja de zapatos. El epígrafe rezaba: «Tercer Premio Nacional de Ciencias 1977. Fabricado por Brian Ball, de Rutland, Vermont. ¡Pronuncie la palabra y el timbre sonará a veinte kilómetros!»

Esa noche, unas horas más tarde, Harold volvió a bajar al sótano, tapó la caja de zapatos y, con sumo cuidado, la transportó arriba. La depositó en el estante superior de un armario de

---

la cocina. Ralph Bretner le había dicho esa tarde que el comité de la Zona Libre invitaría a Chad Norris a que presentara un informe en la próxima asamblea. «¿Cuándo será eso?», había preguntado Harold con la mayor naturalidad. «El dos de septiembre», contestó Ralph.

*El 2 de septiembre.*

57

Larry y Leo estaban sentados en el bordillo, frente a la casa. Larry bebía una cerveza Hamm, y Leo una naranjada de lata. En esos días, en Boulder se podía beber cualquier cosa que a uno le apeteciera, siempre que se hallase enlatada y a uno no le importase tomarla tibia. Desde el fondo, llegaba el traqueteo continuo de la cortadora de césped que Lucy estaba utilizando. Larry se había ofrecido a hacer el trabajo, pero Lucy se había negado. «Si puedes, averigua qué le pasa a Leo», le había pedido.

Era el último día de agosto.

Al día siguiente del traslado de Nadine a casa de Harold, Leo no había aparecido a la hora del desayuno. Larry lo encontró en calzoncillos y con el pulgar en la boca. Se mostró poco comunicativo y hostil. Larry se asustó más que Lucy, porque ella no sabía cómo era Leo cuando él lo encontró. Entonces se llamaba Joe, y llevaba un cuchillo de matarife.

Ya había pasado casi una semana, y Leo estaba un poco mejor, pero no había recuperado todo el terreno perdido y se negaba a hablar de lo ocurrido.

–Esa mujer tiene algo que ver con esto –había dicho Lucy mientras ajustaba la tapa del depósito de la cortadora.

–¿Qué te hace pensar tal cosa?

–No quería mencionarlo, pero el otro día estuvo aquí, mientras Leo y tú os hallabais de pesca en Cold Creek. Quería ver al chico. Me alegré de que no estuvierais.

–Lucy...

Ella le besó con suavidad y él le dio un pellizco cariñoso en el mentón.

–Te juzgué mal –dijo Lucy –. Supongo que siempre me lo reprocharé. Pero nunca podré sentir simpatía por Nadine Cross. Hay algo inquietante en ella.

Larry no contestó. Pensó que Lucy quizá tenía razón. Aquella noche en King Sooper se había comportado como una desquiciada.

–Hay otro detalle. Cuando llegó no le llamaba Leo, sino Joe.

La miró sin comprender mientras ella volvía a poner la cortadora en marcha.

Ahora, media hora después de aquella conversación, bebía su Hamm y observaba cómo Leo hacía botar la pelota de ping pong que había encontrado el día en que ambos fueron a casa de Harold, donde ahora vivía Nadine.

La pelota blanca estaba sucia pero no abollada. *Toc, toc, toc*, sonaba sobre el pavimento. Aquel día Leo (ahora era Leo, ¿no?) no había querido entrar en casa de Harold.

La casa donde vivía mamá Nadine.

–¿Quieres que vayamos a pescar, chico? –le sugirió Larry.

–No hay peces –contestó Leo, y miró a Larry con aquellos extraños ojos verdemar –. ¿Conoces al señor Ellis?

–Claro que sí.

–Dice que podremos beber el agua cuando vuelvan los peces. Beberla sin... –Emitió un silbido y agitó los dedos delante de los ojos –. Ya sabes.

–¿Sin hervirla?

–Sí.

*Toc, toc, toc.*

–Me gusta Dick. Y también Laurie. Siempre me dan algo de comer. El teme que no puedan, pero yo creo que sí podrán.

–¿Qué podrán?

–Tener un niño. Dick teme ser demasiado viejo. Pero yo no creo que lo sea.

Larry se disponía a preguntar cómo Leo y Dick habrían abordado ese tema; pero se contuvo. La respuesta, por supuesto, sería que no habían hablado de ello. Dick no hubiera hablado con un niño de una cuestión tan delicada como concebir un hijo. Leo se había enterado, sencillamente.

*Toc, toc, toc.*

Sí, Leo sabía las cosas, o las intuía. No quiso entrar en la casa de Harold y dijo algo sobre Nadine... No recordaba qué... Pero sí recordaba la discusión y le sorprendió saber que Nadine se había ido a vivir con Harold. Había sido como si el chico estuviera en trance, como si...

*(toc–toc–toc)*

Larry miró cómo botaba la pelota y de pronto fijó la vista en Leo. Sus ojos se habían oscurecido y tenía la mirada perdida. El ruido de la cortadora de césped se había reducido a un zumbido sordo y soporífero. El día era radiante y cálido. Y Leo volvía a estar en trance, como si hubiera leído el pensamiento de Larry y respondiera a él.

Con toda naturalidad, Larry dijo:

–Sí, yo pienso que pueden engendrar un hijo. Dick no parece tener más de cincuenta y cinco años. Cary Grant tuvo uno cuando tenía casi setenta.

–¿Quién es Cary Grant? –preguntó Leo.

La pelotita seguía botando.

–¿No lo sabes? –preguntó a Leo.

–Era un actor, hizo *Encadenados* y *Con la muerte en los talones* –contestó Leo sin dejar de botar la pelota.

---

–Así es, Leo –aprobó Larry –. ¿Cómo está mamá Nadine?

–Ella me llama Joe. Para ella soy Joe.

–Oh.

Un escalofrío recorrió la espalda de Larry.

–Está mal. Los dos están mal.

–Nadine y...

–Sí, él.

–¿No son felices?

–El los ha embaucado. Creen que los quiere.

–¿Él?

–Él

La palabra quedó flotando en la plácida atmósfera estival.

*Toc-toc-toc.*

–Se irán al Oeste –dijo Leo.

–Vaya –musitó Larry y se quedó helado. ¿Quería de verdad seguir oyendo? Era como ver la lápida de una tumba en un cementerio silencioso de la que asomaba una mano...

Sea lo que sea, no quiero oírlo, no quiero saberlo, se dijo.

–Mamá Nadine quiere creer que tú eres culpable –continuó Leo – de haberla empujado a los brazos de Harold. Es como si él estuviera desgastando la parte del cerebro de Nadine que distingue el bien del mal. La está corroyendo poco a poco, y cuando haya desaparecido estará tan loca como toda la gente del Oeste. Aún más loca, quizá.

–Leo... –murmuró Larry.

–Ella me llama Joe –precisó el chico –. Para ella soy Joe.

–¿Quieres que yo te llame Joe? –pregunto Larry dubitativo.

–No –exclamó él con tono de súplica –. No, por favor.

–Echas de menos a mamá Nadine, ¿verdad, Leo?

–Ella está muerta –contestó con escalofriante sencillez.

–¿Por eso estuviste fuera hasta tan tarde aquella noche?

–Sí.

–Pero ahora hablas.

–Os tengo a ti y a mamá Lucy para hablar.

–Sí, por supuesto...

–¡Pero no para siempre! –exclamó Leo –. ¡No para siempre, a menos que hables con Frannie! ¡Habla con Frannie, por favor!

–¿Sobre Nadine?

–¡No!

–¿De qué entonces? ¿De ti?

Leo elevó el tono de voz, que se hizo aún más estridente.

–¡Todo está escrito! ¡Tú lo sabes! ¡Frannie lo sabe! ¡Habla con ella!

–El comité...

–¡El comité no! Él no os ayudará, no ayudará a nadie, es el sistema antiguo, *él* se ríe de vuestro comité, porque es el sistema antiguo y los sistemas antiguos son débiles, tú lo sabes, Frannie lo sabe, si habláis entre vosotros podréis...

Leo lanzó la pelota con fuerza, que botó por encima de su cabeza, cayó y se alejó rodando. Larry la siguió con la vista. Tenía la boca seca y el corazón le palpitaba con fuerza.

–Se me ha caído la pelota –dijo Leo, y corrió a buscarla.

Larry permanecía sentado observándolo.

Frannie, pensó.

Los dos estaban sentados en el borde de un murete balanceando los pies. Faltaba una hora para que oscureciera y unas pocas personas paseaban por el parque, algunas de ellas cogidas de la mano.

La hora de los niños es también la hora de los amantes, pensó Fran de forma incoherente. Larry acababa de explicarle todo lo que Leo había dicho durante su trance, y eso daba vueltas en su mente como un torbellino.

–¿Qué opinas? –preguntó Larry.

–No sé qué pensar –dijo ella en voz baja –, excepto que no me gusta nada de lo que está ocurriendo. Sueños visionarios. Una anciana que es la voz de Dios durante un tiempo y después desaparece en el bosque. Y ahora un niño que da la impresión de tener el don de la telepatía. Es como vivir en un cuento de hadas. A veces pienso que la supergripe nos dejó vivir pero nos enloqueció.

–Leo dijo que debía hablar contigo. Y lo estoy haciendo.

–Se halla escrito –murmuró Fran –. El chico tiene razón. Creo que ahí se encuentra la clave del problema.

Si no hubiera sido tan estúpida, tan engreída como para escribirlo todo... ¡maldita sea!

Larry la miró atónito.

–¿De qué estás hablando?

–Se trata de Harold –respondió, –y lamento no habérselo dicho a Stu. Me sentía avergonzada. Llevar un diario era tan... estúpido... y ahora a Stu... a Stu le gusta Harold... a todos los de la Zona Libre les gusta Harold, incluido tú. –Dejó escapar una risita que contrastaba con el llanto –. Al fin y al cabo, era tu guía espiritual, ¿no?

–No sigo muy bien el hilo de todo esto –admitió Larry –. ¿Puedes decirme de qué tienes miedo?

–El caso es que no lo sé. –Lo miró con lágrimas en los ojos –. Te diré lo que pueda, Larry. Tengo que desahogarme con alguien, el cielo sabe que ya no puedo guardármelo por más tiempo. Y Stu quizá no sea la persona que tenga que oírlo. Al menos la primera.

–Adelante, Fran.

Ella se lo explicó, empezando por aquel día de junio que Harold entró por el camino particular de su casa de Ogunquit al volante del Cadillac de Roy Brannigan. Mientras hablaba, las últimas luces del día se transformaron en sombras violáceas. Las parejas del parque empezaron a marcharse, y apareció la luna. En el bloque de pisos del otro extremo de Canyon Boulevard se habían encendido algunas luces de gas. Ella le habló de la inscripción en el techo del granero y le explicó que estaba durmiendo cuando Harold se jugó la vida para grabar el nombre de ella en la parte inferior. Le comentó su encuentro con Stu en Fabyan, y la reacción de rechazo de Harold ante Stu. También le reveló el descubrimiento de la huella dactilar de Harold en el diario de ella. Cuando terminó, eran más de las nueve y se oía el canto de los grillos. Permanecieron callados y Fran esperó, no sin aprensión, a que Larry hablara. Pero él parecía abstraído en sus pensamientos.

Por fin, preguntó:

–¿Estás segura de que la huella dactilar corresponde a Harold?

Fran sólo tuvo un instante de vacilación.

–Sí, en cuanto la vi supe que era de Harold.

–Ese granero donde él grabó la inscripción... –prosiguió Larry –. ¿Recuerdas que la noche en que nos conocimos te dije que yo había subido? ¿Y que Harold había grabado sus iniciales en una viga?

–Sí.

–No fueron sólo las tuyas. También incluyó las tuyas. Dentro de un corazón. Como un adolescente enamorado lo haría sobre su pupitre de la escuela.

–Menudo lío –comentó ella con voz ronca.

–Tú no eres responsable de los actos de Harold Lauder, cariño –le cogió la mano y la apretó con fuerza; luego la miró a los ojos –. No puedes cargarlos sobre tu conciencia, porque si lo hicieras... –Aumentó tanto la presión que se hizo dolorosa, pero su voz seguía siendo suave –. Si lo hicieras, perderías la cabeza. Ya es bastante difícil responder de los propios actos, no digamos de los ajenos.

Larry le soltó la mano y permanecieron en silencio durante unos momentos.

–¿Piensas que Harold siente un odio mortal hacia Stu? –preguntó él por fin –. ¿Crees que de verdad es tan profundo?

–Sí –contestó ella –. Y quizá también hacia todo el comité. Pero no sé qué...

Él apoyó la mano en su hombro, interrumpiéndola. La postura de Larry había cambiado en la oscuridad, sus pupilas se habían dilatado, y movía los labios en silencio.

–Larry, ¿qué...?

–Cuando él bajó –musitó Larry –, lo hizo para buscar un sacacorchos o algo parecido.

–¿Qué?

Volvió la cabeza muy despacio, como si estuviera montada sobre un perno oxidado.

–Tal vez haya una manera de resolver este enigma –dijo –. No puedo garantizarlo, pero... Harold lee tu diario y no sólo descubre un secreto, sino que se le ocurre una idea. Diablos, incluso pudo haberse sentido celoso de que se te ocurriera antes. Los mejores escritores escribían su diario, ¿no?

–¿Me estás diciendo que Harold lleva un diario?

–Cuando bajó al sótano, el día que llevé el vino, eché un vistazo por la sala. Me dijo que pensaba decorarla con cromados y cuero, y quería imaginarme cómo quedaría. Entonces vi una loseta suelta en la chimenea...

Hubo una pausa.

–¡Sí! –exclamó ella en voz tan alta que Larry se sobresaltó –. El día en que entré en la casa y llegó Nadine Cross me senté en la chimenea, y recuerdo esa loseta suelta. –Volvió a mirar a Larry –. Otra vez lo mismo. Es como si algo nos arrastrara por la nariz, como si nos guiara...

–Una coincidencia –comentó él, pero parecía inquieto.

–¿De veras? Los dos estuvimos en casa de Harold, los dos nos dimos cuenta de la loseta suelta, y ahora los dos estamos aquí. ¿Es una coincidencia?

–No lo sé.

–¿Qué había debajo de la loseta?

–Un libro mayor –contestó muy despacio –. Al menos eso ponía en la tapa. No lo abrí. En ese momento pensé que podía haber pertenecido al anterior propietario de la casa. Pero ¿Harold no lo habría encontrado? Tú y yo notamos la loseta suelta. Así que supongamos que lo encuentra. Aunque el tipo que vivió allí antes de la epidemia lo hubiese llenado de secretos inconfesables (las cantidades que defraudaba al fisco, las fantasías sexuales con su hija, qué sé yo), esos secretos no hubieran sido de Harold. ¿Comprendes?

–Sí, pero...

–No interrumpas mientras el inspector Underwood saca conclusiones, cabecita hueca. De modo que, si no contaba secretos de Harold, ¿por qué volver a guardarlo debajo de la loseta? Lo guardó porque es suyo.

–¿Crees que sigue allí?

–Tal vez. Lo mejor será ir a comprobarlo.

–¿Ahora?

–Mañana. Él saldrá a trabajar con la brigada de la pala, y Nadine por la tarde suele colaborar en las tareas de la central eléctrica.

–De acuerdo. ¿Crees que debo decírselo a Stu?

–¿Por qué no esperamos? No tiene sentido armar un revuelo, a menos que tengamos la seguridad de que se trata de algo importante. El libro puede haber desaparecido, o podría no contener nada más que una lista de tareas a realizar. Puede estar lleno de anotaciones inocentes, o ser un ideario de sus principios políticos. O estar escrito en clave.

–No se me había ocurrido. ¿Qué haremos si contiene algo... comprometedor?

–Supongo que tendremos que plantearlo ante el comité. Es otro de los motivos por los que debemos darnos prisa. Nos reuniremos el dos de septiembre. El comité decidirá lo que haya que hacer.

–¿Tú crees?

–Sí, pienso que sí –respondió Larry. Pero también pensaba en lo que le había dicho Leo sobre el comité.

Fran se deslizó lentamente al suelo desde el borde del murete.

–Me siento mejor. Gracias por haber venido, Larry.

–¿Dónde nos encontraremos?

–En el pequeño parque que hay enfrente de la casa de Harold. Mañana a la una de la tarde.

–Estupendo. Hasta entonces.

Frannie volvió a casa más tranquila de lo que había estado durante las últimas semanas. Como había dicho Larry, ahora las alternativas eran muy claras. El diario podía demostrar que sus temores eran infundados. En caso contrario, sería un asunto del comité. Como Larry le había recordado, éste se reuniría el 2 de septiembre por la noche, en casa de Nick y Ralph, casi al final de Baseline Road.

Al llegar a casa, Stu estaba sentado en el dormitorio con un rotulador en una mano y un grueso volumen con tapas de piel en la otra. Sobre la cubierta se leía el título en letras doradas: *Introducción al Código Penal de Colorado*.

–Una lectura pesada –comentó ella, y le besó en los labios.

El lanzó el libro, que aterrizó sobre el tocador con un ruido sordo.

–Lo ha traído Al Bundell. Él y su Comité de Justicia están en plena actividad, Fran. Quiere hablar ante el Comité de la Zona Libre cuando nos reunamos pasado mañana. ¿Qué has estado haciendo, encanto?

–Hablando con Larry Underwood.

---

La miró fijamente por unos momentos.

–Fran, ¿has estado llorando?

–Sí –contestó ella mirándole a los ojos –. Pero me siento mucho mejor.

–¿Se trata del niño?

–No.

–¿De qué, pues?

–Te lo diré mañana por la noche. Te lo explicaré todo. Hasta entonces nada de preguntas, ¿de acuerdo?

–¿Es algo serio?

–No lo sé, Stu.

Él la contempló.

–Muy bien, Frannie. Te quiero.

–Lo sé. Y yo también te quiero.

–¿Nos vamos a la cama?

Ella sonrió.

–Te echo una carrera.

El primer día de septiembre amaneció gris y lluvioso, un día como tantos otros, pero ningún residente de la Zona Libre lo olvidaría. Fue el día en que la electricidad volvió a la parte norte de Boulder, al menos fugazmente.

A las doce menos diez del mediodía, en la sala de controles de la central eléctrica, Brad Kitchner miró a Stu, Nick, Ralph y Jack Jackson. Sonrió con nerviosismo y dijo:

–Ave María, llena eres de gracia, ayúdame a superar esta prueba.

Bajó con un movimiento enérgico dos grandes interruptores. En el enorme recinto cavernoso que se extendía a sus pies, dos generadores de pruebas empezaron a chirriar. Los cinco hombres se acercaron al ventanal de cristal polarizado que se extendía de pared a pared, y miraron hacia abajo, donde se había concentrado casi un centenar de hombres y mujeres, equipados con gafas protectoras por orden de Brad.

–Si hemos cometido algún error, prefiero que estallen dos a que lo hagan cincuenta y dos – les había dicho antes Brad.

Los generadores chirriaron con más fuerza.

Nick tocó a Stu con el codo y le señaló el techo de la sala. Stu levantó la vista y esbozó una sonrisa. Detrás de los paneles translúcidos, los tubos fluorescentes comenzaban a encenderse, aunque de forma débil. Los generadores se fueron activando poco a poco, produjeron un zumbido agudo y constante y se estabilizaron. Abajo, los trabajadores prorrumpieron en clamorosos aplausos. Algunos con una mueca de dolor, debido a sus manos, callosas y llagadas de enroscar alambre de cobre hora tras hora.

---

Los fluorescentes habían alcanzado ya su intenso brillo característico.

Nick experimentó una sensación opuesta a la que había sentido en Shoyo, al apagarse las luces: no de entierro sino de resurrección.

Los dos generadores suministraron corriente a un sector de la parte norte de Boulder, en la zona de North Street. Allí había mucha gente que desconocía la prueba de aquella mañana, y varias personas se quedaron boquiabiertas.

En los televisores aparecieron refulgentes cataratas de nieve. En una casa de Spruce Street, una batidora volvió a la vida, intentando amalgamar una mezcla de huevo y queso hacía tiempo coagulada. El motor de la batidora no tardó en sobrecalentarse y se quemó. Una sierra eléctrica despertó en un garaje desierto, expulsando serrín de sus entrañas. Los quemadores de las cocinas se pusieron incandescentes. Marvin Gaye empezó a cantar por los altavoces de una tienda de discos llamada Museo de Cera. La letra que acompañaba a la música sincopada parecía un sueño remoto que acabara de renacer: *Bailemos / gritemos / hay que mover el cuerpo / bailemos / gritemos...*

En Maple Street estalló un transformador y despidió una pintoresca lluvia de chispas que se extinguieron sobre el césped húmedo.

En la central eléctrica, uno de los generadores empezó a rechinar más agudamente, y despedía humo. Los trabajadores retrocedieron asustados. El recinto se llenó del olor dulzón y repugnante del ozono, y sonó un timbre de alarma.

–¡Ha subido demasiado! –rugió Brad –. ¡El hijo de puta se ha pasado! ¡Se está sobrecargando!

Cruzó corriendo la sala y volvió a accionar ambos interruptores. El chirrido de los generadores empezó a disminuir, pero no antes de que se oyera un estallido, seguido de gritos amortiguados por el cristal de seguridad, procedentes de abajo.

–¡Mierda! –exclamó Ralph –. Uno de ellos está ardiendo.

Sobre sus cabezas, los tubos se fueron convirtiendo en núcleos de luz mortecina hasta apagarse por completo. Brad abrió bruscamente la puerta de la sala de control y salió al rellano. Su voz resonó en el amplio espacio abierto.

–¡Rociadlo con espuma! ¡Rápido!

Los hombres dirigieron varios extintores hacia el generador y sofocaron el fuego. El olor del ozono seguía flotando en el aire, y los otros se apiñaron en el rellano junto a Brad.

Stu apoyó una mano en el hombro de Brad.

–Lamento que haya terminado así, amigo –le dijo.

Brad se volvió, sonriente.

–¿Lo lamentas? ¿Por qué?

–Bueno, se ha encendido, ¿no? –preguntó Jack.

–¡Sí, claro que sí! Y en algún tramo de North Street hay un transformador calcinado. ¡Lo habíamos olvidado, maldita sea! ¡Cayeron enfermos y murieron, pero no se molestaron en

---

desconectar sus aparatos eléctricos antes de irse al otro barrio! En todo Boulder hay televisores, hornos eléctricos y neveras encendidos. Un colosal consumo de electricidad. Estos generadores están programados para interconectarse cuando hay una sobrecarga en un lugar y poca carga en otro. Ese de ahí abajo trató de interconectarse, pero los demás estaban inactivos, ¿comprendes?

Brad se hallaba excitadísimo.

—¡Gary! ¿Recordáis cómo Gary, en Indiana, quedó reducido a cenizas?

Los demás asintieron.

—No podemos estar seguros, nunca lo estaremos; pero lo que ha ocurrido aquí pudo haber ocurrido allá. Quizá el corte de electricidad no fue lo bastante rápido. Una manta eléctrica pudo haber bastado en las circunstancias oportunas, igual que en el caso de la vaca de la señora O'Leary, de Chicago, que coceó una farola. Estos aparatos intentaron interconectarse en el vacío. Así que ardieron. Hemos tenido suerte de que ocurriera, podéis estar seguros.

—Si tú lo dices —contestó Ralph no muy convencido.

—Tenemos que repetir el trabajo, pero sólo con este motor. Pondremos manos a la obra. Pero... —Brad había empezado a chasquear los dedos con nerviosismo—. Pero no vamos a arriesgarnos a volver a activar la corriente hasta que estemos seguros. ¿Podría disponer de otro equipo de trabajo? ¿Unos doce hombres?

—Supongo que sí —contestó Stu—. ¿Para qué?

—Un grupo de desactivación. Personas que recorrerán Boulder para apagar todo lo que quedó encendido. No pienso volver a conectar hasta que esta tarea se haya realizado. Carecemos de brigada de incendios, amigo.

Brad emitió una risita nerviosa.

—Mañana por la noche tenemos una reunión del comité de la Zona Libre —dijo Stu—. Ve y explica para qué quieres a esos hombres, y los tendrás. ¿Estás seguro de que la sobrecarga no volverá a producirse?

—Sí, segurísimo. Hoy no habría sobrevenido si no se hubieran quedado tantos aparatos encendidos. Por cierto, alguien debería ir a North Boulder y comprobar si está ardiendo.

Nadie sabía si Brad hablaba en serio o en broma. Después resultó que se habían producido varios incendios de poca importancia, la mayoría por recalentamiento de aparatos domésticos. Ninguno de ellos llegó a mayores gracias a la llovizna. El 1 de septiembre de 1990 habría de ser recordado por la gente como la fecha en que se restableció el servicio eléctrico. Aunque sólo durante treinta segundos.

Una hora después, Frannie pedaleaba en su bicicleta por el Eben G. Fine Park, delante de la casa de Harold. En el extremo del parque, justo al otro lado de las mesas de picnic, discurría Boulder Street. La llovizna de la mañana se había transformado en bruma.

Miró alrededor buscando a Larry, no lo vio, y aparcó la bici. Anduvo sobre la hierba, todavía húmeda, en dirección a los columpios. Una voz dijo:

—Estoy aquí, Frannie.

---

Con un sobresalto, miró en dirección al edificio que alberga los servicios de damas y caballeros y, por un instante, sintió miedo. Veía la sombra de un hombre alto en el pasadizo que separaba las dos dependencias. Temió que...

Entonces la silueta se adelantó. Era Larry, vestido con unos vaqueros desgastados y una camisa color caqui. Fran se tranquilizó.

–¿Te he asustado? –preguntó.

–Sí, un poco.

Se sentó en uno de los columpios y recobró su ritmo cardíaco habitual.

–Es que sólo percibí una sombra...

–Lo siento. He pensado que sería más prudente, aunque desde la casa de Harold este rincón no se ve. He comprobado que también has venido en bicicleta.

Ella asintió.

–Es más silenciosa.

–He dejado la mía escondida en ese cobertizo.

Indicó con la cabeza una construcción sin puertas y de techo bajo cercana al parque de juegos.

Frannie acudió a buscar la suya, esquivó los columpios y el tobogán y la metió en el cobertizo. El olor era rancio y fétido. Imaginó que el lugar había sido un refugio para quienes eran demasiado jóvenes o estaban demasiado borrachos para conducir. El suelo estaba lleno de colillas y botellas de cerveza. En un rincón vio unas bragas arrugadas, y en otro los residuos de una fogata. Dejó la bicicleta junto a la de Larry y volvió a salir rápidamente. Entre las sombras, aspirando el olor almizclado de sexo consumado hacía ya tiempo, resultaba demasiado fácil imaginar al hombre oscuro acechando a sus espaldas, con una percha retorcida en la mano.

–Un picadero frecuentado, ¿verdad? –comentó Larry.

–No parece un sitio muy agradable –respondió Fran con un ligero escalofrío –. Larry, sea cual sea el resultado de lo que nos traemos entre manos, quiero explicárselo todo a Stu esta noche.

Larry asintió.

–Sí, y no sólo porque es miembro del comité, sino porque también es el alguacil.

Fran le miró, preocupada. Por primera vez se daba cuenta de que aquella incursión podía enviar a Harold a la cárcel. Iban a introducirse en su casa clandestinamente.

–Menudo lío –comentó ella.

–¿Quieres desistir?

Fran lo pensó un momento y después negó con la cabeza.

–Muy bien. Creo que tenemos que asegurarnos.

–Sí. Esta mañana vi a Harold conduciendo uno de los camiones de la brigada de entierros. Y todos los miembros del comité de energía han sido convocados a la prueba.

–¿Y ella ha ido?

–De no hacerlo, llamaría la atención, ¿no te parece?

Fran reflexionó y después hizo un gesto afirmativo.

–Supongo que sí. Por cierto, Stu dijo que esperan que la mayor parte de la ciudad vuelva a tener electricidad el día seis.

–Será un día memorable –comentó Larry.

Y pensó lo agradable que sería acomodarse en el Shannon's o en el Broken Drum con una guitarra Fender y un amplificador y tocar algo, cualquier cosa, con tal de que fuera sencillo y rítmico, a todo volumen. *Gloria*, tal vez, o *Walking the Dog*. Sí, cualquier cosa, menos *Baby, Can You Dig Your Man?*

–Quizá debiéramos tener una excusa preparada, por si acaso –susurró ella.

Larry sonrió con sorna.

–¿Dirás que vendemos suscripciones a una revista si nos sorprenden?

–Muy gracioso.

–Bueno, pues en el caso de que ella esté, podríamos decirle que hemos venido a comunicarle la noticia del regreso de la electricidad.

Fran asintió.

–Sí, eso suena razonable.

–No te engañes, Fran. A ella le parecería sospechoso aunque viniéramos a comunicarle que ha aparecido Cristo y se está paseando por el embalse.

–Si es culpable de algo.

–Sí, claro, si es culpable.

–Vamos –apremió Fran –. Adelante.

No hubo necesidad de ninguna excusa. Llamaron a la puerta principal y después a la trasera, hasta convencerse de que la casa de Harold se hallaba vacía. Por suerte, pensó Fran, ya que cuanto más pensaba en la excusa que habían inventado, menos creíble le parecía.

–¿Cómo entraste? –preguntó Larry.

–Por la ventana del sótano.

Rodearon la casa y Larry tiró de la ventana mientras Fran montaba guardia. Pero no consiguió abrirla.

–Tú pudiste hacerlo; pero ahora tiene echado el cerrojo.

–Será que está atascada. Déjame probar.

Fran no tuvo mejor suerte. Después de su primera visita clandestina, Harold la había cerrado a cal y canto.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó ella.

–Forzaremos la entrada.

–El se dará cuenta, Larry.

–Bueno. Si no tiene nada que ocultar, pensará que han sido los chiquillos que se han entretenido en romper ventanas de casas vacías. Y si oculta algo, se asustará y lo tendrá bien merecido. ¿No te parece?

Ella lo miró con escepticismo, pero no lo detuvo cuando se quitó la camisa, la enrolló alrededor del puño y rompió el cristal de la ventana. Los trozos de vidrio resonaron en el interior. Larry tanteó en busca del cerrojo.

–Aquí está.

Lo recorrió y la ventana se abrió. Larry se introdujo por el hueco; luego volvió para ayudar a Fran.

–Con cuidado, nena, nada de abortos en el sótano de Harold Lauder, por favor.

La agarró por las axilas y la bajó despacio. Exploraron juntos el cuarto de juegos. Los palos de croquet estaban empinados como centinelas. Sobre la mesa de hockey se veían montones de pequeños fragmentos de cable eléctrico coloreado.

–¿Qué es esto? –dijo ella –. Antes no estaban aquí.

–Quizá Harold esté fabricando una ratonera mejor.

Debajo de la mesa había una caja de cartón y Larry la levantó. En la tapa se leía: WALKIE-TALKIE – AUTÉNTICO EQUIPO DE LUXE. PILAS NO INCLUIDAS. La abrió, pero por el peso ya intuía que estaba vacía.

–Fabrica walkie-talkies, no ratoneras –comentó Fran.

–No, éste no era un equipo para montar. Es un modelo que se compra ya hecho. Quizá estuvo haciendo algún cambio. Muy propio de Harold. ¿Recuerdas que Stu se lamentó de la mala recepción cuando Harold y Ralph y él salieron a buscar a madre Abigail?

Ella asintió, pero aquellos trozos de cable la intrigaban.

Larry dejó caer la caja al suelo e hizo una afirmación que más adelante sabría había sido la más errónea de su vida.

–No tiene importancia –concluyó –. Sigamos.

Subieron la escalera, pero esta vez la puerta estaba cerrada con llave. Ella lo miró, y Larry se encogió de hombros.

–Si hemos llegado hasta aquí...

Fran asintió.

---

Larry empujó la puerta con el hombro para tantear la resistencia del cerrojo y después embistió con fuerza. Se oyó un chasquido metálico, un impacto contra el suelo, y la puerta se abrió. Larry se agachó y recogió del linóleo de la cocina una pieza del cerrojo.

–Volveré a montar este chisme y él no se dará cuenta, si encuentro un destornillador.

–¿Para qué molestarse? Ya verá la ventana rota.

–Es cierto, pero si el cerrojo está en su sitio... ¿Por qué sonríes?

–Muy bien, vuelve a colocarlo. Y ahora dime cómo volverás a correrlo desde el interior del sótano.

Larry estudió el problema y exclamó.

–¡Caray! No hay nada que odie más que una mujer meticulosa. –Y arrojó el cerrojo sobre la mesa de fórmica de la cocina –. Veamos qué hay debajo de la loseta de la chimenea.

Entraron en la sala en penumbra y Fran sintió que la invadía la ansiedad. La vez anterior Nadine no poseía llave. Esta vez, si regresaba, la tendría. Y los pillaría con las manos en la masa. Sería tragicómico que el primer trabajo de Stu, en su condición de alguacil, consistiera en arrestar a su mujer por allanamiento de morada.

–Es ésa, ¿verdad? –preguntó Larry, indicando con el dedo.

–Sí. Apresúrate.

–Lo más probable es que lo haya cambiado de sitio.

Así lo había hecho Harold. Pero Nadine volvió a colocarlo debajo de la loseta suelta. Larry y Fran nada sabían de estas maniobras. Cuando el primero apartó la loseta, quedó al descubierto el libro mayor con su cubierta en letras doradas. Ambos lo contemplaron. De repente la habitación parecía más calurosa, sofocante y oscura.

–Bueno –concluyó Larry –. ¿Vamos a admirarlo o a leerlo?

–Tú –respondió ella –. Yo no quiero ni tocarlo. Él lo sacó del hueco y sacudió de la tapa el polvillo blanco de la piedra. Empezó a hojearlo al azar. Harold había empleado un rotulador de fibra, de aquellos que se habían comercializado con la agresiva marca Hardhead (cabeza dura). Así, había podido escribir con letra menuda, perfecta, la grafía de un hombre muy puntilloso, quizá obsesivo. No había puntos y aparte. Sólo quedaba un pequeñísimo margen a derecha e izquierda, pero era constante, tan recto que podría haber sido trazado con una regla.

–Necesitaría tres días para leer todo esto –comentó Larry, mientras volvía al principio del libro.

–Espera.

Pasó la mano por encima del brazo de él para volver un par de hojas. Allí la compacta riada de palabras se interrumpía para dejar paso a un espacio cuadrado. El texto parecía una especie de lema:

Seguir la propia estrella implica reconocer el poder de una Fuerza superior, de una Providencia. ¿Pero no es posible que el acto de seguirla sea la raíz de un Poder aún mayor? Vuestro DIOS, vuestro DIABLO, posee las llaves del faro. He estado reflexionando mucho acerca de esto durante los últimos dos meses; pero ha sido conferida a cada uno de nosotros la responsabilidad de la NAVEGACIÓN.

HAROLD EMERY LAUDER

–Lo siento –dijo Larry –. No lo entiendo. ¿Y tú?

Fran negó con la cabeza.

–Supongo que Harold quiere expresar que ser seguidor de una causa puede ser tan honorable como liderarla. Aunque, como lema, no creo que pase a la historia.

Larry siguió volviendo páginas, y encontró otras cuatro o cinco máximas recuadradas, todas ellas con el nombre de Harold al final, escrito en mayúsculas.

–¡Caray! –exclamó Larry –. ¡Lee esto, Frannie!

Se dice que los dos grandes pecados del hombre son el orgullo y el odio. ¿Lo son? Yo prefiero pensar que son las dos grandes virtudes. Renunciar al orgullo y el odio supone cambiar por el bien del mundo. Asumirlos es más noble, significa que el mundo tiene que cambiar por tu bien. He emprendido una gran aventura.

HAROLD EMERY LAUDER

–Esto es producto de una mente alterada –diagnosticó Fran, y sintió un escalofrío.

–Es la filosofía que nos ha metido en este embrollo –convino Larry, y pasó las páginas con rapidez hacia atrás –. Estamos perdiendo el tiempo, veamos qué conclusión podemos sacar de todo esto.

Ni uno ni otro sabía con exactitud qué podía esperar. No habían leído ningún pasaje del diario excepto los recuadros y una o dos frases sueltas que, debido al estilo enrevesado de Harold, poco revelaban.

Lo que vieron al inicio del diario les produjo una gran conmoción. El libro empezaba con un número 1 dentro de un círculo. Había un sangrado, el único de todo el texto, por lo que Fran había podido apreciar, aparte de los que daban paso a los lemas en recuadro. Leyeron la primera frase sosteniendo el volumen entre los dos como niños en clase de canto. Fran lanzó un « ¡Oh!» con voz débil, y retrocedió un paso, cubriéndose la boca con la mano.

–Fran, tenemos que llevarnos este diario.

–Sí...

–Y mostrárselo a Stu. No sé si Leo está en lo cierto cuando asegura que se hallan enrolados en el bando del hombre oscuro, pero Harold, como mínimo, está peligrosamente perturbado. Ya lo ves.

–Sí –repitió ella.

Se sentía débil, a punto de desfallecer. De modo que así terminaba la historia de los diarios. Era como si ella lo hubiera sabido, como si lo hubiese comprendido desde el momento en que vio la huella del pulgar pringoso, y necesitó repetirse varias veces que no debía desmayarse.

–¿Fran? ¿Frannie? ¿Estás bien?

Sintió la voz de Larry como si se hallara muy lejos.

La primera frase del diario de Harold: «Mi gran placer de este delicioso verano posapocalíptico consistirá en matar a Stuart, *Picha de Perro* Redman. Y quizá también a ella.»

–¿Ralph? ¿Ralph Bretner? ¿Estás en casa? Iuuu–juuu, ¿hay alguien?

Se encontraba en la escalera, mirando hacia la casa. No se veía ninguna moto en el patio, y sólo un par de bicicletas en la parte lateral. Ralph la habría oído, pero debía contar con el mudo. El sordomudo. Podías desgañitarte gritando y él no te contestaría, aunque estuviese dentro.

Nadine se cambió la bolsa de mano, tanteó la puerta y vio que estaba abierta. Entró, dejando atrás la bruma que empezaba a caer. Se encontró en un pequeño recibidor. Cuatro escalones más arriba estaba el área de la cocina, y otro tramo de escalera conducía al sótano, donde, según Harold, Andros tenía su apartamento. Con su mejor sonrisa, bajó, preparando una excusa por si Nick estuviera allí.

«He entrado porque pensé que no te enterarías si llamaba. Algunos de nosotros queremos saber si se trabajará por la noche para reparar los motores que explotaron. ¿Brad te ha comentado algo?»

Abajo sólo había dos habitaciones: un dormitorio austero como una celda monacal, y un estudio. Un escritorio, una silla, una papelería y una biblioteca. El escritorio se hallaba tapizado de hojitas de papel, y Nadine les echó un vistazo. La mayoría de ellas no le revelaron nada, y supuso que eran las intervenciones de Nick en una conversación («supongo que sí, pero ¿no podríamos preguntarle si puede hacerse de forma más sencilla?», decía una de ellas). Otras daban la impresión de ser notas para sí mismo, apuntes, reflexiones. Algunas le recordaron los recuadros del diario de Harold, lo que él denominaba con sarcasmo «pautas para una vida mejor».

Una decía: «Hablar con Glen sobre el comercio. ¿Hay alguien entre nosotros que sepa cómo empieza el comercio? Escasez de bienes, ¿no? ¿O el acaparamiento de un producto? Técnicas. Ésta puede ser una palabra clave. ¿Qué ocurriría si Brad Kitchner decidiera vender en vez de regalar? ¿O el médico? ¿Con qué le pagaríamos? Hummm.»

Otra: «La protección de la comunidad es un arma de doble filo.»

---

Una tercera: «Cada vez que hablamos de la ley, por la noche tengo pesadillas y sueño con Shoyo. Lo veo morir. Veo cómo Childress arroja su sopa de un extremo a otro de la celda. La ley, la ley... ¿Qué vamos a hacer con la maldita ley? La pena capital. Esta sí es una idea divertida. Cuando Brad consiga que volvamos a tener electricidad, ¿cuánto tiempo pasará antes de que alguien le pida que instale una silla eléctrica?»

Dejó las anotaciones de mala gana. Era fascinante leer los papeles de un hombre que sólo podía pensar con lucidez por escrito (un profesor de la universidad solía decir que el proceso intelectual no era completo si no se repetía de viva voz). Nick no estaba en su apartamento. Ni él ni nadie. No era cuestión de entretenerse, ya que correría riesgos innecesarios.

Volvió a subir. Harold le había advertido que seguramente se reunirían en la sala. Se trataba de una habitación enorme, con una mullida alfombra granate y presidida por una chimenea central cuyo tubo atravesaba el techo como una columna de roca. Toda una pared era una cristalera, y permitía ver el magnífico panorama de los Flatirons. Nadine tuvo la impresión de encontrarse en un escaparate. Sabía que la superficie exterior del cristal estaba iodizada, de modo que quien estuviese fuera sólo vería su propia imagen reflejada como en un espejo, pero la sensación psicológica seguía siendo de indefensión total. Quería terminar su trabajo lo antes posible.

En el otro extremo de la habitación halló al fin lo que buscaba: un armario profundo que Ralph no había vaciado. Las ropas colgaban hasta el fondo, y en el rincón más lejano había un montón de botas, calcetines y prendas de lana. Tenía casi un metro de profundidad.

Sacó apresuradamente las provisiones de la bolsa. Eran el camuflaje y sólo formaban una capa superficial. Debajo de las latas de sardinas y tomate concentrado estaban la caja de zapatos con la dinamita y el walkie-talkie.

–Si la pongo en el armario, ¿surtirá el mismo efecto? –había preguntado –. ¿La pared que está al lado no amortiguará la explosión?

–Nadine –había respondido Harold –, si este artefacto funciona, y nada me hace pensar que no sea así, pulverizará la casa y la mayor parte de la ladera circundante. Déjala donde te parezca que pueda pasar inadvertida durante la reunión. Un armario sería lo ideal. La pared a la que está adosado reventará y se convertirá en metralla. Confío en tu criterio, cariño. Se repetirá el viejo cuento del sastre y las moscas. Siete de una vez. Sólo que en este caso se trata de un puñado de cucarachas politizadas.

Nadine abrió un hueco entre las botas y las bufandas, depositó la caja de zapatos, volvió a taparlo y se apartó del armario. Ya estaba hecho. Para bien o para mal.

Abandonó la casa con rapidez, sin mirar atrás, intentando ignorar la voz interior que la exhortaba a volver y arrancar los cables que conectaban los detonadores con el walkie-talkie, aconsejándole desistir antes de que su empresa la condujera a la locura. ¿Acaso no era eso lo que en realidad la aguardaba, quizá antes de que hubieran transcurrido dos semanas? ¿No era la demencia la conclusión lógica y final?

Metió la bolsa de provisiones en el cesto de la Vespa y la puso en marcha. Mientras se alejaba de la casa, la voz no dejaba de repetir: No dejarás eso allí, ¿verdad? No dejarás esa bomba en el armario, ¿verdad?

---

«En un mundo donde ha muerto tanta gente... –se ladeó al tomar una curva, casi sin ver por dónde iba. Las lágrimas habían empezado a empañarle los ojos –, el mayor pecado es matar a un ser humano.»

Esta vez serían siete vidas. No, más, ya que el comité iba a escuchar los informes de los responsables de varias comisiones.

Nadine se detuvo en la esquina de Baseline y Broadway, pensando que daría media vuelta y volvería atrás. Temblaba de pies a cabeza.

Y más tarde nunca pudo explicarle a Harold lo que había ocurrido; lo cierto es que ni siquiera lo intentó. Fue un presagio de los horrores que les reservaba el futuro.

Sintió que un manto negro se desplegaba sobre su visión.

Era como si corrieran lentamente una cortina oscura, mecida y agitada por una suave brisa. Ocasionalmente, la brisa arreciaba, la cortina se zarandeaba con más fuerza, y ella vislumbraba un rayo de luz por debajo, una fracción de aquella encrucijada desierta.

Pero la cortina volvió a impedirle la visión y pronto la rodeó por completo. Estaba ciega, sorda, había perdido el sentido del tacto. El ente pensante, el yo-Nadine, se sumergió en un cálido capullo negro de algo que parecía agua de mar, o líquido amniótico.

Y sintió que él se infiltraba en ella. Un alarido se gestó dentro de su ser, pero no tuvo boca para gritar. *Penetración: entropía.*

No sabía lo que significaban aquellas palabras, al menos colocadas juntas, pero sí sabía que eran correctas. Nunca había sentido nada semejante. Más tarde, se le ocurrieron metáforas para describirlo, pero las descartó una tras otra.

Estás nadando en medio del agua tibia y de pronto te encuentras atrapada en una bolsa de líquido frío y entumecedor.

Te han administrado novocaína y el dentista te extrae una muela, la cual se desprende con un tirón indoloro. Escupes sangre en la bacina blanca. Tienes un boquete en tu organismo; te han perforado. Puedes deslizar la lengua en el agujero donde parte de ti vivía hace un segundo.

Te miras la cara en el espejo. La contemplas durante mucho rato. Cinco, diez, quince minutos. No se permite parpadear. Observas, con una especie de horror intelectual, cómo tu rostro cambia, igual que el de Lon Chaney Jr. en una película del hombre lobo. Te conviertes en una extraña para ti misma, un muerto viviente de tez olivácea, una vampira psicótica de rostro blanquecino y ojos de pez.

No era nada de todo eso, pero tenía elementos de cada una de las cosas.

El hombre oscuro penetró en ella, y *era frío.*

Cuando Nadine abrió los ojos, su primer pensamiento fue que estaba en el infierno.

Él infierno era blanco, la tesis de la antítesis del hombre oscuro. Veía una nada blanca, marfileña, cegadora. Blanco-blanco-blanco. El infierno era blanco, y estaba por todas partes.

Se quedó deslumbrada ante el resplandor –era imposible mirar aquel albor –, fascinada y angustiada, durante varios minutos, antes de darse cuenta de que tenía el manillar de la Vespa entre los muslos, y de que había otro color, el verde, en la periferia de su visión.

Con un movimiento brusco apartó los ojos de su alucinación y miró alrededor. La boca no respondía, temblaba, los ojos estaban desorbitados, el horror la atenazaba. El hombre oscuro la había poseído, Flagg la había poseído, y cuando ella había alcanzado el orgasmo la había desposeído de sus cinco sentidos, de las brechas que la conectaban con la realidad. La había conducido como un hombre podía llevar un coche o un camión. Y la había llevado... ¿adonde?

Volvió a mirar hacia la blancura y vio que era una enorme pantalla blanca de cine al aire libre contra un cielo grisáceo y lluvioso. Al girar la cabeza vio la cafetería. Estaba pintada de un rosa chillón. Un escrito en rotulador en uno de los cristales frontales decía: BIENVENIDO AL HOLIDAY TWIN. ESTA NOCHE ¡DIVIÉRTASE BAJO LAS ESTRELLAS!

La oscuridad la había cegado en el cruce de Baseline y Broadway. Ahora estaba más allá de la calle Veintiocho, casi pasado el extrarradio de... Longmont, ¿no?

Notaba que se hallaba en su interior, en el desván de su mente, como el lodo seco en un adoquín.

Estaba rodeada de postes metálicos que parecían centinelas de varios metros de altura, cada uno equipado con altavoces. Entre la gravilla crecían hierba y diente de león. Nadine tuvo la impresión de que el Holiday Twin no había estado muy concurrido desde mediados de junio. Cualquiera habría adivinado que había sido un verano flojo para el negocio del espectáculo.

–¿Qué hago aquí? –murmuró para sí, pues no esperaba respuesta. Así que el susto fue mayúsculo cuando la obtuvo.

Todos los altavoces cayeron de golpe de sus soportes. El sonido que produjeron parecía el de un cuerpo muerto al caer.

«NADINE», rugieron los altavoces.

Era la voz de él.

Ella se apresuró a taparse los oídos; pero eso no sirvió para silenciar la voz del coloso, que estaba llena de connotaciones de alegría y jocosa lujuria.

«NADINE, NADINE, CÓMO AMO A MI NADINE, MI PERRITO FIEL, MI ADORADA...»

–¡Basta ya! –gritó ella con todas sus fuerzas. Pero su voz no podía competir con la potencia de los altavoces. Sin embargo, por unos instantes la voz calló. Los altavoces caídos la miraban como ocelos de insectos gigantescos.

Nadine apartó poco a poco las manos de las orejas.

Te has vuelto loca, se consoló. Eso es todo. La tensión de la espera, los juegos de Harold... y encima la colocación del explosivo. Ha sido demasiado y has perdido los estribos.

Pero no había perdido el juicio, y ella lo sabía.

La realidad era mucho peor. Como para probarlo, los altavoces rugieron con el tono duro y a la vez condescendiente de un director de escuela que, a través del interfono, riñe a un estudiante por alguna travesura.

«NADINE. ELLOS LO SABEN.»

–Ellos lo saben –repitió ella.

Ignoraba quiénes eran ellos y lo que sabían, pero estaba segura de que era inevitable.

«OS HABÉIS COMPORTADO COMO IMBÉCILES. A DIOS PUEDE GUSTARLE LA IMBECILIDAD. A MÍ NO.»

Las palabras resonaron en el crepúsculo. Sus ropas empapadas se agarraban a su piel, el pelo caía lacio sobre sus pálidas mejillas, y empezó a tiritar.

Imbécil, pensó. Imbécil. Sé lo que significa esa palabra. Creo que significa muerte.

«LO SABEN TODO... MENOS LA CAJA DE ZAPATOS. LA DINAMITA.»

Altavoces por todas partes, que la miraban desde la gravilla, entre matojos enredados por la lluvia.

«¡D AL SUNRISE AMPHITHEATER. QUEDAOS ALLÍ HASTA MAÑANA POR LA NOCHE. HASTA QUE ELLOS SE REÚNAN. Y DESPUÉS HAROLD Y TÚ PODRÉIS VENIR A MÍ.»

Ahora Nadine empezó a sentir una simple y compensatoria gratitud. Habían sido imbéciles... pero se les concedía una segunda oportunidad. Eran lo suficientemente importantes para contar con un trato de favor. Y muy pronto ella estaría con *él*... y entonces se volvería loca, estaba casi segura de ello. Todo lo demás dejaría de importar.

–El Sunrise Amphitheater está demasiado lejos –dijo ella. Sus cuerdas vocales se habían visto afectadas, y se hallaba afónica –. Demasiado lejos para...

¿Para qué?, reflexionó. Oh, ¡claro, para el walkie-talkie! Para la señal de transmisión. Ninguna respuesta.

Los altavoces yacían sobre la gravilla, mirándola. A centenares.

Apretó el embrague de la Vespa y la moto empezó a petardear. El eco le hizo cerrar los ojos. Parecía fuego de metralla. Quería salir de ese horrible lugar, escapar de aquellos altavoces mirones.

Tenía que salir.

Perdió el equilibrio al rodear un cartel de anuncios. Habría sido capaz de controlar el vehículo en una superficie pavimentada, pero la rueda trasera resbaló en la gravilla y cayó. Ella se mordió el labio y se produjo una herida en la mejilla. Se incorporó, con los ojos perdidos y espantados, y continuó adelante. No podía dejar de temblar.

Ya se encontraba en el camino que tomaban los coches para recoger la entrada del cine. La taquilla, que parecía una cabina de peaje de autopista estaba justo enfrente de ella. Iba a salir. Escapaba. Su boca se relajó.

A sus espaldas quedaban centenares de altavoces que volvían de nuevo a la vida, y ahora cantaban, una tonada monótona y horrenda:

«TE ESTARÉ MIRANDO... EN TODOS LOS VIEJOS RINCONES FAMILIARES... QUE MI CORAZÓN AÑORA... TODO EL DÍA...»

Nadine gritó, soltó una grotesca carcajada y a continuación una especie de cacareo.

«HAZLO BIEN, NADINE. HAZLO BIEN, MI PREFERIDA, MI BIEN AMADA.»

Entonces llegó a la carretera y enfiló hacia Boulder a toda marcha, dejando atrás la voz inmaterial y los altavoces... pero llevándolos en su corazón para siempre.

Estaba esperando a Harold en la esquina de la parada de autobuses. Cuando él la vio, su rostro palideció.

–Nadine –dijo.

La cesta del almuerzo cayó de sus manos y se estrelló contra el asfalto.

–Harold –se apresuró a informar ella –, lo saben. Tenemos que...

–Tu cabello, Nadine. Cielos, tu cabello...

Nada más parecía importarle.

–¡Escúchame!

El pareció recuperar la compostura.

–¿Qué ocurre?

–Fueron a tu casa y encontraron el diario. Se lo llevaron.

En el rostro de Harold pugnaban las emociones: ira, espanto, vergüenza. Poco a poco se borraron, y una sonrisa helada volvió a su rostro.

–¿Quiénes?

–No lo sé, y tampoco importa. Fran Goldsmith, de eso estoy segura, y quizá Bateman o Underwood. No lo sé. Pero van por ti, Harold.

–¿Cómo lo sabes? –La agarró bruscamente por los hombros al recordar que ella había vuelto a depositar el diario debajo de la loseta. La sacudió como a una muñeca de trapo, pero Nadine le miró sin acobardarse. Ya se había enfrentado a cosas peores que a Harold Lauder en aquel largo día –. ¿Cómo lo sabes, zorra? –repitió.

–Él me lo dijo.

Harold la soltó.

–¿Flagg? ¿Él te lo dijo? ¿Te ha hablado? ¿Y te hizo eso? –La sonrisa de Harold era espantosa, como la de una calavera.

–¿A qué te refieres?

Estaban junto a unos grandes almacenes. Harold volvió a cogerla por los hombros, y la obligó a mirarse en el escaparate. Nadine contempló su imagen por unos momentos.

Su cabello estaba completamente blanco. No quedaba ni una hebra oscura.

–Vamos –le apremió ella –. Tenemos que marcharnos de la ciudad.

–¿Ahora?

–Cuando oscurezca. Nos esconderemos hasta entonces, y antes de salir recogeremos todo lo necesario para acampar.

–¿Iremos al Oeste?

–Todavía no. Hay que esperar a mañana por la noche.

–Quizá ya no quiera ir –susurró Harold. No dejaba de mirarle el cabello.

Ella cogió su mano y la puso sobre su cabeza.

–Demasiado tarde, Harold.

58

Fran y Larry estaban sentados frente a la mesa de la cocina de la casa de Stu y Fran, tomando café. Abajo, Leo templaba su guitarra, la que Larry le había ayudado a escoger en Earthly Sounds. Era una hermosa Gibson con apliques de madera de cerezo. También le había llevado un tocadiscos a pilas y una docena de álbumes de Folk-blues. Ahora Lucy estaba con él, y Leo interpretaba una imitación asombrosamente fiel del *Backwater Blues* de Dave van Ronk.

*Estuvo lloviendo durante cinco días,  
el cielo se volvió negro como la noche...  
y ahora hay problemas en las marismas.*

Por la arcada que comunicaba con la sala, Fran y Larry veían a Stu, sentado en su sillón favorito, con el diario de Harold abierto sobre las rodillas. Estaba allí desde las cuatro de la tarde. Eran ya las nueve y había oscurecido por completo. No había querido cenar. Ante la mirada vigilante de Frannie, volvió otra hoja.

Abajo, Leo terminó *Backwater Blues* y se produjo una pausa.

–Toca bien, ¿verdad? –comentó Fran.

–Mejor que yo –contestó Larry.

Tomó un sorbo de café.

Desde abajo llegó de repente una melodía conocida que paralizó la mano de Larry con la taza en el aire. Y a continuación la voz de Leo, suave e insinuante, que agregó la letra al ritmo lento, reiterativo:

*Eh nena, he venido aquí esta noche  
y no he venido para discutir,  
sólo quiero que me digas si puedes,  
que me lo digas de una vez y yo entenderé,  
nena, ¿entiendes a tu hombre?  
es un hombre virtuoso.  
Nena, ¿entiendes a tu hombre?*

Larry derramó el café.

–¡Cuidado! –exclamó Fran, y se levantó para ir a buscar un paño de cocina.

–Yo lo haré –dijo él –. Soy un desastre.

–No, quédate donde estás.

Fran trajo un trapo y limpió la mancha.

–Recuerdo esa canción. Tuvo mucho éxito antes de la epidemia. Leo debió de encontrar el disco en el centro.

–Seguramente.

–¿Cómo se llamaba el intérprete?

–No lo recuerdo –contestó Larry –. La música moderna viene y se va con rapidez.

–Sí, pero esta canción era muy conocida –insistió ella mientras retorció el trapo.

–Es curioso cómo a veces tienes algo en la punta de la lengua y no te sale, ¿verdad?

–Sí.

Stu cerró el diario con un golpe seco, y se dirigió a la cocina. La vista de Fran bajó hacia el revólver de Stu, que le colgaba de la cintura. Lo llevaba desde que fue elegido alguacil, y solía bromear con que se pegaría un tiro en el pie. A Fran el chiste no le hacía ninguna gracia.

–¿Qué te parece?– preguntó Larry.

Stu parecía preocupado. Dejó el diario sobre la mesa y se sentó. Fran se dispuso a servirle una taza de café, pero él la rechazó y apoyó una mano en su antebrazo.

–No, gracias, cariño.

Miró a Larry con expresión ausente.

–Lo he leído de punta a cabo y ahora tengo una maldita jaqueca. No estoy acostumbrado. El último libro que leí de un tirón fue aquella historia de conejos, *Watership Down*. Me lo prestó un sobrino mío, me senté a leerlo y...

–Yo también lo leí –dijo Larry –. Un libro estupendo.

–Era la historia de unos conejos que tenían una vida muy cómoda –continuó Stu –. Eran grandes, estaban bien alimentados y vivían siempre en el mismo sitio. Allí fallaba algo, pero no sabían qué era. Al parecer no querían saberlo. Había un granjero...

–Que dejaba la madriguera en paz y sacaba un conejo para la olla cada vez que le apetecía. O quizá los vendía –continuó Larry –. El caso es que era un pequeño criadero.

–Sí. Y había un conejo, *Silverweed*, que componía poemas sobre un alambre refulgente... el lazo que el granjero usaba para cazar los conejos, supongo. El cebo que usaba para atraparlos y estrangularlos. *Silverweed* componía poemas sobre eso. –Meneó la cabeza con aire cansado –. Harold me recuerda a *Silverweed*.

–Harold está enfermo –sentenció Fran.

–Sí. –Stu encendió un cigarrillo –. Y es peligroso.

–¿Qué debemos hacer? ¿Arrestarlo?

Stu dio unos golpecitos sobre el diario.

–Nadine Cross y él planean algo que les haga acreedores a una buena acogida en el Oeste. Pero el diario no explica de qué se trata.

–Menciona a varias personas que no son precisamente de su agrado –añadió Larry.

–¿Lo arrestaremos? –volvió a preguntar Fran.

–No lo sé. Antes quiero consultarlo con el resto del comité. ¿Qué programa tenemos para mañana por la noche, Larry?

–Bueno, la sesión se dividirá en dos partes, asuntos públicos y asuntos confidenciales. Brad quiere hablar de su patrulla de desactivación. Al Bundel presentará un informe preliminar sobre el comité de justicia. Veamos... George Richardson se referirá a las horas de ambulatorio en Dakota Ridge, y acto seguido comparecerá Chad Norris. Después estaremos solos.

–Si le pedimos a Al Bundel que se quede y le ponemos al corriente de lo que ocurre con Harold, ¿existe alguna garantía de que no se irá de la lengua?

–Estoy seguro de que será discreto –contestó Fran,

–Cuánto me gustaría que el juez estuviera aquí. Me entendía bien con ese hombre –comentó Stu nervioso.

Guardaron silencio, pensando en el juez, preguntándose dónde estaría esa noche. De abajo llegaba el sonido de Leo tocando *Sister Kate* al estilo de Tom Rush.

–Pero tendremos que conformarnos con Al. De todas formas, sólo veo dos alternativas. Tenemos que quitarlos de en medio. Pero no quiero meterlos en la cárcel, ¡maldita sea!

---

–¿Cuál es la otra alternativa? –preguntó Larry.

–El destierro –contestó Fran.

Larry se volvió hacia ella. Stu hacía lentos gestos de asentimiento, mirando el cigarrillo.

–¿Expulsarle? –preguntó Larry.

–A él y a ella –contestó Stu.

–¿Pero Flagg los aceptará en esas condiciones? –preguntó Frannie.

–No es asunto nuestro, cariño.

Ella asintió y pensó: Oh, Harold, yo no quería que esto terminara así. Jamás quise que terminara de este modo.

–¿Tenéis idea de lo que se proponen? –preguntó Stu.

Larry se encogió de hombros.

–Necesitarías recabar la opinión de todo el comité, Stu, pero se me ocurren varias.

–¿Por ejemplo?

–Un sabotaje en la central eléctrica. Un atentado contra ti y Frannie. Son dos posibilidades.

Fran tenía un aspecto pálido y decaído.

–Aunque no lo expresa con claridad –prosiguió Larry –, creo que colaboró contigo y con Ralph en la búsqueda de madre Abigail con la esperanza de quedarse a solas contigo y liquidarte.

–Tuvo oportunidad para hacerlo –contestó Stu.

–Quizá se acobardó.

–Basta, por favor –suplicó Frannie.

Stu se levantó y regresó al salón. Allí había una radio de banda ciudadana conectada a una batería Die-Hard. Después de manipularla por unos instantes, se comunicó con Brad Kitchner.

–¡Brad, viejo granuja! Aquí Stu Redman. Escucha, ¿podrías reclutar algunos tipos para que esta noche monten guardia en la central eléctrica?

–Por supuesto –respondió Brad –. ¿Qué ocurre?

–Se trata de una cuestión delicada, Brad. Me ha llegado el rumor de que alguien podría intentar un sabotaje.

Brad soltó una ristra de juramentos.

Stu esbozó una tenue sonrisa en dirección al micrófono.

–Entiendo cómo te sientes. Por lo que sé, el peligro se circunscribe a esta noche y tal vez a la próxima. Después ya no habrá problemas.

Brad contestó que podía reclutar doce hombres de la comisión de energía sin necesidad de andar dos manzanas, y que todos estarían encantados de dar su merecido a cualquier saboteador.

–¿Es otra cabronada de Rich Moffat?

–No, no se trata de Rich. Oye, ya hablaremos. ¿De acuerdo?

–Está bien, Stu. Organizaré la vigilancia.

Stu apagó el aparato de CB y volvió a la cocina.

–La gente acepta que calles todo lo que se te antoja, y esto me asusta, ¿sabéis? El sociólogo calvorota tiene razón. Podríamos comportarnos como reyes si quisiéramos.

Fran le puso una mano sobre la suya.

–Quiero que me prometas una cosa. Y tú también, Larry. Prometed que solucionaréis esto de una vez por todas en la reunión de mañana por la noche. Deseo que este asunto quede zanjado.

–El destierro, sí –murmuró Larry –. No se me había ocurrido, pero quizá sea la mejor solución. Bueno, voy a recoger a Lucy y a Leo y nos vamos a casa.

–Hasta mañana –se despidió Stu.

–Hasta mañana.

El 2 de septiembre, una hora antes del amanecer, Harold estaba en el Sunrise Amphitheater, mirando hacia abajo. La ciudad se hallaba sumergida en un pozo de sombras. Nadine dormía a su espalda en la pequeña tienda de dos plazas que habían cogido al salir de la ciudad, junto con otros útiles de camping.

«Pero volveremos. Montados en carrozas», había dicho.

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón lo dudaba. La oscuridad se cernía sobre él en más de un sentido. Aquellos miserables hijos de puta le habían desposeído de todo: de Frannie, de su amor propio, de su diario y de su esperanza.

El fuerte viento le alborotaba el pelo y hacía resonar la lona tensada de la tienda como si fuera una ráfaga de ametralladora. Nadine gemía en sueños. Era un quejido inquietante. Harold pensó que ella estaba tan dolida como él, quizá más. Los sonidos que articulaba mientras dormía denotaban pesadillas.

No obstante, puedo mantener la cordura. Puedo hacerlo. Y, si consigo llegar con la mente intacta a lo que me aguarde, será fantástico.

Se preguntó si Stu y sus compinches estarían ahora allí, rodeando su casa, esperando a que volviera para arrestarlo y meterlo entre rejas. Pasaría a la historia, si quedaba algún ridículo erudito para escribirla. Bienvenido a los tiempos duros, HALCÓN CAPTURADO, extra, extra, léalo todo sobre el tema. Bueno, pues tendrían que esperar sentados. Había emprendido su aventura; recordaba con claridad a Nadine poniendo su mano sobre el cabello blanco y diciendo: «Demasiado tarde, Harold.»

---

Los ojos de ella le habían recordado los de un cadáver.

–Muy bien –murmuró –. Lo superaremos.

Alrededor y encima de su cabeza el sombrío viento de septiembre silbaba entre los árboles.

La sesión del comité de la Zona Libre se abrió catorce horas más tarde en la sala de la casa que compartían Ralph Bretner y Nick Andros.

Stu, instalado en un sillón, golpeteaba sobre una mesita con su lata de cerveza.

–Muy bien, amigos, será mejor que empecemos.

Glen y Larry se hallaban sentados en el borde curvado de la chimenea central, de espaldas al pequeño fuego que Ralph había encendido. Nick, Susan Stern y Ralph se acomodaron en el sofá. El primero, con su inseparable bolígrafo y su bloc de notas. Brad Kitchner se encontraba junto al marco de la puerta con una lata de Coors en la mano, charlando con Al Bundell, que trasegaba un whisky con soda. George Richardson y Chad Norris se habían instalado junto al ventanal y contemplaban la puesta de sol sobre los Flatirons.

Frannie estaba sentada con la espalda cómodamente apoyada contra la puerta del armario donde Nadine había colocado la bomba. Su bolsa, dentro de la cual se encontraba el diario de Harold, reposaba sobre sus piernas cruzadas.

–¡Orden, orden! –exigió Stu golpeando más fuerte –. ¿Funciona el magnetófono, calvorota?

–Está preparado –contestó Glen –. Y veo que también tu boca se encuentra en forma, tejano.

–La he engrasado un poco y parece que marcha –repuso Stu sonriendo. Y paseó la mirada por las once personas reunidas en el amplio salón comedor –. Bueno, tenemos un largo orden del día, pero antes que nada quiero dar las gracias a Ralph por proporcionarnos techo, alcohol y galletas...

Se está convirtiendo en todo un político, pensó Frannie. Intentó calcular cuánto había cambiado desde el día que Harold y ella lo conocieron. No lo consiguió. Llegó a la conclusión de que acabamos siendo demasiado subjetivos con las personas a las que estamos muy unidas. Pero sabía que, por aquel entonces, Stu se habría sentido intimidado ante la idea de presidir una reunión de una docena de personas... y probablemente hubiera salido disparado si le hablaban de presidir una asamblea de la Zona Libre con más de mil asistentes. En ese momento tenía delante de ella a un Stu que jamás habría existido sin la epidemia.

Te has emancipado, amor mío, pensó. Puedo llorar por los demás y sentirme orgullosa de ti y quererte tanto...

Cambió un poco de postura y se recostó completamente contra la puerta del armario.

–Primero dejaremos que hablen los invitados –propuso Stu –, y después mantendremos una breve reunión a puerta cerrada. ¿Alguna objeción?

No hubo ninguna.

---

–Muy bien –prosiguió Stu –. Cedo la palabra a Brad Kitchner. Y les aconsejo que presten atención porque gracias a él podrán volver a tener hielo para el whisky dentro de tres días.

Esto provocó una ovación espontánea. Ruborizado hasta la raíz del cabello, arreglándose el nudo de la corbata, Brad avanzó hacia el centro de la sala.

–Estoy. De verdad. Muy feliz. De encontrarme aquí –empezó con nerviosismo. Daba la impresión de que hubiera sido más feliz presidiendo una convención de pingüinos en el polo.

–El... –Examinó sus apuntes, y entonces se le iluminó el semblante –. ¡La electricidad! – exclamó como si hubiera realizado un gran descubrimiento –. Pronto tendremos electricidad.

Volvió a consultar los papeles y continuó:

–Ayer pusimos en marcha dos generadores y, como saben, uno de ellos se sobrecargó y quedó hecho polvo, por decirlo de alguna manera.

Aquello provocó una carcajada general que lo relajó.

–Esto ocurrió porque a raíz de la epidemia muchos aparatos quedaron encendidos y los restantes generadores no estaban conectados para absorber la sobrecarga. Podemos solucionar ese problema activando dichos generadores, incluso tres o cuatro podrían haber aligerado fácilmente el exceso de carga, pero esto no eliminará el peligro de incendio. De modo que tendremos que desconectar la mayor cantidad posible de electrodomésticos. Se me ha ocurrido la siguiente idea: el sistema más rápido será entrar en todas las casas desocupadas y quitar los fusibles o cerrar el interruptor central. No obstante, cuando nos dispongamos a restablecer el servicio eléctrico tendremos que adoptar las precauciones elementales contra incendios. Me he tornado la libertad de revisar el cuartelillo de bomberos de East Boulder y...

El fuego crepitaba plácidamente. Todo irá bien, pensó Fran. Harold y Nadine se han esfumado y quizá sea lo mejor. Resuelve el problema y Stu se halla a salvo de sus emboscadas. Pobre Harold, te compadecía; pero en el fondo te tenía más miedo que compasión. Todavía me inspiras lástima, y me preocupa lo que pueda ocurrirte, aunque me alegra que tu casa esté vacía y que Nadine y tú hayáis huido. Me alivia que nos dejéis en paz.

Harold estaba sentado encima de una mesa de picnic cubierta de inscripciones, como si hubiera salido de un lunático manual Zen. Tenía las piernas cruzadas, los ojos perdidos, brumosos y contemplativos. Se había refugiado en aquel lugar extraño y frío donde no podrían encontrarlo. Sostenía en las manos el walkie-talkie gemelo al de la caja de zapatos. Las montañas descendían a sus pies en salientes vertiginosos y barrancos cubiertos de pinos. Kilómetros al este, quizá cinco, quizá veinte, la tierra se aplanaba en el Medio Oeste y se perdía en el lejano horizonte. La noche ya había caído en aquella parte del mundo. A sus espaldas, el sol acababa de esconderse detrás de las crestas, dejándolas sumidas en un color dorado que poco después se desvanecería.

–¿Cuándo? –preguntó Nadine. Estaba asustada espantosamente tensa, y sentía continuas ganas de orinar.

–Muy pronto –contestó Harold.

Su sonrisa se había beatificado. Tenía una expresión que ella no pudo descifrar, ya que nunca la había visto en Harold. Tardó varios minutos en deducir su significado. Harold parecía feliz.

Por unanimidad el comité resolvió otorgarle a Brad los poderes necesarios para reclutar veinte hombres y mujeres que formaran su brigada de desactivación. Ralph Bretner había accedido a cargar dos camiones cisterna del cuartel de bomberos en el embalse de Boulder y tenerlos apostados en la central eléctrica cuando Brad activara la corriente.

A continuación habló Chad Norris. Con tono pausado y las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones, informó de las tareas realizadas por la brigada de enterramientos durante las últimas tres semanas. Explicó que habían sepultado la increíble cantidad de veinticinco mil cadáveres, a razón de más de ocho mil por semana. Creía que lo peor ya había pasado.

–Hemos tenido suerte, o hemos sido bienaventurados –dijo –. El éxodo masivo, no sé de qué otra forma podría definirlo, nos ahorró casi todo el trabajo. En otra ciudad del tamaño de Boulder habríamos tardado casi un año en realizarlo. Según nuestros planes habremos enterrado otras veinte mil víctimas de la epidemia a primeros de octubre, y es probable que vayamos tropezándonos con cadáveres aislados hasta mucho después.

Pero no creo que debemos preocuparnos demasiado por la posibilidad de que los cadáveres insepultos provoquen enfermedades.

Fran cambió de posición para poder presenciar el crepúsculo. Los destellos dorados que circundaban los picos empezaban a adquirir un color amarillo menos espectacular. Experimentó un súbito acceso de nostalgia, tan inesperado e intenso que la desazonó.

Eran las ocho menos cinco.

Si no se internaba en la maleza, se orinaría en los pantalones. Se ocultó detrás de un arbusto, se puso en cuclillas, y vació la vejiga. Cuando regresó, Harold seguía sentado en la mesa de picnic con el walkie-talkie en la mano. Había extendido la antena.

–Harold –dijo ella –. Se hace tarde. Son las ocho pasadas.

Él le dirigió una mirada indiferente.

–Estarán allí hasta bien entrada la noche, dándose palmaditas en la espalda. Cuando llegue el momento, apretaré el botón. No te preocupes.

–¿Cuándo?

–En cuanto oscurezca.

La sonrisa de Harold se hizo más amplia.

Fran ahogó un bostezo cuando Al Budell se levantó al lado de Stu. La sesión se prolongaría hasta muy tarde. De repente, deseó estar de vuelta en su apartamento. Los dos solos. No se debía al simple cansancio, ni tampoco a la añoranza. De pronto quería salir de aquella casa. No había un motivo para su inquietud, pero era acuciante. Tenía que huir de allí, todos tenían que huir. Ya no me hallo de humor para veladas, se dijo. Manías de embarazada, eso es todo.

–La comisión de justicia se ha reunido cuatro veces durante la última semana –decía Al –, y procuraré ser breve. El sistema que hemos decidido establecer es una especie de tribunal. Los miembros serán elegidos a suerte, casi de la forma en que se elegían los muchachos en los reclutamientos...

–Ahora silbidos y pateos –interrumpió Susan.

Siguieron algunas carcajadas de complicidad.

–Pero me disponía a añadir que creo que el servicio en dicho tribunal será bastante más agradable que las marchas y las imaginarias. El tribunal estará formado por tres personas de más de dieciocho años las cuales ocuparán el cargo durante seis meses. Sus nombres serán extraídos de un bombo que contendrá las filiaciones de todos los adultos de Boulder.

Larry levantó la mano.

–¿Podrán ser destituidos por causa justificada?

–A eso iba –respondió Al, un poco molesto por la interrupción.

–Se ha previsto...

Fran se removió inquieta y Sue Stern le hizo un guiño que ella no devolvió. Estaba asustada por su propio miedo sin justificación. ¿Por qué aquella sensación sofocante, claustrofóbica? Sabía que a los terrores infundados había que desecharlos. Al menos en el viejo mundo. Pero... ¿y los trances de Tom Cullen? ¿Y de Leo Rockway?

Sal de aquí, le gritó de nuevo una voz interior. ¡Salgamos todos!

Pero era algo disparatado. Volvió a cambiar de postura y pensó que era mejor no decir nada.

–... una breve declaración de la persona que desee renunciar, pero no creo que...

–Alguien viene –anunció Fran poniéndose en pie.

Se produjo una pausa. Todos oyeron las motocicletas que avanzaban estrepitosamente por Baseline a gran velocidad. Sonaban los cláxones. Y de pronto el pánico de Fran se desbordó.

–¡Escuchad! –exclamó.

Los rostros se volvieron hacia ella, atónitos.

–Frannie, ¿te encuentras...?

Stu se acercó a ella.

---

Fran tragó saliva, angustiada por un peso tremendo que la sofocaba.

–Tenemos que salir de aquí. ¡Inmediatamente!

Eran las ocho y veinticinco. En el cielo acababan de borrarse los últimos resplandores. Había llegado la hora. Harold se incorporó un poco y cogió el walkie-talkie. El dedo pulgar descansaba suavemente sobre el botón de TRANSMISIÓN. Lo apretaría a fondo y volarían por los aires con sólo decir...

–¿Qué es eso?

La mano de Nadine en su brazo le indicaba algo. Abajo, a lo lejos, serpenteando por Baseline, había un hormigero de luces. En medio del silencio se oía el lejano rugido de motores. Harold experimentó cierta inquietud.

–Deja de fastidiarme –murmuró –. Ha llegado la hora.

Ella apartó la mano. Su rostro resplandecía en la oscuridad. Harold pulsó el botón TRANSMISIÓN.

Nunca sabría si fueron las motocicletas o sus palabras las que les hicieron ponerse en marcha. Pero no con la rapidez suficiente. Eso siempre pesaría sobre su conciencia: no había actuado con la celeridad necesaria.

Stu fue el primero en salir por la puerta en medio del estruendo de las motos, las cuales, con los faros encendidos, cruzaban el puente sobre el arroyo seco que pasaba por debajo de la casa de Ralph. De manera instintiva, Stu bajó la mano hasta la culata del revólver.

Se abrió la puerta provista de mosquitera y él se dio la vuelta pensando que sería Frannie. Era Larry.

–¿Qué ocurre, Stu?

–No lo sé, pero es mejor que salgan todos.

Las motocicletas avanzaban zigzagueando por el camino y se distendió un poco. Vio a Dick Vollman, al chico de los Gerhinger, a Teddy Wezak y a otros que conocía. Ahora estaba en condiciones de permitirse reconocer cuál había sido su temor primordial: que detrás de los faros centelleantes y los estallidos de motores estuviera la punta de lanza del ejército de Flagg y se hallara a punto de iniciarse una guerra abierta.

–Dick –exclamó Stu –, ¿qué diablos ocurre? ¡Madre Abigail! –gritó Stu por encima de los motores.

Conforme iban llegando motos al patio, más personas del comité salían a la entrada de la casa. Era un festival de faros y un tióvivo de sombras.

–¿Qué dices? –gritó Larry.

A sus espaldas se agolpaban Stu, Glen, Ralph y Chad Norris, obligando a los dos primeros a bajar por la escalera.

---

–¡Ha vuelto! –vociferó Dick por encima del ruido de las motos –. ¡Está muy mal!  
¡Necesitamos un médico...! ¡Dios mío, hace falta un milagro!

George Richardson se abrió paso.

–¿La anciana? ¿Dónde está?

–¡Suba, doctor! –le gritó Dick –. ¡No pregunte! ¡Muévase!

Richardson saltó al sillín trasero de la moto de Dick Vollman, el cual describió una curva cerrada y se separó del círculo de motos.

Los ojos de Stu se encontraron con los de Larry. Ambos parecían preocupados, pero en la cabeza de Stu había una nube tempestuosa y la sensación de un hado inevitable.

–¡Nick, vamos! ¡Vamos! –gritó Fran, empujándole por el hombro. Nick estaba impasible en el centro de la sala.

No podía hablar, pero de repente lo supo. Él lo sabía. Algo desconocido lo anunciaba.

*Amenaza en el armario.*

Empujó bruscamente a Fran.

–¡Nick...!

¡Vete!, le indicó por señas.

Ella salió. El fue derecho al armario, abrió la puerta, y empezó a hurgar frenéticamente entre el montón de ropas, rogando a Dios que no fuera demasiado tarde.

Fran, con el semblante pálido y los ojos enjutos, se hallaba al lado de Stu.

Lo aferró por el brazo.

–Nick está allí... está dentro...

–Frannie, ¿de qué me hablas?

–¡Muerte! –gritó. – ¡Sé que es la muerte, y Nick sigue allí!

Apartó un puñado de bufandas y manoplas y vio algo. Una caja de zapatos. Por arte de magia la voz de Harold Lauder surgió de su interior.

–¿Y Nick? –gritó Stu, asiéndola por los hombros.

–Tenemos que sacarlo, Stu, va a suceder algo espantoso.

–¿Qué diablos ocurre, Stuart?

–No lo sé –replicó Stu.

–¡Por favor, Stu, tenemos que sacar a Nick! –le apremió Fran a gritos.

Entonces la casa estalló a sus espaldas.

Con el botón de TRANSMISIÓN apretado, la estática del fondo se acalló reemplazada por un silencio sombrío, hueco, que esperaba ser llenado por su voz. Harold estaba sentado con las piernas cruzadas en la mesa de picnic reuniendo todas sus fuerzas.

Levantó el brazo y uno de los dedos apuntaba desde su puño crispado. En aquellos momentos era como el famoso jugador de béisbol Babe Ruth, viejo y acabado, indicando el lugar donde iba a hacer la jugada que les daría el punto definitivo, cerrándoles el pico a los cabrones que llenaban el estadio de Wrigley Field.

Con voz enérgica, pero no potente habló al walkie-talkie:

–Soy Harold Emery Lauder y hago esto libremente, por propia voluntad.

Una chispa blanquiazulada saludó la palabra «soy». Una gota incandescente brotó cuando dijo su nombre. Un estampido amortiguado, sordo, como el de un petardo detonado en el interior de un cubo de hojalata, llegó a sus oídos a la par que «hago esto», y tras haber pronunciado «libremente por propia voluntad», arrojó el walkie-talkie, que ya había prestado su servicio, y una rosa de fuego floreció en la base de Flagstaff Mountain.

–Y todos al infierno.

La voz de Harold no mostraba ninguna emoción.

Nadine lo agarró por el brazo, casi la misma reacción de Fran respecto a Stu segundos antes.

–Tenemos que asegurarnos. Necesitamos saber con certeza que hemos acabado con ellos.

Harold la miró y a continuación señaló el hongo de destrucción a sus pies.

–¿Crees posible que alguien haya sobrevivido?

–No sé, Harold...

Nadine se alejó, se llevó las manos al estómago y vomitó. Harold la miró con desdén.

Luego ella volvió a su lado, jadeante y pálida, restregándose la boca con un kleenex.

–¿Y ahora qué?

–Supongo que nos dirigiremos al Oeste –respondió Harold –. A menos que quieras bajar y hacer un sondeo sobre el estado de ánimo de la comunidad.

Nadine se estremeció.

Harold bajó de la mesa de picnic e hizo una mueca de dolor al sentir fuertes pinchazos cuando sus pies tocaron el suelo. Se le habían entumecido las piernas.

Ella intentó tocarle, pero él se apartó bruscamente.

Sin mirarla, empezó a desmontar la tienda.

–Pensé que esperaríamos hasta mañana... –dijo ella con cierta timidez.

–Claro –se burló él –, para que veinte o treinta de ellos tengan tiempo de montar en sus motos y encontrarnos. ¿No sabes lo que le hicieron a Mussolini?

Nadine dio un respingo. Harold enrollaba la tienda y estiraba las cuerdas.

–Y no volveremos a tocarnos. Eso ha terminado. Flagg consiguió lo que quería. Nos hemos cargado al comité de la Zona Libre. Es posible que logren poner en marcha los generadores, pero como grupo activo han desaparecido. *Él* me va a entregar una mujer que te hará parecer un saco de patatas, Nadine. Y tú... tú le tendrás a él. Y seremos felices, ¿verdad? Aunque, si yo estuviera en tu lugar, no dejaría de temblar.

–Harold, por favor...

Nadine se sentía mareada, estaba llorando. Harold contempló su rostro a la débil luz de la fogata y sintió piedad por ella. Se forzó a desterrarla de su corazón. El hecho irrevocable de un asesinato estaba implantado para siempre en su alma, y eso se reflejaba en los ojos angustiados de aquella mujer. ¿Y qué? También él llevaría ese peso de por vida.

–Acostúmbrate a ello –le espetó Harold con brutalidad. Colocó la tienda a la parte posterior de la moto y empezó a sujetarla –. Todo ha terminado para los de allá abajo, para nosotros y para los que murieron durante la epidemia. Dios se ha ido de pesca y estará ausente mucho tiempo. Es el reino de las tinieblas. Ahora el hombre oscuro lleva la batuta, así que ve acostumbrándote.

De la garganta de Nadine escapó un gemido agudo.

–Basta ya, Nadine. La competición terminó hace dos minutos. Ayúdame a asegurar esta mierda, quiero estar a doscientos kilómetros de aquí cuando amanezca.

Un momento después ella volvió la espalda a la devastación que había a sus pies, una destrucción que parecía muy pequeña desde allí arriba. Le ayudó a guardar el resto del equipo de camping en las alforjas. Antes de que transcurriera un cuarto de hora, habían dejado atrás la rosa de fuego y viajaban en medio de la noche fresca y ventosa, rumbo al Oeste.

Para Fran Goldsmith, el final de aquel día fue indoloro y simple. Sintió una tromba de aire caliente en la espalda y de pronto se encontró volando en la noche. Había salido despedida de sus sandalias.

–¿Qué diablos...? –pensó.

Aterrizó sobre el hombro, violentamente, pero sin sufrimiento alguno. Se encontraba en la zanja que discurría, al pie del patio posterior de la casa de Ralph.

Una silla se posó delante de ella, con toda corrección, sobre las patas. Poco quedaba de la tapicería.

¿Qué...?

Algo cayó del asiento de la silla y rodó al suelo.

---

Algo chorreante. Con un vago y clínico horror comprobó que se trataba de un brazo.

Stu, ¿qué sucede?

La envolvió un rugido continuo, triturante, y por todas partes empezaron a llover objetos. Piedras, trozos de madera, ladrillos. Un bloque de vidrio con una constelación de grietas (¿la biblioteca de la casa de Ralph?). Un casco de motorista con un orificio horrible y letal en la parte posterior. Lo veía todo con claridad... con demasiada claridad. Pocos segundos antes, fuera reinaba la oscuridad.

Oh, Stu, Dios mío, ¿dónde estás? ¿Qué ocurre? ¿Nick? ¿Larry?

La gente gritaba sin cesar. Ahora la luminosidad era mayor que en pleno día. Cada guijarro proyectaba una sombra. Seguían lloviendo objetos alrededor. Una tabla de la que asomaba un clavo cayó delante de sus narices.

¡El niño...!

E inmediatamente le vino a la cabeza otra idea, la recreación de su premonición: Harold lo ha hecho, ha sido Harold...

Algo la golpeó en la cabeza, el cuello, la espalda. Algo enorme que se desplomó sobre ella como un ataúd acolchado.

Oh, Dios mío, mi hijo... Luego, las tinieblas la engulleron y la llevaron a un lugar ignoto donde ni siquiera el hombre oscuro podría seguirla.

## 59

Pájaros.

Oía cantar de pájaros.

Fran siguió postrada en la oscuridad, escuchando aquel canto, y pasó un largo rato antes de que se diera cuenta de que la oscuridad no era realmente oscura, sino rojiza, balanceante, apacible. Le recordó su infancia. El sábado por la mañana, cuando no había clases ni tenía que ir a la iglesia, cuando podía dormir hasta tarde y despertarse poco a poco, a gusto. Yacía con los ojos cerrados y no veía nada más que la oscuridad roja, que era el sol filtrado a través de sus párpados. Oía el piar de los pájaros en los viejos robles y tal vez olía la sal marina. Se llamaba Francés Goldsmith, tenía once años y era un sábado por la mañana en Ogunquit...

Pájaros. El murmullo de los pájaros.

Pero eso no era Ogunquit. Era...

*(Boulder)*

Caviló intrigada en la oscuridad roja y de pronto recordó la explosión.

*(¿Explosión?)*

*(¡Stu!)*

Abrió los ojos de golpe y experimentó un acceso de terror.

–¡Stu!

Stu se hallaba sentado junto a su cama, con el antebrazo envuelto en un pulcro vendaje blanco; en la mejilla, una herida que ya no sangraba; y parte del cabello chamuscado. Pero estaba vivo, a su lado.

Cuando ella abrió los ojos el rostro de Stu reflejó un inmenso alivio y dijo:

–Frannie. Gracias a Dios.

–El niño –susurró ella; tenía la garganta seca.

Él permaneció inexpresivo. Un pánico ciego la recorrió.

–El niño –repitió forzando las palabras a través de su garganta dolorida –. ¿He perdido el niño?

Entonces Stu comprendió de qué hablaba. La rodeó torpemente con el brazo sano.

–No, Frannie, no lo has perdido.

Ella se echó a llorar. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, y le abrazó con fuerza, sin importarle que todos los músculos de su cuerpo parecieran lanzar alaridos de dolor. Lo estrechó. El futuro quedaba para más tarde. Ahora lo que ella más necesitaba estaba allí, en aquella habitación bañada por el sol.

Los trinos de los pájaros entraban por la ventana abierta.

Más tarde, ella preguntó:

–¿Ha habido muchas víctimas?

La expresión de él era afligida y renuente.

–¿Nick? –susurró ella, tragó saliva y algo chasqueó en su garganta –. Vi un brazo, un brazo amputado...

–Quizá sea mejor esperar a...

–No. Tengo que saberlo. ¿Cuántas víctimas?

–Siete muertos –respondió con voz baja. – Y creo que tuvimos suerte. Podrían haber sido muchos más.

–¿Quiénes, Stu?

Él le tomó las manos.

–Nick fue uno de ellos, cariño. Había un panel de cristal, ya sabes, ese cristal iodizado. Él... pudimos identificarle por... ciertas cicatrices... –Volvió la cara.

Fran contuvo un sollozo.

Cuando Stu pudo continuar, dijo:

---

–Y Sue Stern. Estaba aún dentro cuando estalló la bomba.

–Esto... no parece posible –murmuró Fran. Se sentía aturdida, entumecida, desconcertada.

–Pero lo es.

–¿Quién más?

–Chad Norris –añadió él.

Fran volvió a contener un sollozo. Asomó una lágrima solitaria que se enjugó con expresión ausente.

–Ésas fueron las tres únicas víctimas en el interior. Parece un milagro. Brad calcula que dentro del armario había ocho o nueve cartuchos de dinamita. Y Nick, casi... Cuando pienso que es probable que tocara esa caja de zapatos.

–No –le interrumpió ella –. Era imposible preverlo. –Eso no ayuda mucho.

Los otros cuatro formaban parte del grupo llegado en moto: Andrea Terminello, Dean Wykoff, Dale Pedersen y una joven llamada Patsy Stone. Stu no le comentó que Patsy, quien enseñaba a Leo a tocar la flauta, había sido golpeada y casi decapitada por un pedazo de conexión eléctrica.

Fran asintió y percibió un pinchazo en la nuca. Al menor movimiento su espalda crujía.

Había veinte heridos. Uno de ellos, Teddy Weizak, de la brigada de enterramientos, no tenía posibilidades de recuperarse. Otros dos se encontraban en estado crítico. Un hombre llamado Lewis Deschamps había perdido un ojo, y Ralph Bretner dos dedos de la mano izquierda.

–¿Cuál es mi situación? –preguntó Fran. –Tienes una lesión cervical, un esguince de espalda y un pie fracturado –respondió Stu –. Es lo que me ha dicho George Richardson. La onda expansiva te lanzó al otro extremo del jardín. El esguince y la fractura se produjeron al caerte encima el sofá. – ¿El sofá? – ¿No lo recuerdas?

–Recuerdo algo como un ataúd... un ataúd acolchado...

–Era el sofá. Yo mismo te lo quité de encima. Estaba enloquecido, histérico. Larry vino a ayudarme y le pegué un puñetazo en la boca. Imagínate cómo estaría. –Ella le acarició la mejilla y Stu puso la mano sobre la suya –. Temí que estuvieras muerta. Pensé que no sabría qué hacer si lo estabas. Imagino que volverme loco.

–Te amo –dijo Fran.

Él la abrazó con ternura y suavemente. Permanecieron así durante unos minutos.

–¿Harold? –murmuró ella por fin.

–Y Nadine Cross –añadió él –. Nos causaron mucho daño, pero bastante menos del que pretendían. Y si les atrapamos antes de que se alejen demasiado hacia el oeste...

Levantó las manos, cubiertas de rasguños y costras de sangre, y las cerró con tanta fuerza que le crujieron las articulaciones. Los tendones se marcaron en la cara interior de las

muñecas. En su rostro apareció una sonrisa helada que casi la hizo tiritar. La conocía demasiado bien.

–No sonrías así –imploró ella –. Nunca.

La sonrisa desapareció.

–Los están buscando desde el alba –prosiguió –. No creo que los encuentren. He dado órdenes de no ir más allá de un radio de setenta kilómetros al oeste de Boulder, y supongo que Harold habrá tenido la astucia suficiente como para alejarse mucho más. Pero sabemos cómo lo hicieron. Conectaron el explosivo a un walkie-talkie...

Fran lanzó una exclamación ahogada y Stu la miró.

–¿Qué ocurre, cariño? ¿Te duele la espalda?

–No.

De repente había comprendido lo que Stu quiso decir al comentar que Nick debió tener en sus manos la caja de zapatos en el momento de la explosión. Entonces lo entendió todo. Hablando despacio le explicó que Larry y ella habían visto fragmentos de cable y una caja de walkie-talkie vacía debajo del hockey de mes.

–Si hubiéramos registrado la casa, en lugar de conformarnos con llevarnos el dichoso diario, quizá habríamos descubierto la bomba –se lamentó ella con voz entrecortada –. Nick y Sue estarían vivos y...

Él la interrumpió.

–¿Por eso Larry está tan abatido esta mañana? Pensé que se debía a que yo le había pegado. Frannie, ¿cómo podías imaginarlo?

–¡Pues debiéramos haberlo imaginado! ¡Claro que sí!

Ocultó el rostro en el hombro protector de Stu, y derramó nuevas lágrimas, ardientes y dolorosas.

Él la abrazó inclinándose con dificultad, porque era imposible elevar la cama para que se incorporara, ya que el mecanismo funcionaba eléctricamente.

–No quiero que te reproches nada, Frannie. Fue inevitable. Nadie, excepto quizá un experto en explosivos, podría haber intuido que se había fabricado una bomba al ver unos trocitos de cable y una caja vacía. Habría sido distinto si hubieran dejado a la vista cartuchos de dinamita o un detonador. Pero no fue así. No os culpo, y nadie de la zona lo hará.

Mientras él hablaba, dos ideas se alternaban en la mente de Fran:

Fueron las tres únicas víctimas en el interior, parece un milagro; y madre Abigail ha regresado, y está muy mal. ¡Necesitamos un milagro! Se irguió en la cama con una mueca de dolor al enderezar la espalda para mirar a Stu cara a cara.

–Madre Abigail –dijo –. Todos habríamos estado dentro cuando la bomba estalló si no hubieran acudido a avisarnos que...

–Parece un milagro –repitió Stu –. Ella nos salvó la vida. Aunque esté... –Se interrumpió.

---

–¿Stu?

–Nos salvó la vida al regresar cuando lo hizo, Frannie. Nos salvó.

–¿Ha muerto? –preguntó Fran, le cogió la mano y se la apretó –. Stu, ¿también ella ha muerto?

–Volvió a la ciudad alrededor de las ocho menos cuarto. El chico de Larry Underwood la llevaba cogida de la mano. No atinaba a hablar, ya sabes que enmudece cuándo se halla excitado; pero la guió hasta Lucy. Entonces madre Abigail se desplomó. –Meneó la cabeza. – Dios mío, no entiendo cómo consiguió caminar tanto... ni qué comía o hacía. Te diré algo, Fran: en este mundo y fuera de él hay cosas con las que jamás soñé. Creo que esa mujer es una enviada de Dios. O lo era.

Ella cerró los ojos.

–Ha muerto, ¿verdad? Durante la noche. Regresó para morir aquí.

–Aún no está muerta. Debería estarlo, y George Richardson dice que no durará mucho, pero todavía no ha muerto. –La miró con franqueza –. Tengo miedo. Nos salvó la vida al venir; pero la temo, y temo el motivo de su regreso.

–¿A qué te refieres? Madre Abigail nunca haría daño...

–Madre Abigail hace lo que su Dios le dice –replicó él con brusquedad –. El mismo Dios mató a su hijo, o eso he oído.

–¡Stu!

El fuego se apagó en sus ojos.

–No sé por qué ha regresado, ni tampoco si tiene que comunicarnos algo más. Lo ignoro. Quizá muera sin recobrar el conocimiento. George dice que es lo más probable. Pero yo sé que la explosión, la muerte de Nick y el regreso de ella han quitado la venda de los ojos a los habitantes de esta ciudad. Ahora hablan de él. Saben que Harold fue quien provocó la explosión, pero piensan que *él* instigó a Harold. Diablos, yo también lo pienso. Muchos consideran a Flagg responsable de que madre Abigail haya regresado en estas condiciones. Eso no lo sé, pero tengo miedo. Me parece como si todo fuera a terminar mal. Antes no tenía este presentimiento y ahora sí.

–Pero quedamos nosotros –exclamó ella con tono casi implorante –. Quedamos nosotros y el niño, ¿no es así?

Él tardó en contestar. Fran pensó que no lo haría. Al fin murmuró:

–Sí. Pero ¿hasta cuándo?

Casi al anochecer de ese día, el 3 de septiembre, la gente empezó a dirigirse lentamente – casi al azar –por Table Mesa Drive hacia la casa de Larry y Lucy. Solos, en parejas, en grupos de tres. Se sentaban en los escalones de las casas que ostentaban en sus puertas la X de Harold. Se sentaban en los bordillos y en jardines, que estaban secos y de un color pardusco al final de aquel largo verano. Conversaban en voz baja y fumaban. Brad Kitcher

se encontraba allí con el brazo en cabestrillo. También estaba Candy Jones. Rich Moffatt apareció con dos botellas de Black Velvet en la cartera de un repartidor de periódicos. Norman Kellogg se sentó junto a Tommy Gerhinger, con las mangas arremangadas que dejaban al descubierto unos bíceps bronceados por el sol y salpicados de pecas. El joven Gerhinger se había arremangado asimismo para imitarle. Harry Dunbarton y Sandy DuChiens estaban sentados sobre una manta, cogidos de la mano. Dick Vollman, Chip Hobart y el adolescente Tony Donahue se habían acomodado cerca de un respiradero, a unos cincuenta metros de la casa de Larry, y hacían circular entre ellos una botella de Canadian Club, que diluían con 7 Up. Patty Kroger estaba con Shirley Hammet. Entre ambas, había una cesta de picnic repleta, pero ellas se limitaban a mordisquear. A las ocho, la calle parecía atestada y todos miraban hacia la casa. Delante estaba aparcada la moto de Larry, y a su lado la potente Kawasaki 650 de George Richardson.

Larry miraba desde la ventana del dormitorio. A sus espaldas, en el lecho que compartían Lucy y él, yacía inconsciente madre Abigail. El olor seco y enfermizo que se desprendía de la anciana le producía náuseas. Él detestaba esa sensación, pero no se movería de allí. Ésa era su penitencia por haberse salvado mientras Nick y Susan morían. Escuchaba voces apagadas. Velaban a la moribunda alrededor de la cama. George no tardaría en marcharse al hospital para visitar a los demás pacientes. Ya sólo quedaban dieciséis. Tres fueron dados de alta. Teddy Weizak había muerto. Larry salió ileso.

El afortunado Larry, que conserva la cabeza mientras los demás la pierden. La onda expansiva le había lanzado al otro lado del camino particular, sobre un macizo de flores, y no había sufrido ni un rasguño. Las esquirlas cayeron como metralla en torno de él; pero ni una sola le rozó. Nick había muerto, y también Susan, pero él resultó ileso. Sí, el siempre afortunado Larry.

Velaban a la moribunda dentro y fuera. Hasta el final de la manzana. Eran al menos seiscientas personas. Harold, deberías volver con una docena de granadas de mano para completar tu faena. *Harold*. Él había seguido a Harold por todo el país, había seguido una huella de envoltorios de golosinas Payday y de astutas improvisaciones. Larry casi se había dejado los dedos para extraer gasolina en Wells. Harold se limitó a buscar la válvula de ventilación y a utilizar un sistema de sifón. Harold fue quien sugirió que se aumentara el número de miembros de cada comisión de forma proporcional al incremento demográfico. Harold propuso la reelección de todos los miembros del comité especial. El inteligente Harold. Harold y su diario. El sonriente Harold.

Estaba bien que Stu dijera que nadie podría haber imaginado a partir de unos trozos de cable sobre un hockey de mesa lo que Harold y Nadine se proponían. Pero eso no valía para Larry. Él ya conocía las ingeniosas improvisaciones de Harold. Una de ellas estaba escrita en el techo de un granero a varios metros de altura. Debió haberlo imaginado. El inspector Underwood era un lince cuando se trataba de descubrir envoltorios de golosinas, pero no tanto cuando había que localizar dinamita. En realidad, el inspector Underwood era un perfecto imbécil.

«Larry, si tú supieras...»

La voz de Nadine.

«Si quieres, me arrodillaré para suplicártelo.»

Aquella había sido otra oportunidad para evitar el asesinato y la destrucción. ¿Estaba ya gestándose? Era lo más probable. Si no la bomba de dinamita conectada al walkie-talkie, sí por lo menos un plan general.

*El plan de Flagg.*

En segundo plano siempre estaba Flagg, el tenebroso titiritero que tiraba de los hilos de Harold, Nadine, Charlie Impening y a saber de cuántos más. La población de la Zona Libre lincharía a Harold sin contemplaciones. Pero todo era obra de Flagg... y de Nadine. ¿Quién sino Flagg la había arrojado a los brazos de Harold? Pero antes de entregársele, ella había acudido a Larry. Y él la rechazó.

¿Cómo podría haberla aceptado? Tenía una responsabilidad para con Lucy. Y esa responsabilidad era prioritaria, no sólo por ella sino por él mismo... Había intuido que bastarían una o dos capitulaciones más para destruirlo definitivamente en su condición de hombre. Así que la había rechazado, y suponía que Flagg estaría muy satisfecho por el trabajo de la noche anterior, si es que ése era su verdadero nombre. Oh, Stu seguía vivo, y sería el portavoz del comité, la boca de la que Nick ya no podría valerse. Glen estaba vivo y Larry pensaba que era el pivote de la inteligencia del comité, pero Nick había sido el corazón, y Sue, junto a Frannie, su conciencia moral. Sí, pensó con amargura, el muy hijo de puta había realizado un buen trabajo aquella noche. Debería recompensar a Harold y Nadine cuando llegaran a su territorio.

Se apartó de la ventana, sintiendo una palpitación sorda en las sienas. Richardson le estaba tomando el pulso a madre Abigail. Laurie manipulaba los frascos de suero. Dick Ellis montaba guardia a un lado. Lucy permanecía sentada junto a la puerta y miraba a Larry.

—¿Cómo está? —preguntó éste a George.

—Igual.

—¿Vivirá hasta mañana?

—Lo ignoro, Larry.

La mujer postrada en la cama era un esqueleto recubierto por una fina película de piel estirada, gris cenicienta. Parecía asexual. Había perdido casi todo el cabello, sus pechos se habían consumido, su boca colgaba desarticulada, y su respiración era un estertor. A Larry le recordaba unas fotografías de las momias de Yucatán: no descompuestas, sino encogidas, apergaminadas, secas, intemporales.

Eso era ahora, no una madre sino una momia. La única señal de vida era la débil respiración, semejante a una ligera brisa que acariciara los rastrojos de heno. ¿Cómo era posible que aún estuviera viva?... ¿Por qué Dios la sometía a semejante prueba? ¿Con qué fin? Debía de ser una broma, una colosal humorada cósmica. George dijo que había oído hablar de casos parecidos, aunque nunca de uno tan extremo, y tampoco había imaginado que lo vería. Era como si se estuviera devorando a sí misma. Su organismo había seguido funcionando cuando debería haber sucumbido a la desnutrición mucho tiempo atrás. Para alimentarse desintegraba partes de su cuerpo que nunca deberían haberse desintegrado. Lucy, que la había transportado en brazos hasta la cama, le comentó en voz baja que no

pesaba más que la cometa de un niño, algo que espera un soplo de aire para elevarse ingravidamente.

Y en ese momento Lucy habló desde su rincón junto a la puerta.

–Quiere decir algo.

–Está en coma profundo, Lucy –le advirtió Laurie –. Lo más probable es que no recupere el conocimiento.

–Ha vuelto para decirnos algo. Y Dios no la dejará morir hasta que lo haga.

–¿Y qué podría ser, Lucy? –preguntó Dick.

–No lo sé. Y tengo miedo de oírlo. Lo que sí sé es que los asesinatos no han terminado, apenas acaban de empezar.

Se produjo un largo silencio que Richardson rompió al fin.

–Tengo que ir al hospital. Laurie, Dick, os necesitare a los dos.

No vas a dejarnos solos con esta momia, ¿verdad?, estuvo a punto de preguntar Larry, pero se mordió la lengua.

Los tres se encaminaron hacia la puerta y Lucy les entregó las chaquetas. Esa noche la temperatura no alcanzaba los quince grados y no era cuestión de ir en moto en mangas de camisa.

–¿Qué podemos hacer por ella? –preguntó Larry a George.

–Lucy ya sabe cómo funciona el gota a gota –contestó George –. Eso es todo. Ya veis...

Dejó la frase en suspenso. Por supuesto que veían aquella cosa en la cama.

–Buenas noches –se despidió Dick.

Salieron. Larry volvió a la ventana. Fuera todos se habían puesto en pie, alerta. ¿Seguía viva? ¿Había muerto? ¿Agonizaba? ¿Había sanado por la gracia de Dios? ¿Había dicho algo?

Lucy le pasó un brazo por la cintura, lo cual le causó un ligero sobresalto.

–Te quiero –dijo.

Larry la abrazó. Bajó la cabeza y empezó a temblar.

–Te quiero –repitió Lucy con tono sereno –. Vamos, desahógate, Larry.

Él lloró. Las lágrimas eran ardientes y duras como el acero.

–Lucy...

–Chisst.

Sus manos le acariciaban la nuca, le tranquilizaban.

–Lucy, Dios mío, ¿qué es todo esto? –gritó ocultando el rostro en el cuello de ella, la cual lo abrazó con todas sus fuerzas, sin saber todavía.

---

Detrás de ellos, madre Abigail respiraba con dificultad, resistiendo en los abismos de su coma.

George se abrió paso entre la gente, repitiendo una y otra vez el mismo comentario: «Sí, aún vive. El pronóstico es desesperado. No, no ha dicho nada y es poco probable que lo haga. Será mejor que vuelvan a sus casas. Si se produce alguna novedad, ya se comunicará.»

Al llegar a la esquina aceleraron, girando en dirección al hospital. El petardeo del tubo de escape de las motos retumbó contra los edificios hasta que acabó desvaneciéndose.

La gente no regresó a sus casas. Todos se quedaron un rato en pie, reanudando las conversaciones, considerando las palabras que George había pronunciado. Diagnóstico. ¿Y eso qué significa? Coma. Muerte cerebral. Si su cerebro estaba muerto, todo había terminado. Existían tantas posibilidades de que hablara una lata de guisantes como una persona con el cerebro muerto. Bueno, eso quizá sería cierto en circunstancias *normales*, pero este caso no era normal.

Volvieron a sentarse. Oscureció. En la casa donde yacía la anciana se encendieron las lámparas de butano. Volverían a sus hogares más tarde, y se acostarían sin conciliar el sueño.

Las conversaciones derivaron poco a poco hacia el hombre oscuro. Si madre Abigail moría, ¿significaría que *él* era más poderoso?

—¿Por qué?

—Bueno, yo sostengo que es Satán, lisa y llanamente.

—El Anticristo, eso pienso yo. Estamos viviendo el Libro del Apocalipsis en nuestro tiempo... ¿Cómo puedes dudarlo? «Y se abrieron las siete redomas...» Esto lo interpreto como la supergripe. Vaya disparate. La gente decía que Hitler era el Anticristo.

—Si vuelven esos sueños, me mataré.

—Yo soñé que estaba en una estación de metro y el taquillero era él, aunque no pudiera verle la cara. Sentía miedo. Echaba a correr por el túnel. Entonces oía sus pasos que me perseguían. Y me alcanzaban.

—Yo soñé que bajaba a la bodega a buscar una jarra de sandía en dulce y veía a alguien al lado del horno... sólo una sombra. Pero sabía que era él.

Los grillos empezaron su serenata. Las estrellas se desplegaron en el cielo. Se produjeron los inevitables comentarios acerca del aire gélido. Las bebidas se habían agotado. Las pipas y los cigarrillos brillaban en la oscuridad.

—He oído decir que la brigada de desactivación ha seguido desconectando aparatos.

—Hay que felicitarles. Si no contamos pronto con la luz y la calefacción, estaremos bien jodidos.

Un murmullo de voces, desprovistas de rostro en la penumbra.

–Creo que durante el invierno estaremos a salvo. No podrá atravesar las montañas, ya que los pasos se hallarán bloqueados por la nieve y los coches. Pero cuando llegue la primavera...

–¿Y si tiene bombas atómicas?

–O aviones.

–¿Qué podemos hacer?

–No lo sé.

–Ni yo.

–No tengo la menor idea.

Cavar un hoyo, meterse dentro y volver a taparlo.

Alrededor de las diez, Stu Redman, Glen Bateman y Ralph Bretner pasaron entre la gente, hablando en voz baja y repartiendo octavillas, diciéndoles que hicieran circular la noticia entre quienes no estaban presentes esa noche. Glen cojeaba un poco porque la llave voladora de una estufa le había abierto una herida en la pantorrilla derecha. Las octavillas impresas decían:

ASAMBLEA DE LA ZONA LIBRE – MUNZINGER AUDITORIUM – 4 DE SEPTIEMBRE – 20 HORAS.

Pareció ser la señal para irse. La gente se dispersó en silencio. La mayoría se llevó las octavillas, pero algunas quedaron arrugadas en el suelo.

Cuando Stu abrió la sesión a la noche siguiente, el auditorio se hallaba atestado pero muy silencioso. Detrás de él se encontraban sentados Larry, Ralph y Glen. Fran había tratado de levantarse, pero la espalda le dolía demasiado. Ajeno a la macabra ironía, Ralph la había conectado a la asamblea a través de un walkie-talkie.

–Hay diversos asuntos que debemos tratar –dijo Stu con estudiada calma. Su voz, aunque moderada, se oía bien en el silencioso auditorio –. Supongo que no hay nadie aquí que no esté enterado de la explosión que mató a Sue, a Nick y los demás, ni nadie que no sepa que madre Abigail ha vuelto. Abordaremos esos temas. Pero antes queremos darles una buena noticia. Para esto cedo la palabra a Brad Kitchner. ¿Brad?

Brad avanzó hacia el estrado, menos nervioso que la noche anterior, y fue recibido con aplausos. Al llegar allí se dio la vuelta, se agarró al atril y se limitó a decir:

–Mañana restableceremos la corriente.

Los aplausos redoblaron. Brad levantó las manos, – pero la ovación le arrolló durante treinta segundos o más. Más tarde, Stu le comentó a Frannie que de no haberse producido los acontecimientos de los últimos dos días, era probable que le hubieran paseado a hombros por el auditorio, como si fuera un ídolo deportivo.

Por fin los aplausos amainaron.

–Conectaremos la corriente al mediodía, y me gustaría que todos estuvieran en sus casas y preparados. ¿Preparados para qué? Para tres cosas. Presten atención que es importante. En primer lugar, apaguen todas las luces y aparatos eléctricos de sus hogares que no estén en funcionamiento. Segundo, si huelen a gas, sigan el rastro y desconecten lo que sea. Tercero, si oyen una sirena de incendios, diríjense al lugar de origen... pero con prudencia y cordura. No queremos que nadie se rompa la crisma en un accidente de moto. ¿Alguna pregunta?

Hubo varias, todas sobre los puntos básicos mencionados por Brad.

Las contestó paciente una tras otra, y la única muestra de nerviosismo que dio fue el manoseo continuo de su bloc de notas.

Finalizado el turno de ruegos y preguntas, dijo:

–Quiero dar las gracias a las personas que se han esforzado ayudándonos a reparar la central. Y deseo recordar a la comisión de energía que no se disuelve. Habrá cables caídos, pérdidas de corriente, y es necesario ir hasta Denver para traer petróleo. Espero que todos sigan colaborando. El señor Glen Bateman dice que es muy posible que haya diez mil personas en Boulder cuando empiece a nevar, y muchas más cuando comience la primavera. Antes de que termine el año próximo, hay que empalmar con las centrales eléctricas de Longmont y Denver...

–¡No si ese cabrón se sale con la suya! –gritó alguien con voz ronca desde el fondo de la sala.

Hubo un momento de silencio sepulcral. Brad se asió al atril con las manos agarrotadas y una palidez mortal.

No podrá terminar, pensó Stu. Pero Brad siguió hablando con una serenidad increíble.

–A quien haya dicho eso, le informo que yo me ocupo de la energía. Pero creo que seguiremos aquí mucho tiempo después de que ese fulano haya reventado. Si no pensara así, estaría reparando motores para él. ¿A quién le importa un pimiento ese tipo?

Brad se apartó del estrado, y uno de los presentes bramó:

–¡Tienes toda la razón!

Esta vez los aplausos fueron nutridos y vigorosos, casi frenéticos. No obstante, hubo algo que a Stu no le gustó. Tuvo que golpear repetidas veces con el mazo para restablecer el orden.

–¡Al cuerno con el orden del día! –chilló una joven –, ¡Hablemos del hombre oscuro! ¡Hablemos de Flagg! ¡Me parece que ya es hora!

Rugidos de aprobación. Gritos de « ¡Fuera el orden del día! ». Murmullos de protesta por el vocabulario de la chica, rumor de conversaciones dispersas.

Stu golpeó la mesa con tanta fuerza que la cabeza del mazo se desprendió.

–¡Esto es una asamblea! –vociferó –. Tendrán oportunidad de decir lo que quieran, pero mientras yo presida la reunión ¡exijo orden! –pronunció esta palabra con una energía tal

que el chirrido del micrófono atravesó el auditorio como un bumerang, y la concurrencia hizo silencio.

–Ahora –prosiguió Stu con tono deliberadamente bajo y sosegado – ha llegado el momento de explicar lo que sucedió en casa de Ralph el dos de septiembre por la noche, y creo que debo hacerlo yo como representante de la ley de esta comunidad.

De nuevo reinó el silencio; pero, al igual que el aplauso que recibieron las últimas palabras de Brad, este silencio le inquietó. Estaban inclinados hacia adelante, alerta, con expresión ansiosa. Se sintió nervioso y desconcertado, como si la Zona Libre hubiera cambiado radicalmente durante las últimas cuarenta y ocho horas y ya no la conociera. Era la misma sensación que experimentó cuando intentaba escapar del Centro de Epidemias de Stovington, una mosca atrapada y debatiéndose dentro de una telaraña invisible. Había tantas caras nuevas, tantos extraños...

Pero no disponía de tiempo para pensar en ello.

Describió sucintamente los hechos que habían desencadenado el estallido, aunque omitió la premonición tardía de Fran. Si se tenía en cuenta el estado de ánimo de la concurrencia, tales revelaciones estaban de más.

–Ayer por la mañana, Brad, Ralph y yo fuimos allí y estuvimos rebuscando durante más de tres horas. Encontramos lo que parecía una bomba de dinamita conectada a un walkie-talkie, y suponemos que la bomba fue activada desde otro walkie-talkie...

–¡Suponemos un carajo! –gritó Ted Frampton desde la tercera fila –. ¡Fueron ese hijo de puta y su fulana!

Un murmullo de inquietud circuló por la sala.

¿Y éstos son los buenos?, pensó Stu. Nick, Sue, Chad y los demás les importan una mierda. Son una pandilla de linchadores y lo único que quieren es atrapar a Harold y Nadine y colgarlos... como amuletos contra el hombre oscuro.

Su mirada se encontró con la de Glen, el cual se encogió de hombros con cinismo.

–Si alguien vuelve a gritar desde la sala sin que se le haya concedido la palabra, levantaré la sesión y podrán hablar entre ustedes –amenazó Stu –. Esto no es un campo de fútbol. Debemos respetar las reglas.

Ted Frampton lo contemplaba airado. Stu le sostuvo la mirada. Al cabo de un momento Ted bajó los ojos.

–Sospechamos de Harold Lauder y Nadine Cross. Tenemos buenos motivos para ello, y algunas evidencias circunstanciales muy convincentes. Pero todavía no poseemos ninguna prueba concreta, y espero que no lo olviden.

Hubo un fugaz murmullo.

Stu continuó:

–Digo esto para advertirles que si ellos vuelven a la zona, deben entregármelos. Yo los meteré entre rejas y Al Bundell se ocupará de que sean juzgados. Un juicio implica permitirles hablar, si es que tienen algo que decir. Se supone que el nuestro es el bando de

---

los buenos. Creo que sabemos cuál es el de los malos. Y si somos los buenos, hemos de comportarnos como seres civilizados.

Los miró esperanzado, pero sólo vio rostros que reflejaban perplejidad y resentimiento. Dos de sus mejores amigos habían saltado por los aires delante de él, decían esas expresiones, y ahora intentaba ser ecuánime con los asesinos.

–Por si les interesa saberlo, yo creo que ellos son los culpables –dijo –. Pero tenemos que proceder de modo correcto. Y estoy aquí para recordarles que así se hará.

Todos los ojos le acusaban. Stu leía los pensamientos que se ocultaban tras aquellas miradas: ¿De qué coño estás hablando? Se han largado. Se han ido al Oeste. Te comportas como si hubieran salido de excursión de fin de semana.

Se sirvió un vaso de agua y bebió unos sorbos para suavizar la sequedad de su garganta. El sabor del líquido, hervido e insulso, le provocó una mueca.

–Sea como sea, ésta es nuestra política –declaró con escasa convicción –. Supongo que el paso siguiente será reestructurar el comité. No vamos a hacerlo ahora, pero es conveniente que empiecen a pensar en nuevos candidatos...

Se levantó una mano en la sala y Stu dijo: –Adelante. Identifíquese para que todos sepamos quién habla.

–Soy Sheldon Jones –dijo un hombre corpulento con una camisa de lana a cuadros –. ¿Por qué no ganamos tiempo y designamos a dos nuevos miembros esta misma noche? Yo propongo a Ted Frampton.

–¡Apoyo la propuesta! –exclamó Bill Scanlon–. ¡Fenomenal!

Ted Frampton juntó las manos y las agitó sobre la cabeza en medio de algunos aplausos dispersos. Stu volvió a sentirse desorientado. ¿Pretendían sustituir a Nick Andros por Ted Frampton? Parecía una broma de mal gusto. Ted ingresó en el comité de energía, pero el trabajo resultaba demasiado pesado. Después se había decidido por la brigada de enterramientos, donde ya estaba más a gusto, aunque Chad le había comentado a Stu que Ted era un tipo capaz de estirar una pausa para el café hasta convertirla en un almuerzo y luego en media jornada festiva. El día anterior se apresuró a colaborar en la búsqueda de Harold y Nadine, probablemente para cambiar de actividad. Bill Scanlon y él tropezaron por pura casualidad con el walkie-talkie de Harold en Sunrise Amphitheater (y en honor a la verdad así lo había reconocido Ted), pero, a partir de ese momento, adoptó una actitud jactanciosa que a Stu no le gustaba nada.

La mirada de Stu volvió a cruzarse con la de Glen, y casi pudo leer los pensamientos de éste en su expresión cínica, en el ligero fruncimiento de la comisura de los labios: Quizá podamos utilizar a Harold para manipular esta elección.

Stu recordó de repente una palabra que Nixon empleaba mucho, y al aferrarse a ella comprendió de dónde provenía su desesperación y su desorientación: «mandato». El mandato de ellos había caducado. Se había desintegrado dos noches atrás con un fogonazo y una detonación.

–Es posible que sepas a quién quieres tú, Sheldon, pero supongo que a algunos de los presentes les gustaría disponer de tiempo para pensarlo. Lo someteremos a votación. Quienes deseen elegir esta noche a dos nuevos representantes que digan sí.

Se oyeron bastantes respuestas afirmativas.

–Quienes prefieran disponer de una semana para reflexionar que digan no.

Las respuestas negativas fueron más ruidosas, pero no constituyeron una mayoría abrumadora. Muchas personas se abstuvieron, como si el asunto no les interesara.

–De acuerdo –dictaminó Stu –. Volveremos a reunirnos en el Munzinger Auditorium dentro de una semana, el once de septiembre. Ese día se propondrán los candidatos para ocupar las dos vacantes y votaremos.

Un epitafio muy pobre, Nick. Lo siento.

–El doctor Richardson ha venido a hablarles de madre Abigail y de los heridos en la explosión. ¿Doctor?

Richardson fue recibido con una salva de aplausos cuando se adelantó, frotando los cristales de sus gafas. Les informó que los muertos habían sido nueve, que tres heridos se hallaban aún en situación crítica, dos en estado grave, y ocho fuera de peligro.

–Dada la magnitud de la explosión, creo que tuvimos suerte. Ahora, hablemos de madre Abigail.

El auditorio prestó atención.

–Creo que bastarán una declaración y un breve comentario. La declaración es la siguiente: no puedo hacer nada por ella.

Un murmullo recorrió la sala y luego se acalló. Stu vio expresiones afligidas, aunque no de gran sorpresa.

–Los habitantes de la zona que estaban aquí antes de que ella se marchara me dicen que la señora aseguraba tener ciento ocho años. No puedo confirmarlo, pero sí sé que madre Abigail es el ser humano más viejo que he visto en mi vida. Cuentan que ha estado fuera dos semanas y yo creo, mejor dicho, intuyo, que durante este tiempo su dieta no ha incluido alimentos preparados. Según parece sólo ha comido raíces, hierbas y elementos naturales. – Hizo una pausa –. Desde que regresó sólo ha efectuado una pequeña deposición que contenía briznas de hierba y ramitas.

–Dios mío –musitó alguien.

–Tiene un brazo cubierto de ulceraciones y las piernas de llagas que supurarían si su estado no fuera tan...

–¡Basta ya! –vociferó Jack Jackson, poniéndose en pie, pálido, colérico y atribulado –. ¿No tiene una pizca de decoro?

–El decoro no es de mi incumbencia, Jack. Sólo describo el estado en que se encuentra. Está en coma, desnutrida, y sobre todo es muy, muy vieja. Creo que va a morir. Si fuera

otra persona, lo afirmarí con toda certeza, pero... como todos ustedes, yo soñé con ella. Con ella y con otro.

De nuevo el débil murmullo, como una brisa pasajera. Stu sintió un escalofrío.

–A mí los sueños tan antagónicos me parecen místicos –continuó George –. El hecho de que todos los hayamos compartido hace pensar en la existencia de una facultad telepática. Pero yo no entro en el campo de la parapsicología ni en el de la teología, del mismo modo que paso por alto el decoro, y por la misma razón: ninguna de estas especialidades es mía. Si la mujer es una enviada de Dios, quizá Él decida curarla. Yo no puedo hacerlo. El mero hecho de que siga viva ya me parece un milagro. Aquí termina mi declaración. ¿Alguna pregunta?

Ninguna. Todos lo miraban atónitos, algunos de ellos con lágrimas en los ojos.

–Gracias –dijo George.

Regresó a su asiento en medio de un silencio sepulcral.

–Bueno –le susurró Stu a Glen –, te toca a ti.

Glen se acercó al estrado sin que mediara presentación y apoyó las manos sobre el atril con familiaridad.

–Hemos hablado de todo menos del hombre oscuro –manifestó.

Renovados murmullos. Varios hombres y mujeres se santiguaron de forma instintiva. Una anciana, sentada junto al pasillo de la izquierda, se cubrió los oídos con las manos en una grotesca imitación de Nick Andros, antes de volver a cerrarlas sobre el abultado bolso negro que reposaba en su regazo.

–Nos hemos ocupado un poco de él en las reuniones que el comité ha celebrado a puerta cerrada –prosiguió Glen con tono sosegado y elocuente –, y se debatió en privado la cuestión de si debíamos o no tratar el tema públicamente. Fue destacado el hecho de que nadie en la zona parecía querer hablar del asunto, y menos después de los sueños alucinantes que todos tuvimos mientras nos encaminábamos hacia aquí. Quizá hacía falta un período de recuperación. Creo que ha llegado el momento de abordar el tema y sacarlo a la luz. La policía cuenta con un sistema muy útil llamado *identikit*, o retrato robot, que un especialista emplea para componer el rostro de un delincuente a partir de los datos que suministran varios testigos. En nuestro caso no hay rostro, pero sí una serie de recuerdos que forman por lo menos un esquema del Adversario. He hablado de esto con diversas personas y me gustaría presentarles el retrato robot que he confeccionado.

»Este hombre parece que se llama Randall Flagg, aunque hay quienes lo conocen como Richard Frye, Roben Freemont y Richard Freemantle. Las iniciales R.F. pueden tener algún significado. Pero, en el caso de que lo tengan, nadie del comité de la Zona Libre posee la menor idea al respecto. Su presencia, por lo menos en sueños, produce sentimientos de espanto, desasosiego, terror, angustia. En todos los casos, la sensación física asociada con él es la de frío.

Las cabezas hacían gestos de asentimiento. Volvió a producirse un cuchicheo excitado en el auditorio. A Stu le produjo la impresión de adolescentes cuando descubren el sexo e intercambian información que siempre conduce al mismo punto.

–El tal Flagg está en el Oeste –continuó Glen –. Aunque hay bastantes personas que lo han visto en Las Vegas, Los Ángeles, San Francisco, Portland. Algunas, entre ellas madre Abigail, afirman que Flagg crucifica a quienes no le obedecen. Todos nuestros informantes creen que se está gestando un enfrentamiento entre este hombre y nosotros, y que él no se detendrá ante nada para someternos. No detenerse ante nada incluye muchas cosas. Fuerzas blindadas, armas nucleares, quizá la epidemia...

–¡Me gustaría echarle el guante a ese hijo de puta! –gritó Rich Moffat –. ¡Le haría tragar una buena dosis de su jodida peste!

Se produjo un estallido de risas que distendió el ambiente al tiempo que Rich recibía una ovación. Glen sonrió satisfecho. Le había dado instrucciones precisas a Rich media hora antes de la asamblea, y éste las había seguido al pie de la letra. El calvorota tenía razón en una cosa, comprobó Stu: los conocimientos de sociología eran útiles para manejar multitudes.

–Bueno, esto es cuanto sé acerca del personaje –prosiguió –. Lo único que me queda por decir antes de declarar abierto el debate es que Stu tiene razón cuando asegura que si atrapamos a Harold y Nadine debemos tratarlos de forma civilizada. Pero lo mismo que él, pongo en duda que los atrapemos. Y pienso, también como Stu, que ellos colocaron la bomba, y que lo hicieron por orden de Flagg.

Sus palabras resonaron en el recinto.

–Hay que combatir a ese hombre. George Richardson ha dicho que la mística no es su especialidad. Tampoco es la mía. Pero opino que la anciana moribunda representa de alguna forma a las fuerzas del bien, así como Flagg encarna a las del mal. Pienso que el poder que la controla, sea el que sea, la utilizó para congregarnos. Y dudo que ese poder se proponga ahora abandonarnos. Quizá sea necesario discutir la cuestión y estudiar estas pesadillas. Tal vez se haga preciso empezar a decidir lo que haremos para enfrentarnos a Flagg. Pero él no podrá invadirnos la primavera próxima como si tal cosa si nos mantenemos alerta. Y le devuelvo la palabra a Stu, que será el moderador del debate.

La última frase se perdió en medio de una ovación cerrada, y Glen regresó complacido a su asiento. Había caldeado los ánimos. Estaban más furiosos que asustados, se hallaban dispuestos a enfrentarse al reto (aunque tal vez no lo estuvieron tanto el próximo mes de abril, cuando los hubiera enfriado un largo invierno), y sobre todo querían debatir el asunto.

Y vaya si lo debatieron durante las tres horas siguientes. Unos pocos se marcharon después de la medianoche. Tal y como Larry preveía, no se oyeron propuestas sensatas. Abundaron las sugerencias delirantes: un bombardeo, un arsenal nuclear propio, una conferencia en la cumbre, un comando suicida. Hubo muy pocas ideas prácticas.

Durante la última hora, varias personas fueron levantándose para explicar sus sueños. Stu volvió a recordar las interminables sesiones de comentarios sexuales en las que había participado, por lo general como oyente, durante su adolescencia.

---

Glen se hallaba sorprendido y animado por la creciente propensión a hablar, y por la atmósfera cargada de excitación que sustituía a la embotada indiferencia inicial. Comenzaba a producirse una catarsis masiva, largo tiempo aplazada. Hablaban como personas que habían mantenido ocultos sus pecados y que, de pronto, descubrían que esas faltas, una vez confesadas en voz alta, sólo eran cosas cotidianas. El terror interior mantenido en letargo, al despertarse en aquella sesión maratónica, era más llevadero... quizá incluso superable.

La asamblea terminó a las dos de la madrugada. Glen se fue con Stu, y se sintió bien por primera vez desde la muerte de Nick. Habían dado los primeros y más difíciles pasos para salir de sus respectivos aislamientos y avanzar hacia el campo de batalla, cualquiera que éste fuese.

Tenía esperanzas.

Volvieron a tener electricidad el día 5 de septiembre al mediodía, tal como había prometido Brad.

La sirena de alarma antiaérea instalada en lo alto del tribunal del condado empezó a ulular. Muchas personas corrieron asustadas a la calle, oteando frenéticas el cielo azul, sin una nube, en busca de los aviones del hombre oscuro. Otros se refugiaron en los sótanos y permanecieron allí hasta que Brad consiguió acallar la sirena.

En Willow Street se produjo un cortocircuito y un grupo de doce bomberos voluntarios acudió para sofocar el incendio. En el cruce de Broadway y Walnut saltó la tapa de un transformador que después de recorrer casi veinte metros cayó sobre el techo de la juguetería Oz.

Hubo una sola víctima mortal en aquella jornada, que la Zona Libre denominaría día de la Electricidad. Por alguna razón desconocida, explotó un taller de reparación de coches situado en el extremo de Pearl Street. Rich Moffat se hallaba sentado en un portal de la acera de enfrente con una botella de Jack Daniel's, y una chapa ondulada salió despedida y se estrelló contra él, matándolo en el acto. Ya no destrozaría más escaparates.

Stu estaba con Fran cuando los tubos fluorescentes cobraron vida en el techo de la habitación del hospital. Los vio parpadear una y otra vez hasta que por fin irradian la vieja luz familiar. No pudo apartar la vista de ellos hasta que llevaban brillando casi tres minutos. Cuando miró a Frannie, ésta tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, Fran? ¿Sientes dolor?

—Lloro por Nick. Es tan injusto que no haya vivido para asistir a esto... Abrazame, Stu. Quiero rezar por él.

Él la abrazó, pero no supo si rezaba. De pronto, echó terriblemente en falta a Nick, y odió a Harold Lauder más que nunca. Fran tenía razón. Harold no sólo había matado a Nick y a Sue; les había robado la luz que les guiaba.

—Serénate —susurró—. Tranquila, Frannie.

Pero ella siguió llorando durante un rato. Cuando se le agotaron las lágrimas, Stu pulsó el botón que levantaba la cama y encendió la lamparita de la mesilla de noche para que pudiera leer.

Stu sintió que le sacudían y despertó poco a poco. Su mente recorrió una lista de personas que podían querer interrumpir su sueño: su madre, que le decía que era hora de levantarse, encender las estufas y prepararse para ir a la escuela; Manuel, el matón de aquel sórdido burdel de Nuevo Laredo, anunciándole que por veinte pavos no podía quedarse más tiempo y que si quería pasar allí toda la noche pagara otros veinte; una enfermera con bata blanca que pretendía tomarle la tensión sanguínea y extraerle una muestra de la garganta; Frannie; y Randall Flagg.

Y Randall Flagg.

Este último nombre le hizo incorporarse como si hubiera recibido un chorro de agua fría en la cara. No era ninguno de ellos. Era Glen Bateman con *Kojak* sobre las rodillas.

–Tienes el sueño pesado, tejano –comentó Glen.

Su silueta apenas se recortaba en la penumbra.

–Bueno, podrías haber empezado por encender una condenada luz.

–Pues había olvidado que funciona, ¿sabes?

Stu encendió la lámpara, hizo un guiño ante el resplandor repentino y miró el despertador. Eran las tres menos cuarto de la mañana.

–¿Qué haces aquí, Glen? Si no te importa, estaba durmiendo.

Cuando dejó el reloj sobre la mesilla vio bien a Glen por primera vez. Se hallaba pálido, asustado y avejentado. Las arrugas marcaban surcos profundos en su rostro y tenía ojeras.

–¿Qué sucede?

–Madre Abigail –musitó Glen.

–¿Ha muerto?

–Que Dios me perdone, casi lamento que no se trate de eso. Ha despertado, y quiere hablar con nosotros.

–¿Con nosotros dos?

–Con nosotros cinco. Ella –su voz se volvió áspera –sabía que Nick y Susan habían muerto y que Frannie se encontraba en el hospital. No entiendo cómo, pero lo sabía.

–¿Y quiere hablar con el comité?

–Con quienes quedan de él. Está agonizando y dice que debe comunicarnos algo. No creo querer oírlo.

En el exterior la noche era fría. Stu se subió la cremallera de la cazadora hasta el cuello. Una luna helada le hizo pensar en Tom, que tenía instrucciones de regresar con la

información cuando hubiera luna llena. Ahora pasaba un poco del cuarto creciente. Dios sabía dónde estarían Tom, Dayna Jurgens y el juez Farris. Dios sabía qué extraños acontecimientos se estaban produciendo en la tierra.

–Ya he despertado a Ralph –informó Glen –. Le dije que fuera al hospital a recoger a Fran.

–Si el médico hubiera considerado oportuno que se levantara y anduviera de un lado a otro, la habría enviado a casa –protestó Stu.

–Se trata de una circunstancia especial,

–Tú dices no querer oír lo que la anciana pretende decirnos, pero te encuentro muy ansioso por acudir a su lado.

–Tengo miedo de actuar de otra forma –contestó Glen.

A las tres y diez, el jeep aparcó frente a la casa de Larry. El lugar refulgía de luz, ya no de gas sino eléctrica. También estaba encendida una farola de cada dos no sólo allí sino en toda la ciudad. Stu, fascinado, no dejó de mirarlas durante todo el trayecto. Los últimos insectos estivales, atontados por el frío, se estrellaban caóticamente contra los globos resplandecientes.

Se estaban apeando del jeep cuando unos faros asomaron por la esquina. Era el viejo camión rechinante de Ralph, cuyo radiador se detuvo justo frente al del jeep. Ralph descendió, y Stu rodeó la cabina hasta la otra portezuela. Frannie tenía la espalda apoyada contra un cojín de cuadros cogido de un sofá.

–Hola, nena –dijo con ternura.

Ella le cogió la mano. En la oscuridad, su rostro era pálido.

–¿Te duele mucho? –le pregunto Stu.

–No. He tomado unos analgésicos. Pero no me pidas que baile la polca.

La ayudó a bajar del camión y Ralph la sostuvo por el otro brazo. Ambos vieron que hacía una mueca al salir de la cabina.

–¿Quieres que te lleve en brazos?

–No hace falta, pero sigue sujetándome, ¿eh?

–Claro que sí.

–Y anda despacio. Las ancianitas no podemos apretar mucho el paso.

Pasaron por detrás del camión de Ralph, avanzando con lentitud. Cuando llegaron al camino de entrada, Glen y Larry los miraban desde el portal. A contraluz, parecían figuras de un recortable.

–¿Que piensas de todo? –murmuró Frannie.

–No lo sé –respondió Stu.

Cuando llegaron a la puerta era evidente que Frannie acusaba el esfuerzo. Ralph ayudó a entrarla. Larry, al igual que Glen, tenía el semblante pálido y preocupado. Llevaba unos vaqueros desteñidos, una camisa con los faldones sueltos y mal abrochada, y unos costosos mocasines sobre los pies desnudos.

–Perdona que haya tenido que hacerte venir –se justificó—. Estaba con ella, echando alguna cabezadita. Le hacía compañía, ya sabes.

–Sí, lo sé –contestó Frannie.

Por alguna razón, la expresión «hacer compañía» le trajo el recuerdo del salón de su madre... y el de un jardín de infancia.

–Hacía una hora que Lucy se había acostado. Salí de mi sopor y vi que ella me estaba mirando... Su voz no es más que un susurro, pero se entiende lo que dice.

Larry tragó saliva. Ahora los cinco estaban en el pasillo. Continuó:

–Me anunció que el Señor se la llevaría al alba.

Y me dijo que antes tenía que hablar con aquellos que Dios no se había llevado. Le pregunté a qué se refería. Me respondió que se había llevado a Nick y Sue. Lo sabía.

Dejó escapar un suspiro y se mesó la abundante melena.

Lucy apareció en el fondo del pasillo.

–He preparado café. Aquí está para cuando lo queráis.

–Gracias, cariño –contestó Larry.

Lucy parecía dubitativa.

–¿Voy con vosotros? ¿O es una reunión privada, como las del comité?

Larry miró a Stu, el cual murmuró:

–Puedes venir.

Se encaminaron hacia el dormitorio, lentamente, debido al estado de Fran.

–Ella nos lo dirá –dijo Ralph—. La madre nos lo dirá. No hay por qué inquietarse.

Entraron todos juntos. Los ojos centelleantes, moribundos, de madre Abigail se fijaron en ellos.

–Fran conocía el estado físico de la anciana. Pese a ello, sufrió una fuerte impresión. No quedaba nada de ella excepto una correosa membrana de piel y tendones que sujetaban los huesos. En la habitación no flotaba siquiera el olor de la podredumbre y la muerte acechante. Lo que había en el ambiente era un tufo seco de buhardilla de confesionario. La mitad de la aguja del suero colgaba fuera de la carne, sencillamente porque no tenía dónde clavarse.

Sin embargo su mirada no había cambiado. Seguía siendo cálida, bondadosa y humana. Esto la sosegó, pero al mismo tiempo sintió cierto miedo. O, más que miedo, esa impresión

---

que produce lo sacrosanto, un temor reverente. ¿Era temor reverente? Y una sensación de inminencia, no de fatalidad sino de que una responsabilidad sobrecogedora pendía sobre sus cabezas como una espada de Damocles.

«El hombre propone... Dios dispone.»

–Siéntate, pequeña –susurró madre Abigail –. Sufres mucho.

Larry la ayudó a acomodarse en un sillón y Fran suspiró aliviada. Pero sabía que al cabo de un rato el dolor volvería aunque estuviera sentada.

La anciana seguía mirándola fijamente con sus ojos brillantes.

–Esperas un hijo –musitó.

–Sí. ¿Cómo...?

Todos permanecieron callados. Fran, fascinada, contemplaba las pupilas de la anciana. La mujer que había poblado sus sueños antes de entrar en sus vidas.

–Mira por la ventana, pequeña.

Fran se volvió hacia la ventana desde donde Larry había observado dos días atrás la multitud congregada. En lugar de la oscuridad opresiva, vio una plácida claridad. No era un reflejo de la habitación, sino la luz de la mañana. Contemplaba la imagen difusa y un poco deformada de un cuarto para niños, con cortinas fruncidas, a cuadros. Había una cuna, pero estaba vacía. Había un corralito también vacío. Un móvil de rutilantes mariposas de plástico... agitadas sólo por el viento. El miedo le estrujó el corazón con sus manos frías. Los demás lo percibieron reflejado en su rostro, pero no entendieron la causa. No veían nada por la ventana, excepto una zona del jardín alumbrada por una farola de la calle.

–¿Dónde está el bebé? –preguntó Fran con voz ronca.

–Stuart no es el padre del niño, pequeña. Pero su vida se halla en manos de él, y de Dios. Este chiquillo tendrá cuatro progenitores, si Dios le permite llegar a ver la luz.

–Si le permite...

–Dios ha escondido esto de mi vista –susurró.

El cuarto de niños desapareció. Fran vio sólo la oscuridad. Y entonces el miedo le hizo cerrar las manos y convertirlas en puños. El corazón le latía con fuerza.

–El Diablo ha convocado a su desposada para preñarla. ¿Permitirá que su hijo sobreviva?

–Basta –gimió Fran, y se cubrió el rostro con las manos.

Un silencio denso llenaba la habitación. El rostro de Glen Bateman era sombrío. La mano derecha de Lucy subía y bajaba lentamente por el cuello de su bata. Ralph tenía el sombrero entre las manos y daba tironcitos de la pluma. Stu miró a Frannie, pero no pudo acercarse a ella. No era el momento. Recordó la imagen de la mujer en la asamblea, la que se había tapado los oídos al escuchar el nombre del hombre oscuro.

–Madre, padre, esposa, marido –musitó madre Abigail –. Contra ellos el Príncipe de las Tinieblas, el señor de las mañanas tenebrosas. Incurrí en pecado de soberbia. Y vosotros

también. ¿No oísteis decir que no había que depositar la fe en los dioses y príncipes de este mundo?

Todos la miraban inmóviles.

–La luz eléctrica no es la solución, Stu Redman. La radio de banda ciudadana tampoco lo es, Ralph Bretner. La sociología no le pondrá fin, Glen Bateman. Y la penitencia por una vida que es desde hace mucho tiempo un libro cerrado no impedirá el advenimiento, Larry Underwood. Tu hijo tampoco lo impedirá, Fran Goldsmith. Vosotros no proponéis nada nuevo ante los ojos de Dios.

Los miró uno a uno.

–Dios dispondrá lo que sea justo. No sois el alfarero, sino la arcilla. Quizá el hombre del Oeste sea el torno sobre el que seréis moldeados. No se me ha permitido saberlo.

Una lágrima, asombrosa en aquel desierto agonizante, brotó de su ojo izquierdo y resbaló por la mejilla.

–¿Qué debemos hacer, madre? –preguntó Ralph.

–Acercaos todos, me queda poco tiempo. Retornaré a la Gloria y nunca ha habido un ser humano más predispuesto a ello que yo. Acercaos.

Ralph se sentó en el borde de la cama. Larry y Glen permanecieron al pie. Fran se incorporó y Stu arrastró el sillón para arrimarlo a Ralph. Fran volvió a sentarse y le cogió la mano.

–Dios no os congregó para que formarais un comité o una comunidad –dijo la anciana –. Os trajo aquí para enviaros más lejos, para encomendaros una búsqueda. Esa misión es destruir al Príncipe de las Tinieblas.

Nadie habló. Madre Abigail suspiró. –Pensé que Nick os guiaría, pero Él se lo ha llevado... Aunque Nick no ha desaparecido del todo, según me parece. No, no del todo. Pero tú debes guiarlos, Stu. Y si es su voluntad llevarse a Stu, entonces tú serás el encargado de conducirlos, Larry. Y si Él te lleva a ti, la responsabilidad recaerá sobre Ralph.

–Parece que soy el último –comentó Glen –. ¿Qué...?

–¿Guiarlos? –preguntó Fran fríamente –. ¿Guiarlos? ¿Adonde?

–Al Oeste, pequeña –respondió madre Abigail –. Tú no debes ir, sólo ellos cuatro.

–¡No! –se puso en pie a pesar del dolor –. ¿Qué dice? ¿Que los cuatro se entreguen a él? ¿El corazón, el alma y las entrañas de la Zona Libre? –Sus ojos destellaban –. ¿Para que él pueda crucificarlos y luego entrar tranquilamente aquí el próximo verano y matarnos a todos? No permitiré que mi hombre sea inmolado en aras de tu Dios asesino. Ya pueden joderle.

–¡Frannie! –exclamó Stu.

–¡Sí, es un Dios asesino! –prosiguió Fran –. Millones, quizá *miles de millones* de muertos durante la epidemia. Otros millones después. Ni siquiera sabemos si los niños sobrevivirán.

¿Todavía no está satisfecho? ¿Tiene esto que seguir hasta que en la tierra sólo queden ratas y cucarachas? ¡El no es Dios! Es un demonio y tú su bruja.

–Basta ya, Frannie.

–No te preocupes, ya he terminado. Quiero marcharme de aquí. Llévame a casa, Stu. No al hospital, sino a casa.

–Escucharemos lo que tiene que decirnos.

–Escúchala tú. Yo me voy.

–Pequeña –dijo la anciana.

–¡No me llame así!

Madre Abigail alargó la mano y la cerró en torno a la muñeca de Frannie, la cual se puso rígida. Cerró los ojos. Echó la cabeza bruscamente hacia atrás.

–No... Nooo. Oh, Dios mío... Stu...

–¡Quieta! ¿Qué le está haciendo? –gritó Stu.

Madre Abigail no respondió. El instante pasó, pareció perderse en la eternidad, y la anciana la soltó.

Fran empezó a masajearse la muñeca, a pesar de que no se veía ninguna señal en la piel. Los ojos de Fran se dilataron.

–¿Qué te sucede, cariño? –preguntó Stu con ansiedad.

–Ha desaparecido –dijo Fran.

–¿De qué está hablando?

Stu miró alrededor en busca de respuesta. Glen negó con la cabeza. Se hallaba pálido y tenso.

–El dolor, el esguince ha desaparecido –miró a Stu atónita –. Ha desaparecido del todo. Mira.

Se inclinó y se rozó la punta de los pies. Una, dos veces. A la tercera, apoyó las palmas de las manos sobre el suelo sin doblar las rodillas. Volvió a enderezarse y se enfrentó a la mirada de madre Abigail.

–¿Es un soborno de tu Dios? Porque, si lo es, puede guardarse su curación. Prefiero el dolor si así conservo a Stu.

–Dios no utiliza el soborno, hija mía. Ofrece un testimonio y deja que la gente lo interprete como quiera.

–Stu no irá al Oeste –insistió Fran, pero ahora estaba tan atónita como asustada.

–Siéntate –le pidió Stu –. Escucharemos lo que tenga que decirnos.

Fran se sentó, conmovida y desconcertada. Sus manos se deslizaban una y otra vez hasta su espalda.

---

–Vais a ir al Oeste –susurró la vieja moribunda –. Sin víveres ni agua. Os pondréis en camino hoy mismo y con la ropa que lleváis puesta. La marcha será a pie. Sé que uno de vosotros no llegará a destino, pero ignoro quién será. Sé que los restantes deberán comparecer ante Flagg, que no es un hombre sino un ser sobrenatural. Ignoro si Dios ha dispuesto que lo derrotéis, ni si volveréis a Boulder. Estos detalles no me han sido revelados. Pero está en Las Vegas y tenéis que ir allí, que es donde se librará la batalla. No vacilaréis porque podréis apoyaros en el brazo eterno del Dios de los ejércitos. Sí, con la ayuda de Dios resistiréis. –Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza –. Eso es todo. He dicho lo que debía decir.

–No –musitó Fran –. No es posible.

–Madre –graznó Glen, que se aclaró la garganta –. Madre, no sé si me entenderá si le digo que «no estamos en la misma onda». No hemos sido dotados de la compenetración que la une a usted con la fuerza que controla esto. Con franqueza, no es lo nuestro. Fran tiene razón. Si vamos allí seremos asesinados, quizá incluso por las primeras patrullas que nos encontremos.

–¿No tenéis ojos para ver? Dios acaba de curar a Fran, valiéndose de mí. ¿Imagináis que el plan que Él os tiene preparado es dejar que os mate un esbirro del Príncipe de las Tinieblas?

–Pero, madre...

–No –levantó la mano –. Mi misión no es discutir ni convencer, sólo indicar el camino de la comprensión de los designios de Dios. Escucha, Glen.

De repente, de la boca de madre Abigail surgió la voz de Glen Bateman, lo cual desconcertó a todos. Fran retrocedió hasta Stu al tiempo que lanzaba un grito.

–Madre Abigail le llama el instrumento del Diablo –exclamó aquella voz masculina, que provenía del pecho consumido de la anciana y emergía de su boca desdentada –. Quizá sea sólo el último mago del pensamiento racional, que posee las herramientas de la tecnología para atacarnos. Puede que sea algo mucho más tenebroso. Sólo sé que él existe y que ni la sociología, ni la psicología, ni ninguna otra *logia* le detendrá. Lo único que podrá destruirle es la magia blanca.

Glen estaba boquiabierto.

–¿Es eso verdad, o lo ha dicho un embustero? –preguntó madre Abigail.

–No sé si es cierto o no, pero lo he dicho yo –confesó Glen temblando.

–Confiad. Todos tenéis que confiar. Larry, Ralph, Stu, Glen, Frannie. Confiad y obedeced la palabra de Dios.

–¿Tenemos alternativa? –inquirió Larry con tono amargo.

Ella, sorprendida, se volvió para mirarlo.

–¿Alternativa? Siempre hay alternativa. Ésta es la ley de Dios, siempre lo será. Después cada uno es libre de elegir. Haced lo que queráis, nadie os ha encadenado. Pero esto es lo que Dios desea de vosotros.

Un nuevo silencio. Por fin, Ralph habló:

–En la Biblia está escrito que David venció a Goliat. Yo iré, si usted me dice qué debemos hacer, madre.

Ella le asió la mano.

–Yo también –decidió Larry –. De acuerdo.

Suspiró y se llevó la mano a la frente como si le doliera. Glen abrió la boca para decir algo; pero antes de que pudiera articular palabra, se oyó un gemido que llegaba desde el rincón, y un ruido sordo.

Era Lucy, de la que todos se habían olvidado. Acababa de desmayarse.

La aurora hizo su aparición en el horizonte.

Estaban sentados alrededor de la mesa, en la cocina de Larry, tomando café. Eran las cinco menos diez cuando Fran avanzó por el pasillo y se detuvo en el umbral. Tenía el rostro hinchado de tanto llorar, pero no cojeaba. Se había curado de verdad.

–Creo que se está muriendo –manifestó.

Entraron en la habitación. Larry rodeaba a Lucy con el brazo.

La respiración de madre Abigail se había transformado en un estertor pesado y profundo que a todos trajo horribles reminiscencias de la supergripe. Se reunieron en silencio alrededor de la cama. Ralph se hallaba convencido de que se produciría algo que sería la manifestación del poder divino. Ella desaparecería en medio de una luz refulgente. O verían cómo su espíritu, transfigurado en irradiación, salía por la ventana y se elevaba al cielo.

Pero al fin murió. Sin más.

Hubo un aliento final: inspiró, lo retuvo y lo exhaló. Su pecho no volvió a expandirse.

–Ha muerto –murmuró Stu.

–Que Dios se apiade de su alma –dijo Ralph, que había perdido el miedo.

Le cruzó las manos sobre el consumido tórax y las salpicó con sus lágrimas.

–¡Iré! –exclamó Glen de repente –. Ella tenía razón. La magia blanca es lo único que nos queda.

–Stu –susurró Fran –. Por favor, Stu, di que no.

Todos lo miraron.

«Ahora tienes que guiarlos, Stuart.»

Pensó en Arnette, en el viejo coche que transportaba a Charles D. Champion y su cargamento de muerte, y que se estrelló contra los surtidores de Bill Hapscomb como una perversa Pandora. Recordó a Denninger y Deitz y cómo había empezado a asociarlos mentalmente con los médicos sonrientes que habían mentido, y que le mintieron a él y su

---

esposa acerca de la enfermedad de ella... Acaso también se habían mentido a sí mismos. Sobre todo pensó en Frannie. Y en madre Abigail, que había dicho: «Esto es lo que Dios quiere de vosotros.»

–Frannie, debo ir.

–Y morir –repuso ella con amargura, casi con odio, y luego buscó a Lucy con la mirada, como si buscara apoyo.

Pero Lucy se hallaba aturdida, absorta, y poco podía ayudar.

–Si no vamos, moriremos –le advirtió Stu, sopesando las palabras –. Ella tenía razón. Si esperamos llegará la primavera. ¿Y después qué? ¿Cómo podremos frenarle? Habrá que recurrir a lo que dice Glen. La magia blanca. O el poder de Dios.

Fran se echó a llorar.

–Tranquila, Frannie. –Intentó cogerle la mano.

–¡No me toques! Eres un muerto, un cadáver. ¡Así que no me toques!

Cuando salió el sol seguían alrededor de la cama.

Stu y Frannie subieron a Flagstaff Mountain alrededor de las once de la mañana. Stu llevó la cesta, y Fran el mantel y una botella de Blue Nun. El picnic había sido idea de ella, pero un extraño e incómodo silencio se interponía entre ambos.

–Ayúdame a desplegarlo –pidió Fran –. Y ten cuidado con esos arbustos espinosos.

Estaban en un pequeño prado en declive, unos trescientos metros por debajo del Sunrise Amphitheater. Boulder se extendía a sus pies en medio de una bruma azulada. Era otro maravilloso día de verano. El sol brillaba con fuerza y autoridad. Los grillos cantaban en la hierba. Un saltamontes abandonó su refugio y Stu lo atrapó con un rápido movimiento.

–Escupe y lo dejaré escapar –dijo Stu, recordando la vieja fórmula infantil.

Pero vio que la sonrisa de Fran era apagada. No obstante, volvió la cabeza y escupió. A Stu se le encogió el corazón. –Fran...

–No hablemos de eso. Ahora no. Extendieron el mantel blanco que Fran había cogido del hotel Boulberado y, desplazándose con agilidad y rapidez de movimientos (a él le produjo una sensación extraña ver con cuánta gracia se inclinaba y cuánta flexibilidad tenía, como si nunca hubiera sufrido esguince ni lesión cervical). Sirvió el almuerzo: ensalada de pepino y lechuga con vinagreta, emparedados de jamón, vino y pastel de manzana.

–Bendice, Señor, los alimentos que vamos a tomar –oró ella.

Stu se sentó a su lado y se sirvió un bocadillo y un poco de ensalada. No tenía apetito. Estaba deprimido. Pero comió.

Se dejaron un trozo de emparedado y la mayor parte de la ensalada, a pesar de que la verdura fresca les había parecido deliciosa. Se sirvieron un trozo de pastel. Entonces Fran preguntó:

–¿Cuándo os vais?

–A mediodía –respondió él.

Encendió un cigarrillo, protegiendo la llama con las manos.

–¿Y cuánto tardaréis en llegar?

Stu se encogió de hombros.

–¿A pie? No lo sé. Glen ya no es un jovencito. Y Ralph tampoco. Calculo que podemos estar allí a primeros de octubre.

–¿Y si nieva antes de tiempo en las montañas, o en Utah?

El volvió a encogerse de hombros y la miró.

–¿Un poco más de vino? –preguntó ella.

–No; me produce acidez. Siempre me la ha producido.

Fran se sirvió otro vaso y lo bebió de un trago.

–¿Ella era la voz de Dios, Stu?

–No lo sé.

–Soñamos con ella, y existía. Todo esto forma parte de algún estúpido juego, Stuart. ¿Has leído el Libro de Job?

–Nunca he sido aficionado a la Biblia.

–Pues mi madre sí. Ella pensaba que era importante que mi hermano Fred y yo tuviéramos cierta educación religiosa. Nunca explicó el porqué. Hasta el momento sólo me ha servido para contestar las preguntas sobre la Biblia del concurso *Arriesgue*. ¿Te acuerdas de ese programa?

–Y ahora presentamos a nuestro invitado...

–Exacto. El juego consistía en que te daban la respuesta y tú tenías que acertar la pregunta. Cuando se trataba de la Biblia, yo sabía todas las preguntas. Job era una apuesta entre Dios y el Diablo. El Diablo decía: «Seguro que Él te adora. Mientras lo tenga fácil. Pero si lo mortificas, renegará de ti.» Así que Dios aceptó la apuesta y la ganó. Dios gana siempre. Seguro que es un forofu de los Celtics de Boston.

–Suponiendo que fuese una apuesta –dijo Stu –, se trata de sus vidas, de toda esa gente. Y de ese tipo. ¿Cómo le llamó ella?

–Ni siquiera prometió que sería derrotado –le recordó Fran –. Si al menos hubiera podido asegurar eso... me resultaría más fácil dejarte partir.

Stu no supo qué responder.

–Bueno, pronto será mediodía –continuó Fran –. Ayúdame a recoger.

Los restos del almuerzo volvieron a la cesta junto con el mantel y la botella de vino. Stu contempló el prado y pensó que sólo quedaban unas pocas migas para señalar el lugar de su

---

picnic... Los pájaros no tardarían en hacerlas desaparecer. Cuando levantó la vista, Frannie lo miraba llorando. Se acercó a ella.

–No te preocupes. Son cosas del embarazo. No puedo evitar que se me salten las lágrimas.

–Ya.

–Hazme el amor, Stu.

–¿Aquí?

Ella asintió con la cabeza y una ligera sonrisa.

–No habrá problemas. Si tenemos cuidado con las espinas.

Volvieron a desplegar el mantel.

En Baseline Road ella le hizo detener el coche delante de lo que hasta cuatro días antes era la casa de Ralph y Nick. La parte posterior había desaparecido y el patio trasero se hallaba cubierto de escombros. En una esquina se veía un despertador destrozado y el sofá donde Fran quedó atrapada. En los escalones se veía una mancha de sangre seca. Ella la miró con atención.

–¿Es sangre de Nick? –preguntó –. ¿Podría serlo?

–¿Qué más da? –contestó Stu incómodo.

–¿Lo es?

–Cielos, no lo sé.

–Pon tu mano encima, Stu.

–¿Te has vuelto loca?

Ella frunció el entrecejo. Era aquella expresión de quiero-que-lo-hagas que él había visto por primera vez en New Hampshire.

–¡Pon tu mano encima!

De mala gana, Stu posó la mano en la mancha. No sabía si se trataba de sangre de Nick. Lo más probable era que no lo fuese, pero le produjo una sensación escalofriante.

–Ahora jura que volverás.

–Fran, ¿cómo quieres que...?

–¡Dios no puede manejarlo todo! –exclamó ella. ¡Júralo, Stu!

–Juro que lo intentaré.

–Supongo que tengo que conformarme con eso, ¿no?

–Hemos de ir a casa de Larry.

–Lo sé. –Lo estrechó con fuerza –. Dime que me amas.

–Ya lo sabes.

–Sí, pero dímelo. Necesito oírlo.

Él la cogió por los hombros.

–Te amo, Fran.

–Gracias –respondió ella, y apoyó la mejilla sobre su hombro –. Creo que ahora puedo despedirme y dejarte marchar.

Se abrazaron en el desolado patio.

## 60

Fran y Lucy asistieron al inicio de la expedición desde los escalones de la casa de Larry. Los cuatro hombres se quedaron un momento en la acera, sin mochilas, sacos de dormir ni equipo especial... siguiendo las instrucciones. Todos habían cambiado su calzado por otro más apropiado para largas caminatas.

–Adiós, Larry –dijo Lucy con el rostro demudado.

–Recuérdalo, Stuart –murmuró Fran –. Recuerda lo que prometiste.

–Lo haré.

Glen silbó y *Kojak*, que estaba husmeando la reja de una alcantarilla, acudió corriendo.

–En marcha –indicó Larry, el rostro tan pálido como el de Lucy, y en los ojos un fulgor inusitado, casi rutilante –. Antes de que me arrepienta.

Stu le envió un beso soplando en la palma de la mano, algo que no hacía desde los tiempos en que se despedía de su madre desde el autobús de la escuela. Fran les dijo adiós agitando la mano. Volvían a aflorar las lágrimas, pero las contuvo.

Echaron a andar. Al llegar a media manzana se oyó el trino de un pájaro. El sol de mediodía era tibio y acogedor. Llegaron al final de la manzana. Stu se volvió y agitó la mano. Larry siguió su ejemplo, y también Fran y Lucy. Cruzaron la calle. Ya no se les veía. Lucy se hallaba a punto de desmayarse de pena y miedo.

–Que Dios les ayude –dijo.

–Entremos –propuso Fran –. Necesito una infusión de tila.

Pasaron al interior, y Fran preparó la tetera y puso el agua al fuego.

Comenzaba la espera.

Durante la tarde, los cuatro caminaron con lentitud hacia el oeste, sin hablar mucho. Se dirigían a Golden, donde pasarían la primera noche. Dejaron atrás los cementerios improvisados, que ya eran tres. Alrededor de las cuatro, cuando sus sombras empezaban a estirarse detrás de ellos y el calor comenzaba a dar paso al bochorno, llegaron al hito que marcaba los límites de la ciudad junto a la carretera, en el extremo sur de Boulder. Por un

instante, Stu tuvo la sensación de que todos estaban a punto de dar la vuelta. Delante, la oscuridad y la muerte. Detrás quedaba un poco de calor, de ternura.

Glen sacó del bolsillo un pañuelo de vivos colores y se lo anudó alrededor de la cabeza.

–Capítulo cuarenta y tres: «El sociólogo calvorota confecciona su filtro contra el sudor» – ironizó.

*Kojak* les llevaba ventaja, había pasado la línea de Golden y husmeaba feliz entre flores silvestres.

–Chicos –exclamó Larry –, me siento como si esto fuera el final de todo.

–Ya –se sumó Ralph –. A mí me pasa lo mismo.

–¿Alguien apuesta cinco libras por mí? –preguntó Glen sin muchas esperanzas.

–Vamos –intervino Stu sonriendo –. ¿Acaso pensabais vivir eternamente?

Siguieron adelante. Boulder quedó a sus espaldas.

A las nueve de la noche acamparon en Golden, a casi un kilómetro del lugar donde la carretera 6 empezaba su tramo sinuoso a lo largo de Clear Creek para internarse en el corazón de las montañas Rocosas.

Ninguno de ellos durmió bien aquella noche. Ya se sentían lejos del hogar y bajo la sombra de la muerte.

LIBRO TERCERO  
APOCALIPSIS

7 DE SEPTIEMBRE 1990 – 10 DE ENERO DE 1991

*Ésta es tu tierra,  
ésta es mi tierra,  
de California a Nueva York;  
desde las secoyas  
a los arroyos,  
esta tierra se hizo para ti y para mí.*

WOODY GUTHRIE

*Oye, Basura, ¿qué dijo la vieja Semple cuando  
prendiste fuego al cheque de su pensión?*

CARLEY YATES

*Cuando la noche haya caído,  
todo se halle a oscuras  
y la luna sea la única luz visible,  
no tendré miedo  
si estás a mi lado.*

BEN E. KING